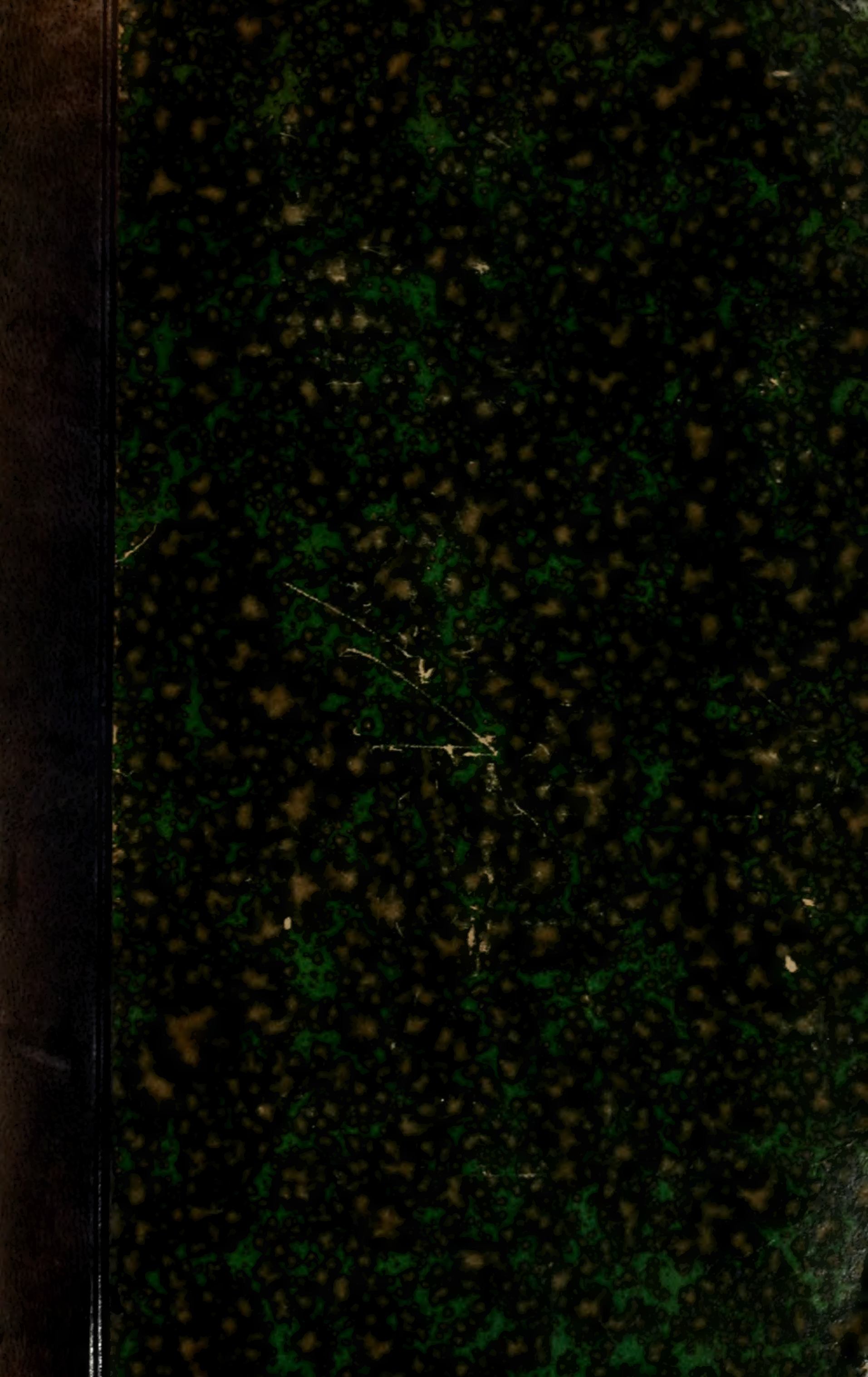






HISTORIA
DE FELIPE II.

HISTORIA

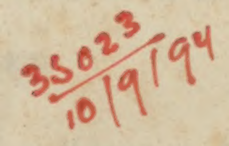
DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL.

TOMO TERCERO.



Madrid:

Imprenta y libreria de D. IGNACIO BOIX, editor,
calle de Carretas, num. 27.

1846.

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO XLVIII.

Asuntos de Francia.--Enrique de Valois en Polonia.--Descontento del rey.--Sabe la muerte de su hermano Cárlos--Se evade de Polonia.--Pasa por Alemania é Italia á Francia.--Se declara del partido católico.--Sus devociones y mas actos religiosos.--Es coronado y consagrado en Reims.--No edifican sus devociones al pais.--Se censuran sus vicios.--Se le acusa de hipocresía.--Formacion de la Liga católica sin contar con el monarca.--Indole de esta asociacion.--Sus designios secretos.--Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.--Convocacion de los Estados generales.--Se reunen en Blois.--Piden los Estados la revocacion del último edicto.--Accede el rey.--Se declara jefe de la liga católica.--Nueva guerra.--Nuevo tratado de pacificacion. -- Descontento del rey de España. (1)

1574—1578.

Fué recibido Enrique de Valois en Polonia con admiracion, por su gallarda presencia, gracias personales y fama de su nombre, como capitan al mismo tiempo que con disgusto, por el recuerdo de su participacion en la matanza de los calvinistas. Se puede decir que excitó

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XL y XLI.

desde un principio mas odio que cariño, y que á lo menos fué objeto de suma desconfianza. El mismo desvío que mostraban los polacos por el rey, animaba al monarca con respecto á los polacos. Ni el clima, ni el suelo agreste, ni aquellas costumbres groseras y marciales, ni aquellas Dietas, ni aquellos palatinos y hombres tan celosos por la conservacion de sus derechos, podian ser del gusto de un príncipe jóven, acostumbrado á los devaneos y pasatiempos de una córte galante, voluptuosa y corrompida; córte en que Enrique figuraba como en primer término. Participaba la juventud francesa que le habia acompañado, de sus mismos sentimientos, y los recuerdos del Louvre, de sus fiestas, de sus bailes, de sus máscaras, de las damas que los habian favorecido en otro tiempo, eran los sólos recursos con que llenaban el vacío de una existencia monótona y triste. Con el tiempo se mitigaron las antipatías, y debilitaron en gran manera los recuerdos. Fué ganando poco á poco el rey las buenas voluntades de sus súbditos, y como siempre estaban amenazados de guerra con los turcos, no les pesaba tener á su frente un príncipe jóven, que ya se habia cubierto de gloria en los combates.

Cuando se hallaban en esta situacion las cosas, llegó á oidos del rey la muerte de su hermano. Ya antes de su salida de Francia contaba con su sucesion, y la misma reina madre le habia dicho al despedirse de ella: «no estarás por allá, hijo mio, mucho tiempo.» Al comunicarle esta princesa tan importante novedad, le instaba á que se pusiese cuanto antes en camino para Francia, donde los negocios reclamaban su presencia; y le encargaba ademas que no se descuidase en enviar la confirmacion de su nombramiento á la regencia. A la muerte de Cárlos IX, quedó, como sabemos, Catalina revestida de este cargo, que ejercia con su habilidad y sagacidad acostumbradas. Eran siempre difíciles las circunstancias en que se hallaba el pais, donde el horizonte no acababa jamás de serenarse. Continuaba la union entre los calvi-

nistas y el partido político, ó sea moderado. El rey de Navarra y el nuevo duque de Anjou, jefes de este partido de fusion, habian sido perdonados, pero permanecian en la córte casi en condicion de presos. Se habia refugiado á Alemania el príncipe de Condé, y manifestaba hacer preparativos para entrar á mano armada en Francia, á la cabeza de los antiguos reitres. Se hallaban llenos de esperanza los calvinistas de dentro, y los católicos de su partido estrechaban los vínculos de una alianza, que consideraban como la base de su engrandecimiento. Llegó la publicidad de todos estos sentimientos, hasta el punto de celebrar los protestantes una asamblea muy solemne en Milhau, donde se establecieron las bases de su conducta para lo futuro, ya de paz, ya de guerra, segun las disposiciones de la córte. Revivia, pues, el partido calvinista, y la reina madre, tan ansiosa siempre de tener á raya el dominante por medio de la influencia del contrario, no propendia á desplegar un sistema de gran severidad, en medio de las inquietudes que la actitud de los calvinistas la inspiraba. Tales eran las importantes noticias que al rey de Polonia comunicaba Catalina. El disgusto de vivir en aquel pais del Norte, el deseo de volver á Francia, y el cuidado en que le tenian sus negocios, fueron otros tantos estímulos, que le impulsaban á salir cuanto mas antes de Polonia. Mas, se le ocurrió una gravísima dificultad, á saber, que los polacos recelosos de que los abandonase el rey, expiaban todos sus pasos, y le guardaban como si se hallase preso. No le quedaba á Enrique otro recurso que la fuga. Por la primera vez se vió el ejemplo de un rey evadiéndose del pais donde ocupaba un trono, y de donde sus súbditos no le permitian marcharse por amor á su persona. Salió bien Enrique con su tentativa. A favor de un disfraz, pasó sin obstáculo la frontera de Polonia. Atravesó la Alemania, de cuyo emperador fué acogido con muestras de grande estimacion, y tomando la via de Italia, pasó por Venecia, por los Estados de Milan y el Pia-

monte, recibiendo por todas partes obsequios y toda especie de homenajes.

Se aguardaba en Francia con muchísima inquietud la llegada del rey, porque se ignoraban sus ideas acerca de los partidos que la dividian. Muy pronto se disiparon las dudas, y se puso en claro su resolucion de adherirse en un todo á los católicos, con exclusion de sus contrarios. Manifestó á estos últimos que no era su intencion molestarlos en ningun sentido, ni tampoco el perseguirlos, con tal que se mostrasen fieles al culto católico y á las antiguas leyes, que dejasen las armas y restituyesen las plazas que ocupaban, pues de lo contrario serian expulsados del reino, llevándose sus bienes adonde mejor les pareciese. Para mostrar mas la sinceridad de estos sentimientos, asistia en público á todos los actos religiosos, se incorporaba en las procesiones, se afiliaba en las cofradías de los penitentes, tan comunes en aquella época, vistiéndose de su saco negro ó blanco, pues los habia de los dos colores. De esta manera se condujo en Marsella, en Aviñon, en Lyon y en todos los pueblos de su tránsito hasta Reims, donde fué consagrado y coronado. En París, donde hizo su entrada pública de allí á muy pocos dias, crecieron sus manifestaciones de celo por la religion católica, sus actos devotos, su asistencia á las procesiones de los penitentes, sus visitas á los conventos y demas casas religiosas, no descuidando en fin ninguna ocasion de presentarse al pueblo de París y á la Francia entera, como el alma principal de los católicos.

Que tal era su plan, lo manifestaba su conducta, aunque en realidad tampoco se pueden achacar estos actos á pura hipocresía, conociendo la índole del tiempo. Tal vez era una política acertada; mas Enrique III, á pesar de su alta dignidad, no era hombre para representar el principal papel en cosa alguna. Desde las dos victorias conseguidas en su primera juventud, habian decaido singularmente su crédito y prestigio. Ni sus costumbres, ni su carácter, le daban medios de ser jefe de ningun partido.

Los moderados que favorecian á los calvinistas, vieron en el rey un obstáculo á sus planes favoritos.: los católicos ardientes que reconocian al duque de Guisa por su jefe, no se pagaban de sus actos devotos, de su hábito de penitente, y otras mas demostraciones que no se tenian por sinceras. Unos y otros hacian la sátira de sus amores, de sus vicios, de sus costumbres licenciosas, llegando á acusarle de desórdenes feos á que se entregaba, bajo el manto de sus devociones.

En cuanto á los calvinistas, no se arredraron con los sentimientos hostiles del monarca. En lugar de rendir las armas, de entregar sus plazas fuertes, se movian y agitaban mas que nunca. El príncipe de Condé en Alemania, procuraba el alistamiento de los reitres, y el rey de Navarra no pensaba mas que en sustraerse de una córte donde se hallaba como esclavizado. El duque de Anjou dejó á París, y se retiró como fugitivo á sus Estados. Todo hacia creer en una próxima ruptura, que al fin tuvo lugar, á pesar de toda la astucia conciliadora de la reina. Los reitres de Alemania entraron, y aunque fueron vencidos por el duque de Guisa, no sufrieron una derrota decisiva. El rey de Navarra por su parte, habia llevado á efecto su plan de evadirse de la córte, dirigiéndose á sus Estados de Bearne. Luego que pasó el Loira, arrojó de una vez la máscara que llevaba hacia tres años, y renunciando á la comunion católica, se volvió á declarar altamente protestante.

Comenzó Enrique III á sentir todas las amarguras de su posicion, tan desdorosa para la dignidad de un rey de Francia. Los calvinistas, el partido político ó moderado, los católicos ardientes, hasta su mismo hermano el duque de Anjou, todo se le mostraba hostil, ó al menos no amistoso. Los partidos tenian sus jefes, y en realidad no estaban con ninguno. La guerra en que estaba ya medio empeñada toda la nacion, manifestaba un aspecto muy dudoso. Era, pues, de toda necesidad conjurar la tormenta y apelar á la via de las negociaciones.

La reina Catalina que conocia esta verdad mejor que nadie, puso en movimiento los resortes de toda su política. Se dirigió á los calvinistas, quienes sin dificultad adoptaron gustosos los términos de conciliacion favorables á sus intereses. Se ajustó, pues, un tratado de paz en 1576, y era el cuarto despues de aquellas contiendas tan reñidas. Se dió dinero á los reitres para que volviesen á Alemania. Quedaron los calvinistas con el libre ejercicio de su culto, y la posesion de las plazas fuertes que tenian como en rehenes; en fin, en los mismos términos y bajo el mismo pié que en el año 1570.

Perdió con este tratado el rey de Francia todo su crédito con los católicos ardientes. Los sacrificios que habian hecho de tantos años atrás para acabar con el partido calvinista, las matanzas de San Bartolomé, todo habia sido inútil, puesto que sus enemigos se hallaban triunfantes como nunca. Los jefes de este partido, en quienes intereses de poder y de ambicion ejercian por lo menos tanta influencia como los puramente religiosos, daban pábulo á estos sentimientos de indignacion que les abrian una nueva carrera de agradecimiento. No es un rey afeminado y corrompido, decian, el verdadero representante del catolicismo en Francia. Sus devociones, sus penitencias, no son mas que una máscara con que oculta sus vicios y sus disoluciones. Su último edicto de pacificacion manifiesta bien que prefiere una indolencia vergonzosa á la noble ocupacion de acabar con los enemigos de su reino: pues bien, si el partido católico necesita obrar con energía para su propia salvacion; si carece de una cabeza que le dé el impulso; si el rey se halla incapacitado de ponerse á su frente, ¿no es justo, no es necesario que los católicos se unan, se liguen y encuentren en los vínculos de su asociacion la fuerza que no les dá el celo y decision ardiente de su monarca? ¿Qué recurso nos queda mas que el de esta liga, si no queremos caer por castigo de nuestra negligencia en las garras de los malditos calvinistas?

Tales fueron las insinuaciones que esparcieron unos, las ideas que concibieron otros, los sentimientos que animaban en fin á los católicos ardientes. El temor por un lado, la ambicion por otro, el deseo de humillar al rey y trabajar en su descrédito, tales fueron los móviles de la vasta asociacion católica que con el nombre de *santa liga* se formó en Francia, sin contar con el rey, y desafiando en cierto modo toda la autoridad de que estaba revestido. Al frente de esta liga figuraban los príncipes de la casa de Lorena, y especialmente Enrique, duque de Guisa, tan querido, tan ídolo del pueblo como lo habia sido su padre en otro tiempo. Activo, generoso, magnánimo, brillante con todos los adornos exteriores, dotado de la misma afabilidad y maneras cariñosas hácia el pueblo, tan valiente y afortunado capitan, católico tan celoso y tan ardiente: en todo era Enrique de Guisa digno heredero de su padre. En las matanzas de San Bartolomé habia representado el principal papel y dado el impulso mas eficaz y mas activo. Ultimamente se habia distinguido contra los reitres de Alemania, habiendo contribuido una herida que recibió en la cara, al aumento de su prestigio con el pueblo, que desde entonces le designó siempre en sus momentos de entusiasmo con el epíteto de *Balafré* (Chirlado).

Era, pues, el Chirlado uno de los hombres que podian hacer sombra á la autoridad de un rey, y Enrique III, que á pesar de su ligereza y hábitos indolentes no carecia de entendimiento, estaba muy penetrado de lo mismo. En caso de ignorarlo, allí estaba su madre, astuta y sagaz, que no podia menos de hacérselo presente. Pero tenian que tolerarle á pesar suyo y poner buena cara á un personaje popular que ejercia tan positivo poderío. Que el duque de Guisa estaba apoyado por el rey de España, de quien recibia instrucciones por medio de su embajador, lo acredita la activa correspondencia entre uno y otro, que todavía existe en los archivos. Para el rey de España era digno de su favor y de

sus auxilios cuanto podia promover en Francia los intereses del catolicismo puro, en detrimento y hasta exterminio de los calvinistas. Todos los actos de pacificacion y tolerancia con estos sectarios, excitaban su indignacion y provocaban sus reclamaciones. Los calvinistas de Francia fueron para él una contínua pesadilla. Como hereges los aborrecia; como aliados naturales de los flamencos, eran para él objeto de eternas inquietudes.

El advenimiento de Enrique III no debió de tranquilizar á un rey de vista tan penetrante, y que por conductos tan seguros debia de estar bien informado de lo que pasaba. Ni la declaracion de Enrique, ni sus devociones, ni sus penitencias, debieron de hacer grande impresion sobre el ánimo de Felipe II, que tendria buenos datos de la indolencia, de los vicios y de las disoluciones de aquel príncipe. El último tratado de pacificacion irritó probablemente tanto al rey de España como á los ardientes católicos de Francia. Demasiadas pruebas tenia de que Catalina de Médicis se movia mas por intereses puramente políticos de poder y mando, que por principios religiosos. En cuanto al rey, acababa de dar una prueba evidente de que si se mostraba buen católico, sabia ceder á la furia de las tempestades en lugar de oponerles un corazon decidido y animoso.

Hé aquí todas las consideraciones que hacen creer, aunque no constase por cartas fidedignas, que el rey de España miró con agrado y ojos de favor la formacion de una liga destinada á reparar los males que habia causado y podia causar en adelante la política torcida del monarca. Si Felipe II no fué el primer promotor, se puede considerar como el grande aliado, el alma de esta asociacion, identificada con sus sentimientos, tan útil á sus intereses. Por esta estrecha conexion entre Felipe II y los grandes acontecimientos que tenian lugar en Francia, entramos en tantos pormenores acerca de su naturaleza y sus tendencias.

Volviendo al hilo de la santa liga, cundió la aso-

ciacion desde París, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos por la conservacion y lustre del antiguo culto, corrieron á alistarse en sus banderas. Todo el fuego del fanatismo manifestado cinco ó seis años antes en los terribles choques con los calvinistas, revivió con la misma actividad, con el mismo deseo de venganzas, con la misma sed de sangre. En todas partes se presentó la asociacion sin velo ni disfraz alguno: el estandarte de la liga santa se alzó del modo mas público y solemne.

Cuando se forman asociaciones de esta clase á presencia y con aislamiento de un monarca que hasta cierto punto pertenece á las mismas opiniones, se puede decir que este rey ha perdido su prestigio, que este rey se halla virtualmente destronado. Una asociacion calvinista nada hubiera tenido de humillador para Enrique III; mas una liga de los católicos celosos sin contar para nada con un rey que de católico tan celoso blasonaba, le hacia ver que no podia ó no queria defenderlos, que no les parecia en fin digno de ponerse á su cabeza. Era sin duda tan duro el lenguaje, como difícil y espinosa la situacion del rey con quien se usaba.

¿Y qué partido tomaria? ¿Disiparia por un acto de su autoridad la santa liga? No tenia bastantes fuerzas para ello. ¿Estrecharia sus relaciones con los calvinistas? Era un paso en extremo peligroso, pues ademas de quedarse en minoría, iba á concitar contra él la masa nacional, con gran peligro de su trono. El asunto era muy sério, el tiro de muy largo alcance. La liga se fortificaba mas y mas, y el número de los prosélitos aumentaba en todos los ángulos del reino. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fé católica, y los deseos de todos eran unos. Si los mas moderados no pensaban por este acto sustraerse á la autoridad del rey, entre los mas ardientes y fanáticos se trataba nada menos que de destronarle. Y para allanar mas el camino de la sucesion al ídolo del pueblo y de la liga, al duque de Guisa, llega-

ron á forjarle sus parciales un árbol genealógico que le hacia descender de Cárlo Magno; genealogía muy falsa, mas que no por esto hacia menos impresion en los ánimos de la muchedumbre.

Indeciso el rey, creyó salir de este cuidado convocando los Estados generales para Blois, adonde debian concurrir para el 15 de noviembre de 1576, segun órdenes expedidas al efecto. Se componian estas asambleas de tres estados, brazos ó estamentos. Figuraba en primer lugar el alto clero; en segundo la nobleza; en el tercero los representantes de las ciudades, villas ó corporaciones populares. Se daba á este último el nombre de tercer estado (tiers etat). Deliberaban por separado los tres brazos, y solo ejercian el derecho de peticion ó súplica, que en ciertos casos como el que nos ocupa, equivalia á una exigencia.

A pesar de las intrigas de la córte para que viniesen á la asamblea hombres de todos los partidos, recayeron las elecciones del tercer estado por la mayor parte en los liguistas. Los nombrados de entre los hugonotes eran detenidos en el camino por sus contrarios, quienes para que no se presentasen en Blois ejercian en ellos toda suerte de violencias. Estaban tan lejos de recibir su ejecucion los artículos del último edicto de pacificacion, que aun no se habian restituido y puesto en libertad los prisioneros de una y otra parte. Los calvinistas se quejaban, pero sin efecto, pues mas poderosa que el gobierno era la liga. Mientras se reunian los Estados deliberaba el rey en su Consejo sobre la conducta que deberia seguir en esta efervescencia de los ánimos. Y como se creia que una de las peticiones de los estados habia de ser la revocacion del último edicto, y que no se tolerase en Francia mas culto que el catolicismo, se decidió al fin que diese el rey su asentimiento á la medida.

En 6 de setiembre del mismo año se abrieron solemnemente los estados. Les dirigió el rey un discurso desde el trono, lamentando los males que afligian al

pais por la animosidad que agitaba á los partidos, pidiendo á los estados le auxiliasen en la obra difícil de establecer la paz y la concordia entre sus súbditos. No tocó el rey el punto de la liga, ni dió á entender que era sabedor del gran proyecto de sus partidarios.

No tardaron éstos en manifestar al rey sus intenciones, pidiendo con solemnidad la revocacion del edicto de pacificacion, suplicando al rey no permitiese en Francia el ejercicio de otra religion que la católica. Dió gratos oidos Enrique III a esta proposicion de los estados, y prometió su cumplimiento segun la resolucion tomada en el Consejo. Para dar muestra de que adoptaba las ideas de la asamblea y entraba en ellas con sinceridad, se declaró jefe de la liga santa y firmó los capítulos de esta asociacion, en que los miembros mas poderosos é influyentes aspiraban sin duda á destronarle.

Gradúan todos los historiadores de gran debilidad este acto del monarca. Mas ¿qué otro recurso le quedaba? ¿Permaneceria fuera de la vasta asociacion que blasonaba de representar los verdaderos intereses de la Francia? ¿Chocaria de frente con los que se llamaban campeones de la religion católica? ¿Disolveria violentamente una asamblea convocada por él mismo, y cuyas peticiones tenian todo el mandato? Para Enrique III no habia ya eleccion. Al triste papel de *jefe nominal* de la liga tenia que reducirse, si no queria pasar por mas sérios desaires, por humillaciones mas marcadas. Se puede decir que Enrique III dejó de hecho de ser rey, desde el momento que el gran partido católico, es decir, la mayoría nacional, cesó de considerarle como su representante.

Ademas del gran asunto de la revocacion, se ocuparon los estados de Blois en arreglos interiores de un órden secundario, relativo á la organizacion del pais, y sobre todo de las municipalidades. En todos estos actos traspiraba la tendencia a fortificar el poder de las asociaciones populares contra las influencias del monarca.

Es muy de notar que el mismo espíritu republicano que animaba al calvinismo, se manifestaba en los católicos que desconfiaban de la córte, y en los esfuerzos de su propio valor cifraban la victoria sobre sus rivales.

Revocado el edicto de pacificacion, necesario era que los católicos se preparasen á una nueva guerra. No habian estado dormidos los calvinistas durante todos estos pasos, ni estaban dispuestos á ceder sin disputa el campo que ocupaban. Ya habian formado entre ellos y los príncipes protestantes del Imperio una asociacion, á la que dieron el nombre de *contra liga*, en oposicion de la católica. Se prepararon todos á encomendar su causa á los azares de la guerra abierta. Los católicos la deseaban con ardor, fiados en su superioridad de número y recursos pecuniarios. Mas por una contradiccion que no deja de explicarse, anduvieron muy remisos los estados en aprontar al rey los fondos necesarios para hacer la guerra; tan desconfiados estaban de la sinceridad del monarca; tan interesados en que otro fuese la cabeza pública y ostensible de tan grande empresa.

La reina Catalina, sagaz siempre, sin perder nunca de vista el pro y el contra de todas las cuestiones, á quien cegaba poco la pasion, y los objetos le presentaban siempre su semblante verdadero, conoció muy pronto los graves peligros que corria el Estado y su propio poderío en caso de empeñarse sériamente aquella nueva guerra. Sabia mejor que su hijo las tendencias y aspiraciones de la liga católica, contrarias á ella y al trono, y se horrorizaba con la idea de que al fin quedase completamente vencedora. Por otra parte contemplaba á los calvinistas siempre decididos á correr los azares de una lucha cuyos resultados no podian preverse. Puso, pues, en juego esta princesa los resortes de su política, haciendo que los miembros mas influyentes del partido medio interpusiesen su mediacion para evitar el choque próximo de los dos partidos. Fueron ineficaces sus intrigas, y la guerra tuvo efecto, siendo los resultados

muy prósperos desde un principio para los católicos. Perdieron los calvinistas varias plazas, y entre ellas la de La Caridad, punto importante por su posicion central en las orillas del Loira, sin que por esto desmayasen. Crecian al contrario de dia en dia sus elementos y medios de defensa. Reclutaba el príncipe de Condé á toda prisa alemanes y suizos, ya próximos á entrar en Francia. Igual marcha estaba emprendiendo á la sazon el príncipe Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, á la cabeza de un cuerpo poderoso de auxiliares.

Volvió á apoderarse el cansancio, como tantas veces sucedia, de las filas de los combatientes. Era demasiado viva la llama de la pasion que provocaba todos estos choques, para que fuese duradera. Habia disminuido mucho el ardor de los católicos á la vista de las nuevas dificultades que les oponian los contrarios. Por otra parte, la guerra les ocasionaba cuantiosos desembolsos, y ademas se hallaban roidos de la inquietud de que la córte no hiciese buen uso de tan enormes sacrificios. Abrió este desmayo nuevo campo á las intrigas de la reina madre. Dirigiéndose alternativamente á unos y á otros, poniendo en movimiento los celos, las desconfianzas mútuas, inspiró generalmente el deseo de una nueva pacificacion, que al fin se ajustó en Poitiers á mediados de 1577. Para hacer ver lo inútil de estas luchas y lo imposible que era acabar con opiniones arraigadas en todo un partido numeroso cual lo era á la sazon el calvinista, pondremos en estracto los capítulos de este nuevo arreglo. Se permitia por él á los hugonotes el ejercicio libre, público y general de la religion llamada reformada, en todas las ciudades y lugares del reino pertenecientes á los de la religion, y en cualquiera otro sitio, con tal que fuese con el consentimiento de los propietarios: se les permitian sermones, oraciones, cantos de salmos, administracion del bautismo y de la cena, abrir escuelas públicas, edificar templos para el ejercicio de su religion, á excepcion de París y de sus arrabales, y

dos leguas en contorno. Se les permitia el matrimonio de los sacerdotes y otras personas religiosas, sin que por ello se les molestase o persiguiese, y se levantaba todo obstáculo en materia de religion para recibir á los calvinistas en universidades, colegios y hospitales. Se permitia al rey de Navarra y príncipe de Condé celebrar oficios en los lugares de su pertenencia, hallándose ausentes. En los parlamentos de París, Ruan, Dijon y Rennes, donde los calvinistas debian tener una sala compuesta de un presidente y cierto número de consejeros; debian ser estas personas elegidas por el rey, mas sometiéndose la lista al rey de Navarra y á los interesados, que podrian recusar á los que les pareciesen sospechosos. Debia conceder el rey al de Navarra ochocientos hombres para guarnecer las ciudades que se le diesen en custodia, debiendo gravitar igualmente sobre todos los súbditos de S. M. todas las sumas que se aprontasen para pagar á los reitres, tanto en estas últimas como en las anteriores turbulencias.

Así, despues de tantos conflictos, de tantos desastres, de tanta sangre derramada, quedaron los calvinistas por este tratado de Poitiers bajo un pié tan favorable como por la paz ajustada en San German ocho años antes. Mas como la experiencia es enteramente inútil cuando habla fuertemente la voz de las pasiones, no sirvió de nada este escarmiento para impedir nuevas luchas de esta especie, como lo haremos ver mas adelante.

El rey de España que tenia puestos sus ojos en todos estos acontecimientos, que habia sabido con gran gusto suyo la providencia tomada en Blois de revocar el último edicto de pacificacion, que escribia cartas sobre cartas á su embajador y á otras personas influyentes, para que mantuviesen al rey en sus resoluciones, recibió la noticia del tratado de Poitiers con las muestras del mayor disgusto. Se dice que exclamó en un momento de enojo: «Es incompatible la conservacion de la fé católica en

Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte.» Si las palabras no son ciertas, son al menos muy probables, tanto por lo que pasaba entonces en el ánimo del rey, como por su conducta sucesiva. No podian estar mas en oposicion las ideas y carácter del monarca español con las de la córte de Francia, porque tampoco podia ser mas diversa la posicion en que unos y otros se encontraban. Felipe, dueño absoluto de su casa, acostumbrado á la obediencia ciega de los españoles, sin mas creencias religiosas que una, sin facciones, sin partidos depresivos en lo mas mínimo de su autoridad, apenas podia concebir el estado convulsivo de la nacion vecina, por tantas facciones destrozada. En vano le escribió la reina madre, haciéndole ver los embarazos que rodeaban la córte, impulsada en diversos sentidos por las pasiones é intereses que mútuamente se excluian. A estas manifestaciones daba poco crédito, y solo se le halagaba tomando sérias medidas para acabar de una vez con los nuevos sectarios, que con tal encarnizamiento aborrecia. Temeroso siempre del auxilio que de los calvinistas de Francia recibian los rebeldes de los Paises-Bajos, veia en esta última pacificacion el principio de una nueva alianza. Y como se hablaba mucho entonces de que los Estados de Flandes llamaban al duque de Anjou para ponerle á la cabeza del gobierno, concibió el rey de España nuevos temores, de que Enrique III se declarase protector de los Paises-Bajos. Pero coincidiendo esta medida con el principio del mando del príncipe de Parma en Flandes, dejaremos este asunto para el artículo siguiente, relativo á la administracion del nuevo gobernante.

CAPITULO XLIX.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.-- Situacion del pais. -- Disturbios.--Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.--Movimiento del príncipe de Parma.--Pasa el Mosa.--Llega hasta los arrabales de Amberes.--Retrocede, y pone sitio á la plaza de Mastrich.--Defensa heróica de los sitiados.--Asaltos inútiles de los españoles. -- Se regulariza el sitio. -- Apuros de los de adentro.--Nuevos asaltos.--Toma de la plaza.--Los vencedores la saquean. (1)

1578—1579.

Aspecto poco favorable presentaban los asuntos de España en los Paises-Bajos, cuando tomó las riendas del gobierno el príncipe de Parma. De las diez y siete provincias que los componian, solo tres se hallaban á su devocion, y estas contenidas en cierto modo por la presencia de sus armas. En un campo fortificado, con todas las precauciones de la guerra, á las inmediaciones de Namur, se hallaba el ejército de que disponia, con grandes temores de que le interceptasen los víveres y comunicaciones por medio de los rios Sambre y Mosa, que tenia á su espalda. Se hallaban al contrario muy pujantes los confederados, engrosando mas y mas sus filas con refuerzos que les enviaban los príncipes luteranos de Alemania. Tambien los aguardaban de Francia, donde el partido calvinista consideraba como aliados unos pueblos que se hallaban en guerra contra un enemigo comun, á saber, el rey de España. Ya hemos visto al duque de Anjou, hermano de Enrique III, colocado al frente de un partido medio, entre la córte y los calvinistas, sin que se pudiese decir si se conservaba fiel, ó se declaraba en pugna abierta contra aquel monarca. En un pais des-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos XXXVII, XXVIII, XXXIX, XLIII, XLIV, XLV y XLVI.

pedazado por parcialidades, y con una córte, donde tantas intrigas en mil sentidos pululaban, nada tomaba un carácter determinado, ni de union, ni de hostilidad constante; y si Enrique III no podia ver con buenos ojos á un hermano que se emancipaba tantas veces de su autoridad, tal vez dió sincero asentimiento, cuando supo que el duque de Anjou era llamado á los Paises-Bajos por los enemigos de España, cuya amistad hácia él no podia menos de serle sospechosa. Como agente principal de esta llamada del duque de Anjou, se designa á la princesa Margarita de Valois, su hermana y mujer, como se ha visto de Enrique de Navarra. Aprovechó Margarita la ocasion de un viaje á los baños de Spá, ó mas bien tomó este pretexto para presentarse á los Paises-Bajos, donde supo insinuarse con destreza en los ánimos de muchos de los personajes de la confederacion, presentándoles las ventajas de poner á su cabeza al duque de Anjou, lo que les proporcionaria sin disputa la proteccion y alianza del mismo rey de Francia. Dieron oidos á la proposicion los que la creyeron ventajosa, ó los que deseaban alguna novedad que mejorase su fortuna propia. Fué en las dos provincias de Artois y de Haynault, donde el duque de Anjou ganó mas partidarios, y por donde se concertó su entrada en los Paises-Bajos. Lo verificó el príncipe francés á mediados del 1578, cuando todavía mandaba don Juan de Austria. Llevaba consigo algunas tropas, que si no parecieron muy considerables á los que les llamaban, les satisfacian en parte, por las numerosas que para tiempos mejores anunciaban. Mas lo que parecia un grande refuerzo y un considerable aumento de poder para los confederados, no fué verdaderamente mas que un principio de desunion y una manzana de discordia. En primer lugar, se disgustó mucho con la venida del príncipe francés el archiduque Matías, reconocido ya por gobernador de los Estados, y que se vió como suplantado por el recien-venido; por otra parte, los que no habian tenido parte en la llamada del francés, pues fué obra solo de una parcia-

lidad, miraron con desconfianza el refuerzo de un auxiliar, que tal vez no venia con las mejores intenciones. No era en efecto la persona del duque de Anjou muy á propósito para inspirar confianza á pueblos celosos de sus privilegios, y que en los extranjeros buscaban solo proteccion, mas no señores. Demasiado jóven, de carácter ligero, de poca capacidad, licencioso como un príncipe criado en la córte de Francia, sin mas instinto fuerte que el de una ciega ambicion que no se apoya en plan alguno, se presentó en los Paises-Bajos, conduciéndose, y sobre todo, expresándose de un modo, que daba á entender que los consideraba como su dominio propio. Excitó esto la suspicacia de los flamencos, y no fué poco el disgusto del duque de Anjou, al verse objeto de homenajes, de respeto aparatoso y toda clase de acatamientos, sin ejercicio ninguno del poder, al ver que ni para el pago de las cortas fuerzas que le acompañaban, ni para los gastos de su persona, le contribuian en nada los Estados. Se disgustó pues muy pronto el príncipe del pais, y despues de algunos dias de residencia en Mons, dejó los Paises-Bajos y se retiró á Francia, donde continuó siendo objeto de celos é inquietud para su hermano.

Adolecian los Estados confederados de los Paises-Bajos del espíritu de desunion, que inevitablemente se introduce donde los intereses no están todos de acuerdo; donde no hay una cabeza, un hombre de poder y de prestigio, capaz de encadenar las voluntades. Matías no era mas que un jefe nominal, un príncipe extranjero, llamado para dar al menos una sombra protectora á los confederados. El príncipe de Orange, aunque de gran capacidad y nombre en el pais, no ejercia bastante poder, ni gozaba tal prestigio, que le reconociesen por jefe y director todos los Estados de la Liga. Una prueba de que él comprendia esto mismo, y de que evitaba con cuidado alarmar la susceptibilidad de sus rivales es que no solo tuvo parte activa en el llamamiento de Matías, sino que

apoyó despues con eficacia la ida á Flandes del duque de Anjou, aunque no desconocia sin duda las pocas prendas que alcanzaba. Segun hizo ver este príncipe por toda su conducta, no aspiraba al dominio absoluto de los Paises-Bajos, y sí tan solo al mando y posesion de las provincias de Zelanda y Holanda, y las demas del Norte confinantes.

No podian ser los Paises-Bajos mas que teatro de intrigas y facciones, así como de combates. Poco antes de la entrada del duque de Anjou, se habia apoderado de Gante y otras plazas, echando de ellas á sus gobernadores un nuevo partido en abierta rebeldía contra los Estados, y que obraba, segun opinion comun, bajo la influencia secreta del príncipe Juan Casimiro. Como eran por la mayor parte los de este partido individuos de las nuevas sectas religiosas, se señaló la faccion con nuevos despojos y allanamientos de los templos catolicos, aumentándose el desórden de aquellas turbulencias. Contra esta parcialidad se levantó otra en las provincias del Artois, del Haynault y de la Flandes Meridional, que con el nombre de *malcontentos*, se declararon campeones del catolicismo, y en abierta oposicion con la política de los Estados, que dispensaba tanta proteccion á las nuevas sectas religiosas. Fueron principalmente estos descontentos los que llamaron á Flandes al príncipe francés, y los primeros que dudaron de sus buenas intenciones, obligándole á dejar un pais, donde no se hallaba con bastantes fuerzas para mantenerse. Así pululaban los celos, las desconfianzas, las disensiones mútuas, atizadas, no solo por los naturales, sino por la política poco franca de las córtes extranjeras. No se sabia á punto fijo, si Enrique de Francia protegia ó no cordialmente el establecimiento de su hermano en Flandes. En cuanto á la reina de Inglaterra, á pesar de haber dado en otro tiempo oidos al ajuste de sus bodas con el duque de Anjou, de haber agasajado muchísimo á este príncipe cuando su presentacion en Londres, estaba muy lejos de pensar sériamente

en semejante enlace, y ademas se hallaba sumamente recelosa de la influencia que iba á ejercer el rey de Francia en Flandes, por la investidura de su hermano. Por esta causa, á pesar de una liga de hecho que existia entre Isabel y los confederados, no solo cesó de enviarlos socorros pecuniarios, sino que exigia el pago de las sumas que les habia prestado. Por otra parte, Felipe II, siempre desconfiado de la política poco segura y decidida de Francia, comenzaba á considerarle casi como un enemigo por la expedicion del duque de Anjou, y trató de ponerse de acuerdo con la reina de Inglaterra, aunque con tan poca sinceridad de una y otra parte, como puede suponerse. Lo que habia de real en todas estas combinaciones, era la desconfianza, los celos, el deseo mútuo de hacerse daño, que á los tres soberanos animaba. Y solo con estos datos suministrados por todas las historias, se puede concebir que estando todas las provincias de Flandes, menos tres escasas, insurreccionadas contra el rey de España, hallándose con fuerzas superiores, no llegasen á echar de una vez á los españoles de su territorio. Pasemos ahora á las operaciones militares del príncipe de Parma.

Trató Alejandro de tomar la ofensiva; y otra conducta no podia adoptar, hallándose como encerrado en su campo, á las inmediaciones de Namur, y hasta con apuros para la subsistencia de sus tropas. Les pasó revista, y se halló con veinte y cuatro mil hombres de á pié, y cerca de siete mil caballos, casi todos alemanes. Era maestre de campo general, Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; general de la caballería, Octavio Gonzaga, y comisario general de la misma, Antonio de Olivera. Mandaba la artillería, Egidio, conde de Barlamont, al cual auxiliaba para todo género de construcciones de guerra, Gabriel Serveloni, nombre ya conocido en esta historia, y de otros tres capitanes de infantería, célebres ingenieros italianos.

Con este ejército, pues, se decidió Alejandro Far-

nesio á correr los azares de la guerra; pues aunque el rey de España le escribia entonces que tentase los medios de ajustar una paz con los Estados, creyó que seria el mejor modo de conseguirlo, alcanzando ventajas militares. Deliberó pues en su consejo sobre el camino que emprenderia la expedicion, y aunque opinaron los mas que se trasladase el ejército á las provincias de Flandes y Brabante, y pusiese sitio á Amberes, se decidió á dirigirse con ellas hácia el Norte, y ocupar á Mastrich, para impedir mejor la entrada de los alemanes auxiliares.

Mientras tanto sitiaban los Estados la plaza de Deventer, en posesion entonces del de Parma; y aunque este príncipe se apresuró á marchar en su socorro, la entregaron los alemanes que la guarnecian antes de la llegada del refuerzo. No impidió esto que el general español continuase su expedicion hácia la plaza de Mastrich, á cuyas inmediaciones llegó á principios de 1579. Antes de emprender sériamente el sitio, se apoderaron sus tropas de algunos pueblos considerables de las inmediaciones. Entró el capitan español Cristóbal de Mondragon en Carten, que hacia poco se habia sublevado, y ahorcado al gobernador, puesto por los españoles. Reparó Mondragon el ultraje, dando el mismo castigo al gobernador puesto por los sublevados, y dejó por jefe de la plaza al español Fernando Lopez. Despues pasó Mondragon á la plaza de Erclens, que se entregó sin resistencia, y en seguida, despues de una refriega en que derrotó á tropas que venian en su encuentro, se apoderó de la plaza de Estrala, en cuya expugnacion apeló al recurso de la mina. Mientras tanto obtuvo una ventaja Pedro Tasis de importancia sobre el enemigo, habiéndole derrotado y perseguido hasta las puertas de Venloo. Otra derrota hizo sufrir el marqués del Monte á un cuerpo de caballería, muy superior en número. Eran muy frecuentes estas escaramuzas ó combates parciales en una guerra, donde se reducian casi á sitios de plazas las grandes operaciones militares. Alentado con estas ventajas Alejandro, ó

por desistir ya de su proyecto de sitiar la de Mastrich, ó por ocultar mejor su designio al enemigo, resolvió penetrar por el Brabante. Mandó para esto echar un puente de barcas sobre el Mosa, á favor del cual pasó todo el ejército, sin ser molestado; á pesar de que habiéndose desbaratado el puente, cuando se hallaba todavía la mitad de las tropas en la orilla izquierda, les hubiese sido fácil aprovecharse de la confusion, que origina siempre un accidente de esta clase. Mas probablemente no tenian los enemigos noticia de este movimiento, lo que prueba el descuido ó falta de concierto que reinaba en sus operaciones militares. Así es que cuando Alejandro Farnesio entró en la provincia del Brabante, comenzó á introducirse en ellos nuevamente la discordia, echándose mútuamente en cara el desacierto de sus operaciones. Para ponerse al abrigo de la tempestad que los amenazaba, adoptaron el plan de repartir una gran parte de sus tropas entre las plazas de Malinas, Maestrich y Breda, dejando un grueso cuerpo cerca de Eindoven y de Bois-le Duc, para observar los movimientos de Alejandro.

Volvió éste á pasar revista á su ejército, algo engrosado con refuerzos de Alemania, y se halló con veinte y cinco mil hombres de infantería y ocho mil caballos, sin contar las tropas que habian dejado atrás, á las órdenes de Cristóbal de Mondragon y el marqués del Monte. Hallándose con un número de caballos demasiado considerable para sus operaciones en aquel punto, resolvió licenciar algunos, recayendo esta medida sobre cuerpos alemanes, de cuya disciplina y comportamiento no se hallaba satisfecho. Por entonces no tenia falta de dinero, pues acababa de hacerle una remesa considerable el rey de España.

Con una parte del ejército mandada por el coronel aleman Altemps y el maestre de campo Francisco Valdés, se emprendió el sitio de Vort, que se rindió á viva fuerza, sufriendo en seguida un saqueo por las tropas vencedoras. Las que la guarnecian fueron ahorcadas.

Al mismo tiempo hacia Octavio Gonzaga una expedicion sobre la plaza de Eindoven, y derrotó á las tropas enemigas que salieron al encuentro. Persiguieron los nuestros á los fugitivos hasta las mismas puertas de Oriscot; y cuando pensaban entrar detrás de los contrarios, se alzaron los puentes y la plaza se puso en estado de defensa. Por su parte se movió Alejandro con las tropas de Mondragon, Tassis y Altemps, hácia el campo fortificado de Tornhut, entre Bois-le-Duc y Amberes, donde estaban situados los reitres alemanes que Juan Casimiro habia llevado á los Paises-Bajos. Se hallaba el príncipe á la sazon ausente en la córte de Inglaterra, donde en nombre de los Estados habia ido á solicitar socorros de la reina, muy poco propicia entonces á proporcionar auxilios de que probablemente se aprovecharian los franceses. A pesar del buen recibimiento que hizo al príncipe aleman, eludia sus proposiciones con respuestas evasivas, y teniendo en poca cuenta las ofertas que en pago de sus servicios la hacia el príncipe de Orange, exigia plazas fuertes por seguridad de sus empréstitos. Así pasaba el aleman su tiempo entretenido y divertido en la córte de Inglaterra, cuando era su presencia al frente de sus tropas tan indispensable.

Las mandaba en su ausencia un príncipe de Sajonia, deudo suyo, y no atreviéndose á esperar al de Parma, se retiró hácia la plaza de Bois-le-Duc para hacerse fuerte en ella. Temerosos los habitantes de que una vez entrados los alemanes se quisiesen apoderar de la ciudad, les cerraron las puertas y no quisieron una proteccion que podia serles tan costosa. Disgustados los alemanes, viéndose por otra parte muy poco seguros en aquel pais, pensaron en tomar la vuelta de su patria. Con este objeto se dirigieron al príncipe de Parma, prometiéndole retirarse del teatro de la guerra con tal que satisficiese sus atrasos. Mas les respondió Alejandro que los alemanes en lugar de exigir dinero para irse, deberian darlo para que se les permitiese emprender su reti-

rada; que por lo mismo seria ya demasiada su bondad en darles salvo conducto para que nadie los molestase en el camino. Se dirigieron los alemanes con esta salvaguardia á su pais, sin exigir mas condiciones, y pasaron el Mosa sin que en nada los incomodasen las tropas de Alejandro.

Supo esta funesta noticia el príncipe Casimiro cuando se creia en el apogeo de su favor con Isabel, cuando acababa de recibir de esta princesa la condecoracion de la Liga, que en aquel pais tan solo á los mas altos personajes se concede. Desilusionado el aleman con dicha nueva, salió prontamente de aquella córte, donde tan malamente habia perdido el tiempo, y sin detenerse en los Paises-Bajos se retiró á Alemania. Con este motivo perdieron los Estados un cuerpo considerable compuesto de tropas escogidas, que les podia ser tan útil en aquella guerra; prueba evidente de lo mal que estaba dirigida. En cuanto al príncipe Alejandro, no contento con estas ventajas parciales, trató de dar un golpe mas importante atacando el campo enemigo situado en Burgerhout, inmediato á Amberes, guarnecido con auxiliares ingleses, franceses y escoceses, á cuya cabeza se hallaban el francés Lanoue y el inglés Norrís. Trataron algunos de su Consejo de impedir la expedicion, tachándola de temeraria y del todo improductiva. Mas sostuvo el príncipe de Parma que no podia serlo una empresa que presenciarian los de Amberes por hallarse tan próximo aquel campo; que la seguridad de una pronta retirada al abrigo de sus muros, seria causa de que los enemigos hiciesen poca resistencia, mientras los de la plaza, al contemplar la bizarría y denuedo de los españoles, les darian gran fuerza moral y se prepararian á recibirlos como sitiadores cuando llegase el caso conveniente. Con arreglo á esta resolucion se puso en movimiento Alejandro, y en una llanura muy cerca del campo atrincherado, dispuso sus tropas de un modo que ofreciesen un aspecto mas imponente y mas vistoso, tanto para los del campo como

para los de la ciudad, que estaban observando el movimiento. Formó en medio un escuadron en cuadro, colocando arcabuceros en los dos costados. Le apoyaban por la derecha los reitres alemanes mandados por Francisco de Sajonia, y por el otro un cuerpo de coraceros por Pedro de Tasis. Estaban colocados delante de este escuadron tres tercios pequeños mas de gente escogida y muy probada. A mano izquierda, en frente al castillo de Amberes, colocó los españoles con Lope de Figueroa: en medio los flamencos mandados por Valdés, y los valones (1) por Altemps. Cada uno de estos tercios llevaba cien mosqueteros, y algunos iban provistos de un puente para pasar un arroyo que corria en frente del campo atrincherado. A la retaguardia del escuadron formaba Octavi, Gonzaga con un gran cuerpo de caballería como reservas y por los claros que dejaban los tercios y otros huecoe entre el escuadron y los cuerpos de caballería que li flanqueaban, discurrian algunos caballos ligeros que servian de corredores de campo y hacian el servicio de vanguardia. Dispuestas así las tropas, arremetieron en seguida. Avanzaron los tercios con la animosidad que les inspiraba la rivalidad de las naciones, deseando cada uno ser el primero en echar su puente. Cupo esta suerte al tercio de los valones mandados por Altemps; mas los otros no fueron remisos en hacer lo mismo, y así casi acometieron todos de una vez el campo atrincherado. Defendian los enemigos su puesto con mucha animosidad, y todavía pelearon esforzadamente despues de asaltadas por los nuestros las trincheras. Obligados á ceder, se retiraron á guarecerse en los muros de la plaza. Siguieron los nuestros el alcance: movió su cuadro el príncipe Alejandro, y tuvo el placer de poner fuego á uno

(1) Se daba en aquel tiempo, y aun en posteriores, el nombre de Valones ó Walones á los habitantes de la parte meridional de la provincia de Flandes, llamada Flandes Galicana ó Francesa; y lo mismo, aunque no tan propiamente, á los del Artois, del Cambresis y del Haynault.

de los arrabales de Amberes, cuyos habitantes presenciaban el espectáculo desde sus murallas con el espanto y consternacion que pueden concebirse.

No estaban ociosos los negociadores durante todos estos movimientos. Se trataba, aunque inútilmente, de convenios, de reconciliaciones y de paces. Por no interrumpir el hilo de la narracion, dejaremos este asunto por ahora, y seguiremos al príncipe de Parma en sus operaciones militares.

Despues del golpe sobre los arrabales de Amberes, se movió Alejandro hácia la plaza de Mastrich, segun su proyecto anterior de ponerla formalmente un sitio. Por qué no hizo esta operacion en la plaza de Amberes, cuando la tenia tan cerca, cuando habia incendiado ya uno de sus arrabales, no se comprende ni se sabe á punto fijo. Conformándonos á la historia, que coloca el sitio de Amberes en un tiempo muy posterior, daremos preferencia al de Mastrich, que tuvo en efecto lugar cinco años antes.

Llegó, pues, el príncipe Alejandro en 8 de marzo de 1579 á las inmediaciones de Mastrich, esparciendo la consternacion tanto en la plaza como en los pueblos de las inmediaciones. Una gran parte de los habitantes del campo se retiraron al territorio de Lieja; parte á los muros de la misma plaza. Se halla construida sobre el Mosa, que la atraviesa, dividiéndola en dos partes desiguales. La mas considerable, situada en la orilla izquierda, es el verdadero Mastrich, dándose el nombre de Wich á lo que cae á la derecha.

Se hallaba á la sazon Mastrich con todas sus fortificaciones, unas reparadas, otras construidas de nuevo, pues habia contado el príncipe de Orange con todas las probabilidades de un asedio. Estaba abastecida abundantemente de víveres, municiones y toda clase de pertrechos militares. Ascendia su poblacion á treinta y cuatro mil almas, con mil quinientos hombres de guarnicion, franceses, ingleses y escoceses, con otros

seis mil mas soldados del pais que acababan de alistarse. Estaba designado por gobernador el francés Lanoue, que servia de cuartel-maestre general en el ejército de los aliados; mas á pesar de la diligencia con que éste se puso en camino inmediatamente que tuvo noticias del próximo asedio de la plaza, no pudo llegar á ella por hallar todos los caminos interceptados por los nuestros. Quedó, pues, de gobernador el aleman Schwartzemberg, teniendo por segundo al conde de Erle y Sebastian Tapino (1), ingeniero distinguido, que habia sido director de las nuevas fortificaciones.

Trataron los enemigos de incendiar todas las casas y aldeas de los alrededores, á fin de privar de todos recursos el campo de los nuestros; y hubiesen consumado la obra de la destruccion, si por órden de Alejandro no se hubiese adelantado Lope de Figueroa con el objeto de impedirlo. Apagado el fuego se presentó pronto Alejandro delante de los muros de la plaza.

Puso su cuartel general el príncipe en el pueblo de Patersen, á media legua de Mastrich, y queriendo inaugurar la empresa de un modo que le hiciese grato á sus soldados, les dió á saco el pueblo, donde á pesar de su poca aparente consideracion, fué el botin abundantísimo, tanto en víveres como en efectos de valor, y hasta dinero. Con esto se introdujo la alegría y buen humor en el ánimo de los soldados, para quienes era este pillaje como un preludio del que les aguardaba dentro de la plaza.

Comenzó el príncipe de Parma sus operaciones por un bloqueo para hacer mas fácil el asalto. Mandó al efecto construir dos puentes de barcas apoyados en baterías, uno por encima de la ciudad, otro por bajo de la misma, y encerrada así por agua, la privó tambien de comunicaciones por tierra por medio de torreones que hizo construir; cuatro sobre la orilla izquierda, y dos

---

(1) Algunos, y entre ellos Strada, le dan el nombre de Panoti.

en frente del pueblo de Wich, por la derecha. Mientras tanto no se descuidaban los sitiados de hacer salidas, escogiendo para ello las horas de la noche. Imaginando los sitiadores que el no emplear el dia era efecto de su poco arrojo, no observaban en la construccion de las obras todas las precauciones necesarias; y así, aprovechándose de este descuido, los sorprendieron en una ocasion, matando á muchos trabajadores, y destruyendo en gran parte las trincheras. Con esto fueron los sitiadores mas cautos, y no dieron lugar á que se repitiese la desgracia. Como careciese el campo español de trabajadores y peones suficientes para las obras del sitio, se suplió esta falta con soldados, y aun con oficiales. El mismo Farnesio dió el ejemplo cogiendo un azadon; tan interesado estaba en el éxito feliz y pronto de una empresa que iba á tener una grande influencia en las operaciones ulteriores de la guerra!

Terminadas ya las obras de la circunvalacion, privados los sitiados de todas sus comunicaciones con los de afuera, y facilitados los aproches, pensó sériamente el príncipe de Parma en un ataque formal que preparase los asaltos. Se deliberó en el consejo sobre qué punto comenzarian á jugar las baterías, y aunque él se inclinaba hácia la puerta de Bois-le Duc, se decidió por consejo de Barlamont, recien llegado al campo con la artillería gruesa de batir, que comenzase el ataque sobre la de Tongres. Se construyeron al efecto baterías con cestones, donde se colocaron cuarenta y seis piezas de gruesa artillería, que comenzaron al instante á hacer fuego sobre la parte de la muralla que parecia mas débil. Al mismo tiempo recorrian tropas ligeras los alrededores, con objeto de recoger faginas, piedras y demas materiales para la cegadura de los fosos. En frente de Wich se habia situado Cristóbal de Mondragon con su tercio, y Octavio de Gonzaga estaba apostado con cuerpos de caballería ligera, para hacer frente á cualquiera socorro de gente que pudiera llegar á los sitiados.

Abrieron las baterías de los sitiadores brecha, mas se percibió por la abertura que estaba detrás un terraplen con su foso, con lo que se vino en cuenta que habian comenzado por el paraje mas fuerte el ataque de la plaza. Dispuso inmediatamente Alejandro que se dirigiese otro por la puerta de Bois le-Duc, como habia sido su primer proyecto, no suspendiéndose por esto el ya comenzado por el otro punto; con lo que fué atacada la ciudad por las dos partes. Apelaron los españoles al recurso de las minas, que el enemigo neutralizó por medio de la contramina. Hubo con este motivo de una y otra parte peleas subterráneas, en que los sitiados mostraron mucho arrojo; mas los sitiadores llevaron al fin las ventajas, y dirigidos los trabajos por un famoso ingeniero, llamado Plati, muy inteligente en estas construcciones, continuaron la mina por debajo del foso, y pusieron el cofre ú hornillo debajo de un baluarte. Concluidos los preparativos, se dió fuego, hallándose las tropas preparadas al asalto. Voló en efecto una parte del baluarte, y aunque la brecha era poco practicable, subieron por ella los mas esforzados, y llegados á la altura, se hallaron con que en medio del baluarte habian colocado los enemigos una trinchera con foso, y estacadas, de donde les hicieron fuego con toda seguridad, sin ser molestados por los nuestros. No atreviéndose estos á pasar adelante, conservaron su terreno, y quedaron dueños de los fosos de la plaza. Al mismo tiempo batia el conde de Mansfeld la puerta de Bois-le-Duc, con veinte y ocho cañones, y habiendo aguardado á que se secase un poco el foso que acababa de ser inundado por una avenida del Mosa, se preparó un asalto, tanto por esta parte, como por la correspondiente á la de Tongres. Todas las baterías hacian fuego al mismo tiempo, y las tropas estaban formadas delante de los puntos que les habian designado; por la parte de la puerta de Bois-le Duc, el tercio de Lope de Figueroa, el de Francisco Valdés; diez compañías del conde de Altemps, compuestas de alemanes y borgoño-

nes, con otras cinco de quinientos valones. Otras ocho de este mismo jefe, estaban de guarnicion en uno de los fortines de que la línea de circunvalacion se componia. Se hallaban hácia la puerta de Tongres el tercio de Fernando de Toledo ; seis banderas alemanas de Jorge Fronsberg, los que mandaba el conde de Barlamont, parte de los de Carlos Fugier, habiendo quedado la otra en la guardia del fortin que tenian á su cargo. Antes de dar la señal de asalto arengó el príncipe de Parma á los soldados, haciéndoles ver la importancia de la toma de una plaza frontera de Alemania, y á cuya conquista seguiria la de todas las provincias valonas fronterizas á la Francia. Les hizo ver que sobre ellos estaban fijos los ojos, no solo de los Paises-Bajos, sino de toda Europa, por donde habia cundido la fama de aquel sitio; que de sus esfuerzos iba á depender el buen éxito de las conferencias celebradas entonces en la ciudad vecina de Colonia, donde el rey de España tenia sus negociadores; que la guarnicion de la plaza de Mastrich se componia de hombres, á quienes acababan de vencer en las cercanías de Amberes, y por último, que no dejaria de asistirles la victoria, por ser la causa que servian la de Dios, habiendo ya recibido una indulgencia plenaria por el órgano de su vicario. Si estaban inflamadas de entusiasmo las tropas sitiadoras, no se hallaban abatidas las sitiadas. Tanto los vecinos de la plaza como los soldados, habian mostrado el mayor celo en la construccion de las obras de defensa y demas cosas necesarias. Todas las clases rivalizaban en ardor, y las mujeres no se mostraban menos animosas que los hombres. Se regimentaron una porcion de estas, haciendo el servicio importante de conducir faginas, víveres y municiones á los parajes mas expuestos, de retirar y cuidar de los heridos. A veces combatian en persona en los parajes mas peligrosos. Sebastian Tapino daba á todos el ejemplo, y hacia ver lo importante que era para la causa de los Paises-Bajos la defensa de una plaza como Mastrich, llave de la frontera,

por donde les entraban tantos socorros de Alemania.

A la señal del asalto, embistieron de una vez todas nuestras tropas. Acometió por la puerta de Bois-le-Duc el tercio de Figueroa, donde se hallaban una porcion de aventureros italianos. Aunque llegaron estos á colocarse sobre los muros de la plaza, hallaron una resistencia tal, que tuvieron que retirarse con muy grande pérdida. Se rehicieron sin embargo, pronto, y volvieron al asalto, trepando por las ruinas de la brecha, pero con muy poco órden. Defendíanse los de adentro con mucha valentía. Hasta los paisanos y labradores recogidos dentro de la plaza, acudieron con hoces, con guadañas, con instrumentos de trillar, con aros de barricas embreados y encendidos, con piedras, con agua hirviendo, y diversas materias inflamadas. Se trabó con esto una sangrientísima pelea, y aunque crecia el coraje de los asaltadores con tanta resistencia, tuvieron que ceder el terreno, y abandonar la esperanza de subir a lo alto de los muros. Por otra parte les ofendia mucho una especie de castillo ó torreon, que situado a un lado de la puerta de Bois-le-Duc, los batió de flanco, mientras los de en frente, cuyo número crecia á cada instante, los repelian muy encarnizados. Al fin se vieron obligados á retirarse los asaltadores, despues de haber tenido muchos muertos, y llevándose consigo mayor número de heridos.

No fueron mas felices los que atacaron por la puerta de Tongres, donde capitaneaba á los de adentro el capitan español Manzano, que daba un grande impulso á la defensa por sus compromisos personales, siendo desertor de las filas españolas. Con igual furia fueron repelidos los asaltos, y los mismos instrumentos de resistencia se emplearon por los paisanos, y hasta las mismas mujeres, que con frecuencia se presentaban en las brechas. Valió poco en estos dos asaltos una estratagema empleada por el maestre de campo general, conde de Mausfeld, haciendo esparcir entre los asaltadores de la puerta de Bois-le-Duc, que se habian apoderado ya de los muros, los

que acometian por la de Tongres, y á éstos, que se habian conseguido iguales ventajas por aquellos. Al principio redobló esta noticia los esfuerzos de unos y otros, no queriendo ser menos que sus compañeros; mas llegó pronto el desengaño, convirtiéndose en desmayo lo que habia sido un acrecentamiento de coraje. Sirvió esto mismo para encender de nuevo el de los defensores por el sentimiento de rivalidad que naturalmente animaba á los que resistian á los españoles por una y otra puerta.

Se obstinaba Alejandro, á pesar de estos desastres, en no dar la órden de recogerse á los asaltadores. Para animarlos con su ejemplo, quiso correr á las brechas, armado de una pica; mas habiéndoselo disuadido los suyos, por los desastres á que los expondria el aventurar de este modo su persona, se vió obligado á mandar lo que tanto lastimaba su amor propio.

Fué este asalto en extremo desastroso para las armas de Alejandro. A cuatrocientos llegó el número de los muertos, y al doble el de los heridos que quedaron fuera de combate. Creció con esto el ardor y denuedo de los sitiados, que contaban siempre con los auxilios que les habia ofrecido el príncipe de Orange. Pero el de Parma, en lugar de arredrarse con los tristes resultados de una inútil tentativa, trató de regularizar mas el sitio, y asegurar su campo contra los ataques de los de afuera antes de acometer la plaza á viva fuerza. Construyó para esto una línea de contravalacion, que terminaba en las mismas orillas del rio por sus dos riberas. Se erigieron en la parte de la izquierda cinco fortines ó castillos, que se flanqueaban mútuamente, y el mismo número por la derecha. Y tal fué la maestría con que estaban estas obras construidas bajo la direccion de Serveloni, que hallándose ya en camino el cuerpo auxiliar que enviaba el príncipe de Orange al mando de su hermano, tuvo que retroceder convencido de lo inútil de la tentativa.

Acudió entonces el príncipe de Orange á la junta ó asamblea de Colonia, y que mencionaremos á su debido

tiempo, para que mandase suspender el sitio de Mastrich, como que eran incompatibles aquellas hostilidades con unas conferencias, en que se trataba de establecer la paz en los Paises-Bajos. Mas Alejandro hizo que no se diesen oidos á esta insinuacion, exponiendo el derecho que tenia el rey de España de continuar contra sus súbditos alzados, á pesar de que se negociase al mismo tiempo en favor de los que en lo sucesivo volviesen á entrar en la obediencia. Así no se suspendieron las operaciones del sitio ni un momento, y Alejandro, mas mirado en dar asaltos, trató de destruir por medio del cañon las obras de defensa en que mas se apoyaban los sitiados.

Habian construido estos por la parte de la puerta de Bois-le-Duc una obra avanzada, especie de rebellin, á quien daban el nombre de broquel, con dos recintos, defendidos cada uno con su foso y cortaduras. Para su expugnacion, hizo construir Alejandro, con tierra, con vigas y tablones, una especie de plataforma en cuadro, de ciento y quince piés cada lado, y de altura ciento treinta y cinco. En su altura mandó colocar cuatro piezas gruesas de batir, que dominaban la obra exterior de los sitiados. No resistió esta mucho á los tiros de la plataforma. Mientras caian sus murallas, avanzaban las tropas de Alejandro, y de un recinto á otro, llegaron á hacerse dueños de la fortaleza.

Destituida la plaza de esta defensa, y con sus brechas á cada momento mas abiertas, se ofrecia mejor coyuntura al príncipe de Parma para ordenar un nuevo asalto. Pero sabedor de que los enemigos habian construido detrás de las murallas un nuevo atrincheramiento con su foso, trató de llevar su artillería sobre los mismos muros, para combatir desde allí la nueva obra construida. Era dificultosísima la operacion, pues se necesitaba construir un puente sobre el foso, que tenia de ancho mas de treinta varas. Sin embargo, con tablas, con vigas, con auxilio de mas de tres mil trabajadores, se consiguió el objeto deseado. No desmayaban por eso los de adentro;

Detrás de su nuevo atrincheramiento aguardaron un asalto, que tuvo lugar el 24 de junio de 1579. Se renovaron con este motivo las escenas de animosidad y de furor, con que unos y otros se embistieron. Fueron los españoles no tan desgraciados en este asalto como en el anterior; mas aunque hicieron retroceder á los sitiados de su atrincheramiento, al que por su figura daban el nombre de media-luna, todavía les quedó á estos otro refugio, al abrigo de una especie de trinchera que se habia construido detrás de la primera.

Por entonces enfermó Alejandro, y aunque no de modo que le impidiese dar órdenes y tomar disposiciones, tuvo que guardar cama mientras se acercaba, y tuvo lugar aquel asedio. Se hallaban ya dueños de cerca de media ciudad los españoles, y el príncipe, deseoso de salvar de la destruccion una plaza tan rica é industriosa, les ofreció una capitulacion, con no muy duras condiciones. Tan animosos estaban los de adentro, tan ilusionados con la esperanza de un próximo socorro, ó tal vez tan desconfiados de un buen trato por parte de los vencedores, con quienes se hallaban por la mayor parte muy comprometidos, que negaron oidos á la proposicion, exponiéndose á los azares de otro asalto.

Tuvo este lugar el 29 del mismo mes y año, y por esta vez se decidió la fortuna completamente en favor de los asaltadores. A pesar de la obstinada resistencia, de la desesperacion con que vendian caras sus vidas, quedaron destruidos sus últimos reparos, y los de Alejandro dueños absolutos de la plaza. Usaron de su victoria con una furia proporcionada á la resistencia, y sedientos de venganza, pasaron á cuchillo a cuantos encontraron. No se ensañaban menos en las mujeres que en los hombres, recordando la parte activa que habian tomado en la defensa. Recorrieron las calles, las plazas, buscando víctimas, y de los balcones y de los mismos techos arrojaban á la calle las personas que encontraban. Saciada la sed de sangre, comenzó el pillaje. Por tres dias duró el saqueo

de aquella ciudad rica, manufacturera, provista de grandes almacenes, donde se encerraba el producto de sus artefactos. Cupo al arrabal de Wich la misma suerte que al cuerpo de la plaza. En sumas inmensas se evalúa el botin de las tropas vencedoras. A grandes cantidades ascendió el rescate de los prisioneros, y de los mismos géneros de que se desasieron los vencedores, por serles de ningun valor para su uso propio.

Cayó la plaza de Mastrich al fin de cerca de dos meses de un asedio tan obstinado por una y otra parte. Perecieron ocho mil de los sitiados, y entre ellos nada menos de mil setecientas mujeres, prueba evidente del valor con que estas habian contribuido a la defensa. A dos mil quinientos ascendió el de las tropas sitiadoras, pérdida considerable, que manifiesta bien la valerosa obstinacion de los sitiados.

Mientras tanto permanecia enfermo en su campo el príncipe Alejandro, llegando sus dolencias al punto de temerse por su vida. No tardó mucho en recuperar la salud, aunque pasó algun tiempo antes de volver á su actividad acostumbrada. Cuando se hallaba en su primera convalecencia, le aconsejaron los suyos á que entrase en la ciudad á gozar el espectáculo de su conquista. Así lo verificó el príncipe, con todo el aparato y pompa militar de un triunfo. Le precedia lo mas escogido de las tropas, tocando sus clarines con banderas desplegadas. Iba el príncipe sentado en una silla cubierta de paño de oro, llevada en hombros de cuatro oficiales españoles, que de trecho en trecho se relevaban por otros de la misma nacion, pues quisieron tener exclusivamente dicho honor, y alrededor de su persona marchaban á pié el maestre de campo general y los principales jefes del ejército. En esta forma llegó el acompañamiento á Mastrich, en donde entró por la brecha que se habia practicado cuando el primer asalto por la puerta de Bois-le-Duc, dirigiéndose en seguida todos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.

CAPITULO L.

Continuacion del anterior.--Conferencias en Colonia.--Sin resultado.--Se ajusta el tratado de conciliacion entre las provincias Valonas y el rey.--Salen de Flandes las tropas españolas y otras extranjeras.--Formacion de un nuevo ejército (1).

1579—1580.

Por no interrumpir el hilo de los sucesos y causar confusion en las materias, hemos reservado hasta ahora el hacer mencion de las conferencias que durante el sitio de Mastrich, y aun antes de empezarle, se celebraron en Colonia con objeto de poner término á las turbulencias de los Paises-Bajos. Sea con objeto de ganar tiempo y hacer ver que deseaba sinceramente reconciliarse con sus súbditos alzados, ó porque juzgase necesario apelar á las vias de avenencia, en la situacion tan embrollada á que habian llegado los negocios, nombró el rey de España por árbitro en estas contiendas á su sobrino el emperador Rodulfo. Al mismo arbitraje se adhirieron igualmente los Estados confederados de los Paises-Bajos. Designó el emperador como punto para ventilarse estas cuestiones la ciudad de Colonia, por su proximidad á dicho territorio, y á este punto convocó á los comisarios de todas las partes contendientes. Antes que se verificase la reunion, mediaron secretas negociaciones y hasta intrigas, que manifestaban la poca sinceridad que á unos y á otros animaba. Nombró el rey de España por su representante á don Cárlos de Aragon, duque de Terranova, hombre de su confianza por los diversos cargos que á su satisfaccion habia desempeñado. Le dió instrucciones de oficio y presentables, acompañadas de otras

---

(1) Las mismas autoridades.

secretas que le debian servir de luz para la mejor inteligencia de las públicas, con encargo de no comunicarlas sino al príncipe de Parma. Constaba de las primeras que el rey deferia en todo á lo que Rodulfo dispusiese acerca del modo de sosegar las turbulencias de Flandes, con tal de que no se apartasen en nada de la fé católica y la obediencia debida á su persona. Confirmaba lo determinado en Gante, menos la permanencia de la confederacion y los arreglos que habian hecho con el príncipe de Orange. Se le decia en las instrucciones reservadas, que en caso de una séria obstinacion en conservar la liga, se pasase por alto de este punto. Tambien se le encargaba el que no se consintiese en aflojar nada de los edictos contra los hereges; y en caso de que le fuese inevitable el suscribir á ciertas modificaciones, se hiciese con maña y de modo que el rey pudiese entablar con el tiempo el sistema de rigor á que tanto se inclinaba. Acerca del príncipe de Orange, era la intencion del rey que saliese para siempre de los Paises-Bajos, sin que constase nunca que se habia comprado su ausencia, ni que el príncipe imponia condiciones para realizarla. Sin embargo, se le podia conceder por via de gratificacion, y como un acto de favor, la suma de cien mil escudos, y trasferir la posesion de sus Estados y castillos á su hijo, que se pondria en libertad inmediatamente, confiriéndole ademas los cargos que su padre habia desempeñado en las provincias del norte, menos el de almirante con que acababan de revestirle los Estados. Por último, acerca de las treguas en que éstos insistian como preliminares de las conferencias, no se opusiese á la medida, con tal de que en ella conviniesen el emperador y el príncipe Alejandro.

Con tales instrucciones tomó el duque de Terranova el camino de Alemania. Basta su simple enunciado para prever el poco fruto que se iba á sacar de aquellas conferencias. Faltaba en todos la sinceridad, y nada mas se traslucia que el deseo de ganar tiempo y de que recayese

el cargo de la agresion en su contrario. Sabedor el de Parma de la embajada y de las instrucciones del embajador, le escribió una larga carta haciéndole saber que todas aquellas negociaciones y conferencias no eran mas que intrigas del príncipe de Orange, deseoso siempre de introducir la confusion y de embrollar á todos los partidos, á fin de que le sirviesen de escalon á su engrandecimiento. Que precisamente trataban de celebrar estas conferencias, á fin de suspender las negociaciones que él tenia pendientes y llevaba muy adelantadas, dirigidas á que los valones volviesen á su deber sin condicion ninguna. Que si traia instrucciones del rey para conceder treguas, tuviese entendido que por ningun modo seria de su consentimiento, convencido como estaba que no tenian otro objeto que el de ganar tiempo para reforzar su ejército.

Casi del mismo parecer que Alejandro era el duque de Terranova con respecto á las treguas. Mas el emperador Rodulfo, con quien el embajador extraordinario tuvo sus entrevistas antes de comenzar las conferencias en Colonia, le indicó ser un punto necesario ajustar la suspension de hostilidades antes de pasar al ajuste de las diferencias de las partes contendientes. A esta manifestacion dió el embajador extraordinario respuestas evasivas, haciendo ver que era un punto en que se necesitaba el consentimiento de mas voluntades que la suya: que estaban de por medio por una parte el príncipe de Parma, el archiduque Matías, el duque de Anjou, el príncipe de Orange y el príncipe Casimiro, pues todas estas parcialidades obraban en distinto sentido y con diversos intereses en el seno de las provincias sublevadas. Y como replicase el emperador de qué modo habian de llegar los comisarios á Colonia atravesando un pais teatro de la guerra, respondió Terranova, refiriéndose á las indicaciones de Alejandro: que podia muy bien continuar la guerra, dándose órden al mismo tiempo de que cesasen las hostilidades en aquellos puntos que se asignasen á

los comisarios como itinerario para trasladarse al pueblo de las conferencias.

A pesar de que se hallaba Rodulfo poco satisfecho de estas explicaciones, y de que miraba con suma prevencion la conducta del príncipe de Parma, determinó llevar adelante el proyecto de la conferencia, y el 7 de m yo de 1579 estaban ya reunidos en Colonia los plenipotenciarios de todos los que en ella tenian que debatir algunos intereses.

Fueron entrando sucesivamente y por su órden en dicha ciudad, el obispo de Herbípolis; el duque de Terranova; Enrique Oton, conde de Schwartzemberg; el arzobispo de Rosano, nuncio del pontífice; el arzobispo de Tréveris, elector del Imperio; el arzobispo de Colonia, asimismo elector; los plenipotenciarios del duque de Juliers y Cleves; los consejeros del duque de Terranova, enviados por el príncipe de Parma con encargo de suministrarle cuantas luces necesitase acerca de las leyes y costumbres de los Paises-Bajos. Tambien acudieron los comisarios de las provincias confederadas y representados en la persona del duque de Arescot, que era uno de ellos. Asi las partes contendientes principales en esta disputa, eran el duque de Terranova, enviado del rey católico, y el duque de Arescot, representante de Matías, y las provincias confederadas, que tomaban por juez árbitro al emperador Rodulfo. Suplian la ausencia de este soberano los obispos electores, el de Herbípolis con el conde de Oton, y los representantes del duque de Juliers. Y para dar mas solemnidad á las negociaciones, se acordó el celebrar una solemne procesion en que el nuncio apostólico llevaba la hostia consagrada en medio de los dos electores, seguidos de los prelados y personajes principales de entre los comisarios y plenipotenciarios.

Se dió principio el 9 de mayo á las conferencias de Colonia. Como el emperador Rodulfo habia sido revestido con el cargo de juez de la Confederacion, se reunian

sus delegados ó plenipotenciarios, y llamaban alternativamente á los comisarios del rey y á los de las provincias confederadas, para oir las pretensiones y descargos de unos y otros. Se comenzó por la verificacion de los poderes. No ofrecieron ninguna dificultad los que presentó el duque de Terranova, y por lo mismo fueron aprobados. No sucedió lo mismo con los de las provincias confederadas, pues ademas de traer comision por el solo término de seis semanas, no estaban firmados por ninguna provincia, á pesar de que en nombre de todas se hallaban extendidos. Se halló ademas la novedad de que tenian estos pliegos por armas un leon y una columna, nunca estilados hasta entonces en los Paises-Bajos. Sin embargo, se admitieron estos poderes en clase de provisionales, por no entorpecer las conferencias, encargándose el duque de Arescot de enviar á pedir otros que tuviesen los requisitos necesarios.

Allanada esta dificultad, comenzaron quejándose los comisarios de las provincias segun una carta que acababan de recibir del príncipe de Orange, de que Alejandro de Parma, sin tener en cuenta las conferencias de Colonia, proseguia en el tratado de reconciliacion con las provincias valonas, faltando en eso á la deferencia debida á la persona del emperador, declarado árbitro de estas diferencias. Habiendo presentado estos cargos los delegados del emperador al duque de Terranova, respondió éste: que el arbitraje con que al César se le habia revestido, nada tenia que ver con el reconocimiento voluntario que algunas provincias hiciesen de la autoridad de su antiguo soberano. Que estaba en el derecho del gobernador general de Flandes dar los pasos conducentes al efecto, sin que en ningun modo se faltase á la dignidad del emperador, pues que á su decision no se habian sometido las provincias valonas, puesto que no tenian representantes ni comisarios en Colonia. Pareció esta respuesta satisfactoria á los delegados del emperador, manifestando que en nada habia ofendido á su dignidad

la conducta del príncipe de Parma. En seguida exhortaron al duque de Arescot, representante, á que reunido con los demas comisarios, discutiesen sobre los capítulos que les pareciesen mas á propósito para la conclusion de la paz, á fin de que fuesen presentados en seguida á los colitigantes. Respondieron los comisarios que no les tocaba á ellos el proponer nada, sino el oir y saber lo que el rey de España queria de sus súbditos. A esto reputó el embajador de España, que habiendo sido ellos los que buscaron al emperador por medianero, y consentido el rey en el arbitraje de este soberano, á ellos les tocaba decir lo que querian y pedian á su señor, para que en vista de sus quejas y reclamaciones se les pudiese hacer justicia. Habiéndose por fin convenido á esto último los comisarios de los Estados, expusieron las condiciones de concordia y vuelta á la obediencia del rey, en diez y ocho artículos, de que expondremos aquí los principales. Prometian, pues, hacer paces con el rey católico, príncipe natural suyo, con la condicion de que ratificase todo lo hecho por el archiduque Matías, que habia de quedar gobernador de los Paises-Bajos: de que se entregasen á los Estados todas las ciudades, fortalezas y lugares tomados por don Juan de Austria y el príncipe de Parma: de que continuase ejerciéndose sin perjuicio alguno la religion reformada en todos los puntos donde ya estaba establecida: de que pagase el rey á los Estados un millon de coronas, para resarcirse del dinero que habian gastado en las guerras anteriores.

Se atribuye generalmente lo excesivo de estas peticiones al mal estado en que se hallaban los negocios de Alejandro cuando se extendieron en Amberes. Aunque estaba puesto ya el sitio de Mastrich, se tenia gran confianza en la bizarría de los defensores, y aun mas en que seria levantado el cerco por las tropas del príncipe de Orange. Tambien corrian las noticias de que las tropas sitiadoras carecian de pagas, y que esta falta producia en el campo frecuentes sediciones. Esta última noticia

era muy cierta. Los mismos apuros molestaban á Farnesio, que los que habian producido tan lamentables resultados en tiempo de sus predecesores. Atento entonces el rey á los negocios de Portugal, que mencionaremos á su debido tiempo, no se hallaba con grandes fondos que remitir á los Paises-Bajos, á pesar de las reclamaciones de Alejandro. Tuvo éste que recurrir á su padre Octavio, al duque de Terranova, á los principales personajes de la parcialidad del rey que se hallaban en Colonia, y aun se vió precisado á vender y enajenar parte de su plata y efectos mas preciosos. Aun con estos recursos hubiese difícilmente contenido en la obediencia á las tropas sitiadoras, á no estar animada su codicia con la esperanza del saqueo de la plaza, que, como hemos visto, tuvo efecto.

Excesiva pareció en efecto á los delegados del emperador la peticion de los Estados, y mucho mas al duque de Terranova, á cuyas instrucciones, tanto públicas como secretas, se oponian. Presentó él, pues, los artículos de sus condiciones. Por ellas se obligaba al rey de España á hacer salir de Flandes las tropas extranjeras; á conferir los principales cargos públicos civiles y militares tan solo á los naturales de los Paises Bajos; á poner en libertad al conde de Buren, hijo del príncipe de Orange, y conferirle el mando de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht; que la religion católica quedaria dominante y exclusiva, dándose á los reformados cuatro años de término para arreglar sus negocios y retirarse de los Paises-Bajos. En cuanto á gobernador, deberia salir el archiduque Matías, nombrándose un príncipe de sangre real, para estar á la cabeza del pais en nombre de su señor el rey de España.

Mientras tanto llegó á Colonia el conde Juan de Nassau, hermano del de Orange, y su primer paso fué renovar la peticion de treguas, haciendo ver lo incompatibles que eran aquellas conferencias contra las hostilidades del príncipe de Parma. Respondió el duque de

Terranova que estaba en el derecho del general español atacar plazas que legítimamente pertenecian al rey; que en vista de las tergiversaciones, de la poca buena fé que á los estados animaba, seria imprudencia en Alejandro dejar las armas de la mano, exponiéndose a perder lo cierto por lo dudoso; que el modo de tener treguas y con el tiempo paces, seria avenirse pronto á las condiciones de amistad que en nombre de su rey les proponia. A estas condiciones se oponian los Estados por los capítulos concernientes á la religion, y por no entregar al gobernador general las provincias y plazas en que su autoridad no estaba a la sazon reconocida. Tampoco querian la salida del archiduque del pais, ni que el rey tuviese la facultad de nombrar por sí solo el gobernador general de las provincias.

Trataron los delegados del emperador de mediar entre ambos extremos, y al fin propusieron otro tratado de pacificacion en veinte y dos artículos, reducidos á que el archiduque no fuese confirmado en el gobierno de Flandes, pero que se considerasen por válidos sus actos; que las plazas se entregasen en manos del gobernador; pero que sus jefes, todos flamencos, prestasen juramento al mismo tiempo que al rey su señor, á los Estados; que el rey no pudiese poner en Flandes un gobernador que no fuese del gusto de los Estados; entendiéndose por esto el que no diese á sus súbditos causa justa de descontentarse; que se observase la fé católica, segun se habia prometido en el edicto perpétuo, dejándose por entonces como excepcion las provincias de Holanda y Zelanda; que á pesar de esto, en atencion á que muchos habitantes profesaban ya otro culto, no se les molestaria, suspendiéndose la ejecucion de las leyes penales hasta que se modificasen por todos los Estados convocados al efecto por el rey, ó por el gobernador en nombre suyo. Manifestaron los comisarios de los Estados aprobar este proyecto de pacificacion, y el duque de Arescot, su principal representante, prometió que las

enviaria inmediatamente á todas las provincias. Con este motivo se renovó la peticion de treguas, manifestando la imposibilidad de que pasasen libremente los correos mientras permanecia el pais teatro de las hostilidades del príncipe de Parma. Persistiendo el duque de Terranova en su primera determinacion, contestó á ello que no habria inconveniente alguno para el tránsito libre de los mensajeros; que al efecto enviaria un traslado de los artículos al general español, á fin de que éste dictase sus disposiciones al efecto. Así lo hizo el duque de Terranova, pidiendo al mismo tiempo al príncipe su consejo y parecer acerca de los términos de este convenio. Respondió Alejandro que todo le parecia sospechoso; que se hallaba perfectamente convencido de que por los Estados no tenian otro objeto las negociaciones que el de ganar tiempo; que todo eran intrigas del príncipe de Orange, que por ningun modo queria, por sus compromisos, que se viniese á términos de avenencia con el rey, pues no queria salir de los Paises-Bajos, que era una de las condiciones; que mientras se trataba tanto de paces, se hacian nuevos preparativos para continuar la guerra; que en cuanto á treguas no tendria inconveniente en concederlas; mas que esto no tendria lugar hasta que los comisarios se presentasen con nuevos poderes, pues los que tenian hasta entonces no eran considerados sino como provisionales.

Tal vez tenia razon el de Parma en sospechar de los Estados; la tenian los Estados en sospechar de la buena fé del rey de España. Estaban desde muchos años rotos de hecho los vínculos de union entre los Paises-Bajos y Felipe. Habia concluido el poder moral de este monarca, casi se puede decir, desde el año 1559 que salió de Flandes. Los historiadores de estas turbulencias, hombres generalmente de partido, se inclinan demasiado á uno de los dos, haciendo recaer la odiosidad de la agresion ó de injusticia sobre el otro. La falta grande estaba por parte de Felipe, cuyo dominio era imposible en los Paises-Bajos. La

historia de este pais, cuyos disturbios duraron casi tanto tiempo como su reinado, confirman una verdad, de que no quiso penetrarse nunca hasta los últimos años de su vida.

Para seguir el hilo de la narracion, diremos que los Estados de Flandes estuvieron lejos de adherirse á los términos de la pacificacion, presentados por los comisarios de Rodulfo. El mismo Matías propuso mil dificultades, en que se manifestaba su repugnanacia de salir de los Paises-Bajos. Por aquellos dias se presentó en Colonia el famoso Felipe de Marnix, conde de santa Aldegundis, echado sin duda por el príncipe de Orange, para introducir nuevos embarazos en el curso de las negociaciones. Al fin se disgustaron todos con tantas pruebas de poca sinceridad, y los delegados del emperador rompieron las conferencias, que en siete meses no produjeron resultado alguno. Sin embargo, algunos comisarios de los Estados, entre ellos el duque de Arescot, y Oton, duque de Scwartzemberg, hicieron su ajuste particular con el rey de España, y volvieron á su gracia. En cuanto al duque de Terranova, se dirigió á los Paises-Bajos, donde trabajó como negociador en auxilio del príncipe de Parma. Cuando terminaron las conferencias de Colonia, hacia mas de tres meses que habia caido la plaza de Mastrich en poder de los españoles. Tambien habia llevado á término Alejandro su negocio de pacificacion con las provincias valonas, en el que entraron las de Artois y de Haynault, siendo las bases de este arreglo el que saliesen de Flandes las tropas extranjeras, reclutándose el ejército con las nacionales.

Para el ajuste definitivo del tratado, cuyos preliminares se habian arreglado en Arras con conocimiento de Alejandro, se reunieron en Mons los comisionados por estas provincias. Estaba representada la de Artois por su gobernador Roberto Melun, marqués de Richeburg; Juan Saracen, abad de san Vedasto; Francisco Doguie, señor de Beaurepaire y de Beaumont, y algunos otros.

Eran diputados por la provincia de Haynault, Felipe, conde de Lagnini, gobernador de la provincia; Jacobo Froy, abad de san Pedro de Hasnau; Jacobo de Croix, señor de Saumont; Francisco Gualtiero, síndico de Mons, con otros varios. Se presentaron en nombre de Lila, Douay y Orchies, plazas correspondientes á la Flandes francesa; su gobernador Maximiliano Villé, señor de Rasingen; Adriano de Ognies de Villerval; Vander-Haer; Eustaquio Jumeyes, y otros. Habia enviado Alejandro para tratar en nombre del rey, á Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, maestre de campo general, con otros señores y personas de distincion, entre los que se contaban algunos jurisconsultos. Les encargó muchísimo el que tratasen de recavar de la asamblea, el que aflojasen algo sobre el artículo de las tropas extranjeras, haciéndoles ver que era en cierto modo una imprudencia la despedida tan de pronto de unas fuerzas, que con el tiempo tal vez echarian de menos por las turbulencias que tanto afligian á los Paises-Bajos. Mas en este punto se mantuvieron inflexibles. Despues de zanjadas varias dificultades que á unos y otros ocurrian, se ajustó á fines de 1559 el tratado de reconciliacion en veinte y ocho artículos, cuyos principales contenian lo siguiente: Que todos los habitantes de todas condiciones de las provincias reconciliadas, inclusas las autoridades, tanto civiles como militares, jurasen la religion católica, y obediencia para siempre al rey de España; que dentro de seis semanas, desde que se publicase la reconciliacion, saliesen del pais los soldados españoles y demas tropas extranjeras, sin poder volver, á menos que ocurriesen graves motivos para ello, segun el parecer de las provincias; que á la partida de dichas tropas, se formase á expensas del rey y de las provincias un nuevo ejército, compuesto de gentes del pais, ó de otros, segun á las provincias pareciese; que no nombrase el rey por supremo gobernador de Flandes, sino algun príncipe de su sangre; que en el ínterin gobernase el pais el príncipe de Parma, por el término de

seis meses, pasado el cual, en caso de que el rey no le confirmase en este cargo, ó nombrase otro gobernador de su familia, residiese el gobierno en una junta de los Estados reconciliados, nombrada libremente por el rey, con tal que la eleccion recayese en naturales.

Al paso que fué muy satisfactorio para el de Parma este tratado de reconciliacion, le mortificaba el tener que despedir las tropas, por la dificultad de formar un nuevo alistamiento. A dicha condicion habia tenido que conformarse, no solo por la insistencia de las provincias, sino porque el rey mismo aprobaba la medida. El motivo verdadero que tenia Felipe para consentir tan voluntariamente en la salida de las tropas extranjeras, y sobre todo de las españolas, no es muy fácil de explicar, sino atribuyéndole al temor de que los que habian sido instrumento de la gloria personal del príncipe, animasen su ambicion de un modo peligroso. Cualquiera que sea la clave de esta conducta, mortificó mucho al de Parma el haber encontrado tan poco apoyo en el rey, y á esto se atribuye el permiso que le pidió para dejar su servicio y retirarse á Italia. Mas Felipe desechó su súplica, animándole con palabras de satisfaccion, á que cuanto mas antes pensase en el cumplimiento del tratado de la pacificacion, relativo al nuevo alistamiento del ejército. Constaba entonces el de Alejandro de quince tercios de infantería; cinco alemanes, cinco valones, dos borgoñones y tres españoles, todos desiguales en fuerzas, siendo los españoles y alemanes los que tenian mas gente. Se componia la caballería de cuarenta y dos escuadrones, llamadas entonces tropas ó cornetas, los mas de reitres, de borgoñones y alemanes. Era grandísima la dificultad el deshacerse de pronto de toda esta gente, que aunque atrasada en sus pagas, seguia sus banderas por el cebo del botin, y otras ventajas que la guerra les proporcionaba. Mas ahora habia que satisfacerles cuanto se les debia, y la caja militar no se hallaba en estado de saldar aquestas cuentas. Pedia Alejandro con instancia al rey, que se le

enviase cuanto antes el dinero que necesitaba para cumplir con sus disposiciones. Mas el monarca, empeñado entonces en la guerra de Portugal, parecia dar pocos oidos á sus instancias reiteradas. Fué preciso que para hacer mas fuerza al rey, cada maestre de campo hiciese el ajuste de lo que su tropa devengaba, enviándose ademas de estas cuentas, lo que importaba el gasto de la casa militar del príncipe, entonces bastante numerosa. El rey envió auxilios, mas no los necesarios. Hubo con este motivo frecuentes sediciones en el campo; llegaron los alemanes hasta amenazar la persona de Alejandro. Se cometieron actos de marcada desobediencia; mas se calmaron los desórdenes por la presencia de ánimo del príncipe, y por su severidad en el castigo de los autores principales. Por fin, salieron del pais las tropas extranjeras, primero las españolas, en seguida las borgoñonas, y las últimas las alemanas. Los españoles se trasladaron á Milan, donde recibieron órdenes para pasar á España é incorporarse en el ejército de Portugal; mas tuvieron en seguida contraórden, y por entonces quedaron estacionadas en Milan, Sicilia y Nápoles.

Despedidas todas estas tropas extranjeras, forzoso le fué al príncipe Alejandro pensar en la pronta formacion de un nuevo ejército. Se formó este hasta número de treinta mil de á pié y cinco mil caballos, debiendo darles el rey á cuenta de sus pagas, cada mes, doscientos cincuenta mil escudos de oro, y el resto las provincias. Se encargó el mando de la caballería al marqués de Rubais, del pais, hombre consumado en el ejercicio del arte militar, y se nombró por comisario general de la caballería á Gregorio Barta, originario de la Albania, que aunque extranjero, se le dejó permanecer como otros muchos, por considerárseles como individuos de la familia ó casa militar del príncipe. Tambien arregló Alejandro otros negocios concernientes al estado civil segun los términos de la pacificacion; sobre lo que hubo dificultades, y hasta pugnas abiertas entre los dependientes del rey y las autori-

dades del pais, y que se vencieron al fin con no poco trabajo por una y otra parte. Las provincias se habian reconciliado; mas los disgustos, las desconfianzas, los recelos estaban vivos en los ánimos de todos, como en el principio. Los males no nacian precisamente de los hombres, sino de la situacion falsa y equívoca en que unos y otros se habian colocado.

CAPITULO LI.

Continuacion del anterior.--Confederacion de Utrecht.--Llegada á los Paises-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.--Quejas de Alejandro.--Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez de gobernador general de los Paises-Bajos.--Sigue la guerra con sucesos varios.--Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.--Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.--Amenazan á Cambray.--Toma la contienda nuevo aspecto.--Se declaran independientes los Estados de Flandes.--Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia.--Publica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.--Responde éste con un manifiesto.--Entra el duque de Anjou en los Paises-Bajos.--Toma á Cambray.--Pasa á Inglaterra.--Vuelve.--Su entrada en Amberes.--Atentan á la vida del príncipe de Orange.--Sigue la guerra.--Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Oudenarda.--Vuelven á los Paises-Bajos las tropas españolas é italianas.--Entran asimismo de refuerzo mas francesas.--Toma de mas plazas de una y otra parte (1).

1580—1582.

Ocurrian en el pais en cuyos disturbios nos estamos ocupando, demasiados acontecimientos á la vez, para que no sea difícil presentarlos con el órden y la claridad indispensables en toda narracion histórica. Aquí se combatia, allí se negociaba: con el tumulto de la guerra iban mezcladas intrigas de toda especie, combinaciones diplomáticas, encaminadas á objetos muy di-

(1) Las mismas autoridades.

versos. A pesar de ser aquellas regiones de tan corta extension, eran teatro de choques y batallas que se estaban dando casi á un mismo tiempo. Pocas naciones de Europa dejaban de tener mas ó menos interés en estas luchas, y de contribuir con sus naturales á la formacion de sus ejércitos. Españoles, franceses, ingleses, italianos, alemanes, todos se hacian distinguir tanto como los mismos habitantes del pais en estas contiendas, que son sin duda uno de los rasgos mas característicos en la historia del siglo XVI, tan fecunda en toda clase de acontecimientos. Por eso ocurren tantas dificultades al historiador, al trazar todos los acontecimientos de este drama, sin poner al lector en confusion y dejarle como perdido en un laberinto sin salida. Nosotros, que en esta parte de la claridad ponemos gran cuidado, aislamos los acontecimientos para no confundirlos todos, y dar á cada uno el lugar que en la parte cronológica les corresponda.

Mientras se hallaba tan solícito Alejandro Farnesio en la reconciliacion de las provincias valonas con el rey, no se descuidaba el príncipe de Orange en neutralizar la operacion con otra que debia ser muy funesta á los intereses del monarca. Casi al mismo tiempo ó poco despues que se firmaron en Mons los artículos de dicha pacificacion, se ajustaba bajo los auspicios del príncipe una especie de liga ó confederacion entre las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, una gran parte del Brabante y Flandes, á la que se dió el nombre de confederacion de Utrecht, por haberse en esta ciudad concertado sus artículos. Fueron los principales: 1.º que se unian las provincias para formar un cuerpo político, comprometiéndose á no separarse nunca unas de otras, pero reservandose cada una el derecho de gobernarse y conservar los privilegios de que hasta entonces disfrutaban: 2.º que se ayudarian mútuamente las provincias para repeler toda agresion por tropas extranjeras, y sobre todo cualquier acto de hostilidad y violencia á que se quisiese propasar el rey de España, con

pretexto de establecer la religion católica; dejando á la generalidad, es decir, á los comisarios de dichas provincias, el determinar el contingente con que debia contribuir, tanto en dinero como en gente, cada una: 3.° que no se profesaria en Holanda y Zelanda otra religion que la que ya estaba establecida, y que en las demas provincias se pudiera ejercer la católica ó la reformada, ó las dos juntas, segun se creyese conveniente: 4.° que se devolverian á las iglesias y conventos los efectos de que habian sido despojados, á excepcion de las provincias de Holanda y Zelanda, donde servirian para asignar pensiones a los sacerdotes católicos, quienes las recibirian en cualquier punto donde quisiesen fijar su residencia: 5.° que en todas las ciudades donde se creyese oportuno hacer fortificaciones por decision de los Estados de las provincias, corriese el gasto por cuenta de la generalidad y de la provincia á que la ciudad perteneciese; mas que si se tuviese por conveniente la ereccion de una nueva fortaleza, y no conviniese en ella la provincia, fuese á costa de la generalidad: 6.° que todas las plazas fuertes recibirian la guarnicion que tuviesen por conveniente los Estados el enviar á ella; mas que dichas tropas harian antes juramento de fidelidad á la ciudad y á la provincia, aun cuando le hubiesen prestado antes á los Estados generales: 7.° que no pudiesen éstos declarar guerra, imponer contribuciones, hacer tratado de paz y tregua, sin contar con el asentimiento y concurso de la mayor parte de las provincias y ciudades de la Union, ni éstas ajustar por su parte alianza con ningun príncipe extranjero sin el consentimiento de los Estados generales: 8.° que todos los varones de las provincias confederadas, desde la edad de diez y ocho á sesenta años, se alistarian un mes despues de firmada el acta de union, á fin de que en vista de estas relaciones, pudiesen los Estados generales saber la fuerza de cada provincia y los hombres que debia presentar en la defensa comun: 9.° que para proporcionarse el dinero necesario para la manu-

tencion del ejército, se arrendasen las rentas é impuestos á favor del que mas diese, y que se aumentarian ó disminuirian segun las necesidades de la confederacion.

Tal fué la famosa confederacion de Utrecht, considerada y reconocida por la historia como la cuna y principio de lo que fué despues la república confederada con el nombre de Provincias Unidas ó de Holanda. Como no se hablaba en sus artículos de conservar la obediencia al rey, ni tampoco de renunciar completamente á su dominio, se podia considerar este silencio como una declarada independencia. Grande rasgo de habilidad en el príncipe de Orange era el ir preparando poco á poco el acto decisivo al que hacia tantos años aspiraba, por el que se movia con tal perseverancia.

Antes de volver al hilo de las operaciones militares, terminaremos por ahora este cuadro político con la extraña resolucion que tomó por entonces el rey de enviar por segunda vez á su hermana la princesa Margarita de gobernadora á los Paises-Bajos. Extraña pareció en efecto la medida á los hombres imparciales, que no podian estar en las interioridades del monarca. Tal vez creyó Felipe que en enviar á su hermana se conformaba mas al espíritu de la capitulacion, por la que se pedia para gobernante un príncipe de la sangre real que inspirase confianza y amor á las provincias: tal vez los estrechos vínculos naturales que unian á Farnesio y á la princesa Margarita, le hicieron creer que no podria introducirse entre ellos sentimiento alguno de rivalidad; pero es lo mas probable, que desconfiado siempre y receloso de la autoridad que sus delegados y representantes ejercian, no veia con buenos ojos el ascendiente que adquiria Alejandro y la gran fama que por sus hechos militares alcanzaba; que trataba de neutralizar su gran poder, circunscribiéndole á los asuntos militares, confiando á su hermana la direccion de los políticos. Algunos dicen, y es probable, que Margarita admitió el cargo con grande repugnancia. De todos modos, obedeció la órden del

rey, y se presentó en Namur á tomar por segunda vez las riendas del gobierno.

La recibió su hijo con todas las distinciones de obsequio, de amor y veneracion que á su persona se debia: mostró regocijarse mucho de que el rey le enviase un asociado de tal naturaleza; mas quedó muy mortificado tanto de tener que partir su autoridad, como de la desconfianza que con este paso se le manifestaba. Fué sin duda una grave falta ó demasiado torcida intencion, poner en pugna á dos personas tan ligadas por los lazos de la sangre. Expuso Alejandro al rey por medio del cardenal Granvella, entonces ministro de asuntos exteriores, lo poco que cumplia á su servicio el dividir la autoridad en Flandes, cuando sus disturbios reclamaban tanto el mando de uno solo. Añadió que era un desaire para su persona, y una especie de ingratitud, el despojarle de una autoridad que siempre habia ejercido en servicio de sus intereses; que semejante paso seria para los Paises-Bajos una especie de declaracion de que estos servicios no habian sido gratos; y que por estas consideraciones le pedia encarecidamente permiso para dejar un pais donde ya no podia ser objeto de aprecio y respeto su persona.

En estos mismos sentimientos entraba la princesa Margarita. Desde su vuelta á los Paises-Bajos se penetró muy bien de lo cambiado que estaba para ella aquel teatro. Conoció lo penoso de su administracion en medio del tumulto de las armas, y que no podia menos de ejercer de hecho ó de derecho la principal autoridad el que dirigiese los ejércitos. No queria verse tal vez en choque, en pugna abierta con el jefe militar, aunque fuese su hijo, y quizás mas por esto mismo. Por esta razon pidió al rey le relevase de un cargo que no era ya para sus años. A pesar de estas razones, se mostró desde un principio Felipe inflexible en su resolucion, y reiteró sus órdenes, tratando por otra parte de calmar la irritacion del príncipe con pretextos plausibles que alegó

para esta nueva providencia. Igual teson mostró Alejandro con la repeticion de sus quejas y su súplica. Por fin cedió el rey y revocó el nombramiento de la princesa Margarita, renovando el que ya tenia el príncipe Alejandro. Mas por no aparecer desairado ó con otros designios, mandó que permaneciese por algun tiempo en los Países-Bajos, lo que sucedió en efecto. Como quedó desde entonces anulada su autoridad, y su persona no es ya de ninguna importancia en los negocios ulteriores del pais, nos contentaremos con decir que se retiró á Italia, donde permaneció por el resto de sus años.

Las operaciones de la guerra fueron por aquel tiempo de poca importancia, reduciéndose á encuentros parciales en que intervenian simples destacamentos ó trozos poco considerables. Habia hecho la toma de Mastrich una impresion muy favorable á las armas españolas. O por temor de experimentar igual suerte, ó por estar cansados de disturbios, se mostraron algunas plazas inclinadas á volver á la obediencia de Felipe. Abrió sus puertas la de Bois-le-Duc, habiendo expelido antes á los calvinistas. Lo mismo hizo Malinas, extipulando adherirse á las condiciones del tratado de paz con las provincias valonas. Igual hubiese sido la conducta de Brujas, á no haber tenido los Estados noticia de lo que pasaba, y enviado inmediatamente á ella tropas de su devocion á fin de sostenerla en la obediencia.

Estuvo muy próxima á correr igual suerte la provincia de Frisia, donde mandaba el conde de Renneberg, puesto allí por los Estados. Entabló con él una negociacion secreta el duque de Terranova, haciéndole presente lo precario de su situacion y de las provincias disidentes. A los reparos que le puso el gobernador sobre una mudanza de conducta, respondió el español que con condiciones honoríficas y provechosas para las provincias valonas, habian vuelto á reconocer la autoridad del rey los principales personajes de las mismas; que por muchos que fuesen sus compromisos con el príncipe

de Orange, eran mucho mas antiguos los que le ligaban con su antiguo monarca; y por ultimo, que tuviese entendido, que estando Farnesio en vísperas de invadir la Frisia, reflexionase las fatales consecuencias que tendria para él caer en poder de los que tenian el derecho de tratarle como traidor al rey de España. Movido de estas razones accedió Renneberg á la proposicion de Terranova, bajo las condiciones: de que se le dejase el gobierno de su provincia con nombramiento real, y el sueldo de veinte mil florines: que se le hiciese marqués; que se le propusiese para el collar del Toison de oro en la primera promocion que hubiese de esta Orden; que le entregase Alejandro dos tercios de infantería para distribuirlos en los puntos de su provincia como mejor le pareciese; que se le diesen de contado veinte mil escudos de oro en el momento que prestase juramento al rey. Habia otros artículos en el tratado relativos á diversos jefes y magistrados civiles, cuya suerte se aseguraba por la parte que tomaban en la incorporacion de esta provincia con las otras que habian vuelto a la obediencia del monarca. Y aunque las condiciones parecieron duras al príncipe de Parma, no titubeó en confirmarlas; tan importante era para él la adquisicion de una provincia cuya conducta podia influir en gran manera sobre las demas del Norte.

Se hallaba ya este negocio casi concluido, cuando sabedor de lo que pasaba el príncipe de Orange, dispuso que el conde de Holach entrase con tropas considerables en la Frisia. Habiendo salido vencedor en un encuentro que tuvo con las de Renneberg, obligó á éste á encerrarse en la plaza de Groninga. Para sacarle Alejandro del apuro, le envió de socorro tres mil infantes y ochocientos caballos á las órdenes del general Schenk, quien hizo levantar el sitio despues de un encuentro ventajoso con el enemigo.

Por aquellos dias tuvo un encuentro el marqués de Rubais con el general francés Lanoue, que trataba de sitiar la plaza de Enjemmunster. Fué vencedor el gene-

ral español, y el enemigo perdió seiscientos hombres, diez y siete banderas, cuatro estandartes y tres cañones, quedando en el número de los prisioneros el mismo Lanoue, sobre cuya suerte, como hombre de tanta consideracion, consultó el príncipe Alejandro con el rey de España. Mas Felipe, reservado en todo, y cauteloso en decir su opinion, respondió á la carta en que se le comunicaba la victoria, sin hablarle nada de tan importante prisionero. En virtud de este silencio le hizo encerrar el general español en la ciudadela de Limburgo, donde el francés divertió sus ocios escribiendo varios tratados sobre la política y el arte militar, que fueron muy aplaudidos en su tiempo.

Como se hallaba entonces el rey en su expedicion de Portugal, circularon en los Paises-Bajos varias especies de derrotas y descalabros en su ejército, llegando hasta esparcirse la noticia de su muerte. Con este motivo se alentaron de nuevo los confederados, dando por seguro el triunfo de su causa. Tambien se armaron varias tramas contra la persona de Alejandro, hallándose Guillermo de Horn señor de Heez, al frente de los conjurados. Era su designio matar al príncipe y entregar el pais al duque de Anjou, que intrigaba mucho en aquel tiempo para hacerse señor de los Paises-Bajos. Previno la traicion el marqués de Rubais, prendiendo al principal conspirador, quien no pudo menos de hacer confesion de su delito. No atreviéndose el príncipe de Parma á decidir por sí sobre su suerte, pidió órdenes al rey, quien decretó al momento su suplicio. Tuvo éste lugar en la plaza de Quesnois, donde el señor de Heez fué degollado en un cadalso.

Seria muy ocioso y hasta ajeno de la naturaleza de esta obra, entrar en los pormenores de todos los encuentros que ocurrian, hallándose aquel pais lleno de tropas que le cruzaban en todas direcciones. En unos pueblos se abrian las puertas á los españoles; otros que se habian reducido á la obediencia, volvian de nuevo al poder de

los contrarios. Fué uno de los mas importantes entre estos últimos la plaza de Courtray, y hasta Malinas sufrió un saqueo por parte de los confederados. Por aquel tiempo atacó el conde de Mansfeld, maestre general de campo del ejército español, la plaza de Buchain; y despues de tenerla en grande aprieto, entró en convenio con los sitiados, y les permitió que saliesen los que quisiesen de la plaza. Mas la dejaron minada, y la mecha encendida en tal disposicion, que solo podria producir su efecto cuando los vecinos estuviesen ya distantes de sus muros. Así sucedió en efecto, y cuando se hallaban ya en camino los soldados y demas gente de la guarnicion, y los sitiadores ocupados en aposesionarse de la plaza, reventó la mina. Sin embargo, no hizo todos los estragos que los enemigos aguardaban, aunque no dejaron de volarse mas de treinta casas, con peligro de encenderse toda la ciudad, á cuyo remedio se acudió muy prontamente.

No andaban acordes los ánimos del marqués de Rubais y el conde de Mansfeld; veterano éste en el servicio del rey, pues llevaba las armas á su favor desde el principio de los disturbios de los Paises-Bajos, recien admitido el otro en sus filas en la última organizacion que habia dado al ejército el príncipe de Parma. Se inclinaba Alejandro mas al último, tal vez por esta misma circunstancia, ó porque le hacia sombra la reputacion de Mansfeld adquirida en tantos campos de batalla. Se hizo mas notable la poca armonía entre estos dos personajes, en un consejo de guerra celebrado á presencia de Alejandro. Opinaba Rubais porque se moviese el campo sobre Cambray, importante por su situacion y por los muchos partidarios del duque de Anjou que la consideraban como la base de sus operaciones. Pero el conde de Mansfeld rebatió este dictámen, sosteniendo que merecia ser preferida la plaza de Nivelles, por estar mas próxima y ser su expugnacion como un preludio necesario para la toma de la otra. Entre estos pareceres propendia al primero el príncipe de Parma, por la importancia de

ocupar la plaza de Cambray, donde á cada momento aguardaban refuerzos de Francia; mas no por eso dejó de aprobar la opinion del conde de Mansfeld, por no contrariarle demasiado. Abrazando, pues, los dos objetos que al mismo tiempo le ofrecian la ventaja de separar á los dos jefes rivales, encargó al marqués de Rubais la expedicion sobre Cambray, encomendando á Mansfeld la de Nivelles.

Fué muy brevemente terminada esta última. Se rindió Nivelles á los tres dias de sitio, y la guarnicion quedó prisionera. Era mucho mas difícil la empresa de Rubais por lo fuerte de Cambray, y el gran partido que tenian en ella los franceses. Cuando estaba ya en camino destacó al conde de Montigny con objeto de tomar la plaza de Condé, muy cercana á Valenciennes. La evacuó la guarnicion sin aguardarle, retirándose á Tournay, con lo que le fué muy fácil á Montigny apoderarse de lo que estaba abandonado. Mientras tanto llegó Rubais á las inmediaciones de Cambray, y comenzó la operacion del sitio; pero cuando mas ocupado estaba en llevarle á feliz término, ocurrió en Flandes otra novedad que alteró notablemente el semblante de las cosas.

Hasta entonces no habia tomado el pronunciamiento de los Paises-Bajos un carácter de rebelion abierta contra el rey de España. Si habian corrido á las armas y ejercido actos de hostilidad contra sus tropas, manifestaban dar estos pasos para defender sus privilegios hollados por el rey; mas que de ningun modo dejaban de reconocerle como su señor natural, á cuya obediencia deseaban volver cuando se hiciese justicia á sus reclamaciones. Ni en las actas de la confederacion de Gante, ni cuando llamaron al archiduque Matías, se habia tenido otro lenguaje. En los capítulos ajustados en Utrecht, nada se decia a favor del rey; tampoco en contra. Invocando su nombre se expedian todos los decretos que daban los Estados: de ningun sitio público se habian quitado las armas reales, y con su nombre y busto corria la moneda.

De que habia buena fé en todas estas manifestaciones, pueden quedar dudas: de que el príncipe de Orange preparaba así las vias para llegar de una vez al fin de sus designios, hay los testimonios mas probables. Estaba el rey de España destronado de hecho, sobre todo en las provincias del Norte y en gran parte de la de Flandes y el Brabante; mas conservaba todavía una sombra de autoridad, y se podia decir que aunque desobedecido, era todavía señor nominal de los Paises-Bajos. Con la realidad, vino asimismo á destruirle la apariencia. Habian llegado las cosas al punto de constituir en verdadera anomalía un dictado que estaba en contradiccion tan abierta con los hechos. Se aprovechó, pues, de la ocasion el príncipe de Orange para promover eficazmente el objeto tan apetecido para él de la absoluta independencia. Aunque su ambicion le sugeria naturalmente el sustituir su persona propia á la del rey, era demasiado hábil para ignorar que no tenia bastante partido para ser el nuevo soberano de los Paises-Bajos. Le excluia para ello entre otras cosas, su cualidad de protestante, cuyo culto no dominaba mas que en las provincias de Holanda y Zelanda, hallándose solo tolerado en las demas donde la religion de la generalidad era la católica. Necesitaba, pues, el de Orange un príncipe extranjero de esta comunion mas, que diese bastantes garantías de respetar la libertad de las conciencias. El archiduque Matías, que hacia cuatro años residia en el pais con el título nominal de gobernante, no satisfacia las miras del príncipe por ser de la familia de Austria, que deseaba alejar para siempre de los Paises-Bajos. Echó, pues, los ojos sobre el duque de Anjou, cuyos vínculos de sangre con el rey de Francia y relaciones que tenia entonces con el partido calvinista, ofrecian la perspectiva de una poderosa proteccion de la potencia vecina, á que los príncipes de Nassau habian acudido siempre por socorros en todos sus conflictos. En Francia tenia el príncipe de Orange relaciones de parentesco, y hasta los Estados á que debia su título. Habia

pasado á segundas nupcias con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier, viuda de Teligny, hijo del almirante de Coligny, asesinado la misma noche que su padre. Mediaba ademas la consideracion, de que siendo el duque de Anjou príncipe jóven, de poca experiencia, y menos que mediana capacidad, seria dirigido naturalmente por el príncipe de Orange, quien conservaria de hecho el supremo poder, aunque no el título de supremo gobernante.

En el tratado de la confederacion de Utrecht ya habia puesto el principe los cimientos del edificio que pensaba levantar, haciendo que se omitiese el nombre del rey, cuya autoridad ni se reconocia ni se desechaba. No tardó mucho despues de este acto en convencer á los Estados de la necesidad de dar un paso mas para salir de aquella situacion equívoca que los exponia á tantos embarazos. Fácil le fué hacerles ver, que no pudiendo en el estado en que se hallaban llegar á una reconciliacion sincera con el rey de España, era ya lo mas seguro para ellos romper para siempre los vínculos que con él los unian, llamando á otro señor, á favor de cuya poderosa proteccion saliesen vencedores en la lucha. Les designó la persona del duque de Anjou como de mucha importancia para ellos por sus inmensos bienes, por sus poderosas relaciones en Francia, por el favor de que disfrutaba entonces con la reina de Inglaterra. Dieron oido los Estados á razones é insinuaciones tan hábilmente presentadas. En agosto de 1580 se reunieron en Amberes, y despues de algunas conferencias, decretaron: «Que por »no haber guardado el rey Felipe á los flamencos los pri»vilegios jurados, habia caido del principado de Flandes; »y que por esta causa, libres ya los pueblos de la fé y »obediencia que le habian jurado, elegian con todo su »acuerdo y voluntad por su nuevo príncipe á Francisco »de Valois, duque de Anjou, hermano del rey de Fran»cia.» En virtud de este decreto, habiéndose reunido otra vez los Estados en la Haya, se expidió un solemne

edicto declarando lo mismo, con órden á todos los magistrados y funcionarios del pais, de prestar juramento de obediencia á dicho príncipe, de derribar las armas reales, de que desapareciesen los sellos y cualquier otro signo de soberanía del rey de España, dejando desde aquel momento de estamparse su nombre en la moneda. Y aunque esta órden encontró en un principio bastantes obstáculos, pues no todos los flamencos se hallaban de este parecer, arrastró á los menos la opinion de los mas, y unos tras de otros todos prestaron el juramento requerido.

Así quedó el rey de España despojado de derecho como de hecho del señorío de los Paises-Bajos, á excepcion de las provincias donde imperaban las armas de Alejandro. Se concibe fácilmente la profunda indignacion que debió de causar á Felipe II una resolucion que sin duda no aguardaba. Objeto ya de tanto odio para él el príncipe de Orange, fué el principal blanco de sus iras. Inmediatamente lanzó contra él un decreto de proscripcion, en que despues de sacar á plaza su ingratitud, su rebelion, su apostasía y sus traiciones, se ofrecia al que le matase la suma de veinte y cinco mil escudos de oro para él ó sus herederos, concediéndole ademas la nobleza personal, y en caso de ser noble, el perdon de todos sus crímenes y delitos, cualquiera que ellos fuesen.

Fué en Felipe II este acto, á la par que bárbaro y atroz, una gran falta; pues no podia pensar que semejante decreto de proscripcion quedase sin respuesta. Así la tuvo muy cumplida por parte del príncipe de Orange, que en son de hacer su apología, publicó un manifiesto contra su antiguo señor, donde no se escasearon ni el rigor de los cargos ni lo duro de las expresiones. Pocos documentos ofrece el siglo XVI mas célebres que este manifiesto. En él se vindicaba el príncipe de la acusacion de ingrato, haciendo ver que sus títulos y posesiones eran propiedad de familia, sin debérselos á Felipe ni á su padre; que si habia tomado las armas contra el señor de los Paises-Bajos, era por las infracciones cometidas por éste

de los privilegios que habia jurado tan solemnemente; que habia sido súbdito de Felipe, señor de los Paises-Bajos, no de Felipe, rey de España; que si las crueldades del rey don Pedro de Castilla se habian tenido por suficiente causa para que entrase á sucederle en la corona un príncipe bastardo, sin tener en cuenta los derechos de la hija del monarca asesinado, habia perdido del mismo modo el derecho de mandar en los Paises-Bajos un rey que por el órgano é instrumento del duque de Alba habia cometido en el pais tan inauditas crueldades. Ademas de tan terribles cargos, acusaba el príncipe de Orange al rey de haber asesinado á su hijo el príncipe don Cárlos, y acortado los dias de su mujer doña Isabel de Valois por medio de un veneno; de estar ya casado en secreto cuando su primer matrimonio con doña María de Portugal, echándole en cara otros desórdenes feos que trataba de cubrir con el manto de la hipocresía, etc. Predomina sin duda en el escrito el calor y la virulencia que son tan naturales á un ánimo ofendido. De muchos hechos no alegaba mas pruebas que los rumores esparcidos por los enemigos de Felipe. Mas si este escrito no se puede considerar como un documento auténtico de acusacion, contribuyó entonces á aumentar la odiosidad de que era objeto el rey de España. Le acogieron los Estados de Flandes con las muestras de la mas viva simpatía, y los protestantes todos con demostraciones de entusiasmo.

Poco tiempo despues de la declaracion hecha en Amberes y del edicto de la Haya, salió de los Paises-Bajos el archiduque Matías (1), sumamente descontento del desaire que con el nombramiento del duque de Anjou se habia hecho á su persona. Al mismo tiempo enviaron los Estados embajadores á este último príncipe, haciéndole saber la determinacion que habian tomado. Los re-

---

(1) Este archiduque fué elevado á la silla del imperio en 1611, á la muerte del emperador Rodulfo, que no dejó hijos, habiendo ya fallecido tambien sin sucesion todos sus hermanos, pues Matías era el último.

cibió el duque de Anjou con bondad, y aceptó el cargo con que los de Flandes le habian revestido. ¿Qué parte habia tomado en todo esto el rey de Francia? ¿Habian obrado los estados de Flandes por sus insinuaciones, ó á lo menos con su consentimiento? Las dos cosas son posibles y aun probables, á pesar de que el rey de Francia temia mucho el comprometerse con el rey católico. Verdaderamente, la autoridad del rey Enrique III en sus Estados era muy precaria, supeditado como estaba por la liga santa, que recibia otras influencias que la suya. Por una parte no le podia ser desagradable la idea de deshacerse de un hermano, cuyas intrigas y conexiones con sus propios enemigos le suscitaban á cada paso disgustos y embarazos: por la otra debia de halagarle la influencia que sin duda por la eleccion del príncipe de Anjou iba á ejercer en los Paises-Bajos. Consintió, pues, en lo que tal vez no podia impedir, en lo que debia serle útil bajo dos aspectos; mas receloso siempre de ofender á Felipe II, le envió un embajador para darle parte de sus embarazos, protestando que no habia tomado la mas pequeña parte en la declaracion de los Estados, así como no podia impedir el que su resolucion se llevase á su debido efecto. Para dar mas pruebas de su sinceridad, dispuso que no acompañasen al principe tropas suyas, y sí que echase mano de voluntarios que sirviesen bajo su propia bandera, y fuesen pagados asimismo por su cuenta.

Al rey de España no satisficieron las protestaciones del de Francia. Mas á pesar de lo ofendido que se hallaba de este príncipe, á pesar de lo que acrecentaba su indignacion contra los Estados los refuerzos que iban á recibir del príncipe francés, aparentó quedar tranquilizado con las explicaciones de Enrique III, y no pensó en hostilizarle abiertamente. En esto se condujo con habilidad y como cumplia á su política. Dueño entonces en cierto modo de la liga santa, tenia mas medios de hacer daño al rey de Francia que por los de una guerra abierta. Recurriendo á este último extremo, concitaba contra sí

los ánimos de toda la nacion francesa, en lugar de que permaneciendo pasivo tenia ganada la generalidad, pues casi todos los católicos ardientes eran miembros de la liga.

Mientras se llevaban adelante estas negociaciones, perdió el príncipe de Orange por sorpresa la plaza importante de Breda, ciudad de su propio patrimonio. Por otra parte, el marqués de Rubais estrechaba la plaza de Cambray, poniendo cuantos medios podia para apoderarse de ella antes que llegase el príncipe francés, quien se movió de París á la cabeza de doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos con direccion á los Paises-Bajos. Envió delante una division de cuatro mil hombres para que entrasen en Cambray; mas no pudieron conseguirlo por los esfuerzos del marqués de Rubais que de cerca la estrechaba. Con este motivo tuvo el duque de Anjou que avanzar con el grueso de su ejército. Deliberó el príncipe de Parma en su Consejo sobre si se saldria al encuentro del francés; mas por lo escaso de su fuerza entonces, que no llegaba á seis mil hombres, se resolvió levantar el sitio de Cambray, retirándose para buscar mas dichosa coyuntura. Con esto entró el duque de Anjou sin obstáculo en la plaza, donde fué recibido con festejos, con aclamaciones, y hasta con el título de padre de la patria. Mas aquí terminó por entonces la expedicion del duque de Anjou, seguido de tropas mercenarias, cuyas pagas no podia continuar por falta de recursos, y que se le iban desertando poco á poco por esta misma circunstancia. Así cuando los Estados de Flandes y aun el mismo príncipe de Orange, sabedores de su entrada en el pais, le instaron á que pasase adelante y se aprovechase de su próspera fortuna, le respondió el príncipe francés que le era imposible hacerlo por falta de tropas y dinero. Sin duda contaba el duque de Anjou con hallar grandes recursos en los Paises-Bajos, así como los Estados imaginaban que el príncipe francés se presentaria muy provisto de dinero y seguido de fuerzas muy considerables.

Se apoderó sin embargo el duque de Anjou, á pesar de sus apuros, de Cateau Cambresis y del fuerte de Chatelet. Mas viéndose abandonado de sus tropas, sin tener con que pagarlas, sin recibir socorros de su hermano, por no atreverse Enrique III á romper tan abiertamente con el rey de España, tomó la resolucion de marcharse á Inglaterra, esperando poderosos auxilios de la reina Isabel, con quien tenia pendiente la negociacion de matrimonio.

Es un hecho singular que esta princesa tan hábil, tan entendida en todas las materias de gobierno, tan resuelta, como lo manifestó en todo el curso de su vida, á permanecer soltera, por no partir con ninguno la autoridad, de que era tan celosa, hubiese tratado cuatro ó cinco veces de casarse, sin intencion de verificar su enlace con ninguno. En medio de su gran prudencia, cedia demasiado á los instintos de mujer, y le halagaba extremadamente la idea de ser buscada, requerida y obsequiada. Se habia creido que se desposaria con el conde de Leicester, su privado y favorito: despues le asignó la fama por esposo á don Juan de Austria, al mismo Enrique III, rey de Francia, y á otros personajes, siendo el duque de Anjou el último de sus presuntos novios. Parecia una locura el proyecto de enlace con este príncipe, veinte y un años mas jóven, que ni poseia las gracias de una persona bien apuesta, ni se hallaba adornado de un mérito ó de una ilustracion que pudiese hacerle agradable á los ojos de la reina. No dejaban de vituperar esta eleccion sus celosos consejeros creyéndola sincera; mas los hechos hicieron ver que no era para ella mas que un agradable pasatiempo. En esta segunda visita á la reina Isabel, halló el duque de Anjou la misma acogida, las mismas demostraciones de obsequio, las mismas expresiones de cariño de que habia sido objeto en la primera, sin que en medio de tantas fiestas, tantos regocijos y todo género de diversiones, se adelantase nada en el asunto de la boda. Acaso no pensaba ya sériamente en

ella el príncipe francés; mas como este segundo viaje tenia asimismo un fin político, cual era obtener auxilios de Isabel para hacer efectivo su nombramiento de príncipe y señor de los Paises-Bajos, no se contentó con palabras la reina de Inglaterra, y la que tres años antes habia visto con tanta inquietud la entrada del duque de Anjou en los Paises-Bajos, le proveyó ahora no solo de dinero, sino de buques y soldados con que pudiese presentarse en sus nuevos Estados con dignidad y medios de llevar adelante un proyecto en que se interesaba la política de la reina inglesa, tan deseosa siempre de arrancar á los Paises-Bajos de la dominacion del rey de España.

Se despidió el duque de Anjou de Isabel, agradecido á sus favores, aunque con menos ilusiones que la vez pasada sobre el proyectado matrimonio. Se embarcó en sus navíos con direccion á los Paises-Bajos, y en la primavera de 1581 llegó á Amberes, donde le aguardaban los Estados, los principales personajes del pais, con el príncipe de Orange á la cabeza. Fué su entrada magnífica, acompañada de todo el aparato, pompa y esplendor, con que se empeñaron los flamencos en recibir al nuevo príncipe. Iba vestido con todas las insignias de duque soberano, como en aquellos tiempos se estilaba; y rodeado de magnates, entre el estruendo de la artillería, repique de campanas y la música de varios instrumentos, prestó juramento en manos de los Estados, de respetar las leyes y privilegios del pais, guardando en todo las cláusulas y condiciones de su nombramiento.

Fué la llegada del duque de Anjou muy bien acogida, tanto en Amberes como en el resto de los Paises-Bajos. Aunque en dicha ciudad no se profesaba desde algun tiempo el culto católico, se mandó abrir en obsequio del nuevo señor un templo para los de esta comunion; rasgo de obsequio que agradó sobremanera al príncipe. Por muchos dias duraron los festejos con que se celebró su llegada á esta capital de los Paises-Bajos. Mas fueron ter-

minadas tantas demostraciones de alegría con un suceso lamentable.

Producia su efecto el decreto de proscripcion, lanzado por el rey Felipe contra la persona del príncipe de Orange. Al cebo de los veinte y cinco mil escudos de oro prometidos, se agregaba el mérito contraido por un católico, en asesinar á un príncipe enemigo de Dios y de su Iglesia, acto que en aquellos tiempos pasaba por eminentemente religioso, por altamente heróico. Concibió el proyecto de asesinato un tal Anaster ó Anastro, mercader de Amberes, y aun se dice que para ello recibió sugestiones de España, y hasta cartas del rey, con oferta de ochenta mil escudos, á mas de los veinte y cinco mil que estaban prometidos. No atreviéndose Anastro á cometer el acto por sí mismo, lo encargó á un criado suyo, llamado Juan de Jáuregui, vizcaino, jóven robusto, educado, como es de suponer, en el culto católico, y enemigo mortal de los herejes. Recibió éste la comision con muestras de alegría, y al hablársele de la recompensa ofrecida por el rey á quien ejecutase el acto, respondió que no necesitaba premio alguno para emprender una accion tan grata á Dios, tán útil á los intereses de la Iglesia. Se preparó pues á ella con fervor; confesó con un fraile dominico, llamado Pigmerman, y recibió la comunion de manos de este religioso. Lo único que pidió á su amo, fué, que como él estaba seguro de morir, suplicase al rey atendiese á la subsistencia de su anciano padre.

Cumplió el jóven vizcaino su palabra. Como sabia bien la lengua del pais, no le fué difícil penetrar en el palacio del príncipe de Orange, á la sazon que éste daba un banquete á sus amigos. Concluido el festin, pasó el príncipe á su cuarto, y el vizcaino, que en medio de la confusion de los criados y sirvientes no le perdia de vista ni un momento, siguió sus pasos, y cuando halló ocasion, le disparó una pistola, cuya bala le atravesó las dos mejillas, sin dejarle muerto. Entonces quiso el vizcaino recurrir á otra pistola para acabarle; mas por la casualidad

de estar demasiado cargada, reventó, inutilizando la mano y la accion del asesino. Al ruido acudieron los amigos y criados del príncipe, de cuyo furor fué víctima Jáuregui en el acto. Pronto se conoció que la herida no era mortal, con lo que se sosegó algun tanto el ánimo de sus allegados.

Mas el lance pudo ser mas sério por las circunstancias que le acompañaron. Inmediatamente que fué público en Amberes, se esparcieron los rumores de que el golpe habia sido provocado por el príncipe francés, deseoso de deshacerse de una persona, cuya autoridad é influencia en el pais tal vez le molestaban. No se habia borrado todavía el recuerdo de las matanzas de San Bartolomé, precedidas por el asesinato del almirante Coligny, y en que habia tomado una parte tan activa el que era entonces rey de Francia. El miedo en unos, el deseo de venganza en otros, hizo correr á las armas á los habitantes de Amberes, y estaba ya muy próximo á estallar entre ellos y los franceses un conflicto sério, cuando por casualidad se halló en los bolsillos del asesino un escrito, en que constaba su nombre y demas circunstancias que habian mediado, y dejamos referidas. Inmediatamente se apresuró el príncipe Mauricio, hijo del herido, á divulgar esta especie en la ciudad, con lo que se aquietaron los ánimos amotinados. Se expuso al público el cadáver del asesino, que se reconoció por criado de Anastro, y como éste se puso en fuga, se prendió á su secretario, cómplice del acto. Tambien se echó mano al fraile Pigmerman, y habiendo confesado los dos su participacion en el delito, fueron ajusticiados en garrote, y hechos despues cuartos, colocándose los trozos en las principales puertas de la plaza.

Curó pronto de sus heridas el príncipe de Orange, y recobró la salud que necesitaba, para dirigir con toda actividad los negocios que estaban á su cargo. En cuanto al peligro que acababa de correr, conocia demasiado las costumbres y tendencias de su siglo, para no presentir la

infinidad de puñales que habia afilado contra su pecho el decreto de proscripcion del rey de España.

No se descuidaba mientras tanto el príncipe de Parma en llevar adelante las operaciones militares. Sus tropas no eran muchas, y los enemigos se habian reforzado con las que acababan de llegar de Francia. Cada vez se le hacia mas sensible la falta de los españoles y mas tropas extranjeras que habian salido del pais, en virtud del último tratado de pacificacion con los valones. Deseoso vivamente de su vuelta, sondeó Alejandro á los principales personajes del pais que mas se habian empeñado en la expulsion, y logró con insinuaciones indirectas, no solo vencer sus repugnancias, sino hacerles desear la vuelta de las tropas extranjeras, como indispensables para llevar adelante la guerra con buen éxito. Las mismas autoridades del pais le propusieron que las pidiese al rey, y Alejandro se aprovechó al momento de tan favorable disposicion, haciendo ver á Felipe II la necesidad de la medida. Accedió el rey, como puede suponerse, y mandó inmediatamente que se pusiesen en movimiento para Flandes cuatro tercios españoles, que componian entre todos diez mil hombres, con lo que se aumentaron considerablemente las fuerzas del príncipe Alejandro; mas antes de su llegada, que tuvo lugar á mediados de 1582, ya habian comenzado las operaciones militares de este príncipe, y que vamos á recorrer del modo sucinto, y usado hasta ahora; pues la relacion circunstanciada de todas las batallas, sitios de plazas, y todo género de encuentros que tuvieron lugar en estas gueras, ocuparia mas espacio del que hemos destinado á toda la historia en que nos ocupamos.

Dejamos al príncipe en retirada de las inmediaciones de Cambray, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacer cara al duque de Anjou, que á dicha plaza se acercaba. A esta especie de derrota, se siguió la pérdida del fuerte de San Guillen; mas volvió este pronto á caer en nuestras manos.

Entre tanto recelosa siempre la córte de Francia del enojo que causaria al de España la expedicion de los Paises-Bajos del duque de Anjou, envió un comisionado al príncipe Alejandro, para hacerle ver la ninguna parte activa del rey en un movimiento que habia tenido lugar, sin prestarle por su parte ningun género de auxilios, y del que no podia redundarle la menor ventaja. Sin duda tuvo esta mision por objeto, el averiguar de mas cerca, si se habia creido llegado el momento de romper las paces que existian de hecho entre España y Francia; mas Alejandro, habiendo recibido cortesmente á los enviados, les respondió que era un asunto concerniente al rey, á quien debian dirigirse, y de ningun modo á su persona, pues por su parte no tenia mas negocios que el de continuar la guerra, que contra los enemigos de su rey estaba ya empezada.

El conde de Renneber, gobernador de Frisia, vuelto poco tiempo hacia al servicio del rey, acababa de morir en la flor de su edad, atribuyéndose este acontecimiento por los confederados á castigo del cielo, por haber abandonado su causa, y pasándose al rey, á quien se llamaba tirano de los Paises-Bajos. Varios personajes del pais desearon reemplazar al gobernador difunto; mas el príncipe de Parma prefirió para este cargo á Francisco Verdugo, capitan español, que se habia distinguido en aquellas guerras, y cuya fidelidad estaba á toda prueba. Ademas, reunia la circunstancia de hallarse enlazado con una de las familias mas ricas del pais, y de estar personalmente interesado en la restauracion del poder del rey de España. Habiendo puesto á su disposicion bastantes fuerzas para sostener la campaña por el lado del Norte, tomó otra vez el hilo de sus operaciones por el del Mediodía.

Fué su primer movimiento de importancia embestir la plaza fuerte de Tournay, en la provincia de Flandes, en los confines del Haynault, ciudad ademas muy importante, por los muchos refugiados de la religion reformada que habian tomado asilo en sus muros, procedentes de

Condé, Nivelles, y otros mas puntos que acababan de caer en manos de los españoles. No pensaba el príncipe de Orange, con que el de Parma emprenderia el sitio de una plaza tan fuerte á la entrada del invierno; mas Alejandro hizo ver que era muy sério su designio, pues haciendo conducir por los rios que corren cerca de Tournay, y sobre todo el de Escalda, víveres en abundancia, municiones y piezas gruesas de batir, puso el sitio formal á la plaza el 1.° de octubre de 1581. Estaba ausente á la sazon el gobernador Pedro Melun, príncipe de Espinois; mas suplia á la sazon sus veces Francisco Diobiou, capitan valiente y experimentado, quien no hizo sentir la falta del antiguo jefe, aunque tambien concurrian en la persona de éste prendas de militar valiente y experimentado. Se preparó animosa la guarnicion á todos los azares del sitio, y en la decision del vecindario, encontró el gobernador auxilios de grandísima importancia.

Comenzó el ataque de los españoles por el del baluarte de San Martin, situado en la puerta de este nombre, y como aislado del resto de las fortificaciones. Despues de varias embestidas, en que los enemigos hicieron gran resistencia, se apoderaron los nuestros de los fosos, y por medio de escalas llegaron á lo alto de los muros, de que se apoderaron; ventaja de consideracion, pues desde dicho fuerte dominaban el resto de la plaza.

El gobernador, príncipe Espinois, en la imposibilidad de penetrar con auxilios en Tournay, se situó en Oudenarda, á tres leguas de distancia, con objeto de hacer reconocimientos y hostilizar las líneas de los sitiadores; mas sus tropas enviadas á este fin, fueron rechazadas por las de Alejandro, quien no perdonó medio alguno de alejar constantemente al enemigo de las inmediaciones de la plaza.

Cuando mas empeñado se hallaba en sus operaciones, vino á aumentar el entusiasmo de sus tropas la noticia de una victoria, conseguida por Francisco Verdugo, en Frisia, contra Adolfo de Nassau y el coronel inglés Norris,

que habia atacado su campo atrincherado. Inferior el español en caballería, se habia atenido á la defensa de sus líneas; mas cuando el enemigo, seguro de la victoria, se acercaba ya á tomarlas, puso en movimiento su infantería, la que rechazó á los asaltadores, y los puso en dispersion, con grande pérdida, habiendo quedado heridos Adolfo de Nassau y el coronel de los ingleses.

Despues de emplear el uso de la mina, que causó bastantes destrozos en los muros de Tournay, trató Alejandro de atacarla por dos partes, habiendo precedido una arenga suya militar, segun acostumbraba en lances de esta clase. Atacaron sus tropas con denuedo, mas no fueron felices en la tentativa. Se hallaba la guarnicion muy animada contra las tropas de Farnesio, y ademas el gobernador, que era un hombre de mucha actividad y de experiencia, no perdonaba medio de sacar utilidad de las buenas disposiciones de los defensores. Por otra parte, se hallaba dentro de la plaza la princesa de Espinois, esposa del gobernador ausente, mujer animosa y esforzada, que corria á los parajes de mas riesgo, animando con su voz y su ejemplo á los soldados. A pesar pues de los ejemplos de Alejandro y de las exhortaciones de los jefes principales, tuvieron que retirarse las tropas del asalto, no pudiendo resistir á la furia de los de adentro, que con armas, con piedras, con materias inflamadas, les causaban grande mortandad, habiendo precipitado á muchos de ellos en el foso. Aunque no no fué grande la pérdida del ejército español, la hizo muy considerable el número de los jefes de distincion que quedaron fuera de combate. Salió herido el mismo Alejandro de una pedrada que le dejó por un tiempo sin sentido; mas se restableció pronto con grande alegría de los suyos, que ya le daban por perdido.

Mientras el príncipe de Parma tenia tan cercada la plaza de Tournay, estuvo á pique de perder la de Gravelinas, que fué atacada una noche de improviso por tropas inglesas, y de los confederados, que estaban de inte-

ligencia con parte de las tropas que la guarnecian. Cuando los enemigos llevaban ya escalada la mayor parte de los muros, recibió aviso oportuno el gobernador, y acudió inmediatamente con las tropas fieles. Los asaltadores desistieron del intento, y se alejaron de la plaza, cubiertos con las tinieblas como habian venido. El jefe de los ingleses, llamado Preston, no queriendo acogerse á los buques que los esperaban, tomó con sus tropas el camino de Tournay, con objeto de meterse dentro de la plaza, lo que ejecutó, habiendo tenido la noticia del santo que habian dado aquella noche á las guardias avanzadas. Con este seguro pasó por medio de los enemigos, y entró sin novedad por las puertas de Tournay, sin que lo sospechase nadie. Cuando se supo el engaño y se quiso echar tras de ellos, ya era tarde. Sirvió esta estratagema para que el príncipe de Parma prohibiese dar ningun santo en adelante, mandando que nadie pasase de un punto á otro durante la noche, sin prévio reconocimiento de los puestos avanzados.

A pesar del pequeño refuerzo que recibió la plaza de Tournay; á pesar del desafecto que algunos en el campo español profesaban á la causa de los españoles, lo que se echaba de ver por las inteligencias que tenian con los enemigos, era ya imposible á los de la plaza el sostener por mas tiempo un cerco que los tenia reducidos a los mayores apuros, privándolos de toda comunicacion con los de afuera. Sabian el mal resultado de la intentona sobre Gravelinas, y ademas los inútiles esfuerzos que hacia el príncipe de Espinois para acometer el campo de Alejandro. Ni los esfuerzos del gobernador, ni las persuasiones de la princesa, fueron suficientes para que el vecindario quisiese arrostrar por segunda vez los horrores y consecuencias de un asalto. Fué, pues, preciso rendir la plaza bajo condiciones, que por su poca dureza manifiestan los grandes deseos que animaban al de Parma, de hacerse cuanto mas antes dueño de ella. Se permitió la salida con sus armas á las tropas de la guarnicion, y asimismo á los ve-

cinos que quisiesen llevarse sus efectos; se dejó en libertad de conciencia, mas sin ejercicio público de su culto, á los de la religion reformada que quisiesen permanecer en la ciudad, permitiéndoles en todo caso la salida con sus efectos, en caso de tomar este último partido. Se cumplió la capitulacion con fidelidad por ambas partes; mas los magistrados de la ciudad se quejaron al príncipe de Parma, de que entre los efectos de la princesa, del gobernador y otros principales personajes, iban muchos vasos sagrados y efectos de particulares, que desde el principio del sitio habian sido trasladados á la ciudadela. Así se vió en efecto, cuando por órden de Alejandro fueron registrados los equipajes de las personas ya indicadas. Volvieron los objetos á sus dueños, y esto dió á los magistrados mas facilidad para cubrir los pedidos, que por via de indemnizacion les hizo el príncipe de Parma.

Se tomó la plaza de Tournay en 30 de noviembre de 1581, sin que en todo aquel invierno se hubiese emprendido operacion ninguna de importancia. En la primavera del año 1582 emprendió Alejandro el sitio de Oudenarda, situada sobre el Escalda, que la divide en dos partes casi iguales. Se consideraba entonces como una de las plazas mas fuertes de los Paises-Bajos; tanto que el francés Lanoue, uno de sus principales ingenieros, le daba el nombre de segunda Rochela. Se admiró éste, y asimismo el príncipe de Orange, que el de Parma se atreviese á tanto; mas como habian salido errados sus pronósticos cuando el cerco de Tournay, no dudó Alejandro en acometer esta segunda empresa, que produjo para él los mismos resultados que la otra. Algo paralizó sus operaciones de sitio un motin que se suscitó en su campo, promovido por las mismas causas que habian excitado tantos movimientos de esta clase, á saber, el atraso de las pagas. Comenzó la sedicion en el tercio de alemanes, quienes al recibir una mensualidad que se daba á todo el ejército por órden de Alejandro á cuenta de sus alcances, declararon que no la querian

sino doblada, pues asi se les debia. Volvieron los rebeldes pronto á su deber por la presencia de ánimo de Alejandro, que corrió á ellos sin tener en cuenta las picas vueltas contra cualquiera que tratase de acercárseles. Llegó el valor del general español á penetrar en medio del tercio y sacar arrastrando á uno de los alféreces y entregarle al preboste para que le ahorcasen al momento, sin que se atreviesen á proferir una palabra los alemanes, atónitos con esta intrepidez y sangre fria. Entonces mandó Alejandro á la caballería que rodease el tercio, é intimó al coronel la órden de que por cada compañía le enviase dos para ser ahorcados al momento. Salieron efectivamente veinte de las filas: con el espectáculo de su suplicio quedaron los demas arrepentidos, é imploraron la misericordia del general en jefe, quien los volvió á su gracia, resignándose los alemanes á recibir el dinero que les estaba destinado. Eran muy frecuentes estos alborotos en el curso de aquellas guerras, por los atrasos con que recibian las pagas; mas tambien puede decirse que no pocas veces habia Alejandro sosegado esta clase de alborotos, presentándose solo en medio de los sediciosos, contando siempre con el prestigio que rodeaba su persona.

Sosegada la sedicion volvió Alejandro á las operaciones del sitio de Oudenarda, sirviendo de estímulos á su actividad, por una parte los movimientos que hacian los enemigos para socorrerla, y por la otra la jactancia de estos de que se estrellarian en una plaza tan fuerte todos los esfuerzos del príncipe de Parma. Costó en efecto muchos trabajos á sus tropas el apoderarse de una media luna ó rebellin que los sitiados defendieron con gran tenacidad; pero al fin, apoderados los nuestros de esta obra exterior, tuvieron mas facilidad para atacar el cuerpo de la plaza. Varias salidas hicieron las tropas de su guarnicion, pero sin efecto. Tampoco fueron eficaces en un principio nuestras baterías; pero colocadas despues con mas acierto, abrieron una brecha suficiente para em-

prender la obra del asalto. Hablan los historiadores de un grave peligro que corrió Alejandro durante el sitio, y se cita el hecho para manifestar la gran serenidad que en semejantes lances desplegaba. Hallándose un dia á la mesa, acertó una bala de cañon enemiga á dar en su barraca causando la muerte de dos, é hiriendo á muchos de los circunstantes. En medio de la confusion causada por el accidente, sin levantarse Alejandro de su asiento, mandó que removiesen los manteles y platos, ensangrentados todos, y trajesen otros nuevos, diciendo con tranquilidad, que no queria que los enemigos se alabasen nunca de hacerle perder su terreno, cualquiera que fuese la situacion en que se hallase. Sin responder de la autenticidad del hecho, no es inverosímil este rasgo de serenidad en quien manifestaba con tanta frecuencia el buen temple de su ánimo.

Preparadas todas las cosas para el asalto, no quisieron exponerse á sus azares los habitantes de Oudenarda; y aunque las tropas sitiadoras deseaban apoderarse á viva fuerza de la plaza, por la rica presa que les ofrecia, no quiso Alejandro causar la destruccion de la ciudad, y la tomó con capitulaciones parecidas á las de Tournay, imponiendo una contribucion para los gastos de la guerra.

Causó admiracion y llenó de sentimiento á los confederados la toma de una plaza que pasaba por uno de los principales baluartes de los Paises-Bajos. Cuando tuvo lugar este suceso, se hallaba á legua y media de distancia el duque de Anjou con fuerzas de socorro; mas retrocedió inmediatamente y tomó la vuelta de Gante, aguardando á cada momento que llegasen á los Paises-Bajos nuevas tropas que le enviaba el rey de Francia.

Entraron los españoles en la plaza de Oudenarda por julio de 1582, y en el siguiente mes de agosto se reunieron en su campo las tropas españolas é italianas con que el rey le reforzaba. Ascendia el número de los españoles á cinco mil, y á cuatro mil el de los italianos. Se pusieron los primeros á las órdenes de Cristóbal de

Mondragon, capitan experimentado que habia hecho grandes servicios en aquella guerra, y los segundos á las de Camilo del Monte, bien conocido asimismo en los Paises-Bajos. Vinieron en estos tercios gran número de personajes distinguidos, tanto italianos como españoles, en clase de aventureros, á quienes atraia la gran fama que entonces alcanzaba el príncipe Alejandro. Con muestras de grande alegría fué recibido este socorro por el general español, y en verdad no podia llegar á mejor tiempo. Casi simultaneamente habian entrado en los Paises-Bajos las tropas que enviaba el rey de Francia, en número de siete mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes del mariscal de Biron y el duque de Montpensier, cuñado del príncipe de Orange. Y aunque semejante acto de hostilidad hácia el rey de España, no era ya susceptible de paliativo alguno, todavía supieron cubrir las apariencias Enrique III y su madre Catalina de Médicis, haciendo ver que sin su consentimiento se movian estas tropas hácia Flandes. Mas Felipe II, aunque no engañado, dió muestras de serlo, pues en realidad no le convenia declarar la guerra al rey de Francia. Harto mas fatal era para Enrique la encubierta que le hacia, influyendo tan poderosamente en el inmenso partido cuyos principales jefes aspiraban sin duda á destronarle.

Con este refuerzo en los dos campos pasaron adelante las operaciones militares por una y otra parte. Se apoderó el príncipe Alejandro de las plazas de Menin, Vervicc, Poperinge, y entró por sorpresa en la de Lira, que aunque no muy fuerte, se hallaba abundantemente abastecida de víveres, municiones y pertrechos militares. Tambien se apoderó de Catau-Cambresis, Clusa, Ninove y Gasbec, mientras el duque de Anjou entraba en algunas plazas insignificantes. Dos choques tuvieron, aunque no de consecuencia, los dos caudillos; uno en San Vinoc, habiendo atacado Alejandro la retaguardia del príncipe francés, y el segundo en las inmediaciones de Gante,

persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desórden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrian, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lobayna, y que no tuvo efecto, pues cuando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnicion á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un órden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

CAPITULO LII.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Paises-Bajos.--Su ataque infructuoso sobre Amberes.--Resentimiento del pais contra los franceses.--Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.--Infructuosas.--Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.--Se retira éste á Dunquerque.--Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.--Batalla de Emistemberg.--Se retira á Francia el duque de Anjou.--Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.--Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.--Pide mas refuerzos al rey y los consigue.--Guerra de Colonia.--Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.--Se rinden las dos primeras plazas.--Fluctúa la tercera.--Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.--Muerte de este príncipe.--Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.--Su carácter.--Le sucede el príncipe Mauricio.--Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.--Negativa.--Acuden á la reina de Inglaterra (1).

1581—1584.

Estaba desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercia realmente sobre sus nuevos súbditos. Habian éstos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambicion de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que ademas se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrian su fortuna, y sus consejos no servian mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decian que los Estados del pais habian querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner castillos ni fortalezas á su devocion, sin conferirle un poder real, pues nada podia hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte

(1) Las mismas autoridades.

habia cabido al archiduque Matías, gobernador nominal, y que solo habia servido para cohonestar la rebelion de los Estados contra el rey de España; que el verdadero director, el verdadero gobernador en los Paises-Bajos, era el príncipe de Orange, á cuyos consejos tenia el duque de Anjou que deferir como si fueran verdaderas órdenes; y en fin, que esta restriccion de facultades, este simulacro de poder, eran la verdadera causa de la frialdad con que era auxiliado por su hermano. ¿A qué empeñarse en efecto en gastos, á qué hacer grandes sacrificios que ningun beneficio habian de producir ni para el rey de Francia ni para el mismo duque, reducido á un papel tan subalterno?

No podia menos de encenderse con estas insinuaciones el enojo del príncipe francés, tan inclinado de suyo á partidos violentos, que se creia agraviado y ofendido. Para sondar las intenciones del pais y tener un pretexto de ruptura, hizo proponer á los Estados que hallándose éstos con tanta necesidad de los socorros de Francia, para acabar de sacudir el yugo de la España, declarasen que en caso de morir sin hijos el duque de Anjou, seria su heredero el rey su hermano, en cuyos Estados se incorporarian definitivamente los Paises-Bajos. Mas estaban éstos muy lejos de asentir á una medida que amenazaba tan de cerca su propia independencia.

En vista de esta negativa, se decidió el duque de Anjou á poner en planta el proyecto que le sugirieron sus principales allegados. Se reducia por entonces á echar las tropas del pais de las plazas donde se hallaban jefes franceses de gobernadores, y declararlas bajo la inmediata dependencia del príncipe de Francia. Para esto se dió órden de que provocasen de cualquier modo un alboroto popular ó cualquiera otro desórden que hiciese algo plausible la adopcion de la medida. El mismo duque se encargó de esta operacion en Amberes, donde entonces residia.

Pretestó para este objeto la necesidad de pasar una revista á las tropas de su nacion en las inmediaciones de la plaza. Tuvo lugar la reunion al pié de las mismas esplanadas. Cuando mas descuidados estaban los de adentro, se destacaron del cuerpo ó division hasta tres mil infantes y ochocientos caballos, que con la velocidad del rayo se apoderaron de los puentes levadizos y principal puerta de Amberes, cuya guardia pasaron á cuchillo. Inmediatamente se precipitaron sobre la ciudad, que trataron de ocupar militarmente, dando las dos solas voces de *misa* y *duque*, con que querian dar á entender el restablecimiento de la fé católica y el poder absoluto del nuevo gobernante. Habia dado el duque de Anjou órden á estas tropas de que pensasen solo en ocupar militarmente la plaza, sin propasarse á excesos ni desórdenes; mas en medio de esta ocupacion, tuvo lugar el saqueo y el pillaje, sin duda por no querer los que entraban antes partir el botin con los compañeros que despues llegasen.

Se quedaron al principio atónitos los vecinos de Amberes con los gritos y alborotos que estos desórdenes causaron. Se creyó al principio que era una riña de estas que ocurren tan frecuentemente entre militares y paisanos. Mas cuando se enteraron del hecho, cuando vieron que se convertian en enemigos los que habian entrado como aliados, y el eminente peligro en que se hallaban su libertad, sus haciendas y sus vidas, pensaron sériamente en defenderse y oponer, aunque en desórden, la mas obstinada resistencia. Inmediatamente atrancaron las puertas de sus casas, barrearon las calles, y se subieron á las ventanas y tejados, de donde hicieron fuego sobre los franceses, arrojandoles ademas piedras, agua hirviendo y toda especie de materias inflamables. Era muy poca la fuerza que habia entrado para vencer la resistencia de una poblacion tan considerable, dedicada toda á su exterminio. Los que estaban ocupados en el pillaje fueron víctimas de su codicia. Los demas desatentados, consternados en alas del pavor, se dirigieron á la puerta por

donde habian entrado; mas aquí se encontraron con un obstáculo que aumentó el desórden y la carnicería.

Aguardaba con ansia el duque de Anjou desde afuera el resultado de la intentona sobre Amberes. Al oir los gritos y el tumulto que se habian levantado en la ciudad, creyó que los suyos estaban en peligro, y que de todos modos convenia enviarles tropas de refresco. Inmediatamente destacó otro cuerpo, que corrió precipitado á la ciudad; mas al llegar á la puerta se encontró con el primero, que corria perseguido por la muchedumbre. Causó este encuentro repentino entre unos y otros la confusion que puede imaginarse, y como los fugitivos tuvieron que detenerse en su marcha, pudo cebarse mas en ellos el furor de aquellos habitantes. Embarazados unos con otros los soldados, no podian hacer uso de sus armas; con los que habian entrado antes perecian asimismo los que habian venido á socorrerlos. Se cubrieron poco á poco de cadáveres los fosos: muchos fueron precipitados de lo alto de los muros. La mortandad fué grande. En dos mil se computó la pérdida de los franceses en aquella refriega, que acabó para siempre con el prestigio y fuerza moral de aquellos imprudentes extranjeros.

Salvada de este modo la plaza de Amberes, y avergonzado el duque de Anjou de lo mal que le habian salido sus designios, se retiró con sus tropas, y no pudiendo emprender su marcha por el Escalda, cuyo paso le tenian los del pais interceptado, tomó un rodeo para llegar al punto de Vilvorde, donde hizo alto para deliberar sobre sus operaciones ulteriores.

Al mismo tiempo que se verificaba el ataque de Amberes, intentaban la misma operacion, segun las órdenes del duque de Anjou, en otras plazas de los Paises-Bajos. Se apoderaron los franceses por los medios que se les habian indicado, de Terramunda, Dismunda y Dunkerque. Mas se les resistieron las de Newport, Ostende y Brujas.

Fácil es imaginar cuán agradable debia de ser á los

ojos de Alejandro aquel suceso tan desgraciado para los franceses. Rotos en cierto modo los vínculos que unian al duque de Anjou con los Estados, no podian ya naturalmente contar estos, ni con las tropas ni con la proteccion del rey de Francia. En la altura á que se hallaban los negocios, tres expedientes le propuso el Consejo al príncipe de Parma: ó que se dirigiese á los Estados, negociando de nuevo una reconciliacion con su antiguo señor, ó que negociase con el duque de Anjou la entrega de las plazas que ocupaban los franceses, ó que sin perder tiempo, continuase las operaciones militares, aprovechándose de la confusion y el desaliento, que no podia menos de producir la separacion de los franceses.

El primer proyecto no era practicable. Estaban demasiado empeñados los flamencos en la obra de su insurreccion, para pensar sériamente en volver á la obediencia. Por otra parte, era imposible que obrando estos bajo la direccion del príncipe de Orange, consintiese éste en semejante paso, con un rey que le tenia proscripto, con quien estaba empeñado en una guerra encarnizada á muerte.

Con el duque de Anjou no eran tan difíciles las negociaciones, por lo irritado que estaba este príncipe con los Estados. No era en verdad de poca monta la entrega de tantas plazas que estaban en su poder; mas algunas situadas en el interior del pais, no le podian servir de alguna utilidad, teniendo que evacuar á Flandes. Se entablaron, pues, de una y otra parte negociaciones, pero sin efecto. Pedia el duque de Anjou por las plazas, cuya entrega solicitaba el príncipe de Parma, otras no menos importantes, que se hallaban en las fronteras de la Francia. Sin duda contaba demasiado el de Parma con el despecho del príncipe francés, y éste tenia algunas miras á volver á términos de buena amistad con los flamencos.

A pesar de la irritacion que habia producido en el pais la conducta pérfida del duque de Anjou, no desconocian su posicion, hasta el punto de negar oidos á pro-

posiciones de esta clase. El príncipe de Orange, siempre sagaz y previsor, sin tratar de defender ante los Estados la conducta del duque, antes bien vituperándola como era justo, les hizo ver lo peligroso que era para ellos llegar á una ruptura abierta, con un príncipe que podia disponer de muchos medios, tanto suyos como de su hermano, hallándose sobre todo los Estados con muchos apuros, y sin esperanzas de ningun aliado poderoso; que la misma reina de Inglaterra, tan favorecedora en otro tiempo de los Paises-Bajos, miraria con disgusto que desechasen para siempre un príncipe, á quien daba pruebas claras de su benevolencia, y sobre todo que reflexionasen los males incalculables que caerian sobre el pais, si aprovechándose Alejandro de esta desunion, conseguia hacerse dueño de tantas plazas importantes, que estaban á la sazon en poder de los franceses.

Las razones del príncipe de Orange no podian ser mas convincentes, y aunque se las sugeria en parte su propio interés personal, era tambien el de los Estados escucharle. No estaban ya los ánimos cerrados á una avenencia que pudiese neutralizar los males ya causados. Por otra parte, el duque de Anjou habia hecho en cierto modo apología de su anterior conducta. Los Estados comenzaron pues á aflojar, dejando de interceptar el paso al duque de Anjou, que se hallaba cercado tanto por mar como por tierra. Sin concluirse pues nada de una y otra parte, se dirigió el príncipe francés á Dunkerque, para entablar desde este punto las negociaciones.

Restaba pues al príncipe Alejandro el tercer expediente que le habia propuesto su Consejo, á saber: el continuar la guerra con actividad sin pérdida de tiempo. Era sin duda el mas prudente y el mas análogo al carácter del general español, tan entendido en las artes de la guerra, como entusiasmado por las glorias militares. Fué su intento principal caer sobre Dunkerque, donde estaba encerrado el príncipe francés; pero para llevar á mejor efecto este designio, y adormecer al duque de Anjou en

brazos de la seguridad, se dirigió Alejandro hácia el Bravante, y en el término de tres meses se apoderó de las plazas de Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, mientras los franceses se hicieron al mismo tiempo dueños de otros puntos menos importantes. Se hallaba el mariscal de Biron á la cabeza de doce mil hombres; mas compuesta esta division de flamencos y franceses, que se aborrecian de muerte por lo acaecido en Amberes, no se ofrecian al general grandes elementos de victoria, por lo que inmediatamente que supo que el marqués de Rubais por encargo de Alejandro se acercaba á Rosembal, donde se habia situado á la sazon, se refugió á la plaza marítima de Estemberg (1), seguido de los franceses y alemanes, dejando á retaguardia á los flamencos con los escoceses, para tenerlos separados durante la marcha de los otros.

Mientras el marqués de Rubais seguia el alcance del mariscal de Biron, marchaba Cristóbal de Mondragon con Montigny y otros jefes sobre Dunkerque, con órden de Alejandro de bloquear la plaza por tierra y por mar, mientras llegaba el momento de sitiarla formalmente.

Se dirigió entonces Alejandro sobre Estemberg, y como no dejaba de ser el punto susceptible de defensa; se resistió en él el mariscal de Biron, hasta el punto de empeñar una batalla. Salieron vencedoras las tropas de Farnesio, con grande pérdida de los enemigos; pues segun el cómputo mas corto, ascendieron á mil y quinientos los que quedaron tendidos en el campo. Recogió el mariscal de Biron las reliquias de su gente en naves que tenia dispuestas al efecto, y se dirigió á las costas de Fran-

---

(1) Este punto no es marítimo en el dia. En ninguna parte como en los Paises Bajos, han cambiado mas con el transcurso del tiempo las circunstancias de localidad de los diferentes pueblos, por las retiradas y avances del mar, asi como por los canales y demas obras de la industria humana, que alteran á cada instante estos accidentes del terreno.

cia, donde las desembarcó, sin volver mas á los Paises-Bajos.

Concluida esta operacion, se dirigió sin pérdida de tiempo el príncipe de Parma á la plaza de Dunkerque. Cuando comenzaban las operaciones del sitio, recibió una embajada del rey de Francia, quejándose de lo irregular de su conducta en atacar una plaza, donde se hallaba su propio hermano, pues equivalia esto á una guerra declarada; á lo que respondió Alejandro, que era deber suyo recuperar por la fuerza, si no habia otro medio, los lugares y plazas pertenecientes á los Estados de su rey que habian sacudido la obediencia. El mismo duque de Anjou cortó el nudo de la dificultad, abandonando á Dunkerque con direccion á Francia, en cuyas costas desembarcó con auxilios y socorros mas considerables, que sin duda aguardaba de su hermano.

Apenas hizo resistencia Dunkerque, cuando se vió estrechada por tierra y mar, y batida por veinte piezas de cañon, que estuvieron haciendo fuego por espacio de doce horas, concluyendo por derribar un fuerte torreon, y la parte de la muralla con que estaba unido. Preparadas las cosas para el asalto, pidió el general francés capitulacion, y la obtuvo, habiéndosele permitido salir con sus tropas con armas, pero sin banderas ni equipajes. Con el vecindario se condujo el de Parma cortesmente, y la contribucion que le impuso por indemnizacion de los gastos de la guerra, no excedió á los medios de una ciudad populosa y rica por sus manufacturas y comercio.

Despues de la toma de Dunkerque, acaecida en julio de 1583, llevó Alejandro sus armas á la plaza de Newport, que se entregó tambien sin mucha resistencia. Con igual rapidez cayeron en sus manos las de Berghen, San Vinoe, Dismunda y Menin, mientras que Juan Bautista de Tassis, teniente de Francisco Verdugo, se apoderaba de la de Zutphen, una de las mas considerables del Norte de los Paises-Bajos.

A pesar de lo favorable que se presentaba la fortuna al príncipe de Parma, le aquejaban siempre los apuros de dinero, y ademas le faltaban fuerzas para llevar adelante sus conquistas con la rapidez que le era necesaria. Volvió pues á suplicar al rey, al mismo tiempo que le daba comunicacion y el parabien por las ventajas de sus armas, que le enviase cuanto mas antes abundantes refuerzos de dinero y tropas; pues el número de estas últimas se iba debilitando con las guarniciones que tenia que dejar en las plazas conquistadas, hasta el punto de no tener mas que seis mil hombres para un dia de batalla; que nunca se ofreceria para el rey ocasion mas favorable de recobrar de una vez su autoridad en Flandes, hallándose ausente el duque de Anjou, mortalmente enemistados los franceses y flamencos, y blanco de muchas acusaciones y sospechas al mismo príncipe de Orange; que solo cayendo sobre todos los puntos con una fuerza formidable, se apagaria de una vez el fuego de la insurreccion, en lugar de que obrando con lentitud, se renovarian cuando menos se pensase las hostilidades.

Mientras llegaba la respuesta del rey, siguió Alejandro el curso de las operaciones, y con objeto de tomar la plaza de Iprés, levantó un fuerte en frente de la ciudad, que la privaba de sus comunicaciones y socorros que pudiese recibir de Brujas y de Gante. Despues se hizo dueño del punto de Echeloo, de Sas de Gante, de Gwaes, de Ritemunda, de Acsel, de Hulzt y otros puntos poco importantes, y por fin, de la de Aloste, que pasaba por la primer ciudad de la provincia de Flandes, y que le entregaron los ingleses, quejosos de que no los pagaban los Estados.

Despues de la toma de estas plazas, volvió á Tournay el príncipe de Parma. Aquí recibió la contestacion del rey, en que le decia de su puño, que habiéndose concluido ya la guerra de Portugal y de las islas Terceras, enviaba á Flandes toda la infantería española, distribuida en tres tercios, que ascendian á seis mil y quinientos hom

bres. En cuanto á dinero, le hacia ver que habia mandado depositar en el castillo de Milan un millon de escudos de oro, de los que se le enviáran inmediatamente trescientos mil para que los gastase como mejor le pareciese. Que los otros setecientos mil se irian sacando mensualmente ciento cincuenta mil para las pagas del ejército. Concluia la carta, mandando al príncipe de Parma no dejase de enviar algun socorro á los habitantes de Colonia, que estaban á la sazon en guerra contra su antiguo arzobispo, Gerardo de Truschen, expelido de sus muros. Y como el príncipe de Parma cumplió inmediatamente este encargo del rey, daremos por via de episodio una idea sucinta del motivo que habia encendido la guerra civil en el territorio y arzobispado de Colonia.

Ocurrió á Gerardo de Truschen, arzobispo y elector de Colonia, la fatalidad de enamorarse de una canóniga ó canonesa, llamada Inés de Mansfeld, dama de peregrina hermosura, quien al parecer no se mostró insensible á los obsequios del prelado. Llegó la intimidad de estas dos personas á ser objeto de escándalos en el pais, y el amor del arzobispo á términos, de que olvidándose de sus órdenes sagradas y de su carácter de príncipe y prelado católico, resolvió casarse con su dama. Segun algunos, se vió obligado á dar este paso por los parientes de la señora, como una justa reparacion de los perjuicios que habia sufrido su honor con tan estrechas relaciones. Fué celebrado el matrimonio con solemnidad, en Bonna, ciudad del Electorado, y les echó la bendicion nupcial un sacerdote calvinista. Entendieron los católicos que equivalia esta conducta de Truschen á una renuncia indirecta de su dignidad de arzobispo y elector; mas los príncipes protestantes que habian influido en dicho matrimonio, se empeñaron en que permaneciese en su silla arzobispal, separándose de este modo el electorado de Colonia de la comunion romana. Tal vez con este objeto habian fomentado unos amores, de que se escandalizaban los católicos, y aconsejado un matrimonio, que

era en su sentir una manifestacion de guerra abierta.

Pero el senado, el cabildo eclesiástico y el pueblo de Colonia, estuvieron tan lejos de entrar en las miras de los protestantes, que se pronunciaron abiertamente contra el arzobispo, y lo expelieron de sus muros. Se declaró asimismo el emperador Rodulfo contra el príncipe prelado, que se separaba de la comunion católica. El Papa por su parte envió un legado á Colonia, y en virtud de sus informes, excomulgó solemnemente al arzobispo, quien fué depuesto asimismo de su electorado. En seguida se procedió al nombramiento de su sucesor, que recayó en Ernesto de Baviera, hermano del elector y duque de este nombre.

Se suscitó con esto una guerra, en que los intereses religiosos iban envueltos con los mundanos, como tan frecuentemente se veia en todos los conflictos de aquel siglo. Defendieron la causa del arzobispo depuesto los príncipes luteranos, entre los que se contaban el duque de Dos-Puentes, el conde de Salm-Salm, el famoso Juan Casimiro, tan conocido en las guerras de Flandes, y Cárlos Truschen, hermano del arzobispo depuesto, á cuyas banderas acudieron tropas, no solo de Alemania, sino de Flandes, á cargo de Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, y hasta de Francia, que habian militado con el duque de Anjou, y estaban á cargo de Cárlos de Mansfeld, hermano de la desposada. Por parte del arzobispo nuevo se pusieron tambien tropas en campaña, á las que se reunieron tres mil infantes y quinientos caballos, que bajo las órdenes del conde de Aremberg, enviaba de refuerzo el príncipe de Parma. Pelearon unos y otros con sucesos varios; mas al fin se decidió la fortuna á favor de la parcialidad del nuevo arzobispo, y los de Truschen, despues de haber perdido todos los castillos y plazas fuertes del electorado, se recogieron á Bonna, la sola ciudad que les restaba. Era gobernador de esta plaza Cárlos Truschen, hermano del arzobispo; y aunque trató al principio de hacerse fuerte, fué preso por la misma

guarnicion, que abrió las puertas á las tropas de Baviera. Quedó pues triunfante la causa del arzobispo nuevo, y el depuesto abandonó el pais, retirándose á Delft, en Holanda, poniéndose bajo la proteccion del príncipe de Orange.

Fué de corta duracion esta guerra de Colonia, y su resultado de grandísima satisfaccion para el príncipe de Parma; pues á terminarse de otro modo, hubiesen los príncipes luteranos vencedores aprovechado la ocasion de enviar refuerzos á los confederados. Continuó, pues, el príncipe la guerra con toda su actividad acostumbrada. Era su principal objeto apoderarse de la tres plazas de Iprés, Brujas y Gante, que pasaban por las mas fuertes de los Paises-Bajos, para caer despues sobre Amberes, punto principal á que se encaminaban sus operaciones. Mas no hallándose con fuerzas suficientes para ponerles á la vez un sitio formal, trató de interceptar sus comunicaciones, de privarles de recibir víveres, construyendo fuertes de campaña á sus inmediaciones, haciéndose dueños de los canales y rios por donde se transportaban los géneros de su comercio. Por aquel tiempo recibió mas refuerzos de Italia, que incorporó á los tercios de esta nacion, y así se vió con medios mas eficaces de llevar adelante sus designios.

Se hallaba en grande apuro la ciudad de Iprés, delante de la que habia construido el punto fuerte que la dominaba, y que ya hemos mencionado. Poco despues cayó en sus manos un convoy de víveres y municiones que mandaban á dicha plaza los de Brujas, habiendo derrotado á quinientos hombres que le custodiaban. De este modo se aumentaron los apuros de Iprés, y quedaron los de Brujas sin gran parte de las tropas que la guarnecian.

Con el sistema de bloqueo, adoptado por el príncipe de Parma, sufria Iprés los horrores del hambre, creciendo tanto los apuros, que abrió sus puertas á los españoles, reconociendo la autoridad del rey, con facultad de crear magistrados á su arbitrio. Las tropas de la guar-

nicion tuvieron permiso de salir sin armas, sin banderas, ceñidas solamente las espadas, prestando antes juramento de no tomar nunca las armas contra el rey de España. A muy pocos dias despues se rindieron casi con las mismas condiciones los de Brujas. Se capituló entre otras cosas, que se tolerarian los calvinistas por un cierto tiempo, con tal que viviesen sin causar molestia á nadie, dejando al arbitrio del rey el arreglar definitivamente este negocio.

A pesar de hallarse los de Gante casi en los mismos apuros que los de Iprés y Brujas, no daban indicios de seguir su ejemplo. Ya habia enviado la ciudad comisionados al general español que se hallaba en Tournay, para arreglar las condiciones de la entrega; mas se habian roto las negociaciones por la influencia superior que ejercia en la plaza la parcialidad contraria á la del rey, dirigida por el príncipe de Orange. Sin embargo, la entrega de dos plazas tan principales como Brujas é Iprés, era un negocio de demasiada consideracion para no causar recelos é inquietudes sérias á los confederados. En vista de la actividad y talentos desplegada por el príncipe de Parma, tuvieron que pensar sériamente en su propia posicion, que comenzaba á ser crítica y sumamente peligrosa. Sirvió esto de motivo al príncipe de Orange para hacer ver á los Estados la necesidad de reconciliarse con el príncipe francés, cuyas imprudencias habian sido tan fatales para él y para ellos. Dieron los Estados oidos á la proposicion, y enviaron al duque de Anjou comisionados con objeto de anudar los vínculos de amistad que se habian roto. Mas se habia tomado muy tarde esta medida, por la muerte de dicho personaje, acaecida en aquel mismo tiempo, segun unos de enfermedad natural producida por la melancolía y el despecho, y segun otros, cuya opinion es menos verosímil, á impulsos de un veneno.

Dejó este jóven príncipe pocos motivos de hacer recomendable su memoria. Sin talento, sin capacidad, sin mas resortes de accion que una inquietud natural que sin cesar le devoraba, fué casi siempre instrumento de in-

trigas ajenas, á pesar de que sus inmensos bienes y posicion social debian de constituirle en jefe de partido. De que estaba dotado de ambicion, dá testimonio toda su conducta; mas sin conocimiento de los hombres y su propia situacion, incurrió en muy notables desaciertos. De poca sinceridad, de ninguna buena fé, se mostró digno hijo de Catalina de Médicis, digno hermano de los tres príncipes que consecutivamente ocuparon el trono de Francia. Educado en la religion católica, se unió no pocas veces con los calvinistas; heredero de Enrique III, y por lo mismo su aliado natural, le causó mil disgustos y le suscitó embarazos de que debia resentirse él mismo si alguna vez llegaba á la corona. Aceptó el gobierno de los Paises-Bajos sin penetrarse de los compromisos en que se ponia. Atentó á las libertades del pais, desconociendo que si el pais peleaba desde tantos años, era justamente en obsequio de estas libertades. No es extraño que el recuerdo de estas faltas emponzoñase su existencia, y que viéndose aborrecido en Flandes, poco considerado de su hermano, y sin los auxilios de los que habian sido sus aliados, se abandonase al despecho que conduce muchas veces á la desesperacion y es síntoma de muerte. Con la de este príncipe solo quedaba un varon de la casa de Valois, y este era Enrique III, cuya sucesion, por falta de hijos, pasaba á Enrique de Navarra, calvinista. Así fué este un acontecimiento importantísimo para los jefes de la santa liga, sobre todo para el rey de España, que en esta asociacion por medios tan poderosos influia.

Fué seguida la muerte del duque de Anjou de otra mucho mas importante para los Paises-Bajos. El príncipe de Orange, objeto de tanto horror para los católicos, proscrito por el rey de España, blanco de las muchas asechanzas que tan fatal decreto producia, pereció por fin en Delft, víctima de un asesino. Cuatro diferentes y por separado meditaban á un tiempo dicha empresa; mas cupó la horrible distincion de ejecutarla á un

tal Baltasar Gerard, natural de Borgoña ó del Franco Condado, quien habiéndose introducido en su casa con pretexto de entregarle cartas del duque de Anjou, disparó á traicion al príncipe un pistoletazo, que le dejó muerto en el instante. Tomó inmediatamente la fuga el asesino; mas fué cogido é interrogado con el auxilio del tormento. Declaró que habia comunicado el proyecto de matar al príncipe, á su confesor, á dos jesuitas, al conde de Mansfeld y al príncipe de Parma; mas nada le pudieron arrancar acerca de los cómplices en la perpetracion del acto, manifestando siempre que no tenia ninguno, y no habia obrado con otro motivo que el de vengar la religion católica de los agravios recibidos por el príncipe de Orange. Persistiendo en la misma negativa, sufrió los horrores del suplicio, en que fué descuartizado vivo. Se hallaba el asesino en la flor de su edad, y aunque es probable no estuviese solo en la trama, tampoco es imposible que el fanatismo religioso, tan comun en aquella época, le hubiese arrastrado á una accion que no solo él, sino los católicos ardientes, tuvieron por altamente meritoria.

Así pereció á la edad de cincuenta y dos años Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el enemigo mayor, ó á lo menos el mas odiado por el rey de España. Pocos hombres fueron juzgados mas diversamente entonces y aun despues por los historiadores; y no podia ser otra cosa, en vista de la pugna de opiniones y el encarnizamiento con que cada partido político ó religioso trataba á sus antagonistas. Como rebelde, como ingrato, como fautor de la heregía, como hombre de astucia diabólica, debió de ser tratado por los católicos adictos á la parcialidad del rey de España; mientras los protestantes, los que tomaban tanto interés en la revolucion de los Paises-Bajos, le pintan como eminente patriota, como político consumado, como defensor y mártir de las libertades de su pais, como uno de los grandes apóstoles de la verdadera religion evangélica, cuyos principios desconocian los católicos.

Examinando bien estos dos cuadros y despojando los hechos del espíritu de parcialidad, no es difícil reducirlos á sus justas proporciones. Que el príncipe de Orange fué un hombre sagaz, político, entendido, justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, conocedor en fin de los hombres y de las cosas, no puede estar sujeto á duda. Ninguno sabia sacar mejor partido de las faltas de sus enemigos; en los desaciertos políticos del rey de España ó de sus agentes en el gobierno de los Paises-Bajos, encontró un campo fecundo en todo género de hostilidades. En los verdaderos motivos que le impulsaron á declararse en guerra con el rey, no necesitamos internarnos; mas es un hecho, que cualesquiera que hubiesen sido, sirvió á una causa popular, altamente patriótica, que debia arrastrar en pos de él los ánimos de la muchedumbre. El fué el primer impulsador de un alzamiento que ocupa un lugar distinguido en la historia del siglo XVI, y desde el primer acto de su hostilidad, disfrazada entonces bajo el velo del obsequio, hasta el fin de sus dias, no perdonó ocasion ni medio, ni dejó de trabajar un solo instante por llevar á su término la grande obra comenzada. Hombre ya eminente por sus riquezas y prosapia, magnífico, generoso, muy popular en medio de su cualidad de taciturno, activo y perseverante, atento, cualquiera que fuese su ambicion, á manifestar que no era el móvil principal de su conducta, tenia todas las cualidades necesarias para ser un gran jefe de partido. Aunque el todo de los Paises-Bajos no sacudió la dominacion del rey de España, cupo al príncipe de Orange la gloria de ser el fundador de la república de las Provincias Unidas, ó de Holanda, del nombre de una de ellas, y de que sus descendientes rigiesen con muy pocas interrupciones los destinos del pais, contándose entre ellos el que actualmente le gobierna con el nombre de rey de los Paises-Bajos. Por lo demas, si el príncipe de Orange ocupa tan alto puesto en la historia como hábil político, como grande hombre de Estado,

como activo gobernante, no nos parece que como hombre de guerra, como capitan, tiene derechos á un en tulo muy distinguido. En las dos entradas que hizo tílos Paises-Bajos, quedó totalmente eclipsada su estrella por la del duque de Alba. Desde entonces no le vemos al frente de los ejércitos, ni concurrir con su persona á ninguno de los infinitos choques que en campo raso ó con motivo de sitios de plaza se trabaron entre las armas de España y las de los confederados. Ni en el gobierno de don Luis de Requesens, ni con don Juan de Austria que dió batallas en persona, ni con el príncipe de Parma, que dirigia tantas operaciones de sitio, se midió nunca el príncipe de Orange. Sin querer, pues, defraudar su reputacion militar, debemos pensar que fué inferior, y tal vez lo reconocia él mismo, á los capitanes ya citados.

A proporcion que fué celebrada la muerte del príncipe de Orange por la parcialidad de España, causó un profundo dolor y cubrió verdaderamente de luto á los confederados. Se celebraron sus exequias con toda pompa y solemnidad en Delft y en todos los pueblos considerables de la Holanda. En medio de su afliccion tuvieron los Estados el consuelo de que Mauricio, hijo segundo del difunto (pues el primero estaba preso en España), jóven de diez y nueve años, daba esperanzas de seguir las huellas de su padre. Así lo acreditó con el tiempo el príncipe Mauricio, desplegando igual actividad, igual genio en política, igual conocimiento de las cosas y de los hombres. Le invistieron los Estados con el gobierno de las provincias regidas antes por su padre, nombrándole al conde de Holach por su principal director y consejero.

Privados los Estados de Flandes del duque de Anjou y del príncipe de Orange, amenazados de perder sus principales fortalezas por la habilidad que desplegaba el de Parma, se vieron envueltos en terribles embarazos. Se abrió con esto nuevo campo á los agen-

tes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerle por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el pais aceptando una soberanía que le acarrearia mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extranjeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron éstos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo órden de cosas en los Paises-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

CAPITULO LIII.

Asuntos de Portugal.--Muerte de don Juan III.--Regencia del cardenal don Enrique.--Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.--Toma las riendas del gobierno.--Su primera expedicion al Africa.--Vuelve á Lisboa.--Hace preparativos para una nueva empresa.--Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.--Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.--Se embarca con su ejército.--Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.--Plan desacertado de campaña.--Batalla de Alcazarquivir.--Total derrota del ejército portugués.--Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.--Pormenores de la pérdida.--Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).

1557—1578.

PARTICULARIDAD es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se vé que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Cárlos V. Los historiadores hacen todos mencion muy buena de este príncipe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brillo y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la

---

(1) Herrera, Historia de Portugal. Cabrera, vida de Felipe II. Ferreras, Historia general de España. La Clede, Historia de Portugal. Mello, id. Vasconcelos, Anacenphalceosis.

navegacion tan gran fomento; mas de esta materia trataremos en su lugar correspondiente. Bajo el reinado de don Juan III se introdujo la inquisicion en Portugal por las artes de un impostor que se dijo nuncio de Su Santidad con poderes para ello.

Murió este monarca en 1557, dejando la corona de Portugal á su nieto don Sebastian, de edad solo de tres años. Habia estado casado el padre de este príncipe é hijo de don Juan, con la princesa doña Juana, hermana de Felipe II; y como la primera mujer de don Felipe, doña María, habia sido hija de don Juan, era el rey de España tio doble del rey niño. Estos enlaces tan frecuentes entre las casas de uno y otro reino, dieron lugar á sucesos de muchísima importancia, segun veremos luego.

Quedó encargada de la regencia de Portugal la reina viuda doña Catalina; mas por la retirada total de esta princesa de los negocios del mundo, hizo renuncia y pasó á manos del cardenal don Enrique, hermano de don Juan y de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. La administracion de ambos fué bastante feliz, y en sus manos no perdió Portugal nada del lustre y consideracion pública que bajo los dos reinados anteriores disfrutaba.

Mostró el rey don Sebastian desde sus mas tiernos años vivo ingenio, entendimiento claro, deseos de instruirse y de gobernar con arreglo á leyes y á justicia; mas entre todas estas cualidades se distinguia un gusto por la profesion militar, que con el tiempo llegó á ser pasion desenfrenada. No fermentaban en la cabeza del jóven Sebastian mas que imágenes de guerras contra moros, excitándose su ardiente fantasía con los recuerdos de las proezas de los portugueses en las costas de Africa en el siglo anterior y en tiempo mas reciente. No poseia ya el Portugal de todas sus conquistas en esta parte, mas que las tres plazas de Ceuta, Mozagan y Tánger. Con la reunion de los cuatro Estados de Fez, Tremecen, Suz y Marruecos, se acababa de formar en aquellas regiones un imperio formidable. Habian sido sitiadas con notable

pérdida y matanza de los sitiadores, por las tropas del emperador Muley-Abdalla, las plazas de Mozagan y Tánger (1565), y el rey de Portugal, no siendo entonces de mas edad que la de once años, comenzó á anunciar el proyecto de pasar al Africa y restablecer allí la dominacion de las armas portuguesas. No faltaron en su córte consejeros hábiles, hombres de prudencia, que espantados de las consecuencias para el reino de tan funesta propension, trataron de inspirar al rey sentimientos pacíficos; pero fueron mas los cortesanos que se decidieron á halagarla por espíritu de adulacion ó de partido.

Desde que llegó el rey á la edad de catorce años, término de su minoría, no se ocupó mas que de la guerra de Africa, sueño de casi toda su existencia. Ni los consejos, ni las representaciones de los bien intencionados, pudieron desviarle de una idea tan perjudicial al reino como en sí misma extravagante. A la organizacion, á la instruccion de su pequeño ejército, á la lectura de las expediciones que habian cubierto de gloria el nombre portugués, se consagraban casi todos los momentos de su vida. Para ensayarse en la profesion militar, para examinar de cerca el pais que iba á ser teatro de su gloria, proyectó una expedicion al Africa, y seguido de solos mil quinientos hombres, se embarcó en 1574 en medio de las lamentaciones del pueblo, de las lágrimas de su tio y de su abuela, que no le pudieron disuadir de su proyecto. Desembarcado en Tánger, recorria sus inmediaciones con la misma confianza que si estuviese en Portugal, cuando percibiéndolo los moros le atacaron de sorpresa con fuerzas superiores. Fué el encuentro muy sangriento, y aunque los enemigos quedaron al fin desbaratados, no debió don Sebastian su salvacion mas que á su valor desesperado y temerario. Este accidente, que debia de hacerle entrar en sí, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de empeñarse en otra tentativa mas en grande, y de cuyos preparativos comenzó á ocuparse desde su regreso á sus Estados.

Dió nuevos estímulos á las miras ambiciosas de don Sebastian la guerra civil encendida entonces en Marruecos. Por la muerte del emperador Muley-Abdalla, habia subido al trono su hijo Muley-Hamet, en perjuicio de sus tios, hermanos del difunto, llamados á la sucesion por las leyes del pais, con preferencia á su sobrino. Uno de ellos, llamado Abdel-Muley-Moluc, despues de haber errado prófugo por varias córtes de Africa, se hizo al fin con un ejército, al frente del cual volvió á Marruecos á vindicar sus derechos usurpados. Decidió la cuestion una batalla en que fué el sobrino derrotado y compelido á huir, dejando á Muley-Moluc en la posesion del trono. Recurrió el fugitivo emperador á varios príncipes de la cristiandad, ofreciéndoles vasallaje si le daban medios para volver á sus Estados. Fué uno de ellos el rey de España; mas éste se negó á entrar en tratados con el moro. Habia entonces entablado Felipe II negociaciones con Abdel-Moluc, con el fin de evitar que éste coadyuvase con sus fuerzas á los designios del nuevo sultan Amurates III, hijo de Selim II, deseoso de arrancar las plazas de Oran y Mazalquivir de la dominacion del rey católico. Por otra parte le parecieron muy débiles los recursos con que contaba Muley-Hamet, y no quiso por lo mismo aventurar en una expedicion que le ofrecia pocas ventajas, las tropas y recursos que tanto necesitaba en otra parte.

Dió oidos don Sebastian á lo que desechaba el rey de España, ofreciendo á Muley-Hamet restituirle lo perdido, bajo las mismas condiciones, y desde aquel instante se entregó de nuevo á sus sueños de victorias y conquistas, lisonjeándose tal vez de plantar los pendones de Portugal sobre los muros de Constantinopla. Le halagaban los embajadores de Muley-Hamet con la idea de que inmediatamente que desembarcase en Africa se le abririan las puertas de Arcilla, una de las plazas mas fuertes de la costa, donde podria establecer la base de sus operaciones.

A los vastos designios de don Sebastian, correspon-

dian poquísimo sus medios. Estaba el pais exhausto con las guerras anteriores, y la grandeza de Portugal tenia mas de brillante que de sólida. Con cortas fuerzas y medios pecuniarios muy escasos, apeló el rey á contribuciones extraordinarias, que se recaudaron con tanta mas dificultad, cuanto que era muy impopular en el reino la expedicion que meditaba. Viendo que á pesar de sus esfuerzos no podia allegar fuerzas adecuadas á la empresa, acudió Sebastian á su tio el rey de España; y para tratar con mas extension de este negocio, hizo un viaje á Guadalupe, en Extremadura, adonde le habia citado Felipe II á instancias suyas. Se verificó la reunion á últimos del año 1577; y aunque el monarca portugués fué bien recibido por el español y tratado con las consideraciones debidas á su clase y tan estrecho parentesco, no produjeron para él las conferencias el resultado que esperaba. No solo se manifestó contrario el rey de España á la idea de tomar parte en el negocio y concurrir á los gastos de semejante expedicion, sino que trató de disuadirle de una guerra que no podria ocasionarle mas que gastos y desastres, sin ninguna sólida ventaja. En caso de que se obstinase en llevarla á cabo, le aconsejó al menos que no la mandase en persona; y si aun se empeñaba en ello, que por ningun motivo se alejase de la costa. Hay historiadores que atribuyen á Felipe II un lenguaje diferente, suponiendo que aconsejó á don Sebastian la expedicion, con las miras de sucederle en la corona en caso de un desastre. Sin tratar de sondar las intenciones, es un hecho que le aconsejó como un buen pariente, como un hombre cuerdo y experimentado. Mas ni estos consejos, ni las súplicas de don Enrique, ni las amonestaciones de sus consejeros, ni la consternacion del pais, que ya lamentaba los desastres de la expedicion, hicieron desistir á don Sebastian de su proyecto. Viendo Felipe II que nada le hacia fuerza, le prometió un cuerpo de cinco mil hombres, y aun se encargó de enviar una persona entendida y de confianza, á fin de que explorase en las costas

de Africa el verdadero estado de las cosas. Este viaje tuvo efecto, mas se redujeron á dos mil los cinco mil hombres prometidos, por las noticias que tuvo el rey de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á los Paises-Bajos.

Despues de haber completado los preparativos ó los que él reputaba como tales, y formado un Consejo de regencia, por no haber querido encargarse de ella don Enrique, se embarcó don Sebastian en junio de 1578 con la expedicion, compuesta de nueve mil portugueses, dos mil españoles, tres mil alemanes, seiscientos italianos, en todo quince mil hombres, con doce piezas de campaña. A los inconvenientes de tan pequeño ejército, se agregaba el de la escasez de los caballos, que no pasaban de mil y ochocientos, habiéndose embarcado sin ellos una gran parte de los jefes principales.

Estaba nombrado capitan general del ejército don Luis de Ataide; capitan general de la armada don Diego Sosa, y capitan de los caballeros aventureros que seguian al ejército, don Cristóbal Tabora. Entre los principales personajes que acompañaban al rey, se encontraban don Federico, hijo del duque de Braganza, y don Antonio, prior de Crato, que con el tiempo hizo tan gran papel en la historia de este reino.

Llegó la expedicion en el curso del mismo mes á Cádiz, donde fué recibido el rey con todo aparato y solemnidad por su gobernador don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sexto duque de Medinasidonia. Le rogó este personaje á nombre del rey, que no pasase adelante y que esperase allí el resultado de la campaña, encomendándola al general en jefe. A este consejo no quiso dar oidos el rey don Sebastian, creyéndose lastimado en su amor propio, y se volvió á embarcar, embriagado mas que nunca con la ilusion de restablecer con un puñado de gente á Muley-Hamet sobre el trono de Marruecos.

Desembarcó la expedicion entre Tánger y Arcilla, sin que don Sebastian tuviese formado un plan de sus movi-

mientos ulteriores. De Tánger salió á recibirle el emperador desposeido Muley-Hamet, llevándole de auxilio cuatrocientos moros, y los dos monarcas se dirigieron á la plaza de Arcilla, á cuyas fortificaciones añadió don Sebastian reparos nuevos. Despues de quince dias de irresolucion, en que consumieron la mayor parte de sus provisiones, determinó el rey comenzar la campaña por la toma de la plaza de Larache; mas en lugar de hacer la expedicion por mar, como el buen sentido se lo aconsejaba, decidió ir por tierra, teniendo que atravesar en lo mas fuerte del estío un pais árido, arenoso, que no le ofrecia agua ni recursos de ninguna especie. En vano los capitanes mas prudentes y el mismo Muley-Hamet se esforzaron en hacerle ver lo desatinado y hasta peligrosísimo de semejante expedicion, habiendo ejercido mas imperio en su ánimo las insinuaciones de algunos, que conocedores del carácter del rey, le hicieron ver que hallándose ya los enemigos á la vista, seria reputada esta expedicion marítima como una fuga, ó al menos retirada.

No habia estado dormido mientras tanto Abdel-Muley-Moluc, emperador reinante de Marruecos, contra el que don Sebastian tan pocas fuerzas desplegaba. Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de este monarca. Como no habia ofendido en nada al rey don Sebastian, se admiró mucho que se declarase su enemigo y aspirase á destronarle. Aun dió con él pasos de avenencia, ofreciéndole algunas plazas, con la condicion de que abandonase la causa del sobrino. Cuando supo que eran todos infructuosos, y que el rey de Portugal se obstinaba en llevar adelante su designio, escribió á los deyes, sus aliados, y tomó todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera, hallándose aquejado por una grave enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro. Se componia su ejército de treinta y seis mil caballos, entre los que se hallaban dos mil con arcabuces, siete mil in-

fantes, todos arcabuceros, y treinta y cuatro piezas de campaña, sin contar con una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacertada jornada que estos emprendian, envió tres mil hombres para ocupar un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin víveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á las portuguesas. El 4 de agosto del mismo año, en un sitio llamado Alcazarquivir, tuvo lugar esta refriega, una de las mas desastrosas que están consignadas en la historia. Arengó á sus tropas Sebastian: mandó que se llegasen á su litera el emperador marroquí los principales jefes del ejército, y les recomendó que peleasen con valor por la causa de la fé de Mahoma, y obtuviesen á toda costa una victoria, ya de ningun provecho para él, hallándose tan próximo á la muerte. A su hermano Muley-Hamet que le acompañaba en la expedicion, y tenia el mando de la caballería, hizo aparte el mismo encargo, amenazándole en nombre del profeta con que le haria cortar el cuello á la primera señal que diese de cobardía ó negligencia.

Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infantería: en el costado izquierdo los castellanos mandados por don Alonso de Aguilar; á la derecha los alemanes por el coronel Talver, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infantería portuguesa mandados por don Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siquera y Francisco de Tabora. Iban los tres cuerpos flan-

queados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballería formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por sí mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus cuatrocientos moros. Los bagajes iban protegidos por la caballería, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

Tomó Abdel-Moluc las disposiciones que la situacion le sugeria, dando á su línea de batalla una forma semicircular con el objeto de envolver á los contrarios. Los portugueses no aparentaron arredrarse con tal disposicion, y se prepararon para la batalla como cumplia á soldados tan valientes. Comenzó la accion por descargas de artillería de una y otra parte; mas como la de los moros era tan superior, no quiso don Sebastian exponer á los suyos á un desórden manteniéndose parados, y mandó que la vanguardia atacase la línea de los moros. Se desordenaron estos en el acto, y aunque Muley-Moluc envió la órden de que los reforzasen, no pudieron á su vez romper la línea de los portugueses. Mientras se combatia aquí con gran ventaja de estos, se corrieron los moros por los dos flancos, y atacaron la retaguardia que fué desordenada. En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infantería portuguesa, aunque superior, resistir el ímpetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia, en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número. Se movió entonces don Sebastian al frente del cuerpo de batalla, resuelto á vender cara su vida, y ya que no á vencer, á salvar los restos de su ejército. De que hizo heróicos esfuerzos de valor, dan testimonio su carácter y

el arrojo que habia ya desplegado. En varias partes se le vió combatir ya á caballo, ya á pié, pues tuvo dos muertos durante la refriega. Llevaron al principio lo mejor los portugueses, arrollando las líneas enemigas; mas acosados al fin en todos sentidos por tantos de á caballo, cupo al cuerpo del ejército la misma suerte que á los anteriores. Se introdujo el desórden en las filas; al desórden siguió la derrota, acompañada de la mortandad, y en medio de increibles esfuerzos aislados de valor, de la confusion, de los gritos feroces, de todas las escenas de horror que abraza la imaginacion, mas no pueden describirse, se iban cubriendo los campos, ó por mejor decir aquellos arenales abrasados, de cadáveres. Pocas batallas tuvieron un fin tan desastroso. De los quince mil hombres á que ascendia, sobre poco mas ó menos, el ejército portugués, todos quedaron muertos ó cautivos, á excepcion de cuarenta y cinco hombres que llevaron á la plaza de Ceuta la noticia del desastre. Fué mayor que el de los muertos el número de los cautivos; el botin inmenso, pues el rey y los nobles portugueses se habian esmerado en presentarse con todo el lujo y magnificencia posibles en aquel pais que consideraban como de glorias y conquistas.

En medio de los desastres que hacen tan memorable esta jornada de Alcazarquivir, contribuye á su celebridad la circunstancia de haber ocurrido en ella la muerte de tres reyes. El emperador Muley-Moluc, al querer pasar de su litera á un caballo por creer en mal estado la batalla, se desmayó con el esfuerzo; y aunque volvió en sí, espiró pocos momentos despues, poniendo un dedo en la boca, dando á entender á los que le rodeaban que no lo divulgasen. Manifiesta bien este rasgo, aunque parece tan sencillo, el temple de alma de un emperador, que á la orilla de su tumba con tan sangre fria tomaba las disposiciones de batalla semejante. Fué la órden obedecida, y tan guardado el secreto de su muerte durante la refriega, que los principales oficiales de su comitiva

continuaban acompañando la litera, inclinándose á veces, en actitud de hablar con él y recibir alguna órden. El pretendiente ó mas bien desposeido Muley-Hamet, murió en la retirada al querer pasar un vado. De la muerte del rey de Portugal se dudó mucho entonces; y una prueba de que no fué creida generalmente en el pais, es que muchos impostores se presentaron con su nombre. Segun unos murió peleando, haciendo prodigios de valor, suerte que ya habia cabido á cuantos le rodeaban. Dijeron otros que habia sido hecho prisionero y que le habia dado muerte un jefe moro, al ver que se habia suscitado una contienda sobre quién se habia de llevar tan rica presa. Mas es lo cierto que á los dos dias despues fué descubierto de entre un monton de cadáveres el suyo, y aunque ya desnudo, reconocido por sus sirvientes y otros caballeros cautivos, que dieron este testimonio con sus lágrimas. Conservó con cuidado este cadáver el nuevo emperador, hermano de Muley-Moluc, y sin ningun rescate le entregó á un comisionado del rey de España, quien mandó se depositase en Ceuta. De aquí se le trasladó á Lisboa, donde á pesar de la oscuridad en que estaba envuelto este suceso, no quedaba ya duda de su muerte.

CAPITULO LIV.

Continuacion del anterior.--Resultados de la muerte de don Sebastian.--Subida de don Enrique al trono.--Pretendientes á la sucesion.--El rey de España.--Don Antonio, prior de Crato.--El duque de Braganza.--El duque de Saboya.--Raynuci, príncipe de Parma.--Reunion de las Córtes.--Designacion de los jueces para dirimir la disputa.--Muere don Enrique.--Partidos.--Disturbios.--Reunion de un ejército español en Badajoz.--Llegada de Felipe II á dicha plaza.--Consultas.--Manifiesta el rey sus derechos á la corona de Portugal, y los de valerse de la fuerza si voluntariamente no le reconocen.--Se pronuncia el prior de Crato.--Se apodera de Santarem, Setubal y Lisboa.--Proclamado rey.--Pasa el rey de España revista á sus tropas.--Entrada del ejército en Portugal á las órdenes del duque de Alba.

1578—1580.

Llenó de luto á Portugal la derrota desastrosa de su ejército y fatal destino del monarca. Al duelo de la inmensa pérdida, se añadia la consideracion de que habiendo muerto sin hijos el rey don Sebastian, y no pudiendo tenerlos tampoco el cardenal don Enrique, ya rey de Portugal por aquel fallecimiento, iba á ser el pais teatro de intrigas y acaso de revueltas por las disputas sobre la sucesion á la corona. Así sucedió en efecto inmediatamente de subir al trono el nuevo rey, de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. Los otros habian dejado sucesion; mas presentaban demasiado campo de disputa sus derechos, para esperar que se decidiese la cuestion sin violencias y trastornos.

Para comprender bien las disensiones que ya desde entonces comenzaron á tener lugar, necesitamos tener presente que los hijos de don Manuel en el órden natural, fueron: 1.° don Juan III, su sucesor, casado con doña Catalina, hermana de Cárlos V, padre de doña María, primera mujer de don Felipe, y abuelo de don Sebastian: 2.° doña Isabel, mujer de Cárlos V, madre

de don Felipe: 3.º doña Beatriz, mujer de Cárlos, duque de Saboya: 4.º don Luis, que murió sin mas sucesion que la de un hijo bastardo llamado don Antonio, prior a la sazon de Crato: 5.º don Enrique, cardenal, monarca á la sazon reinante: 6.º don Duarte ó don Eduardo, casado con doña Isabel de Braganza, de quien tuvo dos hijas, la mayor doña María, casada con Alejandro Farnesio de Parma, y la segunda doña Catalina, con don Juan, duque de Braganza.

Los reclamantes ó aspirantes á la sucesion de la corona de Portugal, eran: 1.º Felipe II, como hijo de doña Isabel y marido de doña María, hija de don Juan III: 2.º Manuel Filiberto, duque de Saboya, como hijo de doña Beatriz: 3.º don Antonio, prior de Crato, alegando que el infante don Luis se habia casado realmente con su madre: 4.º Raynuci, príncipe de Parma, hijo de Alejandro Farnesio y de la infanta doña María, primera hija de don Duarte: 5.º Juan, duque de Braganza, casado con doña Catalina, segunda hija de don Duarte. Se puede contar tambien entre el número de los pretendientes á la reina Catalina de Médicis; mas apoyaba sus derechos en razones tan extrañas, que desde luego se reconocieron por de ningun valor, y no se tuvieron en cuenta en las ulteriores conferencias.

Como en Portugal heredan las hembras el trono, aparece á primera vista que el pretendiente á quien asistian mas derechos era el rey de España, por ser su mujer hija de don Juan III, y no haber quedado otra sucesion ni de éste, ni del hijo, ni del nieto. Mas á estos derechos se oponian las Constituciones de Lamego, por las que toda princesa de Portugal que se casaba con un príncipe extranjero, renunciaba en el mismo hecho á todos los derechos á la sucesion del trono. Es evidente que esta provision tenia por objeto impedir que Portugal llegase por medio de enlaces matrimoniales á ser provincia de otro reino, y sobre todo de Castilla. Se hallaban vigentes estas constituciones, y aun mas en el corazon de los portugueses que en

sus códigos. Hacia cerca de dos siglos, que habiendo tenido el rey don Juan I de Castilla pretension de poseer el Portugal como marido de doña Beatriz, única heredera del rey don Fernando, se resistieron á él los portugueses, decidiéndose la cuestion á favor de ellos en la famosa accion de Aljubarrota. Tan popular era entonces la ley de exclusion, que los portugueses prefirieron conferir la corona al bastardo Juan, gran maestre de Avis, á que pasase á la familia de Castilla.

La ley que rechazaba al rey de España, producia el mismo efecto con el duque de Saboya y el príncipe de Parma, por ser ambos extranjeros. Quedaban, pues, don Antonio y el duque de Braganza, que reclamaban como portugueses naturales, y no tenian derechos á trono alguno extraño. Estaba el primero, don Antonio; mas como se tuvieron por documentos falsificados los que exhibió para probar el matrimonio de su madre, se presentaba como legítimo heredero de Portugal el duque de Braganza. Así estaba escrito al menos en las leyes del pais: así lo queria la generalidad, que odiaba el dominio castellano.

Aunque no ignoraba Felipe II estas disposiciones de los ánimos en Portugal, no se descuidó en hacer valer lo que llamaba sus derechos. Eran para él dos rivales insignificantes los príncipes de Parma y de Saboya; de mucha importancia y cuidado don Antonio y el duque de Braganza. Era el primero de los dos objeto de la enemiga del rey don Enrique, quien pronunció ser falsos los documentos que de su legitimidad le presentaba. Indignado éste de la decision, y valiéndose del fuero eclesiástico de que gozaba, apeló á la jurisdiccion del Papa; con cuya conducta se aumentó tanto el disgusto del rey, que le desterró de sus Estados. Las inclinaciones de este príncipe eran hácia el duque de Braganza; mas por política ó por temor, se mostraba igualmente propicio al rey de España.

No habia omitido Felipe II ninguna diligencia para hacer ver sus derechos á la sucesion tan disputada.

Desde el momento de la subida de don Enrique al trono, envió á Lisboa negociadores de su mayor confianza, quienes no escasearon el dinero ni las dadivas, presentando por una parte la perspectiva de la grandeza de Portugal reconociendo la autoridad de un rey tan poderoso, y por el otro los peligros que le amenazaban obligándole á usar del terrible derecho de la fuerza. Mas nada podia vencer la grande repugnancia de los portugueses á recibir por su rey al de Castilla.

En esta diversidad de opiniones y conflicto de intereses, ocurrió á las personas mas influyentes del pais, como medio de cortar de una vez todas las disputas, la idea de que se casase el rey, alegando que no seria difícil obtener para ello una bula de Su Santidad, en vista de la gravedad de aquel asunto de Estado, en que iba envuelto el bienestar del reino. Mas no era el principal obstáculo las órdenes sagradas de que estaba revestido el rey, sino la edad de setenta y cuatro años con que ya frisaba. Al saber Felipe II este nuevo proyecto de los portugueses, envió una solemne embajada á don Enrique, presidida por un fraile de la Orden de Santo Domingo, quien en el tono mas resuelto y con textos de los santos padres é historia eclesiástica, hizo ver al rey la irregularidad y hasta poca decencia del paso que le aconsejaban. No era necesaria ninguna coaccion de esta clase para un rey que entraba en el proyecto de matrimonio con la mas decidida repugnancia. Mas no contribuyó poco este paso de Felipe II para aumentar la animadversion de que era objeto su persona para la generalidad de la nacion portuguesa y para el mismo anciano rey, aunque en la apariencia mostraba disposiciones diferentes. Para dar por de pronto vado á este negocio, y viendo ya su fin cercano, convocó los Estados ó Córtes del reino en Almerin, y dispuso que nombrasen quince personas para escoger de entre ellas otras cinco revestidas de la facultad de nombrar ó designar el legítimo sucesor de la corona.

Las Córtes se reunieron en efecto, y con arreglo á la

disposicion de don Enrique, se nombraron los comisionados; mas la voluntad de estos apareció ser muy diversa de la del cuerpo de diputados. Propendian los últimos á los dos pretendientes portugueses, mientras los primeros estaban en los intereses de la España.

Murió el rey Enrique (enero de 1580), sin haber podido decidir esta gran contienda. Declaró en las últimas horas de su vida la legitimidad de los derechos del duque de Braganza y del rey de España; mas en favor de ninguno de los dos dió su voto decisivo. A su fallecimiento, quedaron interinamente con las riendas del gobierno los cinco nombrados por las córtes, á cuya sentencia debia de arreglarse por el testamento del rey difunto la sucesion de la corona. Tenia el fugitivo don Antonio á su favor á los diputados del reino, y tambien podia contar con la buena voluntad de las córtes de Francia y de Inglaterra, en tan poca armonía entonces con Felipe. Sin embargo, tuvo conferencias con los embajadores de España, prefiriendo una avenencia á luchar abiertamente con un rival tan poderoso. Como condiciones de su renuncia á los derechos de la sucesion, exigió, entre otras cosas, una pension de trescientos mil ducados, la regencia de Portugal por toda su vida, y un estado para su hijo. Rechazó el rey esta proposicion, y como estaba persuadido de que tendria al fin que apelar á la fuerza de las armas, hizo sus preparativos, como convenian á la adquisicion violenta de un reino poderoso, donde las voluntades se le mostraban tan contrarias. Escribió á todos los gobernadores, á todos los señores del pais, para que alistasen inmediatamente cuantas tropas estuviesen en sus medios. Hizo venir de Italia algunos tercios, que se hallaban procedentes de los Paises-Bajos: mandó hacer acopio de armas, allegar víveres y municiones, y poner en estado disponible todas sus galeras. Cuando todos se hallaban en expectacion sobre el jefe á quien confiaria el mando de un ejército, á tan alta empresa destinado, no se quedaron poco sorprendidos, al ver que recaia la elec-

cion en el famoso duque de Alba, en desgracia entonces con el rey, y desterrado de la córte. Mas Felipe II hizo ver en esta como en otras ocasiones su gran tino, aprovechándose de la capacidad de un hábil general, sin tener en cuenta que estuviese resentido ó no de sus procedimientos. Se mostró el duque de Alba, en efecto, sumamente reconocido á la gran confianza que le manifestaba el rey, y olvidó los desaires recibidos. Aceptando el cargo de que le revestian, pidió al rey el permiso de besarle la mano, y el asistir á la ceremonia de la jura del príncipe don Diego. Mas ambas cosas le negó el monarca, mandándole que se trasladase sin dilacion á Extremadura, para entender mas de cerca en los asuntos de la guerra que le estaba encomendada.

Mientras tanto, volvió á escribir el rey de España á los regentes de Portugal, esponiéndoles sus derechos á la sucesion; mas los gobernantes les respondieron que era necesario aguardar la sentencia definitiva que iban á pronunciar sobre el asunto once individuos, que para el efecto habian sido designados. Las mismas súplicas ó representaciones hacian los otros pretendientes, y con el mismo efecto. Los extranjeros no tenian ninguna simpatía en el pais. Don Antonio, que era el mas activo y osado de los dos portugueses, no estaba bien visto por los nobles; el duque de Braganza, que contaba con mas popularidad, tenia muy pocos medios de competir por via de las armas con el rey de España.

Cierto ya éste de lo inevitable de la guerra, se movió de Madrid con la córte, y se situó en Guadalupe, pueblo de Extremadura, para atender mas de cerca á sus preparativos. Se iban poco á poco reuniendo tropas y alistándose galeras. Nombró por general de estas á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y confió el mando de la artillería á don Francisco de Alava. Se entendian estos jefes para todo con el duque de Alba, quien tenia la suprema direccion de todos los negocios de la guerra.

No contento el rey con estos preparativos de fuerza,

quiso dar á entender que le era indispensable usar dicho recurso, en apoyo de los derechos de justicia que le asistian para ser sucesor de don Enrique. Consultó el caso con su confesor don Diego Chaves, con varios teólogos y principales jurisconsultos del reino, quienes le dieron, como puede imaginarse, toda la razon, declarando que en su conciencia tenia derechos imprescriptibles á la corona de aquel reino. Para mayor abundamiento dirigió el rey la misma consulta á la universidad de Alcalá, una de las mas famosas de aquella época. Son tan curiosos los puntos que se sometieron á su exámen, que no podemos menos de insertarlos, aunque del modo mas breve y compendioso.

Preguntó el rey: 1.º si estando cierto de su derecho de suceder á la corona de Portugal, estaba obligado en conciencia á la decision de un tribunal que le adjudicase dicho reino: 2.º si no queriendo Portugal reconocerle por rey sin que se estuviese á derecho, como los otros pretendientes, podria tomar posesion del reino por su propia autoridad con las armas en la mano: 3.º si habiendo jurado los gobernantes de Portugal no reconocer por rey sino al que fuese declarado como tal por sentencia de los jueces, se podia alegar legítimamente dicho juramento como escusa para no recibirle por su rey, hallándose con tantos derechos para serlo.

Respondieron los teólogos de Alcalá sobre el primer punto, que el rey no estaba sujeto á tribunal alguno, y por sí mismo tenia autoridad para adjudicarse el reino de Portugal y tomar posesion de su corona: que ni aun le tocaba este conocimiento al Sumo Pontífice, por ser un negocio meramente temporal, ni menos al emperador, del que la corona de España estaba del todo independiente: que no tenia necesidad alguna de sujetarse al juicio de los portugueses, porque cuando las repúblicas eligen el primer rey, con condicion de obedecerle á él y á sus sucesores, no la quedaba arbitrio para juzgar al rey ni á su verdadero sucesor, pues en la primera eleccion queda-

ban elegidos los verdaderos sucesores: que el rey don Enrique no podia ser juez de lo que sucediese despues de su muerte, y que con ella habia espirado cualquiera comision que para este juicio hubiese dado á los gobernadores. En cuanto al segundo punto, ateniéndose á muchas cosas que habian expuesto en el primero, añadieron que no tenia el rey católico ninguna obligacion de mostrar á los gobernadores el derecho que tenia: que podia en caso de resistencia tomar por su propia autoridad posesion del reino, usando de las armas si fuese necesario, lo que no se podria llamar fuerza, sino defensa de su derecho y castigo de los rebeldes. Sobre el tercer punto respondieron que el juramento de los gobernantes era nulo, por ser en perjuicio de su preeminencia real, y pues que no era obligatorio, no les podia servir de escusa para no recibirle como rey. Y aunque los otros pretendientes se habian comprometido á estarse á lo decidido por el tribunal, no era motivo para que el rey de España reconociese por rey á quien no lo era.

Prescindiendo de los principios de derecho público de la época, consignados tanto en la pregunta como en la respuesta, se vé que los argumentos de los doctores de Alcalá se apoyaban en un fundamento que podia ser falso, á saber: el derecho que asistia al rey para suceder á don Enrique. Era justamente este derecho el que entonces se discutia con los de los otros pretendientes, en aquellas conferencias. Mas el verdadero derecho iba á ser la fuerza que cada uno de ellos desplegase, y las ventajas estaban todas en esta parte por el rey de España.

En vista de sus preparativos le enviaron los gobernantes portugueses una solemne embajada á Guadalupe, suplicándole que aguardase la sentencia que se iba á pronunciar en Portugal, y que no dudaban que le fuese completamente favorable. Mas Felipe II les respondió empleando los mismos raciocinios de que se habian valido los doctores de Alcalá, y pasó adelante con sus armamentos.

En seguida se trasladó á Badajoz, para dar la última mano á los preparativos de aquella gran jornada. Ya antes de emprender este movimiento habia admitido en su presencia al duque de Alba, recibiéndole con todas las demostraciones de favor, mandándole cubrirse, y ofreciéndole un asiento para que pudiese con mas comodidad conferenciar sobre los grandes negocios que traian entre manos.

Llegado Felipe á Badajoz, y dispuesto ya todo para verificar la entrada en Portugal, se deliberó en el Consejo sobre si el rey deberia seguir el ejército ó permanecer en dicha plaza. Hicieron ver algunos las grandes ventajas que produciria la presencia de Felipe II en Portugal, por la poca necesidad de emplear las armas hallándose presente el nuevo rey, ante el que se allanaria toda resistencia. Mas otros, menos deseosos del acierto que de su favor, fueron de opinion de que era ajeno de la magestad del rey exponerse tan de cerca á un desaire en caso de padecer sus tropas algun descalabro, y que seria por lo mismo muy del caso que marchase el ejército delante, verificando el rey su entrada cuando aquel le hubiese allanado las dificultades. Se atuvo Felipe II á esta última opinion, como se debia aguardar de su carácter y sus hábitos, y determinó quedarse en Badajoz, enviando por precursor suyo al duque de Alba.

Mientras tanto era teatro Portugal de disturbios, de desacuerdos entre las autoridades, de una especie de desórden que se acercaba á la anarquía. Los gobernadores estaban en desavenencia con las Córtes: cada pretendiente intrigaba por su parte, y á excepcion de don Antonio y el duque de Braganza, ninguno gozaba de popularidad en aquel reino. Entre tantas pasiones á que daba lugar aquel conflicto de intereses, predominaba la aversion y el disgusto con que se miraba la dominacion del rey católico, tanto mas inminente, cuanto que eran sabidos los medios poderosos de que disponia. Apelaron los gobernadores en esta situacion á las córtes de Francia y de In-

glaterra, donde se miraba con malos ojos, como era natural, la adquisicion importante que pensaba hacer el rey de España. Tambien acudieron al pontífice. Mas aquellos monarcas se hallaban lejos, mientras el rey católico amenazaba la frontera reuniendo fuerzas formidables. Razones hay para creer, y en respetables autoridades se funda, que parte de los gobernantes propendian al rey católico y estaban determinados á decidirse á su favor. Mas les repugnaba la idea de que este monarca se quisiese hacer justicia por su mano.

Se tomaron algunas disposiciones en son de prepararse á una guerra próxima. Mas Portugal se hallaba en mal estado de defensa. Las fuerzas eran pocas: se hallaban los ánimos divididos, y á mas atormentados de temores. Los regentes tenian muy pocos partidarios, y aunque contaba muchos don Antonio, no eran de gran peso, ni daba garantías su persona, notada ya por la irregularidad de sus costumbres y su carácter inconstante. De todos modos, los gobernantes quisieron hacer algo, y pidieron á las Córtes mas amplitud en el ejercicio de sus atribuciones; y como se negase á ello la asamblea, resolvieron los regentes disolverla, lo que causó grandísimo disgusto, tanto al pais como á los otros pretendientes, que hallaban en esta corporacion mas apoyo que en los gobernantes.

Sabedores éstos de la actividad con que el rey de España organizaba el ejército invasor, le enviaron otra embajada suplicándole que dilatase su marcha mientras se diese la sentencia, que no podia menos de serle favorable. Dió Felipe II por respuesta, que semejante dilacion no serviria mas que de aumentar los disturbios del pais: que él para nada necesitaba á los regentes ni conocia su autoridad tratándose de la posesion de un reino que le pertenecia por derechos tan incontestables: que para darles lugar á que le declarasen dueño de lo que era suyo, habia diferido la jornada y gastado tres meses en trasladarse de Madrid á la frontera; y que en vista de tan

tas tergiversaciones, en vez de considerarlos como gobernadores de Portugal, los trataria como traidores y rebeldes si oponian resistencia al ejercicio de una autoridad que legítimamente le correspondia.

Sobre estos principios, y apoyado en las mismas consideraciones, publicó el rey un manifiesto que circuló por Portugal, España y los demas reinos de Europa, haciendo ver que siendo rey legítimo de Portugal por derecho de sucesion, le cumplia apoderarse de su herencia, empleando las armas en caso de que sus nuevos súbditos le obligasen á usar este medio de asegurar la obediencia que como á su soberano le debian. En los mismos términos hizo escribir una carta circular á los gobernadores y á todas las autoridades militares y civiles de Portugal, manifestando que habia concluido el término de la contemplacion, y que sobre ellos solos, si no hacian reconocer su autoridad, caerian los males, los perjuicios, y hasta la sangre que se derramase oponiendo una inútil resistencia. Igual recado llevó de palabra el doctor Andrés Molina, á quien envió el rey para que oyesen de su boca la resolucion que habia tomado, y les hiciese al mismo tiempo una reseña de los medios materiales que iba á emplear para asegurar su reconocimiento y obediencia.

Impaciente entre tanto don Antonio con la dilacion de los regentes, viendo próxima la entrada de las tropas de Felipe II en Portugal, trató de ganarle por la mano, tomando por medidas violentas el título que los jueces le negaban. Reunió para eso un gran número de partidarios suyos en Santaren, quienes le proclamaron por rey de Portugal, con grande aplauso de la muchedumbre, á cuyos ojos era grata la persona del prior, como ya llevamos dicho. Inmediatamente pasó á Setubal, donde tuvo lugar la misma escena. Seguido de la gente armada que pudo reunir, de muchos aventureros que se habian declarado por su causa, pasó inmediatamente á Lisboa, de cuya capital huyeron los regentes cuando supieron su aproxi-

macion, retirándose á los Algarves. Hizo el prior su entrada pública en Lisboa, cuyos habitantes, declarados en su favor, le proclamaron por rey, lo mismo que los de Santaren y de Setubal. Inmediatamente organizó don Antonio como pudo una especie de gobierno, allegando fuerzas y adoptando mas medios de defensa contra la tempestad que por parte de España estaba ya tan próxima.

Con la declaracion de don Antonio vió Felipe II que no habia que perder momento alguno en verificar la entrada en Portugal, especialmente hallándose completos todos los preparativos. Pasó una muestra ó revista á su ejército, reunido para esto en Cantillana, distante de Badajoz como cosa de una legua. Se erigió con este motivo un gran tablado, donde se presentó el rey sentado con la reina y demas personajes de la córte. Al lado del monarca se hallaba el duque de Alba, á quien tambien se dió un asiento. Luego que se enteró Felipe II de la disposicion y modo con que las tropas estaban colocadas por armas y naciones, se bajó del tablado y procedió á un exámen de mas cerca, recorriendo las filas, inspeccionando la infantería, municiones, pertrechos, las tiendas y demas enseres de campaña. Manifestó quedar satisfecho de su buen órden, y dió las gracias por ello al duque de Alba.

Tuvo lugar esta revista el 13 de junio de 1580. A los dos dias se publicó en el ejército un bando ú órden general relativo á la conducta que debian observar las tropas durante la próxima campaña. Sus disposiciones eran todas de órden y las mas adecuadas para asegurar la obediencia y mantener la mas exacta disciplina. Se prohibia bajo las penas mas severas toda especie de excesos, de pillaje, de violencia. Se recomendaba el mayor respeto á todas las personas, sobre todo á las revestidas del carácter religioso. No se omitió en el bando la mas pequeña circunstancia, ni dejó de preverse ningun caso de todos los posibles, á fin de que las tropas no pudiesen

alegar ningun pretexto de ignorancia. Cualquiera conocerá que un documento de esta clase, emanado de un jefe como el duque de Alba, y á la presencia de un rey como el de España, debió de ser severo, como convenia á un ejército que iba nada menos que á hacer la adquisicion de un reino.

El 27 de junio del mismo año hizo su entrada en Portugal el ejército español, desfilando por delante del rey, que desde una eminencia le observaba. No era muy numeroso, pues no pasaba de veinte y seis mil hombres; mas las tropas eran buenas, experimentadas, y animadas de la esperanza de vencer, mandadas por un hombre como el duque de Alba. Iba delante la caballería, repartida en dos trozos de tres escuadrones cada uno, colocados á derecha é izquierda de la infantería de vanguardia. Se componia el primer escuadron del ala derecha de doscientos arcabuceros de á caballo, sacados de las compañías de don Martin Acuña, Estéban Illan de Liébana y Diego Melgarejo; el segundo de doscientos caballos ligeros de las compañías del marqués de Priego, don Alonso de Zúñiga y don Luis de Guzman; y el tercero de cien escogidos hombres de armas, mandados por don Alvaro de Luna, señor de Fuenteigüeña. Entraban en el primer escuadron del ala izquierda ciento setenta arcabuceros de á caballo, á cargo de don Sancho Bravo de Acuña y Diego Osorio-Barba; en el segundo doscientos ginetes de la costa de Granada, con el marqués de Mondejar, don Luis de la Cueva, Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Gasca de la Vega; en el tercero seiscientos setenta hombres de armas, á las órdenes del conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla, el conde de Buendía, el Adelantado de Castilla don Fadrique de Guzman, el marqués de Montemayor, el marqués de Denia, don Enrique Enriquez, señor de Bolaños, el conde de Priego, don García de Mendoza, don Bernardino de Velasco y don Bertran de Castro. Iban un poco adelante estos dos trozos ó alas,

compuestas de mil cuatrocientos y treinta caballos, de los tres escuadrones ó columnas de infantería de vanguardia que marchaban pareadas. Ocupaban el centro los alemanes con su coronel el conde Gerónimo de Lodron, en número de tres mil ochocientos setenta y siete, formados en diez y seis compañías ó banderas. A mano derecha iban los españoles venidos de Nápoles, Lombardía y Sicilia, de igual número que los alemanes, en diez y nueve, y a mano izquierda la infantería italiana, en número de cuatro mil, en cuarenta y seis, mandados por su capitan general don Pedro de Médicis. Dejaban estos tres escuadrones un intervalo de ochenta pasos, y cada uno de ellos estaba flanqueado por su manga de arcabuceros. En los costados del escuadron de los alemanes, la artillería con sus trenes y demas pertrechos. Seguia el cuerpo de batalla, de diez y siete banderas de infantería castellana, del tercio de don Luis Enrique levantado en Andalucía, y compuesto de dos mil ochocientos y cinco soldados, con una manga de arcabuceros por cada uno de sus flancos. Marchaban en la retaguardia tres tercios de la misma gente, divididos en tres escuadrones pareados. Ocupaba el costado derecho el de don Antonio Moreno, compuesto de trece banderas levantadas en Andalucía, con la fuerza de mil nuevecientos cuarenta y siete soldados. Iba en el izquierdo el de don Pedro de Ayala, levantado en Toledo, de dos mil infantes; y en el centro el de don Gabriel Niño, de trece banderas de Rioja, tierra de Soria, Sigüenza y Medinaceli (1). Llevaba cada uno de estos tercios sus mangas de arcabuceros por los costados, y por la retaguardia los seguia un cuerpo mas numeroso de esta misma arma. A mano derecha, y algo desviado del ejército, marchaban los

(1) Nuestro principal objeto al entrar en todos estos pormenores, es hacer ver que á pesar de estar entonces tan adelantado el arte militar, se hallaban todavía muy distantes los principales cuerpos de un ejército de la organizacion metódica, tanto en composicion como en fuerza, que tienen en el dia.

equipajes y carros formados en hileras de tres en tres y de cuatro en cuatro. Ascendian los carros á ocho mil trescientos ochenta y seis; los seis mil ochenta y seis tirados de mulas, y los dos mil y trescientos de bueyes. Llegaban á trescientas las acémilas, y á dos mil quinientos los gastadores, con la demas gente de servicio y de la artillería, á que estaban destinadas doscientas ochenta personas, quinientos carros de mulas y trescientos de bueyes, sin contar los equipajes de los que iban en clase de aventureros. Marchaba el duque de Alba acompañado del gran prior don Fernando, su hijo, de don Francisco de Álava, maestre de campo general, y otros caballeros de su comitiva, en la vanguardia, en el espacio que dejaban los escuadrones de caballería.

Se vé que esta formacion, mas que de marcha y de camino, era puramente de parada, en honor al rey que la estaba presenciando, y que sin duda debió de quedar muy complacido del buen órden con que marchaban las tropas, de su vistosidad, del buen estado del personal, como de la artillería y mas enseres materiales. Tenia un papel ó estado de los cuerpos con la disposicion en que estaban colocados, que consultaba á menudo, segun iban con paso lento desfilando. Despues que hubo pasado el ejército, volvió el duque de Alba acompañado de su estado mayor á presencia del rey, y habiendo tomado sus últimas órdenes y besádole la mano, atravesó inmediatamente la frontera. El rey se retiró á Badajoz para aguardar el resultado de sus operaciones.

Mientras tanto el marqués de Santa Cruz, encargado del mando de las fuerzas navales que á la guerra de Portugal se destinaban, se hizo á la vela en el Puerto de Santa María, con cincuenta y seis galeras de España, Nápoles y Sicilia, en que iban don Juan de Cardona y don Alfonso de Leyva, habiendo recibido en ellas cuarenta y seis banderas de infantería, compuestas de cuatro mil y setecientos hombres. Tomó inmediatamente el rumbo el marqués hácia la boca del Guadiana, y á la altura

del puerto de Ayamonte dió fondo, esperando las comunicaciones del duque de Alba, para arreglar á ellas sus operaciones ulteriores.

CAPITULO LV.

Continuacion del anterior.--Campaña de Portugal.--Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.--Llega á Setubal.--Expugna su castillo.--Se embarca en el Tajo.--Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.--Huye don Antonio.--Entra en Lisboa el duque de Alba.--Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.--Se retira éste á Oporto.--Pasa el Duero Sancho de Avila.--Entra en Oporto.--Huye de Portugal don Antonio.--Queda todo Portugal por don Felipe.--Sale éste de Badajoz.--Entra en Portugal.--Celebra Córtes en Tomar.--Es reconocido por rey de Portugal.--Su entrada pública en Lisboa (1).

1580—1581.

No era difícil conjeturar la suerte que estaba reservada á un ejército tan bien dispuesto, mandado por un jefe de la merecida reputacion del duque de Alba. Estaba el pais que iban á invadir dividido en diferentes parcialidades; y aunque la causa del rey de España era tan impopular, no habia en Portugal otra bandera á cuya sombra estuviese acogida la generalidad del reino. Entre todos los aspirantes á la corona de Portugal, solo habia tomado las armas don Antonio; y aunque contaba éste con un gran partido, no era bastante para asegurar sus pretensiones. Estaba quieto el duque de Braganza, calculando mejor los obstáculos que se oponian á la vindicacion de sus derechos. Se habian reducido al silencio los agentes de los dos príncipes extranjeros, y si los gobernadores estaban irritados de que el rey de España quisiese hacerse justicia por su mano, propendian, tal vez por miedo, mas á su causa que á la de los otros pretendientes. A pesar de que el pueblo portugués, en gene-

(1) Las mismas autoridades.

ral, aborrecia la dominacion de España, no le faltaban á éste numerosos partidarios, ya por aficion, ya por temor, ya por conviccion de que era el mas fuerte de todos sus rivales. Ya antes de moverse el duque de Alba habian acudido muchos á Badajoz á presentarse al rey y rendirle su pleito-homenaje. El duque de Braganza estaba con él, si no en abierta inteligencia, á lo menos muy en vísperas de entablar un tratado de reconocimiento. Continuaba don Antonio organizando á toda prisa su nuevo gobierno y preparándose con sus fuerzas á medirse con las castellanas. Eran aquellas muy escasas, y el prior se hallaba con muy pocos medios de pagarlas, mucho menos de aumentarlas. En lo demas del reino no se habian pronunciado todavía contra ninguno de los pretendientes, ciñéndose todos, por lo general, á obedecer las órdenes de la regencia. Las plazas del interior no eran fuertes, ni sus guarniciones numerosas; y como todo el poco ejército disponible para entrar en campaña se hallaba en la misma costa, no podia temer el duque de Alba encontrar ninguna resistencia. Así entró su ejército en Portugal como pudiera hacerlo en un pais amigo. Ocupó sin ninguna resistencia las plazas de Elvas, Olivencia y Montemayor. Lo mismo hizo en Estremoz; y aunque el castillo trató de resistirse, lo rindieron pronto los españoles, habiendo cogido prisionero á Juan de Acebedo, su gobernador. Sin duda para inspirar miedo á los demas jefes que tratasen de imitarle, le condenó á muerte el duque de Alba; mas se templó su rigor á ruegos de los cabos de su ejército, y se contentó con mandarle á Villaviciosa en calidad de preso. Tuvo ademas la buena política de poner en Estremoz guarnicion portuguesa, mandando tambien que se guardasen y respetasen los privilegios de la vida. Despues de algunos dias de descanso en Estremoz, se movió el ejército español, y con la misma facilidad se apoderó de los pueblos de Evora, Arroyuelo, Alcázar de la Sal, sin que las poblaciones hiciesen movimiento alguno de hostilida-

des, si bien tampoco daban muestra alguna de contento, y menos de entusiasmo. Sin detenerse, marchó el duque hácia Setubal, donde estaba reconocida la autoridad de don Antonio. La ciudad abrió sus puertas sin ninguna resistencia, habiéndose retirado las tropas al castillo, que fué sitiado inmediatamente por los españoles. Como el punto es marítimo, acudió en auxilio de nuestras tropas con sus galeras el marqués de Santa Cruz, á quien habia dado oportuno aviso el duque de Alba. Las galeras portuguesas que salieron en reconocimiento de las nuestras, fueron apresadas en el acto. En seguida se acercó el marqués con sus fuerzas navales, á las que se rindieron sin resistencia todos los galeones portugueses, y despues dirigió el almirante español sus baterías sobre el fuerte. Estrechado así por mar y tierra, y sin esperanzas de socorro, abrió las puertas á los españoles, quedando prisionera su guarnicion, con gran detrimento de las fuerzas de que entonces disponia don Antonio.

Estaba reducido éste á una condicion que parecia ya desesperada. Sin tropas, sin dinero, sin poseer en Portugal mas que á Lisboa y sus inmediaciones, acosado por un ejército español mandado por un capitan de tanta nombradía, sin duda habia llegado ya el caso de que pensase sériamente en venir á términos de un convenio con el rey de España. Mas se enfurecia la muchedumbre que á todas horas le rodeaba, á la sola idea de reconocer por monarca al rey católico. Es un hecho que entre los partidarios de don Antonio se encontraba un número muy crecido de frailes, que con sus discursos inflamaban los ánimos del populacho. Por sus consejos no dió paso alguno el prior de entrar en arreglos, pues le hacian ver que por poco que se prolongára la contienda, le vendrian refuerzos de Francia y de Inglaterra, donde sin duda se veria con muy malos ojos el acrecentamiento del poder del rey de España. Tambien le hablaban de socorros del pontífice, disgustado como estaba con la entrada del ejército español en Portugal, sin aguardar la decision

de los jueces encargados de asignar su corona al heredero mas legítimo.

Era esto último muy cierto. O porque lo considerase en efecto Gregorio XIII como una tropelía, ó porque le causase tambien celos la buena fortuna de Felipe, envió para prevenir el golpe á Badajoz en clase de legado al cardenal Briario; mas llegó tarde, cuando el duque de Alba habia plantado la bandera española en las murallas del castillo de Setubal. Trató sin embargo el legado de pedir audiencia al rey, aunque ya conocia que era inútil. En efecto, Felipe II se mostró sordo á las insinuaciones del pontífice; y como habia ya encargado á las armas la vindicacion de sus derechos, aguardaba tranquilo la sentencia de este tribunal, que tan favorable se le presentaba.

Dueño el duque de Alba de Setubal, no pensó en otra cosa que en seguir adelante con la empresa sin perder momento. Deliberó en su Consejo si seria preferible dirigirse á Santaren, declarada por don Antonio, ó emprender inmediatamente la toma del pueblo y castillo de Cascaes para caer despues sobre Lisboa. Parecia el primer proyecto mas seguro, pero dilatorio. Ofrecia el segundo mas peligros, pues habia que embarcar el ejército y pasar así la boca del Tajo para emprender el sitio de Cascaes, que está en la orilla derecha; pero se abreviaba muchísimo la operacion de apoderarse de Lisboa, que era el grande objeto á que aspiraba el duque de Alba. A este proyecto se atuvo pues el general en jefe, aunque ofreció inconvenientes por las muchas galeras portuguesas que corrian el Tajo, tanto de observacion como para impedir que se verificase un desembarco.

Se hizo á la vela, pues, el ejército español la noche del 20 de agosto de 1580, con la artillería, municiones y víveres necesarios. No se mostraba favorable el viento, y el marqués de Santa Cruz fué de opinion que se difiriese para la noche siguiente; mas se empeñó el duque en que se pasase adelante, y aunque corrieron

graves riesgos, llegaron al amanecer muy cerca de la costa. Inmediatamente procedieron á saltar á tierra, verificándolo los primeros Sancho de Avila, don Rodrigo Zapata, Próspero Colonna, don Pedro Sotomayor, el ingeniero mayor Juan Antoneli con una banda de los mas escogidos mosqueteros españoles. Al abrigo de estos desembarcaron los tercios alemanes, formándose en columna conforme se veian en tierra.

No pudieron llegar los españoles sin ser percibidos por la guarnicion del fuerte de Cascaes. Inmediatamente hizo una salida el gobernador don Diego Meneses con cuatrocientos caballos y tres mil infantes. Mas habiendo visto desde lejos el buen órden con que los españoles procedian al desembarco, detuvo su columna sin atreverse a dar sobre ellos. Cuando se formó toda la gente desembarcada en son de acometer, se recogió el portugués con la suya al castillo con una pieza de artillería que arrastraban. Los españoles se acamparon á las inmediaciones de Cascaes, y se prepararon para el sitio.

Al mismo tiempo llegó el marqués de Santa Cruz con nuevas galeras, que se pusieron en actitud de batir al castillo de Cascaes, mientras emprendian la misma operacion por tierra los del duque de Alba. Confió éste la operacion de expugnar el castillo á su hijo don Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; mas la operacion duró muy poco, pues los de adentro apenas hicieron resistencia. Muy pronto tremolaron en los muros del castillo de Cascaes las banderas españolas, no sin grande asombro y consternacion de las galeras portuguesas y tropas de tierra de don Antonio que andaban por las inmediaciones. Mandó el duque de Alba ahorcar al gobernador del castillo de Cascaes, y se mostró igualmente rigoroso con el de la plaza don Diego de Meneses, que fué degollado de su órden por manos del verdugo en un cadalso. Se atribuye esta sobrada severidad á tropelías cometidas antes por Meneses sobre tropas españolas: otros al designio del duque de Alba de infundir terror

y preparar de este modo la obediencia al rey de España. De todos modos era en él un rasgo ordinario del carácter duro y hasta feroz que habia desplegado en tantas ocasiones.

Mientras tanto hervia Lisboa en confusiones y desórdenes. Atemorizados ya los habitantes con la toma de Setubal, se llenaron de terror al verlos en Cascaes tan cerca de sus muros. A todos los traia consternados la idea de un sitio, y sobre todo de un saqueo. Querian unos que se reconociese por rey al de España, antes de provocar nuevos rigores por parte de su general: los de la parcialidad de don Antonio, y sobre todo, los frailes que se habian mostrado tan adictos á su causa, se obstinaban en llevar adelante la empresa, viendo en la continuacion de la guerra el solo puerto de salvacion que les restaba. Titubeaba don Antonio, y pareciéndole que aún se hallaba en caso de entrar en convenios con el español, llegó hasta solicitar una entrevista con don Fernando de Toledo, que debia tener lugar á bordo de una galera española. Mas habiendo entrado en desconfianzas, y animado cada vez mas de sus parciales, se dispuso á disputar como mejor pudiese el terreno palmo á palmo. Eran pocas sus fuerzas, pues no pasaban de diez mil hombres, mal organizadas, mal armadas, sin ninguna experiencia de la guerra, alistadas tumultuariamente, sacadas algunas de las cárceles y de las clases mas bajas de la plebe. Para atender á su subsistencia, se adoptaron medidas opresoras y violentas. El pueblo, tanto de Lisboa como de las inmediaciones, aunque desafecto á la dominacion del rey de España, se estaba quieto, sin pronunciarse y promover una guerra nacional, la sola cosa que podia sustraerlos al yugo de los extranjeros.

Con la llegada de los españoles á Cascaes, se habia declarado á su favor el pueblo de Cintra, en las inmediaciones de Lisboa. Inmediatamente se trasladaron á él tropas de don Antonio, que le saquearon en castigo de su desobediencia. Al saber este desastre el duque de Alba,

le envió de socorro á Sancho de Avila al frente de algunas banderas españolas; mas como los portugueses, sabedores de este movimiento, evacuasen á Cintra, se volvió del camino Sancho de Avila, viendo que su expedicion era inútil por entonces.

Dueños de Cascaes los españoles, necesitaban para llegar al frente de Lisboa hacerse dueños del fuerte de San Juan de Guerra y de la torre de Belen, que en cierto modo son sus obras avanzadas. Don Antonio, que sabia esto mismo, trató de embarazar la expedicion, poniendo en movimiento las galeras y acercando sus tropas á tierra; mas el duque de Alba aparentó hacer poco caso de esta actitud guerrera, de un rival que cada dia inspiraba menos miedo.

El 8 de agosto se movió el ejército desde Cascaes, tomó posicion en frente del castillo de San Juan, y se puso en actitud de emprender las operaciones del asedio. Es marítimo el fuerte de San Juan de Guerra, sobre la misma orilla derecha del Tajo, un poco mas afuera de su barra. Entre éste y Lisboa se halla la torre de Belen, que está contigua á las primeras casas ó sean arrabales. A esta torre de Belen se habian arrimado las galeras de don Antonio; mas como se hallaban á la vista las de Santa Cruz, fueron de muy poca utilidad para la defensa del fuerte de San Juan de Guerra. El dia 10 comenzaron á jugar las baterías de los españoles. Las del fuerte respondieron, mas las operaciones del sitio se redujeron á un amago. Tuvo medios el duque de Alba de que se diese á entender á Vaes, gobernador de San Juan, el grave riesgo á que se exponia, empeñándose en una inútil resistencia. Pasó éste en secreto á verse con el duque de Alba, y se convino con él en que le rendiria el castillo, reconociendo en el acto al rey de España; para lo que contaba con ganar las tropas que le guarnecian. Mas para esto no tuvo que emplear ningun trabajo, pues al regresar al fuerte, encontró la guarnicion amotinada, pidiendo que se abriesen las puertas á los españoles. Así se veri-

ficó en efecto, haciéndose estos dueños del castillo sin ninguna pérdida.

A la toma de San Juan de Guerra se siguió la de otro fuerte pequeño, llamado Cabeza Seca, abandonado por los portugueses á la aproximacion de los españoles. Se rindió la torre de Belen sin ninguna resistencia. El ejército español se hallaba ya á las puertas de Lisboa.

Se ve por esta concisa relacion de las operaciones del ejército español, que su campaña desde los muros de Badajoz se habia reducido á un paseo militar, con muy pocas excepciones. Era mucha la fuerza moral y ascendiente que ejercian estas tropas sobre un pueblo dividido en partidos y opiniones, donde apenas se sabia quién mandaba; tan desconcertados y con poco tino obraban las autoridades. Si se miraba con malos ojos la dominacion de los españoles, no era bastante fuerte este sentimiento para producir insurrecciones populares. Los emisarios de Felipe II trabajaban mucho y con acierto, y como no escaseaban ni las dádivas, ni las promesas, mezcladas de amenazas oportunas, desconcertaban mas los ánimos de los portugueses. Se mostraba el duque de Alba digno representante del monarca, que habia sabido emplear tan oportunamente sus servicios. A la edad de setenta y tres años conservaba intacta su reputacion de hábil y entendido capitan, de jefe rigoroso y duro, de promotor de la mas severa disciplina. No dejaba, mientras combatia, de negociar y hacer manifiestos en lengua portuguesa, que preparaban grandemente el camino á sus conquistas.

En cuanto á don Antonio, se hallaba verdaderamente reducido á una situacion muy lastimosa. Con pocas y malas fuerzas, sin dinero con qué pagarlas, sin mas apoyo verdadero que algunos de la poblacion, y muchos frailes adictos de corazon á su partido, acosado por unos para que defendiese la capital á todo trance, por otros para que no la comprometiese, exponiéndola á un saqueo, era muy difícil adoptar un plan fijo de conducta. Aconsejado

de su desesperacion, resuelto á probar fortuna, sacó toda su fuerza de los muros de Lisboa, en actitud de ofrecer una batalla al duque de Alba. Al mismo tiempo dió órden á sus galeras para que hiciesen frente á las españolas, queriendo disputar así su nuevo trono sobre ambos elementos. Aceptó el envite el duque de Alba, y en una órden general de 24 de agosto, dió todas las disposiciones para la batalla del siguiente; asignando con admirable precision el puesto que habian de ocupar, y movimientos que debian de hacer los diversos puestos de infantería y de caballería, en combinacion con el juego de las piezas de campaña de tierra, y las de las galeras que debian de avanzar, guardando el costado derecho del ejército. Se volvia á prohibir en esta órden general el robo y el saqueo, no haciendo el enemigo resistencia; y se encargaba expresamente que en caso de emprender la retirada el enemigo, nadie entrase en Lisboa siguiendo los alcances, hasta que lo hiciese el todo del ejército.

Se esperaba, pues, delante de los muros de Lisboa una batalla decisiva: desde el amanecer del 24 comenzó á jugar la artillería de ambas partes, y las tropas á moverse. Arremetió el primero, y sin órden, el cuerpo de italianos, mandados por Próspero Colonna; y como los portugueses por aquella parte estaban muy apercibidos, por ser la mas flaca de la línea, recibieron con arrojo á los italianos, y los desordenaron. Hizo poco caso el duque de este contratiempo, y dió la órden de ataque, segun las disposiciones de la víspera. El resultado no podia ser dudoso, tratando de dos ejércitos tan desiguales en número, tan diversamente organizados.

Se pusieron los portugueses muy pronto en retirada. Tomó de los primeros la fuga don Antonio, habiendo sido herido, y sin detenerse un punto en Lisboa, salió de la capital con las tropas de su devocion, resuelto á probar en otra parte la fortuna. Mientras se dispersaba de este modo el ejército de tierra portugués, se apoderaba el marqués de Santa Cruz de sus galeras, que

se entregaron asimismo sin hacer ninguna resistencia.

Estaban así abiertas para el ejército español las puertas de Lisboa. Los vecinos que habian vivido hasta entonces tan inquietos, con la idea del saqueo, comenzaron á tranquilizarse, viendo las disposiciones pacíficas del duque de Alba, y las medidas que para evitar este desórden adoptaba. Se colocó de su órden el prior mayor de Castilla, con varios jefes principales y un cuerpo escogido del ejército, en la puerta de Santa Catalina, con objeto de evitar que entrasen en la capital soldados castellanos, mezclados con los portugueses fugitivos. Con igual objeto estableció el marqués de Santa Cruz sus galeras á la boca del puerto, impidiendo todo desembarco por parte de los nuestros. Con esto los magistrados de la capital evacuada ya por don Antonio y las tropas portuguesas de su parcialidad, se presentaron en las puertas de la capital, ofreciendo al duque de Alba que las abririan gustosos, con tal que se respetasen sus privilegios, y que se les hiciese el mismo partido que á los demas pueblos del reino que las habian recibido. Otorgóselo el duque, como que esto estaba tan expresamente mandado por el rey en el bando general, dado al ejército antes de comenzarse la campaña. Arregladas estas condiciones, entraron las tropas castellanas triunfantes en Lisboa, sin propasarse á exceso alguno, tan contenidas estaban por las leyes de la mas severa disciplina. El duque las mandó alojar en los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento fué reconocida del modo mas solemne en la capital de Portugal la autoridad del rey de España.

Para colmo de fortuna, á los dos dias de la entrada de las tropas españolas en Lisboa, se presentaron en la boca del Tajo los galeones portugueses, que volvian de las Indias orientales con ricas mercancías. Mas no sufrieron vejacion alguna por el duque de Alba, quien, contentándose con recoger la parte que al rey correspondia, hizo que se entregase religiosamente á los particulares lo que tocaba á cada uno.

Se podia dar la guerra de Portugal por concluida, por adjudicado definitivamente este pais al rey de España. Don Antonio, despojado de la capital, no tenia medios de hacerse temible en parte alguna. Seguido de las reliquias de su ejército, se dirigió á Santaren; mas no teniéndose por seguro en esta plaza, se marchó á Coimbra, donde pudo reunir hasta seis mil hombres con los que llevaba, y los descontentos que quisieron probar fortuna, tomando abrigo en sus banderas. Para perseguir á don Antonio, envió el duque de Alba á Sancho de Avila con cuatro mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, habiendo hecho acantonar la demas tropa en Setubal y varios pueblos inmediatos á Lisboa, donde no se habia alterado la tranquilidad con las buenas medidas de gobierno, adoptadas por este general en jefe.

Salió Sancho de Avila de Lisboa, á principios de setiembre de 1580. Detuvieron su marcha mas de lo que era preciso las recias lluvias que sobrevinieron, dejando intransitables los caminos. Pero el capitan español no omitió diligencia para llegar cuanto mas antes á Coimbra. Sabedor don Antonio de su aproximacion, evacuó la plaza, y se retiró á la de Aveiro que entregó al saqueo, viéndose asimismo en la imposibilidad de conservarla. De este punto se trasladó á Oporto, segunda capital del reino entonces, como lo es hoy dia, donde pensaba hacerse fuerte, contando con sus numerosos partidarios.

Siguió Sancho de Avila sus huellas, y aunque en los diferentes pueblos de su tránsito ninguna manifestacion se hacia al rey de España hasta verse ocupados por sus tropas, tampoco le ponia impedimento alguno el desfavorable espíritu que á las poblaciones animaba. Así llegó hasta el Duero, en cuya orilla izquierda no halló barca alguna en que pudiese verificar su paso á la otra parte, habiéndolas llevado todas don Antonio. En esta situacion se vió precisado á enviar varios destacamentos rio arriba, para hacerse con cuantas encontrasen; mas ninguna vieron á la orilla izquierda. Se dice que para salir de este

conflicto, se disfrazó con algunos otros de la mayor confianza, y presentándose con este traje, hizo creer á los pescadores de la otra orilla que eran fugitivos del ejército de don Antonio, con quien deseaban reunirse. Una barca se destacó en efecto á recibirlos, y llegó adonde estaba Sancho de Avila. Acudieron entonces á una señal soldados que estaban escondidos, y dueños de la barca, les fué ya muy fácil apoderarse de las otras.

Dispuestos así los medios de transporte, procedió Sancho de Avila al ataque de la plaza. Aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, la dividió en dos trozos para conseguir su intento. Quedó con el mando del primero el capitan Gerónimo Zapata, quien debia amagar el paso del rio por Piedra-Salada, mientras el mismo Sancho de Avila con el otro, se puso en marcha rio arriba, para pasarle por Abintes. Jugó, pues, Zapata dos piezas de artillería que acompañaban á la division, y haciendo ademan de querer embarcarse, llamó la atencion de los de Oporto por aquella parte. Mientras tanto, despues de haber pasado el Duero Sancho de Avila, atacó realmente la ciudad por el extremo opuesto. Fué seguida esta maniobra del mas favorable resultado. Sobrecogidos los de la ciudad con esta repentina aparicion de Sancho de Avila, comenzaron á desordenarse. Los soldados de don Antonio no se atrevieron á hacer frente á las tropas españolas. Se vió el prior de Crato en la necesidad de evacuar á Oporto, y tomar la direccion de Viana como fugitivo. Sin embargo, todavía permaneció muchos dias en el pais, abrigado por gente de su parcialidad, sin que todas las pesquisas de los españoles pudiesen descubrir su paradero. Al fin, cansado de semejante situacion, temeroso de caer en manos de los de la parcialidad del rey, que habia ofrecido ochenta mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto, halló los medios de embarcarse y trasladarse á Francia.

Abandonada Oporto por las tropas de don Antonio, no pensó en hacer ninguna resistencia, y abrió las puer-

tas á Sancho de Avila, dándose al mismo partido que las demas ciudades donde habian entrado tropas españolas.

Se exhalaron en Oporto los últimos suspiros de la independencia portuguesa. Bastó una campaña, ó mas bien un paseo militar de unos pocos meses, para hacer dueño y absoluto señor de Portugal al rey de España. Cuando le llegaron tan prósperas noticias, hacia poco que acababa de salir de una enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. A este contratiempo se agregó la muerte de la reina doña Ana de Austria, su cuarta mujer, que falleció en la temprana edad de veinte y cinco años. Pero estas calamidades domésticas, cualquiera que fuese la impresion que causasen en el corazon del rey, no le estorbaban para atender á todos los cuidados y negocios del gobierno. Al mismo tiempo que Portugal, habian reconocido la autoridad del rey las plazas de sus posesiones en las costas de Africa. Siguió su ejemplo la isla de la Madera; mas no sucedió lo mismo en las Terceras, donde fué reconocido don Antonio. Mientras tanto se mandaban emisarios al Brasil y posesiones de los portugueses en las Indias orientales. Pronto fué reconocida la autoridad de Felipe II en tan ricos y vastos dominios. mientras las islas Terceras. fieles siempre al pendon de don Antonio, se preparaban á la mas séria resistencia.

Era ya tiempo que el rey se moviese de Badajoz para tomar posesion del nuevo reino. Se puso en marcha efectivamente el 5 de diciembre de aquel año, acompañado del archiduque Alberto y algunos mas grandes, pues no quiso llevar mucha comitiva, intentando engrosarla con los nobles portugueses. Encontró en Elvas al duque de Braganza, quien le aguardaba allí con objeto de darle acatamiento como cabeza y representante de la nobleza portuguesa. Le acogió con afabilidad el rey de España, y le agració con el collar del Toison de Oro. En seguida se dirigió por Campomayor, Arronches, Portoalegre, Crato y Abrantes á la villa de Tomar, donde habia convocado á

Córtes. En los pueblos de su tránsito hallaba un recibimiento reservado y frio; mas en ninguna parte se manifestaban síntomas de abierto descontento.

Llegó el rey el 16 de abril de 1581 al pueblo de Tomar, donde le aguardaban los prelados, los nobles, los procuradores del reino convocados de su órden. Allí se hizo la solemne proclamacion del nuevo rey, habiendo precedido el juramento de una y otra parte. Fué la ceremonia magnífica, rodeada de la mayor pompa y aparato. Solo concurrieron á ella los grandes y demas personajes portugueses, habiéndose quedado en sus casas los españoles de la comitiva, incluso el archiduque Alberto. Se presentó el rey vestido con la mayor magnificencia en un tablado donde le tenian preparado un trono. Inmediatamente que se sentó en él, pusieron en su mano derecha un cetro de oro. En derredor se colocaron los prelados, los grandes portugueses de la comitiva, quedándose fuera los procuradores que no pudieron coger en el tablado. El obispo de Leiria, en nombre del alto clero portugués y de los grandes, saludó á Felipe como rey de Portugal, reduciéndose en su larga arenga á decirle, que en virtud de sus derechos incontestables de sucesion, le acogian los portugueses por rey y señor de aquellos reinos. En los mismos términos le habló don Damian de Aguilar á nombre de los procuradores. Concluidas las arengas acercaron al rey una mesa con un Crucifijo y un misal, y el monarca entonces puesto en pié, hizo el juramento de regir y gobernar bien y derechamente, de administrar justicia en cuanto lo permitiere la flaqueza humana, y de guardar á los portugueses sus buenas costumbres, privilegios, gracias, mercedes, libertades y franquezas que por los reyes pasados sus antecesores les fueron dados, otorgados y confirmados. Concluido el juramento, se sentó Felipe, é inmediatamente se pronunció por el secretario de Estado en voz alta la fórmula del que debian prestar al rey los tres Estados del reino, de reconocerle por su señor y de ren-

dirle pleito-homenaje, segun fuero y costumbre de estos reinos. Inmediatamente pasaron á prestar el juramento, poniéndose uno á uno delante del rey, y besándole la mano despues de concluido el acto. Comenzó el duque de Braganza; siguieron los grandes y prelados, los consejeros de Estado, los señores de pueblos y lugares, y en seguida los procuradores de las corporaciones y ciudades que tenian voto en Córtes. Concluido todo proclamó un rey de armas por rey de Portugal al muy alto y poderoso señor don Felipe, á cuya voz correspondió el pueblo con aclamaciones, al son de músicas, fuegos de artificio, disparos de artillería, y las campanas que habian echado á vuelo. Terminó la funcion una magnífica que se dió en la iglesia, adonde se trasladó inmediatamente el rey seguido de su nueva córte. Fué recibido á la puerta del templo por todo el clero y los obispos vestidos de pontifical, quienes oficiaron en el solemne *Te Deum* para dar gracias á Dios por aquel grande acontecimiento.

Al dia siguiente se celebró igual ceremonia para jurar por heredero de Portugal al príncipe don Diego.

Despues comenzaron las Córtes del reino sus trabajos ordinarios, y de que haremos mencion á su debido tiempo. Mientras tanto expidió el rey un decreto en que perdonaba á todos los portugueses declarados contra sus derechos que habian servido á don Antonio ó ejercido hostilidades de otro género. Solo fueron exceptuadas del perdon cincuenta y dos personas, contándose entre ellas al obispo de la Guardia y al conde de Vimioso, general de don Antonio. Tambien quedaron excluidos los frailes que se habian declarado parciales del prior, privándolos de todos los beneficios que de él habian recibido, é inhabilitándolos para ejercer ningun cargo en adelante.

Hicieron las Córtes portuguesas algunas peticiones al rey, que fueron satisfechas. A otras que tuvo por imprudentes y fuera de lugar, respondió con evasivas ó negándolas redondamente. Entre estas indicaremos tres: primera que no hubiese guarniciones en el reino: segunda

que se permitiese á los portugueses el traficar libremente en las Indias occidentales: tercera que otorgase á los portugueses carta de naturaleza en Castilla. Tambien pidieron que el príncipe heredero fuese educado en Portugal, á lo que dió una formal negativa el rey católico.

En compensacion otorgó el rey varias gracias á muchos portugueses de distincion, confiriéndoles hábitos en órdenes militares, encomiendas, títulos, etc.; pero el instrumento mas importante y formal que se extendió á su favor, fué la promesa solemne que todos los gobernadores de Portugal, todos los grandes funcionarios, tanto militares como civiles y eclesiásticos, serian naturales del pais, y que solo á portugueses se conferiria todo cargo público; que no se tocaria á los usos, á las costumbres, á las leyes, á los privilegios del pais, sin expreso consentimiento de las Córtes.

Setenta dias se detuvo Felipe II y I ya de Portugal en el pueblo de Tomar, mientras las Córtes entendieron en los negocios que habian dado motivo á su convocacion. Y pareciéndole al rey que ya era tiempo de hacerse ver en la capital de su nuevo reino, salió de Tomar seguido de una córte brillante y numerosa, en 24 de junio de 1581, y tomó el camino de Lisboa, pasando por los pueblos de Santaren, Almerin, Salvatierra y Villafranca, situada sobre el Tajo. Aquí encontró comisionados de las principales autoridades de Lisboa con una barca magníficamente decorada, para que continuase por agua su camino. Tambien encontró al marqués de Santa Cruz que venia con sus galeras principales. Se embarcó el rey y caminó rio abajo hasta el pueblo de Almada que se halla en la orilla izquierda, frente á Lisboa, donde se detuvo por súplicas que le hicieron las autoridades de la capital de que aguardase un dia mientras se completaban los preparativos que se hacian para su recibimiento. A este pueblo de Almada pasó á visitarle el duque de Alba, á quien recibió Felipe II con las muestras de mayor cordialidad, manifestándole lo gratos que le habian sido sus

servicios. El 29 de junio de 1581 verificó Felipe su entrada pública en Lisboa con toda solemnidad, habiendo salido á recibirlo á la puerta las principales autoridades militares y civiles. Entró á caballo, debajo de palio de brocado de oro, al son de músicas, de campanas mezcladas con el estruendo de la artillería. Despues de haber paseado las calles principales de Lisboa, se encaminó á la catedral, á cuya puerta salió á recibirle el arzobispo vestido de pontifical, á la cabeza de otros mas prelados y un clero numeroso. Despues del solemne *Te-Deum* que se cantó en accion de gracias, se dirigió el rey en la misma forma debajo de arcos triunfales al palacio real, donde le esperaba el duque de Alba para darle posesion de aquella mansion de los antiguos reyes.

Así quedó solemnemente instalado en la gran capital de un nuevo reino, el señor ya de tan inmensas posesiones. Si no se podia considerar Portugal una grande adquisicion considerada la superficie del pais, era de la mas alta trascendencia para Felipe II verse dueño absoluto de toda la península ibérica ó española, que por primera vez reconocia el dominio de uno solo. Con el Portugal habia adquirido sus inmensas posesiones allende de los mares: el Brasil, de reciente conquista, y las ricas regiones de la India Oriental, de donde se extraian tan ricas mercancías, productos de su suelo y de su industria. Con razon se dijo entonces que el sol no se ponia nunca en los Estados del poderoso rey de España. Ora atendiendo á la inmensa extension del territorio, ora á la riqueza de su suelo, no habia hecho mencion la historia de mas vasta monarquía. La plata, el oro, las producciones mas esquisitas, las manufacturas de objetos mas apetecidos, todo se criaba profusamente en los Estados del nuevo señor de Portugal, quien sin duda se debió de penetrar de orgullo con la grande altura á que habia llegado su potencia.

No es extraño que este aumento de poder del rey de España hubiese aumentado los odios, los temores de

sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los paises de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPITULO LVI.

Continuacion del anterior.--Administracion de Felipe II en Portugal.--Le niegan la obediencia las islas Terceras.--Reconocen por rey á don Antonio.--Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.--Infructuosa.--Don Antonio en Francia.--Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.--Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.--Combate naval en que sale victorioso.--Vuelve á Lisboa.--Muere en esta capital el duque de Alba.--Regresa el rey á España.--Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.--Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.--Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).

1581—1583.

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, ademas de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó ademas providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del órden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el pais, y otros que eran productos de los últimos disturbios. Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con to-

(1) Las mismas autoridades.

dos estos cuidados y atenciones, con todo este celo que por el bien público mostraba, no podia curar la grave herida del amor propio de los portugueses, viéndose sujetos á la dominacion de un príncipe extranjero, y lo que era mas sensible, del soberano de Castilla. Conservaba muchos partidarios el duque de Braganza. Mas numerosos eran todavía los que echaban de menos la dominacion de don Antonio. Desterrado éste del pais, se hacia tanto mas popular cuanto era objeto de proscripcion, hasta el punto de estar pregonada su cabeza por el rey católico. Por la vuelta de dicho personaje se hacian votos secretos en el pais, sobre todo en Lisboa y en la provincia de Entre Duero y Miño, donde estaba muy arraigado su partido. Todos creian que la presencia del prior en Francia y sus relaciones con la reina de Inglaterra, le proporcionarian recursos para expeler al fin de Portugal al rey de España.

No se descuidaba en efecto don Antonio en interesar á su favor á las dos córtes de Inglaterra y Francia. En Ruan y en Diepa, donde alternativamente fijó su residencia, tuvo entrevistas con personajes de la primera distincion del pais, y recibió muestras de benevolencia por parte del rey Enrique III y de su madre. De sus sentimientos, por lo menos equívocos hácia el rey de España, habian ya dado demasiados testimonios para que Felipe II necesitase de este nuevo. Sin rebozo alguno se alistaban tropas en Francia y acudian personas de distincion á servir bajo las banderas de don Antonio. En Inglaterra se hacian asimismo armamentos de igual especie en favor del mismo príncipe. Estaban destinadas todas estas tropas á las islas Terceras, donde se mantenia vivo el partido del prior de Crato.

De todos los dominios de la corona portuguesa eran las islas Terceras los solos que no habian querido reconocer la autoridad del rey de España. Como fueron en seguida teatro de una guerra, ocupan un lugar no despreciable en nuestra historia. Descubiertas á mediados del siglo XV por un príncipe de Portugal, se hallan

en el Océano Atlántico como á trescientas léguas al Occidente, y con la misma latitud sobre poco mas ó menos que la de Lisboa. Se dió á estas islas el nombre de *Azoras*, por el gran número de azores que en ellas se vieron cuando su descubrimiento, y tambien el de Terceras por el de una de ellas considerada como la principal, llamada Tercera á causa de haber sido la tercera descubierta. Se llaman las otras ocho, pues componen todas el número de nueve, San Miguel, Santa María, San Jorge, la Graciosa, Pico, Fayal, Flores y Cuervo. No es la Tercera la de mas extension de todas; pero se consideró siempre como su capital por su posicion central, por su mejor terreno, por ofrecer mejores puertos y puntos mas susceptibles de defensa. Sus tres pueblos principales son Angra, la Playa y el Fanal, todos puertos, siendo el primero la capital de las islas y el punto de residencia de sus gobernadores.

Ejercia esta autoridad en nombre de don Antonio, Cebrian de Figueredo, cuando la entrada del rey católico en Portugal; y á pesar de las órdenes que recibió del gobierno para poner las islas á la obediencia del rey, manifestó que no abandonaria jamás el pendon de don Antonio. Puso esta resistencia en grave cuidado al rey, no solo por la accion en sí, sino por el apoyo que encontraban las disposiciones hostiles del prior, en Francia. Se aguardaban ademas por aquel tiempo los galeones de las Indias Occidentales, y se temia que recalcando en las Terceras como lo tenian de costumbre, fuesen cogidos por el gobernador á beneficio de don Antonio. Motivos eran de interés para que el rey pensase sériamente en ocupar á viva fuerza el pais que le negaba la obediencia, cortando de raiz la guerra que le estaba preparando don Antonio desde Francia.

Salió, pues, de Lisboa el capitan Pedro Valdés al frente de algunas galeras, donde iban embarcados hasta seiscientos hombres, sin mas objeto por entonces que el de aguardar en las islas Terceras á dichos galeones

y avisarles de lo que pasaba. Se hizo á la vela Valdés; mas antes de llegar á las islas habian ya aportado á ellas los buques que aguardaba. No cayeron sin embargo en poder de Cebrian de Figueredo, porque recelosos los capitanes con las ofertas que les hizo de saltar á tierra, y habiendo hallado contradiccion en las noticias que acerca de Portugal les dieron, formaron sospechas de la mala fé de aquel gobernador, y sin detenerse en las costas prosiguieron el rumbo directamente á su destino.

Valdés que supo esta ocurrencia, no tuvo por conveniente desembarcar en la Tercera, tanto mas cuanto que aguardaba á Lope de Figueroa, que con mayor número de galeras y de tropas debia salir pronto de Lisboa para reforzarle. Mas un sobrino suyo llamado Diego Valdés, mozo de resolucion y de poca prudencia, le rogó encarecidamente le permitiese saltar á tierra con alguna gente escogida el 25 de julio, á fin de festejar dignamente el santo tutelar de España. Verificado el desembarco entre el puerto de la Playa y Angra, recorrieron los españoles el pais saqueando cuanto podian y haciendo otros estragos. Mas salió de Angra el gobernador Cebrian de Figueredo con tres mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo, con cuya fuerza, aprovechándose del desórden de los españoles, los puso en derrota, obligándolos á reembarcarse con enorme pérdida, pues entre muertos y heridos tuvieron mas de trescientos hombres fuera de combate. Llegó pocos dias despues Lope de Figueroa, y tanto por el descalabro en que halló á Pedro Valdés, como por los nuevos preparativos que hacian en la Tercera para oponerse á un desembarco, como por lo avanzado ya de la estacion, que hace insegura la permanencia en aquellos mares borrascosos, tomaron los españoles la vuelta de Lisboa, sin que en todo aquel año se hiciese otra cosa contra las Terceras mas que prepararse para la próxima campaña.

Trató el rey de organizar los elementos de la expugnacion en toda forma. Se dieron órdenes al marqués de Santa

Cruz para que apresurase en Sevilla la construccion de galeras y el apresto del demas material que se considerase necesario. Se allegaron víveres y municiones. Se pusieron en movimiento hácia la costa dos tercios de infantería española que acababan de salir de Portugal, no creyéndolos de necesidad en aquel reino. Se nombró jefe de la expedicion naval al marqués de Santa Cruz, que ya pasaba entonces por el primer general de mar de España. A treinta y uno ascendia el número de buques mayores de que se compuso la escuadra, sin contar con buques de menor porte: á cinco mil el número de tropas de tierra españolas, formando dos tercios, uno á las órdenes de Lope de Figueroa, y otro á las de Francisco de Bobadilla. Ademas se embarcaron quinientos alemanes mandados por Lodron. No se puso en las galeras caballería de ninguna especie.

Mientras se preparaba esta expedicion se envió á don Fernando de Toledo á Oporto con fuerzas suficientes para contener aquel pais, donde con tantos partidarios contaba don Antonio. Tambien se envió á la isla de San Miguel, que no seguia su parcialidad, á Pedro Peixoto de Silva, quien se hizo á la vela con catorce galeras recien salidas de Guipúzcoa. Mientras preparaba Felipe II su expedicion, hacia lo mismo con la suya el prior, quien se trasladó á Burdeos con objeto de vigilar de mas cerca las operaciones. Hasta seis mil aventureros pudo reunir entre franceses é ingleses, no dejando de encontrarse entre ellos personas de suposicion, sobre todo de los primeros. No teniendo bastante confianza en el gobernador de la Tercera, Cebrian de Figueredo, por creérsele en vísperas de venir á términos de acomodo con el rey de España, puso en lugar suyo á Manuel de Silva, por juzgarle de mayor resolucion y mas adhesion á su persona.

Casi al mismo tiempo se hicieron á la vela y con un mismo destino la expedicion española y la francesa. Salió de Lisboa el marqués de Santa Cruz el 10 de julio de 1582, y aunque no omitió diligencia alguna, llegaron

á la isla de San Miguel antes los franceses. Inmediatamente desembarcaron entregándose al pillaje. Salió en busca suya Pedro Peixoto á la cabeza de dos mil y quinientos hombres entre españoles y portugueses; mas los de esta última nacion no militaban de buena fé contra la parcialidad de don Antonio. Así lo hicieron ver cuando se encontraron con las tropas enemigas, tomando la fuga, dejando en la refriega solos á los españoles. Fueron éstos arrollados y puestos en la necesidad de refugiarse en el castillo. Los franceses victoriosos con don Antonio á la cabeza, se hicieron inmediatamente dueños de la ciudad, que entregaron al pillaje.

Intimó don Antonio la rendicion al castillo, mandado entonces por don Lorenzo Noguera, aunque herido de resultas del último encuentro. Le hizo ofertas ventajosas si le entregaba aquella fortaleza de su pertenencia, amenazándole en caso contrario con todos los rigores de la guerra. Respondió el español, que perteneciendo todas las posesiones de Portugal al rey de España, no reconocia mas que á él por dueño de aquel fuerte, y que no le entregaria á ninguno aunque perdiese, por conservarse fiel, la última gota de su sangre.

Cuando en virtud de esta respuesta se prepararon los franceses al ataque del castillo, recibieron la noticia de la aproximacion del marqués de Santa Cruz al frente de su escuadra. Con este motivo no pensaron mas que en volverse á embarcar, lo que verificaron inmediatamente, dejando abandonada su conquista.

Se hallaba el marqués de Santa Cruz á la cabeza de veinte y siete navíos; y aunque estos eran en general de mas porte que los de la escuadra enemiga, llevaba ésta á la española gran ventaja en el número, pues ascendia á cerca de sesenta. Se hallaban en ella de jefes principales el conde Vimioso, general de don Antonio, el italiano Francisco Strozzi, general en jefe de la expedicion, y el francés Brissac su segundo; todos hombres muy experimentados en la guerra. En cuanto á don Antonio, aunque hacia

parte de la expedicion, como ya hemos visto, no mandaba en realidad, ni tomó parte activa en ninguna de sus operaciones. Sabian los franceses que el marqués de Santa Cruz no se habia dado á la vela con todas sus fuerzas navales, y que esperaba muchos buques que debian salir de Sevilla y de Ayamonte. Trataron, pues, de marchar en busca suya antes que se engrosase, segun era su esperanza. Las mismas noticias tenia el marqués de refuerzos que aguardaban los franceses; y de este modo, como trataban las dos escuadras de encontrarse, era ya inevitable la pelea.

Interpuestos los franceses entre la isla de San Miguel y el marqués de Santa Cruz, se hallaba éste en la mayor confusion sin saber lo que ocurria y habia ocurrido en dicha isla. Esto le animó mas á dar cuanto antes la batalla, para lograr su evacuacion en caso de que los franceses la ocupasen, y de todos modos para apoyarse en ella y proporcionarse los refrescos que necesitaba.

Dos dias se buscaron las dos escuadras enemigas, y aunque se avistaron al fin, no emprendieron nada de importancia, sea porque no tuviesen el viento favorable, sea porque cada una de ellas, por medio de maniobras, tratase solo de proporcionarse esta ventaja. Al tercero se pusieron una en frente de otra, y pasaron todo el dia casi en inaccion, contentándose con cañonearse mútuamente desde lejos.

El cuarto, que era el 25 de julio, dia de Santiago, de 1582, vinieron á las manos sériamente. Ya entonces se habia disminuido la escuadra del marqués, reduciéndose á veinte y cuatro navios, pues tres se habian perdido de vista, ó tal vez huídose, llevándose á bordo un gran número de tropas alemanas. Tomó sin embargo el general español todas las disposiciones que le cumplian, como entendido capitan de mar, empeñado en un lance muy sério, por la superioridad de las fuerzas del contrario. Dividió su pequeña escuadra en tres divisiones, y en su galera capitana, distribuyó por sí mismo los capita-

nes, tropa y artilleros que debian combatir en sus diversos puestos.

Eran cinco solos los navíos del marqués, de un porte muy superior á los franceses, siendo el principal el llamado San Mateo. Habian estos desde un principio adoptado el plan de atacar separadamente cada uno de estos cinco buques, con cinco ó seis de los suyos, de modo que supliese esta superioridad la del mayor porte del contrario. A ejecutarse este plan con toda exactitud, hubiera sido fácil á la escuadra francesa envolver á la enemiga. Mas el marqués de Santa Cruz, que era un hombre muy hábil de mar, maniobró, de modo que cada uno de sus cinco buques grandes tuviese auxiliares que entretuviesen las fuerzas enemigas, á fin de desplegar su accion con toda su eficacia y maestría.

El combate se hizo general: jugaba al mismo tiempo toda la artillería de las dos escuadras. Cada buque atacó al contrario, aferrándose mútuamente por las proas ó por los costados, mientras los grandes buques del marqués se prevalian de las ventajas que les daba esta circunstancia. Fué acometida la capitana francesa y puesta en gran peligro; mas al fin fué socorrida por los suyos. Tambien estuvo en grandes apuros el San Mateo; por cinco veces se le vió arder, mas fué socorrido á tiempo por los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, que se hallaban cerca. A bordo de la almiranta francesa llegaron á entrar los españoles, cuando acudiendo nuevas fuerzas de la primer nacion, se dió fin á la sangrienta refriega que se habia trabado á bordo, teniendo que retirarse los españoles con gran pérdida.

El marqués de Santa Cruz acudia á todas partes, tomando disposiciones como capitan, y peleando cuando llegaba la ocasion, como soldado. Por fin se trabaron por las proas las dos capitanas francesa y española, y se dió principio á un combate con arcabuces, con pistolas, con sables, y toda especie de armas, tanto de fuego como blancas. Fué tremendo el choque, y aunque los france-

ses pelearon con gran valor, vencieron los nuestros, penetrando como un torrente en la capitana enemiga, llevándolo todo á sangre y fuego. Mas de trescientos enemigos perecieron á bordo de este buque. En vano intentaron socorrerle los de su nacion. La capitana francesa cayó definitivamente en poder nuestro, y con esta presa importante, se decidió la victoria á favor de los españoles. Quedaron los buques de los franceses, unos echados á pique, otros cogidos, otros destrozados. Fué tanto el número de los que cayeron en nuestras manos, que no sabiendo qué hacer de ellos el marqués, tuvo que echar á pique la mayor parte.

Fué esta batalla una de las mas sangrientas y decisivas que se dieron en los mares. Pasaron de tres mil los franceses que perecieron en los diferentes abordajes. Hubo muchísimos heridos, contándose entre ellos los tres jefes conde de Vimioso, Strozzi y Brisac, que murieron muy pronto de los golpes recibidos. No fué muy grande el número de los prisioneros, en razon del excesivo de los muertos.

En cuanto á don Antonio, se mantuvo toda la jornada fuera de combate, donde ondeaba el estandarte de sus armas. Cuando vió la accion perdida, se dirigió á la Tercera para acudir á los medios de su defensa, pues presumia con razon que sobre esta isla volveria el marqués sus tropas victoriosas.

No se puede encarecer bastante el valor de nuestros jefes y oficiales que tan importante victoria alcanzaron, á pesar de ser tan inferiores en fuerzas á sus enemigos. Todos desplegaron grande bizarría, y los hombres de mar lucieron mucho su habilidad en las diversas maniobras á que dió lugar esta pelea tan reñida. Se distinguieron mucho don Francisco Bobadilla, don Lope de Figueroa; los capitanes don Miguel de Cardona, Cristobal de Paz, Pedro de Santillana, Juan Labastida, don Juan de Vivero, Juan de Bolanos, segundo comandante de artillería. No se debe omitir el nombre de Antonio de Sevilla, marinero guipuzcoano de una nave de esta provincia, que se

apoderó del estandarte real de Francia, aunque á costa de un brazo que le llevó una bala de cañon, en el acto de perpetrar su hazaña.

Despues de esta victoria, se trasladó el marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, y como su libertador los de la parcialidad del rey; y con temor de castigos los de la contraria. Allí puso en tierra los heridos en número de doscientos, y acabó de destruir los buques cogidos á los franceses, por carecer de gente para tripularlos. En cuanto á los prisioneros, usó con ellos de un rigor tenido generalmente por excesiva crueldad, aunque el marqués alegó sus razones para justificar el acto. Cuando se aprestaba la expedicion en Francia, se quejó el embajador español á la córte, como de un acto de completa hostilidad al rey de España. Le fué contestado que no podia impedir la expedicion el rey, y que no eran los que la componian sus súbditos, que no debian ser tratados en caso de vencimiento sino como piratas. Como tales, pues, consideró el marqués de Santa Cruz sus prisioneros. Los dividió en dos trozos, colocando en uno la gente principal, que hizo degollar por mano del verdugo, haciendo colgar á los restantes, que pasaban de trescientos. Que no eran piratas verdaderos harto se sabia, como estaba harto patente la mala fé con que en este negocio procedia el rey de Francia. Mas convenia al marqués de Santa Cruz tomar este pretexto, y creyó servir los intereses del rey, tratando con tal rigor á extranjeros, que sin provocacion ni declaracion de guerra, venian á invadir sus posesiones. Se podia responder á esto, que dichos extranjeros eran soldados de don Antonio, quien, creyéndose con derecho á la corona de Portugal, la disputaba con las armas en la mano. Cualesquiera razones que se aleguen en pró del acto del marqués, no es posible su justificacion para los hombres imparciales. La verdad es que fué llevado muy á mal por sus mismos capitanes y oficiales, quienes alegaban con razon, que igual

suerte les cabria á ellos mismos si llegaban á verse prisioneros.

Entre tanto llegaron con felicidad, sin contratiempo alguno, los galeones de la India, cuya captura habia sido uno de los objetos de la expedicion de los ingleses y franceses. En Lisboa confirmaron las nuevas de la victoria del marqués, que habian llenado de satisfaccion al rey de España.

Mientras tanto tomaba don Antonio en la Tercera todas las disposiciones para recibir la visita del almirante español, que le parecia muy próxima. No se descuidó en efecto el marqués en dirigirse á la isla para reconocerla y tomar lengua, mas no con el objeto sério de invadirla. Se hallaba la estacion muy avanzada, y no le pareció cuerdo mantenerse en el mar, que en aquellos parajes se presenta sobrado embravecido. Tal vez no fué este el solo motivo de desistir por entonces de la expugnacion de la Tercera. De todos modos, en todo el mes de setiembre tomó la vuelta de Lisboa con sus naves victoriosas, dejando á don Antonio por entonces pacífico poseedor de una isla, á que estaban reducidos todos sus dominios.

Recibió Felipe II al marqués de Santa Cruz con todas las muestras de satisfaccion, y dispensó muchas mercedes á los oficiales é individuos de tropa que mas se habian distinguido en el combate, haciendo cuenta de que con otra expedicion al año siguiente, acabarian de expulsar de las Terceras á cuantos su autoridad desconocian.

Trataba en aquel tiempo el rey católico de restituirse á España; tal era la fuerte inclinacion que hácia Madrid y el monasterio de San Lorenzo le arrastraba. Mas al poner su proyecto en ejecucion, sobrevino la muerte de su hijo, el príncipe don Diego. No le pareció, pues, prudente salir de Lisboa antes de celebrar la jura del príncipe don Felipe, que fué su heredero, y era el cuarto y el último varon que hubo de doña Ana.

Un suceso ocurrió entonces de importancia en aquella capital, á saber: la muerte del famoso duque de Alba,

muy sentido del rey, que conocia y sabia sacar tanta utilidad de sus servicios. Aunque lo dicho hasta ahora de tan ilustre personaje basta sin duda para darle bien á conocer, no extrañará el lector que consagremos algunas líneas mas á su memoria. Es sin duda el duque de Alba una de las mas grandes figuras que brillan en el cuadro colosal de este reinado. Dedicado desde su primera juventud á la carrera de las armas, terminó su vida á la edad de setenta y cuatro años, dando fin á una campaña, que si no de mucho mérito por lo reñida, será siempre célebre por lo importante y útil á los intereses de la España. Si el brillo de su nombre llegó á su mayor altura bajo el reinado de Felipe II, ya era muy grande y distinguido en el de su padre, que tuvo á sus órdenes los primeros capitanes de su siglo. Muy jóven todavía, comenzó á lucirse en la campaña de Provenza: se halló en Tunez y en Argel: mandó en jefe, siendo hombre ya entrado en años, la batalla Muhlberg, y asimismo el sitio que á la plaza de Metz puso Cárlos V. De sus acciones en el reinado de Felipe II, hemos dado una idea ya bastante extensa en el curso de esta historia. Fué admirable la disciplina que supo introducir y mantener en los ejércitos; singular la vigilancia con que atendia á todos los pormenores de su mando militar, y consumada la prudencia que en todos sus pasos y movimientos observaba. Sabia combatir y abstenerse de empeñar batallas, cuando podia de otro modo conseguir victorias. Sus inferiores le obedecian y respetaban á par que le temian, reconociendo en todo lo superior de su capacidad, y lo llamado que estaba por el órden de las mismas cosas á mandarlos. Tuvo como cortesano la misma superioridad de brillo y de importancia, que cuando se hallaba al frente del ejército. Fué el duque de Alba el hombre de todas las confianzas de Felipe II, de todos sus viajes, de todas sus negociaciones, y al parecer depositario de todos sus secretos, es decir, de todos los que podian ser comunicados. Si cayó por un tiempo de su gracia, fué para levantarse de ella con mas esplendor, y hacer ver al

rey lo difícil que le era descartarse de un hombre de su clase. Activo, duro, inflexible, sin misericordia, instrumento ciego de sus voluntades, tenia todos los requisitos necesarios para captarse su benevolencia. Como el servido era el servidor, con la diferencia que podia haber entre el político sagaz y el fiel soldado. Era católico por educacion, intolerante por carácter, por hábitos; porque era tal la índole del tiempo; sanguinario por temperamento, tal vez porque en su opinion iba en ello el interés de la justicia. Aborrecia á los protestantes con furor, y no le inspiraban los flamencos sublevados mas suaves sentimientos. Como odiaba, fué odiado; pocos hombres fueron mas objeto de terror; en pocos retratos se imprimieron mas las tintas que podia producir el espíritu de indignacion y de venganza. Para completar este bosquejo, diremos que un hombre tan grave, tan entero, tan inflexible, tan objeto para todos de respeto y de temor, como el duque de Alba, se sentia como anonadado en la presencia de Felipe II, y que solo una mirada, una frase algo severa de este rey, bastaba para intimidarle.

Poco despues de la muerte del duque de Alba, ocurrió asimismo en Lisboa la de Sancho de Avila, que de paje suyo habia pasado á ser su favorito y alumno predilecto en la escuela de la guerra. Correspondió el discípulo á la excelencia de tal maestro; y aunque no alcanzó fama de un insigne capitan, adquirió derechos legítimos á una fama bastante distinguida. Lució este soldado de fortuna por su valor y habilidad, en varios teatros, sobre todo en Flandes, donde varias veces hicimos de su nombre mencion muy honorífica. Ya le hemos visto en Portugal, sirviendo bajo las órdenes del duque de Alba, como lo tenia de costumbre, y dando fin á la guerra, en su marcha desde Lisboa á Oporto, donde quedó destruida por entonces la parcialidad de don Antonio. Apreciaba el rey á Sancho de Avila, y todavía existe una carta que le escribió directamente este monarca, dándole gracias por su comportamiento, y ofreciéndole mercedes. Se

dice de Sancho de Avila, que los muchos encuentros y vivas refriegas en que se encontró durante su larga vida militar, no le costaron ni una gota de sangre, circunstancia feliz que ocurre á pocos. Una coz de caballo mal curada puso término á sus dias, cuando todavía no pasaba de la edad madura.

Despues de verificada en Lisboa con toda solemnidad por los tres Estados del reino la jura del príncipe don Felipe, y nombrado por gobernador y virey de Portugal al archiduque Alberto, salió Felipe II de Lisboa á principios de 1583, y tomó la vuelta de España, dirigiéndose sin detencion á Madrid, donde fué recibido con una pompa extraordinaria. Pocos dias despues se dirigió al Escorial, donde los monges le festejaron con el entusiasmo debido á un poderoso protector, que tan magnífico establecimiento les proporcionaba. Sin duda no fueron menos vivos los sentimientos de placer con que el rey se vió restituido á una mansion tan suspirada.

Volvamos á Portugal, cuyos dominios no estaban aun todos sujetos á la autoridad del rey de España. Hablamos de las islas Terceras, donde dejamos á don Antonio respirando con la marcha del marqués de Santa Cruz, quien aplazó para ocasion mas oportuna la conquista de la isla. Empleó don Antonio el invierno 1582 á 1583 en fortificarla del mejor modo posible, para recibir la visita que la amenazaba. Hizo aumentar la guarnicion de Angra y de los demas puntos fuertes con aventureros que de Francia, Inglaterra y otras partes acudian; se proporcionó un gran surtido de municiones, piezas de artillería y otros pertrechos de guerra, cogidos en las islas de Cabo Verde por una expedicion que salió al efecto de Angra y entró á viva fuerza en la de Santiago, habiéndola entregado ademas al pillaje y al saqueo. Al mismo tiempo pedia nuevos auxilios á Inglaterra y Francia, haciéndoles ver la importancia de aquellas islas, para hostilizar al rey de España en sus posesiones de la otra parte de los mares.

Todavía no habia llegado para la reina de Inglaterra la ocasion de declararse en guerra abierta con Felipe II, aunque indirectamente le hostilizaba en todo lo posible. En la misma situacion se hallaba el rey de Francia, dispuesto siempre á dañar al de España, sin atreverse á declararse su enemigo. En la primavera de 1583 se alistó en sus puertos una expedicion de dos mil hombres, que á las órdenes de M. de Joyeuse, se dirigió á la Tercera, adonde aportó sin contratiempo alguno. Con tan oportuno y considerable refuerzo cobró nuevo vigor el ánimo de don Antonio, quien se creyó asegurado para siempre en una posesion que le iba á abrir la puerta para todas las que reclamaba. No descuidaba entre tanto Felipe II un negocio que le traia tanta cuenta como el de arrojar para siempre al prior de Crato de todos los dominios portugueses. A su salida de Lisboa, dejó dadas sus disposiciones para un armamento tal, que asegurase la conquista de la isla disputada. Se nombró por su jefe al mismo marqués de Santa Cruz, que se habia distinguido tanto en la anterior expedicion, y bajo los auspicios de este general, se puso la escuadra en estado de salir al mar, como se verificó el 23 de julio de aquel año. Se componia la escuadra de treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de mucho menor porte. Iba de maestre de campo general Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que componian una fuerza de dos mil y setecientos hombres. Embarcó el conde Lodron mil quinientos alemanes, todos escogidos. Mandaba el maestre de campo, don Francisco Bobadilla, dos mil doscientos soldados españoles formados en doce banderas; don Juan de Sandoval otras quince, compuestas de mil quinientos cuarenta y cuatro soldados españoles y doscientos cincuenta y cuatro italianos. Se embarcaron ademas ciento veinte caballeros portugueses, todas personas de distincion, ochenta y seis soldados que habian sido oficiales, y cincuenta caballeros castellanos que iban todos como aventureros.

Llegó la escuadra á la isla de San Miguel el 3 de julio, y desde el momento hizo el marqués de Santa Cruz que pasase á su bordo un tercio de españoles de dos mil y cuatrocientos hombres al mando de su maestre de campo Agustin Iñiguez, que era al mismo tiempo gobernador de aquella isla. Hechos los preparativos para caer sobre la Tercera, llamó el marqués de Santa Cruz á consejo, en el cual se reunieron don Pedro Toledo, duque de Fernandina; el maestre de campo general don Lope de Figueroa; el conde de Lodron, y los maestres de campo don Francisco Bobadilla, Agustin Iñiguez, don Juan de Sandoval, don Pedro de Padilla, Juan Martinez de Recalde, don Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y don Jorge Manrique. Se deliberó en la junta sobre los puntos donde debia desembarcar la expedicion, y las demas medidas para llevar adelante la conquista, para lo que despues de depositar en la isla de San Miguel los enfermos de la armada y puesto nuevo gobernador en dicha isla, se llevó consigo todos los barcos chatos que habia mandado construir el invierno anterior para auxiliar el desembarco.

Se hizo á la vela la expedicion desde la isla de San Miguel, y el 24 del mismo aportaron á las costas de la Tercera, cuyo gobernador habia tomado cuantas disposiciones le fueron posibles para oponerse al desembarco.

Comenzó el marqués de Santa Cruz sus operaciones enviando un parlamento al gobernador, en que ofrecia perdon en nombre del rey á todos cuantos voluntariamente se rindiesen á su autoridad, y asimismo salvo conducto á los franceses para retirarse libremente con todos sus efectos. Fué recibido el parlamento, ó por mejor decir devuelto al marqués, desechando todas sus ofertas; y aunque las renovó por medio de un manifiesto á los habitantes de la isla, tuvo maña el gobernador para recoger el documento y guardarlos, sin que fuese sabido tal perdon por los interesados.

Empleó el marqués el dia de su llegada y el siguiente

en hacer reconocimientos de las costas para buscar los puntos de mas fácil desembarco. Despues de muchos tanteos y diversos pareceres, se decidieron á verificarle cerca del puerto de la Muela, defendido por un fuerte, á dos leguas de Angra, capital de la isla, como ya se ha dicho.

Se verificó el desembarco el dia 26 con cuatro mil hombres de los tercios de Agustin Iñiguez y don Francisco Bobadilla, á quienes estaba esta empresa encomendada. Fueron tomando tierra poco á poco las tropas, no sin dificultad, por lo difícil de acercar bien las lanchas que las conducian. Conforme iban desembarcando se formaban en escuadron, pues los enemigos se hallaban muy próximos, y del fuerte de la Muela los estaban cañoneando, aunque inútilmente. Mientras tanto que se verificaba el desembarco, se aproximó cuanto pudo el marqués con su galera á las murallas del fuerte por via de reconocimiento, ó mas bien para entretener á la guarnicion, que le hizo muchos disparos, distrayendo su atencion de las tropas que desembarcaban.

Aunque no faltaban tropas en la Tercera en bastante número para medirse con las del marqués, y ofrecerle á lo menos una obstinada resistencia, costó muy poco á los nuestros la expugnacion de este baluarte en que tantas esperanzas tenia puestas don Antonio. No reinaba la mejor inteligencia entre el jefe de las tropas francesas y el gobernador portugués Juan Antonio de Silva, cuya dura y arbitraria administracion le habia hecho objeto de odio para casi todo el vecindario. Eran demasiado desiguales las fuerzas de don Antonio y del rey católico, para que los habitantes de la Tercera no se arredrasen con las consecuencias de una lucha abierta. Segun informes que tuvo el marqués, ascendia á nueve mil el número de las tropas enemigas, casi el doble de las suyas propias. Mas eran bisoñas, acabadas de alistar, con poca instruccion, con menos disciplina. No dejaron sin embargo de presentarse á las nuestras inmediatamente de verificado el desembarco. Formaron su campo, asegu-

rado por medio de trincheras: lo mismo practicaron las tropas españolas. Todo aquel dia del desembarco se pasó en escaramuzas de muy pocos resultados por ninguna de ambas partes.

Para dar una idea del mal estado en que se hallaban las tropas portuguesas y francesas, mencionaremos una estratajema de que se valieron, muy rara en los anales de la guerra. Hallándose el marqués celebrando un consejo de guerra muy cerca de ponerse el sol del mismo dia 26, tuvo que suspenderle por un ruido y alboroto extraordinario que se movió en su campo, y procedido todo de la singular invencion que tuvo el enemigo de soltar como unas mil vacas y dirigirlas al campo de los españoles. Mas este ganado se desordenó por precision á los primeros tiros de los nuestros, que les disparaban desde lo alto de sus trincheras sin que se atreviesen á saltarlas. Así no sirvió esta escaramuza mas que de risa para el campo español, donde se debió de conocer con qué clase de enemigos se hallaban empeñados.

Al dia siguiente tuvo lugar un lance mas sério, en que los franceses llevaron al principio lo mejor, habiendo con mucha bizarría obligado á los nuestros á cederles el terreno. Mas fué esta ventaja para ellos de muy poca dura, habiendo tenido al fin que retirarse al otro extremo de la isla en que se situaron. Así quedó abandonado el puerto de la Muela, y asimismo el de Angra, que se hallaba sin fortificaciones.

Habia ofrecido el marqués dar á saco á sus tropas la isla por tres dias. Usaron de ese permiso en el puerto de la Muela; lo mismo se verificó en Angra, adonde las tropas se dirigieron en seguida. Mas el botin fué sumamente escaso, pues el pueblo estaba abandonado y los vecinos habian llevado consigo sus efectos mas preciosos. Así solo cayeron en poder de los nuestros algunos muebles de poco valor que para nada les servian; mas hicieron una presa considerable en los esclavos del pais, hasta el número de mil y quinientos que se repartieron.

Si se encontraron pocas riquezas en Angra, no sucedió lo mismo con el material de guerra. Se hallaron noventa y una piezas de artillería en los bajeles, y en los fuertes doscientas diez y nueve, pertenecientes muchas de ellas á los franceses, con las armas reales de aquel reino. Se cogieron ademas muchas balas, pólvora, jarcia y demas pertrechos militares, tanto de mar como de tierra.

Inmediatamente echó el marqués un bando para que se recogiesen á sus casas los habitantes que andaban vagando por los campos y habian tomado asilo en las montañas. Poco á poco depusieron estos el temor, y la isla volvió á su estado de tranquilidad acostumbrada. En cuanto á los portugueses armados y franceses que se retiraron de la accion, se hallaban en un pueblo llamado los Altares, en la parte mas occidental de la Tercera.

Mientras se negociaba de una y otra parte sobre la suerte ulterior de estas tropas, despachó el marqués de Santa Cruz parte de sus galeras para volver á la obediencia del rey las demas islas que todavía estaban á la devocion de don Antonio. Se rindió la de San Jorge sin ninguna resistencia; mas la puso la de Fayal á don Pedro de Toledo, que tuvo que desembarcar á viva fuerza. Las tropas que se le presentaron en la costa huyeron inmediatamente y se refugiaron al castillo de Orta. Mas este fuerte se rindió muy pronto á las armas de don Pedro, quien hizo colgar al gobernador, como el principal motor de aquella resistencia.

Dió el capitan español la isla de Fayal á saco por tres dias, y despues de haber puesto nuevo gobernador en el castillo de Orta, se encaminó á la isla de Pico, que se entregó sin resistencia. Desde allí se dirigió á la Tercera, habiendo hecho rendirle obediencia en el camino á las islas del Cuervo y la Graciosa.

Mientras tanto habian hecho proposiciones los franceses de la Tercera para que el marqués les permitiese retirarse á su pais con sus banderas, armas y artillería,

llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas, excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demas efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por órden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponia tenian la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de

todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico dueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

CAPITULO LVII.

Asuntos de los Paises-Bajos.--Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.--Dificultades de la empresa.--Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.--Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.--Descripcion de la obra.--Toma de Gante.--Intentan los sitiados desbaratar el puente.--Brulotes.--Voladura de una gran parte de la construccion.--Desastres.--Se repara el daño.--Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.--Son rechazados con gran pérdida.--Abren sus puertas Bruselas y Malinas.--Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.--Se ven precisados á rendirse.--Condiciones de la entrega.--Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.--Su entrada triunfal en Amberes (1).

1584—1585.

La incorporacion del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseia el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declara-

---

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Paises-Bajos.

dos. Se hallaban éstos en los Paises-Bajos, en Inglaterra, y aun puede decirse en la córte de Francia, donde tantos medios directos se empleaban para suscitarle hostilidades. Se acercaba el tiempo del desenlace de los granpes dramas que entonces se representaban en esta parte de la Europa; donde tantas pasiones, tantos intereses, tantas creencias religiosas se hallaban en una pugna abierta. No es posible comprender bien el reinado de Felipe II sin pasar en revista todos estos grandes acontecimientos; y nosotros, que en este trabajo nos hemos propuesto por objeto presentar un cuadro, aunque abreviado, no solo de lo que hizo un rey, sino de lo que pasó en su siglo, le tendríamos por incompleto si no echásemos los ojos á menudo sobre otros Estados donde influia por unos medios ú otros su política. Para continuar nuestra tarea, volveremos por ahora á los Paises-Bajos, donde dejamos al príncipe de Parma aprovechándose habilmente de los dos grandes acontecimientos que habian ocurrido, á saber: la expulsion de los franceses y la muerte del temible príncipe de Orange. Acababan de caer en sus manos las plazas fuertes de Iprés y de Brujas. Vacilaba Gante estrechada por la fuerza, agitada ademas por muchos elementos de discordia que fermentaban dentro de sus muros. Mientras padecia tanto esta ciudad, en mil sentidos diferentes combatida, concibió y puso en ejecucion el príncipe de Parma un proyecto mas grande, mas importante, á saber: la expugnacion de Amberes, sitio principal de la insurreccion, asiento por entonces de su gobierno, la plaza mas importante del pais por su poblacion, por sus riquezas, y sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Bajo el aspecto político, y aun bajo el militar, por ser uno de los hechos de armas que mas ruido hicieron en la última mitad de aquel siglo, merece el sitio de Amberes una relacion algo menos sucinta que las que hasta ahora hemos consagrado á las empresas militares. Está situada esta ciudad, conocida tambien con el nom-

bre de Antuerpia, en la orilla derecha del Escalda, tan ancho por aquella parte, que la constituye en un verdadero puerto de mar, adonde llegan y fondean con comodidad navíos de alto bordo. Aunque despues de la época á que nos referimos han recibido sus obras marítimas una extension tal, que forman de Amberes el puerto principal del mar Germánico ó del Norte, ya entonces eran de bastante importancia para hacerle representar un gran papel como emporio de comercio. De sus riquezas, de sus manufacturas, de los buques de todas las naciones que á sus muros acudian, hemos hablado en su debido tiempo. En lugar de haberle privado de su importancia la guerra viva de que eran teatro los Paises-Bajos, se la habia aumentado en sentido político y militar, pues aunque no lo era en realidad, se la consideraba como la verdadera capital de Flandes.

Concibió, pues, el príncipe Alejandro un gran plan, cuando pensó tan decididamente en poner sitio á una ciudad á todas luces tan considerable; pero pareció demasiado atrevido y casi de imposible ejecucion á muchos de sus capitanes. Alegaron lo fuerte de la plaza, lo difícil y casi imposible de privarla de recursos por el mar, lo azaroso de emprender un sitio dejándose a la espalda á Gante y Terramunda, la escasez de tropas que tenia Alejandro á su disposicion para abrazar y acudir á tantos puntos á la vez, la facilidad en que se hallaban los de Amberes para soltar las esclusas de los diques y canales, y causar una inundacion en el campo de los sitiadores, como habia sucedido en Leyden, etc. Mas á estas razones respondió Alejandro, que en ocasiones como la presente se debian emprender acciones arrojadas que impusiesen terror al enemigo; que presentándose las cosas tan favorables á la causa del rey con la muerte del príncipe de Orange, se debian aprovechar estos momentos de desmayo y fluctuacion en que se hallaban los flamencos; que no era difícil cortar la comunicacion de Terramunda y Gante con Amberes; y que aunque el Escalda corria tan

ancho por aquella parte, no faltarian medios, si no para impedir el que recibiesen socorros por mar, á lo menos de disminuirlos hasta el punto de causar en la ciudad escaseces y apuros, aumentándose así el número de los descontentos de aquel estado de cosas, y creándose elementos de discordia y anarquía, que tan eficazmente servirian al objeto de los sitiadores.

Se resolvió, pues, definitivamente en setiembre de 1584 el sitio de Amberes, y con este motivo se pusieron en movimiento las fuerzas disponibles que no eran en otra parte absolutamente indispensables. Se hallaba parte de ellas en Frisia, bajo las órdenes de Francisco Verdugo, que tenia al frente á Guillermo de Nassau, teniente de Mauricio, nuevo príncipe de Orange. Estaban situados en Colonia dos regimientos alemanes al mando del conde de Aremberg: en Zutphen algunas tropas de caballería; y el marqués de Renty con su tercio de valones hácia el Mediodía, para oponerse á cualquiera movimiento que por el Artois y el Haynault hiciesen los franceses. En Brabante y la provincia de Flandes, á las órdenes inmediatas de Alejandro, militaban cuatro tercios con cuatro regimientos extraordinarios, y ademas otros tres que acababan de llegar de España despues de sujetadas las Terceras. Con todas estas tropas, que ascendian á diez mil infantes y mil y quinientos caballos, procedió Alejandro Farnesio á las operaciones del asedio.

Estaba preparada Amberes para hacer frente á la tempestad que ya veia tan próxima. Aumentó todos sus medios de defensa su gobernador Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, quien despues de la muerte del príncipe de Orange, era la persona de mas influencia entre los confederados. No se intimidaron los habitantes por ver á los enemigos tan cerca de sus puertas, pues aunque no podian recibir socorros por tierra en razon á la escasez de tropas que entonces habia en el pais, confiaban en su puerto y en su rio, que les proporcionaba comunicacion con todas partes, y la facilidad de no ca-

recer jamás de víveres y demas provisiones necesarias. A la seguridad, á la fortificacion de las dos riberas del Escalda, consagraron, pues, sus primeras atenciones. Construyeron en la derecha, que corresponde á la provincia del Brabante, y á tres leguas por bajo de la ciudad, el fuerte de Liefkenshoec; y en la izquierda, que pertenece á Flandes, añadieron nuevas defensas al de Lillo, que ya lo habia sido por el duque de Alba. Ademas establecieron varios reductos entre los dos fuertes y la plaza, teniendo tambien el medio de coronar todas estas precauciones con la de inundar el pais que corresponde á la última provincia. Aunque con experiencia de la actividad y saber que desplegaba en todas ocasiones el príncipe Alejandro, no concibieron grandes temores de su tentativa. Mas el general español tuvo medios, como se verá, de acabar con tan gratas ilusiones.

El mismo interés de los de Amberes en fortificar las dos riberas del Escalda, manifestó su enemigo en destruirles sus trabajos; tan convencido estaba de que no cerrándoles este caudaloso rio, jamás se apoderaria de la plaza. Habia llegado ya á la sazon cerca de sus muros con todas las fuerzas disponibles, y establecido su campo en Beveren, á dos leguas de distancia. Fué su primera operacion destacar dos cuerpos considerables, uno de cuatro mil hombres de infantería y ocho compañías de caballería, á las órdenes del marqués de Rubais, para expugnar el fuerte de Liefkenshoec, y otro mandado por el conde de Mansfeld, compuesto de tres mil infantes y cuatro compañías de caballería, con objeto de practicar la misma operacion en el de Lillo. Mientras tanto envió otros destacamentos con objeto de impedir toda comunicacion entre Amberes, Terramunda, Gante y Malinas, colocando como puesto principal en Villebroock el tercio de Agustin Iñiguez, que acababa de llegar de la Tercera.

Fué dichoso el marqués de Rubais en su ataque sobre el fuerte de Liefkenshoec, que se le rindió sin

grande resistencia ni pérdida considerable de los suyos. Mas no sucedió lo mismo al conde de Mansfeld en el de Lillo, mucho mas fortificado que el primero. Hicieron los sitiados una salida que causó grave pérdida á los españoles. En cuantos ataques á viva fuerza dieron éstos contra los del castillo, fueron constantemente repelidos. Con esto y las nuevas inundaciones que produjo el rompimiento de un dique, tuvo que desistir el conde de Mansfeld, y se retiró á los cuarteles de Alejandro.

Ya con la expugnacion del fuerte de Liefkenshoec, comenzaron los de Amberes á sentir dificultades en sus comunicaciones por el rio. No escaseaban los españoles sus fuegos contra todas las embarcaciones que subian y bajaban. Mas esto era poco para el príncipe de Parma, que aspiraba á cortar sus comunicaciones por entero. Para conseguir su objeto concibió el plan de construir una especie de puente ó de barrera, que partiendo de las dos orillas, cerrase completamente el puerto. Se burlaron mucho los habitantes de Amberes, y sobre todo su gobernador, cuando supieron el designio del de Parma, que atribuyeron á locura. Mas palparon pronto, á pesar suyo, la realidad de una empresa que en vista de los dos mil y cuatrocientos piés que tiene de ancho por aquella parte el rio, les parecia tan quimérica.

Para llevarlo á cabo eligió Alejandro dos puntos adonde el rio se presentaba un poco mas estrecho, llamados Callóo y Ordan; éste en la orilla de Flandes y el segundo en la de Brabante. Eran inmensos los materiales que en vigas, tablas y otros artículos se necesitaban para esta obra gigantesca. Mas por la actividad desplegada en su acopio por el príncipe de Parma, se pasaron muy pocos dias antes de empezarla.

Se redujo la operacion á clavar fuertes estacas en el fondo del rio y asegurar sus cabezas por medio de vigas cruzadas que se colocaban horizontalmente, enlazándolas unas con otras con objeto de hacer la trabazon lo mas sólida posible. Sobre las vigas se colocaban tablas que

constituian el suelo de la obra, y donde los hombres estaban á pié enjuto. En las dos orillas se construyeron dos castillos de madera, tomando el de la parte de Brabante el nombre de San Felipe en honor del rey, y el de María Madre de Dios el de la de Flandes. Se dió al tablado de estos dos castillos las dimensiones suficientes para que pudiesen contener con bastante holgura cincuenta hombres. Los dos ramales que desde ambos castillos se avanzaban sobre el rio, no tenian mas que doce piés de anchura, de modo que diesen paso á ocho hombres de frente. A las extremidades de esta especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de parapeto de cuatro piés de altura, á prueba de bala de arcabuz ó de mosquete.

De este modo, y mientras lo permitió la poca altura de las aguas, se construyó una línea de puente ó de estacada de nuevecientos piés por el lado de Bravante, y por la de Flandes de doscientos solamente. Entre los extremos de los dos ramales quedaba un hueco de mas de mil doscientos piés, donde era imposible la fijacion de estacas por la gran profundidad del rio y lo rápido de la corriente. Ideó el príncipe de Parma llenar este hueco con buques, lanchas ó cualquier género de embarcaciones. Mas no pudo por entonces hacerse con los suficientes, pues tenia que surtirse para esto de Dunkerque.

Mientras se procedia á la construccion de este puente, que era entonces asombro de la Europa, hacia expugnar Alejandro la plaza de Terramunda, situada tambien sobre el Escalda, para acabar así con toda comunicacion entre este punto y Amberes. Hizo la plaza bastante resistencia, sobre todo en su baluarte principal, y al principio sufrieron los nuestros graves pérdidas. Por fin tomaron los españoles este baluarte el 15 de agosto, y el 17 tuvo que rendirse la plaza, pagando sesenta mil florines para indemnizar los gastos de la guerra. Salió la guarnicion en número de seiscientos hombres sin armas ni caballos. Juró la ciudad obediencia al rey de España,

y á los calvinistas se les dió dos años de término para arreglar sus negocios, al fin de cuyo plazo tendrian que evacuarla.

Al saberse en Gante la noticia de la toma de Terramunda y los peligros que amenazaban sériamente á Amberes, trataron de entregarse al príncipe Alejandro, bajo las mismas condiciones que antes lo habian hecho los de Iprés y Brujas. Se negó el general español á la propuesta, haciendo sentir á los comisionados de la ciudad que vinieron á su campo, cuán diversas eran ya las circunstancias. Al fin se convinieron, pues si los de Gante tenian miedo, no eran menos los deseos de Alejandro de ocupar á Gante. Reconoció la ciudad la autoridad del rey, y pagó doscientos mil florines. Se sacaron de la cárcel todos los retenidos en ella por ser de la parcialidad del rey. Se restituyeron los templos al culto católico, y volvió su ejercicio al estado acostumbrado. En cuanto á los calvinistas, quedaron privados del suyo, y recibieron órden de evacuar la ciudad, aunque se les dió algun tiempo para que arreglasen sus negocios.

Con la ocupacion de Gante hizo Alejandro la adquisicion de los buques que necesitaba para dar fin á su famoso puente. No habia dificultad en hacerlos trasportar hasta cerca de Amberes, siendo ya dueños los españoles de Terramunda y Rupelmunda. Mas tenian que hacer un rodeo para llegar al punto de su destino, hallándose en medio Amberes, debajo de cuya plaza el puente se formaba. Para obviar este inconveniente mandó Alejandro hacer dos cortaduras en el dique de la Escalda; una en Callóo, por debajo de Amberes, otra en Borcht, por encima; con lo que habiéndose formado una inundacion entre ambos puntos, pudieron llegar las naves al primero sin tropezar con la ciudad que les cortaba el paso. Y habiéndose inutilizado este expediente por un reducto que los de Amberes construyeron en Borcht, tomó Alejandro el partido de abrir un canal de mas de cinco leguas, que aseguraba la comunicacion entre Callóo y un

pequeño rio que desagua muy cerca de Gante, en el Escalda.

Así se hizo Alejandro, sin molestia por los de Amberes, con veinte y ocho ó treinta naves, suficientes para llenar el hueco entre los dos ramales de la estacada ó puente de madera. Los colocó á lo largo, á veinte pasos uno de otro de distancia, sujetándolos con anclas y gruesas cadenas de hierro, cuyas extremidades estaban fuertemente ligadas con los dos extremos de este puente. Para asegurar la comunicacion de un buque á otro, se colocaron gruesas vigas cubiertas de tablas, dando á cada uno de estos puentes la misma anchura y colocando en ellos los mismos parapetos que en los dos construidos sobre estacas.

Así se cerró completamente la comunicacion de Amberes con el rio. Para dar mas seguridad y aumentar la eficacia de este puente, se echaron otros dos, uno en la parte superior y otro en la inferior del Escalda, con simples barcas ligadas entre sí del mismo modo que los buques grandes, con fuertes barras puntiagudas de hierro por uno de los lados, para oponer mas obstáculos á los navíos que se presentaban. En cada buque se colocó artillería, y la misma operacion tuvo lugar en cada uno de los barcos chicos.

Bajo cualquier aspecto que esta construccion se considere, fué una obra admirable para aquellos tiempos, y aun es digna de las mayores alabanzas en los nuestros, donde tan adelantados se hallan todos los ramos del arte de la guerra. Mas que el ingenio del arte, lució en la construccion del puente de Amberes la audacia de haberle concebido, el arrojo y la constancia con que en medio de tantos obstáculos se consiguió llevarle á cabo. No se apartaban un momento de la obra los ojos vigilantes de Alejandro, y eran muy frecuentes las ocasiones en que para animar y entusiasmar á todos con su ejemplo, echaba él mismo mano al pico y á la azada. En los habitantes de la ciudad hizo una impresion dolorosa,

tanto mas profunda cuanto se habia tenido á sueño y hasta escarnecido dicha obra, como fanfarronada por parte de Farnesio. Quedaba Amberes sin comunicacion ninguna con el mar, de donde aguardaba toda especie de auxilios y recursos. Con tan pocas fuerzas de tierra como tenian los confederados, en las comunicaciones por agua estaba puesta toda su esperanza. Por eso se esforzaba tanto Alejandro en cortárselas, reduciendo á bloqueo un sitio en que no se podia operar á viva fuerza.

Hemos visto ya, por disposiciones hábilmente tomadas, caer en sus manos la plaza fuerte de Gante, situada tambien sobre el Escalda. La misma suerte aguardaba á Bruselas, donde comenzaban ya á sentirse los horrores del hambre, bloqueada como estaba por las tropas de Alejandro. Un convoy enviado por los de Malinas y Amberes, custodiado por mil hombres, cayó en una emboscada de los nuestros, en cuyas manos quedaron todos prisioneros. Privada la ciudad de este recurso, y sin esperanza de otros nuevos, trató de abrir sus puertas al de Parma, con cuyo objeto le enviaron embajadores á su campo de Beveren, donde al fin de dificultades y altercados, se rindieron bajo las condiciones, de que los ciudadanos volviesen á la obediencia del rey y fuesen restituidos á su gracia; que se devolviesen á los templos católicos todos los efectos que les habian robado; que las demas restituciones y reparaciones quedasen á cargo de los tribunales ordinarios; que dejasen los herejes la ciudad al cabo de dos años, dándoseles este término para el arreglo de todos sus negocios; que saliese la gente de guerra libre con sus armas y equipaje, pero sin banderas, sin mechas encendidas, sin tocar cajas ni trompetas, habiendo jurado primero que en cuatro meses los soldados y en seis los oficiales no tomarian las armas contra el rey de España.

No fueron las condiciones, como se vé, muy duras. Ninguna contribucion en dinero se impuso sobre el pueblo de Bruselas. Mas no le convenia á Alejandro el ser

muy exigente, ocupado como estaba en el sitio de Amberes, y sobre todo tratándose de la ocupacion de una ciudad tan importante, considerada como la capital de todos los Paises-Bajos.

A la rendicion de Bruselas se siguió la de Nímega, capital de la provincia de Güeldres, que abrió sus puertas sin grande resistencia, aterrada probablemente con el ejemplo de las otras plazas fuertes que acababan de caer en manos de Alejandro.

Creció con estas pérdidas la turbacion y el miedo en los de Amberes. Comenzaban ya á mostrarse síntomas de descontento; mas el gobernador Santa Aldegundis, hombre de resolucion y de firmeza, supo tranquilizar los ánimos de los habitantes. La masa de la poblacion estaba enconada contra el rey católico. Allí tenia su asiento principal la insurreccion de los Paises-Bajos, y desplegaba la energía y política de los confederados. A pesar del puente echado sobre el rio, no habian perdido las esperanzas de comunicarse al fin con el Océano. En Middelburgo se preparaba una escuadra, con cuyo auxilio y los esfuerzos que se hiciesen por el lado de la plaza, aguardaban romper aquella barrera formidable.

Se hizo en efecto á la vela dicha expedicion marítima, mandada por Treslong, y aunque Farnesio no la creia de grande importancia por los disgustos que segun era fama mediaban entre aquel general y los confederados, no dejó Treslong de cumplir con su deber, subiendo el Escalda con su escuadra, sin que Farnesio pudiese por falta de navíos oponerle resistencia. Cayeron los confederados sobre el fuerte de Liefkenshoec, que tomaron sin grande resistencia. Tampoco la encontraron en el de San Martin, otro mas pequeño de las inmediaciones, que ocuparon en seguida. Irritado Farnesio de tanta flojedad por parte de los suyos, trató de hacer un escarmiento público, mandando degollar á los principales jefes sobre el mismo dique del Escalda, á vista de los enemigos.

Dueños así los confederados de estos dos fuertes y

del de Lillo, que está en frente, dominaban completamente el Escalda desde estos dos puntos hácia abajo. Lo mismo sucedia á los de Amberes por la parte superior; mas en medio se encontraba como una barrera insuperable el fatal puente.

A derribar, pues, esta especie de muralla, se dirigieron los esfuerzos de unos y otros. En su conservacion cifraba Alejandro todos los medios de tomar la plaza. Creyó en un principio que procederian los ataques mas activos de la escuadra establecida en la parte inferior; mas era en Amberes donde se tomaban las medidas mas eficaces para acabar con una obra que los amenazaba con la ruina. Trataron primero de cortar, al amparo de la noche, las maromas ó cables que sujetaban los buques del puente; mas Farnesio inutilizó su tentativa, sustituyendo las maromas con cadenas de hierro, que no la exponian al mismo inconveniente. Si era grande en unos la actividad para destruir, mayor era la del de Parma para reparar, sin perdonar diligencia alguna, los daños de su puente ó cortadura.

Residia á la sazon en Amberes un ingeniero italiano llamado Giambelli ó Jambelo, hombre de recursos, de cuyos consejos hacian mucho caso aquellos habitantes. Construyeron por su direccion una porcion de barcos chatos, muy altos por los dos costados, con suelo ó fondo de cal y de ladrillo, sobre el que colocaron un cofre de mina con su galería en direccion de popa á proa, lleno de pólvora, balas y otros proyectiles. Todo el hueco entre los costados de la embarcacion y la mina, se ocupó con piedras y mas materias pesadas, cuantas podia recibir el buque. En todo este aparato no faltaba su mecha, que iba oculta y preparada como las de las minas ordinarias.

De esta especie de brulotes se aprontaron hasta quince, cuatro grandes y once algo mas pequeños, ascendiendo á setenta quintales de pólvora la carga de las cuatro mas considerables. Se preparó todo este artificio con

el mayor secreto, y aunque se susurraba en el campo de Alejandro que los de Amberes preparaban medios de destruir el puente, no llegaron á conjeturar de qué especie eran.

Se lanzaron, pues, rio abajo los quince brulotes, disparando sus tripulaciones fuegos de artificio para excitar mas la sorpresa de los sitiadores. Asombrados se quedaron éstos, en efecto, al ver una acometida tan extraña, é ignorantes del peligro que corrian, la aguardaban sobre el mismo puente, pensando en neutralizarla por los medios ordinarios. La contemplaba asimismo atónito Alejandro desde el castillo de Santa María, acompañado del marqués de Rubais y otros jefes principales. A ruegos de algunos de sus oficiales se alejó de aquel sitio, donde tan graves riesgos corria su persona; mas no siguieron su ejemplo Rubais ni los otros jefes; tan ajenos estaban de sospechar que eran minas lo que se acercaban. Estaban coronadas las dos orillas del Escalda de gente que acudió á presenciar un espectáculo tan extraordinario, y cuyo secreto era sabido de muy pocos. Caminaban mientras tanto los brulotes, habilmente dirigidos por marinos prácticos. Cuando estuvieron á cierta distancia del puente, pasaron á las lanchas que llevaban para ello preparadas, habiendo puesto el fuego á las mechas de antemano, sin que fuese observado por los espectadores, por estar ocultas en los mismos buques.

Abandonados así los brulotes á su propia direccion, cedieron al impulso natural de la corriente. Los once mas pequeños se desviaron del camino y vararon en la orilla. Pasaron mas adelante los cuatro grandes; mas á los tres de ellos les sucedió lo mismo que á los otros, quedando medio sumergidos. Solo llegó uno á su destino, que los nuestros no pudieron detener, reventando la mina en el mismo instante de tocar el puente. Fué espantosa la explosion, y sus efectos superiores á cuanto pudiera describirse. Se estremeció al estampido el suelo de los alrededores; se oscureció el aire como en medio de un vio-

lento huracan, mientras volaban hechos pedazos las piedras, las vigas, los maderos, todo el material del castillo de Santa María y de la estacada inmediata, con mas de ochocientas personas que la coronaban. Penetró en la atmósfera un hedor intolerable, efecto de los mistos de la mina, que sofocó á varios y privó á muchos del sentido. Se cubrieron en pocos instantes las aguas del rio, las riberas y los campos de toda suerte de destrozos, de cuerpos mutilados chorreando sangre, ennegrecidos por el humo: algunos se ahogaron en el rio: quedaron otros sepultados en los fragmentos de piedra y maderos, y no pocos que no perecieron en el acto, luchaban con las aguas agitadas del rio, ó lanzaban en los aires gemidos dolorosos.

Si los demas brulotes, ó á lo menos una gran parte, hubiesen llegado igualmente á su destino; si los de Amberes y los de Lillo hubiesen acudido con sus fuerzas inmediatamente que tuvo efecto la explosion, hubiese tal vez desaparecido el puente y desordenádose completamente el campo de Alejandro. Mas por ninguna parte se presentaron los confederados. Autores dicen que nada supieron de lo que allí pasaba, hallándose sin noticias por espacio de dos dias. Si esto es cierto, aunque de ningun modo verosímil, arguye mucho descuido en los sitiados, que por otra parte debian de estar muy ansiosos de saber el resultado de su tentativa.

No perdió su presencia de ánimo Alejandro en medio del dolor, de la consternacion que le causó una pérdida tan espantosa, menos sensible por las obras destruidas, que por tantos valientes, víctimas sin gloria de una explosion que no se habia previsto. Entre ellas se contaba al marqués de Rubais, general de la caballería, esclarecido capitan y muy querido de Farnesio. Atendió éste con su actividad acostumbrada al alivio y curacion de los heridos, á restablecer el órden, y sobre todo á la reparacion de las obras, levantando nuevas estacadas, colocando otros buques en el puente, aunque sin la debida

trabazon; de modo que á la mañana del dia de la explosion conservaba de lejos la apariencia de estar como antes, sin ninguna ruptura perceptible. Con la misma actividad se llevó adelante la obra de la reparacion, de modo que dos dias despues no solo estaba el puente repuesto, sino muy mejorado.

No desmayaron los de Amberes por el poco efecto de su tentativa. Nuevos brulotes construyó Giambelli; mas habiendo desaparecido la impresion producida por la novedad, fueron aún mas inútiles que los anteriores. Llegaron los soldados de Farnesio hasta apagar la mecha de que venian provistos, y con garfios de hierro y otros instrumentos los desviaban hácia las orillas, donde quedaban varados y medio sumergidos. Recurrieron tambien al artificio de lanzar varias lanchas trabadas entre sí, para que chocando contra el puente, arrastrasen consigo algunos de los buques en que se apoyaban. Mas tambien los españoles se precavieron contra este accidente, preparando huecos por donde las lanchas se escurrian. Recurrieron los sitiados por último á la construccion de un enorme navío armado de espolones de hierro, que lanzaron á favor de la corriente y la marea, lisonjeados de que al choque de tan enorme mole cederian los barcos y se destruiria la trabazon de las demas partes que á la formacion del puente concurrian. Mas no fué esta máquina, á la que dieron el nombre pomposo de *Fin de la guerra*, de mejor efecto que las anteriores. Despues de abandonado á su propia direccion, torció su curso, y fué á varar en la orilla derecha, cerca de Ordan, sirviendo de mofa á los sitiadores, quienes la llevaron al príncipe de Parma.

Perdida la esperanza de destruir aquella barrera fatal que los tenia incomunicados con el mar, resolvieron los de Amberes abrirse otro camino sin que pudiese estorbárselo el puente de Alejandro. Para comprender la operacion de que esperaban este efecto, se tendrá presente que coronaban las riberas del Escalda, como las

de casi todos los rios del pais, diques de bastante elevacion, con que evitaban la inundacion de los campos en la crecida de las aguas. Para la comunicacion de los diques con las tierras altas cuando la inundacion tenia lugar, habia otros diques ó murallones llamados contra-diques. Entre el dique de la orilla izquierda del Escalda del lado de Flandes y un pueblo inmediato situado sobre una elevacion, llamado Colvesteins, existia un contra-dique de este mismo nombre. Dueños los de Amberes de abrir el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y los de Lillo de practicar lo mismo por debajo, podian proporcionarse una inundacion tal que les abriese comunicacion con el mar, quedando de este modo inutilizada aquella obra. Mas para que se mezclasen las aguas del rio por entrambas partes, era necesario destruir el contra-dique de Colvesteins que estaba de por medio. De este punto se habia apoderado de antemano el príncipe Alejandro, preveyendo lo importante que podia serle en sus operaciones; y como anticipándose à los designios de sus enemigos, habia fortificado el punto con algunos castillos que se apoyaban en el mismo dique. En frente, es decir, en el pueblo y colina donde terminaba el contra-dique, hizo construir un baluarte, desde donde se podia ofender á los que por una y otra parte le atacasen.

A la expugnacion de este contra-dique se aplicaron con suma tenacidad los de Amberes, pues aunque el gobernador Santa Aldegundis y Giambelli se obstinaban en hacerles creer que aun se podia destruir el puente de Farnesio, daban por inútil ya esta empresa.

Se hicieron contra el contra-fuerte de Colvesteins dos tentativas. En la primera atacaron solo los de Lillo con el conde de Holak á la cabeza, contando con que lo harian al mismo tiempo por su parte los de Amberes. Embistieron con furia los buques de los confederados; llegaron á situarse sobre el mismo contra-dique, haciendo replegarse por un tiempo á las tropas que le coronaban; mas con los fuegos que éstas les hicieron desde los cas-

tillos, tuvieron que abandonar el terreno y volverse á sus navíos. Viendo por otra parte que no acudian los de Amberes, desistieron de la empresa, no sin haber dejado en el contra-dique algunos muertos, y causar casi la misma pérdida á los enemigos.

La segunda embestida al contra-dique de Colvesteins fué mucho mas séria, y el lance infinitamente mas reñido. Por esta vez atacaron los enemigos por ambos lados de la inundacion; los de Amberes conducidos por Santa Aldegundis; los de Lillo al mando del mismo conde de Holak, acompañado entre otros de Justino Nassau, hijo bastardo del príncipe de Orange. Ascendia á doscientos el número de buques que atacaron por entrambas partes. Llevaban consigo fuegos de artificio para deslumbrar con la llama durante la noche, y ofender con el humo á los del contra-dique, pues se verificó la embestida á la caida de la tarde. Llevaban ademas sacos de tierra, tablas, faginas y otros materiales para construir trincheras y ponerse á cubierto cuando llegasen á tomar tierra, tanto en el mismo contra-dique, como en frente de los castillos que le defendian.

Pareció al principio mostrarse la fortuna favorable á los asaltadores. Cayeron con furor las tropas situadas en el contra-dique, y con el mismo hicieron fuego á los castillos. Llegaron á establecerse en tierra, y por medio de la trinchera que inmediatamente levantaron, pudieron ofender, poniéndose á cubierto de los tiros enemigos. Llegaron hasta á ganar uno de los fuertes llamado la Palada, volviendo su fuego contra los restantes. El ataque del contra dique fué tan sério, y tan obstinada la furia de los confederados, que lograron hacer una abertura de bastante extension para abrir paso á una de las naves que cargadas de víveres aguardaban en la parte inferior del rio el resultado de las operaciones. La llegada de esta nave á Amberes produjo las mayores demostraciones de alegría, sobre todo manifestándoles Santa Aldegundis, que regresó en ella á la ciudad, que estaba

destruido el contra-fuerte, aseguradas ya sus comunicaciones con el mar, y que nada tenian ya que temer del puente de Farnesio.

Se condujo con sobrada ligereza Santa Aldegundis dando prematuramente la feliz noticia, y sobre todo abandonando el campo de batalla antes de estar decidida la victoria. El príncipe de Parma, que se hallaba con los que guardaban su puente aguardando allí un ataque mientras tenia lugar el conflicto de que hablamos, se trasladó volando al campo del peligro cuando supo el que corrian sus tropas de ser envueltas por los confederados. Con su presencia se reanimó el valor de los que daban el lance por perdido; y á su voz, que los trataba de cobardes, y aun mucho mas con su ejemplo, se precipitaron los soldados hácia donde los enemigos trabajaban por ensanchar la brecha que habian abierto al contra-fuerte. Sobre aquel terreno estrecho en que de un lado y otro se hallaban las aguas de la inundacion, se trabó una reñida pelea en que los hombres combatian cuerpo á cuerpo, luchando cada uno por no apartar el pié del terreno que una vez habia ganado. Mientras tanto acudia al teatro de la accion el tercio situado en la colina de Colvesteins, bajo la vigilancia del conde de Mansfeld, y este refuerzo fué de mucha importancia para redoblar el valor de los nuestros y aumentar la confusion de los contrarios. Llegaron los primeros á arrojar á los confederados del contra-dique, y á volver á cegar con piedras, faginas y tablones, la brecha ó boquete que habian llegado á abrir los enemigos. Continuaban éstos peleando obstinadamente desde sus navíos. Por fin, despues de siete horas de batalla reñida, abandonaron éstos la empresa y emprendieron la retirada para los puntos de Amberes y de Lillo. Mas tal fué el desórden de este movimiento, tal el estado de destrozo, que discurriendo los nuestros por el dique del Escalda y echándose otros á nado, se apoderaron de muchos buques que iban rezagados.

Pocos combates se dieron nunca en terreno tan es-

trecho. En pocos se derramó mas sangre, teniendo en cuenta el número de los combatientes. Dejaron los confederados tres mil cadáveres en el contra-dique; perdieron mas de noventa piezas de campaña en los veinte y ocho buques que les fueron tomados por los nuestros. A setecientos asciende el número de los muertos que tuvo Farnesio; á quinientos el de heridos. Renunciaron por entonces los de Amberes á la esperanza de abrir sus comunicaciones con el mar, y desde este momento debieron tener por segura su pérdida si no les venia algun auxilio que los indemnizase de tan sensible pérdida. Habia agotado Giambelli todos los esfuerzos de su imaginacion: se mantenia firme como siempre el puente de Farnesio: el contra-dique estaba reparado, y en igual caso las fortificaciones que le defendian.

Para el aumento de los apuros de la ciudad sitiada, llegó á sus oidos la noticia de la pérdida de Malinas, que privada de sus comunicaciones, como lo habian sido las demas plazas fuertes de Flandes, habia tenido que abrir sus puertas al príncipe de Parma. Aún tenian puestas algunas esperanzas los de Amberes en las mieses de las inmediaciones, próximas á su madurez, pues ocurria esto en los meses de verano de 1585. Mas Farnesio, atento á todo, y engolfado siempre en la idea de tomar la plaza á cualquier precio, envió tropas que talaron los campos de las inmediaciones. Ya era tiempo de que Amberes pensase en librarse de una ruina inevitable.

Se hallaban cortadas las comunicaciones con el mar, sin esperanza de remedio; en poder de Farnesio todas las plazas fuertes de los alrededores en que tenian puesta su confianza; taladas las mieses de las inmediaciones; tomados ya por las tropas españolas los mismos arrabales. Comenzaba ya á sentirse en la ciudad la falta de víveres, y á la vista de los habitantes se presentaba la horrorosa imágen del saqueo que el general español habia prometido á sus soldados si tomaban la plaza á viva fuerza. Se introdujo, pues, el descontento en la generalidad,

y sin rebozo manifestaron deseos de que se entrase en capitulaciones con el príncipe de Parma. Le enviaron con este objeto embajadores, y aunque el vencedor se mostró al principio bastante airado por la resistencia que habian opuesto á las armas de su rey, manifestó deseos de entrar en negociaciones y venir á términos amistosos con aquellos habitantes. Era en él mucho el deseo de reducir á la obediencia del rey aquella importantísima ciudad, y por otra parte estaba siempre receloso de que alguna nueva embestida ú otro accidente imprevisto le desbaratase el puente, que consideraba como el solo medio eficaz de hacerse dueño de la plaza. Despues de varios pasos y negociaciones, se convinieron de una y otra parte en los capítulos: de que quedase en Amberes, como sola religion, la católica: que se restituyesen los templos que se habian quitado á dicho culto, y se volviesen á levantar los destruidos á expensas de los autores de este estrago: que el de Parma estableciese en Amberes guarnicion de naciones amigas de la ciudad, exceptuándose los italianos y españoles: que aprontase la ciudad cuatrocientos mil florines para indemnizar los gastos de la guerra: que los protestantes pudiesen permanecer en la ciudad por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales la dejarian para siempre: que se indultarian los demas excesos cometidos contra el rey, cuya autoridad se volveria á reconocer por todos los habitantes y autoridades de la plaza.

Las condiciones no eran duras considerando el aprieto de la poblacion; mas todavía titubeaban en aceptarlas los principales habitantes mas influyentes, que se veian en la necesidad de someterse al rey de España. Por aquellos dias circularon por la ciudad rumores de próximos socorros de Francia y de Inglaterra; mas desengañados, no pensaron mas que en abrazar el partido que el vencedor les ofrecia.

Mientras el de Parma, estipuladas ya las condiciones, se preparaba á entrar en la ciudad, recibió la insignia del Toison de Oro que en premio de sus servicios

le enviaba el rey de España. Con este motivo hubo grandes festejos en su campo, donde era sumamente querida la persona de Alejandro. Para que pudiese entrar en la ciudad adornado con esta nueva insignia, se la puso con toda solemnidad el conde de Mansfeld, caballero asimismo del Toison, en la capilla del castillo de San Felipe, habiendo celebrado la misa de pontifical el arzopispo de Cambray á vista de los principales jefes del ejército. Mientras tanto estaban las tropas formadas en las dos riberas del Escalda, y con la arcabucería y las piezas de todos los castillos inmediatos se hicieron varias salvas, que realzaban el aparato y solemnidad de aquella ceremonia.

Dos dias despues tuvo lugar la entrada del príncipe en Amberes, y que merece bien el nombre de triunfal, no solo por la gran victoria adquirida, sino por el aparato y pompa militar que le rodeaba. Entró acompañado de los principales jefes del ejército, entre los que se distinguian el duque de Arescot, el príncipe de Chimay, el conde de Egmont, el de Aremberg, el de Mansfeld y Altatenne, todos flamencos, pues no se habia permitido la entrada en la ciudad, segun las capitulaciones, á los italianos y españoles. Fué recibido Farnesio por los magistrados de la ciudad con todas las muestras de sumision y de respeto: por la generalidad de los habitantes con silencio respetuoso, en que manifestaban considerarle solo como un vencedor á quien abrian las puertas por necesidad y no sufrir mas las calamidades de la guerra. No hay necesidad de indicar mas circunstancias que ocurrieron en esta ceremonia de aparato, casi tan iguales en todas las de aquesta clase. Pasó Alejandro á la catedral, donde se cantó un magnífico *Te-Deum*; tomó en seguida providencias de órden y buen régimen, mostrándose celoso porque se cumpliesen religiosamente las capitulaciones por una y otra parte. Hizo abatir de todos los edificios y demas parajes públicos las armas é insignias del duque de Anjou y cuantas daban indicio de que

aquella ciudad habia estado bajo otra dominacion que la del rey de España. Fueron restauradas las armas de este soberano con la mayor solemnidad, y desde entonces volvió á regir su voz en aquella ciudad tan floreciente.

Sujetada Amberes, no tardó Farnesio en continuar el curso de sus operaciones militares. Habia puesto el sitio y toma de esta plaza el sello á su gran reputacion, y colocádole en la clase de los primeros capitanes. En todo aquel siglo fué el tercero de los hechos de armas de esta clase dignos de mas celebridad y de mas fama. Despues del de Rodas y el de Malta viene el de Amberes, sin que ningun otro le pueda disputar este alto puesto. Otro ocurrió despues de tanta nombradía, en que hallaremos la persona de Alejandro como uno de los actores principales de aquel drama.

CAPITULO LVIII.

Continuacion del anterior.--Resultados de la toma de Amberes.--Conflictos de los Estados.--Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.--La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.--Sale de Inglaterra para los Paises-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.--Su buen recibimiento.--Toma el mando del pais.--Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el príncipe de Parma.--Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.--Toma é incendio de esta plaza.--Pasa al sitio de Ruimberg.--Retrocede á socorrer á Zutphen.--Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.--Descontento en el pais con este general.--Pasa á Inglaterra.--Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.--Vuelta de Leicester.--Sus tentativas infructuosas de socorrer la Esclusa.--Nuevos disgustos.--Nuevo regreso de este general á Inglaterra.--Situacion del pais.--Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra (1).

1585—1587.

Con la ocupacion de Amberes por Farnesio, quedaba á su disposicion el mar y libre el camino para

(1) Las mismas autoridades.

cuando quisiese intentar una expedicion sobre la provincia de Zelanda. A excepcion de la plaza de Grave y otros puntos de menos consideracion en el Bravante, habia ya reducido este hábil capitan á la obediencia de Felipe II todas las provincias meridionales de los Paises-Bajos. En la de Güeldres, considerada como septentrional, solo le restaba la expugnacion de la plaza de Venloo, situada como la de Grave sobre el Mosa. Quedaba, pues, reducida la insurreccion á los paises del norte, mucho menos fértiles y ricos que los otros, pero donde el odio al rey de España habia echado raices muy profundas. Era, pues, imposible para los estados el sostener la guerra por sí solos contra un adversario tan temible, poderoso y hábil á quien halagaba la fortuna; y se veian por lo mismo en la triste necesidad de echarse en brazos de un príncipe extranjero, para librarse de caer en manos de otro extranjero tambien mas, cuya dominacion les era bajo muchas consideraciones tan odiosa. Ya hemos hablado de lo infructuoso de sus tentativas cuando se dirigieron al rey de Francia, ofreciendo reconocerle como soberano si les enviaban auxilios bastante poderosos para hacer frente y arrojar del pais al rey de España. Agradable debió de ser la perspectiva para Enrique III, de la adquisicion de tan ricas y fértiles provincias; mas impotente en realidad contra una vasta faccion en la que ejercia Felipe II tanta influencia, tuvo que renunciar á este aumento de poder, negándose rotundamente á las súplicas de los embajadores. No restaba, pues, otro recurso á los confederados de los Paises-Bajos, que dirigirse á la reina de Inglaterra con las mismas pretensiones. Aunque Isabel los habia socorrido muchas veces con tropas y dinero; aunque se habia mostrado tan interesada en promover los intereses y asegurar la dominacion del duque de Anjou, nunca se habia atrevido á declararse abiertamente su aliada y protectora, temiendo ponerse en abierta hostilidad con su antiguo señor, que le parecia un enemigo formidable. Habian variado algun tanto las circunstancias para

esta princesa, y le pareció que habia llegado la ocasion de romper abiertamente con quien algun dia, y sobre todo despues de la conquista de Portugal, podria caer sobre sus estados con fuerzas poderosas. Cada dia ganaba mas terreno Felipe II en Francia, donde tan hábilmente ponia en juego su política y con gran tino esparcia el dinero entre los que tan dóciles se mostraban á sus voluntades. Trató, pues, la reina de Inglaterra de oponer la fuerza á la fuerza, pues ya no habia para ella otros medios de conjurar la borrasca que la amenazaba. Acogió, pues, la reina de Inglaterra á los comisionados de los Paises-Bajos. Oyó su peticion con muestras de contento, y les dijo: que aunque por entonces no podia darles una respuesta positiva, oirian su determinacion tan luego como consultase á su Consejo.

Hubo diversidad de pareceres entre los individuos de esta corporacion, que con tanta habilidad dirigia la conducta de la reina. Dijeron algunos que era imprudencia declararse en abierta hostilidad con un rey que tenia tantos medios de dañarla, dándole así motivos manifiestos de desahogar con justicia los sentimientos de odio que la profesaba desde tantos años. Mas opinaron otros que por lo mismo que existia este odio y que no se podia nunca cambiar en amistad, debia prevenirse la reina tomando para su conservacion las medidas que mas oportunamente se le presentasen: que no era posible libertar á los Paises-Bajos de la dominacion de Felipe II sin un socorro eficaz y poderoso; y que solo ella les podia proporcionar, habiéndose negado el rey de Francia á protegerlos, no por falta de voluntad sino por impotencia: que siendo imposible enviar este socorro sin declararse enemiga de la España, que era preferible asegurarse un pais de la importancia de los Paises-Bajos, á permitir volviese á las manos del rey de España, y fuese así uno de los instrumentos de su propia ruina.

Prevaleció esta opinion en el Consejo y fué aprobada por la reina. Respondió esta princesa en consecuencia á

los embajadores, que estaba resuelta á enviarles recursos y declararse protectora suya; mas que por razones de estado y por bien de ellos mismos se veia en precision de renunciar el título de soberana; que les enviaria tropas y dinero; que les asistiria hasta con sus buques si fuese necesario, tomando de su cuenta el obrar de modo que su proteccion fuese efectiva y tan eficaz que los salvase del riesgo inminente que corrian.

Siguieron á las palabras las acciones. Por un convenio ajustado con los embajadores se comprometió Isabel a enviar por de pronto cinco mil hombres de infantería y mil caballos pagados y mantenidos de su cuenta.

Para ponerse á la cabeza de estas tropas, nombró la reina á su favorito el conde de Leicester en cuya eleccion no anduvo tan acertada como solia estarlo en otras ocasiones. Era el conde de Leicester recomendable por las cualidades personales, muy dignas de atraerse el cariño de la reina; mas no poseia otras dotes que le hiciesen acreedor á cargos de importancia. En ninguna cosa era hombre superior, ni en materias de gobierno, ni en el arte de la guerra, y por otra parte con demasiado orgullo y presuncion por el favor que disfrutaba, no estaba calculado para captarse popularidad en los Paises-Bajos. Fué recibido en ellos con las mayores demostraciones de entusiasmo. Entró en el Haya, punto de su desembarco, con toda pompa y aparato, recibiendo cuantos festejos, cuantas muestras de satisfaccion y de alegría podian darle sus vecinos. Confirmaron los Estados estos sentimientos de benevolencia, y no solo le admitieron como delegado y representante de la reina de Inglaterra, sino que le revistieron con el cargo de gobernador de todas sus provincias.

Se disgustó ó aparentó disgustarse la reina Isabel de que llegase á tanto la deferencia de los Paises-Bajos, manifestandoles que solo habia sido su ánimo enviarles un general y no un supremo gobernante. Mas habiendo insistido los Estados en que se llevase adelante el nom-

bramiento, se aplacó la reina y no fué el decreto revocado.

Era el conde de Leicester el tercer jefe extranjero que venia á tomar las riendas del gobierno de los Paises-Bajos. Ya hemos visto lo poco útiles que fueron el archiduque Matías y el duque de Anjou á los verdaderos intereses de aquella region tan conmovida. Nos dirán las operaciones ulteriores si fueron mas dichosos con el gobernante inglés que con el austriaco y el de Francia.

No mostraba mientras tanto dormirse sobre sus laureles el príncipe de Parma. Despues de arreglar los asuntos civiles y militares en Amberes y de tomar todas las disposiciones para la reparacion del castillo que se habia demolido por órden del príncipe de Orange, tomó la vuelta de Bruselas, donde preparó otras operaciones militares. Mientras se ocupaba en persona en el sitio de Amberes, ocurrieron escaramuzas de poca importancia en Frisia, entre el capitan Francisco Verdugo y las tropas del príncipe de Orange. En Bonmel, isla formada por los rios Waal y Mosa, estuvo bloqueado Francisco Bobadilla con su tercio por el conde de Holac, quien le tenia interceptadas todas las comunicaciones, y reducido por falta de subsistencia á los últimos apuros. Mas sobrevino un tiempo frio que heló las aguas de la costa y paralizó los movimientos navales del general holandés, permitiendo al español evadirse por agua como si fuese tierra firme.

Ya desembarcado el conde de Leicester, comenzó sus operaciones por el sitio de Grave el príncipe de Parma. Envió al conde de Mansfeld con tres mil hombres y la órden de bloquearla, lo que ejecutó Mansfeld completamente por los dos lados del Mosa, privando la plaza de todas sus comunicaciones. Sabedor del sitio el conde de Leicester envió desde Utrech, donde entonces residia, un refuerzo de dos mil hombres formados en dos cuerpos de mil cada uno: este de ingleses por el coronel Norris, y otro de tropas del pais mandadas por Holac.

Llegó este cuerpo antes que el primero, y habiendo trabado batalla con las tropas españolas que guarnecian el puente echado junto á Grave, se vieron en precision de replegarse. Con la llegada de los ingleses se renovó el combate, mas quedaron dueñas del puente las tropas españolas.

Acudió de allí á muy poco Alejandro con fuerzas de refresco y se formalizó el sitio de la plaza. Mandaba en ella un jóven llamado Enrique, baron de Emert, de muy poca inteligencia y menos experiencia, quien por consejo de oficiales cobardes y mal intencionados, apenas hizo resistencia alguna. Sin brecha abierta, sin apuros de ninguna especie, abrió las puertas á los españoles, que permitieron la salida á la guarnicion con sus armas, banderas y bagaje. Pagó muy cara el gobernador su traicion ó su falta de experiencia, pues el general inglés le mandó formar consejo de guerra, por cuya sentencia perdió la vida en un cadalso.

Mayores dificultades ofreció al de Parma la expugnacion de la plaza de Venloo, situada igualmente sobre el Mosa algunas leguas mas abajo. Era menor su guarnicion, pero mejor mandadas las tropas y mucho mas animosos sus vecinos. Se convirtió el sitio en bloqueo, pues todo el cuidado de Alejandro se dirigia á que no introdujesen recursos en la plaza Martin Schenk, su gobernador, que se hallaba afuera por casualidad y se encontró á su vuelta interceptado por el príncipe de Parma. Varias tentativas hizo el general flamenco con un cuerpo de dos mil hombres escogidos para romper la línea de Alejandro. Mas todas fueron infructuosas. Abrieron brecha las tropas sitiadoras en un rebellin que se hallaba en la parte superior del rio, al mismo tiempo que se apoderaron de una isleta de la parte superior donde establecieron una bateria de seis piezas gruesas.

Estaban las tropas de Farnesio muy deseosas del asalto con la idea del rico pillaje que les aguardaba. La guarnicion y habitantes daban indicios de esperarle de-

nodados; mas arredrados al fin con la perspectiva del saqueo, comenzaron á entrar en sentimientos mas pacíficos, y enviaron comisionados al de Parma ofreciendo entregarse con condiciones honoríficas. No titubeó el general español en concederlas, y casi en iguales términos que las capitulaciones de Grave, entró victorioso en la plaza de Venloo, no sin grave descontento de los suyos defraudados de la esperanza del pillaje.

Con la ocupacion de las plazas de Grave y de Venloo, quedó todo el Mosa sujeto por los españoles y asegurado el Brabante contra toda invasion por parte de Alemania. Con este motivo tuvo medios Alejandro de llevar al cabo una expedicion fuera del pais, y que desde la toma de Amberes tenia proyectada. Ya hemos hablado de las turbulencias ocurridas en Colonia con motivo de la expulsion del pais del arzobispo Truschen, refugiado á la sazon en las provincias septentrionales de los Paises-Bajos. Mas todavía quedaba por la parcialidad del antiguo arzobispo la plaza fuerte de Nuiss, Noess ó Novesia, donde estaba de gobernador un tal Cloet, jóven activo y emprendedor, que tenia asolado el pais con correrías que no encontraban ninguna resistencia. Careciendo el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera de fuerzas suficientes para espugnar una plaza que tal le molestaba, imploró los auxilios del príncipe de Parma. Para hacerle mas fuerza, pasó disfrazado á Flandes, y en su campo de Amberes tuvo con él una conferencia personal donde le espuso su dura situacion y hasta que se hallaba resuelto á abandonar su electorado, si no le socorrian eficazmente las tropas del rey, pues de su hermano el elector de Baviera no tenia que esperar auxilio alguno. Conoció Alejandro lo importante que le era la toma de una plaza tan cercana á las fronteras de los Paises-Bajos, ocupada por enemigos irreconciliables de su rey, y creyó hacerle un servicio acudiendo con sus tropas á reducirla á la obediencia del nuevo arzobispo. Ofreció, pues, á este socorros eficaces luego que se viese desembarazado del sitio de Am-

beres y otras mas plazas importantes, y en efecto luego que se hizo dueño de la de Venloo, trató sériamente de cumplir con su promesa.

Mientras tanto sabedores los de Nuiss de la entrevista del arzobispo y de Farnesio, se aplicaron con celo al aumento de las fortificaciones de la plaza, surtiéndola abundantemente de víveres y municiones y toda clase de pertrechos. Al mismo tiempo acudian á sus muros aventureros de varias partes de Alemania unidos con vínculos de religion con sus habitantes y las tropas que la guarnecian.

Está Nuiss situado sobre el Rin, y aunque este rio no toca precisamente sus murallas, las rodea una especie de brazo ó desagüe que unido con el rio Estrem, forma de la plaza una especie de isla. Con esta defensa natural y las demas que proporcionaba el arte, esperaban las tropas de la guarnicion con muy pocos temores la llegada de Farnesio.

Se puso éste en marcha con una parte muy considerable de su ejército, ascendiendo su fuerza á seis mil infantes y dos mil caballos. Dividió sus tropas en cinco trozos, situando cada uno al frente de una de las cinco puertas de la plaza. Fué su primera operacion apoderarse de dos castillos situados en la isleta formada por el brazo del Rin, que los enemigos abandonaron no creyéndose bastante fuertes para sostenerla. Estableció desde estos dos puntos baterías á la plaza, y por el lado opuesto la batió asímismo en brecha, resultando de esta operacion que subiendo sus tropas al asalto, se apoderaron de un lienzo de la muralla que formaba el recodo del Rin con dicho brazo ó acequia, y al mismo tiempo de un torreon opuesto. En ambos puntos se alojaron y atrincheraron con fajinas, sacos y cestones de tierra, y dirigieron nuevas baterías contra el muro interior, pues la plaza tenia doble recinto y doble foso. Todo un dia se estuvieron cañoneando los de Farnesio desde el exterior y los sitiados desde el otro. Llegó la noche sin ventaja de una

y otra parte. Durante la oscuridad descendieron al foso los sitiados para coger por la espalda á los enemigos; mas sintiéndolo los españoles bajaron al mismo sitio donde se trabó una gran pelea sin que resultase ventaja por ninguna parte. Mas los sitiados experimentaron una grande pérdida en la persona del gobernador, que habiendo acudido á la refriega, cayó herido sin poder tomar mas parte activa en las operaciones de aquel sitio.

Se aguardaba el asalto de un momento á otro. Los españoles estaban encendidos de enojo por la atrocidad cometida en dos de los suyos que habiendo caido prisioneros, fueron quemados vivos en la plaza pública. Irritados por otra parte los sitiadores por no haber obtenido el saqueo de Venloo, pensaban desquitarse en esta plaza. Mas los habitantes trataron de prevenir el golpe, enviando comisionados á Alejandro para arreglar las condiciones de su entrega. Ocurrió durante esta conferencia que algunos soldados de los sitiados hicieron fuego desde el muro sobre los españoles, ó bien ignorantes de lo que se trataba, ó con intencion de que no se ajustasen las capitulaciones. De todos modos se rompió la conferencia, y el príncipe Alejandro se retiró á sus reales ofendido de tal comportamiento, con propósito firme de castigarle ejemplarmente.

Al dia siguiente preparado todo ya para el asalto, volvieron nuevos comisionados al príncipe de Parma. A pesar de lo ocurrido el dia anterior, todavía se manifestó éste propenso á entrar en convenios para salvar á la ciudad de su ruina inevitable. Mas al saber las tropas sitiadoras que se trataba de un arreglo sin esperar órdenes, sin hacer caso de las amonestaciones del general en jefe se arrojaron al asalto, penetraron por las brechas y se derramaron por la ciudad, sin que pudiese detenerlos nadie. Fué inmenso el despojo, pero por sobra de codicia ó exceso de ferocidad; quedó la mayor parte de él inutilizado por el fuego que se apoderó de la

ciudad y convirtió en ruinas por lo menos sus tres cuartas partes. Fué increible la matanza y superiores á toda descripcion los desórdenes y horrores que se cometieron. Pereció toda la guarnicion fuera de trescientos hombres que se habian refugiado en un templo inmediato. Igual suerte cupo á dos mil habitantes indefensos. Fué degollado en la cama el gobernador y entregada su mujer al príncipe Alejandro. Mas el de Parma le volvió la libertad, haciéndola salir inmediatamente de la plaza con una buena escolta y órden de que se tratase con todo respeto su persona.

Victorioso Alejandro de Nuiss, quiso solemnizar este acontecimiento con una insigne ceremonia que no habia podido tener lugar en Flandes, con motivo de la precipitacion de su salida. En premio de sus servicios á la fé católica, le habia enviado el pontífice un magnífico sombrero y una riquísima espada benditas ambas cosas de su mano. Lo mismo habia hecho el papa Pio V con el duque de Alba despues de la batalla de Genmingen. Tuvo lugar la ceremonia de esta entrega en el mismo punto donde habia situado su cuartel el príncipe de Parma, pues no quiso que se celebrase en Colonia como lo deseaba el arzobispo. Formaron las tropas con sus banderas y estandartes. Entre salvas de arcabucería y artillería celebró la misa vestido de pontifical el obispo de Vercelis, acompañando en este acto al príncipe los principales jefes del ejército. Recibió Alejandro la comunion de manos del obispo, y en seguida acercándose el abad de San Guidan, portador del presente, le entregó con toda solemnidad al príncipe, haciéndole una arenga en nombre del pontífice.

Falleció por aquellos dias Octavio, duque de Parma, padre de Alejandro, con lo cual heredó éste su título y Estados.

No quedaba en todo el electorado de Colonia mas plaza á disposicion de la parcialidad del antiguo prelado, que la de Rimberg, á donde se trasladó inmediatamente

el nuevo duque. Sin perder momento emprendió su sitio, pero cuando mas empeñado estaba en las operaciones, recibió de los Paises-Bajos noticias que le pusieron en la precision de suspenderlas.

Mientras el sitio de Nuiss, no habia estado ocioso en sus cuarteles de Utrech el conde de Leicester. Se hallaba en graves compromisos por su propia reputacion, por el honor y dignidad de la reina á quien servia, de dar muestras públicas de que no en vano habian venido á Flandes las tropas auxiliares de Inglaterra. Ascendian sus fuerzas á ocho mil infantes y tres mil caballos, componiéndose un gran número de las tropas de irlandeses y escoceses, gente feroz acostumbrada á las inclemencias de la atmósfera, familiarizada con todo género de peligros y penalidades. No faltaban en su campo jefes entendidos, de experiencia, algunos de los cuales como Norrís y Morgan, habian hecho la guerra en los Paises-Bajos. Tambien se hallaba en su campo en calidad de aventurero don Antonio de Portugal, tan frecuentemente mencionado en nuestras páginas.

Comenzó sus operaciones el conde de Leicester enviando un cuerpo de tres mil hombres á las órdenes de Mauricio, príncipe de Orange, que comenzó entonces su carrera militar, en que alcanzó una fama y nombradía igual por lo menos á la de su padre. Acompañaba á este principe el inglés Sir Felipe Sidney, uno de los hombres de su tiempo mas distinguidos por sus gracias personales, su instruccion, la generosidad de su carácter y por cuantas cualidades constituian entonces un cumplido y perfecto caballero. Tambien era este su primer paso en la carrera de las armas, para él muy corta, como ya veremos.

Se dirigió este destacamento á la plaza de Axel en el pais de Waes en Flandes, de la que se apoderó por sorpresa, entrada ya la noche. La misma tentativa hizo en la plaza de Alost; mas fueron repelidos los ingleses con alguna pérdida, y viendo frustrada su empresa se volvieron al campo de Leicester.

Deliberó éste en su consejo sobre si tomaria la direccion de Nuiss para levantar el sitio que habia puesto á la plaza el príncipe de Parma; mas sabedor de lo pronto que habia quedado en su poder, pasó á poner sitio á la plaza de Zutphen en la provincia de Güeldres, situada sobre el Issel entre el Rin y el Mosa. Su gobernador Juan Tassis se hallaba ausente á la sazon, entendiendo en un servicio de importancia que le habia encomendado el general en jefe.

Con estas noticias deliberó Alejandro sobre si convendria mas continuar el sitio de Rimberg, ó levantarle para marchar en auxilio de la plaza amenazada por Lecester. Expusieron muchos los graves males que iban á seguirse para el electorado de Colonia, dejando á Riuberg en manos de los enemigos tan encarnizados el nuevo arzobispo; pero otros sostuvieron y con mas razon que era todavía mas importante el no dejar caer en las de los ingleses una plaza tan importante como la de Zutphen. Adoptó el duque de Parma un medio espediente entre la continuacion del sitio y su total levantamiento. En frente de Rimberg, situada sobre el Rin, se halla una especie de isleta desde donde se podian cortar sus comunicaciones con el rio. Hizo el duque atacar este punto á viva fuerza, y sus defensores le evacuaron sin ninguna resistencia, refugiándose á la plaza. En dicha isleta estableció el general español mil hombres que con el auxilio del arte hicieron de ella un punto fuerte, con medios de hostilizar á Rimberg é interceptarle sus convoyes. Para completar el bloqueo hizo Alejandro levantar otros dos fuertes del otro lado de Rimberg, y cuyas guarniciones podian darse la mano con la de la isla.

Establecida asi esta cadena de interceptacion, levantó su campo y tomó la direccion de Zutphen, cuyo sitio no se hallaba entonces bastante adelantado á pesar que los ingleses se habian hecho dueños de Doesburgo, otra plaza pequeña á sus inmediaciones, situada asimismo sobre el Issel. Envió delante á Tassis y Verdugo con ór-

den de entrar en Zutphen y tomar el mando de la plaza como su gobernador, y el segundo de situarse en Burcheló, punto importante de sus inmediaciones, donde debia fortificarse mientras llegase el cuerpo del ejército. Para dar mayor impulso á las operaciones y asegurar la comunicacion con la plaza sitiada, se adelantó el mismo Alejandro con quinientos hombres y un convoy considerable al frente del cual entró en Zutphen sin encontrar ningun obstáculo.

Penetrado de la importancia de esta plaza, se inclinó el duque á quedarse en ella de gobernador mientras durasen las operaciones del sitio. Mas le hicieron ver sus principales capitanes lo indecoroso que seria para su persona, y el cargo de que estaba revestido, quedar encerrado en una plaza por tropas extranjeras; y que toda la importancia de la plaza de Zutphen, era nada en comparacion con los perjuicios de estar privado de su inmediata comunicacion, todo el pais que se hallaba bajo su mando. Se mostró dócil el duque de Parma, y salió inmediatamente de Zutphen á reunirse con sus tropas, dejando con el cargo de gobernador á Verdugo que merecia toda su confianza.

Lo que mas urgia era enviar nuevo convoy de víveres á Zutphen, pues los introducidos por el mismo Alejandro, no podian satisfacer las necesidades de la plaza. Se preparó, pues, un gran convoy y se dió al marqués del Vasto el cargo de escoltarlo con un cuerpo de tres mil hombres. Habiendo caido en manos del general inglés el aviso que se daba á Verdugo de la salida del convoy, envió Leicester un cuerpo considerable mandado por Roberto Devereux, quien con el título de conde de Essex, se hizo tan famoso en la historia y en la fábula.

Llegó el marqués del Vasto sin novedad con su convoy al pueblo de Varunsfeld, á legua y media de la plaza. Aquí mandó hacer alto para dar á sus tropas algun momento de descanso. Sin tener noticia alguna de los

movimientos de los enemigos, se vió acometido de repente por el cuerpo inglés que habia permanecido en emboscada. Se trabó entre los dos una pelea muy reñida y muy sangrienta en que los españoles atentos á la conservacion de su convoy y á pelear al mismo tiempo, se vieron muy comprometidos desde que se dió principio á la refriega. Por las dos partes se combatió con obstinacion y gran valor, pues se median muy de cerca. Al fin pudieron desembarazarse los españoles de su convoy. que mientras hacian cara á los enemigos, hicieron mover con mucha rapidez hácia Zutphen, donde entró felizmente protegido por salidas que se hicieron de órden de Verdugo. Los ingleses viendo frustrado su proyecto se retiraron, y lo mismo hicieron los españoles volviéndose á su campo. Quedaron en la accion de una y otra parte muchos heridos y no pocos muertos. Se contó entre estos últimos á Sir Felipe Sidney, de quien hemos ya hablado, herido mortalmente de un lanzazo. Sobre las particularidades de la muerte de este famoso personaje se refieren anécdotas, todas en realce de su fama y mérito. Aunque sin ningun cargo importante en el ejército, fué sentida mucho su muerte en el pais donde se celebraban tanto sus virtudes, su instruccion y su talento.

Con la introduccion en Zutphen del convoy y el refuerzo de guarnicion, estaba la plaza por un tiempo sin peligro de caer en manos de Leicester. Aprovechó este respiro el duque de Parma, para salir en busca de dos mil reitres alemanes, que aguardaban los ingleses. Llevó consigo para ello un cuerpo de mil y quinientos hombres de caballería, pues era su objeto menos pelear con ellos que el atraérselos á su partido, y esto no porque necesitase dicho refuerzo, si no por quitársele á sus enemigos.

El resultado satisfizo en parte sus deseos, pues los alemanes por sus persuasiones, se volvieron á sus casas, con la promesa de llamarlos cuando fuesen necesarios, y ademas una suma no poco considerable que les hizo

entregar el general español por premio de su deferencia.

Mientras tanto se apoderó el conde de Leicester de una isleta llamada Velau, situada en el Issel en frente de Zutphen, guarnecida con un castillo, abandonada por su gobernador que hizo poca resistencia. A pesar de esta ventaja, no cometió mas actos de hostilidad el inglés contra la plaza, sea que los creyese infructuosos hallándose esta bien guarnicionada y bien provista, sea que le impusiesen las tropas de Alejandro, situadas ventajosamente en las inmediaciones. Por otra parte, el invierno que estaba ya encima, paralizó aquel sitio y puso fin á la campaña por entrambas partes. El conde de Leicester se retiró á la Haya donde celebraban su asamblea los Estados, y el duque de Parma tomó el camino de Bruselas.

Sea que Alejandro estuviese cansado de la guerra, ó que desease verdaderamente trasladarse á Parma para tomar posesion de sus Estados, pidió al rey la licencia de dejar su mando y de marchar á su pais, alegando lo apurado de las circunstancias en que se hallaba su familia, privada tambien desde algunos años antes de su madre. Mas Felipe II con tan fuertes motivos para no deshacerse de un hábil gobernador de Flandes, de tan entendido capitan, respondió al de Parma con una absoluta negativa. Le hizo ver lo imposible de su ausencia en aquella situacion, cuando tanto importaba que su valor y capacidad coronasen una obra con tanta gloria del príncipe empezada. Que en cuanto á los apuros domésticos de que se quejaba tomaba por su cuenta acudir con remedios prontos y eficaces, que disipasen todos sus cuidados.

Si el rey de España se hallaba, ó mostraba hallarse, tan satisfecho de la conducta del duque Parma, no sucedia lo mismo á los confederados con respecto al conde de Leicester. Desde el principio de su administracion, se mostró duro y altanero manifestando tener en poco los consejos, afectando una absoluta independencia de los Estados, como si no hubiese otro soberano en el pais que la reina de Inglaterra. Con nadie contaba para sus ope-

raciones: conferia de su propia autoridad los principales cargos del pais, y de los caudales que se ponian á su disposicion hacia el uso que le parecia mas conveniente sin dar cuentas. Excitó esta conducta descontento sumo en los magnates y personas mas considerables, aunque por el respeto que les inspiraba la reina Isabel, no se atrevian á pronunciarse abiertamente contra su valído. Se le acusaba hasta de culpable negligencia y dañada intencion en su gobierno, de haber consagrado á otros usos el dinero con que se debian alistar los reitres alemanes, de no echar mano mas que de ingleses para cargos importantes; de confiar el gobierno de algunas plazas á hombres sospechosos que habian ya militado á las órdenes del rey de España. Por su parte, se mostraba quejoso el conde de Leicester de que los Estados no demostraban deferencia á su suprema autoridad ni agradecimiento á los favores de su reina; de que mientras tantos sacrificios hacia ésta por librarlos del yugo de sus opresores, andaban ellos en ocultos tratos solicitando volver á la gracia de su antiguo dueño. Y no carecia para esto de razones el general inglés, pues en medio de los conflictos de una guerra tan porfiada, jamás habian faltado, aunque sin buena fé por una parte y otra, negociaciones de pacificacion tan pronto rotas como principiadas.

Sabedora Isabel de estas disensiones, llamó al conde á Inglaterra para enterarse mejor de sus motivos. Anunció Leicester su partida á los Estados, y aunque mostró intenciones de que le sustituyese otro de su misma nacion en el cargo de supremo gobernante, se resistieron á ello abiertamente. Se presentaban naturalmente como candidatos para esta dignidad entre otros, el conde de Holac y el príncipe Mauricio. Mas los Estados, restableciendo el uso antiguo de quedar el senado de gobernador por ausencia ó muerte del propietario, le invistieron de este poder, determinando que usase en sus órdenes y determinaciones superiores el nombre y el sello del conde de Leicester.

Así terminó sin mas novedades el año 1586, permaneciendo en Bruselas el duque, preparándose para la próxima campaña. Se abrió esta para él bajo auspicios muy felices. Se apoderó sin resistencia de las plazas de Woue y de Deventer muy cercanas á la de Zutphen. Tambien cayó en sus manos el castillo de Velau sobre la isleta de este nombre que servia como de obra exterior á dicha plaza y de que se habia apoderado el general inglés, cuando trataba de sitiarla.

La circunstancia de ser gobernador de Deventer un general inglés llamado Stanley y de mandar el castillo de Velan otro inglés con el nombre de Rolando York, confirmó las sospechas y renovó las acusaciones que se hacian á Leicester de confiar las plazas á personas desleales. Los dos gobernadores habian servido antes á las órdenes de España; los dos alegaban como escusa de su debilidad ó su traicion el deber de entregar las plazas á su antiguo dueño. El primero, que era católico, fué remunerado por Felipe II por este gran servicio, mas no tocó al segundo ninguna recompensa sin duda por no ser objeto de tanta confianza para el rey de España.

Escribieron los Estados diversas cartas á la reina de Inglaterra, quejándose de nuevo de su lugar-teniente. Conservándose éste en el favor de Isabel, no le fué difícil deshacer los cargos acriminando á sus acusadores. Sin embargo, la reina siempre cautelosa ó tal vez para acreditarse de imparcial y justa, envió á los Paises-Bajos á Tomás Sackville, lord Burckhuss, para tomar informaciones y oir á los quejosos. No tardó éste mucho tiempo en penetrarse del justo motivo de las acusaciones y de los pocos servicios que habia hecho el conde Leicester á los intereses y buen nombre de la reina. Así se lo comunicó con franqueza y lealtad, mas no se hallaba dispuesta esta princesa á castigar á quien estaba con ella tan en gracia. Trabajó sí por calmar las animosidades y restituir la concordia entre su general y los Estados; tan penetrada estaba de la necesidad de continuar sus auxi-

lios á los Paises-Bajos. No le fué difícil allanar este terreno é inspirar en los Estados el deseo de la vuelta de su favorito, por la necesidad en que se hallaban de socorros extranjeros. Se decidió, pues, la vuelta del conde de Leicester á los Paises-Bajos, é inmediatamente se hizo á la vela con refuerzo de buques, de gente y de dinero.

Mientras tanto proseguia el duque el curso de sus operaciones. Dueño ya de todas las plazas fuertes del Bravante solo le restaba en la provincia de Flandes la expugnacion de las de Ostende y de la Esclusa. Decidido á comenzar por esta última, hizo un amago sobre la de Berg-op-zoon para llamar la atencion del príncipe de Orange. Pero mientras volaba en su socorro torció el duque la direccion y marchó apresuradamente camino hácia la Esclusa en cuya inmediacion sentó sus reales.

Es la Esclusa una plaza que merece el nombre de marítima, pues la une con el mar un ancho canal, por donde llegan á sus muros todo género de embarcaciones. Se subdivide este canal desde la plaza hácia la parte de Oriente en otros varios que se comunican entre sí por medio de ramales, dejando á la ciudad inaccesible por aquel paraje. El único terreno por donde puede un sitiador aproximarse se halla en la direccion de Brujas, y aun es sumamente estrecho y tan blando y fangoso, que es muy difícil formar en él trincheras, ni otras obras sólidas de sitio. Entre la ciudad y el mar se halla la isleta de Cadsan, que sirve á la plaza de obra exterior por aquella parte. A la derecha y á muy poca distancia se halla el puerto de Flesinga, capital de la isla de Valkren de donde podia recibir socorros por agua, mientras le llegaban por tierra de la plaza de Ostende, que se halla á la izquierda. Para asegurar las comunicaciones entre Ostende y la Esclusa, habian construido los confederados el castillo de Blackemberg, donde habian puesto guarnicion que podia dar auxilios á cualquiera de las dos plazas en caso de verse amenazadas.

Convencido el duque de lo indispensable que era para

la toma de la Esclusa, el privarla de sus comunicaciones con el mar, adoptó el mismo sistema que habia seguido en la expugnacion de Amberes. Se apoderó con este objeto de la isleta de Cadsan, fortificándola de nuevo para hacer frente á los buques que viniesen de Flesinga. Hizo inútiles cuantas tentativas empeñaron estos para introducir socorros en la Esclusa; y para interceptar completamente la comunicacion, echó sobre el canal dos puentes partiendo de la isleta, en todo parecidos al que habia construido en el Escalda. Con esto, y con haberse apoderado del castillo fuerte de Blackemberg, cortó enteramente las comunicaciones de la Esclusa, dejándola reducida á sus recursos propios.

Se componia la guarnicion de mil seiscientos hombres mandados por el coronel Groembert, jefe valiente y de experiencia. Con tan pocas fuerzas á su disposicion, no le fué posible impedir las operaciones preliminares de Alejandro, y como ni el príncipe Mauricio ni los de los demas generales de su parcialidad tuvieron noticia del proyecto del duque de sitiar la Esclusa, terminó sus operaciones sin que ninguno por parte de tierra le inquietase.

Apoderado de Cadsan, abrió éste sus trincheras por el lado accesible de la plaza. Y aunque avanzaban poco los trabajos se procedió á la expugnacion de un fuerte esterior que el gobernador habia mandado construir de la otra parte de los fosos. Hizo el fuerte alguna resistencia, de modo que entretuvo por algunos dias á los sitiadores. Mas temeroso el gobernador de que con su expugnacion á viva fuerza perderia la gente que le guarnecia, y creyendo que no era indispensable para la ulterior defensa de la plaza, dispuso que la evacuase en el silencio y tinieblas de la noche. Dueños los españoles de este punto fuerte, se sirvieron de él para dirigir sus tiros al cuerpo de la plaza.

Mientras tanto desembarcaba en Flesinga el conde de Leicester con los refuerzos que habia traido de Ingla-

terra. Ascendia á siete mil el número de sus soldados bien provistos de todas las cosas necesarias. Fué su primer designio socorrer la Esclusa por mar, mas no pudieron los navíos forzar los dos pasos que se hallan entre la isla de Cadsan y las dos orillas del canal, por el que comunica con el mar la plaza. Repelido por todas partes el general inglés, se dirigió á Ostende para dar la mano por parte de tierra á los sitiados. Mas no se atrevió á expugnar el fuerte de Blackemberg, por donde tenia que pasar, estando situado entre las dos plazas como ya hemos dicho.

Así se vió la Esclusa destituida de socorros, á pesar de hallarse tan cercanas las tropas auxiliares. Comenzaba á estar en apuros la guarnicion, y las municiones iban escaseando lo mismo que los víveres. Avisó secretamente el gobernador al conde de Leicester la situacion en que se hallaba, manifestándole que á no recibir socorros prontos, se veria en la necesidad de entrar en convenios con los sitiadores. Fué esta carta interceptada y cayó en manos de Alejandro, que continuaba estrechando la plaza para llegar pronto al momento del asalto. No aguardaron este lance sério los sitiados. Acogió el duque con benignidad á los comisionados que le envió el gobernador con proposiciones de entregar la plaza, solicitando por sola condicion el que se permitiese salir con todos los honores de guerra á las tropas que mandaba. Así se verificó en efecto, y el duque de Parma añadió la Esclusa al número de sus conquistas.

Mientras tanto habia hecho Mauricio una incursion en el Brabante, dirigiéndose á las plazas de Bois-le-Duc y Engen. Cuando trataba sériamente en poner sitio á la primera, tuvo que acudir á Flesinga para recibir al duque de Leicester. No adquirió éste, como se vé, mas gloria sobre la plaza de la Esclusa que sobre la de Zutphen. Con este motivo se renovaron los descontentos, las acriminaciones de una y otra parte. Iban demasiado mal los negocios para que los Estados no

se condujesen y expresasen con aquella acrimonia que sigue siempre á todo descalabro. Les habia hecho ver demasiado la experiencia, que ningun paso habian dado en el sentido de su emancipacion con la venida de aquellos extranjeros, y que el conde de Leicester no habia probado de mejor condicion que el duque de Anjou y el archiduque austriaco. Con esto se encendió mas la discordia, y hubo divisiones entre los mismos naturales del pais, inclinándose los mas á la causa de los Estados, mas sin carecer de parcialidad y de valedores el conde de Leicester. No faltaban fraguadores de tramas suversivas en favor del general inglés, y hubiese caido en sus manos la plaza de Leyden á no descubrirse la traicion por medio de la que se pensaba renovar en ella lo acaecido pocos años antes en Amberes cuando habia tratado el duque de Anjou de apoderarse de ella á viva fuerza. No fué esta la ciudad de los Paises-Bajos la sola donde se hicieron semejantes tentativas, pues al duque de Leicester no le faltaban poderosos partidarios, aunque la generalidad, y sobre todo los magnates del pais, se le mostraban tan contrarios. Se hallaban á la cabeza de éstos el príncipe de Orange, los demas individuos de la familia de Nassau, y los generales flamencos que mas fama habian adquirido en aquellas contiendas tan reñidas. Fáciles son de concebir las animosidades, las desconfianzas que en tales casos se introducen entre las gentes del pais y auxiliares extranjeros, sobre todo cuando éstos abusan de los favores que dispensan, y el jefe que se halla á la cabeza no sabe mitigar á favor de servicios eminentes el disgusto que causan sus maneras arrogantes y las pretensiones de dar enteramente la ley donde solo viene á dar auxilios. No era, pues, culpa de los Estados el que tuviesen que poner la persona del conde de Leicester casi al nivel de la del duque de Anjou y de su antecesor el archiduque austriaco. Ni tino, ni habilidad, ni genio militar, ni don de mando habia sabido desplegar el general inglés, á quien no asistian mas títulos ni derechos

que el favor de una reina a quien ofuscaba la pasion, para no conocer el poco mérito de su cortesano. Sin embargo, recibió sin notable disgusto las quejas que por todas partes la llegaban, tanto de las autoridades del pais, como de las personas que ejercian mas influencia. Atormentada por otra parte con las acusaciones que el mismo conde hacia de sus enemigos, tuvo por conveniente llamarle por segunda vez á Inglaterra. Partió, pues, Leicester de los Paises-Bajos, y se restituyó con poca gloria á su pais, donde tardó pocos años en llegar el instante de su fallecimiento. No acompañaron al general inglés todas sus tropas, siendo de notar que Isabel, á pesar de esta especie de ruptura, conservó todas las apariencias de amistad hácia los Paises-Bajos, y no dejó despues de socorrerlos con tropas y dinero.

Con la salida del conde de Leicester de Flandes calmaron mucho las agitaciones que turbaban el pais, y el príncipe Mauricio recobró del todo el ascendiente que verdaderamente merecia por su habilidad, tanto en campaña como en los asuntos de administracion y de politica. Fué en todo digno sucesor de su padre, y supo obrar de modo que se echaba poco de menos al hombre distinguido que se podia considerar como el principal autor de la independencia de su patria. Florecian las provincias del Norte sujetas á su principal administracion, por su industria, por el desarrollo de la navegacion, que hicieron muy pronto este pais una de las principales potencias marítimas de Europa. Era general en él este espíritu de libertad, resorte de tantas cosas grandes, y la resolucion de no volver nunca á sufrir el yugo de un príncipe extranjero. En las del Mediodía, sujetas con pocas excepciones á la obediencia de este rey, fermentaba todavía el descontento. La lucha de las dos religiones producia efectos mas visibles; y como por otra parte habian sido por mas tiempo teatro de una guerra activa, sufrian todas las calamidades que son inevitable resultado de estos choques tan violentos.

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Paises-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un pais que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos rios, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenian á honor el servir bajo un caudillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenia entonces por objeto la sujecion total de los Paises-Bajos. Otra mas importante empresa tenia fijos sobre sí los ojos de la Europa. Habia llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mútuamente. Ya la reina de Inglaterra se habia declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Paises-Bajos. Ya habia cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras

provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LIX.

Asuntos de Francia.-Siguen los procedimientos de la Santa liga.--Encono contra los calvinistas.--Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.--Todas infructuosas.--Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.--Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.--Tratado de Nemours.--Ruptura del tratado de pacificacion.--Se pone el rey al frente del partido católico.--Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.--Protesta en contra del primero.--Guerra.--Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.--Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.--Nuevas intrigas --Nuevos odios contra el rey.--Entrada del duque de Guisa en Paris.--Jornada de las barricadas.--Se retira el rey de París y se dirige á Chartres (1).

1580—1588.

El último tratado de pacificacion entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo XLVIII, no podia menos de adolecer de la instabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLVIII.

lo mismo sólida entre partidos que mútuamente se excluian. En Francia se hallaban frente á frente los dos campos religiosos y políticos en que entonces estaba la Europa dividida. En otros paises habia una unidad de religion ora católica, ora protestante: en otros se hallaba una de ellas en grande minoría y sometida por lo mismo á la rival que dominaba. Solo en Francia luchaban abiertamente como dos contrarios que se creen con bastantes fuerzas para obtener un triunfo decisivo. Teniendo en consideracion el carácter intolerante de la época, se puede imaginar que existia en Francia una agitacion, una guerra civil en permanencia, pues no podian vivir en paz dos religiones que difiriendo tanto en principios daban por resultados en política dos sistemas asimismo opuestos. La religion en efecto que escribia en su bandera el libre exámen en materias de creencia, debia de tener tendencias muy diversas de la que profesaban por principio inconcuso la ciega sumision á la autoridad y decisiones de la Iglesia. Bajo este punto de vista se deben considerar estas famosas contiendas que tanto distinguieron el siglo XVI, que se propagaron hasta el XVII y aunque muy débilmente hasta el XVIII. Así la Inglaterra, la Escocia, los insurgentes de los Paises-Bajos, y los príncipes luteranos del Imperio por una parte, y del otro lado el emperador los príncipes de Italia, el rey de España y el papa sobre todo, contemplaban con intenso interés esta lucha de sus principios y opiniones respectivas con tanto calor empeñada en el suelo de la Francia. Por esto los adalides de las dos facciones tenian sus aliados naturales en los paises extranjeros y de ellos aguardaban y recibian efectivamente auxilios mas ó menos poderosos.

En cuanto al rey de España, cuyo reinado describimos, ya se sabe cuál de los dos partidos que despedazaban á la Francia era objeto de sus simpatías. Hemos visto con cuánto descontento suyo se ajustó el tratado de Poitiers, y las resoluciones que manifestó se veria obli-

gado á tomar despues de este suceso. Ademas de lo incapaz que le parecia Enrique III para asegurar de una vez el triunfo del catolicismo en Francia, estaba resentido de este rey por el apoyo al menos indirecto que daba á los alzados de los Paises-Bajos. La expedicion del duque de Anjou en que no pudo menos de tener participacion el rey de Francia, dió nuevo pábulo al disgusto y resentimiento de Felipe, y si no estalló entonces una abierta hostilidad, fué porque se hallaba con medios de hacérsela mayor sin mostrarse abiertamente su enemigo. Debian de ser y lo eran en efecto todas las simpatías del rey, por la santa liga católica formada en Francia sin la participacion del rey Enrique, y cuyos vínculos se iban haciendo cada dia mas estrechos. En todas las ciudades tenia ramificacion y contaba con las personas mas ricas é influyentes. En las municipalidades se hallaba su asiento principal, y con las manifestaciones mas públicas apoyadas en ceremonias y pompa religiosas, se hacian hasta un deber de proclamar abiertamente su existencia. A la cabeza de esta vasta asociacion continuaban los príncipes de la casa de Lorena constantes campeones del catolicismo, descollando entre ellos Enrique, duque de Guisa, jefe á la sazon de la familia. Con los príncipes de Lorena se hallaban muchos grandes personajes del pais. aspirando todos á obrar con independencia de un monarca no solo poco estimado sino hasta blanco de desprecio. ¿Cuántos motivos no debia de tener pues el rey de España para animar, para auxiliar con su consejo, con su proteccion y hasta con medios pecuniarios esta santa liga tan celosa, tan entusiasmada en defensa de la religion católica, tan inconciliable enemiga de los hugonotes á quienes tenia jurada su completa ruina? Toda su correspondencia de aquel tiempo, da claros testimonios de la parte activa que desde el fondo del Escorial tomaba Felipe II en las turbulencias de la Francia. Era el duque de Guisa el principal objeto de su simpatía, en quien tenia puestas sus grandes esperanzas, á quien

escribia frecuentemente dándole consejos, animándole á seguir adelante con su empresa, ofreciéndole para ello toda especie de recursos. Con el pseudónimo de Mucio se comunicaba el de Guisa con Felipe, y tales eran las esperanzas de la poderosa proteccion del rey que casi se consideraba á éste como el jefe supremo de la liga. Así mandaba de hecho, aunque no de un modo ostensible, el rey de España en la porcion mas numerosa, mas influyente, mas poderosa de la Francia.

Tenia esta vasta asociacion un fin político de grande trascendencia, y que no apoyaba menos Felipe II que los otros puramente religiosos. Se hallaba sin hijos, y con la reputacion de no poder tenerlos Enrique III, último vástago de la rama de Valois, habiendo muerto tambien sin sucesion el duque de Anjou, último de sus hermanos. Extinguida esta familia quedaba la mas próxima al trono la casa de Borbon descendiente de un hijo segundo de San Luis, casado con la señora de Borbon que dió su nombre á la familia. Era su representante el jóven Enrique de Navarra, y considerado por lo mismo como el heredero legítimo y forzoso. Mas ¿qué perspectiva se ofrecia, á la Francia católica, cuando llegase á tomar posesion de la corona un rey herege? La exclusion, pues, de Enrique de Navarra de la sucesion, debió de ser uno de los grandes objetos de la santa liga. Así lo fué en efecto. Para suceder á Enrique III designó al mismo duque de Guisa, á favor decuya idea se forjó un árbol genealógico por el que aparecian los príncipes de la casa de Lorena descendientes del mismo Carlo-Magno. Aunque era falso, no reparaba el espíritu de partido en este inconveniente, ni importaba mucho á los intereses de la liga que fuese el de Guisa heredero por la ley, con tal que de otro modo resultase serlo de hecho. Apoyó Felipe II esta intriga que aunque secreta, no dejaba de ser en cierto modo pública. Se llegó á firmar un tratado secreto en Joinville entre Felipe II y los individuos de la casa de Guisa, cuyas disposiciones principales eran: primera, la exclusion absoluta del trono no

solo contra el rey de Navarra, sino contra todo príncipe de sangre real de Francia que no fuese católico: segunda, el reconocimiento del cardenal de Borbon, por heredero de la corona en caso de fallecimiento de Enrique III sin hijos varones legítimos: tercera, la prohibicion en Francia del ejercicio de toda religion que no fuese la católica romana: cuarta, la admision en Francia del Concilio de Trento: quinta, la restitucion á España de Cambray, sola plaza que poseia la Francia por la empresa del duque de Anjou en los Paises-Bajos. Bajo estas condiciones se comprometia Felipe II á pagar á la liga cincuenta mil escudos de oro al mes para hacer la guerra al partido calvinista. Por este tratado no solo quedaba excluido de la sucesion Enrique de Navarra, sino tambien su primo, el príncipe de Condé, asimismo protestante. Los dos eran jefes de las dos ramas de la casa de Borbon entonces existentes. El cardenal de Borbon nombrado en el tratado era tio paterno de Enrique de Navarra, hermano de su padre Antonio. Y á su fallecimiento por precision tenia que pasar el trono, segun los términos del tratado, á otra familia. De la de Guisa no se hacia mencion, mas era entre todos un tácito convenio. Tampoco convenia á Felipe II mostrarse esplícito ni obligarse á nada por razones que despues veremos.

Para la completa sancion del tratado, no faltaba mas que la aprobacion del Papa que todavía lo era Gregorio XIII, aunque sobrevivió muy poco á este convenio. Se prestó propicio el Pontífice á los deseos de la liga, manifestados por sus órganos principales, entre los que figuraban en primer término el rey de España, y autorizó una estipulacion que redundaba en tanta utilidad para la religion católica.

La anunciacion sola de un hecho semejante en Francia sin participacion ninguna de su rey, muestra bien á las claras á qué punto de desestimacion habia llegado su persona. Sin voluntad propia, pues se hallaba siempre bajo la influencia de su madre, sin energía ninguna en

medio de este conflicto de partidos, no era en realidad mas que una sombra y fantasma de monarca. Con tantas manifestaciones públicas de catolicismo, con tantos actos de devocion á que á vista de todos se entregaba, no era menos objeto de desprecio y hasta de odio, para los católicos ardientes. En todas partes llovian censuras y acriminaciones sobre su conducta. Se llegaba hasta á predicar en los púlpitos contra sus vicios, sus disoluciones y su hipocresía. Reproducia la prensa en mil sentidos esta invectiva, y hasta no faltaban caricaturas que manifestaban á las clases el desprecio con que lo miraban los liguistas.

Unirse con los calvinistas era para él sumamente peligroso, pues daria orígen á abiertas sediciones. Permanecer neutral entre los dos partidos contendientes, le exponia á quedarse aun sin la sombra de autoridad que le restaba. En tanta perplejidad no le quedaba mas partido que echarse en brazos de la liga, que ir hácia quien no le buscaba ni llamaba, que declararse jefe nominal de los que tenian ya sus caudillos designados. A esta resolucion se atuvo pues, como hacia algunos años antes pasando por la humillacion de firmar actas y disposiciones cuyo objeto final era nada menos que de destronarle.

Su madre, Catalina de Médicis, princesa hábil y astuta que durante tantos años se habia engolfado en un mar de intrigas, á fin de neutralizar uno con otro los dos partidos rivales; que habia sabido quedar siempre con la influencia principal en el gobierno, ya inclinándose á estos, ya á los otros, comenzaba á sentirse inferior á tantos rivales poderosos y sin fuerzas para salir airosa en los nuevos conflictos que se preparaban. Instigadora principal en esta resolucion que tomó el rey de declararse por la Liga, conoció muy pronto que era en ella de tan poca importancia su persona como la del mismo Enrique. Consistian todas sus esperanzas en el partido medio, cuyos esfuerzos se dirigian todos á embotar las armas que por entrambas partes se afilaban. No querian los hom-

bres del justo medio de entonces ni la influencia del rey de España, ni la preponderancia de los Guisas, ni la exaltacion del partido extremo católico, ni mucho menos el triunfo completo de los calvinistas. Neutralizar todos estos elementos á la vez no era muy fácil. Así no fueron felices en sus negociaciones.

Uno de los objetos á que aspiraban los hombres del partido medio á quienes daban el nombre de *políticos*, era la conversion de Enrique de Navarra, creyendo que con esto se desarmarian los que en su cualidad de hereges se apoyaban para privarle de la sucesion á la corona. Era sin duda este paso deseable, y tal vez hubiesen neutralizados los esfuerzos de los directores de la liga. Mas se hallaba demasiado comprometido el de Navarra con los jefes y demas personas influyentes de su parcialidad para hacer una abjuracion que le hubiese deshonrado en su concepto, tal vez sin adelantar nada con los de la contraria. Hacia tan poco tiempo que habia vuelto de nuevo al seno del calvinismo, que seria hasta una mengua suya semejante inconsecuencia. Y aunque á la verdad no era este príncipe demasiado adicto y apegado á creencias religiosas como lo hizo ver algunos años despues de estos sucesos, entonces se mantuvo tan fiel á su partido y prefirió sus peligros y sus glorias á la fortuna que tal vez le aguardaba, adoptando las creencias de sus antagonistas.

Así quedaron frustrados los designios de la reina madre y demas personas que querian evitar á toda costa la guerra que á Francia amenazaba. Los instigadores de esta contienda, los jefes ardientes de la liga deseosos de cerrar todo camino á las negociaciones, sugerian medidas que llevasen las cosas al punto de ser inevitable una ruptura. Titubeaba siempre el rey, á pesar de haberse declarado jefe de la liga, mas los principales directores de la asociacion, sin tener en cuenta su repugnancia, ó tal vez deseando que sirviese de pretexto para dar pasos aún mas atrevidos, se mostraban cada vez mas exigentes y trataban de sujetar á Enrique con nuevas con-

diciones. A mediados de 1585 celebraron conferencias en Nemours y vinieron á un tratado definitivo cuyas condiciones fueron: que se expidiese un decreto perpétuo é irrevocable, para prohibir todo ejercicio del culto calvinista, declarando que no hubiese en adelante otra religion que la católica, apostólica y romana; que se obligase á dejar el reino á todos los súbditos que no quisiesen vivir en dicha religion; que se declarasen todos los hereges incapaces de todo cargo público, oficio y dignidades; que se devolviesen quedando en libertad las ciudades que para su seguridad se habian dado al partido calvinista; que aprobase el rey todos los alistamientos y demas actos de hostilidad por parte de los príncipes, oficiales de la corona, prelados, señores, ciudades y comunidades que habian tenido por objeto la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; que se conservasen en sus destinos, en sus cargos y mandos á los gobernadores generales que hubiesen seguido el partido de estos príncipes; que se entregasen al cardenal de Borbon y á los jefes de la familia de Guisa algunas plazas fuertes para su seguridad; que se diese licencia á los lansguenetes y reitres alemanes, y que se pusiesen en libertad los prisioneros sin rescate alguno. Se firmó este tratado en Nemours por la reina Catalina, por Cárlos, cardenal de Borbon, por Luis, cardenal de Guisa, por Enrique de Lorena, duque de Guisa, por Cárlos de Lorena, duque de Mayena. Por él pasaba de hecho el gobierno del estado y la direccion de la fuerza pública á manos de los hombres de la liga.

Sometido de este modo el rey de Francia á todo el influjo de un partido inmenso organizado contra su misma voluntad, tuvo que sufrir sus consecuencias. El primer paso que se vió obligado á dar, fué un decreto contra los protestantes á tenor de lo convenido en el tratado, prohibiéndoles el ejercicio de su religion, mandando salir del reino al que no se conformase con el de la católica, y declarando libres las ciudades que para su seguri-

dad se les habian señalado. Era una declaracion de guerra en toda forma. Partidos tan vastos y tan ramificados como el de los calvinistas en el reino, no se destruyen por medio de un decreto.

Resonaron en todos los ángulos del reino los acentos de una guerra que iba á ser mas larga y desastrosa que las otras. Preparados los de la liga á este conflicto, no anduvieron remisos en alistar hombres, en aprontar armas, en tomar disposiciones para llevar lo mejor de la lid, en suministrar subsidios pecuniarios. Las peticiones que con este motivo hizo el rey á las diversas corporaciones municipales no fueron desairadas. Acudió el clero igualmente con cuantiosos subsidios. No faltaron tampoco por parte de Felipe II, uno de los resortes principales de este movimiento. La córte tambien se preparó á la guerra y se rodeó de los principales personajes que, sin pertenecer á la liga, trataban de seguir en todo la fortuna del monarca.

A grandes apuros se veia reducido Enrique de Navarra, puesto á la cabeza de un partido valiente, decidido, entusiasmado, mas cuyas fuerzas no podian competir con las de su contrario. Hasta entonces se habia lisonjeado de que el rey de Francia colocado entre los calvinistas y los jefes fogosos de la liga, neutralizaria con todas sus fuerzas los proyectos de sus ardientes enemigos; mas cuando le vió á la cabeza de esta santa asociacion y ciego, aunque involuntario instrumento de todas sus antipatías, se creyó destituido de todos sus auxilios. En sus correligionarios de afuera, en Isabel de Inglaterra, en los insurgentes de los Paises-Bajos, en los príncipes luteranos del Imperio, en los predicantes de Ginebra, tenia cifradas sus principales esperanzas; mas los socorros que podian enviarle, se hallaban lejos todavía. Para complicar los embarazos vino á herirle la bula de excomunion que la liga habia llegado á conseguir del Papa. Acababa de morir Gregorio XIII, dejando la silla pontificia á Felix Pereti, cardenal de Montalto, que la ocupó con el nom-

bre de Sixto V, tan famoso en aquella época y que ocupa un lugar tan distinguido en todas las historias. Este pontífice que adquirió la fama de enérgico, de fogoso, de campeon intolerante de las prerogativas de la Iglesia, se mostró sin embargo algo remiso en adoptar la medida de la excomunion que por parte de la liga se le reclamaba. Tampoco se manifestó en un principio muy adicto á esta famosa asociacion que de tan católica blasonaba; pero despues de la accesion ó la aquiescencia esplícita del rey, se declaró mas propenso y decidido á fomentar sus intereses, que eran en realidad los de la Iglesia.

Mientras tanto se dieron nuevos pasos para la conversion de Enrique de Navarra, único medio de disipar la tempestad que tenia ya encima. Le enviaron con este objeto una abadesa de sangre real llamada madame de Soissons; pero no fué mas dichosa esta señora que otros á quienes se habia confiado el mismo encargo. El rey de Navarra y el príncipe de Condé, en la entrevista que tuvieron con madama de Soissons, respondieron que no eran niños á quienes se amenazaba con azotes: que los únicos medios de que se habian valido en la córte de Cárlos IX para hacerles abjurar el calvinismo, no habian sido mas que los de la compulsion y el terror, sin que entrase para nada la conviccion, la sola que se debia emplear en tales casos: que por lo mismo nada era mas natural de que puestos en libertad hubiesen vuelto al seno de la religion en que habian sido criados y educados, y que sostendrian con teson á la cabeza de todo su partido.

Entonces se lanzó por fin la fatal bula. En virtud de ella declaraba excomulgados el papa Sixto V á Enrique de Borbon, ex-rey de Navarra, y á Enrique de Borbon, ex-príncipe de Condé, que desde su niñez seguian las heregías de Calvino. Se manifestaba en la bula, que á pesar de los esfuerzos que se habian hecho para restituirlos á la fé católica, apostólica y romana, á pesar de haberse convertido á ella, habian abrazado de nuevo el cal-

vinismo, conmoviendo y armando á los sediciosos hereges, de que eran jefes, guias y protectores en Francia, y grandes defensores de los extranjeros. Por lo mismo, queriendo Sixto V desenvainar contra ellos el cuchillo segun correspondia á su cargo, y al mismo tiempo muy sentido de que le fuese necesario usar esta arma contra una generacion bastarda y detestable de la ilustre familia de Borbon, pronunciaba y declaraba á los dos individuos ya dichos, hereges y relapsos en heregía, reos de lesa magestad divina, enemigos jurados de la fé católica, imponiéndoseles por sentencia y pena, segun los santos Cánones, el ser destituidos: Enrique de su supuesto reino de Navarra, así como del principado de Bearne; y el otro Enrique de Condé, de todos los principados, castillos, ducados y señoríos; privados ambos de toda dignidad, honores, bienes, cargos, oficios, declarándolos incapaces é inhábiles de toda sucesion, y sobre todo al reino de Francia, contra el que habian cometido tan enormes crímenes; privándolos de esta corona no solo á ellos, sino á toda su posteridad, alzando el juramento de fidelidad á cuantos se le hubiesen prestado. Se mandaba ademas á todos los obispos y arzobispos, que hiciesen publicar la bula, que se fijaria en la puerta del príncipe de los apóstoles.

En lugar de sentirse aterrado Enrique con aquestos rayos hizo fijar en Roma, á la puerta del palacio pontifical, y sobre las puertas de las principales iglesias, la protesta siguiente, que no podemos menos de insertar por la curiosidad del documento: «Enrique, por la gracia de Dios, »rey de Navarra, príncipe soberano de Bearne, primer par »y príncipe de Francia, se opone á la declaracion y ex»comunion de Sixto V, que se llama papa de Roma; la »declara falsa, y apela de ella al tribunal de los Pares de »Francia, de quienes tiene el honor de ser el primero; y »en lo que toca al crímen de heregía, del que se halla fal»samente acusado por la declaracion, dice y sostiene que »Sixto, llamado papa, ha mentido falsa y maliciosamente,

»y que él mismo es herege, lo que probará en pleno con»cilio, libre y legítimamente reunido, al cual, si el dicho »Sixto no se somete, como está obligado á ello por los »mismos cánones, sostiene y declara que es herege y ante»Cristo, y que en esta cualidad le hará una guerra perpé»tua; protestando contra la nulidad del acto de la excomu»nion, y que reclamará contra él y sus sucesores para la »reparacion de la injuria que se le ha hecho á él y á toda »la casa de Francia, como lo requiere el hecho y la nece»sidad presente. Que si en otras ocasiones los príncipes y »los reyes sus predecesores, han sabido castigar la teme»ridad de las gentes como este llamado papa Sixto, cuan»do se han olvidado de sus deberes y pasado de los lími»tes de su vocacion, confundiendo lo temporal con lo »espiritual, el dicho rey de Navarra, que no es nada in»ferior á ellos, espera que Dios le haga la gracia de »vengar la injuria hecha á su rey, á su casa y á su san»gre, y á todos los parlamentos de Francia sobre el que se »llama papa y sus sucesores, implorando con este mo»tivo la ayuda y socorro de todos los príncipes, reyes, »ciudades verdaderamente cristianas á quien concierna el »hecho.»

No contento Enrique de Navarra con esta manifestacion, se dirigió á los Estados de Francia justificando su conducta, mientras sus principales partidarios hacian circular folletos en que se denunciaba la ambicion de los príncipes de la casa de Guisa y de cuantos atizaban la guerra ya declarada entre los católicos y los reformados. Mas la guerra ya era un hecho positivo. Pronunciado con tanta solemnidad el Vaticano á favor de los liguistas, estaban resueltos á sostener mas que nunca esta decision con las armas en la mano.

Los protestantes eran los menos; mas no por eso dejaron de acudir animosos á ponerse bajo la bandera del jóven Enrique de Navarra. Mientras tanto se presentaban los emisarios de este príncipe en la córte de Isabel y en la de los luteranos del Imperio. No permanecian

ociosos por su parte los predicantes de Ginebra, solicitando auxilios en obsequio de la santa causa. El famoso Teodoro Beza iba en mision por todas partes, poniendo en accion el inmenso ascendiente que ejercia en todos sus correligionarios. Por sus exhortaciones enviaron los príncipes del Imperio comisionados á la córte de Francia, con objeto de hacer entrar al rey en sentimientos mas pacíficos. Mas como no era el rey Enrique III el autor de aquella guerra, no pudo dar respuesta satisfactoria á los embajadores. Entonces los príncipes echaron mano de un medio mas eficaz, poniendo en movimiento cuerpos numerosos de reitres alemanes, que se dirigieron á la frontera de Francia á darse la mano con las tropas de Enrique de Navarra.

Estaban ya los ejércitos de uno y otro bando en movimiento; á cada instante se aguardaban noticias de batallas. A favor del calvinista estaba la experiencia de la guerra, y un valor nunca desmentido en los combates. Todos los señores de esta persuasion dejaron sus hogares, seguidos de todos sus dependientes y vasallos. Consistia su mayor fuerza en caballería, y los hombres iban cubiertos de hierro como los caballos. Reinaba en su campo aquel silencio religioso, aquella gravedad y hasta austeridad en sus obras y palabras, que era entonces el carácter dominante en cuantos se preciaban de seguir las nuevas doctrinas religiosas. El ejército realista, si se le puede dar este nombre, reducido como entonces estaba el rey á una especie de fantasma, era mucho mas numeroso, aunque heterogéneo. Por un lado se hallaba la gente alistada en las ciudades bajo la influencia y direccion de los jefes mas ardientes de la liga: del otro las tropas que pertenecian directamente á la córte, y en cuyas filas se hallaban un gran número de caballeros afiliados al partido medio, que no aprobaban aquella guerra, mas que no podian menos de obedecer las órdenes que, á pesar suyo, les daba su monarca.

Con las tropas del rey ó de la liga, se hicieron seis

cuerpos de ejército. Se envió el uno, á las órdenes del duque de Joyeuse, contra Enrique de Navarra, que se hallaba entonces entre el Loire y el Garona. Partió al frente del otro, Enrique, duque de Guisa, á salir al encuentro de los reitres alemanes. Cubria con otro á París el duque de Mayena, por si dichos reitres eludian el encuentro del de Guisa, ó tal vez le derrotaban. Se cubrian con otros dos la Auvernia y el Delfinado, y con el último la Normandía, para impedir que se juntasen con el de Navarra los auxilios que éste esperaba de los aliados extranjeros.

Ocurrió el primer encuentro cerca del pueblo de Coutras, en el Poitou, entre el duque de Joyeuse y Enrique de Navarra. Fué el choque violento, la batalla sangrienta, y la victoria decisiva por parte de los calvinistas, á pesar de que á favor de sus contrarios militaba la superioridad del número. Apenas entró en accion la infantería. Quedó cadáver en el campo el duque de Joyeuse, y con él un gran número de caballeros, peleando todos con denuedo. La superioridad fué toda por parte de los calvinistas, que si no estaban dotados de mas valor, tenian de su parte la mayor pujanza personal, y el estar endurecidos en todas las fatigas de la guerra. Se condujo en la accion Enrique de Navarra con el valor é intrepidez que tan famoso ya le hacian.

Causó la noticia de este desastre sensacion profunda en el campo católico, y mucho mas en la córte, donde el duque de Joyeuse era uno de los principales favoritos. Quizá por esta circunstancia se enconaron mas contra el rey los liguistas exaltados, echándole la culpa de la pérdida de la jornada.

No fué de grande utilidad para los calvinistas una victoria tan brillante y decisiva. En aquella lucha de partidos, los ejércitos combatientes no eran mas que una pequeña fraccion de los que en ellos se hallaban afiliados. Se podia destruir un ejército sin acabar con una parcialidad que estaba siempre viva. Por otra parte los calvinis-

tas que no podian sostenerse mucho en campaña, por precision tenian que retirarse á sus casas, aguardando nueva ocasion para ponerse en movimiento.

La desgracia sufrida por el duque de Joyeuse en las llanuras de Poitou, fué reparada con usura por el duque de Guisa en las fronteras de Lorena. Avanzaban los reitres alemanes lentamente con todas precauciones por el odio de que eran objeto en todo el pais que atravesaban. Se levantaban las poblaciones en masa y echaban contra ellos las campanas á rebato. En esta situacion atacó inopinadamente el campo de estos extranjeros el duque de Guisa y los derrotó completamente, haciéndoles retirarse en dispersion y dejar para siempre aquel territorio que tan fatal habia sido para ellos.

Llegaron hasta el cielo las alabanzas cantadas por los jefes de la liga á favor del príncipe de Lorena que acababa de prestar tan útiles servicios á la santa causa; de un príncipe defensor ardiente del catolicismo. El paralelo que se hizo entonces entre el jefe de la liga vencedor y el general de la córte destrozado, redundó en nuevo descrédito del rey con quien se tenian cada dia menos consideraciones. A desvirtuarle, á hacerle objeto de desprecio, á convertirle en una completa nulidad, aspiraban los jefes ardientes de la liga. No se contentaban sin duda con excluir de la sucesion á los príncipes calvinistas; el deshacerse de su persona misma, era el último resultado á que aspiraban; designio que se concibe muy bien, teniendo presente que Enrique III era mozo, casi de menos edad aún que el mismo Guisa.

No contento con las condiciones que le habian impuesto en el convenio que habia dado principio á esta guerra; se juntaron en Nancy los jefes principales, y despues de varias conferencias, se determinó intimar al rey, que se mostrase mas abierta y públicamente protector y amigo de la santa liga; que quitase las plazas, estados y oficios importantes á las personas que se le designasen; que hiciese publicar el Concilio de Trento en toda Francia,

de que se estableciese la inquisicion á lo menos en las ciudades que tenian el título de buenas: que se pusiesen en las manos de los que se le nombrasen las plazas fuertes de importancia: que igualmente se le designarian, las en que harian las fortificaciones é introducirian la gente de guerra que mejor les pareciese: que pagase en la Lorena y en las inmediaciones un número de tropas suficiente á fin de impedir una invasion de soldados extranjeros: que para cubrir otros gastos se vendiesen lo mas pronto posible y sin ninguna formalidad, los bienes de todos los hereges y sus asociados: que en adelante no se diese cuartel á ningun herege á no ofrecer una seguridad válida de ser buen católico y pagando el valor de sus bienes en caso de no estar vendidos.

Tales fueron las nuevas condiciones que desde Nancy se enviaron al rey á París para que las firmase si queria continuar en la posesion de la corona. Que en esta conferencia, en este negocio estaba la persona del rey de España como la mas influyente, ademas de ser tan probable, consta de documentos auténticos como son las cartas frecuentes que escribia á sus embajadores. Estaba esta conducta en su política, en sus ideas, en sus proyectos ulteriores. Queria que la Francia fuese tan católica como España, queria la espurgacion absoluta de los protestantes, que desapareciese de aquel trono un monarca débil é inconstante de cuya amistad no tenia pruebas, habiéndolas antes recibido ya de lo contrario, por la entrada en los Paises-Bajos del príncipe de Anjou, por el apresto de la expedicion enviada á la Tercera. Lo que queria Felipe II era un rey de Francia ardiente católico enteramente á su disposicion; es decir, reinar él mismo de hecho aunque otro estuviese en posesion del título.

Mientras se extendian en Nancy los nuevos artículos que debia firmar el rey de Francia, se hallaba éste entregado á los actos públicos de devocion que le eran ya tan habituales. Asistia á las procesiones, se mezclaba con los penitentes, visitaba los conventos; nada omitia

para hacer ver la sinceridad de sus principios católicos. Mas por una fatalidad de este monarca, se obstinaba el partido ardiente de la liga en hacer ver que todos estos actos llevaban el sello de la hipocresía. A pesar de haberse declarado protector y jefe de la liga, no cesaban de declamar contra sus vicios, contra sus disoluciones hasta de lo alto de los mismos púlpitos.

Firmó Enrique III los artículos relativos á la admision del Concilio de Trento, al establecimiento de la inquisicion, aplazando los relativos á la entrega de las ciudades, confiscacion de los bienes de los calvinistas y otros de este género. Así quedó por entonces indecisa la liga, y neutralizadas sus hostilidades. Mas volvió á encender pronto la llama del descontento, subiendo mas de punto las exigencias de un partido que no queria amistad con el rey, á menos que se sometiese á ser el ciego instrumento de toda su política.

Permanecia el duque de Guisa en la córte de Lorena rodeado de sus mas celosos partidarios, cada vez en correspondencia mas activa con Felipe II, á quien hacia ver la urgencia de enviarle los auxilios pecuniarios que tantas veces le habia prometido. No era sin duda avaro el rey de España, sobre todo tratándose de fomentar empresas que favorecian sus miras y servian su política, pero sobrado, cauto y receloso, desconfiando tal vez de la buena fé con que le ayudaban sus partidarios en Francia, gastaba con ellos mas palabras que obras y por ningun estilo les enviaba todo el dinero que pedian. No era extraño que el lujo, la esplendidez en que vivian todos los magnates de aquel reino disgustase á un hombre tan rígido, tan parco, tan mesurado en sus costumbres. Sin embargo, tenia que servirse de ellos como instrumentos necesarios á lo menos por entonces, reservándose otra conducta para cuando se mostrase mas despejado el horizonte.

Mientras los Guisas intrigaban en Lorena, los liguistas de París mas celosos, mas ardientes, mas deseinteresados, menos calculadores, acusaban á los primeros de

tibios, de remisos en venir al seno de la capital á consumar la obra de lo que ellos llamaban el triunfo de la religion católica. Enemigos cada vez mas declarados del monarca y de los hombres del partido medio á quienes profesaban poco menos odio que á los calvinistas mismos, temian con razon que disgustado y ofendido el rey, y viendo el borde del abismo en que le habian colocado, despertase del letargo, se rodease de sus muchos y celosos servidores y, acordándose de que era el rey, diese un golpe de estado en París mismo, apoderándose violentamente de las personas de los jefes populares. Tal vez era este el designio de Enrique III quien no carecia de valor, y probablemente no se habia olvidado de los triunfos obtenidos en sus primeros años. Sin duda estaba esto en las miras de la reina Catalina, de los políticos y de todos los que veian con inquietud los funestos progresos de la liga. Por eso los jefes de esta parcialidad enviaban espreso sobre espreso al duque de Guisa para que viniese cuanto mas antes á ponerse al frente de los buenos católicos que se hallaban en peligro, llegando hasta á decirle que en caso de vacilar cuando el combate era indispensable, no les faltaria otro jefe que quisiese conducirlos al peligro.

El rey por su parte sabedor de todas estas tramas, prohibió al duque de Guisa y á los parciales que le acompañaban en Lorena, volver á París sin que precediese para ello una órden suya. Al mismo tiempo hacia que se acercasen á la capital las tropas que le eran mas leales, tomando otras disposiciones para neutralizar las de los vecinos de París y refrenar al menos su osadía. Habia pocos momentos que perder: de una y otra parte se estaban preparando para una lucha abierta. La colision que pocos años antes habia tenido lugar entre católicos y calvinistas, iba á realizarse ahora entre católicos fanáticos, y los que á los ojos de los primeros pasaban por tibios y por indiferentes. Era la misma intolerancia, el mismo deseo de persecucion el que á los parisienses agi-

taba. Antes, se habia mostrado el rey instrumento dócil de sus voluntades. Ahora era el rey el blanco de todos sus enojos. Se trataba nada menos que de un destronamiento, porque Enrique III, á los ojos de la liga, no *tenia de católico mas que la apariencia.*

El duque de Guisa, penetrado de que no habia ya momento que perder, voló á París, á pesar de la prohibicion expresa del monarca. Aunque hizo su entrada en ademan de disfrazado, fué reconocido por los suyos y acogido con demostraciones de entusiasmo. Pronto se supo en todo París la llegada de este famoso personaje. Se alarmó la córte, y el rey se llenó de indignacion al ver tanta osadía por parte de su súbdito. Pero este súbdito, mas soberano en París que el mismo Enrique, arrostró su cólera presentándose en el Louvre, donde dió sus escusas por su venida á la capital sin órden del monarca.

Hubo de contentarse el rey con ellas, puesto que le admitió á su presencia y le hizo un recibimiento favorable, aunque marcado con un tono de reconvencion que daba mas realce á su flaqueza.

Ya no era tiempo de tergiversar para ninguno de los dos partidos. O el rey ó Guisa iba á quedar en París de soberano. Puso el primero sus tropas en movimiento para sujetar la capital: organizó la capital sin tropas sus medios de defensa. Los vecinos acudieron á sus puestos. Se cerraron las tiendas y las puertas de las casas: se coronaron las ventanas y los techos de personas en actitud de lanzar proyectiles y toda clase de materias inflamadas. Mientras las tropas penetraban por la capital y se apoderaban de los puntos principales, se barreaban las calles con cadenas de hierro, estacas y demas obstáculos. Se vieron así las tropas embarazadas en sus movimientos, privadas de sus mútuas comunicaciones, á merced del populacho que los acometia al abrigo de aquella clase de fortificaciones, acosados por los golpes que les venian de lo alto, sin ser bastantes á apagar los fuegos de aquellas

baterías. La partida no era igual: corrian los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver pór este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de París, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba éste desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permaneceria en París, donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaria en el Louvre que viniesen á sitiarle é imponerle mas duras condiciones? Consistia, pues, su salvacion en alejarse de París: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

CAPITULO LX.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.--Regencia del conde de Morton en este último pais.--Mayoría de Jacobo IV. --Proceso y suplicio de Morton.--Situacion de Inglaterra.--Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares. --Implicacion de Babington.-- Implicacion de María Estuarda.--Proceso de esta reina.--Es condenada á muerte.--Su suplicio.--Su carácter (1).

1577—1587.

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercia esta reina en el primero de los dos paises, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venia ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mútuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Sommerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos

---

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLII.

á las nuevas doctrinas religiosas. ¡Feliz el que de estos litigantes encontraba mas favor á los ojos de la que se erigia nada menos que en juez suyo! Cupo este favor, al que mejor representaba los intereses de Isabel, al jefe del partido protestante. Quedó al fin vencedor este preponderante en Escocia, y solo perdonados y vueltos á la posesion de sus haciendas los que habian ejercido hostilidades contra el rey Jacobo, tomando la defensa de la madre. Los principales considerados como jefes de rebeldes, por no haber querido dejar las armas durante las negociaciones, expiaron su obstinacion en un suplicio, y en el territorio inglés donde estaban presos. Así quedó por entonces triunfante en Escocia el pronunciamiento contra la antigua fé; el pronunciamiento contra la reina, cuyo mayor crímen á los ojos de sus súbditos, era acaso su constante adhesion á esta fé, que se presentaba con el color político de obediencia ciega y de dependencia de la Francia.

Bajo estos auspicios inauguró su regencia el conde de Morton, sucesor, como hemos visto, de los de Murray y de Lenox, asesinado aquel y muerto éste en medio de sus mas activas diligencias para asegurar la paz del reino. Era Morton un hombre activo, emprendedor, hábil en la guerra, entendido en los negocios, de genio turbulento, de carácter duro, que se habia mezclado en todas las revueltas; hombre, en fin, de aquellos tiempos. Estaba, ó habia quedado en la apariencia, pacífico el pais; mas ni habia bastante vigor en las leyes, ni bastante energía y prestigio en los que gobernaban para reducir al silencio tantas pasiones agitadas, tantos intereses que mútuamente se excluian, tantas ambiciones defraudadas, tantos gritos de amor propio herido con el reciente vencimiento. Habia venido muy á menos el partido de María; mas estaba vivo tanto en Escocia como en Inglaterra, siendo objeto de gran atencion que una reina presa en manos de otra, fuese el alma y el jefe del partido numeroso que política y religiosamente aspiraba á la destruc-

cion de la segunda. Las mismas pugnas de que eran teatros Francia, los Paises-Bajos y otras regiones de Europa, tenian lugar en Escocia y en Inglaterra, con la diferencia de que en este último pais, donde se sentia mas de cerca la mano firme de Isabel, se gozaba de cierta tranquilidad, mientras que en el otro se presentaba el fuego de la discordia con toda su energía, y en ciertos casos con todos sus furores.

Nosotros no escribimos la historia de Inglaterra ni de Escocia; solo hablamos de los paises extranjeros en lo que tiene relacion con la del nuestro, y sobre todo del rey de España, objeto de este escrito. Las relaciones que existian entre Felipe II y los católicos de Francia, tenian lugar entre los de Inglaterra y de Escocia y María Estuarda, que representaba un partido político al mismo tiempo que un partido religioso. Eran unas mismas las ideas, las aspiraciones, el exclusivismo, la intolerancia política y religiosa que influian en la conducta de unos y otros.

Se atrajo Morton en Escocia muchos odios y rivalidades por su carácter duro y poco conciliador en aquellos tiempos de revueltas. Con gran celo se aplicó á reparar los infinitos desórdenes que aquejaban al pais; mas perdió todo el mérito de este servicio por la avaricia de que se le acusaba, llegando hasta exigir multas por crímenes imaginarios y disminuir el peso de la moneda, conservando esta el mismo precio. Se hallaban algunos nobles disgustados de su administracion, y por otra parte no estaba el clero satisfecho, pugnando siempre por destruir en un todo lo poco que del órden episcopal se conservaba. Hervia el reino en delatores y en denuncias, y las gracias y favores del gobierno se distribuian con aquella parcialidad tan inevitable en choques de partidos, no siendo pocos los que se conferian al que mas generosamente los pagaba.

Salia el rey de su estado de menor, y se hallaba muy cerca de empuñar las riendas del gobierno. A este astro

que se levantaba se volvieron, como es natural, todos los descontentos contra el regente. No fué difícil sembrar en aquel jóven corazon desconfianza del poderío y designios del que entonces gobernaba. Con la pintura de su poder tiránico, le hicieron creer que aspiraba á destronarle, ó al menos á prolongar su minoría. No son nunca sordos los reyes á insinuaciones de esta clase, y desde entonces Jacobo miró con malos ojos al regente. Noticioso éste de la tempestad que le ámenazaba, viéndose abandonado de muchos nobles y objeto de la irritacion y rencor de otros, renunció á su cargo y pasó á una condicion privada. Mas pronto concluyó el triunfo de sus enemigos. El ex-regente que expiaba desde su retiro todos sus movimientos, halló coyuntura de volver á la antigua autoridad que ejerció con mas rigor que nunca, provocando nuevos odios y creando elementos de vengarse. Y aunque redujo por entonces á sus enemigos al silencio, se mantenian vivos los resentimientos, cuando habiendo llegado el rey á su mayoría, comenzó á reinar efectivamente por sí mismo.

Habia sido educado este príncipe con bastante negligencia. No le faltaba instruccion de cierta clase; pero no de la que mas necesitaba. Formó desde un principio de sus prerogativas como rey, una idea mas alta que las circunstancias é índole de su gobierno permitia. En oposicion de estas ideas elevadas se hallaba su carácter irresoluto y hasta tímido. Con un monarca de este temple era muy fácil la privanza, y así el jóven rey de Escocia manifestaba hácia sus favoritos una debilidad que fué el carácter distintivo de todo su reinado.

Se aprovecharon de esta circunstancia los enemigos del ex-regente Morton y trataron de hacer revivir las activas acusaciones de que habia sido objeto, es decir, de complicidad en el asesinato del último monarca, padre de Jacobo. Fué Morton preso y encausado por este delito. La historia no ha podido poner en claro la parte que tomó al efecto el ex-regente en atentado tan horrible. Que tenia noticias de él, es un hecho positivo y confesado por

él mismo; mas negando siempre que de su perpetracion le tocase cosa alguna. Estrechado y reconvenido por que habiendo tenido noticia de tan negro plan, no le habia revelado, respondió que le habia sido imposible por la circunstancia de las personas á quienes hubiera debido descubrirlo; que el rey asesinado era un hombre sin carácter, sin prudencia, capaz de comprometerle sin ninguna utilidad, y que la reina siendo cómplice del mismo crímen, no podia sacar utilidad de una noticia, de que estaba demasiado ya bien informada.

A pesar de estas aclaraciones que parecen tan plausibles, á pesar de que no pudo ponerse en claro la complicidad de que se le acusaba, fué condenado Morton á perder su cabeza en un cadalso. Oyó el reo su sentencia con la firmeza de un hombre de valor que en tiempos de revueltas está familiarizado á todas las vicisitudes de la suerte. Con igual serenidad se mantuvo todo el tiempo que medió entre la comunicacion y ejecucion de la sentencia. Arregló sus negocios con tranquilidad, conversó con familiaridad con sus amigos y ministros de su religion que le asistian en tan duro trance; cenó con apetito, durmió profundamente; con planta firme se encaminó al cadalso. No omitiremos la circunstancia de que el instrumento de su suplicio fué una especie de guillotina inventada por él mismo, y que habia hecho venir de Carlisle en Inglaterra. Asi este aparato que hizo tanto ruido en nuestros tiempos como invencion moderna de la época, es de fecha mucho mas antigua.

No calmó esta muerte el furor de los partidos. En ningun pais de Europa se hacian sentir mas los desórdenes que siguen á una guerra civil, que en el de Escocia. La mayoría del rey nada habia remediado en el particular, como sucede siempre cuando el que manda se halla destinado por la naturaleza á ser por otros gobernado. Era juguete de las pasiones y caprichos de su favorito el rey de Escocia, mientras la mujer que mandaba en Inglaterra lo avasallaba todo con el ascendiente de su genio,

Muchos de los disturbios de Escocia eran obra de las intrigas de esta reina, cuya política era la de dividir, á fin de dominar mas fácilmente. Conocidamente los rivales y enemigos de los privados y favoritos del rey obraban por sus instigaciones, cuando vieron el paso atrevidísimo de apoderarse de la persona de Jacobo y de tenerle en su poder cautivo, á pesar de que no le escaseaban las demostraciones de respeto. Tuvo este arrojo la aprobacion del cuerpo eclesiástico, y muchas corporaciones respetables del estado; tan poco popular era el rey, tan escaso el crédito de que gozaba. Mas por la mediacion del embajador de Francia y aun de la Inglaterra, no fué su suerte tan dura como todos aguardaban. Al fin pudo evadirse Jacobo de tan estrecha prision y recobrar su antigua autoridad con grandísimo contento suyo. Se verificó una verdadera reaccion en el manejo de los negocios y ejercicio del poder: sin embargo, los conspiradores que se habian apoderado de la persona del rey no fueron castigados, gracias á la mediacion de la reina de Inglaterra.

Florecia mientras tanto este pais bajo los auspicios y vigilancia de una reina hábil y entendida, rodeada de consejeros que sabia escoger y que con el mayor celo correspondian en todo á su confianza. Con la agricultura marchaban las artes, con las artes el comercio, á que deben su grande desarrollo. Fué una de las primeras atenciones del gobierno de la reina hacer de la Inglaterra una gran potencia marítima, segun estaba llamada á ello por la situacion y mas circunstancias de su suelo. Eran en aquella sazon superiores en esto los flamencos y sobre todo los holandeses, despues que sacudieron el yugo de Felipe; mas se preparaba la Inglaterra á tomar la preponderancia marítima que desde principios del siglo XVII conserva sin interrupcion hasta estos dias. Eran entonces objetos de gran codicia las ricas é inmensas posesiones que en el otro hemisferio habian conquistado nuestros navegantes y guerreros, y no fueron estas adquisiciones lo que menos influia en el odio que á nuestros reyes profesaban

á la sazon los extranjeros. El vivo deseo de entrar á la parte del despojo, formaba intrépidos marinos, que unas veces por su propia cuenta, y otras protegidos abiertamente por su gobierno recorrian las costas de aquellos paises, y ora haciendo desembarcos, ora atacando nuestros propios buques llenos de oro y mercancías, volvian á sus casas llenos de botin, inflamando los ánimos para empresas nuevas. Se echa de ver la proteccion que daria la reina Isabel á semejantes expediciones que, redundando en el enriquecimiento de sus propios súbditos, causaban tantos daños á los del rey que aborrecia. Descollaba entre estos aventureros Francisco Drake, que de la condicion de simple marinero se habia elevado por sí mismo á la de un jefe entendido en todas las cosas de mar, cuyo valor é intrepidez hacian su nombre ya famoso. En 1577 salió del puerto de Plymouth, al frente de una expedicion que tenia por objeto recorrer las costas australes de la América. Llegó con ella á la entrada del estrecho de Magallanes, y habiéndole pasado sin contratiempo alguno, continuó su curso por el mar Pacífico. Atacó en las costas de Chile muchos buques españoles que apresó haciéndose con un botin considerable. Temeroso de volverse por el mismo camino, continuó su curso hácia el norte creyendo que por el extremo septentrional del América encontraria tal vez un paso para volver al mar Atlántico. Defraudado de esta esperanza torció su curso hácia el poniente, llegó á los mares de la India, dobló el cabo de Buena-Esperanza y volvió á su pais, siendo el primer inglés á quien cupo la gloria de dar la vuelta al mundo. Continuó su vida aventurera haciendo varias escursiones por su cuenta hasta últimos de 1585, en que determinada ya Isabel á no guardar consideraciones con el rey de España, le puso á la cabeza de una escuadrilla de diez y ocho buques, destinados á tomar las naves de la India. Llegó con ellos á la boca del Miño y por medio de un desembarco en las inmediaciones de Bayona de Galicia, hizo correrías en el pais robando muchísimo ga-

nado. Mas el gobernador de la plaza don Luis Sarmiento juntó inmediatamente la gente de que pudo disponer, y con los paisanos armados de las inmediaciones dió sobre los ingleses que á duras penas se volvieron á sus buques, dejándose atrás los ganados y demas efectos de que habian hecho presa. Levó anclas el comandante inglés y se dirigió á las Canarias, donde encontrando la gente apercibida no fué mas feliz que delante de Bayona. Pasó despues á las islas del Cabo-Verde, posesion portuguesa donde mandaba á la sazon como en todas las demas el rey de España. Desembarcó en la de Santiago, la entró á sacó, y se marchó cargado de botin sin pérdida ninguna. Dirigió despues su rumbo á las Antillas: se presentó delante de Santo Domingo en enero de 1586; desembarcó junto á la ciudad de este nombre, y entró en ella sin ninguna resistencia. Se apoderó de los pocos buques que estaban en el puerto, saqueó ochenta casas y amenazó entregar al fuego la ciudad si los habitantes no la rescataban. Se le dieron, para que no llevase adelante su propósito, veinte y cinco mil ducados y en seguida abandonó la costa. Por la suma de diez mil y doscientas barras de plata pertenecientes al rey, se rescataron los de Cartagena de Indias á donde se presentó en seguida el inglés aventurero. De aquí pasó á la Habana, donde no pudo hacer desembarco alguno por hallarse preparado á recibirle su gobernador don Pedro Fernandez de Quincoces. Pasó despues á la Florida donde saqueó el pueblo de San Juan. Tambien hizo botin considerable en las costas de la Jamaica, y sin proceder á mas operaciones se restituyó á Inglaterra cargado de despojos en buques, dinero, efectos preciosos y material de guerra, ascendiendo á doscientos el número de cañones de todos calibres.

A mediados de 1587, volvió á salir sir Francisco Drake, pues la reina le habia elevado á la dignidad de caballero, con seis galeones y diez y nueve buques de mediano porte, Se dirigió á la bahía de Cádiz donde puso

fuego á veinte y seis buques españoles que debian hacer parte de la armada que á la sazon preparaba Felipe contra la Inglaterra. Amenazó Drake con un desembarco la ciudad, mas Juan de Vega su gobernador mandó cerrar las puertas, alzar los puentes, la guarnicion sobre las armas, preparándose á la mas rigorosa resistencia. Tuvo medios el gobernador de avisar al duque de Medinasidonia, residente entonces en Sanlúcar, quien habiendo armado sus vasallos dispuso un cuerpo de cuatrocientos hombres de á caballo y otro de mil de infantería que se pusieron inmediatamente en marcha para impedir el desembarco de los enemigos. No se atrevió Drake á pasar adelante en vista de tales preparativos, y tomó la vuelta de Inglaterra sin otro suceso de importancia.

Debian estas agresiones aumentar la grande irritacion que otras anteriores habian ya causado al rey de España. Otro grande acontecimiento se estaba preparando en Inglaterra que iba á tener resultados mas terribles.

Hacia mas de catorce años que se hallaba la reina de Escocia cautiva de otra reina de quien no habia nacido súbdita. De simple detenida, habia crecido poco á poco el rigor de su confinamiento hasta el punto de verse encerrada en una fortaleza. Cómo Isabel se atrevió á tanto, cómo no reclamaron eficazmente contra esta violacion atroz del derecho de gentes, los príncipes de Europa unidos con María Estuarda por vínculos estrechos, no se concibe fácilmente. En Francia dominaban los Guisas, hijos de un hermano de su madre: el rey de España, aunque no pariente suyo, debia considerarla como el adalid del poco catolicismo que restaba en los dos reinos. ¿Cómo permanecia cautiva Maria Estuarda? Repetimos que no sabemos explicarlo, mas que es un hecho que presenció con asombro la Europa de aquel tiempo. Si Isabel era enemiga de María por sentimiento de rivalidad por el temor que le inspiraba su persona, ora cautiva en su poder, ora puesta en libertad con medios de buscar el asilo que mejor le acomodase, la enemistad de la de Escocia á la de

Inglaterra debia de ser mas viva, mas sañuda, mas acompañada del deseo de venganza, en razon de que era la agraviada y víctima de tan indigno tratamiento. Como estos sentimientos no podian menos de ser públicos ó de pasar por tales aunque realmente no existiesen, se veia la reina de Escocia, con voluntad ó sin ella, resorte y alma de cuantas tramas contra su rival se urdian. Eran muy temibles los enemigos de Isabel, pues aunque la mayoría del pais estaba á favor de la reina por espíritu de secta y de nacion, habia muchos católicos ardientes que por sus propios sentimientos ó por instigaciones ajenas se hallaban en conspiracion permanente contra ella. Habia sido solemnemente excomulgada por el Papa la reina de Inglaterra, y en aquellos tiempos de superstician y fanatismo equivalia este acto á una sentencia de exterminio. Santificaba la religion semejantes manifestaciones, y no habia medio alguno de realizarlos que dejase de ser altamente meritorio. Con los hereges no debia guardarse consideracion ni miramiento de ninguna clase: con tal que se purgase la tierra de los enemigos de Dios y de los hombres todo era permitido; tales eran las ideas y opiniones de aquella época de intolerancia religiosa. No olvidemos que las horribles matanzas de San Bartolomé fueron altamente aplaudidas por los que de católicos celosos se preciaban, que el Padre Santo les dió en Roma una sancion solemne hasta mandar que en la capilla Sixtina la celebrase y eternizase la pintura.

No ignoraba la reina Isabel todas estas disposiciones de los ánimos. Al paso que la esclavitud de la reina de Escocia halagaba su orgullo y la ponian al abrigo de muchas inquietudes, era por otra parte un grande embarazo para ella, uno de los cuidados mas grandes que sin cesar la atormentaban. Varias conspiraciones se habian descubierto, si no de un plan de asesinarla, al menos de trastornar el pais en favor de su competidora. Se habian encontrado entre los papeles de algunos que por sospechas habian sido encarcelados, hasta planos de diversos puertos de

mar de Inglaterra con la altura del agua en cada uno, y asimismo los nombres de los principales católicos de aquel reino. Que se proyectaba algun desembarco en el pais, aparecia sino claro y evidente, al menos muy posible y hasta muy probable. Algunos años antes habia tenido lugar uno en Irlanda, por unos ochocientos hombres españoles é italianos aventureros que daban indicios de obrar á nombre del Pontífice, y aunque aquella invasion produjo malos resultados, no era extraño se intentasen otras en Inglaterra. Habia en el pais muchos agentes de los Guisas, del Papa, de Felipe II, espiando á todos momentos ocasiones de hacer daño. No es extraño que la reina Isabel, sabedora de todos estos planes, se irritase á su vez, é hiciese caer el peso de su indignacion sobre los sospechosos y mucho mas sobre los que por indicios claros aparecian en ellos complicados. No era pequeña la parte que de estos rigores alcanzaba á la desgraciada María Estuarda. Cada vez se la trataba con menos miramiento, y se estrechaba los límites de la poca libertad de que en su encierro disfrutaba. Así crecian los resentimientos mútuos, y caminaba la contienda á un punto en que no podia menos de teñirse en sangre.

No presentaban, pues, en aquella época las cosas un semblante muy risueño para la reina de Inglaterra. En los Paises-Bajos llevaba Felipe II lo mejor, con las victorias del príncipe de Parma. El rey Enrique III de Francia, que se mostraba amigo de Isabel, se veia casi despojado de su autoridad por la influencia y prestigio de la santa liga á cuyo frente se hallaban los Guisas, que se podian considerar como los verdaderos soberanos. Influia mas que nunca el rey de España en los consejos de aquel pais, y en estrecha comunicacion con el duque de Guisa, no escaseaba ni la advertencia ni el dinero que podian contribuir á la ejecucion de sus designios. Por todas partes se anunciaba una tempestad contra la reina herética de Inglaterra.

Ya sabemos como ésta se decidió entonces de un

modo mas franco y mas esplícito, enviando socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos. Se unió al mismo tiempo de un modo público con los calvinistas de Francia, reanimando cuanto le era posible aquel partido, entonces en mucha decadencia. Redobló la vigilancia en sus estados, creó ó hizo que se crease una vasta asociacion de los ingleses que se mostraban mas celosos por la conservacion de su trono, y que se ligaron con los juramentos mas solemnes de contribuir con sus haciendas y sus vidas á destruir á cuantos enemigos quisiesen trastornarle. No olvidemos que la reina Isabel era sumamente popular y querida en el pais que bajo los auspicios de su buena administracion se enriquecia y prosperaba. Cuantas mas tentativas de insurreccion abortaban, tanto mas odio se concitaba en el pais contra los enemigos de la reina. Y estos sentimientos de adhesion llegaron á ser tan vivos, tan apasionados, que las desgracias de la reina cautiva, dejaban de excitar la compasion del público, porque se la creia impulsadora de todos estos movimientos.

Atenta la reina Isabel á promover en un todo cuantos medios podrian ofrecérseles de seguridad, trató de recuperar en Escocia la influencia que recientemente habia casi perdido por las convulsiones y disturbios de que aquel pais era teatro. El rey Jacobo recibió con muchas demostraciones de benevolencia á los embajadores de Isabel, y la misma acogida tuvieron en su córte los de Escocia. Supo inspirar la reina de Inglaterra temores á Jacobo sobre lo inseguro de su trono en caso de que se llevase adelante las maquinaciones de los católicos contra los dos estados. Y llegó á arraigarse tanto esta idea en el ánimo de aquel jóven rey, que se entibiaron mucho sus relaciones con su madre á quien siempre mostraba sentimientos de buen hijo en medio de la especie de guerra política que entre ambos existia.

Mas ni toda esta vigilancia, ni todas estas precauciones de Isabel impidieron que se urdiese una vasta tra-

ma de conspiracion contra su persona, y cuyo desenlace fué verdaderamente lamentable.

Concibió por sí mismo, ó por inspiracion de otros, un tal Savage, el proyecto de asesinar á esta princesa. Segun historiadores, por la mayor parte protestante, se hallaba este hombre movido por varios personajes, hasta por príncipes, hasta por prelados que le habian hecho ver el grande mérito de aquesta obra y encendido su fanatismo hasta el punto de abrirle las puertas del cielo en caso de ser mártir en tan alta empresa. Tambien se le supuso en relaciones con don Bernardino de Mendoza, embajador de España, y con el duque de Parma, quienes estimularon asimismo su celo religioso. Todo es creible y muy probable segun el modo de pensar de aquellos tiempos.

Comunicó Savage su resolucion á otros, ó tal vez fueron todos ellos encargados en un principio de esta empresa. Figuraba entre los principales un tal Antonio Babington, persona distinguida del pais, cuyo nombre citamos por haberle dado á la conspiracion conocida así en la historia. Como el acto debia ser seguido de trastornos no era posible concentrarse el secreto en pocos, por las grandes medidas ulteriores que se debian tomar perpetrado que fuese dicho asesinato. Se celebraron varias conferencias entre un número considerable de conspiradores. Se designaron las personas que debian asesinar á la reina Isabel, las que se habian de apoderar inmediatamente de las riendas del gobierno, las que debian de ser envueltas en la suerte de la reina, las que debian llevar las comunicaciones á las córtes extranjeras, con todos los demas pormenores á que semejantes asociaciones dan orígen. Estaban los planes muy adelantados y la cosa á punto de verificarse, cuando fueron descubiertos por un emisario que llevaba cartas á María de Escocia. Como los agentes del gobierno vivian con tanta vigilancia, no les era difícil dar con los hilos de estas tramas, que á veces se descubrian por medio de espías disfrazados con el manto de conspiradores. Llegó pues, así la cosa á oidos del secretario de Estado sir Fran-

cisco Walsinghan, y éste la puso inmediatamente en conocimiento de la reina. Convinieron ambos en no comunicarla á nadie, ni aun á los del Consejo privado mientras se dilucidaba mejor este misterio. Se depositaban las cartas dirigidas á la reina de Escocia en un sitio convenido de la cerca de los jardines de su confinamiento. Antes que llegasen á su destino se abrian y deshojaban por Walsinghan, quien las volvia cerradas y selladas sin que se sospechase el fraude. De este modo se llegaron á saber muchos pormenores de la trama, hasta los nombres de los conspiradores, y hasta las señas y el traje de los encargados personalmente del asesinato de la reina. Mas temiendo ésta que por querer profundizar la cosa demasiado la ganasen los asesinos por la mano, suspendió de repente todas las pesquisas mandando prender á todos los complicados en la empresa, inclusos los dos secretarios de María que llevaban su correspondencia. La prision se llevó á efecto: muy pronto expiaron los conjuradores en un cadalso su delito.

Causó el descubrimiento de este plan una profunda impresion en Inglaterra. Se llenó la generalidad del pais de asombro y de indignacion al ver el peligro que habian corrido los dias de su reina. Redoblaron el celo y las manifestaciones de fidelidad por parte de los individuos de la asociacion, y se esparció la idea de que ya no podia haber tranquilidad en el pais ni seguridad para la vida de la reina, mientras viviese la de Escocia, alma de todas las conspiraciones. ¿Y qué hacer con esta reina? ¿Qué partido se tomaria con ella despues de sofocada tan culpable empresa? Algunas veces la acusaban de complicidad: sus dos secretarios convenian en lo mismo. Hé aquí lo que ocupaba seriamente al Consejo de la reina. ¿Se pondria en libertad á una princesa tan justamente irritada, que en todas partes hallaria vengadores? ¿Quedaria sin castigo tan grande acto de complicidad? ¿Se dejaria á la mano del tiempo, á la de los rigores del confinamiento, el terminar una existencia tan fatal á los intereses

de la Inglaterra? ¿Se pondria en tela de juicio á María Estuarda? Era de todos, el partido mas osado y mas violento. A él se atuvo definitivamente el Consejo, con el consentimiento y aprobacion de la reina, resuelta á todo con tal que saliese de una vez de tanta inquietud y satisficiese del todo sus resentimientos.

La reina de Escocia era extranjera en el pais, una reina independiente, una cautiva por la violacion mas atroz de toda justicia, de toda razon, de toda sombra de derecho. Su enjuiciamiento se presentaba, pues, con el carácter de absurdo, de ilegal y de escandaloso. Mas habian llegado al extremo la irritacion en unos, el temor en otros. Lo que se llama razon de estado triunfó de todas las consideraciones. Se abusaba sin reparo del derecho de la fuerza.

Con el descubrimiento de la trama habia crecido el rigor del confinamiento de María. Se la trasladó del castillo de Boston, donde se hallaba bajo la custodia del conde de Shrewsbury, al de Fortheringay, encomendándola á la guarda de otras personas de inferior rango, considerando que, siendo gentes de menos educacion, no la tratarian con tanto miramiento. Se la destinaron las habitaciones mas frias y mas húmedas, se le escasearon las comodidades, se restringieron sus paseos, se disminuyó el número de sus criados, se hizo, en fin, todo lo posible para que mirase con tédio su existencia. No desconocia la reina de Escocia el triste fin que la aguardaba. Cuando supo el desenlace de la conspiracion y el encarcelamiento de sus secretarios, se dió en un todo por perdida. Aguardaba á cada instante ser víctima de la venganza de su enemiga por medio de un veneno ó cosa semejante, pues otro modo de que se acabase con ella no le comprendia. Así se quedó como atónita, cuando se le presentaron cuarenta comisionados y cinco jueces que por comision del Consejo privado venian á formarle causa como cómplice en la conspiracion fraguada contra la vida de la reina de Inglaterra.

Respondió á los jueces María Estuarda que para nada reconocia su autoridad, y que nadie en Inglaterra tenia derecho de juzgarla; que nacida igual de la reina Isabel y constituida en la misma dignidad, no tenia mas dependencia de ella que la que da el dominio de la fuerza. Esta habia venido á pedir asilo, y solo habia recibido una prision y los mas duros tratamientos: que si no podia desagraviarse de las ofensas recibidas, no las olvidaba ni creia que se quedasen sin su pago merecido; que resignada á todo lo que podia sucederle de peor, no queria agravar su situacion con una bajeza indigna de su rango.

Dos dias resistió María en su resolucion sin que pudiesen persuadirla las razones de aquellos personajes. Mas habiéndosele hecho la reflexion de que esta negativa equivalia casi á una tácita confesion del crímen que se le imputaba, cedió por fin, mas protestando siempre contra la validez de los procedimientos.

Se le leyeron entonces á la reina de Escocia las declaraciones de sus supuestos cómplices; las de sus dos secretarios, y las copias de las cartas que le habian sido interceptadas. Respondió María que ninguna fuerza podian tener las declaraciones de los reos arrancadas muchas veces ó por la esperanza del perdon, ó por el temor de la tortura; que la misma observacion se debia hacer respecto de sus secretarios, cuyo juramento tenia muy poca fuerza habiendo ya violado el que le habian hecho á ella misma de guardar secreto; que en cuanto á las copias de sus cartas, nada habia mas fácil que forjar semejantes documentos. Mostró la reina de Escocia mucha circunspeccion y compostura durante el interrogatorio, y no dió muestras de hallarse intimidada.

¿Era cómplice la reina de Escocia en el plan de asesinato de Isabel? Difícil es el no creerlo así, en vista de lo desesperado de su situacion, de tantas declaraciones que lo aseguraban, del testimonio de sus propios secretarios y del concepto de honrado y justificado que gozaba Walsingham, ante cuyos ojos se habia descifrado la corres-

pondencia, como ya hemos dicho. Que Walsingham fuese enemigo de María, puede suponerse fácilmente, mas entre esta cualidad y la de un bajo falsificador habia una enorme diferencia. Por otra parte, ¿cómo no se le enseñaron á María mas que las copias de sus cartas y no los originales? ¿Cómo no la carearon con sus secretarios que todavía estaban vivos cuando el enjuiciamiento? Son misterios que la razon no alcanza, que abren para la posteridad un campo de conjeturas y controversías. Mas es un hecho, que las principales pruebas de complicidad, las cartas originales de María, no figuraron en aquel proceso.

Los jueces comisionados partieron de Fortheringay, y se dirigieron á Westminter sin haber pronunciado la sentencia. En este punto volvieron á reunirse despues de varias deliberaciones del Consejo. Ante el tribunal volvieron á presentarse los secretarios de María, que se ratificaron en sus declaraciones. Al fin pronunciaron los jueces la sentencia, y unánimes declararon que habian sido cómplices en la conspiracion de Babington, *María, hija y heredera de Jacobo V, último rey de Escocia, comunmente llamada reina de Escocia, reina viuda de Francia*, pues con tales títulos era designada.

El Parlamento confirmó inmediatamente la sentencia que envolvia la pena de muerte, y envió á la reina un mensaje en que se le suplicaba lo hiciese ejecutar en el momento.

En procedimientos promovidos por el espíritu de partido, por el calor de las pasiones, por la sed de represalias y venganzas, no hay que buscar ni regularidad, ni imparcialidad, ni buena fé, ni menos aquella calma y circunspeccion indispensables en todo lo que va á decidir la suerte de los hombres. En el proceso de María se violaron todas estas leyes, como asimismo las de la humanidad, de la hospitalidad, y hasta las de la decencia. Estaba la parte protestante de la nacion inglesa furiosa con tantos planes de conspiracion contra la vida de su

reina, ébria de venganza, espantada con la perspectiva de las tormentas que provocaba sobre el pais la mano de María. En esta ocasion siguió el impulso del Parlamento manifestando sus vehementes deseos de que se llevase á ejecucion la sentencia recientemente pronunciada. Debió de estar satisfecha la reina de Inglaterra con tantas pruebas de adhesion á su persona y de odio á la de su competidora. Mas á pesar de verse como al fin de sus deseos, no estaba todavía libre de perplejidades.

Cundió con la velocidad de un relámpago la noticia del proceso de María Estuarda. Causó en los católicos una mezcla de sorpresa y de dolorosa indignacion no fáciles de describirse. Inmediatamente hicieron representaciones en favor de la reina desgraciada de Escocia, los de Francia, de España, los príncipes católicos de Alemania y otros puntos de la Europa. Se deja concebir el tono de calor y vehemencia con que estarian concebidos todos estos actos. El rey Jacobo, sensible á la voz de la naturaleza, abogó con ardor por una madre cuyo suplicio iba hasta imprimir una mancha indeleble en el carácter de que estaba revestida. Hacian naturalmente todas estas manifestaciones una impresion desagradable en Isabel, quien si deseaba la muerte de su competidora, no queria cargarse con la odiosidad de ser ella misma la que expidiese la órden de la ejecucion de la sentencia.

Por algunos dias se mostró indecisa, manifestando su gravísimo pesar por verse precisada á cumplir con un deber fatal que reclamaba de ella la seguridad y tranquilidad de sus estados. Mientras tanto se manifestaba mas y mas la opinion del pais en contra de María, con lo que se lisonjeaba muchísimo el amor propio de la reina de Inglaterra.

Todavía vacilaba, tal era su opinion, la mancha que iba á echar sobre ella la ejecucion de la sentencia. Varias veces manifestó su despecho, quejándose de que sus fieles servidores no previniesen sus deseos sacándola de tan cruel conflicto. Los dos principales encargados de la

custodia de la reina, sir Amias Paulet y sir Drue Drury, á quienes se hizo en frases no muy oscuras esta insinuacion, aparentaron no comprenderla. Al fin se les manifestó por lo claro que harian un gran servicio á la reina anticipándose al verdugo en la ejecucion de la sentencia. Mas estos hombres llenos de honor, aunque no muy blandos y mirados en su comportamiento con María, se indignaron al verse tenidos en tan poco que se les hiciesen proposiciones tan odiosas, y declararon que eran fieles servidores de la reina, mas no viles asesinos. Cerrada asi la puerta para toda ejecucion secreta, no quedaba mas medio que el de hacerla pública. Con este objeto mandó la reina que se estendiese la órden (warrant) de la ejecucion y se la llevasen, mas todavía se mostró irresoluta en el acto de firmarla.

Al saber la reina de Escocia la sentencia de muerte que sobre ella gravitaba, no mostró ni gran temor, ni gran sorpresa. Dijo que estaba ya muy preparada á este rigor de la fortuna. Que no extrañaba estuviesen sedientas de bañarse en la sangre de una reina extraña, las manos acostumbradas á teñirse en la de sus propios reyes. Mientras tanto, estaba tratada con la última dureza, se le habia despojado de todos los signos y consideraciones debidas á la dignidad real, quitándose el dosel que se hallaba en su aposento, sus mismos guardas le faltaron á toda consideracion, presentándose delante de ella con su sombrero puesto.

Entregó Isabel la órden firmada de la ejecucion al secretario de Estado Davison, con el encargo de presentarla á los señores del Consejo. Apoderados de tan importante documento, sin conferenciar mas con la reina ni tomar sus órdenes ulteriores, entregaron el papel á los condes de Shrewsbury y de Kent, para que inmediatamente pasasen al castillo de Fotheringay á poner en ejecucion lo que en él se prescribia.

Partieron los condes acompañados del dean de Peterborong al punto designado, y presentados á la reina

de Escocia le hicieron saber la órden que llevaban previniéndole se dispusiese para su ejecucion al dia siguiente. Recibió María la comunicacion con rostro firme y sereno, con aquella dignidad que en ciertas ocasiones le era tan característica. Dijo que debia darse por satisfecha y agradecer á Dios hubiese elegido su persona para dar un testimonio de su adhesion á la religion católica en cuya defensa perecia. Inmediatamente se preparó para la muerte, tomando todas las disposiciones con tranquilidad y compostura. Escribió su testamento, distribuyó sus muebles, vestidos y otras alhajas entre sus doncellas y otros servidores, consolándolos á todos con la esperanza de mejor fortuna. Pidió que se le permitiese un sacerdote de su religion que la asistiese en sus últimos momentos; mas le fué esta gracia denegada. Solicitó tambien que se le permitiese morir rodeada de sus servidores para que diesen testimonio de su comportamiento, y fué igualmente desechada aquesta súplica, esceptúandose solo tres que la acompañaban hasta los últimos instantes. Pidió en seguida que se trasladase á Francia su cadáver á fin de que allí le enterrasen en sagrado, á lo que dieron los condes su consentimiento.

Pasó María el resto de la noche rodeada de sus servidores, cuyos gemidos y sollozos no podia reprimir su autoridad, ni el ejemplo que daba de serenidad y de firmeza; cenó parcamente como lo tenia de costumbre, y bebió á la salud de cada uno de los que la acompañaban. En seguida se recogió á su aposento, y por la última vez se entregó al sueño.

Al amanecer del dia siguiente, 27 de febrero de 1587, se levantó, pasó á su oratorio, tomó una forma consagrada que le habia enviado Pio V y guardaba en secreto con el mayor cuidado, previendo la triste situacion en que se hallaba. En seguida hizo que la vistiesen con toda la posible magnificencia que su equipaje permitia. Mientras tanto pasaba los instantes en actos de devocion, sin dar oidos á las exhortaciones del ministro pro-

testante que trataba de auxiliarla en sus últimos momentos.

A eso de las nueve de la mañana se presentó en su habitacion el Sheriff del condado y le anunció que habia llegado su último momento. Se hallaba María de rodillas al recibir esta visita. Sin responder nada, se levantó inmediatamente y con paso lento, apoyada en dos, de sus doncellas, se encaminó al sitio del suplicio. Iba vestida magnificamente con manto de terciopelo morado, diadema en la cabeza, en el cuello un Aguus Dei, en la cintura el rosario y un Crucifijo de marfil en las dos manos. Así entró en una sala del castillo tendida de negro donde estaban el tajo, las hachas y los verdugos preparados para su suplicio. La acompañaban tambien los dos condes que se le habian reunido en la escalera y el dean que no cesaba en sus exortaciones, empleando frases duras, á proporcion que la reina se negaba á valerse de su auxilio, diciéndole que no se molestase, pues queria conservarse fiel á su religion hasta el último momento. Al fin impuso silencio al dean el conde de Shrewsbury en vista de lo inútil de la conferencia.

Comunicaba la sala con una especie de patio lleno de espectadores sumidos en silencio. Subió María las dos ó tres gradas de la especie de tablado donde estaba el instrumento del suplicio, mientras se leia en alta voz la sentencia de su muerte. Concluido el acto oró la reina en alta voz por las necesidades de la Iglesia, declaró que moria fiel á los dogmas del catolicismo, que solo esperaba misericordia por la muerte de Cristo, á los pies de cuya imágen iba á derramar su sangre. Entonces levantó en alto el Crucifijo y le besó, entregándole en seguida á una de sus doncellas, mientras otras le ayudaban á quitarse el velo y demas adornos de la cabeza para pasar á las manos del verdugo. Con rostro sereno, y la fortaleza que no la abandonó en ninguno de estos críticos momentos, despues de una corta oracion puso la cabeza en el tajo, y mientras uno de los ejecutores la tenia de las manos, le separó el otro la cabeza del cuerpo con un

par de golpes. En seguida la levantó en alto y la enseñó al pueblo chorreando todavía en sangre, y el dean de Peterboroug exclamó en alta voz: así perecen todos los enemigos de la reina Isabel; á lo que el conde de Kent respondió: Amen. Los espectadores se retiraron entonces sin prorumpir en voz de clase alguna.

Así murió á los cuarenta y cinco años comenzados de la edad de María Estuarda, una de las mujeres mas eminentes de su siglo por su hermosura, por sus gracias, por la gentileza de toda su persona, por lo agudo y vivo de su ingenio, por lo fascinador de sus maneras y conversacion, por sus habilidades y conocimientos de la literatura de aquel siglo. Diestra en todos los ejercicios de las damas distinguidas de su tiempo, hablaba con gracia, escribia con elegancia, tanto en su lengua nativa como en la francesa, que con preferencia usaba como la mas conocida y la mas culta. Si como mujer poseyó muchas dotes con tanta perfeccion, no fueron pocas sus faltas y extravíos como reina. Algunos de ellos fueron como inevitables, como efectos forzosos de sus circunstancias. No estaba destinada por la naturaleza, la hermosa, la amable, la elegante y sobre todo la catolica á reinar en un pueblo donde el espíritu de independencia y libertad tomaba tanto vuelo, donde todo respiraba guerra civil, controversia religiosa. Ni aquel pueblo podia ser sensible á las gracias, al mérito en su línea de la reina, ni ésta comprender todo el interés de aquellas luchas tan encarnizadas. No conoció su posicion y obró en cierto modo á la aventura. Era María una de aquellas mujeres á quienes la falta de circunspeccion origina desazones y pone muchas veces en graves compromisos; en quienes se confunde la demasiada afabilidad con el demasiado desahogo y la ligereza de manera con la licencia de costumbres. Cometió mas imprudencias que faltas graves, y mas faltas graves que extravíos criminales. Procedia la mayor parte de estas faltas de la ligereza de su carácter, de la obstinacion, fruto de una voluntad que no se habia nunca contrariado,

de los principios supersticiosos en que la habian imbuido desde la cuna, y tambien de los malos ejemplos que habia visto en la córte de Francia, donde se habia educado. Impetuosa, ardiente, movida por los caprichos de su imaginacion, ligera en amar, pronta á aborrecer, no habia entre tantas pasiones, entre tan brillantes cualidades, sitio para la prudencia. De su desvío hácia su primer marido, la disculpa la conducta poco atenta de éste; mas las circunstancias de su asesinato, deponen fuertemente contra ella. Si verdaderamente no habia sido cómplice en este acto tan criminal, tan alevoso, la sola circunstancia de haberse casado con el que públicamente se designaba como el asesino, imprime una mancha indeleble en su memoria. Por lo demas si María Estuarda fué culpable de muchos estravíos, los espió de la manera mas cruda y mas horrible. Se contrista la imaginacion al contemplar aquella mujer en lo mas florido de sus años detenida en cautiverio en el pais que habia buscado un asilo, y recibiendo tan malos tratamientos de otra persona de su mismo sexo y de su rango. Los diez y nueve años en que sufrió tan duro cautiverio bastarian para quebrantar el corazon mas entero, para abatir el alma de mas temple. María sin embargo no perdió nunca la dignidad de su carácter, ni Isabel triunfó jamás de su constancia. Cuanto mas se agravaba su posicion, menos humillada la encontraba su competidora. Durante la última crísis se mostró magnánima y en sus últimos momentos admirable. Si tuvo parte en los planes de conspiracion contra Isabel, la ponia en tan dura precision la conducta tiránica de esta princesa. Nunca se cometió una violacion mas horrible del derecho de gentes, ni se abusó con mas descaro del de la fuerza. La historia y suplicio de María Estuarda forma una de las figuras mas singulares en el gran cuadro del siglo XVI, y se le tendria por una creacion poética si no supiésemos ya por experiencia que la historia se presenta á veces con colores mas fabulosos que la misma fábula.

No abandonó la reina Isabel de Inglaterra su papel de hipócrita aun despues de la bajada al sepulcro de su competidora. Al contrario, fué esta misma circunstancia la que dió mas realce á la falsedad que durante este drama habia mostrado. Al recibir la noticia de que se habia llevado á efecto el suplicio de María, aparentó la mayor sorpresa mezclada del dolor é indignacion mas viva. Se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie, prorumpiendo en exclamaciones contra sus malos servidores que sin su conocimiento se habian apresurado á remitir la fatal órden con tanta rapidez obedecida. Mas esta órden la habia firmado ella misma y sido llevada al Consejo privado por el secretario de Estado, y encargo de la reina. Los ministros se aterraron con estas demostraciones del dolor y sentimiento, y el secretario de Estado se tuvo desde entonces por un hombre perdido sin remedio. Así lo fué en efecto. Necesitaba la reina de Inglaterra una víctima para que cargase con la responsabilidad del suplicio de María. Se le puso preso en la torre, se le formó su proceso y se le condenó á pagar la enorme suma en aquel tiempo de diez mil libras esterlinas, dejándole reducido á un estado poco menos que de mendicidad, sin haber vuelto nunca á la gracia de la reina. Si los guardadores de la de Escocia hubiesen cedido á las insinuaciones que se les hizo de terminar sus dias sin aguardar la mano del verdugo, regularmente hubiesen sido castigados despues como viles asesinos.

Resonó en todos los ángulos de Europa el suplicio de la reina de Escocia, la indignacion de algunos de sus príncipes fué extrema. Su hijo, el rey de Escocia, puso como era natural los gritos en el cielo. Por mucho que trató Isabel de templar aquella irritacion, tal vez el suceso lamentable que la producia, aceleró el estallido de la tempestad que desde España se estaba preparando contra ella.

CAPITULO LXI.

Ruptura de la guerra entre España é Inglaterra.--Conferencias de Burburgo.--Preparativos de una invasion en el segundo de estos paises.--Se apresta en Lisboa una armada poderosa, á que se dá el nombre de Invencible.--Preparativos en Flandes del duque de Parma nombrado general del ejército de tierra.--Preparativos de Isabel.--Muere en Lisboa el marqués de Santa Cruz nombrado general en jefe de la armada.--Le sucede el duque de Medinasidonia.--Sale al mar la armada.--Tempestad en el cabo de Finisterre.--Arriba á la Coruña.--Entra en el canal de la Mancha.--Escaramuzas entre la armada española y la inglesa.--Fondea la primera junto al puerto de Calais.--Imposibilidad de reunirse con las tropas del príncipe de Parma.--Toma Medinasidonia el rumbo al Norte.--Tempestad.--Desastres.--Pérdida de buques en las islas Orcadas, en las Hébridas y en las costas de Irlanda.--Llega á España la armada medio destruida.--Pérdida de hombres y buques.--Palabras de Felipe II al saber el destrozo de la escuadra.--Expedicion de los ingleses sobre Portugal.--Su desembarco en la Coruña.--Pasan á Lisboa donde no pueden penetrar.- Vuelve la expedicion á Inglaterra con gran pérdida (1).

1588—1589.

HABIA llegado el tiempo de que tomase un carácter positivo y público la guerra sorda que de hecho existia entre Felipe II y la reina de Inglaterra. Llevaba esta enemistad de fecha tantos años, como de reinado contaban ambos príncipes, sobre poco mas ó menos de la misma edad, y que con la diferencia sola de dos años habian subido al mismo tiempo al trono. Si fue cierta la negativa de Isabel á la proposicion de matrimonio que le hizo don Felipe al quedar viudo de su hermana, por ningun estilo trató de curar la llaga que hizo en su amor propio este desaire. Sea que esto fuese ó no el principio de la enemistad, era esta grande, alimentada con cuantos

---

(1) Herrera, Ferreras, Strada, Thou, Hume y otros.

sentimientos de discordia pueden caber en el corazon de dos monarcas. Si aún no habia entre los dos rivalidad de poderío, pues el del rey de España era conocidamente superior, la habia de secta, de supremacía, de nombre, de ascendiente, de aquella fuerza moral que tanto halaga al corazon del hombre. Campeon Felipe del catolicismo, caudillo en cierto modo Isabel en el campo protestante, tenia que ser el odio recíproco y vivo el deseo de hacerse mútuamente daño. Con los enemigos de Isabel estaba don Felipe; con los de éste la primera; mas si la animosidad era mútua, y si se quiere igual, si existian agravios de una y otra parte, la imparcialidad histórica obliga á confesar que los mas públicos, las provocaciones mas marcadas habian sido todas por la de la reina inglesa. Sin disfraz envió ésta socorros de hombres y dinero á los Paises-Bajos declarados contra el rey de España; y si la expedicion, sobre todo la del conde de Leicester, no era un acto de abierta hostilidad, consistió sin duda en que no convino considerarle como tal al rey de España. Asilo y proteccion en Inglaterra habia encontrado don Antonio; con fuerzas de Inglaterra habia éste efectuado su expedicion en las Terceras. Con gente, con bandera inglesa se habian hecho desembarcos en las posesiones españolas de Ultramar, y almirante inglés era sir Francisco Drake que en la bahía de Cádiz acababa de incendiar una gran parte de su escuadra. Era imposible que no se hiciese pública, que no se declarase abiertamente una guerra que llevaba ya tan larga fecha.

El proyecto de la invasion de la Inglaterra venia de mas lejos. Cuando la conquista de las islas Terceras por el marqués de Santa Cruz, aconsejó al rey este general que emplease aquellas fuerzas marítimas vencedoras y que se podian reforzar muy fácilmente contra una potencia declarada en hostilidad por haber dado asilo á don Antonio, y contribuido con sus fuerzas á la expedicion destinada que tenia por objeto consolidar su autoridad en dichas islas. Debieron de hacerle fuerza las ra-

zones de un hombre de mar tan entendido como el marqués, quien al mismo tiempo de presentarle fácil la expedicion, le brindaba con la gloria de restablecer para siempre la fé católica en Inglaterra. Mas empeñado entonces en la guerra de Flandes, aún de aspecto muy dudoso, y tal vez por parecerle la empresa mas difícil que al marqués, no dió por entonces oidos á sus proposiciones. Es dudoso si á pesar de tanta animosidad se hubise decidido el rey á empeñarse en una guerra abierta á no haber ocurrido el suplicio de María Estuarda. Mas este atentado pareció sin duda tan grave, tan atroz, tan insultante para todos los príncipes católicos, que se decidió á tomar la causa como suya y á vengar solemnemente este ultraje hecho al bando de quien era él el principal caudillo.

Favorecian entonces las circunstancias este gran proyecto. Se hallaba el duque de Parma victorioso en los Paises-Bajos y con grande esperanza de someterlos todos á su antiguo imperio. Triunfaba la política de Felipe en Francia, donde ejercia realmente mas poder que el mismo Enrique. El emperador Rodulfo era su amigo y estaba acostumbrado á considerarle con la deferencia como su sobrino y educado en su misma córte. Los príncipes luteranos del Imperio no se hallaban en estado de enviar socorros á la reina inglesa. Por lo que hace al Papa, en lugar de disuadirle de la expedicion hizo ver que habia llegado el tiempo de emplear todas sus fuerzas para acabar con una princesa enemiga de Dios y de los hombres, fautora de la heregía, protectora de todos los rebeldes que atacaban á la Iglesia. A sus exhortaciones añadió promesas de dinero para sufragar los gastos de la santa empresa.

Se ofrecian, pues, al rey de España todas cuantas facilidades podia desear por parte de los monarcas de la cristiandad; mas la empresa pareció sumamente difícil á algunos de sus consejeros. Dijeron éstos que aunque seria fácil á la escuadra del rey de España arrollar la de la reina inglesa, se expondria á los mayores desastres sus

fuerzas de tierra, desembarcando en un pais extraño, cuyos moradores no podrian menos de acudir á la defensa de su reino. Que casi nunca se conseguia el objeto de conquistar un pais á mano armada, á menos de llevar fuerzas en extremo numerosas, ó que los habitantes se mostrasen propicios al dominio de los forasteros; que ninguna de ambas cosas podia tener lugar en la ocasion, teniéndose que llevar las tropas embarcadas, y siendo tan impopular en Inglaterra el nombre de los españoles: que aunque pudiesen apoderarse de algunos puntos de la costa, se encontrarian con obstáculos invencibles cuando quisiesen penetrar en el pais, por falta de víveres y de comunicaciones. Que por lo tanto era preferible comenzar la expedicion por la Irlanda, pueblo católico, sumamente deseoso de sacudir el yugo de Isabel, ó bien por la Escocia, donde el rey Jacobo debia de estar sumamente resentido con la reina de Inglaterra por el suplicio de su madre.

Por su parte, el duque de Parma, con quien se consultó el asunto, dió por respuesta que en lugar de hacerse una expedicion contra Inglaterra, era preferible el destinar los navíos y soldados preparados para ella, á terminar la conquista de todos los paises-Bajos, sujetando con las fuerzas navales las provincias marítimas del norte que se mantenian en su rebelion, por ser superiores en marina al rey de España: que despues de sujetado y pacificado todo aquel pais, se podia preparar allí la expedicion contra Inglaterra, siendo la distancia tan corta, y pudiendo entonces aprovecharse el rey de todos los navíos y demas buques que estaban ahora al servicio de sus enemigos. Eran muy plausibles las razones de los que se oponian á la expedicion, ó querian se efectuase sobre Irlanda: las del duque de Parma no podian ser mas poderosas. Pasar á conquistar la Inglaterra quedando sin sujetar los Paises-Bajos parecia prematuro. Preparar la expedicion marítima en las costas de España pudiendo hacerse en las de Flandes, tenia grandes vi-

sos de imprudencia. Mas Felipe II se atuvo á su primer dictámen y dió las órdenes mas terminantes para los preparativos de una expedicion que llamaba ya sobre sí todos los ojos de la Europa.

Parece inverosímil que mientras el rey de España preparaba armamentos formidables para atacar á la reina de Inglaterra, y ésta escogitaba con la mayor actividad cuantos medios podian concurrir á su defensa, estuviesen empeñados los dos príncipes en negociaciones de amistad y de avenencia. Mas asi era en efecto. Por la mediacion del rey de Dinamarca se habian convenido ambos soberanos en enviar plenipotenciarios á un punto de los Paises-Bajos con objeto de arreglar las desavenencias de las dos coronas, y al mismo tiempo los negocios de los estados disidentes que estaban en tan mala situacion por las victorias del de Parma. Se presentaron en efecto plenipotenciarios por Felipe II y por la reina de Inglaterra. Tambien envió los suyos Alejandro, aunque no podian menos de obrar en todo bajo la dependencia de su soberano. En cuanto á los estados, desconfiados de la buena fé de Isabel, temiendo que serian sacrificados á la política ó intereses de los dos monarcas, no quisieron tomar parte en el asunto, y resueltos á llevar adelante el de su independencia á todo trance, se abstuvieron de enviar comisionados á Burburgo, sitio de las conferencias.

Era visible y tan claro como la misma luz del dia, que esta reunion de diplomáticos no tenia por una y otra parte mas objeto que el de ganar tiempo. Intentaba Felipe II adormecer á Isabel mientras terminaban los preparativos del armamento que á su ruina destinaba. Era la intencion de la reina Isabel ganar tiempo mientras preparaba sus medios de defensa, esperando por otra parte, que dando algunas largas á la negociacion, terminaria la estacion favorable para la salida de la armada. Se hicieron, pues, de una y otra parte proposiciones, se discutieron artículos de arreglo y paz entre los dos prín-

cipes, comprometiéndose el rey de España á pagar á la inglesa el dinero que habia adelantado á los estados disidentes; se obligaba esta á trabajar todo lo posible para que estos volviesen á la obediencia de su antiguo soberano. Mas no se vino á ningun arreglo, porque ninguna de las dos partes contratantes tenia confianza en la buena fé de la contraria. Los preparativos del rey de España estaban listos: urgia el tiempo de poner en campaña las fuerzas de mar y tierra destinadas á la conquista de Inglaterra. Terminaron bruscamente las negociaciones, casi se puede decir al ruido del cañon que se disparaba desde entrambos campos.

Eran inmensos los preparativos que habia hecho el rey de España para aquella empresa colosal, superior á cuanto se habia visto en el curso de aquel siglo. Resonaron los acentos de la guerra en toda Europa, cuyos ojos estaban fijos en esta gran contienda. En todos los paises sujetos á la dominacion del rey se desplegaba una maravillosa actividad con el movimiento de tropas, con el alistamiento de otras nuevas. En todos los arsenales y astilleros se preparaban buques, se construian otros nuevos, se aprestaba toda suerte de pertrechos navales, y se acopiaban víveres y municiones proporcionados al número de combatientes que por tierra y por mar se ponian en campaña. Jamás habia habido tanto movimiento en la Península española desde que todos sus estados formaban una sola monarquía.

Se designó á Lisboa como el punto de reunion de todas las fuerzas navales destinadas á la empresa. Se nombró por generalísimo de la armada al marqués de Santa-Cruz, cuyos dilatados y útiles servicios le daban derecho á este cargo importantísimo. Pasaba entonces el marqués por el primer hombre de mar de todos los dominios españoles y casi como el principal de Europa. Correspondió á la confianza del rey activando todos los preparativos de la expedicion, sobre todo dirigiendo la construccion de buques de alto bordo,

los mayores que hasta entonces se habian conocido (1).

A fines de mayo de 1588, estaba ya en estado de darse á la vela esta armada, á la que con la seguridad y embriaguez de un triunfo próximo se la dió el título pomposo de Invencible. Se componia de ciento y treinta buques grandes, llamados unos galeras ordinarias y galeones, siendo éstos de porte superior á los primeros. Se embarcaron en la escuadra cinco tercios españoles, mandados por los maestres de campo, Diego Pimentel, Agustin Mejía, Alonso Luzon, Nicolas de Isla y Francisco de Toledo con diez y ocho mil ochocientos y cincuenta soldados. Ascendia el número de marineros y sirvientes á bordo á siete mil cuatrocientos y cincuenta. Se presentaron ademas doscientos veinte caballeros principales y grandes de España, y otros aventureros de menos alta condicion, en número de trescientos cincuenta y cuatro con seiscientos y cuarenta soldados de servicio. Con esta gente y no pequeño número de frailes que se embarcaron para atender á los socorros espirituales de la armada, llevaba esta consigo veinte y ocho mil trescientos hombres.

Cuando estaba para salir la expedicion al mar ocurrió la muerte de su general el marqués de Santa Cruz, pérdida que pareció á muchos irreparable, por los muchos conocimientos, larga experiencia, valentía á prueba y fama grande que alcanzaba. Fue su sucesor el duque de Medinasidonia, de muy poca experiencia militar, y de ninguna en la marina. Sin embargo, pareció al rey, que bien aconsejado por hombres inteligentes, llenaria su puesto, resultando por otra parte utilidad á la expedicion por el acto de ser mandada por un hombre de su alcurnia.

---

(1) En uno de nuestros capítulos suplementarios presentaremos un bosquejo de lo que era la marina en aquel siglo; sobre todo en España, con la descripcion de los diferentes buques, con sus nombres y demas particularidades que llaman la curiosidad del lector, deseoso de comprender bien lo que en este punto nos refieren los historiadores de aquel tiempo.

Mientras estos preparativos se hacian en Lisboa, no estaba vacío en los Paises-Bajos el de Parma, encargado del mando del ejército de tierra y de dirigir el desembarco. Con la mayor actividad reunió y organizó las tropas que de órden del rey se encaminaban á Flandes, tanto de España como de Milan, de Sicilia y de Nápoles, de la Borgoña y Franco Condado, ademas de otras que al sueldo del rey se alistaban en varias partes de Alemania. Allegó Alejandro cuantos buques pudo para transportar su ejército á las costas de Inglaterra, y no siendo suficientes hizo construir en los puertos de Amberes, Ostende y Dunkerque un gran número de barcos chatos para hacer este servicio. Resonaban en todos los Paises-Bajos el estruendo de los preparativos de la guerra de Inglaterra, y de todas partes acudian las tropas que estaban destinadas á este gran servicio y con ellas muchos caballeros y grandes de España y asimismo de Italia, de Alemania, deseosos de militar en las banderas de Alejandro. No se habia visto tanto movimiento en aquel pais á pesar de los veinte años que llevaba ya de guerra, ni tan crecido número de gente armada bajo unos mismos estandartes. Cuarenta mil hombres de infantería y tres mil caballos componian parte del ejército de Alejandro. Estaban los primeros distribuidos en veinte y un tercios, y los segundos en veinte y un cornetas ó escuadrones. Habia entre estos tercios tres italianos, mandados por Camilo Capisucci, Gaston de Espínola y Cárlos Espinelli. Cuatro españoles á las órdenes de Sancho de Leyva, Juan Manrique de Lara, Manuel de la Vega y cabeza de Vaca; un catalan mandado por Luis de Queralt; cinco alemanes por Juan Manriquez, Ferrante Gonzaga, los condes de Aremberg y Barlamont y Cárlos de Austria, marqués de Borgau; siete de valones por el marqués de Reutí, los condes de Bossu, Octavio Mansfeld de la Mota de Barbanzon, y de Wert; uno de borgoñones por el marqués de Barambou, y otro de irlandeses por Guillermo Stanley. Mandaba la caballería el marqués del Vasto.

Dividió Alejandro este ejército en dos trozos, destinando treinta mil infantes y mil y ochocientos caballos á la expedicion de Inglaterra que debia mandar en persona, dejando los restantes para continuar la guerra en los Paises-Bajos á las órdenes del conde de Mansfeld, nombrado gobernador general durante su ausencia.

No estaba ociosa por su parte la reina de Inglaterra mientras tan formidables fuerzas preparaba contra ella su enemigo. Con toda serenidad y valor como á tan esforzada princesa le cumplia, preparó cuantos medios de defensa podian conjurar la terrible tormenta que la amenazaba. Sabedora de que sus enemigos contaban con los resentimientos del rey de Escocia, tan ofendido por el suplicio de su madre, se dedicó á templar sus iras por medio de una solemne embajada, en que le hizo ver lo mal que le estaba hacerse instrumento de los enemigos de su religion, que aspiraban á ser dueños de un pais que le correspondia por herencia: que era de su interés unir al contrario sus fuerzas con las suyas para repeler una agresion que no podia menos que redundar en el destrozo de los dos paises; que si tan rigorosa se habia mostrado con la madre, habia tenido parte en ello el interés del hijo, y que en fin la Inglaterra y la Escocia debian de ser durante su vida íntimos aliados, para acostumbrarlos poco á poco á no ser con el tiempo mas que un solo estado.

Las razones eran especiosas, y el rey de Escocia no pudo menos de sentir su peso. Heredero natural y forzoso de la reina de Inglaterra, ya demasiado avanzada en edad para casarse y tener hijos, debia de considerar la Inglaterra como suya, y por lo mismo en detrimento suyo cuantas conquistas hiciesen en ella las tropas extranjeras. Respondió, pues, con templanza á la reina Isabel, y se comprometió á no formar alianza ni dar auxilio alguno á sus encarnizados enemigos.

Libre Isabel de este cuidado, se aplicó al alistamiento de cuantas fuerzas navales y de tierra podian ser ne-

cesarias para la defensa de la isla. Era la marina inglesa muy poco considerable á la sazon, y por lo regular se componian las armadas reales de barcos alquilados al comercio. Se alistaron cuantos fué posible: se reunieron hasta setenta y dos aunque de pequeño porte, nombrándose por general de mar á lord Howard de Effingham, que tenia por segundos á Drake, Hawkins y Frovister. Se situó esta armada, provista de todos los ensores necesarios, en el pueblo de Plymouth, como punto avanzado para observar el movimiento de los españoles.

Mientras tanto se alistaba un ejército de veinte mil hombres con objeto de oponerse al desembarco y órden de replegarse sobre otras fuerzas inferiores en caso de no poder hacer resistencia al ímpetu de los enemigos. Se destinaron ademas veinte y dos mil hombres mandados por el conde de Leicester para defender la capital y que se situaron en Tílbury. Se componia el cuerpo principal del ejército de treinta y cuatro mil infantes y dos mil caballos á las órdenes de lord Hunsdon, que debia acudir con ellas á los puntos donde creyese necesario.

Ni la escuadra de Isabel se podia comparar en el número y porte de los buques con la de Felipe, ni sus tropas de tierra tenian la experiencia de sus valientes veteranos españoles, italianos, alemanes y flamencos. Mas se trataba de la defensa nacional, de la defensa de un pais, cuya reina hábil, sagaz y previsora sabia hablar al corazon de sus súbditos y dar la primera ejemplo de constancia y serenidad en el peligro. Rodeada de los principales magnates de su córte se presentó á caballo á las tropas formadas en Tílbury, y recorriendo sus filas las exhortó á la defensa del pais en términos que arrancaron aplausos de entusiasmo. Con no menos calor y habilidad se dirigió á la masa de sus pueblos haciéndoles sentir las calamidades de que iban á ser víctimas en caso de caer en manos de un rey como el de España, cuya política y sobre todo intolerancia religiosa eran objeto de terror para el partido protestante. Hasta los mismos ca-

tólicos en quien Felipe II tenia puestas tantas esperanzas se pusieron por esta vez de parte de Isabel; tal los espantaba la idea de una invasion extranjera aunque fuese de católicos, tal era la prevencion que tenian contra el rey de España sus mismos correligionarios, y tal la terrible impresion que habian hecho los rigores esparcidos en Flandes por el duque de Alba. Tuvo Isabel la habilidad de conservar en estos buenos sentimientos á los católicos, no persiguiéndolos con motivo de una invasion que tenia por pretesto el restablecimiento en la isla de la fé católica. De todos modos les hizo ver que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, eran antes que todo ingleses, y que como ingleses debian considerar la agresion á viva fuerza por un príncipe extranjero.

A pesar de tan formidables preparativos de la reina inglesa no era bien sabido todavía el punto á que estaba destinada la escuadra de Felipe. Se habia observado en esto una reserva tanto por el gobierno del rey como por el mismo duque de Parma, que estaba con él de inteligencia. El porte de los mismos buques hacia creer que no podian destinarse á las costas de Holanda y de Zelanda, donde lo bajo de los fondos necesitaba otros mas chicos y de menos quilla. La idea mas probable era pues la verdadera, es decir, la invasion de Inglaterra, mas no dejaba de estar recelosa la córte de Francia, que sabia muy bien las relaciones íntimas entre Felipe II y los principales jefes de la liga, á cuyos auxilios pudiera muy bien destinarse, si no el todo á lo menos una parte de la escuadra. Así solo el resultado y la salida al mar de la expedicion puso patente cuál era la verdadera intencion del rey de España. Y todavía se guardó tal secreto sobre la época de la salida, que creyendo la reina Isabel que estaba diferida para el año siguiente, mandó suspender los preparativos de defensa y dió órden para que se desarmasen parte de los buques que en la rada de Plymouth se reunian. Mas el lord Howard, que se hallaba mejor informado, representó contra la imprudencia de esta disposicion y recabó de la

reina no se cesase un punto en llevar adelante los preparativos comenzados.

Zarpó en fin la armada de Lisboa en 9 de junio de 1588, formada en varias divisiones ó escuadras como entonces se decia. Mandaba en persona la primera el marqués de Medinasidonia compuesta de diez galeones y dos sabras. La segunda de Castilla, Diego Flores de Valdés, de catorce navíos y dos pataches; la tercera de Andalucía, Pedro Valdés, de diez navíos; Juan Martinez de Recalde, la cuarta de Vizcaya, de diez navíos y cuatro pataches; Miguel de Oquendo, la quinta de Guipúzcoa, de diez navíos y cuatro pataches; Martin Bertendona, la sexta de Italia, de diez navíos. Mandaba la llamada de las Urcas en número de veinte y tres, Juan Gomez de Medina, y las de las galeazas, que eran veinte y dos, don Antonio de Mendoza.

Navegó la armada con buen viento observando el mayor órden hasta el cabo de Finisterre, donde habiendo sobrevenido una tempestad, se averiaron muchos buques y se dispersaron otros, habiéndose visto obligado el duque de Medinasidonia á arribar á la Coruña para reparar la escuadra. Allí se le reunieron los buques dispersados, se rehabilitaron los que habian sufrido de la tempestad, y reforzó con la guarnicion de la plaza, dejando en ella los enfermos y los que por otros motivos no podian continuar el viaje. Reparado de esta suerte continuó su rumbo, y sin experimentar contratiempo llegó con su escuadra á la entrada de lo que se llama el canal de la Mancha ó de Inglaterra.

Sabedor por su parte el lord Howard de la salida de la armada, se hizo á la mar con algunos de sus buques, no para buscar á los españoles y trabar combate, sino para observar sus movimientos y cerciorarse de su fuerza. No pudo conseguir su objeto por el recio viento que le soplaba por la proa favorable á losbuques españoles, por lo que tuvo que volverse al puerto, reduciéndose su observacion á la de las costas. Mientras tanto seguia

su rumbo nuestra armada ya dentro del canal, dirigiéndose al paso del Calais segun las instrucciones que el general en jefe habia recibido del monarca. Queria Felipe II que pasando el estrecho se pusiese su escuadra á vista de Dunquerque y Newport para tomar allí las tropas del duque de Parma, dirijiéndose despues el todo de la fuerza ó bien á la boca del Támesis ó á cualquier otro punto de la costa inglesa que pudiese ofrecer un fácil desembarco, suponiendo siempre que las fuerzas navales de Isabel serian fácilmente arrolladas por la armada. Eran las intensiones del duque de Medinasidonia atenerse en un todo á las órdenes del rey; mas en el consejo de guerra donde las puso de patente fueron algunos de opinion, que hallándose la escuadra inglesa en el puerto de Plymouth, no debia pasar adelante dejándola á la espalda. De esta misma opinion fué Juan Martinez de Recalde, segundo del duque, haciéndole ver que en nada se opondria á las órdenes del rey, derrotando con anticipacion la escuadra inglesa. Se obstinó el general español en su primera determinacion, y cometió la grave falta de pasar de largo dejando á la izquierda la escuadra de Inglaterra, mas tuvo la precaucion de caminar en órden de batalla por si los enemigos le atacaban. Formó para eso la armada su línea en forma de media luna, habiéndose encargado la derecha á Pedro Valdés, capitan de los navíos de Andalucía, la izquierda á Miguel de Oquendo, y el centro, donde se colocó el general en jefe, dió el mando de la capitana á Diego Flores de Valdés, encargando la retaguardia al teniente Recalde, que seguia á cierto trecho del resto de la armada. Todos los historiadores hacen descripciones magníficas del espectáculo grande y vistoso que ofrecia una escuadra de aquella especie, nunca vista en dichos mares. Es verdaderamente un hecho que jamás habian navegado en ellos buques tan crecidos, mas el de mayor porte no llegaba sin duda al de nuestras fragatas actuales de menos dimensiones.

Al ver los ingleses que los españoles pasaban tan de largo, contra lo que se habian imaginado, se atrevieron á salir en busca de los que al parecer los despreciaban. Con esto se presentaron al combate que los primeros rehusaron, aunque por la diferencia del número y porte de los buques de una y otra armada no pudo empeñarse de un modo decisivo. Estaba á favor de los españoles el mayor porte de sus buques; si bien estas máquinas pesadas y mal construidas no podian gobernarse con toda la destreza y maestría que asistian á los ingleses, mas diestros en la navegacion porque era su elemento necesario. Con sus buques pequeños, pero mas ligeros, escaramuceaban á los enemigos sin venir nunca á una distancia tal que pudiesen trabar con ellos un combate al arma blanca, pues los españoles intentaban trabarlos con garfios de hierro para venir mas fácilmente al abordaje. Así pelearon con sucesos varios el resto de aquel dia; teniendo los españoles bastantes motivos para convencerse de que sus buques tan crecidos no eran una segura garantía de victoria. Hubo en esta escaramuza ataques parciales de bajel donde se derramó bastante sangre, y se peleó con gran denuedo de una y otra parte. Se prendió fuego en la almiranta del capitan Oquendo, y costó gran trabajo impedir que no fuese totalmente presa de las llamas. Fué cogido el buque de Pedro Valdés por Drake y llevado á Plymouth con toda la tripulacion, en número de cuatrocientos hombres; presa importante por ir á bordo uno de los primeros contadores con cuarenta mil ducados pertenecientes á la armada. Tambien estuvo muy amenazado el buque de Recalde, quien fué socorrido á tiempo por don Alonso de Leiva. A la capitana misma donde estaba el duque dieron embestidas; mas llegaron á tiempo Gaspar Sosa, el mismo Leiva, el marqués de Peñafiel, Recalde, Mejía, Oquendo, trabándose con este motivo pelea de hombre á hombre en que se desplegó de una parte y otra mucha bizarría. Ninguna presa hicieron los españoles á los enemigos.

Se retiraron estos entonces y continuaron observando de lejos la armada española, que llegó á la isla Wight sin contratiempo. De alli hizo saber al duque de Parma su paradero, pidiéndole al mismo tiempo municiones de guerra que necesitaba. Salió de la isla siempre en direccion al paso de Calais, y despues del curso de muy pocas leguas, se encontró de frente con otra escuadra inglesa que venia de Londres para observar sus movimientos. Entre tanto se le acercaron mas por retaguardia los que venian del lado de Plymouth, y con este motivo se trabó entre unos y otros una escaramuza sin merecer otro nombre la refriega, pues los ingleses se sentian demasiado inferiores en fuerza para empeñar una batalla decisiva. A los buques españoles no podian ofender sino de lejos, temerosos de sus garfios de hierro con que trataban de trabar á los contrarios. Luchaban los primeros con las dificultades de un manejo poco pronto y expedito, y ademas no podian perseguir á los buques enemigos que se abrigaban en la costa pudiendo navegar con menos agua. Por otra parte, los ingleses no podian atacar de frente á buques que les ofrecian mayor número de piezas de artillería y de mucho mas calibre: pero con la mayor celeridad de los suyos y una destreza en la navegacion, introducian el desórden en los contrarios, haciéndoles ocuparse al mismo tiempo en rechazar ataques por puntos muy distintos.

Con esta variedad de sucesos se puso por entonces término al combate. Ciertos ya los ingleses de que los españoles no intentaban hacer su desembarco en aquellas playas meridionales de la isla, se retiraron dejando á la armada española proseguir su rumbo, con el cual llegó á la altura del puerto de Calais, donde dió fondo. Desde allí envió segundo mensaje el duque de Medinasidonia al de Parma, encargándole le mandase ademas de municiones, víveres, de que estaban muy escasos. Le encargó ademas que le indicase un punto donde pudiera recoger su armada que no estaba en aquel estre-

cho muy segura, y ademas que le enviase cuarenta ó cincuenta de las embarcaciones que él habia hecho construir y á que daban el nombre de Filipotas, para contrarestar á los buques chicos que usaban los ingleses. Respondió el de Parma en cuanto á puerto, que no podia designar ninguno, debiendo en esta parte el de Medinasidonia aconsejarse con las circunstancias como mas informado que él del porte y número de sus navíos; que le enviaria los víveres y municiones que le eran necesarios; que nadie deseaba tanto como él embarcarse cuanto antes en la armada, y que lo ejecutaria inmediatamente que se le acercase y le quitase de delante el estorbo que le ponian las naves zelandesas y holandesas; que las barcas que él habia construido eran de transporte y solo para conducir sus tropas, y de ningun modo navíos de combate.

Solo aguardaba, en efecto, el duque de Parma el que la armada se le aproximase para emprender la expedicion con un ejército de cerca de treinta mil hombres que mandaba. Todos los tenia dispuestos y preparados en los puntos de la costa, desde Ostende hasta Dunkerque. Porque no cayesen en manos de los enemigos los barcos que habia hecho construir en Amberes, en lugar de hacerles descender el Escalda, los habia hecho subir hasta Gante, conduciéndolos despues por medio de canales hasta los puntos ya indicados. Todo estaba listo. Los hombres, los caballos, la artillería, los víveres, las municiones, las barcas. No se aguardaba mas que la última señal de embarco, contando siempre con la aproximacion de la armada, cuando á los oidos del de Parma llegó la noticia de un desastre.

Se hallaba la armada surta cerca del puerto de Calais, sin que el duque de Medinasidonia hubiese decidido el punto á que deberia conducirla para proteger la salida del de Parma, pues las naves zelandesas y holandesas le estaban obstruyendo el paso. No era fácil, en efecto, que aquella escuadra encontrase puertos de bastante fondo

para buques tan crecidos, ni pudiese dar caza á los que siendo de mucho menos porte se abrigaban tan fácilmente en cualquier costa. Se vió bien por experiencia, que si hubo gran cuidado en construir buques grandes que impusiesen por su aspecto formidable, no se tuvieron presentes ni los mares donde iban á guerrear ni la clase de los buques que deberian de tener al frente. Por las costas de Flandes y Holanda hormigueaban los buques de los estados atentos á impedir la salida del de Parma: por las de Inglaterra estaban en continua vigilancia los ingleses. Se hallaba entre sus jefes, como ya sabemos, el famoso Drake, que tan formidable se habia hecho á los españoles, no solo por sus expediciones en nuestras posesiones de ultramar, sino por sus mismos desembarcos en varios puntos de la Península. Valiéndose éste de la obscuridad de la noche, salió en direccion de la armada con ocho buques viejos, embadurnados de brea y llenos de materias inflamables, á quienes puso fuego inmediatamente que los vió metidos dentro de la escuadra de los españoles. Se sorprendieron éstos con tan extraordinaria aparicion, y al daño material que hicieron los brulotes en los buques que se incendiaron, se siguió el desórden y la confusion que en todos se introdujo, levando algunos las anclas con precipitacion para huir del peligro, mientras otros participaron del incendio que quisieron apagar en los que ardian. Algunos que se habian hallado en el sitio de Amberes y sido testigos de los brulotes lanzados por la plaza, temieron una esplosion parecida á la antigua cuando se voló el puente construido por Farnesio, y con él mas de ochocientos de sus defensores. Con esta idea huyeron precipitadamente, mientras el general español, creyéndose atacado por la escuadra inglesa, no acertó á dar disposicion alguna que cortase los desórdenes de aquel conflicto. Este ataque no tuvo efecto, pues los ingleses trataron solo de esparcir la consternacion en los buques enemigos. No pocos de estos se incendiaron, algunos encallaron en la costa, otros fueron capturados,

habiéndose alejado demasiado del grueso de la armada.

No podia ser mas grave la situacion en que el duque de Medinasidonia se encontraba. Sin poder acercarse á las costas de Flandes, sin poder recibir las tropas de tierra detenidas por las naves holandesas, sin poder empeñar una batalla decisiva con la escuadra inglesa que solo queria empeñar escaramuzas, trató de dejar aquel fondeadero peligroso, y no queriendo internarse otra vez en el canal, tomó la resolucion de navegar hácia el norte y rodear, si era necesario, toda la isla de la Gran Bretaña. Algunos dicen que fué su primer proyecto retroceder por el canal. En los mismos momentos de zarpar ó cuando habia ya navegado algunas leguas, pues en esto no están conformes los historiadores, sobrevino una horrorosa tempestad que dispersó la armada, causando el naufragio de no pocos buques. Los que se salvaron del desastre continuaron su rumbo hácia el Norte por unos mares muy poco conocidos de la mayor parte de aquellos navegantes. A cada paso se iban perdiendo buques, unos que iban á pique por sus averías, otros cogidos por la escuadra inglesa que de cerca los seguia. Causa admiracion que no se aprovechase esta última de las grandes ventajas que le daban el conocimiento de aquellos mares y el estado de desórden con que navegaba nuestra armada. Sin duda hubo flojedad ó mala inteligencia entre sus diversos jefes, mas tambien se debe tomar en cuenta el atraso en que se hallaba todavía el arte de la navegacion tanto en unos como en otros. En cuanto á los nuestros, continuaron su rumbo del mejor modo que pudieron. Hubo mas pérdidas de buques al paso de las islas Orcadas en el Setentrion de Escocia. Continuaron las mismas pérdidas en las Hébridas, situadas en los mismos parajes mas hácia el poniente. Otros diez buques perecieron en las costas de Irlanda. Al fin, despues de mil desastres, llegó el duque de Medinasidonia á las costas de Cantabria con los restos, y estos destrozados, de una armada que pocos meses antes se habia presenta-

do como la señora de los mares. Desembarcó el duque en Santander; Oquendo en San Sebastian, y Juan Martinez de Recalde en la Coruña, donde se hallaban preparados veinte y cinco buques para reforzar la armada. Se dice que de los ciento treinta y cinco bajeles, no contando los de carga de que se componia, perecieron mas de la tercera parte, y que de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres se echaron menos cerca de doce mil, unos náufragos, otros cogidos prisioneros, otros muertos á manos de la enfermedad y de la miseria.

Tal fué el triste fin de una expedicion cuyos preparativos duraron tres años y costaron á Felipe II inmensas sumas. La fama que habia esparcido por el mundo la noticia de aquel armamento formidable, trasmitió ahora con no menos rapidez las calamidades y desastres que fueron su solo resultado. Es opinion vulgarmente recibida en España, que solo las tempestades fueron la causa de las desgracias y descalabros de la armada de Felipe. Mas el hecho es que antes de sobrevenir la tempestad, no habia conseguido ventaja alguna sobre la escuadra inglesa, habiendo experimentado al contrario algunas pérdidas: que por haber pensado mas en construir bajeles grandes que en el estado de las costas de Flandes, no pudieron tomar en ellos puerto alguno: que entre el duque de Parma y entre el de Medinasidonia mediaban los navíos zelandeses y holandeses experimentados en aquellas costas, y adaptados á sus fondos bajos: que se hizo imposible la comunicacion entre las fuerzas de una y otra parte, y que con los veinte y ocho mil hombres que se hallaban en la armada, hubiese sido gran temeridad hacer desembarcos en Inglaterra, tan bien preparada á recibir las tropas extranjeras. Aun con la reunion de las preparadas por Farnesio hubiese sido muy aventurado querer apoderarse á viva fuerza de un pais donde reinaba un espíritu nacional y un odio á la invasion española, capaces de oponer en todas partes medios de una invencible resistencia. Amaba la Inglaterra á su reina, y prescindiendo de mil motivos

de nacionalidad, mediaban los intereses de la religion protestante, á cuya ruina aspiraban abiertamente tanto Felipe II como los demas príncipes católicos que aplaudian su empresa.

El desastre fué muy grande y la defraudacion de las esperanzas, al parecer tan justamente concebidas, debió infundir sumo desaliento en los que de expedicion tan calamitosa regresaban. No podian echarse nada en cara por lo que toca al valor, á la resignacion y á la constancia que en aquellos conflictos desplegaron. Mas volvian á su pais rotos y destrozados, si no se les podia dar el nombre de vencidos. Estaba el duque de Medinasidonia abatido y receloso de presentarse ante la vista de Felipe; se hallaba ya cubierta la nacion con el luto por tantas pérdidas causadas; mientras el rey de España ignoraba todavía el resultado de la expedicion, los desastres de una armada que tanto dinero y tantos afanes le habia costado. Por fin, llegó un correo á la córte con fatales nuevas que el duque de Medinasidonia remitia. Nadie se atrevia á introducir el mensajero en el despacho del rey, hasta que se encargó de esta comision Cristóbal de Mora, uno de los de su cámara. Cuentan que estaba el rey á la sazon solo en su cuarto escribiendo cartas, una de sus ocupaciones favoritas. Recibió al mensajero con su seriedad acostumbrada, y despues de leer el fatal pliego que le circunstanciaba la derrota, aseguran que dijo: «doy gracias de corazon á la Divina Magestad, por cuya mano liberal me veo con bastantes medios todavía para sacar al mar otra armada, cuando lo considere necesario. No juzgo que importe mucho el que nos quiten la corriente del agua mientras permanezca salva la fuente que la producia.» Concluidas estas cortas razones volvió á coger la pluma y continuó escribiendo con aspecto y ademan de un hombre que acaba de recibir una noticia indiferente, dejando atónitos al cortesano y al correo. No se puede garantizar semejante anécdota forjándose tantas, sobre todo en semejantes casos. Mas todos convienen en que Felipe II,

recibió la noticia con su misma serenidad y templanza acostumbrada cuando le llegaban otras favorables; que no se mostró ni consternado, ni abatido, que mandó dar gracias á Dios por haber tenido la bondad de conservarle parte de la escuadra, y que mandó tomar disposiciones y distribuir cuantiosos donativos para la cura de los enfermos y heridos, premios á los que mas se habian distinguido, é indemnizaciones por los perjuicios padecidos. El duque de Medinasidonia, que tanto recelo tenia de presentarse delante del monarca, fué recibido sin ninguna demostracion de desagrado.

Se celebró en Inglaterra, como era natural, un desastre que de tan graves peligros la habia libertado. Se presentó la reina Isabel rodeada de su córte, de los principales personajes, de las cámaras del parlamento, en la catedral de San Pablo, á dar gracias á Dios por el triunfo y victoria de sus armas. Se manifestaron como en procesion de triunfo las banderas, cañones, armas y demas despojos cogidos á los enemigos, y con el mismo aparato fueron conducidos á la torre de Lóndres, donde todavía se conservan. Resonaron en Lóndres aclamaciones á la reina por tan feliz motivo, y con toda suerte de festejos públicos se celebró la derrota de los extranjeros que de una invasion al pais habian amenazado.

El año siguiente de 1589 se preparó una expedicion en Inglaterra contra Portugal, con objeto de restablecer en aquel reino á don Antonio Se comprometió la reina á suministrarle ciento y veinte navíos, con veinte mil hombres y tres mil marineros; obligándose don Antonio á ser reconocido en Portugal á los ocho dias de desembarcar, y que entonces pagaria á la reina por sus adelantos cinco millones de oro y trescientos mil escudos anualmente, quedándole á mas el derecho de aprontar armadas en Lisboa cuando lo juzgase necesario. Se nombró general de mar á Drake, y al coronel Norris jefe de las tropas de desembarco. Se aprontaron en efecto los veinte mil hombres; mas los buques fueron muchos menos,

siendo tambien escasos los víveres y las municiones. En el mar se encontraron con unos buques anseáticos que apresaron para tener este aumento de escuadra; mas si consiguieron así llevar su gente mas desahogada no adadquirieron nuevos víveres y municiones que les eran necesarios. No se arredraron, sin embargo, con este inconveniente, y siguieron impávidos su marcha. Iban destinados como hemos dicho á Portugal; mas habiendo sabido en el camino que se preparaba en la Coruña una expedicion contra Inglaterra ó tal vez con otro motivo, se acercaron á las costas de Galicia. Entraron sin obstáculo en la bahía de la Coruña, donde se hallaba á la sazon el almirante Recalde, y quemaron varios buques españoles. En seguida desembarcó la tropa en la costa inmediata, y despues de haber derrotado un cuerpo de tropas que les salieron al encuentro, pusieron sitio á la Coruña, donde se hallaban como unos setecientos hombres divididos en siete compañías. Sin grande dificultad tomaron por asalto la parte baja de la poblacion ó pescadería, que entraron á saqueo. En el ataque de la alta, que es la verdadera plaza, encontraron una fuerte resistencia, habiéndose puesto á la cabeza de las tropas su gobernador el marqués de Cerralvo, quien hizo jugar la artillería. Los vecinos tomaron parte en la defensa. Todavía recuerdan con satisfaccion los habitantes de aquel pais el nombre María Fernandez Pita, mujer esforzada que animaba á las otras con su ejemplo, y que mató con una pica á un alferez inglés que subia con una bandera en la mano cuando el primer asalto de los enemigos. Otros dos dieron en que se les rechazó con la misma valentía. Tambien recurrieron á la mina, y aunque la primera voladura fué de poco efecto, la llevaron mas adelante donde la esplosion echó abajo una especie de baluarte; mas los nuestros que estaban preparados para aquel estrago rechazaron el asalto, que los enemigos dieron formando tres columnas. Al mismo tiempo atacaron al castillo de San Anton donde no tuvieron mejor éxito. Vol-

vieron á asaltar escogiendo otro paraje mas dábil, y fueron igualmente desgraciados. Tambien adoptaron el expediente de poner fuego á la ciudad; mas los soldados y los habitantes todos, cuyo valor no puede encarecerse lo bastante, lograron apagarle. En fin, despues de 12 dias de sitio en que los sitiados se negaron á toda capitulacion, se retiraron los ingleses. Y despues de destruir y saquear cuanto se les vino á las manos, se embarcaron tomando el rumbo de Lisboa.

Mientras tanto sabedor el rey de la expedicion de los ingleses, habia dispuesto la formacion de un ejército cuyo mando se confió á don Fernando de Toledo, nombrándose maestre general á don Francisco Bobadilla. Se dió el cargo de la caballería á don Alfonso de Vargas, y se le mandó tomar inmediatamente el camino de Lisboa. Al mismo tiempo se ponian en estado de defensa las costas de Granada y Andalucía, y se armaban galeras para ir á reunirse con las de Lisboa.

Por su parte el archiduque Alberto, virey de Portugal, habia tomado sus medidas para recibir á los ingleses. Le auxiliaban el conde de Fuentes y el marqués de Portoalegre, reuniendo cuantas fuerzas se encontraron disponibles. Don Alonso de Vargas no habia llegado todavía; mas no faltó con qué guarnecer bien á Lisboa y ponerla al abrigo de un golpe de mano, que era lo esencial en aquellos críticos momentos.

Se reducia el problema de la expedicion de don Antonio á si se levantaria ó no el pais á su favor con la noticia de su desembarco.

A mediados de junio llegó á Peniche, cuya guarnicion abandonó la plaza, retirándose á Torres-Vedras. Los ingleses desembarcaron en seguida, y quedándose en este punto don Antonio con dos mil hombres se puso en marcha Norris al frente de diez mil, y llegó á Torres-Vedras, donde se entró sin dificultad, proclamando en seguida á don Antonio. Drake se situó cerca de Cascaes para entrarse por el Tajo cuando fuese necesario.

Avanzó Norris hácia Lisboa. El archiduque, determinado á resistirse, mandó quemar todos los almacenes fuera de muros, y se preparó dentro para sostener un sitio si fuese necesario. ¡Trató de asegurar las personas que pasaban por mas adictas á don Antonio, mientras las que habian seguido la parcialidad del rey y los españoles residentes en Lisboa, temian la vuelta al poder, del prior que estaba á las puertas. Hubo en la capital momentos de mucha confusion, mas ningun pronunciamiento en favor del príncipe proscripto.

Siguió Norrís avanzando poco á poco, y entró en los arrabales de la capital, que puso á saco; para tomar á viva fuerza la ciudad no tenia medios, pues aquella guarnicion crecia y el archiduque preparaba activamente su defensa.

El pais estaba quieto. Ni las proclamas de don Antonio ni las cartas que escribió á sus numerosos partidarios producian el menor efecto. El duque de Braganza se presentó en Lisboa con cien infantes y cien caballos, poniéndose á disposicion del archiduque. Pocos dias despues llegó don Alonso de Vargas con su gente. Al mismo tiempo entró en la capital otro refuerzo de seiscientos hombres de Entre-Duero y Miño; de modo que el archiduque tenia ya medios de mandar hacer salidas. Asi se hizo en efecto por dos veces, mas sin fruto por una y otra parte al fin de una hora de refriega.

Viendo el coronel inglés que nadie en Lisboa se movia á favor de don Antonio, que el pais estaba quieto, y que seria inútil intentar un ataque á viva fuerza sobre una plaza dispuesta á resistirle, levantó sus reales y se movió camino de Cascaes, á donde llegó sin obstáculo, á pesar de que el conde de Fuentes trató de picar su retaguardia. Con Drake, surto en aquel puerto, concertó la vuelta de la expedicion á Inglaterra, y aunque don Antonio se oponia, fué preciso hacerlo asi, pues Drake no habia sido mas feliz por mar que el coronel en tierra. Por otra parte carecian de víveres, y los buques se hallaban

medio infestados; tan grande era el número de los enfermos. La expedicion levó anclas y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó poco mas de la mitad de los buques y la gente que con la vana esperanza de un gran botin se habia embarcado sin saber apenas el objeto de la empresa.

CAPITULO LXII.

Asuntos de los Paises-Bajos despues del descalabro de la armada.--Sitio de Berg-op-zoom.--Repulsa.--Siguen las operaciones con poca actividad.-Toma de varias plazas.--Entran los españoles en Rimberg y Gertruidemberg.--Recupera el príncipe Mauricio á Breda (1).

1588—1590.

Fué testigo el duque de Parma del descalabro de la armada española sin poder dar paso alguno en su socorro. Aguardando con sus tropas listas el momento favorable de pasarlas á su bordo, vió destruidos todos sus trabajos para aprestar un armamento que iba á producirle tanta gloria. A esta mortificacion tan natural en un hombre de su temple y sentimientos, se agregaba el disgusto de saber que se le atribuia una gran parte del malogro de la empresa. Decian sus émulos, que á presentarse prontamente con sus fuerzas de tierra á bordo de la armada, no se hubiese visto precisada á estar tantos dias delante del puerto de Calais, pudiéndose efectuar el desembarco en Inglaterra antes que sobreviniese la horrorosa tempestad. No dejó de fomentar estos rumores el mismo duque de Medinasidonia, sucediendo en esto como en tantos casos desgraciados, que cada uno achaca á cul-

(1) Las mismas autoridades que en todos los capítulos relativos á los Paises-Bajos.

pa ajena lo que ha sido efecto de la suya. Tenia en defensa el príncipe de Parma la simple consideracion de que era imposible verificar semejante traslacion á un hombre desprovisto de buques para contrarestar á los zelandeses y holandeses, que en las costas de Flandes hormigueaban, pues los barcos que él habia mandado construir no eran de combate y sí solo de trasporte para conducir sus tropas al abrigo de la escuadra. Era pues necesario que este se hubiese acercado á las costas para apoyar la salida del de Parma, aproximacion muy difícil, como ya hemos dicho, por lo crecido de sus buques, nada á propósito para costas de tan poco fondo. La falta estaba pues en los que habian preparado aquella escuadra sin arreglar la dimension de los navíos á los mares en que tenian que presentarse; no en el de Parma, que debia de confiar naturalmente en su posibilidad de salir al abrigo de las naves. Pero como en estas disputas y controversias no reina jamás la buena fé, natural era que sin dar á todas estas razones el suficiente peso, circulasen en España, en Italia y otras naciones extranjeras rumores poco favorables á la buena fama de Alejandro. Que mediasen en eso deseos de malquistarle con el rey, tanto en las personas de su córte como en otras de mas alta clase, es muy probable teniendo en consideracion los triunfos obtenidos por el duque en los Paises-Bajos. Ni á los estados, ni á la reina de Inglaterra, ni á los demas enemigos de Felipe II, convenia la presencia en Flandes de una persona cuya capacidad militar les habia sido tan funesta. Que empleasen cuantos medios fuesen posibles para romper la buena inteligencia en que estaba con el rey, debe presumirse fácilmente: que la reina Isabel no fuese la menos activa en propalar estos rumores, parece natural en una princesa astuta á quien el duque de Parma hacia tanta sombra. Algunos dicen que se llegó hasta tentar su fidelidad con la perspectiva de mas grandes ventajas si se apartaba de la obediencia de Felipe, y que Farnesio recibió estas insinuaciones ó consejos con las

muestras del mas sentido enojo. El hecho es que en nada se alteró su buena inteligencia con el rey, como lo demuestra toda su conducta sucesiva, y que despues de frustrados sus designios de pasar á Inglaterra, se aplicó á continuar la guerra en el pais con su actividad acostumbrada.

La reunion de tantas fuerzas para dicho desembarco sobre aquel pais le podia ser útil, á lo menos, para acabar de reducir á la obediencia del rey todas las provincias disidentes. No era sin duda despreciable el número de cuarenta mil hombres de guerra, cuando Alejandro llevaba ya reducidas las meridionales, que eran sin duda las mas ricas. Mas la fuerza de los ejércitos de entonces no podia ser permanente por lo mucho que costaba. Se las reunia en las grandes necesidades: se licenciaban cuando habian pasado los motivos. Así sucedió sin duda con las de Alejandro, pues de otra manera hubiese continuado la guerra con mas viveza y mas ventajosos resultados para el rey de España. Por otra parte se hallaban los estados cada vez mas animosos con los reveses que acababa de padecer su antiguo soberano. Habian aprovechado el respiro que les habia dado Farnesio allegando nuevas fuerzas de tierra y mar, aumentando las fortificaciones de las plazas, y creándose nuevas riquezas debidas á la navegacion y á la industria. A la cabeza del pais continuaba el príncipe Mauricio, tan hábil en las artes del gobierno y mas hombre de guerra que su padre. Aunque no podia llamarse rival de Farnesio, se mostraba un digno competidor suyo, cuyo genio le ponia muchas veces en apuro.

Con estos preliminares pasaremos al simple relato de la continuacion de aquella guerra. Habia pasado ya lo principal de la buena estacion del año 1588, y no podia por lo mismo ser muy larga la campaña.

Dividió el duque de Parma su ejército en tres trozos. Puso el uno al mando del conde Ernesto de Mansfeld, con órden de situarse en la provincia de Güeldres; en-

vió el segundo al electorado de Colonia, donde el arzobispo Ernesto acababa de perder á Bonna, mientras el mismo duque á la cabeza del tercero pasó á poner sitio á la plaza de Berg op-zoom, que acababa de ser tomada por los estados, y donde se hallaba de gobernador el coronel Norrís con un cuerpo considerable de ingleses.

Está la plaza situada sobre el rio Zoom, que desemboca en el Escalda, mucho mas abajo de Amberes. Como todas las de aquel pais está rodeada de terrenos pantanosos, fáciles de inundar por medio de canales. A las inmediaciones se halla la isla de Tolem, una de las muchas que forman los diversos brazos de aquel rio caudaloso. Es Berg-op-zoom la última plaza de Brabante por aquella parte, y la única de la provincia que no estaba sujeta á la obediencia de las armas españolas. Trató Alejandro de comenzar la expugnacion de la plaza con la de Tolem, y con este objeto mandó al marqués de Renti con sus valones. Marchó en efecto este jefe, mas tuvo que desistir de la empresa por lo inaccesible de la isla y la resistencia que pusieron al desembarque la guarnicion de un castillo fuerte que la defendia. Desesperanzado el de Parma de su posesion, aplicó todas sus fuerzas á la toma de la plaza.

Para llegar á sus murallas necesitaban los españoles apoderarse de un castillo fuerte que tenian por delante y que les servia de baluarte. Se hallaba guarnecido este castillo por ingleses como el cuerpo de la plaza. En él tenia inteligencias Alejandro por medio de algunos españoles. Sea porque asi lo deseasen ó por ficcion y obrando de órden de sus superiores, les propusieron algunos soldados ingleses el abrir las puertas del castillo á las tropas de Alejandro. Hubo mensajes de una y otra parte, y el duque de Parma dió garantías de cuantiosas recompensas por el rey, á tener ejecucion lo prometido. En medio de estas negociaciones tuvo avisos el gobernador inglés de cuanto se tramaba, y para adormecer mejor á los españoles y cogerlos en un lazo hizo que el plan

pasase adelante, sirviéndose de los mismos instrumentos que ahora trabajaban por su propia cuenta. Cuando á los españoles se hizo ver que la cosa estaba ya arreglada, se presentó uno de los supuestos conjurados en su campo cerrada ya la noche, y les manifestó que dentro de una hora á una seña convenida se les abririan las puertas de la plaza. Se destacaron treinta hombres para que acompañados del falso espía se acercasen sigilosamente á las puertas del castillo. A poca distancia de este cuerpo de descubridores se puso en movimiento el tercio de Sancho de Leyva para echarse rápidamente sobre la puerta al instante que la abriesen. Con esta confianza marchaban las tropas sin que les arredrase la oscuridad ni el tener que atravesar terrenos pantanosos.

Al llegar á la puerta del castillo los descubridores, se les escapó el guia envuelto en la oscuridad sin que pudiesen dar con su persona. Era ya demasiado tarde para reparar su error, pues ya conocieron que los habia vendido aquel falso confidente. Habia en efecto acudido la guarnicion del castillo á las murallas correspondientes á la puerta y comenzaron á hacer fuego sobre los treinta hombres, dejándolos atónitos, sin medio de huir ó repararse. El tercio que seguia las huellas, en lugar de retroceder como las circunstancias se lo aconsejaban, avanzó con precipitacion en auxilio de la vanguardia, sin sospechar todavía la traicion de que era víctima. Recibieron asi los tiros de los arcabuces y las baterías, sin poder utilizar los suyos, pues los enemigos estaban á cubierto. Tuvieron al fin que retroceder despues de una pérdida muy considerable entre heridos y muertos. En cuanto al duque de Parma. viéndose burlado por los falsos confidentes, sin esperanza ya de hacerse dueño á viva fuerza del castillo, se vió obligado á retirarse de la plaza, mas no sin hacer construir antes algunos fuertes en los alrededores, para que le sirviesen de apoyo cuando volviese á otro sitio, y tener encerradas á las tropas que la guarnecian.

Mas feliz fué la division que á las órdenes del conde de Chimay envió el duque al territorio de Colonia. Se habia apoderado de la plaza de Bonna el general Schenken de la parcialidad de Truschen, y el elector Ernesto, sin medios de recuperarla, habia remitido al expediente de ajustar con Schenken una tregua. Como esto no era lo que convenia al duque de Parma, por la proximidad de los enemigos á los Paises-Bajos, envió de concierto con el elector las tropas referidas, donde ademas del conde de Chimay, se contaba al italiano Capisucci y al español Pedro de Tasis. Se presentó el cuerpo expedicionario al frente de la plaza de Bonna situada á la izquierda del Rin, con algunos castillos que la defienden por la orilla opuesta. Era la opinion de Tasis que se empezase por aquí el ataque; la de Chimay, que se acometiese desde luego el cuerpo de la plaza. Prevaleció este dictámen y se comenzaron las obras de sitio. Murió en el reconocimiento de una de ellas Tasis, capitan de grande mérito y distinguidos servicios, y como fué reemplazado por Francisco Verdugo, opinó éste á su llegada al campo, por lo mismo que habia aconsejado su antecesor, á saber, que comenzasen los ataques por las obras exteriores. Del mismo parecer fue Espinelli, maestre de campo en las tropas italianas. Accedió al proyecto el general; se procedió al asalto por aquella parte; mas acometieron las tropas tan desordenadamente, que tuvieron que retirarse con notable pérdida. En vista de lo inútil de estas embestidas, procedió Chimay con órden mas metódico; continuó las obras de sitio, recurrió al medio de las minas y con su auxilio llegó á derribar el baluarte principal que avanzaba hácia el campo en forma de martillo. A pesar de ser este la principal defensa de la plaza, no daban los defensores muestras de rendirse. El gobernador Schenken se hallaba fuera cuando empezó el sitio, mas esta misma circunstancia aumentaba el ánimo de los sitiados, que aguardaban á cada momento su llegada con refuerzo de hombres y de víveres. Tal era en efecto el designio del general aleman; mas le fué im-

posible penetrar por las líneas de los sitiadores. Para divertir la atencion del conde de Chimay, amagó embestir la plaza de Nuiss, contando con que el español enviase algunas fuerzas en su socorro y le ofreciese mas facilidad de entrar en Bonna; mas aquel, sin pensar en moverse, solo se aplicó á estrechar mas y mas el sitio de esta plaza. Se vieron los de adentro en los últimos apuros, sin víveres, sin municiones, con la brecha abierta. En esta situacion, no atreviéndose á correr los azares de un asalto, pidieron capitulacion y la obtuvieron, permitiéndose libre salida á la guarnicion con sus equipajes, mas sin ningunos honores de la guerra.

Libertado ya de enemigos, encargó el duque de Parma al conde de Mansfeld el sitio de la plaza de Wachtendonck situada en el litoral de la provincia de Holanda, fuerte por su construccion y mucho mas por el terreno pantanoso donde está situada. Se presentaba por lo mismo la empresa muy dificultosa, y no faltaron quienes quisieron disuadir á Mansfeld de acometerla; mas no le hicieron inpresion, y con toda confianza se presentó delante de sus muros. Para remediar los inconvenientes del terreno mandó construir algunos fuertes, por medio de los que facilitaba las comunicaciones entre sus cuarteles. Mas los aproches de la plaza ofrecian muchísimas dificultades por la imposibilidad de abrir brechas en un terreno tan fangoso. A todos estos inconvenientes, buscó remedio el conde de Mansfeld, y los trabajos del sitio avanzaban sin cesar aunque lentamente. A pesar de que era mucha la actividad del general español y grande su teson en llevar á término la empresa, es dudoso que llegase á conquistar la plaza sin el auxilio de las bombas que acababan de inventarse y se ensayaron por primera vez en este sitio. Hicieron desde luego tan formidables proyectiles su efecto natural, derribando edificios, incendiando barrios enteros, y sobre todo sobrecogiendo de espanto y terror al vecindario. Se pedia á voces la capitulacion con un enemigo que los amenazaba de una ruina inevitable. Mas el gobernador

Lantier se mostró sordo á tantos gritos, en sus apuros y desesperacion dispuso una salida á cuya cabeza se puso él mismo, trabando con el enemigo una pelea dentro de los fosos. Fué terrible el choque, mas tuvieron los sitiados que ceder al mayor número, habiendo quedado el gobernador muy mal herido. Con esto se aumentó el pavor del vecindario, y no siendo ya un obstáculo la resistencia de aquel jefe, se ajustó la capitulacion con Mansfeld, casi en los mismos términos que la de Bonna, saliendo la guarnicion con equipajes y sin armas.

A la pérdida de Wachtendonck por los Estados, se siguió la de Gertruidemberg, plaza de la Holanda guarnecida á la sazon con tropa inglesa. De la poca armonía que reinaba entre estos auxiliares y los confederados, no podian menos de seguirse infidencias y traiciones. Por otra parte escaseaban las pagas como siempre, y los ingleses se quejaban altamente de lo mal recompensados y atendidos que se hallaban sus servicios. Reinaba mal espíritu en las tropas que guarnecian la plaza ya citada, de lo que noticioso el conde Lanzavechia, gobernador de Breda, plaza muy vecina á la Gertruidemberg, intrigó con el de esta y los principales de la guarnicion para que pasasen al servicio del duque de Parma quien recompensaria sus servicios con la liberalidad generosa á que estaba acostumbrado. Enviaron en efecto los ingleses comisionados á Alejandro, brindándole con la entrega de la plaza, cuyas proposiciones acogió el duque con muestras de cordialidad, ofreciendo recompensas por tan gran servicio. Para aprovecharse de la promesa se puso en marcha, camino de Gertruidemberg, con un cuerpo de tropas escogidas, y fué tan á tiempo esta medida, cuanto que el príncipe Mauricio, sabedor de lo que en aquella plaza se tramaba, se movia por su parte para entrar en ella antes que ocurriese esta desgracia. Noticioso Mauricio que se acercaba el duque de Parma con fuerzas superiores, tuvo que retroceder y renunciar á su designio. Los ingleses, constantes en el suyo, se pronunciaron por el duque de Par-

ma, y le abrieron sin resistencia las puertas de la plaza. Recompensó Alejandro con liberalidad esta traicion, y dejó por gobernador en Gertruidemberg al mismo Lanzavechia, conservándole en el mando que tenia ya de la de Breda.

En abril del mismo año (1589), se marchó Alejandro á los baños de Spá, por el mal estado de su salud, dejando en su ausencia al conde de Mansfeld con el mando del ejército. No era este jefe querido sobre todo de los españoles, que le tenian por poco afecto á los de su nacion y por sobrado duro. Comenzaban á resentirse estas tropas de los vicios de insubordinacion y disciplina que se introducen con una guerra dilatada, en que por precision hay que soltar tantas veces el freno á la licencia. No siendo ya muy activas las operaciones, se abandonaban á todas las disipaciones que lleva tras de sí la ociosidad y la profesion misma de las armas, en que los hombres son mas sedientos de placeres por lo mismo que experimentan mas duras privaciones. Se sintió en los campamentos y las guarniciones la falta de Alejandro, á quien temian tanto cuanto amaban, cuya severidad sabia desplegar tan frecuentemente como su munificencia. Comenzaron los disgustos, las murmuraciones, la desaprobacion casi pública de la conducta de Mansfeld, á quien faltaba mucho de la popularidad que tanto distinguia al general en jefe. Segun las instrucciones que éste le habia dado, no fué remiso en continuar las operaciones militares. Se apoderó de la plaza de Heel, situada junto al Rin, y de la isla de Bommel sobre el mismo. Procedió en seguida á la operacion de fortificar este último punto para que le sirviese de base de sus operaciones sobre Holanda, cuando un tercio de infantería española, llamado el tercio viejo mandado por Sancho de Leiva, comenzó á dar síntomas de abierto descontento, propasándose á murmuraciones públicas contra Mansfeld, objeto de su grande antipatía.

De las palabras pasaron a los hechos, prorumpiendo una noche en abierta sedicion y dirigiéndose formados á

la plaza de armas. Se esparció la alarma en todo el campo, atribuyéndose el alboroto á una acometida de los enemigos; mas tardó poco en saberse la verdadera causa, al oirse claramente los gritos sediciosos pronunciados contra el jefe. Por fortuna no estaban los demas españoles en los mismos sentimientos. Pronto se armaron otros dos tercios al mando de Manrique y Bobadilla, que acudieron á refrenar la insolencia de los sublevados. Viéndose estos acometidos por los que creian ser sus auxiliares tuvieron que reducirse al silencio, y la sedicion se disipó tranquilamente, volviéndose los amotinados á sus alojamientos en medio de las tinieblas de la noche. Envió Mansfeld al duque de Parma una relacion de lo ocurrido con sumaria informacion del hecho. Pareció muy grave el asunto al general en jefe, y mandó que siguiesen adelante las averiguaciones, resuelto á castigar como lo tenia de costumbre, todo atentado contra la obediencia y disciplina. A pesar de que el tercio culpable era de los mas aventajados en la guerra, y en quien tenia puesta gran confianza, dió las órdenes de que pasase á Namur y de aquí á Thiel, donde era su intencion el desarmarle. En vano le hicieron ver algunos de los jefes principales los inconvenientes de deshacerse de un cuerpo tan valiente, y que por sus muchos años de servicio se le daba la denominacion de tercio viejo. Respondió Alejandro que no habia servicios por distinguidos que fuesen, bastantes á borrar la mancha de la insubordinacion é indisciplina, y que valia mas un tercio menos aunque esforzado, que tolerar faltas que podian arrastrar consigo la ruina del ejército. Sus órdenes se llevaron, pues, á efecto. Habiendo llegado el tercio á Thiel, se le mandó formar, mientras hacian la misma operacion un regimiento de caballos alemanes, y dos tercios de infantería española que rodearon los culpables. Se leyó despues en alta voz el bando ú órden del duque de Parma, de que el tercio de Sancho de Leiva habia dejado de existir por su delito de indisciplina, y en seguida se procedió á la separacion de sus

compañías y despojos de las armas. Prorumpieron aquellos veteranos en quejas y hasta llanto, enseñando unos sus canas, otros desabrochándose el pecho para que viesen mejor sus cicatrices, quiénes abriendo su boca para manifestar que se les habian caido los dientes en servicio de España. Mas no era el designio de Alejandro deshacerse de soldados tan valientes, pues luego que se cumplió el acto de justicia, dispersó las compañías en los otros tercios, formando uno nuevo con las que sobraban en virtud de este arreglo. A los oficiales que no habian tenido parte en el alboroto, conservó en su gracia, y el maestre de campo Sancho Leiva, soldado valiente y experimentado, quedó á las inmediaciones de su persona, para que le sirviese de consejo ú otro modo que le conviniese.

Sucedió este desarme del tercio de Sancho de Leiva á principios de 1590, tres meses despues del regreso de los baños. En aquel intervalo habian tenido lugar algunos acontecimientos militares de escasa importancia y que no mencionamos por lo mismo. Ninguno de los generales en jefe se mostraba muy activo; el de Parma, sin duda por falta de fuerza; el príncipe Mauricio, tal vez por lo mismo y la necesidad de atender á los negocios que la nueva organizacion del pais originaba. Era la índole de aquella guerra caminar lentamente, como arrastrándose sin que jamás se diese alguno de aquellos golpes que por su importancia deciden la contienda. Ya llevaba la de los Paises-Bajos mas de veinte y dos años de duracion con innumerables sitios y combates, y en este teatro habian combatido los principales capitanes de aquel siglo y las tropas de casi todas las naciones de Europa. Habia reducido Alejandro á la obediencia del rey todas las provincias meridionales, incluso el Brabante; conservaba las de Güeldres y la Frisia, mientras las de Holanda parecian arrancadas para siempre al dominio de los españoles. Para continuar sucintamente nuestra relacion diremos que no habiéndose concluido del todo por aquel tiempo la guerra

de Colonia, por permanecer todavía la plaza de Rimberg en poder de los de la parcialidad de Truscher, se movió por disposicion de Alejandro el marqués de Barambon para ponerle sitio. Comenzó éste por la expugnacion y toma de la torre de Bieck, pasó despues al sitio de la plaza de Bliembeck, y despues de apoderado de ella emprendió el de Rimberg, objeto principal del movimiento. Opuso la plaza una séria resistencia. Acudió á su refuerzo el famoso Schencken, y aunque fué derrotado en el primer encuentro, volvió de nuevo y tuvo su desquite, mas sin lograr por eso que levantasen el sitio de la plaza, que tuvo que rendirse al fin abandonada á sus recursos. Con la toma de Rimberg, concluyó la guerra de Colonia, y la parcialidad de Truschen quedó destruida para siempre.

Por aquel tiempo hizo un movimiento Schencken sobre la plaza de Nimega, situada á las márgenes del Vaal, y pensando tomarla de sorpresa, llevó una noche sus tropas por agua desde el fuerte de Schencken, que se halla á pocas leguas de distancia. Llegó la expedicion á los mismos muros de la plaza, cubierta con la oscuridad, y cuando esperaba entrar sin ser sentida, se oyeron voces de alarma que pusieron la guarnicion en movimiento. Acometidos los de Schencken, no pensaron mas que en la retirada y en la fuga, volviéndose á sus barcos; algunos zozobraron y encallaron con la pérdida de mucha gente. Fué uno de los ahogados el mismo Shencken, jefe valiente y de capacidad, enemigo muy temible de los españoles á quienes habia servido.

Por el mismo tiempo ocurrió la toma de la importante plaza de Breda por el príncipe Mauricio, siempre ansioso por el recobro de una ciudad que era de su propio patrimonio. Ya hemos visto que su gobernador Lanzavechia habia pasado á serlo tambien de Gertruidemberg recien caida en manos de los españoles. Tal vez á esta disposicion poco acertada se debió la pérdida de Breda. Residiendo Lanzavechia en la primera de estas plazas, confió

interinamente el mando de la última á un hijo suyo, hombre de pocos años y menos experiencia. Fiado en su poca vigilancia y precaucion apeló el príncipe de Orange á la estratagema de introducir en la plaza como unos cien hombres armados en el fondo de una barca cubiertos con un tablado que no se dejaba ver, aparentando la barca estar cargada con tierra combustible. Asi entraron en Breda sin ser objeto de sospecha. Cuando llegó la noche, salieron los soldados escondidos, y haciendo las señales en que estaban de inteligencia con parte de la guarnicion, se apoderaron de las puertas de la plaza y las abrieron á las tropas del príncipe Mauricio, que no estaban lejos. Fué muy sensible este golpe para el duque de Parma, y aunque envió fuerzas considerables en recobro de la plaza, tuvo que emplearlas en el refuerzo de la guarnicion de Nimega, que estaba sériamente amenazada.

Cuando se hallaba Alejandro en vísperas de dar nuevo impulso á las operaciones de esta guerra recibió órdenes del rey para dejar por entonces los Paises-Bajos y trasladarse á Francia, donde Felipe II creyó mas necesaria su presencia. Veamos cuáles eran sus motivos para acudir con sus armas á los apuros de un reino extraño, dejando desatendidos los negocios propios.

CAPITULO LXIII.

Asuntos de Francia.--Resultados de las jornadas de las barricadas.--El rey en Chartres.--Agitacion en París.--Progreso de la liga.--Convocacion de los Estados generales en Blois.--Estado de los partidos.--Se abren los Estados.--Aspecto de la asamblea.--El rey.--El duque de Guisa.--Asesinato de éste y de su hermano el cardenal (1).

1588.

La jornada de las barricadas de que hemos dado cuenta en el capítulo LIX, fué un suceso de importancia en un pais, teatro ya de acontecimientos tan particulares. Se veia un rey echado en cierto modo de su capital por súbditos que cedian á voz mas poderosa que la suya. Se veia un pueblo en su inmensa muchedumbre alzado contra su rey por el único motivo de no ser éste tan sincero, tan ardiente católico como ellos mismos. Libre su suelo de este rey de quien se emancipaba, separado de su obediencia, aunque diciéndose todavía su súbdito, natural era que pensase París en organizarse y hacerse fuerte cual las circunstancias requerian. No se descuidó, en efecto, en reforzar el sistema municipal, en dar nuevos poderes á sus magistrados que hasta entonces habian merecido tanto su confianza. Se dividió la capital en distritos municipales y al mismo tiempo en militares, cuyos jefes tenian bajo su disposicion toda la gente armada para conservar la tranquilidad y el órden público. A todos se asignaron los puestos dónde debian presentarse en caso de alarma, y no se omitieron precauciones para estar seguros de la lealtad de cuantos cuidaban de las puertas.

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo LIX y demas relativo á los asuntos de Francia.

Al mismo tiempo que se adoptaban tantas providencias para obtener una buena organizacion municipal, no se descuidaban los directores de la muchedumbre en tener siempre despierto su entusiasmo religioso, y atizar mas y mas el ódio que las animaba contra los enemigos de la fé católica. Se hallaba París, como siempre, en correspondencia con las principales ciudades del reino, donde se contaban mas afiliados en la santa liga, y se puede decir que nunca como en aquellos encuentros se mostró tan vasta asociacion mas animosa, mas exigente, mas implacable contra sus antagonistas, entre los que contaba por una parte al partido protestante, y por otra á los del partido medio conciliador, á quien por mal nombre designaban, como sabemos, con el epíteto de político.

Mientras en París y en las principales ciudades de la liga fermentaban tan ardientes sentimientos, permanecia el rey inactivo en Chartres, á donde se habia refugiado desde las jornadas de las barricadas, indeciso aún sobre el partido que debia tomar en una posicion tan nueva y crítica. Echado en cierto modo de París, parecian ya rotos los lazos que le unian, no solo con aquella capital, sino con el vasto partido que sus sentimientos adoptaba. No le quedaba pues á Enrique III otro recurso que echarse en los brazos del partido político, y lo que era peor del hugonote, renunciar á todos sus compromisos con la santa liga y declararse enemigo abierto de sus súbditos católicos, es decir, de los que de católicos celosos y ardientes se preciaban. El partido era extremo y el recurso sobrado peligroso, mas no restaba otro á Enrique III, quien pagaba bien cara la falta de energía y su ceguedad en dejar que se eclipsase su poder por el de un súbdito.

Mas las cosas no llegaron á este extremo. Por todas partes, despues de pasados los primeros instantes de calor, se vió abierto un abismo para los que no tratasen de escuchar la voz de la prudencia. Corria á un abismo

efectivamente el rey, y arriesgaba á lo menos su corona uniéndose con el partido hugonote contra los liguistas que se hallaban en tan inmensa mayoría. Arriesgaban mucho por su parte estos últimos, emancipándose para siempre del rey, que todavía tenia tantos medios por sus alianzas con el gran partido protestante, de envolverlos en mil dificultades. Por fortuna no descansaban los individuos del partido medio en hacer entrar á unos y otros por las vias de negociacion, y la reina madre, tan vigilante á todas horas, no era la menos inactiva en llevar adelante una obra de reconciliacion que á todos parecia indispensable. Comenzaron los de París á sentir deseos de una reconciliacion con el rey y mostrarse en cierto modo pesarosos de su anterior conducta; y no porque cesasen un punto de sus pretensiones, no porque se mostrasen enemigos implacables de sus antagonistas, sino porque temieron que el rey se les fuese y se echase en brazos del partido opuesto. Dió impulsos la reina Catalina á estos nuevos sentimientos. Habiéndose vuelto á París, de donde habia salido con el rey, tuvo mas medios de estudiar el terreno, de sondear los ánimos, de poner en juego todos los resortes de la intriga, que eran en cierto modo su elemento. Por sus insinuaciones escribió la municipalidad de París una carta al rey, mostrándose pesarosa de lo que habia acontecido, haciendo protestaciones de su adhesion no interrumpida hácia el monarca, declarando que jamás hubiese dado un paso atentatorio de su autoridad á no tener justos temores de que se introdujesen en París tropas extranjeras que los despojasen de sus privilegios municipales, y lo que es mas, que obrasen en sentido contrario á los intereses de la religion católica; que no dudaban nunca de los sentimientos que el rey abrigaba en esta parte, mas que se desconfiaba mucho de la buena fé de los mas de sus principales favoritos, que sin duda le daban consejos perniciosos en contra de los compromisos que habia contraido como jefe de la liga; que nada, en fin, deseaban tanto como ver pronto alla-

nadas cuantas dificultades se oponian á que voviesen unos y otros á una buena inteligencia.

Si el rey no dió á esta carta una respuesta del todo satisfactoria, tampoco fué en tér minos que pudiesen cerrar la via de las negociaciones. Animada con esto Catalina, se puso en marcha para Chartres, resuelta á treabajar de nuevo y con toda actividad para que se llevase á efecto cuanto antes una reconciliacion tan deseada. Los intereses de Catalina no la separaban entonces mucho de los de la misma liga. Con tal que se conservase la corona en las sienes de su hijo y ella misma en la influencia que desde tantos años ejercia, extinguiéndose en su persona la raza de Valois por falta de hijos é imposibilidad de tenerlos, poco le importaba que pasase la sucesion á la casa de Guisa quedando excluido el de Navarra. El partido católico le parecia el mas fuerte, y al fin era católica tambien, aunque no muy ardiente ni fanática. Si el duque de Guisa se contentaba con ser el sucesor sin tratar de un destronamiento á viva fuerza, no le causaba repugnancia unirse á dicho personaje, con tal que éste no se propasase á ser mas que el primero de los súbditos. Con esta idea, pues, hizo cuanto pudo por recabar del rey no diese una repulsa á los de París, que le brindaban con su obediencia, sin exigirle mas condiciones que la renovacion de las que habia aceptado en sus primeros compromisos.

No le fué difícil á Catalina mover en su sentido el ánimo del rey, aunque se mostraba irritado por los procederes de los parisienses. No tenia este príncipe, en efecto, ninguna propension al partido calvinista, de cuyos sentimientos religiosos no participaba. Fiel siempre á sus antecedentes, y no hipócrita aún en sus mismas demostraciones de católico celoso, se acordaba de que habia estado siempre en guerra con los hugonotes, y de que en las matanzas de San Bartolomé habia sido uno de los actores principales. Moderó, pues, poco á poco el tono de su resentimiento, á las insinuaciones de la reina madre;

recibió aún sin muestras de abierto desagrado al mismo duque de Guisa, que se atrevió á presentarse en Chartres delante del rey, cuyo poder habia arrostrado; tan débil era Enrique III en las principales circunstancias de su vida pública. Así cuando llegaron los miembros del Parlamento de París que venian á implorar en nombre del pueblo lo que llamaba su perdon, mas siempre bajo condiciones, dió el rey atento oido á cuanto los magistrados le expusieron. Por resultado de todo, despues de varias conferencias cuyos pormenores no son del caso, firmó Enrique III, revestido del gran sello, una especie de carta, en la que renovaba el juramento que habia hecho á su consagracion de vivir en la religion católica, apostólica y romana, de promover su conservacion y adelantamiento, de emplear de buena fé todas sus fuerzas y medios, sin perdonar su propia vida, para estirpar de su reino todos los cismas y heregías condenados por los santos concilios, sobre todo el de Trento, sin hacer nunca paz ni tregua con los hereges, ni expedir edicto alguno en favor suyo. Mandaba el rey en este documento á todos sus súbditos, príncipes y señores de cualquiera condicion que fuesen, se juntasen con él en esta causa, é hiciesen igual juramento de emplear hasta su propia vida en el exterminio de dichos hereges. Juraba y prometia no favorecerlos nunca, y mandaba al mismo tiempo á sus súbditos jurasen y prometiesen desde entonces para siempre, que cuando Dios quisiese disponer de su vida, sin darle sucesion, no prestasen obediencia á príncipe cualquiera que fuese herege ó fautor de la heregía. Prometia el rey igualmente no nombrar para empleos militares y cargos de judicatura ó de hacienda mas que á personas católicas que hiciesen profesion notoria de la religion apostólica y romana, prestándose todos juramento mútuo de defenderse contra las violencias de los hugonotes y sus adherentes.

Tales eran los términos sobre poco mas ó menos de la carta otorgada por el rey en favor de súbditos que ha-

cia pocos dias habian desconocido su autoridad hasta el punto de echarle de los muros de la capital. Y era la tercera vez que Enrique III hacia profesion de fé delante de los que estaban obstinados en hacerle pasar por mal católico. Ademas de esta carta que corrió como documento público, se comprometió el rey en secreto á echar de su lado al duque de Epernon, que pasaba por su privado, y á nombrar al duque de Guisa teniente general del reino, paso inmenso que aseguraba la omnipotencia de la liga y sancionaba todas las pretensiones del que tantas veces habia tomado las apariencias de rebelde. Mas solo asi hubiese salido Enrique III de un mal paso á que le habian llevado su falta de tino y sobre todo su indolencia.

Quedó la santa liga triunfante, si el rey no poco humillado con la nueva carta. Cogió por entonces el duque de Guisa el fruto de tantos años de intrigas y trabajos; y si Catalina era demasiado sagaz para estar del todo satisfecha, se dió por bien servida en haber llevado las cosas á aquel término. Felipe II, á quien el duque de Guisa dió parte del estado de las cosas como hombre contento del buen semblante que tomaban sus negocios, no se mostró tan satisfecho como el príncipe. Vió sin duda este monarca tan sagaz y previsor, un lazo encubierto en la conducta de Enrique III; y tan lejos estuvo de creer en la sinceridad de sus palabras, que en las cartas á su embajador hizo sérias advertencias sobre lo precavidos que debian de andar de las intrigas de los favoritos del monarca, encargando mucho al duque de Guisa que no se durmiese, ni se fiase de las caricias de la córte. Veia Felipe II desde el fondo del Escorial lo que pasaba en el palacio de Enrique III, mejor que sus mismos cortesanos.

La nueva reconciliacion de Enrique III con los jefes de la liga causó celos, disgustos y murmuraciones en los del partido político, y muchos mas en el bando protestante. Mil folletos, satíricos los unos, los otros en tono de sermon, los mas con nombres anónimos y títulos originales carac-

terísticos de la época, circularon con profusion, manifestando evidentemente el choque en que se hallaban las ideas, las pasiones y los intereses. Ningun partido se mostraba indulgente con su antagonista, empleando cuantos términos podia sujerir el espíritu de la mordacidad licenciosa, tan comun en aquel tiempo. Políticos contra liguistas, liguistas contra católicos y calvinistas, calvinistas contra los que habian jurado su exterminio, era un tiroteo á quema-ropa que cruzaba en todas direcciones. No era á la persona del rey á quien se encaminaban menos golpes, y verdaderamente era la que contaba en todos los partidos con menos simpatías.

Habia sido uno de los artículos del último acto de union la convocacion de los Estados generales, y de cuya asamblea quedaban excluidos los calvinistas segun las últimas estipulaciones entre el rey y los jefes de la liga. Era la mente de estos últimos sancionar sus actos, sus principios de esclusivismo católico por los órganos de toda la nacion, pues contaban con tener mayoría en las elecciones que con este motivo iban á verificarse. En este sentido trabajaron sin cesar, distinguiéndose entre todos el duque de Guisa, cuya poderosa influencia se estendia á todos los ángulos del reino. Correspondieron los resultados á medidas tan activas. Los diputados del tercer estado eran liguistas celosos por la mayor parte. En sus filas estaba alistado casi todo el alto clero: la nobleza, á cuyo frente figuraban los príncipes de la casa de Lorena, les era adicta por la mayor parte. Los Estados generales iban á ser la misma liga, manifestando al público de un modo oficial y solemne lo que hasta entonces no tenia mas carácter que el de una transaccion privada.

Todo preparaba pues el triunfo próximo del partido católico exaltado. Iban á quedar separados solemnemente de toda comunion política los individuos del partido protestante, y privado Enrique de Navarra de la sucesion al trono de la Francia. ¡Cuántos motivos de satisfaccion para la casa de Guisa, para el rey de España, que sin

disfraz la protegia! Dudaba sin embargo Felipe II del buen éxito, temia que se suscitasen disturbios y no hubiese el mejor tino en las deliberaciones de la *Junta*, pues tal nombre daba á los Estados en su correspondencia. Sobre todo recelaba de la mala fé de Enrique III, y veia siempre alguna traicion oculta con el velo de su adhesion á los intereses de la liga de que á todos momentos hacia alarde.

Verificadas las elecciones y reunidos en Blois casi todos los miembros de los Estados generales, se quiso dar principio á las tareas legislativas con una procesion solemne á que asistieron todos ellos separados por brazos ó estamentos. Despues de los miembros de la municipalidad precedida de los maceros, marchaba el estamento popular, ó sea tercer estado, seguian los nobles vestidos con la mayor magnificencia, detrás iban los prelados presididos por el arzobispo de Bourges con el Santísimo en sus manos debajo de pálio, llevado por ocho prelados de su misma clase. Cerraba la marcha el rey, rodeado de los principales señores de su córte. Volvió la procesion en este mismo órden á la catedral de donde habia salido, y concluido el acto pronunció un sermon el arzobispo.

Algunos dias despues, es decir, el 16 de octubre de 1588, se abrieron los Estados generales por el rey en persona, con un discurso en que estaban bien marcados los sentimientos que entonces le afectaban. Sea que su adhesion á la santa liga fuese ó no sincera, era para él de un interés vital el presentarse como su solo y supremo jefe que no necesitaba para marchar en su sentido ni de inspiraciones, ni de influencia ajena. Debia, pues, de irritarle la idea de que el duque de Guisa tratase de ponérsele á la par ó aspirase tal vez á ejercer la primacía. Su discurso, pues, en medio de las manifestaciones y demostraciones mas sinceras de su adhesion á los intereses de la santa liga, de sus deseos de que se cimentase mas y mas la union entre los buenos católicos, hizo ver lo mucho que le ofendian la desconfianza de que era objeto su per-

sona y el atrevimiento de los que aspiraban á deprimir y ajar la suprema autoridad de que estaba revestido, aludiendo sin disfraz al duque de Guisa, que en razon á su cargo, se hallaba sentado al pié de las mismas gradas del trono. Mas á pesar de este tono de acrimonia que respiró el discurso real, le respondió el arzobispo de Bourges en los términos mas respetuosos y sumisos, y la sesion terminó amistosamente, siendo el rey, tanto á la entrada como á la salida, objeto de respetuosos homenajes por parte de todos los individuos de los Estados generales.

Cualquiera que compare exactamente la fisonomía de aquella asamblea con la del mismo nombre reunida doscientos años despues y examine lo que en las dos fué deliberado, hallará muchos puntos de contacto, si se prescinde bien de la diferencia de los tiempos y sobre todo de la diversa índole y tendencia de opiniones. Hubo en ambas las mismas pugnas, las mismas discordias, las mismas desconfianzas: de la misma falta de sinceridad se acusaban las palabras de los dos monarcas, y para que sean mas los puntos de contacto entre ambas asambleas, haremos ver que en aquellos Estados generales, que hasta entonces no habian ejercido nunca mas que el derecho de peticion y súplica, promovieron la cuestion de si les competia tambien deliberar por sí mismos tomando la iniciativa en materias de política, haciéndose legisladores, es decir, adoptando en un todo los principios que en los gobiernos representativos se observan en el dia. La cuestion no tuvo resultado, ó por mejor decir le tuvo negativo. Los Estados se contentaron con pedir y suplicar, mas eran unas peticiones y unas súplicas que llevaban el aire de mandatos.

Bastaba esto, y aun sobraba, para hacer á los Estados generales objeto de ódio y de despecho para el rey de Francia. No habian producido efecto alguno las manifestaciones de su adhesion, de sus ardientes deseos de obrar en un todo segun las intenciones y principios de la santa liga. No habia sinceridad en sus palabras, y en caso contrario eran inútiles, por cuanto se tenian como un acto

de falsedad y disimulo. No es posible ser jefe de partido cuando no se adoptan los principios, cuando no se sienten las pasiones, cuando no se entra de lleno en los intereses de cuantos se alistan bajo sus banderas. Habia perdido Enrique III su prestigio, pues obraba en cierto modo como violentado. Habia sido uno de los jefes de los católicos en los campos de Jarnac y Montoncourt, sobre todo cuando las matanzas de agosto. Despues no era ya el mismo hombre á los ojos de la muchedumbre, sobre todo de los que tan hábilmente sabian dirigirla. Era el duque de Guisa la gran figura que oscurecia á la suya y totalmente la eclipsaba. El mismo ascendiente que ejercia en las calles de París, en los mercados, en las plazas, en la municipalidad, donde con amor y entusiasmo le señalaba todo el mundo, se hacia sentir en los Estados generales. A proporcion que se desplegaba el triunfo de este personaje se cubria el corazon del rey de negras nubes, y lo que con su sagacidad y conocimiento de los hombres habia profetizado el rey de España, llegó á verificarse; pero de un modo que Felipe II no podia preveer aun en medio de su suspicacia.

Se aglomeraba en los aires una tempestad que no dejaban de percibir los hombres que á fuer de imparciales se muestran mas observadores. Crecia el descontento del rey, quien todavía se lisonjeaba de ser popular en el partido dominante; tanto le cegaba el recuerdo de lo que habia sido en otro tiempo. Por otra parte el duque de Guisa, activo, impetuoso en el goce de su triunfo, no consideraba bastante la situacion del rey, ni el terreno que pisaba. Para arrostrar y humillar á Enrique III, habia hecho demasiado, para precaverse de los tiros de un rey irritado, apenas nada. Otro mas político, y sobre todo mas sagaz, hubiese ido al mismo objeto mostrándose mas sumiso, si se quiere, mas pequeño delante del monarca, hubiese tratado de ganar su confianza sin perder nada de su prestigio con el pueblo. Mas Enrique de Lorena era demasiado altivo, todavía dema-

siado mozo para disfrazar sus sentimientos, para no mostrarse á los otros tal cual él mismo se miraba. En vano le advirtieron algunos amigos que anduviese mas cauto, pues todavía no ejercia en realidad el poder supremo á que aspiraba. Los mismos consejos le daba por medio de su embajador Felipe II, quien desde su gabinete del Escorial sabia lo que pasaba en Blois mejor que Guisa mismo. Mas fueron inútiles estas advertencias con un hombre fascinado de su prosperidad que no creia necesitar ninguna de las artes de disimulo, solo propias en su opinion de cortesanos subalternos.

Llegaron en fin las cosas á un punto en que Enrique III despechado de su situacion, desesperanzado de ejercer en los Estados el ascendiente que su elevado puesto reclamaba, indignado cada vez mas contra el de Guisa que se le presentaba como un rival odioso, como un obstáculo insuperable al ejercicio en lleno de su autoridad, creyó que ya no habia para él otro recurso que deshacerse de su persona á cualquier precio. Era la lógica de los partidos, de las facciones de aquel tiempo. Eran principios demasiado comunes que entraban en la educacion de los personajes poderosos y por desgracia en la de los mismos reyes que se creian dueños de las vidas de sus súbditos. Concibió, pues, Enrique III el plan de asesinar al duque de Guisa sin hacerse el cargo de que ademas de una enorme atrocidad, era en él un insigne desacierto, pues habiendo perdido su prestigio por las causas ya indicadas, era imposible recobrar esta fuerza moral á espensas de un bajo asesinato. Mas como quiera que sea, concibió este plan atroz, le maduró en su mente por algunos dias, le consultó sin duda con los mas íntimos de su Consejo privado de quienes obtuvo aprobacion, y con la mayor sangre fria y no poca habilidad dispuso todas las cosas necesarias para llevarle á efecto. El 23 de diciembre del mismo año de 1588, dió órden á los principales señores, entre los que se hallaba la mayor parte de sus consejeros privados, de que á las ocho

de la mañana se presentasen en palacio para acompañarle á una casa de campo donde pensaba entretenerse el resto de aquel dia. Al mismo tiempo citó á los cuarenta y cinco oficiales de su guardia ordinaria para que se le presentasen entre cuatro y cinco. Se acostó á las diez de la noche sin dar parte á nadie de su resolucion: se levantó al dia siguiente 24 á las cuatro de la mañana, bajó solo sin hacer ruido alguno á la habitacion donde se fueron reuniendo poco á poco los cuarenta y cinco, y en seguida los condujo á diferentes habitaciones secretas donde debian esconderse para acudir en seguida donde fuese necesario. Despues de haberlos enseñado los diversos aposentos, volvió con ellos á la primera habitacion donde los habia encontrado reunidos y les dijo que le aguardasen, mientras él pasó á la sala donde ya se habian juntado la mayor parte de los miembros del Consejo. Allí les expuso en términos patéticos la cruel situacion en que le habia puesto el orgullo y la insolencia de un súbdito que no solo queria hombrear sino sobreponerse á su mismo soberano: que harto bien sabidos eran los agravios y hasta los ultrajes que habia recibido su persona de todos los miembros de la casa de Lorena, sobre todo del duque de Guisa: que eran públicos sus esfuerzos para desautorizarle á los ojos de los Estados generales: que era imposible que estos atentados dejasen de proceder de un plan vasto de conspiracion tramado contra su corona y hasta su existencia, por lo cual no le quedaba ya mas medio que deshacerse á cualquier costa de un rival tan poderoso: que esperaba por lo mismo que los individuos que tantas pruebas le habian dado de fidelidad le ayudasen en tan justa empresa, y continuasen defendiendo su autoridad contra cuantos quisiesen abatirla y mancillarla. Respondieron los del Consejo alabando la resolucion del rey ensalzando su longanimidad por haber sufrido hasta entonces tantas ofensas sin tratar de castigarlas, y que en todas ocasiones podia contar el rey con su fidelidad en sostener la dignidad de su corona. Despues de tener el

asentimiento de sus consejeros, volvió á la sala donde estaban los cuarenta y cinco, á quienes arengó en el mismo sentido, pero con frases mas acaloradas. Les dijo que los habia escogido por instrumento de su justicia que reclamaba un castigo sangriento en el duque de Guisa, enemigo de su persona y de su trono: que fiaba por lo mismo al arrojo de su corazon y fuerza de su brazo el justo desagravio de su rey tan ultrajado. Un grito de entusiasmo y de furor fué la respuesta de aquellos oficiales de su guardia. Todos juraron lavar las ofensas del rey con la sangre de los Guisas. Preguntó entonces el monarca cuántos de ellos iban armados de puñal y habiéndose encontrado que eran ocho, los situó el rey en la antesala de su gabinete, mándando á los demas que se retirasen á sus cuartos reservados.

Amanecia mientras tanto, y el rey se retiró á su cámara. Para las ocho estaban citados los miembros del Consejo. A cada momento esperaba el rey la llegada de los Guisas. Se presentó primero el cardenal en la gran sala del Consejo. Poco despues entró en ella el duque de Guisa, que segun las memorias de aquel tiempo, habia pasado la noche con una de las principales damas de la córte. Sabedor el rey de su llegada, le envió un recado para que pasase á conferenciar con él algunos momentos á su gabinete. En virtud de esta órden dejó el de Guisa la sala del Consejo y se dirigió al cuarto del rey sin sospechar el lazo que le estaba armado, mas tampoco ajeno totalmente de recelo, pues en aquellos tiempos de disensiones y de agravios mútuos, las cosas al parecer mas indiferentes eran objeto de suma desconfianza. Se presentó, pues, el duque en la antesala del gabinete del rey, y los asesinos que en ella le aguardaban se levantaron con respeto saludándole en silencio. Mas al llegar el duque á la puerta del despacho, en el acto de levantar la cortina que le cubria, se echaron sobre él, pues era esta la seña convenida. Embarazado el de Guisa con su capa, sin poder hacer uso de su espada, cayó al suelo

no sin forcejear antes con gran violencia contra los ocho hombres que en distintos sentidos le clavaron sus puñales. Concluido el acto, abrió el rey la puerta del gabinete, y habiendo contemplado el espectáculo, mandó á sus asesinos que le registrasen, y sin pasar adelante volvió á meterse en su despacho. Respiraba el duque todavía, y articulando gemidos sordos que se oyeron en los cuartos inmediatos, espiró al fin despues de dos horas de agonía. No se encontraron en sus bolsillos mas papeles que uno sumamente corto, donde estaba escrito por via de nota: «setecientas mil libras se necesitan cada mes para los gastos de la guerra.» Despues de despojado de sus vestidos, mandó el rey que quemasen su cadáver, lo que fué hecho inmediatamente en uno de los patios escusados de palacio. Despues fueron arrojadas al Loira sus cenizas.

Así murió el jefe de la casa de Guisa; el caudillo de la liga católica; el Macabeo de la Iglesia, pues con tal título le designaba su partido; el hombre mas popular de Francia en dicha época. No desmentia Enrique de Lorena la raza de hombres esforzados y hasta de héroes de que descendia. Valiente soldado, entendido capitan, ambicioso en extremo, arrojado y audaz segun las circunstancias exigian, espléndido y generoso en todo, afable con el pueblo y con los de su parcialidad, enemigo encarnizado, nada avaro de sangre cuando era preciso derramarla, fanático por la religion de quien se decia apoyo, poseia todas las cualidades de jefe de partido en aquellos tiempos de revueltas y de convulsiones. Sin embargo, no tuvo toda la prudencia, la circunspeccion, y si se quiere el disimulo profundo que distingue á los hombres grandes en política. Fué atrevido, mas no lo bastante para consumar un triunfo tan felizmente principiado. Se entregó en cierto modo en manos de su enemigo sin haberle totalmente desarmado. Contó demasiado con el favor y apoyo de su parcialidad, sin acordarse que Enrique III era todavía rey de Francia. Le pareció por en-

tonces bastante humillar al rey, no haciéndose cargo de que le reducia al extremo de pensar en deshacerse de su rival á toda costa. Hizo, pues, mucho para ser objeto de temor, mas demasiado poco para dejar de temer á su enemigo. Fué en todo heredero de su padre; en la grandeza como en su fin trágico. Sin embargo, no era tal vez hombre de tan vasta capacidad en materias de gobierno. Dejó sin duda fama de menos capitan por falta de igual teatro en que lucir sus talentos militares.

No se limitó el golpe de estado de Enrique III al asesinato del duque de Guisa. Tambien alcanzó su rigor á su hermano el cardenal y á otros mas de la familia. Llegaron á los oidos del cardenal, hallándose en la sala del Consejo, los gritos que al caer bajo los golpes de los asesinos dió su hermano. En el acto de correr á socorrerle fué preso por órden del rey y conducido como tal á su casa en compañía del arzobispo de Lyon, que tambien habia incurrido en el odio del monarca. Vaciló éste al principio sobre la suerte que le reservaria: al fin se decidió por la que habia cabido á su hermano. Le envió á llamar á palacio por medio de dos de los cuarenta y cinco ya citados. Obedeció la órden el cardenal con el presentimiento del golpe fatal que le estaba destinado. No le engañaron sus pronósticos, pues le aguardaban en la misma antesala los que dos dias antes habian teñido sus puñales en la sangre del duque de Guisa. Los otros hermanos se pusieron á salvo escondiéndose unos y apelando otros á la fuga. Tambien fué quemado el cadáver del cardenal y arrojadas al Loira sus cenizas.

No contento el rey con estos actos de rigor, ó por mejor decir de violencia sanguinaria, mandó arrestar á todos los individuos de los Guisas que pudo haber á las manos, al cardenal de Borbon y á los miembros de la municipalidad de París, mas conocidos por su exaltacion política, por la conducta que contra su autoridad real habian observado en los Estados generales.

Cometió el rey de Francia con estos atropellos un

acto de barbarie propio de aquellos tiempos, en que se empleaba la accion del puñal como el último argumento. Pero mas que barbarie fué un enorme desacierto. Creyó dar un golpe grande de política deshaciéndose de un súbdito atrevido, cortando con la prision de los otros demagogos todas las cabezas de la hidra. Mas no contó con que á un hombre como él, perdido en la opinion del partido dominante, no habia ya medios de recobrar la fuerza moral de que se habia despojado él mismo por su falta de carácter é indolencia; no contó con que al partido fanático no le faltarian jamás cabezas atrevidas y ambiciosas que quisiesen marchar por las huellas del caudillo, ya difunto; no calculó que con tan vil asesinato iba á confirmar las acusaciones de los que con tan negros colores le designaban á los ojos de la muchedumbre. «Ya por fin soy rey de Francia, dijo Enrique á su madre despues de perpetrados estos actos de venganza; ya no tengo compañero.» «¿Qué has hecho, hijo mio? respondió Catalina: quiera Dios te salga bien: ¿mas al menos, has dado órdenes para la seguridad de las ciudades principales, sobre todo de Orleans? Si no lo has hecho, no te descuides un momento, pues de lo contrario tendrás mucho que sentir; no dejes sobre todo de dar parte de lo que pasa al legado del Papa por medio del cardenal de Gondi.» La reina madre conocia mejor los hombres y las cosas que su hijo. Mientras Enrique se creia dueño y árbitro de los estados de Blois, resonaba el asesinato de los Guisas en todos los ángulos de Francia.

CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultado del asesinato de los Guisas.--Efervescencia y tumultos en Paris.--La municipalidad.--Los Diez y seis.--La Sorbona.--El Parlamento. -El Consejo de la Union.-Destitucion del rey Enrique III. --El duque de Mayena teniente general del reino, por los liguistas.--Se arman estos.--Se arma el rey.--Su union con Enrique de Navarra.--Los dos en Saint-Cloud.--Asesinato de Enrique III, por el fraile Jacobo Clemente (1).

1589.

Con la celeridad del rayo llegó á París la noticia del asesinato de los Guisas. Solo con el asombro que causó este acontecimiento inesperado, se puede comparar la profunda irritacion de la muchedumbre al saber la venganza atroz ejercida por el rey en dos personas que les eran tan queridas. Por un impulso maquinal corrieron á las armas como si tuviesen á las puertas un ejército enemigo. Resonó en los aires un son confuso de voces, de lamentos y de imprecaciones contra Enrique de Valois, que habia privado á la Francia y á la religion católica de sus dos campeones mas esclarecidos. Fué general la conmocion y el tumulto en aquella vasta capital; y las corporaciones, comenzando por la municipalidad, participaron de los sentimientos de la muchedumbre. Inmediatamente pasó aquella avisos al Parlamento, á la Sorbona y á las demas clases distinguidas de que se presentasen en las iglesias donde se iban á celebrar los solemnes funerales por el alma de los dos difuntos. Acudieron todos los parisienses grandes y chicos á los templos, donde en medio de las pompas de la religion se pronunciaron sermones incen-

---

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo anterior.

diarios incitando á la desobediencia del rey, que designaban abiertamente con los títulos de enemigo de Dios y de asesino. Se le comparaba con Herodes, con Acab, con todos los reyes sanguinarios y enemigos de la religion que nos mencionan el antiguo y nuevo Testamento. No podian menos de producir profunda sensacion estas palabras en la muchedumbre entera. Uno de estos predicadores llamado Lincestre, nombre famoso en todas aquellas turbulencias, llegó hasta exigir de su auditorio un juramento solemne de vengar en el rey la muerte de los príncipes de Guisa. A todos los hizo levantar la mano en señal de sumision á sus preceptos. «Levantad tambien la mano» dijo el furibundo predicador al presidente De-Harloy que se hallaba presente, llamandole por su nombre, observando que estaba remiso en prestar el juramento, apóstrofe á que tuvo que ceder el magistrado por no incurrir en la cólera del auditorio.

A los discursos en los púlpitos siguieron las procesiones en que se cantaban responsos por el alma de los Guisas. Se inundó la capital de folletos en que bajo diferentes formas se presentaban las circunstancias del asesinato, y hasta se grabaron estampas en que se reproducian las mismas imagenes con los mas espantosos caractéres. Se publicaban y pregonaban todas estas producciones por la calle. Estaba la muchedumbre furiosa, hasta frenética. Por todas partes se echaban abajo y se borraban todos los signos de su autoridad como monarca.

Estaba de hecho destronado el rey por el pueblo de París, sin que nadie tratase de poner el menor freno á lo encarnizado de sus sentimientos. De la opinion popular participaban las demas clases de la capital, el pronunciamiento era casi unánime y de un alcance inmenso; faltaba solo regularizarle y sancionar por medio de decretos ó de leyes lo que ya era un hecho.

Al frente de la capital se hallaba el ayuntamiento ó cuerpo municipal que dirigia todos los ramos de la administracion civil, incluso el de la fuerza armada para su de-

fensa. Era su poder omnímodo y solo comparable con el que ejerció poco mas de dos siglos despues en los primeros años de la revolucion francesa (1).

Ejercia pues la municipalidad una grande influencia en el pueblo de París; mas no la sola. Estaba dividida la capital en diez y seis barrios ó cuarteles, á cuya cabeza se hallaban uno ó mas magistrados populares con el nombre de cuarteleos ó cuartenarios que eran al mismo tiempo sus jefes militares. Salidos estos hombres de las clases populares, en mucho contacto con la muchedumbre en cuyo seno se hallaban sin cesar, ejercian en ellas mas poder que el mismo ayuntamiento. Dictaban leyes como verdaderos tribunos que eran de la plebe. Se daba á esta corporacion el nombre de los *Diez y seis*, no en atencion á su número, pues en realidad era mayor, sino al de los cuarteles ó barrios de que eran delegados y representantes.

Se debe contar tambien como corporacion popular en aquel tiempo la universidad ó la Sorbona cuyos directores y profesores eran casi todos eclesiásticos en razon de ser la teología el principal ramo que allí se profesaba. Eran casi todos ellos liguistas exaltados, y estaban en íntimas relaciones con los curas de París que desde los púlpitos y por otros mas medios ejercian tanta influencia en el ánimo de la muchedumbre. Con la Sorbona obraba de concierto todo el alto clero afiliado en la santa liga. Estaba, pues, la Sorbona en gran contacto con el cuerpo de los Diez y seis, armonizando mas con él que con el mismo ayuntamiento.

---

(1) No se pueden escribir estas líneas sin que venga á la memoria el recuerdo de lo que pasó en París en la época moderna á que nos referimos. Prescindiendo de la diferencia del objeto, fué casi igual en ambas el entusiasmo, el fanatismo, el poder de la municipalidad, la omnipotencia de las masas dirigidas por sus tribunos populares. Cualquiera observador hallará muchos mas puntos de contacto entre aquellas revueltas en el siglo XVI y las que ocurrieron despues en el XVIII.

En cuanto al Parlamento, corporacion tan respetable en todas épocas, no se profesaban en su seno doctrinas tan extremadas como en la Sorbona; mas si algunos miembros se mostraban mas moderados, no faltaban otros aunque en minoría que estaban en todo con la Sorbona y con el pueblo.

No se decidió el ayuntamiento por la medida de destronar á Enrique, temeroso sin duda de las consecuencias que podrian seguirse. Pensaba, pues, que seria mas prudente entrar en negociaciones con el rey y conseguir así seguras garantías para lo futuro. Las mismas opiniones pareció abrigar en su mayoría el Parlamento. Pero los Diez y seis mas furiosos y mas fanáticos tomando la voz de la muchedumbre que capitaneaban, manifestaron su resolucion de no transigir nunca con Enrique de Valois, asesino de los Guisas, enemigo de Dios y de la Iglesia.

Para vencer pues la resolucion del Parlamento y tenerle propicio acudieron al violento expediente de presentarse en su seno armados de cincuenta á sesenta de los mas furiosos con una lista de los consejeros indicados de abrigar opiniones moderadas. Les intimaron con tono imperioso de que los siguiesen, órden que sin ninguna resistencia obedecieron. Los sacaron, pues, en público del Parlamento y atravesando con ellos las principales calles de París seguidos de la muchedumbre, los condugeron á La Bastilla donde los dejaron presos. Otros lo fueron en sus domicilios, aunque despues se pusieron en libertad á los que solo en momentos de efervescencia fueron envueltos en el crímen de que acusaban á sus compañeros.

Expurgado de este modo el Parlamento, se mostró mas dócil á las exigencias de la muchedumbre. Propuso el nuevo presidente la cuestion del destronamiento del rey, y todos fueron del mismo dictámen que los cuartenarios.

De los sentimientos de la Sorbona no tenian estos

duda alguna. Le hicieron, pues, una esposicion suplicándola hiciese reunir los individuos de la facultad de teología, para que en vista de las presentes circunstancias deliberasen y diesen su resolucion sobre los artículos siguientes: si el pueblo del reino de Francia podia quedar libre y desliado del juramento de fidelidad y obediencia prestado á Enrique III: si en toda seguridad de conciencia podia el mismo pueblo armarse, unirse, echar contribuciones para la defensa de la religion católica, apostólica y romana, contra los consejos llenos de malicia y esfuerzos de dicho rey y de cualesquiera otros partidarios suyos; contra la violencia de la fé pública cometida por él en Blois en perjuicio de dicha religion católica, del edicto de la santa union y de la libertad natural de los tres Estados del reino.

Fué muy categórica la respuesta de la facultad de teología. El pueblo, decia, de este reino está libre y desliado del juramento de fidelidad y de obediencia prestado al rey Enrique. El mismo pueblo puede lícitamente en toda seguridad de conciencia armarse y unirse, allegar dineros y echar contribuciones para la defensa y conservacion de la iglesia apostólica romana, y contra los consejos llenos de maldad y esfuerzos del monarca.

Fué recibida en París esta decision con grandísimo entusiasmo. Se formuló el acta de la destitucion de Enrique III con toda solemnidad y aparato legal de la justicia. Borradas ya las armas reales y todos los signos de la autoridad de la corona, solo restaba que se aboliesen las oraciones que por él se recitaban en la misa. Asi lo mandaron el obispo y la Sorbona.

Como la municipalidad de París solo podia ejercer su poder dentro de la capital, se quiso dar mas aparato legal á la nueva situacion renovando el antiguo Consejo de Union de la liga establecido tres años antes en las conferencias y capitulaciones de Joinville. La existencia de este Consejo no era pública, es decir, de oficio; mas ahora se quiso que lo fuese y con la mayor solemnidad,

dándole el carácter de gobierno provisional de toda Francia. Se celebró con este objeto una grande asamblea de los católicos mas exaltados y de mas categoría, presidido por el duque de Mayena, hermano de los dos príncipes difuntos. Se eligieron de su seno los miembros que debian componer el Consejo de la Union, y se le revistió del supremo poder mientras no se arreglaba definitivamente el gobierno que habia de regir en Francia. Fué el primer acto del Consejo de la Union nombrar al duque de Aumale gobernador militar de Paris y general de los ejércitos de la liga al duque de Mayena.

Todas las corporaciones de París reconocieron la autoridad del gobierno supremo del Consejo de la Union, distinguiéndose entre todas la municipalidad que tan celosa se habia mostrado de su preponderancia. Expidió el nuevo gobierno circulares á todas las ciudades principales mas adictas á la liga y que no necesitaban esta invitacion, pues ya habian imitado el ejemplo de París destituyendo de hecho al monarca, contra cuya perfidia y atrocidades declamaban con la misma vehemencia. Se distinguian entre estas grandes poblaciones Lyon, Tolosa, Marsella y Ruan, donde la santa liga tenia tanto arraigo. De esta suerte antes de pasarse dos meses despues del asesinato de los Guisas, estaba destronado de hecho Enrique III en París y en las ciudades principales y de mas influencia.

Permanecia mientras tanto este monarca en Blois al frente de los estados generales, que continuaban sus sesiones en medio de los acontecimientos graves de París, aunque con marcado disgusto, por lo que con ellos simpatizaban en su grande mayoría. Bien pudo conocer el rey lo errado de su golpe contra los príncipes de Guisa y lo poco que habia ganado en la opinion, perpetrando un acto atroz sin ningun provecho suyo. Continuó sin embargo renovando en el seno de aquella asamblea sus protestas y juramentos de defender la fé católica, que si antes habian hecho poquísima impresion fueron entonces

escuchadas con una mezcla de desprecio y odio. Poco á poco se fué disminuyendo el número de sus individuos, hasta que el rey se vió precisado á cerrar sus sesiones por su insignificancia. No faltaron en esta ceremonia triste arengas de una y otra parte renovando sus protestas Enrique III de su sincera adhesion á los intereses de la fé católica.

Terminaron por aquellos dias los de la reina madre á la edad de 71 años, abrumada con aquella grave situacion y la perspectiva de los desastres inevitables que iban á ser su consecuencia. El fatal desacierto del asesinato de los Guisas la llenó de amargura, como ya lo hemos indicado, pues no se le ocultaba que con esta atrocidad se habia abierto un abismo bajo las plantas del monarca. Baste lo que hemos dicho de esta princesa en varias ocasiones para formar una exacta idea de sus prendas y su carácter. Era preciso que fuese de una habilidad nada comun, de una gran destreza en todas las artes del gobierno, para permanecer durante treinta años, sin perder nunca su ascendiente, á la cabeza del gobierno de un pais por tantas facciones destrozado. Habia nacido sin duda para aquella situacion, para tiempos de desórden y de revueltas. No es estraño que los partidos la hayan presentado bajo aspectos tan diversos; que los calvinistas sobre todo se hayan encarnizado contra la memoria de una princesa que les habia dado tan justos motivos de resentimiento. Que era artificiosa y falaz en proporcion que astuta y hábil, se puede concebir muy fácilmente. Que era muy poco escrupulosa en los medios que la condujesen á sus fines, ademas de ser histórico es muy probable en una mujer tan celosa de su autoridad, y que para no perderla necesitaba dividir y dominar un partido por los temores que podia infundirle su contrario. A pesar de no ver sus hijos Carlos IX y Enrique III ni destituidos de entendimiento ni absolutamente desnudos de ambicion, influyó totalmente en su conducta hasta el punto de ser considerada como la su-

prema gobernante. Ninguna persona á la cabeza de la administracion navegó en un mar tan borrascoso: y ninguna dió mas pasos, entabló mas negociaciones, ajustó mas tratados, manejó mas intrigas de una vez y representó papeles mas diversos. En todas las transacciones, en todos los movimientos grandes de aquel pais figura su persona en primer término. Fué sin duda Catalina de Médicis la reina de Francia que hasta ahora ha adquirido mas derechos de ser célebre. Tibia en sus creencias, demasiado mundana en sus placeres, amiga del fausto y la magnificencia, nada severa en su moral, inclinada á las artes de la mágia que tenian tanta boga en aquel siglo, dejó una fama poco pura de aquellas que se recuerdan sin ninguna simpatía. Los calvinistas la odiaron: de los políticos no fué querida: de su mismo hijo fué poco llorada. En cuanto á los católicos ardientes, la miraron casi con tanto odio como los mismos calvinistas. Oigamos en prueba de ello lo que desde el púlpito dijo el famoso Lincestre al hablar de la muerte de esta princesa: «Ha hecho la reina madre mucho bien y mal; pe»ro yo creo que ha sido mas el mal que el bien. Se pre»senta hoy dia una dificultad, á saber, si la iglesia cató»lica debe orar por la que ha vivido tan mal y ha soste»nido muchas veces la heregía, aunque se dice que á los »últimos se ha adherido á nuestra santa union y no con»sentido en la muerte de nuestros buenos príncipes: por »lo que os diré que si á la ventura y por caridad que»reis rezar por ella un Pater-noster y un Ave-María le »servirá lo que pueda, por lo demas lo dejo á vuestra »voluntad.» Tal era el lenguaje de los púlpitos de entonces.

Con el pronunciamiento de París y de tantas ciudades considerables del reino, con la instalacion del Consejo de la Union como gobierno supremo de la liga, se marcaron de un modo terminante y fijo los diversos campos militares que iban á decidir la gran contienda. Uno de los primeros actos del Consejo de la Union, fué

nombrar al duque de Mayena teniente general del reino, dándole el mando del ejército de los liguistas. A sus órdenes inmediatas se hallaba el duque de Aumale gobernador de París, comandante de toda la fuerza armada de aquella capital, que ya contaba cerca de cuatrocientos mil habitantes en aquella época. Otros jefes mas populares designaba la muchedumbre para estos altos cargos, porque entonces, como sucede en todas ocasiones, existia en París una rivalidad entre las grandes corporaciones que influian en los negocios públicos. No fraternizaba complatamente el ayuntamiento con el Consejo de la Union, ni con el ayuntamiento la Junta de los Diez y seis ó sean cuartenarios. Cada una de estas corporaciones tenia su parcialidad, contando siempre esta última con la muchedumbre. Sin embargo, venció en esta lucha el Consejo de la Union, pues el pueblo ninguna objecion sólida podia poner contra la eleccion del duque de Mayena, príncipe de la casa de Guisa, hermano del mártir (pues con este título designaban al difunto duque) y sobre todo que habia figurado siempre en las primeras filas de los católicos celosos. En el duque de Aumale concurrian las mismas circunstancias. Saludó pues el pueblo la elevacion de estos príncipes con entusiasmo, y desde entonces no se oyeron en París mas que acentos de guerra, ardientes sermones en los púlpitos y gritos fanáticos en la muchedumbre. Los templos estaban á todas horas llenos de católicos ardientes: por todas las calles cruzaban procesiones con sus penitentes de los dos colores. Eran los curas los tribunos de aquella plebe concitada en masa que jamás se saciaban de sus predicaciones. A veces tenian que dejar los eclesiásticos sus casas por la noche y presentarse en las iglesias á predicar; tales eran las exigencias de aquella gente devota, sedienta á todas horas de sus declamaciones. Mientras tanto se allegaban armas, de todas partes se alistaban guerreros á los estandartes de la liga. Lanzaba el Consejo de la Union decretos de llamamiento á todos los católicos celosos, dictaba medidas severas contra los

políticos, contra los que acudian á la bandera real, pues, Enrique III, despues de la disolucion de los Estados generales, se preparó por su parte á entrar en lid con los liguistas y sostener sus derechos con las armas en la mano.

Expidió con este motivo circulares á todas las provincias donde no dominaban los jefes de la liga, se apoderó de varios puntos fuertes antes que fuesen invadidos por sus enemigos; llamó á su campo á todos los católicos que se conservaban en sus sentimientos de fidelidad á la corona. Acudieron en efecto al estandarte real la mayor parte de los nobles, antiguos cortesanos suyos, de quien se habia separado por hacerse bienquisto con la liga. De este modo reunió un ejército superior al de sus contrarios, señalando como cuartel general y residencia suya la ciudad de Tours situada sobre el Loira.

Ademas de estos dos campos se conservaba entero y siempre animoso el calvinista, mandado por Enrique de Navarra. Abrió para este príncipe la rebeldía de París un nuevo campo de esperanzas. En hostilidad abierta el rey con los liguistas, ¿no era natural que mirase con menos aversion el partido calvinista y que buscase su apoyo para sujetar á los súbditos rebeldes que dominaban en tantas ciudades importantes y se hallaban sostenidos por el poderoso rey de España? Tal fué la idea que ocurrió al rey de Navarra, hombre sagaz y astuto, pero mas adictos á us intereses temporales que á los dogmas de su iglesia. Bajo esta idea entabló negociaciones indirectas con el rey de Francia, publicando ademas un manifiesto en que hacia ver los sentimientos de fidelidad que hácia la corona abrigaban sus parciales; que si su culto religioso no era el mismo que el del rey, en negocios de conciencia solo Dios intervenia como juez y árbitro supremo; que él por su parte no deseaba mas que oir la voz de la verdad, y que le convenciesen si andaba errado en sus creencias.

Apoyaron los deseos del rey de Navarra los políticos quienes hicieron ver al rey lo útil, lo indispensable que era entrar en avenencia con los calvinistas, único medio de

sofocar cuanto mas antes la liga con fuerzas formidables. Titubeaba Enrique III: primero, por su aversion pronunciada hácia el partido protestante; segundo, porque temia el ascendiente del rey de Navarra; tercero, porque juzgaba que su reunion con los calvinistas daria nuevo pábulo al ódio que le tenian los miembros de la liga y les daria nuevos pretestos para negarle su obediencia. Las razones en que se apoyaba no carecian de oportunidad y peso; mas sus circunstancias eran críticas y demasiado vivas las instancias de sus consejeros para que dejase de adoptar una medida que aumentaba considerablemente sus recursos.

Se ajustó pues con el rey de Navarra un tratado que tenia todas las formas de una concesion hecha por el rey á los mismos que con sus fuerzas le brindaban. Se concedia al rey de Navarra y á los de su partido, tregua y suspension de armas, que debia ser general para todo el reino durante un año entero, comenzando éste el 3 de abril (1589), y terminándose en semejante dia del siguiente año, con la condicion de que prometiese el rey de Navarra en su nombre y en el de su partido no emplear durante dicha tregua fuerzas de armas en cualquiera parte que fuese dentro ó fuera del reino sin su consentimiento; no permitir empresa ninguna militar en ninguno de los lugares desde donde estuviese su autoridad reconocida; no cambiar ni permitir cambiar ninguna cosa tocante á la religion católica, apostólica, romana. Si durante aquella guerra él ó los suyos tomasen alguna ciudad ó punto fuerte, le entregarian inmediatamente á la libre disposicion del rey, segun lo estipulado. En consecuencia de este pacto volverian el rey de Navarra y los suyos á la posesion de sus bienes para gozar de ellos durante la tregua, asi como dejarian en la misma posesion á los católicos, eclesiásticos ó seglares, sus buenos servidores.

A pesar de que los términos de este tratado no anunciaban mas que una simple suspension de hostilidades, envolvian realmente una alianza entre Enrique III y sus

antiguos enemigos. El rey de Navarra, que se hallaba con su ejército cerca del Loire, pasó á verse con Enrique III, que se hallaba á la sazon en Plessis les Tours, castillo famoso por la ordinaria residencia en él de Luis XI, y á muy corta distancia de la ciudad de Tours. La entrevista de los dos príncipes tuvo todas las apariencias de cordialidad y buena inteligencia. Se saludaron, se abrazaron, y los cortesanos y el pueblo, que fueron testigos de la escena, prorumpieron en aclamaciones victoreando á los dos reyes. Con estas muestras de concordia pasearon juntos las calles de Tours aparentando siempre el de Navarra un aire de inferioridad, á pesar de que Enrique III manifestaba considerarle como igual al rey de Francia. Sin embargo no debió de satisfacer á éste mucho una union que le ponia en contacto con quien realmente aspiraba á dominarlo. Libertado del poder de los Guisas, iba á vivir bajo la influencia de otro rival mucho mas temible. El primero en medio de su gran poder no era mas que un súbdito; tambien lo era el segundo, mas era su heredero por los vínculos de sangre, y superior por su influencia y los muchos medios de que disponia.

En medio de estos secretos disgustos no pensó Enrique III mas que en prepararse á la guerra y recuperar por la fuerza de las armas la autoridad de que le habian despojado los liguistas. Al mismo tiempo que tomaba disposiciones como capitan, empleaba el lenguaje de monarca. Espidió decretos de proscripcion contra la ciudad rebelde de París y otras del reino que imitaban su conducta: declaró traidores á los príncipes de Guisa y demas caudillos y fautores de aquel levantamiento; envió órden al Parlamento para que se fuese á Tours donde estaba su persona: publicó manifiestos en que hacia ver la sinceridad de sus sentimientos y su adhesion cordial á la religion católica.

Hicieron poca impresion en Paris los decretos del monarca. Se renovaron al contrario las acusaciones, las

injurias, las estampas, los folletos en que con tan negros colores le pintaban. Era en los púlpitos donde mas se hacian oir los dictados injuriosos con que abrumaban su persona. Este tiñoso, exclamaba Boucher, uno de estos predicadores, lleva siempre un turbante á la turca, que no quita nunca ni aun cuando comulga para hacer honor á Jesucristo... en fin, es un turco en la cabeza, un aleman en el cuerpo, una arpía en las manos, un inglés en sus ligas, un polaco en los piés, un verdadero diablo en el alma... Decia Leicestre en un sermon de Ceniza: no os predicaré el Evangelio, que es cosa comun, pero sí la vida y hechos abominables de este pérfido tirano Enrique de Valois, que invoca al diablo.

Mientras tanto comenzaban las operaciones militares, pues era un problema que solo se podia resolver con las armas en la mano. Ascendia á cuarenta mil hombres al ejército combinado de Enrique III y el rey de Navarra. Habian armado los de París todos los pueblos de las inmediaciones; pero no podian presentar en campo raso tantas fuerzas como contaba el ejército realista. Se habia presentado con una division el duque de Mayena delante de Tours: mas se vió precisado á retirarse por la superioridad de número de los contrarios. Se acercaron estos á la capital y el rey fijó su campo en el pueblo de Saint-Cloud, á dos leguas escasas de París, cuyos principales edificios se presentaban distintamente delante de sus ojos. Con semblante de indignacion se dice que contemplaba esta ciudad, cuya entrada le negaban sus súbditos rebeldes. Añaden que exclamaba algunas veces: París, cabeza del reino pero cabeza demasiado grande y caprichosa, tienes necesidad de una sangría para curarte, lo mismo que á toda la Francia, del frenesí que tú le comunicas. Dentro de algunos dias habrán desaparecido tus casas, tus murallas, y solo se verá el suelo en que estuvieron colocadas.

Aumentaron con la aproximacion del monarca la efervescencia y tumulto de aquella capital fanática. Al

ver las banderas de los calvinistas mezcladas con las reales, prorumpieron en nuevos denuestos é imprecaciones contra Enrique de Valois, que de instrumentos tan indignos se valia. Resonaron con nuevo furor en las calles, en las plazas los epitetos de hipócrita, de tirano, de enemigo de la Iglesia, de mónstruo de vicios é impiedad con que le designó la santa liga casi desde su subida al trono: tronaron con mas encarnizamiento que nunca los púlpitos de la capital, y la imprenta se mostró infatigable en esparcir bajo mil formas cuanto podia contribuir á inflamar mas y mas los ánimos de la muchedumbre.

¿Qué se podia esperar de tanto entusiasmo y fanatismo? ¿Qué no era permitido contra un tirano enemigo de Dios y de la Iglesia? ¿A qué mano estaba destinada la palma de libertar a París del azote que le amenazaba? Así discurrian los que de sus sentimientos piadosos se preciaban: así el asesinato de Enrique III ocurria naturalmente como el medio mas eficaz de preservar la iglesia de Dios, de vengar las ofensas del Altísimo. Los nombres de Judith, de Samuel, de Aod y de Debora se pronunciaban con arrebatos de entusiasmo. Que muchos afilasen los puñales para imitar su accion heróica y merecer la palma del martirio, se puede concebir muy fácilmente. Asi llegaron hasta organizarse compañías para atentar de este modo á la vida del monarca; mas en medio de tantos aparatos, de tantas vociferaciones, de tantos planes, un hombre obscuro se adelantó á todos, y se arrojó solo á cometer una accion que pasaba entonces por la mas heróica.

Era éste un fraile de Santo Domingo, llamado Jacobo Clemente, jóven de veinte y cuatro años, que desde su mas tierna edad habia pasado á la soledad del claustro. De carácter sombrío y silencioso, dotado de una imaginacion ardiente, imbuido en todos los principios de intolerancia de la época, exaltado con lo que oia en los púlpitos y á sus mismos superiores, devorando noche y

dia los pasajes de la Biblia que en los sermones con tanto entusiasmo se citaban, concibió el proyecto de perpetrar él solo una accion que iba á purgar á la Francia del enemigo mas ensañado contra sus altares. Comunicó sus designios á sus superiores por via de la confesion, y de todos mereció elogios, animándole á llevar á cabo lo que no podia ser mas que inspiracion del mismo cielo. Con este apoyo, y habiéndose preparado al acto con los sacramentos, se dirigió este fraile solo á Saint-Cloud, no sin ir prevenido de un puñal bien afilado. Se presentó á la puerta de la casa que habitaba el rey, y pidió ser admitido á su presencia para entregarle cartas de importancia que le habian dado para él una persona en París, que estaba mucho en los intereses del monarca. Titubeó al principio Enrique en concederle la admision; algunos cortesanos se lo disuadieron; mas haciéndoles el rey observar que en caso de negársele la entrada se diria en París que no hacia caso de los frailes, mandó que dejasen pasar al dominico. Se arrodilló éste cuando se vió delante del rey, y bajó la cabeza en el acto de hablarle y de entregarle las cartas que le habian confiado. Al tomarlas el rey sin ninguna desconfianza, suponiendo que el desconocido le tendria que decir alguna cosa reservada, mandó que le dejasen solo con el fraile. No perdia éste á pesar de su actitud ninguno de los movimientos del monarca. Cuando le observó engolfado en la lectura, se lanzó á él con la celeridad del tigre y le clavó en el vientre el puñal de que venia prevenido. No perdió el rey la serenidad en aquel terrible lance: se sacó el puñal que el asesino habia dejado dentro de la herida, en el acto de dar voces á su servidumbre. A sus gritos entraron todos los que se hallaban á la sazon en la antesala. Acudieron unos al rey, se echaron otros sobre el asesino, acribillándole á estocadas en el acto. Recibió la muerte Jacobo Clemente de rodillas, sin pronunciar una palabra, sin alzar los ojos, con el mayor recogimiento y compostura, como un hombre que aguarda la palma del martirio. Vieron

algunos en esta precipitacion de los cortesanos cierta complicidad en el asesinato y el deseo de sustraerse con la muerte tan violenta del fraile á los peligros en que podrian meterlos sus declaraciones. Mas natural es que hubiese sido efecto de la indignacion que les causó el asesinato del monarca. Es posible y muy probable que Jacobo Clemente no tuvo mas cómplices que sus confesores.

No se creyó mortal la herida del rey en un principio; él mismo se lisonjeaba de salir felizmente de tan crítico lance, segun carta que escribió á la reina con dos renglones de su propio puño, muy poco despues de la ocurrencia. Sin embargo, al fin de algunas horas cambiaron los facultativos de opinion, y se vieron en la necesidad de anunciar al rey que estaba su última hora muy cercana. Recibió el monarca la noticia con resignacion, y sin dar muestras de abatimiento, se preparó para la muerte. Hizo escribir algunas cartas, tomó sus últimas disposiciones, recibió los sacramentos con mucha compostura y demostraciones de piedad, declarando que perdonaba á su asesino. Fué muy afectuosa y tierna la despedida de Enrique, á quien reconoció por heredero, y pidió encarecidamente allanase el único obstáculo que para subir al trono de Francia le podian racionalmente poner sus enemigos, á saber, su cualidad de calvinista. En esta disposicion de ánimo, reiterando las protestas de la sinceridad de sus sentimientos católicos, y de que perdonaba á todos sus contrarios, incluso el asesino, espiró al decir estas últimas palabras el 1.° de agosto de 1589, á la edad de treinta y ocho años no cumplidos.

Enrique de Valois, último rey de Francia, de esta rama, es tambien una de las principales figuras de aquel siglo, y no precisamente por ninguna gran prenda personal, sino por su rango y la asociacion de su nombre con acontecimientos de tanta importancia en aquella época de trastornos y revueltas. Pocos hombres entraron en la vida pública de un modo tan brillante. A los diez y ocho años de su edad, mandaba los ejércitos del rey de Francia, y

segun voz pública, de nadie desmentida, se debieron á su gran valor las victorias de Jarnac y Montoncourt sobre las tropas calvinistas. Verdad es que á tan lucidos ensayos no correspondió el resto de su vida; mas tambien es cierto que no siempre ocurren circunstancias igualmente favorables al despliegue de habilidad y de talento, cuando estos no son aplicables á todo género de objetos. Figuró Enrique III en todas las escenas de confusion y de tumulto tan comunes en su época. Lució funestamente su fanatismo en las matanzas de S. Bartolomé, viéndose siempre en las primeras filas, cuando se trataba de hostilizar y hasta de exterminar los hugonotes. Fué el único de su pais y raza que se sentó en el trono de Polonia, y aunque debió en gran parte esta elevacion á la actividad é intrigas de su madre, no entró por poco la consideracion de su persona. Cuando se vió sentado en el trono de Francia, debió de conocer la gran distancia que media entre el rango principal y el secundario (1), y que lo que habia sido un lecho de flores para el *duque de Anjou*, se habia convertido en uno de espinas para el *rey de Francia*. Hay tales situaciones en la vida y puestos de tanta elevacion que es preciso perecer ó ser jigante. No lo era Enrique III para la complicacion de negocios, el choque de pasiones y principios y la pugna de intereses que encontró en Francia á su regreso; y como no fué héroe, como no tuvo el genio suficiente para dominar cosas que habian llegado á tanta altura, se deslució su nombre y empañó miserablemente su reputacion, que tal vez se hubiesen conservado en otras circunstancias. Luchó con hombres mas hábiles, con voluntades mas firmes que la suya, con pasiones ardientes y furiosas que ya

---

(1) Voltaire ha dicho de este príncipe en su Henriada:

Tel brille au second rang qui s'eclipse au premier.

Verso que desde entonces ha sido innumerables veces citado y aplicado.

no estaban en su corazon, con ardides diplomáticos que tal vez no comprendia. No es estraño que entre las diversas sendas de conducta que se le ofrecian, hubiese elegido la que tal vez le llevaba mas hácia su ruina. No carecia Enrique III sin duda de buen entendimiento: claro y perspicaz era el de la reina madre; mas en aquella situacion no bastaba ver, faltando el genio y sobre todo la resolucion de vencer todo género de obstáculos. Fué Enrique III uno de aquellos hombres en quienes desaparece la energía y el fuego de su juventud, antes de sentirse el hielo de los años; de los que dejan de ser mozos sin llegar á viejos. Fué indolente, disipado, afeminado en sus gustos, frívolo, indiscreto, pródigo, y si se atiende á las crónicas del tiempo, aun mas disoluto en sus costumbres de lo que estaba en consonancia con las licenciosas de su córte. Tal vez exageraron sus vicios feos los que tenian tanto interés en denigrarle; mas no anduvieron acertados los que atribuian sus devociones, su afiliacion en la cofradía de penitentes á pura hipocresía, como si la supersticion y todo género de vicios fuesen de difícil amalgama. Aborreció siempre á los protestantes, á pesar de lo mal que le trataban los mas fogosos de la santa liga; ni aun cuando unió sus estandartes con los del rey de Navarra, fué objeto de menos aversion para él su secta religiosa. No penseis, hermano mio, en ser rey, sin convertiros á la religion católica, le dijo en sus últimos momentos; con cuya expresion, al mismo tiempo que manifestaba sus principios, hacia ver que conocia el estado moral y político de Francia.

CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultados del asesinato de Enrique III.--Abandonan á Enrique de Navarra los católicos.--Le reconocen por rey los calvinistas.--Se retira á Normandía.--Regocijos en París.--Proclaman por rey al cardenal de Borbon, que toma el nombre de Cárlos X. --Preparativos de guerra.--Reconcentra sus fuerzas el de Navarra.--Sale de París en busca suya el duque de Mayena.--Combate en Arques.--Se retiran los liguistas. --Se apodera y saquea Enrique de Navarra los arrabales de París.--Se retira segunda vez á Normandía.--Vuelve á este pais el duque de Mayena.--Batalla de Ivry ganada por Enrique.--Derrota completa de Mayena.--Negociaciones infructuosas.--Sigue la guerra.--Bloqueo de París por Enrique de Navarra.--Entusiasmo de la poblacion.--Apuros que padece por el hambre.--Incertidumbre de Enrique de Navarra.-Saben los de París la aproximacion del duque de Parma, que viene de Flandes en su auxilio.

1589—1590.

A la muerte de Enrique III, último vástago varon de la casa de Valois, pasaba la corona de Francia en virtud de la ley sálica á Enrique de Navarra, hijo y heredero de Antonio de Borbon Vendome, primer príncipe de la sangre. Eran pues incontestables sus derechos á los ojos de la ley; mas los liguistas y Felipe II miraban las cosas de distinto modo. ¿Se reconoceria por rey cristianísimo de Francia á un hugonote, á un herege relapso, á un enemigo de la Iglesia? Despues de tantos sacrificios, de tanta agitacion por restablecer el catolicismo en todo su esplendor, por purgar al suelo de la infeccion de la heregía, ¿se la pondria ahora sobre el trono? ¿Despues de haber destituido á Enrique III por sus sentimientos sospechosos, acatarian como su sucesor á un calvinista declarado? Tales debian de ser y tales fueron los sentimientos y la lógica de los católicos ardientes. Si no era

tan vivo el entusiasmo de los moderados, de los que seguian las banderas del rey, se mostraron remisos unos y contrarios abiertamente otros á reconocer como su sucesor á un príncipe enemigo de su religion y excomulgado por la Iglesia. Asi los dos campos que por interés de política y de defensa mútua se habian unido en Tours y venido juntos á las inmediaciones de París, se volvieron á separar despues que el puñal de un asesino dejó á la Francia sin monarca. Quedó Enrique de Navarra solo con sus tropas calvinistas, que le saludaron como á rey, mientras los principales señores y jefes del ejército real se dirigian por separado hácia los provincias donde tenian cada uno mas partido.

¿Qué haria en semejante aislamiento el nuevo rey de Francia ó el que como su rey se contemplaba? ¿Se apresuraria á abjurar el calvinismo por segunda vez, desacreditándose de este modo con los suyos? ¿Se mantendria fiel á sus doctrinas continuando alzada la barrera que de la gran generalidad le separaba? A este último partido se atuvo por entonces como mas en consonancia con las leyes de su honor, lisonjeando de vencer con su conducta y con sus manifestaciones la repugnancia de los menos decididos, ya que no pudiese desarmar los odios tan altamente pronunciados. Expidió decretos de tolerancia religiosa, prometiendo respetar en todo las conciencias, y una igualdad de derechos políticos para los sectarios de ambos cultos; entabló negociaciones con los principales personajes disidentes; trató de sembrar odios y atizar resentimientos contra los príncipes de Lorena y los jefes mas ardientes de la liga; mas nada por entonces tuvo efecto. Bien pronto vió Enrique la necesidad de encomendar sus derechos á la suerte de las armas. Una nueva guerra se iba á encender de secta, de doctrina, de política. Iba á pertenecer la corona de Francia á los mas fuertes y los mas sagaces. De esta cualidad no carecia sin duda el de Navarra, mas sus fuerzas eran pocas, reducido á sus correligionarios. Se vió pues obligado á levantar

el sitio de París, y aun hubiese tenido que pasar el Loira y abrigarse en las montañas de su pais nativo, si su hábil política no le hubiese proporcionado el apoyo de la reina inglesa, con quien estaba unido por los vínculos de la religion, y por los del odio que profesaban los dos al rey de España. Para estar mas á mano de recibir los socorros de Isabel, tomó con una parte de sus tropas la direccion de Normandía, mientras se encaminaba un cuerpo á Picardía para observar á los españoles, y un tercero á Champaña con objeto de facilitar la entrada de los reitres alemanes.

Se entregaba París mientras tanto á los arrebatos de una frenética alegría. Estaba ya libre de enemigos, y en el sepulcro el rey que tantos temores y odios excitaba. Solo con la indignacion producida por el asesinato de Enrique de Lorena se podia comparar el entusiasmo que encendió la noticia de haber caido Enrique de Valois bajo el puñal de un asesino. Ya no existe el rey Herodes, el perjuro, el enemigo de Dios, el que ocultaba tantos vicios con el manto de la hipocresía. Se habia librado la Iglesia de su azote; se habia consumado el triunfo del catolicismo. ¿Y á quién se debia tal victoria? ¿Qué brazo generoso se habia alzado para la expiacion de tantos crímenes? ¿Quién habia volado á recibir la palma del martirio para librar á París de su tirano? El nombre de Jacobo Clemente corria de lengua en lengua entre la muchedumbre ciega de furor y fanatismo; en todos los púlpitos resonaban los elogios del valeroso mártir; nunca se habia decretado un apoteosis con aplauso mas unánime. Cien relatos, cien canciones en todos estilos circulaban relativas al asunto; en infinitas estampas se reproducia la hazaña de Jacobo Clemente asesinando al rey, y la profunda humildad con que se entregó despues al acero de sus vengadores. El ayuntamiento, la Sorbona, el Parlamento y sobre todo los Diez y seis rivalizaban en demostraciones de alegría en arengar al pueblo congratulándose con su entusiasmo.

En cuanto al rey de España, no son difíciles de ima-

ginar los sentimientos que excitó en él un acontecimiento tan inesperado. Uno de los principales de la liga en su abierta desobediencia á Enrique de Valois, tan interesado como los mismos Guisas en su final destronamiento, tan irritado y receloso como el liguista mas fanático por su alianza con Enrique de Navarra, debió de ver en la tragedia de Saint-Cloud el dedo de la mano de Dios, y en la persona de Jacobo Clemente un instrumento de su justicia y su venganza. Sus instrucciones al embajador en aquella corte, don Bernardino de Mendoza, manifiestan bien con cuánto interés se ocupaba en aquellos acontecimientos. La correspondencia que antes habia seguido con el difunto Guisa bajo el nombre de Mucio la llevaba ahora con el duque de Mayena bajo el de Jacobo. El mismo interés se advierte en ella de proteger con todos sus esfuerzos los de la santa liga, de purgar al suelo francés del calvinismo, de que se declarase indigno de suceder á la corona de Francia Enrique de Navarra. El asesinato de Enrique de Francia ponia la cuestion mas clara, removia mil obstáculos, sobre todo el gran inconveniente de estar en abierta rebeldía con un rey coronado y consagrado. Aunque destituido, conservaba todavía el nombre de rey, un gran prestigio y sobre todo no se hallaba reemplazado.

Al reemplazo pronto de Enrique III debió de aplicarse desde luego la política del rey de España. De sus deseos participaban el Consejo de la Union, el Parlamento y la municipalidad, mientras los Diez y seis y la Sorbona se inclinaban á la prolongacion del interregno. Era tanto mas temible esta situacion, cuanto Enrique de Navarra podia convertirse en el momento menos pensado á la religion católica y dejar burlados á sus enemigos, ó crear á lo menos grandes confusiones. Y tan en esta idea estaba Felipe II, que encargaba frecuentemente en sus cartas no hiciesen caso, si se llegaba á realizar la conversion de un hereje relapso, en cuya religion solo intereses humanos influian.

A vivir entonces el duque de Guisa, tal vez se hubiese alzado en el escudo á su persona, con arreglo á la falsa genealogía que le habian dado sus adictos, haciéndole descender de Carlo-Magno. El heredero de este príncipe era un niño, y además se hallaba cautivo en poder del de Navarra. El duque de Mayena no tenia derechos que alegar, ni tampoco era su persona tan ídolo, como la del otro, de la muchedumbre. Se abstuvo por entonces Felipe II de alegar los suyos en nombre de la infanta Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois, hermana del difunto Enrique; pues además de los obstáculos de la ley sálica, le convenia disimular, ó tal vez no estaban todavía sus planes bien maduros. Por entonces influir en los destinos del pais y arrojar de su suelo á los herejes eran los principales móviles de su conducta. Para conseguirlo en aquella coyuntura, aprobó la idea que ocurrió al Consejo de la Union de nombrar por rey al cardenal Cárlos de Borbon, tio de Enrique de Navarra, hombre pacífico, manejable, y muy entrado en años Con esto se respetaban los derechos de la casa de Borbon, llamada por la ley á la sucesion de la corona, y aunque se nombraba al menor en perjuicio de Enrique de Navarra, jefe en la actualidad de la familia, habia que achacar la irregularidad ó infraccion á que era este príncipe enemigo de la Iglesia, indigno de la denominacion de Cristianísimo, título de que tanto los reyes de Francia se preciaban. Por otra parte ofrecia el nombramiento del cardenal la gran ventaja de que no teniendo hijos aplazaba la gran cuestion política de la definitiva sucesion de la corona.

Fué proclamado y reconocido por la santa liga el cardenal de Borbon por rey de Francia, cautivo á la sazon en manos de Enrique de Navarra, despues de haberlo estado en las del último monarca. Por esta circunstancia y otras personales, no podia ser el cardenal mas que un fantasma de monarca, aunque todos los actos del poder llevaban el sello de su nombre; fué reconocido

Cárlos X por Felipe II, por el Pontífice, por todos los príncipes católicos á la santa liga, mas no era precisamente un rey y sobre todo un rey nominal que necesitaba tan vasta asociacion. Era preciso vencer á Enrique de Navarra, quien en nada pensaba menos que en renunciar al título de rey de Francia, que sin titubear á la muerte del último Valois habia tomado.

En grandes apuros se encontraba este otro fantasma de monarca; pues tal se podia llamar por las pocas fuerzas de que disponia, por sus menos medios de pagarlas, y por los poquísimos franceses que reconocian sus derechos. Convencido de la necesidad de conquistar su herencia con la punta de la espada, buscó aliados, entabló negociaciones y desplegó tan grande habilidad en diplomacia, como valor en los campos del combate. La reina de Inglaterra, siempre propensa á tender al protestantismo una mano protectora, á crear disgustos y obstáculos al rey de España, alistó un cuerpo de cuatro mil hombres, y le hizo embarcarse para las costas de Normandía, con un subsidio pecuniario de veinte mil libras esterlinas, socorro á la sazon no despreciable. Por mediacion de la reina inglesa negociaba Enrique en las córtes de Alemania. Los príncipes luteranos del imperio, aunque entonces muy necesitados, enviaron algunos auxilios, y ofrecieron mas para en adelante, siendo esta alianza de secta, reciprocidad de sentimientos, é identidad de intereses lo que hacia mas al caso á un príncipe tan necesitado. Tambien se le mostró amiga y aliada la república de Venecia, disgustada á la sazon con el rey de España y el Pontífice, y á la que agradaba se suscitasen enemigos á vecinos tan incómodos. Con Enrique III se habia mantenido en los términos de la mejor inteligencia; cuando á su muerte solicitó el de Navarra de la república la renovacion de dicha alianza, no tuvo reparo en enviar un embajador al nuevo rey, felicitándole por su subida al trono. Iguales sentimientos de amistad le manifestó el sultan Amurates, por

medio de una carta muy expresiva, en que mostraba interés por la victoria de su causa, con la oferta de que le enviaria gente y buque á Marsella si fuese necesario. Se engrosó algun tanto Enrique con los cuatro mil ingleses. Sabedor de que el duque de Mayena se movia de París en busca suya, hizo que se le reuniesen los dos cuerpos que tenia en Picardía y en Champagne, á las órdenes el primero del duque de Longueville y del de Aumont el segundo. Luego que tuvo lugar la reunion, se preparó á recibir al general de la liga, tomada posicion junto al pueblo de Arques, en un campo atrincherado, y defendido por suficiente artillería.

Salió en efecto el duque de Mayena de París á la cabeza de catorce mil de á pie y tres mil caballos, toda gente de la liga, y de los señores mas adictos á sus intereses. Los que habian permanecido fieles á Enrique III despues de su ruptura con esta asociacion, se habian retirado á sus provincias y parecian no tomar parte á lo menos por entonces en aquella nueva lucha. Así estaba empeñada verdaderamente entre el catolicismo ardiente y el hugonotismo; entre Roma y Ginebra. Debia, pues, de ser este choque impetuoso y duro, como entre creencias que se odiaban, que mútuamente se excluian.

Viéndose Mayena superior en fuerza, procedió desde luego al ataque del campo atrincherado de los de Bearne; mas no fué dichoso, hallándose el enemigo tan bien pertrechado de cañones. Fué repelido en todos los ataques con notable pérdida, y una vez que pudo penetrar dentro del campo, se vió precisado á abandonarle; tal fue el ímpetu con que por todas partes fué cargado. La victoria se declaró por el campo calvinista, y Mayena se retiró, sin duda algo confuso y cuidadoso con este mal principio de campaña.

Era esta victoria de Arques un presagio muy feliz para el partido calvinista. No podia menos de darle gran fuerza moral un choque en que la superioridad del

número estaba tan á favor de los contrarios. Conservaban los veteranos de Enrique de Navarra su gran reputacion de valentía. No carecian de esta cualidad sus enemigos; mas no tenian su experiencia en los combates, y sobre todo la gran disciplina á que estaban tan acostumbrados. Eran hombres de hierro, hechos á todas privaciones, familiarizados con todos los peligros. Por esta gran diversidad entre ambos campos, por la superioridad de número del católico, por las ventajas que en pompa y lujo militar llevaba éste á su enemigo, se acostumbraba en todas estas guerras á comparar el de los calvinistas con el de Alejandro, el de los católicos con el de Darío.

Se retiró el duque de Mayena hácia Picardía con objeto de recoger en sus filas los socorros que aguardaba del duque de Parma. Mientras tanto se reunian con Enrique un nuevo refuerzo de ingleses que le enviaba Isabel, y además muchos aventureros que venian en busca de su antiguo pendon desde las montañas del mediodia. Mas con el aumento de soldados crecian tambien los apuros para mantenerlos. Las veinte mil libras de la reina de Inglaterra se iban consumiendo poco á poco. Era Enrique para el alto punto que ocupaba, y los empeños en que se ponia, sumamente pobre: ninguno de sus partidarios era rico, y en aquellos apuros no hubo para él otro recurso que aprovecharse de la ausencia del duque de Mayena, cayendo de repente sobre la capital, contando con cogerla desapercebida.

París no lo estaba, aunque sin preveer por entonces este movimiento de Enrique de Navarra. La municipalidad, los cuartenarios, el gobernador duque de Aumale, desplegaron su actividad y vigilancia acostumbradas; se doblaron las guardias de las puertas; se prepararon las cadenas para tenderlas por las calles. Se tomaron todas las medidas para sostener un sitio; mas esta operacion no entraba por entonces en los cálculos de Enrique, cuyo ánimo era solo apoderarse temporalmente de los

arrabales. Por muchas precauciones de defensa que tomaron los liguistas, no pudieron impedir que los reales se apoderasen del barrio de Santiago y otros de la orilla izquierda que saquearon. Prohibió Enrique bajo las penas mas rigorosas que se entrase en las iglesias, y las despojasen de la menor cosa; tal era su ansiedad por no ofender en la parte mas sensible á los católicos. Despues de hacerse con un botin considerable que remedió las necesidades de su ejército, se retiró tranquilamente y sin ser molestado de París, donde volvió á entrar muy pronto el duque de Mayena.

Se concluyó aquel año 1589, sin mas hechos militares, no porque faltasen deseos y energía para hacer la guerra, sino por el tiempo indispensable que los preparativos absorbian. Tambien Mayena se hallaba exhausto de recursos. Se le habian remitido de Flandes mil y cien lanzas á las órdenes del conde de Egmont, con algunos socorros pecuniarios que no cubrian las necesidades de la liga. Tendia siempre el rey de España su mano protectora, mas los liguistas se quejaban de que no correspondian las dádivas á sus empeños, mientras Felipe II preguntaba por su parte en qué se invertian tantas sumas como enviaba.

Salió el duque de Mayena de París, á principios de 1590, con direccion á Normandía, donde se hallaba Enrique sitiando la plaza de Dreux, bastante fuerte en aquel tiempo. Era la intencion del general de la liga hacer levantar el sitio; y como su rival no pensaba en aguardarle, salió á su encuentro, situándose en Ivry, á dos leguas de la plaza. Llegó pronto el de Mayena, y los dos campos se prepararon para una batalla. Constaba el ejército de la liga de diez mil infantes y cuatro mil caballos: era bastante inferior en número el de Enrique. Se desplegaron las dos líneas: la batalla comenzó con el fuego de la artillería del rey que hizo bastante daño en las filas de la caballería valona, formada á la derecha de la línea de Mayena. Avanzó esta con objeto

de apagar sus fuegos. Mas habiendo acudido los caballos de la ala izquierda de la línea de Enrique, no pudieron los flamencos resistir al choque de aquellos veteranos endurecidos con la fatiga, capitaneados por el príncipe en persona. Con este mal principio de batalla hizo avanzar el general liguista las tropas alistadas por la municipalidad de París, cuya esperiencia de la guerra no correspondia sin duda á su arrojo y entusiasmo. Tambien cejaron ante las picas y arcabuces de las tropas reales. Quedaba por último recurso al de Mayena la infantería en número de tres mil suizos que formaban el cuerpo de reserva; mas estos mercenarios á quienes se les debian muchas pagas, permanecieron inmóviles formando un cuadro con arcabuceros en los ángulos, sin hacer caso de las órdenes, amenazas, exhortaciones y ruegos del duque para que le sacasen de aquel gran conflicto. Cuando avanzó el ejército de Enrique ya vencedor, se pasaron todos al campo del rey, consumándose así la derrota de los de la liga. Fué muy grande su pérdida en gente y material. La retirada se hizo en el mayor desórden. Los de Enrique los persiguieron hasta Mantes, donde se rehicieron, temiendo desordenarse á seguir mas lejos el alcance. Se condujeron las tropas del rey (pues ya con este título le designaremos) como cumplia á quienes tenian que corresponder á su gran reputacion, y los cuatro mil ingleses, mandados por el lord Willoughby, como hombres deseosos de manifestar la importancia de su auxilio. Se mostró mas valiente que nunca el rey Enrique, haciendo ver su profunda conviccion de que solo en los campos de batalla haria legítimos los derechos que habia debido al nacimiento. Naturalmente atrevido y arrojado, se le vió en aquel dia en los puntos del mayor peligro, cargando á la caballería valona al frente de sus valientes veteranos. No era gran capitan, mas suplia muchas veces con golpes de audacia las faltas del saber, y se empeñaba en temeridades felices, que equivalen á las combinaciones mas sábiamente pre-

paradas. Por otra parte no era él en su campo quien trazaba el plan de las batallas. Á capitanes mas entendidos, y sobre todo al mariscal de Biron, encomendaba este cuidado, mientras él se aplicaba á pelear, á reunir en derredor de su penacho blanco á los que con entusiasmo le seguian, y con ojos tan inquietos buscaban esta bandera en lo mas récio del combate.

Dió la victoria de Ivry á Enrique una fuerza moral, una reputacion, un ascendiente que fijó su destino y casi resolvió el problema de su sucesion al trono disputado. La accion de Arques no habia sido mas que un ensayo feliz, pues el duque de Mayena, aunque llevando lo peor, se retiró sin haber sido destrozado. En Ivry lo fué completamente en campo raso, y perseguido por espacio de doce leguas sin tregua ni descanso, con la mortificacion ademas de dejar en poder del enemigo un cuerpo intacto que consumó su desercion cuando con sus esfuerzos mas contaba. No tenia el duque de Mayena la reputacion ni el prestigio de su difunto hermano. Hombre lento, sobrado metódico, grueso, pesado en su persona, no era para rivalizar con Enrique de Navarra. En su parcialidad, gozaba la reputacion de moderado, que no era un título de popularidad con los liguistas mas ardientes. Por otra parte, dependiente en sus operaciones como capitan del Consejo de la Union de la municipalidad de París, de los Diez y seis, que en todos los negocios se mezclaban, tenia muchas desventajas con respecto al rey, que de nadie dependia.

Abrió la batalla de Ivry nuevo campo de negociaciones á los moderados del partido católico, que si bien no querian un rey calvinista, se mostraban contrarios á las pretensiones de los jefes ardientes de la liga, del rey de España, y de los Guisas. En este partido medio entraban los mismos conocidos antes con el nombre de políticos, y cuantos se habian adherido á la causa de Enrique III cuando su destitucion por los jefes de la liga. Ardientes partidarios de la ley sálica, les repugnaba verla

infringida á favor del rey de España, muy poco popular con todos los partidos, ni aun de la casa de los Guisas, á cuyas pretensiones, como descendientes de Carlo-Magno, no se podia atender, sino dando por usurpadores é ilegítimos todos los monarcas de la casa de Capeto. Era legítimo rey de Francia Enrique de Navarra en virtud de la ley sálica, sin que hubiese otro obstáculo que el de su religion para ser reconocido. ¿Era insuperable dicho obstáculo? ¿No se cortaba el nudo de la dificultad con la vuelta de Enrique al seno de la Iglesia? A la obra de esta conversion se dirigieron pues las negociaciones, los pasos, y toda la política del partido medio. Participaba sin duda de las mismas opiniones Enrique, hombre sagaz, que conocia el estado de las cosas, y probablemente recordaba las palabras que Enrique III le habia dicho á la hora de su muerte. Su conducta anterior y la que observó despues en materias religiosas indica bien lo poco pegado que estaba á estas doctrinas y que no habia nacido para mártir. Mas á la sazon tenia demasiados compromisos con los calvinistas, que tan fiel y denodadamente le servian; se hallaba demasiado unido con la reina inglesa, tan propensa siempre á tenderle una mano protectora; se habia manifestado en fin demasiado francamente acerca de sus dogmas religiosos, para que tan pronto pudiera desdecirse sin mengua de su honor, sin esponerse á perder la gracia de los calvinistas, y hasta caer en descrédito con los católicos. Así las primeras negociaciones para obtener esta conversion fueron infructuosas, aunque Enrique usaba siempre el lenguaje de un hombre deseoso de abrazar la verdad, y abjurar errores, inmediatamente que le convenciesen de que caminaba errado. No era, sin duda, esto cerrar la puerta á la esperanza.

Por otra parte los católicos ardientes, los grandes agitadores de la santa liga, al saber las tendencias del partido medio y los pasos que daban para arrancarles la presa de las manos, se entregaron á nuevos arrebatos de intolerancia y fanatismo. Cuantas injurias y denues-

tos, tanto de palabra como por escrito, se habian lanzado en París y otras ciudades de Francia que seguian su ejemplo contra el difunto rey, se innovaron ahora contra Enrique. Volvieron á tronar los púlpitos; volvieron á resonar en las bóvedas de los templos, en las calles y plazas los nombres de rey Herodes y tirano, de enemigo de la religion, de hipócrita, de sentina de vicios y desórdenes. Los Diez y seis, la Sorbona, la municipalidad, en vez de templar atizaban mas y mas el fanatismo de la muchedumbre. Se adheria el Parlamento á esa política, aunque no de un modo tan enérgico; la fomentaba con ahinco el Consejo de la Union, tan interesado en la esclusion del de Navarra. ¿Irian con una conversion á perder el fruto de tantas intrigas, tantos manejos y tantos sacrificios? Despues de tanta sangre derramada por la preservacion de la fe católica, ¿se la encomendaria á la custodia de un maldito calvinista? ¿Seria rey Cristianísimo de Francia el enemigo encarnizado de la Iglesia? ¿Bastaria para espiar tantos crímenes una conversion forzada en que el de Navarra sacrificaria probablemente á intereses mundanos su conciencia? ¿Qué confianza podia inspirar á los buenos católicos esta abjuracion forzada de un relapso? Tal era el testo de todos sus discursos.

En cuanto al rey de España, no podia menos de ser el eco, el fomentador, si no el alma de tan acaloradas manifestaciones. Con la conversion de Enrique se le trastornaban sus planes de política, se le inutilizaban cuantos sacrificios hacia y habia hecho. Tenia que renunciar á la esperanza de purgar el suelo francés del calvinismo, que abandonar la idea de dominar la política de aquel, ya por sí mismo, ya indirectamente. Hasta entonces no habia manifestado pretensiones á la sucesion de la corona en nombre de su hija Isabel Clara Eugenia como heredera de Isabel de Valois, hermana mayor del rey difunto; mas sea que aspirase á esta abolicion en su favor de la ley sálica, sea que se contentase con que se enlazase dicha infanta con el jóven duque de Guisa cuando recayese en

sus sienes la corona, como era sin duda el plan del Consejo de la Union, debia de renunciar á todo en caso de que la conversion de Enrique satisficiese como era natural á los que se contentaban con que no fuese calvinista. A imposibilitar esta conversion, á presentarla como sumamente sospechosa, á manifestar que nunca correria la religion católica mas riesgo que cuando mandase en Francia un rey con este manto disfrazado, se aplicó en un todo su política. Al embajador en París, que lo era entonces el duque de Feria, envió nuevas instrucciones, ofreciendo su proteccion y nuevas dádivas. Al duque de Mayena, á los demas príncipes de la casa de Guisa, á los miembros mas influyentes del Consejo de la Union y de la liga, envió igualmente cartas de amistad y de amonestacion, haciéndoles ver las calamidades que preparaban al pais á caer en el lazo de la conversion que les armaban. Tambien movió los resortes de la córte de Roma, haciendo que le presentasen en Paris un legado para mantener vivos los sentimientos de intolerancia y tener á los habitantes bien en guardia contra las asechanzas del partido medio.

Con este choque tan diverso de naciones, con incompatibilidad tan positiva de intereses, no habia mas medio que el de continuar la guerra. La muerte de Cárlos X que ocurrió por aquel tiempo, no influyó por el pronto en ningun cambio de negocios. Reasumió por el pronto el Consejo de la Union las riendas del gobierno que nunca habia llevado el rey Cardenal, habiéndole cogido la muerte en la prision donde le tenia su sobrino.

A muy poco despues de la batalla de Ivry, se movió rápidamente Enrique de Navarra con sus tropas vencedoras sobre los muros de París, y como el ejército de Mayena habia sido completamente destrozado, se atrevió el rey á poner formal sitio á la inmensa capital, suponiendo que se hallarian abatidos los ánimos con tan grande pérdida. Mas no sabia de cuánto horror era objeto su persona, ni los sentimientos de valor y audacia que den-

tro de aquellos muros fermentaban. Se hallaba París casi sin ejército, mas suplieron esta falta, la actividad, el entusiasmo y el tino con que la municipalidad y los cuartenarios organizaron los medios de defensa. Son admirables las disposiciones, los infinitos pormenores de las instrucciones que dieron á los jefes de los diferentes puestos, y el encadenamiento con que estaban ligadas las partes de tan inmensa máquina como la defensa de una vasta capital, cuyas fortificaciones no se hallaban en muy buen estado. Todos los ciudadanos admitieron gustosos el cargo que como á militares se les encomendaba, y con el mayor entusiasmo volaron á sus puestos. A estos medios materiales de defensa se añadieron los que en semejantes guerras suministra la pasion de partido, el odio al que trata de erigirse en dominador, el fanatismo, en fin, civil y religioso. Adquirió éste, si era posible, nuevo pábulo con la presentacion de los enemigos. Circularon nuevos folletos y canciones marcadas con el sello de la virulencia que distinguia aquella época. Se volvieron á llenar los templos de católicos que pedian al cielo el esterminio de los calvinistas: volvieron á tronar en los púlpitos los oradores mas fogosos de la liga, presentando á Enrique de Navarra como el enemigo mas feroz de Dios y de la Iglesia, brindando con la corona del martirio y abriendo las puertas del cielo á cuantos sellasen con su sangre la defensa de la fé católica. A cada hora circulaban en París procesiones de penitentes en que llevaban el Santísimo, á las que concurrian muchos eclesiásticos, sobre todo frailes, con el Crucifijo en una mano y agitando una espada ó un puñal con la otra. Nada faltaba, pues, de cuanto podia contribuir al heroismo sublime, al frenético furor de una defensa. En medio de demostraciones tan hostiles y tan enconadas, sufria París todos los horrores del hambre y falta de otras cosas necesarias á la vida, pues Enrique de Navarra temiendo por imprudente, y en efecto lo era, atacar á viva fuerza aquella inmensa poblacion contra él exasperada, habia con-

vertido el sitio en un bloqueo tan estrecho y riguroso que privaba á París por tierra y agua de todas sus comunicaciones. En varias historias se hallan los pormenores de los apuros en que puso á París un cerco tan estrecho, sin que sus habitantes reducidos á la desesperacion quisiesen dar oidos á diferentes proposiciones de avenencia que Enrique, unas veces en tono de persuasion, y otras con el de amenaza, les hacia. Se habla de gentes muertas de hambre por las calles, de personas que acosadas de la desesperacion se llegaron á alimentar de carne humana. Todo es creible de tan considerable poblacion á tantos apuros reducida. Mas es un hecho histórico que en tan duros conflictos no se abatió el valor de los habitantes de París, ni bajó de punto el fanatismo religioso que consideraba en el de Navarra el enemigo de Dios y de los hombres. Ya se hallaba éste vacilante, dudoso del partido que debia tomar, irritado por una parte con tan feroz determinacion, y atormentado por la otra con la idea de que se le acusase de ser el esterminador del vecindario de su misma capital, ó á lo menos de la que como suya contemplaba. No se podia preveer el partido que tomaria, ni la definitiva consecuencia de la obstinacion y furor del pueblo de París, cuando se convirtió este luto en júbilo al saberse como cosa cierta que se acercaba el salvador porque estaban hacia tanto tiempo suspirando: el duque de Parma.

CAPITULO LXVI.

Manda Felipe II al duque de Parma que entre con su ejército en Francia para levantar el sitio de París.--Repugnancia de Alejandro.--Hace representacion al rey sobre lo fatal de esta medida.--Insiste Felipe II despues de oir á su Consejo.--Se prepara el duque de Parma á su expedicion.--Entra en Francia su vanguardia.--La sigue él mismo á la cabeza del cuerpo de su ejército.--Reunion de los coligados en Guisa.--El duque de Mayena.--Llega el campo combinado á Meaux.--Perplejidad de Enrique de Navarra.-Deja los muros de París y avanzan hasta Cheles.-Cartel de desafío que envia al campo de los confederados.--Respuesta de Alejandro.--Preparativos de batalla.--Movimiento rápido de Alejandro sobre la plaza de Lagny.--Toma de esta fortaleza.--Levantamiento del sitio de París.--Regocijo de la capital.--Licencia el rey de Navarra parte de su ejército y se retira á Normandía.--Toma de Corbeil por los coligados.--Vuelta de Alejandro Farnesio á los Paises-Bajos(1).

1590.

Ya sabemos los muchos sacrificios que tanto en dinero como en gente costaba á Felipe II la influencia que ejercia en los negocios de la Francia, desde el principio de las guerras civiles y religiosas que tenian ya de dura tantos años. Cuanto mas andaba el tiempo, tanto mas se complicaba la situacion y crecian para él los temores ó las esperanzas; tanto mas necesario le era hacer esfuerzos para no malograr los que ya habia hecho. Despues de la jornada de las barricadas y el asesinato del duque de Guisa, se habian estrechado mas sus vínculos con la liga; la muerte de Enrique III le habia identificado con esta vasta asociacion, instrumento de sus miras ambiciosas. La gran prueba de

(1) Las mismas autoridades.

que consideraba á la liga como cosa propia, y los asuntos de Francia como personales, es que descuidaba en su favor intereses de grandísima importancia, hasta el punto de traer en su auxilio, desde los Paises-Bajos, tropas que le eran indispensables para la sujecion de sus provincias. Inmediatamente que se declaró una nueva guerra entre la santa liga y Enrique, dió el rey órdenes al duque de Parma para que enviase cuantas fuerzas le fuesen posibles en auxilio del duque de Mayena, advirtiéndole que se preparase él mismo á entrar en Francia á la cabeza del ejército. Obedeció Alejandro las órdenes del rey enviando un cuerpo de mil caballos y dos mil infantes á las órdenes del conde de Egmont, que fué muerto en la batalla de Ivry, habiendo participado sus tropas de la derrota total que cayó al ejército de los liguistas. Al saber Felipe II esta noticia, al ver tan comprometida de nuevo la suerte de la liga, sobre todo con el sitio de París que acababa de poner Enrique de Navarra, no titubeó en enviar órdenes terminantes al duque de Parma para que con cuantas mas fuerzas pudiese, entrase en Francia y acudiese á levantar el sitio de su capital tan sériamente amenazada. Para mover mas el ánimo del duque, pasó el de Mayena á verse con él en los Paises-Bajos, donde le hizo ver los apuros de su situacion, la gran gloria que aguardaba á Farnesio con ser el libertador de aquel pais, y las inmensas ventajas que su protectorado iba á producir al rey de España. Mas ni estas razones tan plausibles, ni las órdenes terminantes de Felipe II, podian apartar de los ojos del duque lo que tenian de desacertadas. Imprudente le pareció en efecto que se enviasen como auxiliares en guerra extraña á un general y á un ejército tan activamente ocupados en dar término á una propia. Al cabo de once años de esfuerzos y trabajos en que habia reconquistado para el rey doce provincias de las sublevadas, se le arrancaba del teatro de sus glorias que aguardaba coronar con la sujecion de las restantes, sobre todo las de Holanda y Zelanda, tan apetecidas. A su cabeza se ha-

llaba el príncipe Mauricio distinguido por su actividad, pericia militar y artes de gobierno, digno en un todo de su padre, favorecido por la reina Isabel, aliado con los calvinistas de Francia, con los príncipes luteranos del imperio. ¿No era de temer que se aprovechase este jefe de su ausencia, que robusteciese su mando en las provincias que le eran tan afectas, que agrandase su territorio auxiliado como estaba por la reina y por todos los que á disminuir la dominacion del rey católico aspiraban? La pérdida de Breda manifestaba bien la actividad del príncipe de Orange y el peligro que corrian las provincias ya sujetadas y cuyos verdaderos sentimientos no podian ignorarse. ¿Cómo se podria presentar en Francia con fuerzas respetables dejando en Flandes las suficientes para continuar la obra que con tantos trabajos y todo género de esfuerzos llevaba tan adelantada? Su ejército no era bastante numeroso para atender á dos objetos de tanta consideracion. El dinero escaseaba, y cada momento se podian temer las sediciones que los apuros de esta clase tan frecuentemente promovian. El fruto de la expedicion de Francia era dudoso, y muy seguro el mal que la ausencia de las tropas iba á producir en Flandes.

Tales fueron las razones que el duque de Parma expuso al rey para disuadirle de la determinacion que habia tomado en favor de aliados sospechosos, tan en perjuicio y detrimento de sus propios intereses. A pesar de que Felipe II habia tomado irrevocablemente su partido, le pareció oportuno someterlas á la deliberacion de su consejo. Opinaron algunos porque se siguiese el dictámen de Alejandro, haciendo ver la imprudencia de ayudar á los extraños con lo que hacia tanta falta dentro de la propia casa. Que no estaba el rey tan seguro de la buena fé de los jefes de la liga, que no se pudiese temer fuesen pagados con ingratitud tan costosos sacrificios; que podian tomar los negocios en Francia un sesgo tal, que dejase burlada del todo su política; que con tantas parcialidades é intrigas como pululaban en aquel pais donde el rey de Na-

varra tenia infinitos partidarios, se podia temer que al fin se diese un paso que conciliase los intereses de la ley sálica con los de la iglesia católica, en cuyo caso serian perdidos cuantos gastos habia hecho el rey en Francia, y quedarian sin ninguna indemnizacion los perjuicios que le produjese en Flandes la separacion de tantas tropas; que la final sujecion de todas las provincias de los Paises-Bajos era el principal objeto á que debia encaminarse la política del rey católico, como el medio de dar para siempre término á una guerra que por veinte y dos años costaba tanto dinero y tanta sangre; guerra que seria acaso interminable, si se hacia salir de Flandes al ejército y al general afortunado que por su valor y capacidad en tan buen estado la llevaba.

Contra estas razones expusieron otras los que trataron de hacerse mas gratos al monarca, de cuyas verdaderas intenciones se hallaban penetrados. Dijeron que por muy importante que fuese el concluir la guerra de Flandes, por muchos perjuicios que acarrease al rey el hacer salir de ellos al duque de Parma con un cuerpo de tropas respetable, todo se debia posponer al objeto importantísimo de auxiliar la santa liga que con tanto teson por defender la religion católica luchaba; que en Francia estaba el núcleo de la heregía y el verdadero centro de la insurreccion de los Paises-Bajos; que mientras no se destruyese á Enrique de Navarra y se le imposibilitase de subir al trono de Francia, no habia que esperar el triunfo completo de la religion en aquel pais donde el calvinismo se mostraba cada vez mas atrevido y orgulloso; que por lo mismo que se podia temer algun sesgo en los negocios de aquel reino que desbaratase los planes políticos del rey, se debia acudir con rapidez á fin de asegurar y robustecer la fé de los amigos y trastornar los proyectos de los enemigos ó los sospechosos; que la gloria de levantar el sitio de París, asiento principal del catolicismo en Francia, tan asegurada por los malditos calvinistas, era digna y propia de un gran rey que el

nombre de católico llevaba; que levantado este sitio, robustecida la liga y destruidas las esperanzas de Enrique de Navarra, volveria Alejandro á presentarse con doble prestigio delante de los rebeldes, desmayados sin duda con el vencimiento de sus correligionarios.

No hay necesidad de indicar que Felipe II se atuvo á esta opinion que no era mas que un eco de la suya. El resultado fué la reiteracion de la órden dada al duque de Parma de ponerse en camino para Francia, segun se le tenia mandado. Esforzó el rey en su carta todas las razones que se habian expuesto en el Consejo en favor de la medida. Le hizo ver que su ausencia de los Paises-Bajos no seria tan larga que diese al príncipe Mauricio lugar de extender su territorio; que el servicio que en Francia iban á hacer sus armas á la religion católica, era de bastante importancia para que delante de él desapareciesen todos respetos y consideraciones: que estaba reservado á un capitan de su reputacion llegar á la cumbre de la fama en el nuevo teatro que se iba á ofrecer á su capacidad y valentía: que él por su parte tendria por un grande obsequio que se prestase á dar gustoso esa nueva prueba de fidelidad y de obediencia.

A tan reiteradas y estrictas órdenes, no restaba mas respuesta que obedecer al gobernador de Flandes. Cuantas razones alegaba el rey acompañadas de elogios tan lisonjeros para su amor propio, no destruyeron sin embargo las que le animaban á él mismo contra una medida que graduaba siempre de imprudente. A los obstáculos materiales que le ofrecia su pronta ejecucion se le añadia la repugnancia de abandonar un teatro donde habia adquirido una gran reputacion, por uno nuevo y desconocido en que podia tal vez comprometerla. Como estaba tan bien informado de lo que ocurria en Francia, le repugnaba mucho ponerse en juego con tantas parcialidades é intrigas, no siéndole dudosa la poca buena fé que á todos animaba. No desconocia el gran interés que habria en aquel pais en deslustrar su gran repu-

tacion, los muchos envidiosos que tenia en la córte de Madrid; dispuestos como estarian á sacar partido de cualquier revés que le ocurriese. Todavía recordaba cuanto se habia murmurado de su inaccion ó poca voluntad de auxiliar con su tropa y navíos al duque de Medinasidonia en la expedicion de la Invencible, cuando se hallaba sin medios para obrar de otra manera como ya hemos visto Mas todas estas reflexiones eran inútiles para un hombre á quien no quedaba mas recurso que obedecer las órdenes del rey ó dejar para siempre su servicio.

Cuanto mas afanado estaba en los preparativos de su expedicion, ocurrió un motin en el tercio español de Manriquez que guarnecia la plaza de Courtray, y por los mismos motivos que el de Leiva. No costó poco trabajo reducir á la obediencia unas tropas cuyo servicio era tan útil en aquella circunstancia. Ni ocurrió otro medio de acallar sus quejas, que satisfacerles sus pagas devengadas con dinero que acababa de llegar de España. Volvieron con esto á su deber los sublevados, que hasta entonces habian servido bien y cuyo valor estaba tan á prueba.

Hizo este tercio parte del cuerpo de vanguardia que se movió de Flandes un poco antes que Alejandro. Se componia de cinco mil hombres escogidos de infantería y ochocientos de á caballo. Su primer punto de reunion fué en Condé, pueblo de Flandes, de donde se trasladaron á Guisa, perteneciente á Francia. Al mismo tiempo que se hallaba en movimiento esta vanguardia, se dirigia el duque de Mayena con diez mil hombres de la liga á la frontera con el objeto de reunirse á las tropas de Alejandro. Permaneció este cuerpo combinado en Guisa aguardando la llegada del duque de Parma con el cuerpo principal y la artillería que estaba reuniendo á toda prisa.

Continuaba entre tanto la estrechez del sitio de París y los apuros de sus habitantes. Noticioso el rey del movimiento de los de Alejandro, dudó si los aguardaria en París ó les saldria al encuentro. Con lo primero conserva-

ba siempre la esperanza de hacerse dueño de la capital; adoptando el segundo expediente, conseguia la ventaja de presentar ó aceptar una batalla, desembarazado de las operaciones de un sitio que podian debilitar muchísimo sus fuerzas. Hizo pues amagos de ponerse en movimiento en busca de los enemigos, mas era demasiado importante la continuacion de aquel asedio para que le abandonase sin que motivo superior le obligase á ello, y así esperó que los enemigos marchasen hácia él, caso que tuviesen esta intencion, sin salirles por entonces al encuentro.

Al fin se movió el duque de Parma de Bruselas á mediados de agosto de 1590 al frente del cuerpo principal de su ejército con el tren de artillería, y por el camino mas corto se puso en marcha para Guisa, donde se reunió con la vanguardia. En seguida se dirigieron todos á Laon, donde ya los aguardaba el duque de Mayena para arreglar allí su plan de operaciones.

Hizo su entrada en Laon el duque de Parma con toda pompa y aparato, rodeado de sus primeros oficiales y á la cabeza del ejército. Fue recibido á la puerta por la municipalidad y demas autoridades, y no quiso recibir las llaves de la ciudad que con las formalidades de costumbre le ofrecieron. En seguida pasaron todos á la catedral donde se cantó el *Te-Deum*. Habiéndose despues reunido en la casa de su alojamiento los principales jefes de los dos ejércitos, y los principales funcionarios civiles y eclesiásticos de la ciudad, se dió lectura pública á las órdenes del rey, quien le mandaba entrar con un ejército en Francia en auxilio de la santa liga y defensa de la religion católica contra el partido calvinista, capitaneado por Enrique de Navarra, que en tantos peligros la ponia. Terminó el dia con festejos y manifestaciones públicas del entusiasmo que producia la llegada de tan poderosos auxiliares.

A diez y seis mil ascendia el número de los infantes, entre españoles, italianos, valones y alemanes, y á tres mil los caballos españoles é italianos, que componian el cuerpo de ejército del duque de Parma. Se contaban entre los

principales jefes Antonio de Leiva, español; el príncipe Castro Beltran, y Apio de Comitibus, italianos; el aleman Jacobo de Collalto; y de los flamencos, el príncipe Chimay, el marqués de Renty, los condes de Barlamont y de Aremberg. Diez mil infantes y tres mil caballos militaban á las órdenes del duque de Mayena.

Reunidos ya los dos generales, fue su primera operacion consultar sobre el plan de campaña de los dos cuerpos combinados. Fogosos como siempre los franceses, propusieron que se marchase inmediatamente sobre París á levantar el sitio de aquella capital, reducida á tantos apuros y estrecheces. No convenia tanta precipitacion al duque de Parma, capitan prudente, que todo lo meditaba y combinaba. Hallándose en un reino extraño devorado de facciones, natural era que antes de obrar de un modo decisivo tomase el pulso á las personas y á las cosas, que observase un poco los nuevos jefes que le rodeaban, las nuevas tropas que debian recibir sus órdenes. No desconocia sin duda los graves compromisos en que le habian puesto las del rey de España y á cuántos azares se hallaba expuesta su reputacion de entendido y hábil capitan, fruto de tantos años de afanes y trabajo. Sin contradecir, pues, abiertamente la opinion de Mayena y sus franceses, manifestó que antes de moverse necesitaba reforzarse mas con la retaguardia que aguardaba de un momento á otro, y sobre todo que llegase el dinero enviado por el rey, que resguardado por una fuerte escolta caminaba lentamente con todas las precauciones que hacia necesarias la inseguridad de los caminos.

Mientras tanto las negociaciones que van siempre en pos, y muchas veces de frente con las operaciones militares, hacian su papel en esta contienda tan reñida, casi á muerte. En Enrique era natural y sincero el deseo de arreglar las cosas amistosamente, hallándose con tantos enemigos y mortificadísimo con la repulsa del pueblo de Paris que á tan duras medidas le obligaba. Habia mala fé sin duda en los pasos de pacificacion dados por la liga,

que trataba de ganar tiempo para procurarse algun alivio en un sitio tan molesto. Era el gran nudo de la dificultad el calvinismo del rey, y al que se mostraba muy adicto por entonces. La paz era imposible; las treguas que le proponian los liguistas no convenian á quien contaba de un momento á otro con sujetar la capital, cada vez mas apurada.

Se trasladó con las negociaciones de París al campo de Mayena. Sabedor Enrique de la marcha definitiva de Alejandro, dió salvo conducto á los comisionados de París que iban á verse con el teniente general del reino en compañía de los suyos propios. Prometia de nuevo el de Navarra tolerancia completa en materias religiosas, y el ducado de Borgoña para el de Mayena con soberanía independiente. Le preguntaba al mismo tiempo qué era lo que esperaba de la alianza de un príncipe extranjero cuya ambicion y poderío amenazaban la independencia de la Francia, y le exhortaba al mismo no se hiciese instrumento de una política que en mengua del decoro nacional se erigia en árbitro de sus disensiones, cuyo arreglo á ellos solos concernia.

Respondió Mayena que en la altura á que habian llegado los negocios ya no estaba en sus facultades arreglar nada por sí mismo; que con la santa liga obraban enteramente el pontífice y el rey de España; que se dirigiese por lo tanto al duque de Parma, generalísimo de los coligados; que por su parte se mostraria siempre en guerra abierta contra los enemigos de la fé católica, y en cuanto al ducado de Borgoña, bien sabia el rey de Navarra de qué potencia dependia.

El duque de Parma, á quien se dirigió en seguida Enrique, se mostró mucho mas terminante y mas esplícito. Sin querer admitir á los embajadores sino en audiencia pública, respondió que habiendo recibido órdenes de su rey para combatir en Francia contra los enemigos de la fé católica, era el solo negocio de que se ocupaba por entonces; que mientras Enrique de Navarra fuese enemi-

go de la Iglesia, como enemigo de su rey tenia que considerarle: que en ningun asunto político tenia que entender, subsistiendo el mandato y sus motivos; y que por lo mismo no entraria con nadie en negociaciones antes de recibir las órdenes del rey para entablarlas.

Reforzado el campo de los coligados con tropas de Alejandro y al mismo tiempo de Mayena, se movieron ambos cuerpos, reunidos ya en uno solo, camino de París, llevando consigo muchos víveres de repuesto para socorrer á los sitiados. Mandaba la vanguardia el duque de Aumale, y el de Mayena el cuerpo del centro, donde entraban los españoles, valones, alemanes é italianos que acababan de llegar de los Paises-Bajos. Residia el mando supremo en Alejandro, general de un cuerpo de auxiliares, en pais donde se hallaban los príncipes de Guisa y otros personajes que pertenecian á la liga, circunstancia que indica bastante el grande mérito del general y la preponderancia que en este pais extraño ejercia el rey á quien representaba.

Marchaba el ejército combinado, como en pais enemigo, con todas las precauciones militares. No se descuidaba Alejandro en disponer reconocimientos con frecuencia, en proporcionarse itinerarios, y las reseñas mas exactas del pais que transitaba. Todos los altos se hacian metódicamente, eligiendo para acampar las posiciones mas seguras. Estaba bien penetrado el duque de lo que le iba en cualquiera descuido y negligencia marchando por aquel pais extraño.

Grande fue el conflicto de Enrique de Navarra al saber el movimiento de los coligados. ¿Saldria á buscarlos levantando el sitio, perdiendo asi el fruto de cuatro meses de afanes y trabajos? ¿Los aguardaria en sus líneas, privándose asi de la facultad de un campo propio para aceptar ó dar una batalla? ¿Podria dividir sus fuerzas para conseguir á la vez los dos objetos? El consejo, á quien sometió este asunto delicado, fue de opinion de que levantase el campo y saliese en busca de los enemigos,

pues este era el asunto mas interesante; mas dejando siempre delante de París algunas tropas para ocupar los puntos mas importantes de su comunicacion con los de afuera, siendo estos el Sena que atraviesa la ciudad, y el Marne que desagua muy cerca de la poblacion en la orilla derecha del primero. Habiendo el rey adoptado esta opinion en sus dos partes, levantó el campo con las precauciones indicadas y llegó á Cheles, el mismo dia que entraron en Meaux los coligados.

Se hallaban ya en frente y muy cerca uno de otro los dos hombres de guerra que llamaban mas entonces la atencion de Europa, aunque en desigual categoría y por medios muy diversos. Se distinguia Enrique de Navarra por su ardor, por su impetuosidad, por aquella intrepidez que no conoce obstáculos y se embriaga con la imágen del peligro; campeaban en Alejandro Farnesio la serenidad, el espíritu observador y reflexivo, el genio que medita y calcula con calma y sangre fria lo que despues va á ejecutar con la rapidez tan esencial en todos los movimientos de la guerra. Era Enrique demasiado soldado para poner en evidencia su mérito como capitan: tambien se distinguia Alejandro como soldado y gran soldado, mas se eclipsaba esta cualidad delante del tino, del don de mando con que tan aventajadamente le habia dotado la naturaleza. Se hallaba muy lejos de ser Enrique la cabeza de mas capacidad, el verdadero general en jefe de su ejército, aunque como rey estuviese en el ejercicio del supremo mando; mientras el duque de Parma era el verdadero jefe, el director, el alma principal de todas las operaciones de la guerra, extendiendo su influencia y ascendiente de su genio hasta á los mas famosos y experimentados capitanes que habian encanecido en las guerras de los Paises-Bajos. La campaña en que van á entrar estos dos caudillos uno contra el otro, será una explicacion de lo que tan sucintamente analizamos.

Con el movimiento de Enrique de Navarra pudieron entrar en París algunos víveres, aunque en cantidad

demasiado escasa para las necesidades que aquejaban aquella inmensa poblacion, hallándose todavía ocupados por los enemigos los principales puntos de comunicacion, sobre todo los dos rios. Sin embargo fué este respiro de bastante consideracion para que Alejandro combinase con calma sus operaciones sin aventurarse á ningun paso que le comprometiese demasiado. Fué su primera operacion en Meaux situarse en un campo atrincherado, que fortificó con todas las precauciones necesarias.

Pero al paso que el duque de Parma se mostraba tan lento en avanzar, se hallaba animado de impaciencia el rey de Francia de presentarle la batalla. Sin poder alejarse de París, temiendo á cada instante un accidente que le arrebatase de entre las manos una presa tan ansiada, sabedor por otra parte de que el bloqueo de París no se mantenia tan estrecho como él lo habia ordenado, era de su interés venir cuanto mas antes á las manos con los coligados. Para hacerlos salir al campo, no cesaba de inquietarlos con amagos de ataque por varios puntos de sus líneas. Mas no se daba cuidado el duque de Parma de sus provocaciones.

Impaciente el rey, envió al campamento enemigo una especie de cartel ó desafío en que echaba en cara al duque de Mayena su demasiada prudencia ó cobardía de permanecer encerrado en sus trincheras, invitándole á salir al campo á medirse con su rey, cuyos derechos de serlo despreciaba. Al mismo tiempo quiso picar el amor propio del duque de Parma, brindándole á que probase si era tan fácil vencer en campo raso, como tomar plazas.

Nada respondió Mayena á esta especie de desafío, hallándose todo el campo bajo las órdenes supremas de Farnesio. Cuando le dió parte del mensaje, dijo el de Parma con sonrisa y calma: que hasta entonces habia hecho la guerra segun las circunstancias del pais, y que del mismo modo pensaba obrar en adelante; que sentia mucho no agradase su inaccion al rey de Navarra; mas

que estando acostumbrado á pelear cuando le parecia, y no cuando lo deseaba su enemigo, ya le iria á buscar cuando lo juzgase necesario.

Sin embargo á los dos dias despues, ó por no excitar murmuraciones en su propio campo ó por estar ya maduro el plan que proyectaba, salió con su ejército de las trincheras y se puso en tren de aceptar la batalla, de que estaba tan impaciente su enemigo. Confió la vanguardia al marqués de Renty, quien la dispuso en línea de combate sobre las crestas de unas lomas que separaban los dos campos. A retaguardia, y cubierto por esta línea avanzada, formó su cuerpo de ejército mandado por el duque de Mayena. La retaguardia quedó á cargo de Valentin Pardieu señor de la Motte, gobernador de Gravelinas. Estaba la mayor parte de la artillería con el cuerpo del ejército; el resto con la retaguardia. Los enemigos por su parte al ver estas disposiciones salieron impacientes de venir á las manos con los de Farnesio. Cuando pensaban todos en que iba á empeñarse un conflicto general, dijo el duque de Parma al de Mayena: «no es este nuestro campo de combate: á otro punto debemos dirigirnos para levantar el sitio de París.» Diciendo estas palabras dió órdenes para que sin perder momento desfilase por su flanco izquierdo el cuerpo de Mayena, movimiento que se ejecutó sin ningun inconveniente, hallándose cubierto con las tropas de vanguardia.

Era el plan de Alejandro caer precipitadamente sobre la plaza fuerte de Lagny, situada sobre la orilla izquierda del Marne, guarnecida por tropas de Enrique y provista de numerosos almacenes. Como impedia esta plaza las comunicaciones de París por dicho rio, en su rápida expugnacion vió Alejandro el medio mas seguro y expedito de levantar aquel bloqueo. Como él se hallaba en la orilla derecha, tenia la plaza en frente, mas el Marne no corre muy ancho por aquella parte, y además no le era muy difícil dominar las dos orillas. Lo

esencial era llegar allá con rapidez, ocultando cuanto era posible el movimiento, y dejar á retaguardia algun cuerpo que detuviese al rey, si este trataba de seguirle los alcances. Consiguió lo primero no moviendo su vanguardia; y para lo segundo le sirvió su misma retaguardia, que desfiló en seguida el grueso del ejército y se colocó de observacion en una altura antes de llegar á dicha plaza. Se pasó en efecto todo aquel dia sin que Enrique tuviese noticia exacta del movimiento de Alejandro. Atribuyó al principio su aparente inaccion á una simple negativa de batalla. Aun cuando le informaron de su direccion á Lagny, le pareció muy difícil que se atreviesen á emprender la expugnacion de una plaza fuerte de la que le separaba el Marne. Era necesario sin embargo tomar algun partido; elegir el mejor no era muy fácil. Marchar tras de Alejandro, era descubrir á Paris por el lado que su campo ocupaba: permanecer en inaccion le exponia á mas inconvenientes. Adoptó, pues, el medio de destacar un cuerpo que siguiese los alcances á Alejandro, y observase bien sus movimientos. Se movió este cuerpo ya algo tarde, y como se encontró además con el que Alejandro habia dejado á retaguardia, no pudo impedir al duque que se apoderase con rapidez de los arrabales de Lagny situados en la orilla derecha, es decir en la suya, y se fortificase en ellos con seguridad contra todo ataque. Aquella noche se incorporó con el duque el marqués de Renty con su vanguardia, y además el señor de la Motte con la retaguardia. Reunido todo el ejército en dichos arrabales, no se pensó en otra cosa que en los medios de pasar el rio para emprender cuanto mas antes el ataque de la plaza. La casualidad le deparó unas barcas cargadas de heno que bajaban el Marne, un poco mas arriba de Lagny, ignorando tal vez la presencia de las fuerzas de Alejandro en la otra orilla, ó confiadas en la proteccion de los fuegos de la plaza. No dudaron los soldados del duque en arrojarse al rio á nado, y embestir las barcas, que vién-

dose atacadas inopinadamente y de un modo tan extraño, no hicieron resistencia. Apoderados de ellas nuestras tropas, dispuso inmediatamente que se cargasen con la artillería necesaria para el sitio.

Mientras tanto se habian acercado á las líneas fuertes destacamentos del ejército de Enrique con un número crecido de caballería, provocando á escaramuzas á los nuestros: mas Alejandro, atento solo á la toma de Lagny, aparentó no hacer caso, y dió las órdenes mas severas para que nadie se apartase del atrincheramiento, dejando á la artillería el cuidado de alejar al enemigo. Todavía no estaba cierto del verdadero plan del duque de Parma, cuando al cabo de los dias de esta aparente inaccion vió que se trasladaba su campo á la otra orilla. Entonces trató él de hacer lo mismo; pero temeroso siempre de dejar descubierto á París por la otra parte, se contentó con hacer pasar un cuerpo de mil quinientos hombres á Lagny de refuerzo.

Dispuso Alejandro sus baterías, y procedió al cañoneo de la plaza. Fué el ataque vivo, como convenia á los que no tenian tiempo que perder en su conquista. Se defendia bien la guarnicion, y el gobernador Lafin se acreditó de gran soldado. Despues de abierta brecha se procedió al asalto. Fué repelido el primero, mas los de Alejandro volvieron á la carga con nuevo ímpetu, y entraron en el pueblo á viva fuerza. A la victoria se siguió el pillaje, y asimismo la matanza. De la guarnicion, quedaron con vida el gobernador y algunos pocos. Dueño Alejandro de la plaza, hizo marchar inmediatamente rio abajo los abundantísimos víveres de que estaba abastecida, que llegaron á París sin el mas pequeño obstáculo. Desde aquel momento salió la capital de su situacion desesperada. Habia conseguido Alejandro su grande objeto de levantar el bloqueo sin exponerse al azar de una batalla. Era la misma táctica del duque de Alba, quien solo por movimientos hábilmente combinados y sin venir á las manos habia vencido en dos cam-

pañas al príncipe de Orange. Es la táctica de los grandes capitanes apelar solo á los combates cuando no se les ofrecen otros medios de vencer, único fin de todas las operaciones de la guerra.

Fueron extremadas las demostraciones de regocijo del pueblo de París al verse libres de un sitio tan calamitoso. Se olvidaron en los arrebatos de su entusiasmo las hambres padecidas, la horrorosa mortandad de que fué teatro la capital durante aquella situacion de mas de cinco meses. Resonaron en las plazas, en las calles, sobre todo en los templos las alabanzas de Alejandro. Se pronunció su nombre como el de un salvador, no solo de la capital sino de la misma religion católica tan amenazada por aquel rey y sus legiones calvinistas. Se presentaron en su campo solemnes diputaciones de la municipalidad del Consejo de la Union y otras corporaciones que venian á felicitarle, á ofrecerle cuanto le pudiera ser de útil y agradable. Era un nuevo lauro y la verdadera corona de todos cuantos hasta entonces Farnesio habia alcanzado. Hablamos de él como de un capitan, sin que se mezclen por ahora en este elogio consideraciones políticas de ninguna especie.

En cuanto á Enrique, se encontraba en una situacion desagradable: defraudado de sus halagüeñas esperanzas de hacerse dueño de París, vencido en estrategia por su rival, sin haber encontrado ocasion de lucir su valentía, y sobre todo sin recursos pecuniarios con que atender á la subsistencia del ejército que le seguia, y que en la toma de París pensaba indemnizarse del atraso de sus pagas. No le quedaba otro recurso que licenciar la mayor parte de su ejército y alejarse con la otra de los muros de París, llevándola adonde las circunstancias se lo aconsejasen. Su primera operacion fué, pues, situarse en san Dionisio, y despues de haber tomado disposiciones para organizar las pequeñas fuerzas que le restaban, se movió con ellas camino de la Normandía.

Mientras tanto entraban en París el duque de Ma-

yena y demas jefes de la liga que militaban en su ejército. En los movimientos políticos á que dió lugar el cambio de la situacion de la liga con motivo del levantamiento del sitio de París, no entramos por ahora. Contrayéndonos á seguir los movimientos de Farnesio, muy pronto volvió á reunirse este general con el duque de Mayena. Fué la primera operacion de las tropas combinadas poner sitio á Corbeil, punto entonces fuerte sobre el Sena á cinco leguas de París, donde Enrique habia dejado una guarnicion muy respetable. Sufrió en efecto Corbeil un sitio formal que duró bastantes dias, no sin choques violentos y efusion de sangre por una y otra parte. Al fin pudo mas el número y la constancia de los sitiadores animados de la emulacion del espíritu de pais, pues se hallaban delante de los muros de aquella pequeña fortaleza soldados de todas naciones.

Con el levantamiento del sitio de París parecia concluida y lo estaba en efecto la mision que habia encargado al duque de Parma el rey de España. Asi lo pensó al menos Alejandro, á quien las enfermedades de su campo, la proximidad de la mala estacion, y sobre todo el estado de los negocios de Flandes daban alas para dejar cuanto antes el territorio de la Francia. Por otra parte no estaba satisfecho de los jefes de la liga, asi como el duque de Mayena y demas jefes de su parcialidad alimentaban recelos y desconfianzas contra un auxiliar tan poderoso. Cualquiera que reflexione sobre los verdaderos motivos de la union que existia entre Felipe II y los jefes de la santa liga, concebirá la poca buena fé que debia de reinar entre unos y otros. Querian los segundos un mero auxiliar que los librase de las garras del rey de Navarra: aspiraba Felipe II á utilizar en favor suyo unos servicios que le empeñaban en tantos gastos y le costaban tantos sacrificios. Tan resuelto como estaba á tenderles una mano protectora cuando les veia en un grave apuro, como sucedió en el sitio de París, tan remiso se mostraba en auxiliarlos tanto, que los pusiese en el estado de no necesitarle.

Igual política y en diferentes sentidos desplegaban los de la santa liga con el rey de España.

Tentó un poco el vado el duque de Parma proponiendo al de Mayena que se quedase de guarnicion en Corbeil, con españoles é italianos de su ejército. Rechazaron la proposicion los jefes de la liga como depresiva para su independencia, aunque no dieron al duque de Parma una respuesta que pudiese ofender mucho su amor propio. Sin dar señal alguna de resentimiento les anunció Alejandro su determinacion de restituirse á los Paises-Bajos, donde los negocios de la guerra reclamaban imperiosamente su presencia. Cogió al duque de Mayena de sorpresa la determinacion del duque de Parma; y como realmente necesitaba su cooperacion para acabar con la faccion del de Navarra, le rogó mucho en nombre de los jefes permaneciese mas en su compañía hasta que tuviese el gusto de coronar una empresa tan gloriosamente comenzada. Mas Alejandro se mostró inflexible manifestando que habia recibido de su rey órdenes expresas para ello. Tomó en efecto sus disposiciones para ponerse en retirada, y despues de dejar cinco mil hombres como cuerpo auxiliar á los jefes de la liga, emprendió el movimiento con el resto de sus fuerzas, algo disminuidas por las operaciones anteriores, y en no muy buen estado por las enfermedades que cundian por el campo.

No tomó el duque de Parma en su regreso á los Paises-Bajos el mismo camino que le habia traido á las puertas de la capital de Francia. Se encaminó por la derecha para penetrar por la parte meridional de la Champagna, donde podia encontrar mas víveres y recursos que en la otra. Emprendió con la misma lentitud y precauciones militares que la primera vez, temiendo ser atacado por las fuerzas del rey, mandadas por este príncipe en persona, ansioso de un desquite por el desaire tan cruel que acababa de sufrir por parte del de Parma. Formó éste cuatro columnas de marcha que se protegian mútuamente, dejando los flancos y la retaguardia bien cubiertos por la

caballería que recorria el campo y aseguraba los caminos. Todas las noches acampaban las tropas de Alejandro en un terreno atrincherado. Con estas precauciones burló los designios de su rival, que en muchas ocasiones trató de caer de repente sobre su retaguardia y sus costados, teniendo que desistir por la actitud que tomaban en cualquier amago de ataque las columnas de Alejandro. En un encuentro sério que se verificó á los seis dias de marcha fué repelido el rey con grande pérdida, debiendo su salvacion personal á la velocidad de su caballo. De este modo sin batallar primero, sin perder gente despues en su retirada, gracias á lo lento y atinado de su movimiento, volvió el duque de Parma victorioso á los Paises-Bajos despues de cinco meses de campaña.

CAPITULO LXVII.

Llegada del duque de Parma á los Paises-Bajos.--Situacion.--Progresos del príncipe Mauricio.--Negocios de Francia.--Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.--Entra.--El rey de Francia sale en busca de Farnesio.--Escaramuzas.--Levanta el sitio de Ruan.--Entra Farnesio en la plaza.--Sitia la de Caudebec.--Es herido.--Toma de la plaza.--Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.--Atraviesa con su ejército el Sena.--Vuelve á los Paises-Bajos.--Orden de volver á Francia.--Sale de Bruselas.--Llega á Arras.--Su muerte.--Su caracter (1.)

1591—1592.

Se halló el duque de Parma á su regreso en Flandes con la misma situacion que habia previsto cuando tuvo que dejar este pais por las órdenes del rey de España. No era fácil el que un jefe de su capacidad fuese dignamente reemplazado, pues aunque el conde de Mansfeld alcanzaba buena reputacion como militar valiente y ex-

(1) Las mismas autoridades.

perimentado, estaba muy lejos de llegar á la altura de Alejandro. Se habian puesto en mal estado los asuntos militares de aquel pais, y el príncipe Mauricio se habia sabido hábilmente aprovechar de la ausencia de un adversario tan temible. Crecía el príncipe en pericia militar y en las demas cualidades que constituyen un hombre de estado, un jefe de partido. Se dice que estudiaba como un modelo al mismo duque de Parma, imitándole en todo lo posible. Si esto es así, se puede decir que el discípulo se mostraba digno del maestro. Como quiera que esto sea, se mostró Mauricio el hombre principal y el de mas prestigio entre todos los confederados en los Paises-Bajos. No solo era jefe de las provincias que mandaba su padre, sino que en las demas ejercia igual preponderancia. Salió pues Mauricio á campaña primero que Alejandro regresase. Antes que pasemos á su relacion, diremos que se reducian las tropas que éste habia dejado para su defensa á dos tercios italianos y dos alemanes, fuera de algunas compañías sueltas borgoñonas, flamencas é irlandesas; ademas se podian contar como unos mil y quinientos hombres de á caballo que estaban al cargo del marqués del Vasto. Otros dos tercios mas habian quedado en los Paises Bajos; mas el uno de ellos, llamado de Manrique, del nombre de su maestre de campo, se habia sublevado, y otro, de Manuel de Vega, acababa de hacerlo poco antes de la vuelta de Alejandro á Flandes. A estos disgustos del general español, se añadia la mortificacion de saber que sus enemigos en la córte de Madrid trataban de indisponerle con el rey, acusándole de demasiada parcialidad hacia los italianos en perjuicio de los españoles que desatendia, y cuyas sediciones eran efecto de esta negligencia. Poco se necesitaba para mover el ánimo de Felipe II, tan propenso á la suspicacia, á quien nunca acertaba á complacer del todo ninguno de sus servidores.

La repugnancia que habia mostrado en cumplir sus órdenes de pasar á Francia y la claridad con que le

hablaba de este pais, donde á pesar de tantos servicios á la causa de la liga no podia contar con verdaderas simpatías, estaba mal calculada para agradar al rey, quien sin duda en medio de su desconfianza, hacia mucho caso del acatamiento y fiel adhesion que le manifestaban los liguistas. El duque de Parma, para salir de una vez de este conflicto escribió al rey quejándose de los que trataban de indisponerle contra su persona, justificando en todo su conducta. El rey, que cualquiera que fuesen sus cavilosidades, estaba seguro de que no encontraria un capitan que le sirviese con tanta utilidad, contestó á su carta en los términos mas satisfactorios, asegurándole de su amistad, dándole nuevas gracias por sus servicios, y manifestándole lo mucho que de ellos aguardaba todavía.

Pasaremos ahora á presentar un bosquejo de las operaciones militares en Flandes, tanto durante la ausencia del duque de Parma, como á su regreso. Se hacia la guerra con mucha menos actividad que antes, sea por falta de tropas, ó por cansancio en vista de lo prolongado ya de la contienda.

Ocupaban todavía los españoles parte de la provincia de Frisia, que mandaba Francisco Verdugo. Obedecia la autoridad del rey la plaza fuerte de Groninga, mas no queria recibir en sus muros soldados españoles. La otra mitad de la provincia reconocia la autoridad de los Estados, y con este motivo eran frecuentes las escaramuzas que se empeñaban entre las dos parcialidades. Para poner la plaza de Groninga mas en estado de defensa, solicitó Verdugo de los magistrados de la ciudad permitiesen la entrada á tropas españolas, lo que fue negado. Con esto se indispusieron los de esta nacion, ya muy irritados por falta de pagas y carencia de vestido y otras cosas necesarias. En Diest, donde estaban invernando, prorumpieron en abierta sedicion contra el maestre de campo Manuel de Vega, á quien acusaban de poco celoso por sus intereses. Aunque en completa desobediencia no atentaron á su vida, contentándose con enviarle á Lovayna

con los oficiales y demas individuos que se habian opuesto al alboroto. Los amotinados permanecieron en Diest, proponiéndose conservar aquella situacion mientras no se satisficiesen sus atrasos. Sus quejas no eran precisamente contra el rey, quien suponian mandaba el dinero necesario, sino contra los contadores y encargados de la distribucion, que les retenian lo que no era suyo. Es probable que fuesen muy justas estas quejas, y que no bastasen todos los esfuerzos de Alejandro para que los empleados de la Hacienda, llamados entonces oficiales del sueldo, cumpliesen exactamente con sus obligaciones.

A su regreso de la expedicion de Portugal habia vuelto el coronel Norris á los Paises-Bajos. El gobernador de Ostende preparó en secreto una expedicion contra el fuerte de Blackemberg, situado como sabemos entre esta plaza y la esclusa. Como estaba mal guarnecido y descuidado su gobernador, se entregó con muy poca resistencia.

Por la parte del Rhin cayeron los puntos de Westerlo y Turnhaut sin ninguna resistencia en manos del príncipe Mauricio. Como eran los designios de este general sitiar la plaza de Zutphen, quiso apoderarse antes del fuerte de Duisburgo, que le sirve de defensa. Lo consiguió por sorpresa, valido de una estratagema, haciendo vestir algunos soldados de mujeres, que se presentaron á las puertas de la fortaleza con frutas y diversos comestibles. Sorprendió uno de ellos á un centinela que dejó muerto de un pistoletazo. Los otros sacaron inmediatamente sus armas que llevaban ocultas, y embistieron á los pocos soldados que se presentaron. En medio de la confusion, del ruido, del correr á todas partes sin saber lo que pasaba, quedaron abiertas las puertas por los que estaban de inteligencia con el príncipe, cuyas tropas acudieron inmediatamente y se hicieron dueñas de la fortaleza.

Ganada Duisburgo, dirigió Mauricio sus baterías contra Zutphen, que se rindió con muy poca resistencia.

En seguida pasó el príncipe á sitiar la plaza de De-

venter, con tantas mas esperanzas de ganarla, cuanto que estaba en ella de gobernador Herman, conde de Berghen, primo suyo. Entre Mauricio y la plaza mediaba el Isel, que es muy poco ancho por aquella parte. Fue su primera operacion cortar sus comunicaciones por agua echando dos puentes, uno abajo y otro arriba. En seguida se puso á cañonear la plaza. Despues de abierta brecha, intimó la rendicion; mas el gobernador no hizo caso del requerimiento. Como no restaba mas recurso que el asalto, hizo Mauricio construir una especie de puente; mas al tiempo de echarle se halló que era corto y no llegaba perfectamente al pié de los escombros formados por la brecha. No arredrándose con esto los asaltadores, trataron de pasar á la otra orilla. Mas todos los que lo intentaron fueron víctimas de los tiros que desde las mismas ruinas se les asestaban. En vista de este contratiempo mandó el general tocar la retirada.

Por una rara combinacion de circunstancias, aquella plaza que tanta resistencia oponia, se entregó sin mas esfuerzos, sin que pasasen adelante las hostilidades. Produjo este cambio inesperado la muerte del gobernador, que cayó gravemente herido cuando las tentativas del asalto. Sobrecogida la guarnicion con este golpe y sin saber qué hacerse, entró en capitulaciones, y abrió las puertas al príncipe Mauricio.

Pasó despues este general á sitiar la plaza de Groninga. Volvió á insistir con este motivo Francisco Verdugo en que recibiesen las tropas españolas, mas todavía titubeaban aquellos habitantes. Se reducia la cuestion á saber si habian de ser de los españoles ó de los holandeses. Como temian de estos últimos mal trato por haberse separado de la confederacion, se decidieron por los primeros, y los admitieron en los arrabales y pueblos inmediatos. Con esto se trastornaron los planes de Mauricio y desistió del sitio de la plaza.

Oyó el duque de Parma á su regreso á Flandes la noticia del sitio de Zutphen y se puso en camino para

levantarle. En Ruremunda pasó revista á su pequeño ejército. Ascendia á siete mil hombres entre italianos, flamencos é irlandeses, y á mil quinientos los caballos. Los españoles llegados á Francia se habian quedado allí al servicio de la liga. Los del tercio de Vega, que se hallaban todavía en Diest, no quisieron acudir al llamamiento de Alejandro. Sabida la rendicion de Zutphen hallándose todavía en Ruremunda, se dirigió hácia Nimega, cuyos habitantes, estrechados por los holandeses, le suplicaron atacase el fuerte de Kanotzemburgo, cuya guarnicion los molestaba. Marchó allá en efecto el duque de Parma y pasó el Waal en barcos que le habian enviado aquellos habitantes. En el camino tuvo un encuentro con unas tropas holandesas; mas no atreviéndose estas á disputarle el paso, se retiraron, dejando libre al duque de tomar sus disposiciones para la toma de aquel fuerte. Mauricio que lo supo se movió de Aruhen con seis mil hombres. Dejó emboscada la mayor parte de la fuerza, y se presentó delante de los reales de Alejandro. Siguieron los nuestros con demasiado ardor el alcance de Mauricio, que se retiró al principio de la refriega, y dieron sin poderlo evitar en la emboscada. Sin embargo, vueltos de la primera sorpresa, se rehicieron, y se renovó el combate siempre con ventaja suya.

Vueltos á sus reales los de Parma, se continuó con actividad el sitio del fuerte. Despues de abierta brecha, no se trataba mas que del asalto. Dió para ello las órdenes el duque de Parma, y se habian ya tomado las disposiciones para el dia siguiente, cuando recibió cartas del rey en que le hacia saber que debiendo de considerar los asuntos de Flandes como cosa secundaria, tuviese sus fuerzas reunidas y preparadas para volver á Francia con ellas al instante que recibiese órdenes: tan preocupado estaba entonces Felipe II con los trastornos de aquel reino, tan alucinado con la idea de que le iba á añadir de un modo ó de otro á sus dominios. Habian vuelto los negocios á una situacion tal que le parecia estar ya en el

caso de tender á los de la liga una mano eficaz como habia sucedido en el sitio de París, que tan próximo habia estado á caer en poder del de Navarra. Crecia el partido de éste en aquel pais tan destrozado por disturbios: á cada instante se aumentaba el número de los que deseaban fuese la ley sálica el solo norte en aquel mar tan borrascoso. Sin perder su adhesion á los dogmas de la fé católica no querian por ningun estilo al rey de España, y consideraban la perpetuidad de las guerras civiles en el llamamiento al trono, sea de la liga de Felipe II, sea del príncipe jefe de la casa de los Guisas. Contrayéndonos por ahora á la parte militar, dejando para otro sitio el movimiento político de las negociaciones y otros actos de mayor importancia que tenian lugar entonces, se iba engrosando el nuevo rey con nuevos partidarios que á sus banderas acudian, con las tropas de Isabel, con los abundantes socorros que le suministraba esta reina á la sazon con él tan generosa. Dueño de una gran parte de las provincias del Mediodía, ocupaba asimismo toda la provincia de Normandía á excepcion de Ruan, que con muchas fuerzas asediaba. Se hallaba en grandes apuros su gobernador, sin que Mayena al frente de su ejército se hallase con bastantes fuerzas para levantar el sitio. Acudió otra vez en este apuro la liga santa al rey de España, y este monarca, calculando que era mucho su peligro, envió órdenes al duque de Parma para que sin perder momento saliese de Flandes con su ejército, y marchase en socorro de la plaza de Ruan tan estrechada por los calvinistas. Era una órden parecida á la primera. En su consecuencia mandó el duque de Parma levantar el sitio de Kanotzemburgo y partió á Bruselas con objeto de hacer los preparativos de su expedicion, en lo que experimentó las dificultades á que estaba tan acostumbrado.

No se atrevió á picar su retaguardia el príncipe Mauricio, contentándose con sacar todo el partido que le proporcionaba aquella retirada. Mientras hacia el duque sus preparativos para la jornada de Francia, [desembarcó

Mauricio con cuatro mil hombres en el pais de Waes, al norte de la provincia de Flandes, y pasó á poner sitio á la plaza fuerte de Ulst, no muy lejos de Amberes, donde Mondragon mandaba entonces. Inmediatamente que llegó á éste la noticia, dispuso que acudiesen tropas en todas direcciones. Hizo inútiles estos esfuerzos Mauricio, inundando el pais de las inmediaciones de la plaza. Reducida esta á sí misma, mal guarnecida, poco fuerte, bien que provista de abundantes víveres y municiones, abrió, despues de una débil resistencia, las puertas á los holandeses.

Tomada Ulst, pasó Mauricio por segunda vez al fuerte de Kanotzemberg, y para aprovechar la ausencia de las tropas de España echó un puente sobre el Waal y emprendió sériamente el sitio de Nimega, defendida por valones y alemanes. Se condujo la guarnicion con bastante bizarría; pero no fué ayudada por los habitantes, descontentos muchos del gobierno español, y en inteligencia los principales con el príncipe Mauricio. Cuando le vieron con tan buena fortuna y estuvieron seguros de su proteccion, hablaron de capitular, pidiendo al gobernador pusiese fin á sus calamidades; y como el tono de la súplica tenia todo el aire de exigencia, no titubeó la guarnicion en acceder á las intimaciones de Mauricio. Fué la capitulacion muy favorable. Salió la guarnicion con armas y bagajes. Quedó la ciudad con su territorio incorporado en la confederacion, dominante en ella el culto protestante, con libertad para todos de conciencia. La entrada del príncipe en Nimega fué magnífica.

Asi mientras se ocupaba Alejandro con tanta actividad en los preparativos de su jornada á Francia, le ganaba plazas el príncipe Mauricio. Mas por todo esto pasaba Felipe II á trueque de tomar parte activa y personal en los asuntos de un pais, que aunque extraño, casi ya consideraba como propio.

Salió el duque de Bruselas á últimos de 1591, no pesaroso de volverse á medir segunda vez con el rey de

Navarra, de cuya táctica ya tenia experiencia. El buen éxito de sus operaciones cuando el levantamiento del sitio de París y que habia debido tan solamente á su pericia propia, no podia menos de infundirle esperanzas de vencer segunda vez á quien le igualaba en valor y le superaba en osadía. Penetró por el pais extraño con las mismas precauciones militares que en su anterior campaña, y antes de llegar al Somma se encontró con el ejército de los coligados mandados como la otra vez por el duque de Mayena. Fueron afectuosas las demostraciones con que recibieron al de Parma los que para salir de sus nuevos apuros le necesitaban. De la buena fé con que recibian el auxilio pueden quedar dudas muy probables. En cuanto al duque de Parma, tenia demasiadas pruebas de su poca sinceridad para no estar receloso y desconfiado. Concertó con los jefes franceses el plan de operaciones, y sin perder tiempo tomaron el camino de Ruan, cuyo gobernador Villars estaba reducido á los últimos apuros.

Sin contar algunas tropas de vanguardia que al mando del príncipe de Asculí habia hecho salir antes en direccion á Ruan, llevaba consigo el duque de Parma doce mil infantes, tres mil caballos, cuarenta piezas de artillería y dos mil carros. Con la union de estas tropas y las del duque de Mayena, podia ascender su ejército á veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos. En él se hallaban algunas tropas del pontífice. Por segunda vez tuvo Enrique de Navarra la cruel mortificacion de saber que se acercaba el duque de Parma á arrancarle de las manos una presa que contaba por segura. Otra vez volvió á deliberar en su consejo si le esperaria en sus líneas de sitio ó si saldria á recibirle en campo raso para escoger mejor un terreno de batalla. En este segundo caso se veria obligado á levantar el sitio de la plaza y perder el fruto de sus trabajos de dos meses. Mas el mariscal de Biron, persona de gran capacidad y que dirigia los asuntos de la guerra, fué de opinion de que se dividiese

el ejército en dos, marchando una parte á detener ó al menos á entretener el enemigo, mientras la otra redoblase sus ataques para reducir pronto la plaza que ya estaba á punto de rendirse.

En conformidad con este parecer salió Enrique con las tropas de su mayor satisfaccion, y marchó en busca de los enemigos, deseoso de probar fortuna por segunda vez y desquitarse del primer desaire. Redobló con este motivo el duque de Parma las precauciones de sus marchas. Iban dispuestas sus columnas de modo que pudiesen hacer frente á los ataques impetuosos en que él se deleitaba.

Marchaba la infantería repartida en cuatro divisiones, compuesta cada una de tres á seis tercios. Habia tres españoles mandados por Antonio Zúñiga, Alonso de Iriaquez y Luis de Velasco; otros tantos alemanes por Juan Manríquez y los condes de Barlamont y de Aremberg; seis valones por el señor de la Vertz, el marqués de Renty, el conde de Bossir, Claudio Barlota y Noscau. Mandaba el tercio italiano Camilo Capisuci, y á la cabeza de cuatro mil suizos estaba Apio de Comitibus, maestre de campo general de las tropas del Pontífice. Cuarenta piezas de artillería caminaban detrás de la vanguardia á cargo de Valentin Pardieu, flamenco, y de Bassopier, de nacion francesa. A los costados de la infantería marchaba la caballería, compuesta de flamencos, españoles, franceses y alemanes. Mandaban estas tropas el príncipe de Chimay, el baron de Schwartzember, los príncipes de la casa de Lorena. Ludovico Melci capitaneaba doscientos caballos del Pontífice.

Valentin Pardieu y el señor de Rosne alternaban en las funciones de maestre de campo general, representando el primero al duque de Parma y el segundo al de Mayena.

Dió el duque de Parma el mando de la vanguardia al duque de Guisa, el de la retaguardia al de Aumale, y el cuerpo de batalla al de Mayena. Marchaba el duque de Parma rodeado de su hijo Raynuci, del príncipe de

Asculí, del marqués del Vasto y otros magnates españoles é italianos. Además estaba el ejército flanqueado á derecha é izquierda por dos mil carros que le ponian al abrigo de cualquiera ataque repentino.

No perdia de vista el rey de Francia la marcha de este ejército, ni dejaba pasar ocasion alguna de inquietarle, hallándose al frente de un cuerpo escogido de caballería con poca infantería. Una refriega séria trabó con la vanguardia del ejército de Parma, en que el rey combatió personalmente en las primeras filas con todo su arrojo acostumbrado. Fueron repelidos los franceses con vigor, y expuesto el rey varias veces en peligro de ser cogido prisionero. Al fin fué herido, sin que en el ejército combinado se supiese esta circunstancia, á que se debió la retirada definitiva de la caballería francesa.

Instaron al duque de Parma todos los cabos á que se moviese del ejército en persecucion del enemigo. Mas el general en jefe, constante en sus planes y en su táctica, respondió que era imposible que aquel movimiento de los franceses dejase de tener por objeto el atraerle á una emboscada. Así era en efecto; mas si el duque de Parma hubiese avanzado con vigor, se hubiese aprovechado de la confusion que habia introducido en el campo enemigo la herida del monarca. Sin embargo la vanguardia persiguió por algun trecho la caballería enemiga, mientras el ejército del duque marchaba lentamente en órden de batalla. Cuando á éste se le dijo que era el mismo rey de Francia el que combatia en la vanguardia y lo fácil que le hubiese sido cogerle prisionero, sobre todo hallándose herido, respondió con frialdad: «¿Y cómo habia de imaginarme yo que el general, que el jefe supremo de un ejército hacia el servicio de simple capitan de caballería en los puestos avanzados? No tengo nada que vituperarme.»

Se retiró el ejército francés á Chateau-neuf, donde el rey recibió segunda cura, y como algunos cortesanos le hiciesen ver las fatales consecuencias que podria pro-

ducir su costumbre de pelear en las primeras filas, prometió ser mas cauto en adelante.

En Chateau-neuf mandó aumentar las fortificaciones y dejó en la plaza mil quinientos hombres de guarnicion, contando con que este punto fuerte detendria la marcha de Farnesio. Despues se trasladó el rey con el hijo del mariscal de Biron á Diepa y otros pueblos de los alrededores de Ruan, con objeto de impedir toda comunicacion con los sitiados.

Detuvo en efecto al duque de Parma el punto fuerte de Chateau-neuf como lo habia previsto el rey, mas solo fué para cuatro dias. De la plaza se hizo dueño despues de muy corta resistencia. Retiradas la tropas francesas al castillo, trataron de hacer una defensa en regla. Despues de haber sido cañoneados y con brecha abierta pidió capitulacion al duque de Parma, quien aunque en un principio se negó á ello, vino al fin en concedérsela.

Despues de algunos dias de descanso en Chateau-neuf con motivo de recoger víveres, continuó el duque de Parma su marcha regular y metódica con las mismas precauciones que hasta entonces. No dejó el rey de inquietarle con sus tropas ligeras de caballería; mas eran infructuosas estas escaramuzas empeñadas con tropas de vanguardia, sin que por nada se afectase el órden con el cuerpo de batalla, especie de fortaleza en movimiento. Así llegó poco á poco el duque á las inmediaciones de Ruan, donde estableció sus reales.

Admira ciertamente cómo se movia con tanta lentitud un ejército destinado á levantar el sitio de una plaza que podia muy bien rendirse mientras tanta circunspeccion observaban sus auxiliadores. Mas así se hacia la guerra en aquel tiempo, y por otra parte las operaciones de los sitios eran mas dificultosas que en el dia. Era muy comun estarse tres y cuatro meses delante de los muros de una plaza sin tomarla. Ya hemos visto la confirmacion de esta verdad en los diversos sitios que dejamos referidos. Ruan era fuerte entonces y no se la creia

en grande apuro. Por otra parte caminaba siempre Alejandro receloso de comprometer su reputacion y de dar algun paso imprudente de que se aprovechasen sus numerosos enemigos. Los franceses, con quienes marchaba unido, obedecian solo por necesidad las órdenes de un general extranjero, y no podian prescindir de la consideracion de que iban á combatir contra franceses. No podia Alejandro ignorar que por mucha que fuese la deferencia aparente hácia su suprema autoridad, era objeto su persona de mucha desconfianza. Los sentimientos eran mútuos.

Establecido el campo de los coligados, convocó Alejandro á consejo sobre los medios de levantar aquel sitio, objeto principal entonces de sus operaciones. Españoles, italianos, flamencos, todos querian ser los primeros en penetrar por las líneas enemigas, y llevar socorros á la plaza. Pero los que mas pugnaban por ser los primeros eran los franceses, alegando que siendo la guerra contra los de su misma nacion, á ellos cumplia particularmente combatir por la causa y honor de su partido.

El duque de Parma les hizo ver que esfuerzos parciales, tratándose de librar aquel sitio por tantas tropas sustentado, serian completamente inútiles y no contribuirian mas que á contínuos descalabros que terminarian en la ruina del ejército; que era preciso marchar juntos y presentar batalla al enemigo, pues solo así seria posible forzar sus líneas, y hacerles levantar el sitio.

Mientras tanto enviaba á todas horas reconocimientos el duque de Parma para examinar bien el pais de los alrededores, y los puntos por donde le seria mas fácil caer sobre la plaza. Estaba á la sazon el rey con la mayor parte de la caballería en las inmediaciones de san Clut, pues debemos tener presente que sus necesidades le obligaban á presentarse en muchas partes. Se aprovechó de esta circunstancia Alejandro para colocarse entre la infantería del rey y su caballería, y atacar en

seguida la segunda ocupada en defender sus líneas. Para esto, despues de haber tomado reseñas de todos los puntos y caminos por donde debian dirigirse las columnas, convocó á consejo y manifestó su determinacion de moverse al dia siguiente, manifestando el plan de las operaciones y asignando á cada jefe los puntos por donde debian dirigir sus movimientos. Todos aplaudieron con entusiasmo el pensamiento del duque de Parma, separándose en seguida para sus preparativos de batalla. Para mayor seguridad habia dispuesto Alejandro que una columna de quinientos hombres escogidos entre españoles, italianos y alemanes, mandados por un capitan llamado Vara, penetrasen en la ciudad por caminos escusados, advirtiendo á los vecinos y á la guarnicion que estuviesen prontos á auxiliar el movimiento. Así lo hicieron en efecto despues de arrollar algunos cuerpos de guardia que á su paso se oponian. Mas algunas horas despues de haberse los jefes despedido, recibió el duque una comunicacion del gobernador Villars, que le hizo volverlos á llamar entrada ya la media noche.

Tenia por objeto este mensaje aconsejar al duque de Mayena y demas jefes de la liga que no pasasen adelante con sus armas en defensa de Ruan, pues solo necesitaba de dinero y alguna compañía ó dos, para atender debidamente á la defensa de la plaza.

¿Qué motivos tenia Villars para hacer tan estraña comunicacion? ¿Por qué no creia ya necesario un socorro que habia pedido tantas veces?

Parece que este gobernador, en los mismos dias de ponerse en movimiento el ejército de la liga, se habia aprovechado de la ausencia del rey de Francia, para hacer una salida que tuvo el mejor éxito. Dejando á un oficial de toda su confianza el mandó de la plaza con doce compañías de vecinos armados, salió con la demás gente formada en tres columnas, cada una por su puerta distinta, y dió con ellas antes de amanecer sobre

las líneas enemigas. Cogidos los sitiadores de sorpresa, combatieron en desórden, mientras los sitiados destruian y derribaban las obras, tomaban é inutilizaban la artillería, incendiaban la pólvora y saqueaban todo el campamento. Se pusieron en fuga sus enemigos hasta dos leguas de distancia de la plaza. Allí pudo reunirlos el mariscal de Biron, restablecer el órden y conducirlos otra vez hácia las líneas, cuyo terreno recobraron poco á poco, haciendo retroceder á los sitiados y encerrarse en la plaza. Sin embargo, su pérdida fué grande por el destrozo del material y de la artillería, por el derribo de las obras, por los muchos muertos y heridos, contándose el mismo mariscal de Biron entre estos últimos.

Tales eran los fundamentos que tenia el gobernador Villars para hacer ver al duque de Mayena que no necesitaba sus socorros; á tal punto le deslumbraba esta victoria, ó mas bien el deseo de alcanzar sin participacion de nadie el lauro de salvar la plaza.

Dió orígen su carta, leida en el consejo de guerra, á diversos pareceres. Opinó el duque de Parma que á pesar de las seguridades que Villars manifestaba, habia que temer mucho que desistiendo los coligados de su obra, se volviesen á reunir las tropas de Enrique y poner la plaza en los apuros que antes; que era por lo mismo sumamente peligroso abandonar una operacion que tenia por objeto el levantamiento de aquel sitio por solo el dicho del gobernador, tal vez apoyado en datos muy equívocos, y que aun dado el caso de que él solo pudiese levantar el sitio, no estaria demas la presentacion del cuerpo auxiliar para molestar la retirada de los enemigos.

El duque de Mayena y los jefes de su nacion dijeron al contrario, que no pudiendo dudarse de que el gobernador de Ruan apoyaba su proposicion en datos muy seguros, seria del todo inútil que ya pasase aquel ejército que podia ser de tanta utilidad en otras partes; que Enrique

de Navarra, despues de levantado el sitio de Ruan, se moveria probablemente con su ejército para buscarlos á ellos ú otro teatro de operaciones que le fuese mas del caso; que de todos modos suponiendo siempre exacto el dicho del gobernador, no debian dejar decir que para levantar un mero sitio habia sido necesario poner en movimiento todo el ejército de la liga y de su poderoso auxiliar el rey de España. Se manifestaba bien patente en esta opinion lo violento que era para los jefes franceses de la liga el recurrir á las fuerzas de Felipe II y ponerse bajo los auspicios y mando de Alejandro. Era natural que en aquella guerra civil mirasen de mal ojo los auxilios extranjeros, y quisiesen dejar á un francés toda la gloria del levantamiento de aquel sitio. El duque de Parma, que comprendia los motivos de un dictámen tan desacertado, no insistió en el suyo; y como sabia que era la política de Felipe II el que se prolongase la contienda, dió órdenes al ejército de suspender la marcha, preparándose él con sus tropas á tomar la vuelta de los Paises-Bajos, puesto que su permanencia en Francia carecia ya de objeto.

Retrocedió el ejército coligado á Chateau-neuf, y se acantonó en los pueblos inmediatos. Estaban paralizadas las operaciones militares por las negociaciones é intrigas de que hablaremos luego, y Felipe II nada pesaroso de que aún no se hubiese levantado el cerco de Ruan, contando con sacar mas partido de su auxilio.

Tardó muy poco en verse el desatino del gobernador de Ruan de no querer que avanzase el ejército coligado, y el desacierto mayor aún del duque de Mayena y los suyos de acceder á sus instancias. Habia volado otra vez Enrique al sitio de Ruan cuando vió el cambio de direccion del ejército de los coligados. Se estrechó el cerco de la plaza con nuevos deseos de ganarla antes que cambiasen de parecer los que se habian movido á socorrerla. Crecieron en los sitiados los apuros de víveres y las demas necesidades tan peculiares en un asedio dilatado. Por

tierra apretaba á la ciudad el rey; por el rio, de bastante anchura en aquel paraje, la hostigaban las naves holandesas. Repetia las salidas el gobernador, mas sin efecto. Era muy grande en realidad el valor de aquella guarnicion y extremada la ansia de Villars de no deber su salvacion mas que á sí mismo. En fin, agotados sus recursos, sin esperanza ya de adelantar alguna cosa, este hombre que pocos dias antes escribia tan satisfecho de sí mismo que no necesitaba auxiliadores, hizo saber los apuros de su situacion al duque de Mayena, manifestándole que tendria que rendir la plaza á no ser socorrido dentro de ocho dias.

Cambiaron con esta nueva carta los sentimientos de los coligados. El príncipe de Parma, que habia previsto esto mismo, tenia tomadas sus medidas para retroceder si fuese necesario. Dió, pues, las órdenes para poner en movimiento el ejército coligado; mas en el acto de verificarlo, estalló una sedicion entre los suizos que estaban al sueldo del Pontífice, manifestando que no pasarian adelante si no les pagaban los sueldos atrasados. Acudió Alejandro al alboroto con su sangre fria acostumbrada: hizo castigar á los jefes del motin, y para satisfacer á los que se decian agraviados mandó que se les distribuyesen cuarenta mil escudos de oro destinados al pago de los españoles. No se dieron estos por ofendidos de una providencia en que contaba el duque de Parma con su desprendimiento.

Sosegados los suizos, se puso en abril de 1592 el ejército en camino, intransitable con las lluvias. Padecieron mucho las tropas en la marcha. Con gran trabajo pasaron el Somma fuera de madre con casi todos los vados destruidos. Así llegaron hasta dar vista á los sitiadores de la plaza. A una legua de distancia de la ciudad se encontraron con el legado del Papa en Francia, quien recorrió los cuerpos distribuyendo por todas partes bendiciones.

Era estrella del rey de Francia levantar sitios á la aproximacion de las tropas de Alejandro. Se alejó en

efecto de los muros de Ruan como le habia sucedido en Paris, sin empeñar una batalla que le hubiese sido muy funesta. Muy poco tiempo despues hizo su entrada de triunfo en Ruan el duque de Parma, recibiendo las bendiciones y aplausos de los habitantes, que mostraron con fiestas y regocijos públicos lo importante del servicio que les habian hecho sus libertadores.

El rey Enrique se retiró con sus tropas á Pont-de l'Arche, sin plan ninguno por entonces.

Dueños los coligados de la plaza de Ruan, deliberaron en consejo sobre sus operaciones ulteriores. Opinó Alejandro porque se marchase sin perder momento sobre el ejército del rey y se aprovechase el desórden y abatimiento en que debian de estar sus tropas despues del levantamiento de aquel sitio prolongado, cuando se creian en vísperas de hacerse con una presa tan apetecida. Parecia esta la opinion mas sana, dictada por los buenos principios de la guerra; mas no fue la del duque de Mayena y los jefes de su nacion que estaban á sus órdenes. Expusieron estos los inconvenientes de marchar inmediatamente en busca del enemigo, cuyas fuerzas sin duda se aumentarian, antes de consolidar la conquista que acababan de hacer de aquella plaza, y que esto no se podia conseguir hasta que se tomase la de Caudebec, situada un poco mas abajo en la rivera derecha del Sena, aunque no en la misma orilla. Tenia el proyecto los inconvenientes de que hablaremos luego, que entonces no previó Alejandro, ó tal vez creyó de menos trascendencia. Cedió pues á las indicaciones de los otros jefes, cuyos verdaderos sentimientos penetraba, y partió con el ejército reunido á poner sitio á Caudebec, despues de tomar medidas para que Ruan quedase completamente asegurada. Se procedió á las operaciones de sitio, que comenzaron con vigor, por ser la toma de la plaza, puesto que se habian movido para esto, sumamente interesante. El duque de Parma, siempre activo, no perdió un momento en reconocer todos sus alrededores para dar

la mejor direccion á los trabajos. Fué una fatalidad para él, y mucho mas para el ejército, el que habiéndose acercado mucho á la plaza en una de estas correrías recibiese un balazo en el brazo izquierdo, cuyo accidente no percibieron al principio los mismos que le acompañaban, hasta que la sangre que corria de la herida, y un principio de desmayo por efecto de la intensidad del dolor, pusieron de patente esta desgracia. No era la herida mortal; mas de una cura sumamente dolorosa, por el paraje en que le habia entrado la bala, muy cerca ya de la muñeca. Varias incisiones le hicieron para la extraccion del proyectil; mas en esta larga operacion no perdió Alejandro su serenidad, no dejó de ocuparse en dictar las providencias que la conducta del sitio requeria. A la operacion siguió una recia calentura, y aquel cuerpo ya quebrantado con tantas campañas é inquietudes, quedó postrado totalmente en cama, inspirando á todos temores por su vida. Las operaciones del sitio de Caudebec no aflojaron á pesar de este accidente desgraciado. Al contrario, les dió mas energía la irritacion del ejército, el deseo de vengarse de quienes acababan de producirle un daño irreparable. La plaza se defendió bien; mas como no era muy fuerte, y por otra parte se veia sin auxilios de afuera, con grandes apuros de víveres, de municiones y ademas con brecha abierta, tuvo que capitular, aunque no dejó de esperimentar los efectos de la furia de los vencedores. Mientras tanto continuaba el general en jefe tomando disposiciones y dando órdenes desde su cama de dolor, siempre con la misma serenidad y calma; mas atormentado interiormente con la idea de los males que su situacion produciria. Por fortuna dejó la enfermedad de parecer mortal, y todos concibieron esperanzas de ver pronto al duque de Parma animándolos de nuevo con aquella presencia y aquella voz que tantos triunfos alcanzaba.

Habia sido el movimiento sobre Caudebec una gran falta de Alejandro. Si la conoció desde un principio, sin

duda la echó de ver por los movimientos que hizo el rey de Francia para aprovecharse de ello. Está la plaza de Caudebec muy cerca de la costa y se reputa como cabeza de un territorio llamado Caux, que forma una especie de península, lindando á la izquierda con el Sena que corre allí muy caudaloso, y por la derecha con una especie de ensenada muy avanzada dentro de la tierra. Para dejar Alejandro aquel pais no tenia mas camino que el de la garganta ó del itsmo que le tomó el rey de Francia, cuyas tropas se hallaban en Pont-de-l'Arché, en Eux, en Diepa y otros pueblos de los alrededores. Forzar el paso por aquella lengua de terreno defendida por las líneas del rey de Francia rayaba en lo imposible. Por agua parecia muy difícil todo escape, siendo los buques que cruzaban por la costa ingleses ú holandeses, todos de la parcialidad de Enrique. ¿Qué haria pues Alejandro en este aprieto? Su rival comenzaba ya á gustar del placer de la venganza. Despues del levantamiento del sitio de Ruan habian llegado nuevas fuerzas, hasta el punto de verse ya á la cabeza de un ejército de cerca de veinte mil infantes y seis mil caballos.

Su táctica debia ser la misma entonces que la de Alejandro cuando se hallaba en iguales circunstancias; mantenerse en sus líneas sin empeñarse en batalla que fuese decisiva, privar al enemigo de toda comunicacion, y sobre todo de recibir convoyes, aguardando á que los apuros de su situacion pusiesen en sus manos la victoria. Los coligados se habian corrido al pueblo de Ivetot, á tres leguas de Caudebec, como punto de mas recursos y mas céntrico. El puerto del Havre de Gracia se mantenia á su devocion; mas las comunicaciones por tierra eran sumamente difíciles; por mar casi imposibles, hallándose de por medio las naves inglesas y holandesas. En el campo de los coligados se luchaba ademas con otra dificultad; á saber, la falta de armonía entre los jefes.

En esta situacion se empeñaron varias refriegas, si no batallas entre los campos, siendo agresores por lo regular

los de Alejandro. Permanecia éste en cama dando sus disposiciones; á veces tomaba la resolucion de montar á caballo cuando creia que era indispensable su presencia; mas tenia muy pronto que apearse extenuado de fatiga. Mientras tanto se pasaba el tiempo, sin que tantos conflictos produjesen mas que sangre inútilmente derramada.

Era ya indispensable tomar algun partido. El único que restaba á los aliados y que concibió Alejandro, parecia tan difícil y arriesgado, que el duque de Mayena y sus parciales no le aprobaron sin una fuerte resistencia. Se reducia á pasar el ejército al otro lado del Sena que va muy ancho por aquel paraje, á la vista de los buques enemigos, y con el ejército del rey de Francia á retaguardia. Exigia tal secreto la operacion que no la comunicó el duque de Parma á nadie hasta el momento de efectuarla. Era tan azarosa, que ni aun habia contado con su posibilidad el enemigo, ya confiado de que pediria capitulacion el ejército de los aliados. Tal vez contribuyó la misma calidad de lo difícil á que fuese ejecutable. Se hizo Alejandro con barcas y hasta balsas que habia encargado á Ruan y que bajaron el Sena cubiertas con las tinieblas de la noche. En seguida dispuso los preparativos de su marcha con todo sigilo, sin que lo sospechasen los contrarios. Fingió primero una retirada á Caudebec como con el solo objeto de ponerse mas lejos y dar mas extension á sus líneas por la costa. Así lo comprendió el rey de Francia, al mismo tiempo que veia mas seguro su triunfo en aquel nuevo movimiento de Alejandro. Aprovechó el duque de Parma su corta residencia en Caudebec mandando construir algunos reductos en la orilla para alejar las naves holandesas mientras el paso de sus tropas, operacion que pareció natural al rey de Francia, dando por supuesta la intencion del duque de extender sus líneas.

Mientras tanto bajaban el Sena las barcas y balsas que en Ruan se habian preparado por órden de Alejandro. Aquella misma noche, que era el 20 de mayo, hizo

el duque embarcar su artillería, equipajes, trenes y mas material, y él lo verificó con sus tropas al amanecer cubierto con una niebla muy espesa, dejando para cubrir su retirada, situados en uno de los dos castillos ó reductos, como unos dos mil hombres.

Cuando supo el rey de Francia al dia siguiente el movimiento de Alejandro, ya se hallaba éste en la otra rivera con la mayor parte de sus tropas. Avanzó inmediatamente con su caballería, y no halló enemigos que combatir, fuera de los que protegian el paso, situados en el reducto que hemos dicho. No quiso el rey de Francia, ó no tuvo por cuerdo forzar á esta gente en su atrincheramiento, y se redujo á enviar avisos prontos á los buques holandeses situados en Quille Beuf para que acudiesen inmediatamente á impedir el desembarco. Llegaron demasiado tarde los avisos. Cuando se movieron las naves holandesas, ya se hallaban en la otra orilla hasta los mismos dos mil hombres de la retaguardia con su artillería y demas material necesario para la defensa del castillo.

Y era la tercera vez que el duque de Parma se veia victorioso del rey de Francia por la fuerza de su táctica. Porque victoria era salvar su ejército de una ruina inevitable: victoria privar á su rival de una presa que ya tenia por segura. Si el duque de Parma cometió una grave falta metiéndose en el pais de Caux cediendo á sugestiones ajenas y no á la suya, la expió con brillantez, del modo que lo saben hacer los grandes hombres.

Se retiró el coligado hácia París, donde tantas negociaciones é intrigas fermentaban. En cuanto al duque de Parma, de quien nos ocupamos exclusivamente por ahora, debió de considerar como terminada su mision en Francia habiendo sido levantado el cerco de Ruan, objeto principal de su venida. Tomó, pues, la vuelta de los Paises-Bajos á donde llegó muy quebrantado de salud, habiéndosele renovado sus achaques de resultas de su herida mal curada. Por tercera vez tuvo que recurrir á los baños de Spá, pero no tuvieron resultado favora-

ble. Mas que su enfermedad física le aquejaba el disgusto de ver lo que pasaba en Flandes y los tristes resultados producidos por el empeño de Felipe II en sacarle de un pais donde habia puesto sus negocios en un aspecto tan brillante. Mientras él hacia levantar el sitio de Ruan se apoderaba Mauricio de Stenowick y de Coverden, aplicándose mas que nunca á la organizacion de las provincias que estaban á su cargo. En esta situacion pidió Farnesio licencia al rey para restituirse á su pais y atender á su salud deteriorada. La respuesta de Felipe, llena de frases amistosas en elogio de sus hechos y merecimientos, fue una órden para entrar por tercera vez en Francia con el mayor número de tropas que pudiese.

Dejando para su lugar la indicacion de los nuevos apuros que movieron á Felipe II para tomar esta medida, nos contentaremos con decir que el duque de Parma se hizo un deber de obedecerle con la misma puntualidad que las pasadas. Arregló los tercios que debian precederle en la marcha poniéndolos al mando del italiano Apio de Comitibus, oficial muy experimentado y de grandes servicios en aquella guerra. Muy poco tiempo despues se movió Alejandro de Bruselas y á cortas jornadas, pues otra cosa no le permitia el mal estado de su salud: entró á últimos de octubre en Arras, capital del Artois, en que pensaba establecer su cuartel general y concertar con los jefes de la liga su plan de operaciones.

En lugar de mejorarse la salud del duque de Parma se agravó su enfermedad sin que los médicos tuviesen esperanzas de curarla. A pocos dias de su llegada á Arras cayó postrado en cama, de donde estaba destinado á no volver á levantarse. Conservó la atencion á los negocios de su gobierno, sin que ningun dia en medio de su postracion dejase de firmar los despachos ó pliegos que le parecian mas interesantes. Ninguno tenia ya esperanzas de conservar una vida tan útil para el rey; tan preciosa para cuantos militaban á sus órdenes. Al amanecer del 2 de diciembre de 1592 le sobrevino un acci-

dente que le privó del sentido, y que algunos creyeron le último momento de su vida. Mas volvió en sí y conservó su razon por algun tiempo mientras le administraron la uncion, pudiendo con trabajo dictar sus últimas disposiciones. Al cabo de dos horas espiró tranquilamente llenando de luto á toda su familia que rodeaba su cama, y en seguida á la ciudad, donde se esparció la noticia de su fallecimiento.

Fácil es de imaginar lo sentida que fué aquella muerte en todo el ejército, en todos los pueblos donde el duque de Parma habia sabido excitar tan vivas simpatías. Despues de haber estado expuesto en público su cadaver por espacio de dos dias, fue trasladado de Arras á Bruselas, donde hizo una entrada solemne rodeado de las autoridades y el pueblo que le salieron á recibir hasta las puertas. Fué allí sepultado con todo el aparato y magnificencia de las exequias debidas á tan alto personaje. Poco tiempo despues fueron sus restos conducidos á Parma, donde se depositaron junto á los de sus antepasados.

Falleció Alejandro Farnesio, duque de Parma, á los cuarenta y ocho años no cumplidos de su edad, pudiendo creerse de su robusta constitucion que hubiese sido mas larga su existencia, á no haberla acortado sus trabajos é inquietudes de ánimo, unidos a los efectos de una herida de que no se curó radicalmente. Con su muerte perdió Felipe II su mas útil servidor en la parte militar, y la Europa el capitan que estaba á la sazon sobre todos los del mundo. Ocupaba sin duda Alejandro este alto puesto desde la muerte del duque de Alba, con quien tuvo tantos puntos de contacto. Era casi igual en ambos el don de mando, el ascendiente que sobre sus inferiores ejercian, la atencion á establecer y conservar la disciplina, el tino en dirigir sus operaciones, y la habilidad en evitar combates cuando por otros medios podian llegar á una victoria. No es nuestro ánimo llevar mas adelante un paralelo en que tal vez Alejandro llevaria ventajas. A cuantos gobernadores de Flandes le precedieron y siguieron,

eclipsó sin duda, es decir, bajo esta cualidad, pues las hazañas principales del duque de Alba y de don Juan de Austria no habian tenido por teatro los Paises-Bajos. Si no pudo Alejandro distinguirse por batallas campales en una guerra donde por circunstancias de localidad debian de reducirse las operaciones solo á combates de puestos, á defender y atacar plazas, tuvo la parte principal en la victoria de Gemblours y en la retirada feliz que hizo el ejército de las líneas de Arnen cuando mandaba don Juan de Austria. Los nombres de Mastrick, Breda, Zupthen, Tournay, Oudenarda, la Esclusa, serán memoria eterna de su habilidad; en Amberes se halla su palma mas esclarecida. Al tomar el mando de esta region, estaba obedecido el rey de España en tres provincias solas de las diez y siete de que se compone: cuando lo dejó para trasladarse á Francia, en solo tres daba órdenes el príncipe Mauricio. Cupo la distincion al duque de Parma de echar de Flandes los tres gobernadores extranjeros que se le pusieron de frente, á saber: el archiduque Matías, al duque de Anjou y el conde de Leincester. Para consumar su fama militar le tocó el medirse en persona con un caudillo, que por su rango y gloria personal ocupaba entre los capitanes uno de los puestos mas esclarecidos. Por dos veces Enrique de Navarra, rey de Francia, fué vencido sin necesidad de batalla, en otra ocasion por su atrevida y hábil maniobra le arrancó de entre las manos una victoria que le parecia infalible. Si del capitan pasamos al hombre, hallaremos que era desinteresado, generoso, apreciador del mérito, celoso por su recompensa; tan humano como se puede ser en los campos del combate. Es uno de los grandes títulos de elogio en el duque de Parma que ninguno de sus enemigos trató de echar manchas sobre su valor, capacidad, honradez y demas prendas que caracterizaban á los caballeros de su tiempo. Ninguno le acusó de crueldad, de falta de palabra, de abusar de sus victorias. Los mismos que aborrecian tanto la causa política que defendia, los que detestaban la me-

moria del duque de Alba, los que miraban con tanto horror al rey de España de quien era servidor, y se mostraban enemigos tan encarnizados de la liga con cuyas armas unió las suyas Alejandro, hicieron justicia á su generosidad, á la elevacion de sus sentimientos, á la virtud de sus principios. Con su muerte se puede decir que se eclipsó la estrella de Felipe II, y terminó el favor de su fortuna.

FIN DEL TOMO TERCERO.



INDICE DE ESTE TOMO.

Págs.

CAPITULO XLVIII. Asuntos de Francia.—Enrique de Valois en Polonia.—Descontento del rey.—Sabe la muerte de su hermano Cárlos.—Se evade de Polonia.—Pasa por Alemania e Italia á Francia.—Se declara del partido católico.—Sus devociones y mas actos religiosos.—Es coronado y consagrado en Reims.—No edifican sus devociones al pais.—Se censuran sus vicios.—Se le acusa de hipocresia.—Formacion de la Liga católica sin contar con el monarca.—Indole de esta asociacion.—Sus designios secretos.—Vacila el rey sobre el partido que le conviene adoptar.—Convocacion de los Estados generales.—Se reunen en Blois.—Piden los Estados la revocacion del último edicto.—Accede el rey.—Se declara jefe de la liga católica.—Nueva guerra.—Nuevo tratado de pacificacion.—Descontento del rey de España. 5

CAP. XLIX. Asuntos de los Paises-Bajos.—Gobierno de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Situacion del pais.—Disturbios.—Entrada en Flandes del duque de Anjou, y su salida.—Movimiento del príncipe de Parma.—Pasa el Mosa.—Llega hasta los arrabales de Amberes.—Retrocede, y pone sitio á la plaza de Maestrich.—Defensa heróica de los sitiados.—Asaltos inútiles de los españoles.—Se regulariza el sitio.—Apuros de los de adentro.—Nuevos asaltos.—Toma de la plaza.—Los vencedores la saquean. 20

CAP. L. Continuacion del anterior.—Conferencias en Colonia.—Sin resultado.—Se ajusta el tratado de conciliacion entre las provincias Valonas y el rey.—Salen de Flandes las tropas españolas y otras extranjeras.—Formacion de un nuevo ejército. 40

CAP. LI. Continuacion del anterior.—Confederacion de Utrecht.—Llegada á los Paises-Bajos de la princesa Margarita de Parma, nombrada gobernadora por el rey.—Quejas de Alejandro.—Revoca el rey la órden, y queda el príncipe de Parma otra vez

de gobernador general de los Paises-Bajos.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Se socorre la plaza de Groninga, sitiada por los confederados.—Toman los de Farnesio á Nivelles, á Malinas, á Courtray.—Amenazan á Cambray.—Toma la contienda nuevo aspecto.—Se declaran independientes los Estados de Flandes.—Eligen por nuevo príncipe al duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia.—Publica el rey de España un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange.—Responde éste con un manifiesto.—Entra el duque de Anjou en los Paises-Bajos.—Toma á Cambray.—Pasa á Inglaterra.—Vuelve.—Su entrada en Amberes.—Atentan á la vida del príncipe de Orange.—Sigue la guerra.—Toma Alejandro las plazas de Tournay y de Ondenarda.—Vuelven á los Paises-Bajos las tropas españolas é italianas.—Entran asimismo de refuerzo mas francesas.—Toma de mas plazas de una y otra parte. 53

Cap. lii. Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Paises-Bajos.—Su ataque infructuoso sobre Amberes.—Resentimiento del pais contra los franceses.—Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.—Infructuosas.—Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.—Se retira éste á Dunquerque.—Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.—Batalla de Emistemberg.—Se retira á Francia el duque de Anjou.—Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.—Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.—Pide mas refuerzos al rey y los consigue.—Guerra de Colonia.—Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.—Se rinden las dos primeras plazas.—Fluctúa la tercera.—Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.—Muerte de este príncipe.—Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.—Su carácter.—Le sucede el príncipe Mauricio.—Piden los Estados la proteccion del rey de Francia.—Negativa.—Acuden á la reina de Inglaterra. . . 83

Cap. liii. Asuntos de Portugal.—Muerte de don Juan III.—Regencia del cardenal don Enrique.—Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.—Toma las riendas del gobierno.—Su primera expedicion al Africa.—Vuelve á Lisboa.—Hace preparativos para una nueva empresa.—Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.—Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.—Se embarca con su ejército.—Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.—Plan desacertado de campaña.—Batalla de Alcazarquivir.—Total derrota del ejército portugués.—Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.—Pormenores de la pérdida.—Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa. 101

Cap. liv. Continuacion del anterior.—Resultados de la muerte de don Sebastian.—Subida de don Enrique al trono.—Pretendientes á la sucesion.—El rey de España.—Don Antonio, prior de Crato.—El duque de Braganza.—El duque de Saboya.—Raynuci, príncipe de Parma.—Reunion de las Córtes.—Designacion de los jueces para dirimir la disputa.—Muere don

Enrique.—Partidos.—Disturbios.—Reunion de un ejército español en Badajoz.—Llegada de Felipe II á dicha plaza.—Consultas.—Manifiesta el rey sus derechos á la corona de Portugal, y los de valerse de la fuerza si voluntariamente no le reconocen.—Se pronuncia el prior de Crato.—Se apodera de Santarem, Setubal y Lisboa.—Proclamado rey.—Pasa el rey de España revista á sus tropas.—Entrada del ejército en Portugal á las órdenes del duque de Alba. 112

Cap. LV. Continuacion del anterior.—Campaña de Portugal.—Entra el duque de Alba sin resistencia en varias plazas.—Llega á Setubal.—Expugna su castillo.—Se embarca en el Tajo.—Se apodera de Cascaes y de la torre de Belen.—Huye don Antonio.—Entra en Lisboa el duque de Alba.—Sale Sancho de Avila en persecucion de don Antonio.—Se retira éste á Oporto.—Pasa el Duero Sancho de Avila.—Entra en Oporto.—Huye de Portugal don Antonio.—Queda todo Portugal por don Felipe.—Sale éste de Badajoz.—Entra en Portugal.—Celebra Córtes en Tomar.—Es reconocido por rey de Portugal.—Su entrada pública en Lisboa. 127

Cap. LVI. Continuacion del anterior.—Administracion de Felipe II en Portugal.—Le niegan la obediencia las islas Terceras.—Reconocen por rey á don Antonio.—Primera expedicion de los españoles sobre las Terceras.—Infructuosa.—Don Antonio en Francia.—Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.—Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.—Combate naval en que sale victorioso.—Vuelve á Lisboa.—Muere en esta capital el duque de Alba.—Regresa el rey á España.—Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.—Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceras.—Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal. 145

Cap. LVII. Asuntos de los Paises-Bajos.—Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.—Dificultades de la empresa.—Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.—Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.—Descripcion de la obra.—Toma de Gante.—Intentan los sitiados desbaratar el puente.—Brulotes.—Voladura de una gran parte de la construccion.—Desastres.—Se repara el daño.—Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.—Son rechazados con gran pérdida.—Abren sus puertas Bruselas y Malinas.—Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.—Se ven precisados á rendirse.—Condiciones de la entrega.—Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.—Su entrada triunfal en Amberes. . . 165

Cap. LVIII. Continuacion del anterior.—Resultados de la toma de Amberes.—Conflictos de los Estados.—Ofrecen la soberanía del pais á la reina de Inglaterra.—La rehusa Isabel, mas les ofrece auxilios.—Sale de Inglaterra para los Paises-Bajos el conde de Leicester con un cuerpo de tropas auxiliares.—Su buen recibimiento.—Toma el mando del pais.—Sitio y toma de las plazas de Grave y Venloo por el príncipe de Parma.—

Pasa á sitiar á Nuiss en el electorado de Colonia.—Toma é incendio de esta plaza.—Pasa al sitio de Ruimberg.—Retrocede á socorrer á Zutphen.—Infructuosas tentativas sobre esta plaza del conde de Leicester.—Descontento en el pais con este general.—Pasa á Inglaterra.—Sitio y toma de la Esclusa por el duque de Parma.—Vuelta de Leicester.—Sus tentativas infructosas de socorrer la Esclusa.—Nuevos disgustos.—Nuevo regreso de este general á Inglaterra.—Situacion del pais.—Nuevos alistamientos del duque de Parma con motivo de otra guerra. 186

Cap. LIX. Asuntos de Francia.—Siguen los procedimientos de la santa liga.—Encono contra los calvinistas.—Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.—Todas infructuosas.—Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.—Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.—Tratado de Nemours.—Ruptura del tratado de pacificacion.—Se pone el rey al frente del partido católico.—Excomulga Sisto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.—Protesta en contra del primero.—Guerra.—Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.—Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.—Nuevas intrigas.—Nuevos odios contra el rey.—Entrada del duque de Guisa en París.—Jornada de las barricadas.—Se retira el rey de París y se dirige á Chartres 209

Cap. LX. Asuntos de Inglaterra y de Escocia.—Regencia del conde de Morton en este último pais.—Mayoría de Jacobo IV.—Proceso y suplicio de Morton.—Situacion de Inglaterra.—Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares.—Implicacion de Babington.—Implicacion de María Estuarda.—Proceso de esta reina.—Es condenada á muerte.—Su suplicio.—Su carácter. 229

Cap. LXI. Ruptura de la guerra entre España é Inglaterra.—Conferencias de Burburgo.—Preparativos de una invasion en el segundo de estos paises.—Se apresta en Lisboa una armada poderosa, á que se dá el nombre de Invencible.—Preparativos en Flandes del duque de Parma nombrado general del ejército de tierra.—Preparativos de Isabel.—Muere en Lisboa el marqués de Santa Cruz nombrado general en jefe de la armada.—Le sucede el duque de Medinasidonia.—Sale al mar la armada.—Tempestad en el cabo de Finisterre.—Arriba á la Coruña.—Entra en el canal de la Mancha.—Escaramuzas entre la armada española y la inglesa.—Fondea la primera junto al puerto de Calais.—Imposibilidad de reunirse con las tropas del príncipe de Parma.—Toma Medinasidonia el rumbo al Norte.—Tempestad.—Desastres.—Pérdida de buques en las islas Orcadas, en las Hébridas y en las costas de Irlanda.—Llega á España la armada medio destruida.—Pérdida de hombres y buques.—Palabras de Felipe II al saber el destrozo de la escuadra.—Expedicion de los ingleses sobre Portugal.—Su desembarco en la Coruña.—Pasan á Lisboa donde no pueden penetrar.—Vuelve la expedicion á Inglaterra con gran pérdida. 253

Cap. LXII. Asuntos de los Paises-Bajos despues del descalabro de la armada.—Sitio de Berg-op-zoom.—Repulsa.—Siguen las operaciones con poca actividad.—Toma de varias plazas.—Entran los españoles en Rimberg y Gertruidemberg.—Recupera el príncipe Mauricio á Breda. 277

Cap. LXIII. Asuntos de Francia.—Resultados de las jornadas de las barricadas.—El rey en Chartres.—Agitacion en Paris.—Progreso de la liga.—Convocacion de los Estados generales en Blois.—Estado de los partidos.—Se abren los Estados.—Aspecto de la asamblea.—El rey.—El duque de Guisa.—Asesinato de éste y de su hermano el cardenal. 290

Cap. LXIV. Continuacion del anterior.—Resultado del asesinato de los Guisas.—Efervescencia y tumultos en Paris.—La municipalidad.—Los Diez y seis.—La Sorbona.—El Parlamento.—El Consejo de la Union.—Destitucion del rey Enrique III.—El duque de Mayena, teniente general del reino, por los liguistas.—Se arman estos.—Se arma el rey.—Su union con Enrique de Navarra.—Los dos en Saint-Cloud.—Asesinato de Enrique III, por el fraile Jacobo Clemente. 306

Cap. LXV. Continuacion del anterior.—Resultados del asesinato de Enrique III.—Abandonan á Enrique de Navarra los católicos.—Le reconocen por rey los calvinistas.—Se retira á Normandía.—Regocijos en Paris.—Proclaman por rey al cardenal de Borbon, que toma el nombre de Cárlos X.—Preparativos de guerra.—Reconcentra sus fuerzas el de Navarra.—Sale de Paris en busca suya el duque de Mayena.—Combate en Arques.—Se retiran los liguistas.—Se apodera y saquea Enrique de Navarra los arrabales de Paris.—Se retira segunda vez á Normandía.—Vuelve á ese pais el duque de Mayena.—Batalla de Ivry ganada por Enrique.—Derrota completa de Mayena.—Negociaciones infructuosas.—Sigue la guerra.—Bloqueo de Paris por Enrique de Navarra.—Entusiasmo de la poblacion.—Apuros que padece por el hambre.—Incertidumbre de Enrique de Navarra.—Saben los de Paris la aproximacion del duque de Parma, que viene de Flandes en su auxilio. 324

Cap. LXVI. Manda Felipe II al duque de Parma que entre con su ejército en Francia para levantar el sitio de Paris.—Repugnancia de Alejandro.—Hace representacion al rey sobre lo fatal de esta medida.—Insiste Felipe II despues de oir á su Consejo.—Se prepara el duque de Parma á su expedicion.—Entra en Francia su vanguardia.—La sigue él mismo á la cabeza del cuerpo de su ejército.—Reunion de los coligados en Guisa.—El duque de Mayena.—Llega el campo combinado á Meaux.—Perplejidad de Enrique de Navarra.—Deja los muros de Paris y avanzan hasta Cheles.—Cartel de desafío que envia al campo de los confederados.—Respuesta de Alejandro.—Preparativos de batalla.—Movimiento rápido de Alejandro sobre la plaza de Lagny.—Toma de esta fortaleza.—Levantamiento del sitio de Paris.—Regocijo de la capital.—Licencia el rey de Navarra parte de su ejército y se retira á Normandía.—Toma de Cor-

biel por los coligados.—Vuelta de Alejandro Farnesio á los Paises-Bajos. 340
CAP. LXVII. Llegada del duque de Parma á los Paises-Bajos.—Situacion.—Progresos del príncipe Mauricio.—Negocios de Francia.—Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.—Entra.—El rey de Francia sale en busca de Farnesio.—Escaramuzas.—Levanta el sitio de Ruan.—Entra Farnesio en la plaza.—Sitia la de Candebec.—Es herido.—Toma de la plaza.—Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.—Atraviesa con su ejército el Sena.—Vuelve á los Paises-Bajos.—Orden de volver á Francia.—Sale de Bruselas.—Llega á Arras.—Su muerte.—Su carácter. 358

HISTORIA
DE FELIPE II.

HISTORIA

DE FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL.

TOMO CUARTO.

Madrid:

Imprenta y libreria de D. IGNACIO BOIX, editor,
calle de Carretas, num. 27.

1847.

CAPITULO LXVII.

Asuntos interiores.—Muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria.—Sus causas.—Acusaciones contra Antonio Perez, secretario del rey.—Su prision.—Averiguacion de su conducta como secretario de Estado.—Su sentencia.—Sigue el proceso sobre el asesinato de Escobedo.—Toman declaracion á Antonio Perez.—Artificios para que confiese.—Niega.—Le ponen á prueba de tormento.—Se declara autor del asesinato.—Su evasion de la cárcel y huida á Aragon (1).

1578—1590.

LLEGAMOS á un pasaje de la historia de Felipe II, que los panegiristas de este príncipe borrarian con gran gusto

---

(1) En lo poco que de este asunto hablan los historiadores españoles, se conoce evidentemente que eluden la verdad, ó tratan de ocultarla. Otra cosa hubiera sido imposible para los que escribian en aquellos tiempos. Sobre este triste episodio del reinado de Felipe II, tenemos *las relaciones* escritas por el mismo Antonio Perez, en tercera persona, su *memorial* presentado del hecho de su causa, ante el Justicia de Aragon, y su correspondencia. Muchas omisiones é inexactitudes á sabiendas se habrán padecido en estos documentos; mas por los pormenores en que entran y modo con que están escritos, no puede quedar duda de la verdad de los hechos principales. En 1842 se publicó en Madrid una obra en un tomo, intitulada *Antonio Perez, secretario de Estado del Rey Felipe II*, su autor don Salvador Bermudez de Castro, relativa al mismo asunto de este capítulo y los dos que siguen. Aunque el autor no cita á nadie en el curso de su escrito, es evidente que se guió en la mayor parte por los tres documentos ya indicados. Posteriormente publicó en 1844 Mr. Miguet en Paris otra obra, intitulada *Antonio Perez y Felipe II*, que ya corre en castellano. Los principales documentos consultados por el autor francés, son las mismas relaciones y memorial, un manuscrito perteneciente al ministerio de negocios extranjeros de Francia que contiene todas las piezas del proceso de Antonio Perez desde su prision hasta su fuga, una coleccion de todas las actas de la Inquisicion de España en diez y siete volúmenes, cedida á la Biblioteca real de Francia por Llorente, y la obra del señor Bermudez de Castro. La lectura de estos dos escritos modernos nos ha sido de mucha utilidad para la redaccion de este capítulo, pues aunque tenemos á la vista los escritos de Antonio Perez, no nos ha sido posible consultar el proceso original citado, sobre todo por el último. Es inútil que en el particular nos refiramos á Cabrera, á Herrera, á Ferreras, pues lo que dicen es poco y muy obscuro.

de sus páginas. Pocos en efecto han dado mas armas entonces á sus muchos enemigos, y las suministran hoy á los que persiguen con encarnizamiento su memoria. Nosotros que no escribimos animados de ninguno de estos sentimientos, que nos ocupamos de los hechos segun los encontramos, presentaremos el de la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, sin deseo de suavizar, ni menos de cargar las tintas de un cuadro, bastante obscuras ya de suyo. Antes de pasar á su relato, entraremos en la consideracion de las causas que en opinion comun le produjeron. Debió, como hemos visto, don Juan de Austria á su hermano todas las atenciones á que podia tener derecho por su nacimiento; fue revestido por él de cargos importantes dignos de la persona mas afecta y elevada; y sea que Felipe II le emplease á impulsos de su cariño, ó por aprovecharse de su capacidad, ó por otros fines que no es fácil aclarar, es un hecho que por su libre voluntad le colocó en teatros donde adquirió fama y se hizo uno de los nombres mas célebres del siglo. Mas ni este nombre, ni esta fama, le proporcionaban riquezas, ni le constituian en un establecimiento independiente. No habia obtenido la consideracion de príncipe de la casa real como lo habia solicitado, ni poseia infantazgo, ni tenia mas título que el simple nombre de don Juan de Austria, único con que fué conocido en su tiempo y vive todavía en la historia. Natural era que este personaje con la ambicion propia de su edad, halagado por la victoria y con la perspectiva brillante que á sus ojos se ofrecia, aspirase á ser mas que un simple capitan, obrando en nombre de su hermano, y desease adquirir con su espada una posesion ó pais de donde pudiese llamarse soberano. El Pontífice que lo designó para jefe de la liga ajustada contra el turco, fomentó mucho las pretensiones de don Juan para ganársele y hacerle instrumento de otros proyectos aun mas importantes. Ya le hemos visto ofrecerle que le reconoceria por rey del primer estado que sobre los turcos conquistase, y que

sin duda con objeto de utilizar esta promesa, no desmanteló don Juan á Túnez ni el fuerte de la Goleta, á pesar de las órdenes del rey que le habia prevenido lo contrario. No desconocia Felipe II las aspiraciones de don Juan ni las promesas del Pontífice; y por mucho que tratase de disimularlo, por precision llevaba muy á mal que su hermano, en detrimento de su propia autoridad, intentase hacerse independiente. No podia mostrarse celoso de las glorias militares de los generales que tanto le servian, pues ni era guerrero ni aspiraba á serlo; pero vigilaba con desconfianza y suspicacia el uso que hacian de la autoridad que les estaba delegada. No queria ver en ellos mas que simples órganos é instrumentos de sus voluntades, sin que á trabajar por cuenta de ellos mismos pudiesen nunca propasarse. Miró el rey, pues, con malos ojos los designios ocultos de don Juan y se disgustó mucho con su desobediencia en no desmantelar á Túnez; mas no fué esta ocupacion el último de sus planes favoritos. Volvió á pensar el Pontífice en su persona para una invasion en Inglaterra con el objeto de poner en libertad á María Estuarda; y con este objeto influyó en el envío de don Juan á los Paises Bajos de donde habia de salir la expedicion del desembarco; mas los disturbios de aquel pais y la guerra abierta que se habia vuelto á declarar, suspendieron el proyecto. Habia accedido el rey de España al plan de la invasion en Inglaterra, aunque con su acostumbrada repugnancia. Despues se le habia hecho creer que aspiraba don Juan á casarse con la misma reina Isabel, por cuyo influjo se concederia libertad de conciencia á los habitantes de los Paises Bajos. Si existió realmente esta idea, era aun mas quimérica que la anterior; pero habia recibido Felipe II demasiados avisos sobre el particular, para no mover su suspicacia.

Que el rey de España, por este y otros mas motivos, estaba muy descontento de don Juan, es probable y hasta histórico. Con gran atencion estaban vigiladas las

personas que podian gozar de su confianza. Ya en otra ocasion, atribuyendo sus aspiraciones á los consejos de su secretario Soto, se le habia substituido despues de la expedicion de Túnez, con otro llamado Juan de Escobedo, que parecia de un carácter mas prudente; pero se habia ganado poquísimo en el cambio. Ejercia el nuevo secretario en el ánimo de su señor aun mas poder que el despedido; á los consejos de Escobedo se atribuyeron, pues, los nuevos planes en que se le suponia. Era moralmente imposible que un hombre reducido como él en los Paises Bajos á los apuros que hemos mencionado, en su lugar correspondiente, pensase por entonces en hacer desembarcos en Inglaterra. Se le acusaba ademas de estar en planes con el duque de Guisa para entrar en Francia al frente de seis mil aventureros; mas ¿cómo habia de abandonar en aquella situacion la guerra importante en que se hallaba empeñado en los Paises-Bajos? Bajo este punto de vista debia de considerar un hombre de la circunspeccion del rey de España imputaciones semejantes; mas nada era para él materia leve, en las personas revestidas de mandos importantes, y sobre todo estaba irritado con don Juan porque formaba proyectos de engrandecimiento propio sin su noticia ni consentimiento.

A últimos de 1577 se hallaba Juan de Escobedo en Madrid, á donde le habia enviado don Juan de Austria en busca de dinero y mas recursos; y tal era al parecer la falta que hacia á su señor, que en todos sus oficios pedia que le mandasen cuanto mas antes á Escobedo (1). Se hizo así su persona objeto de la animadversion del rey, como que le suponia móvil de todos los disgustos que su hermano le causaba. Cuantas peticiones hacia Escobedo en nombre de don Juan, cuantos pasos daba para acelerar su vuelta, eran nuevos motivos de suspicacia y de irritacion para el monarca.

(1) *Dinero* y *Escobedo*, era por lo regular el final de todas sus comunicaciones.

Consultó Felipe II con algunas personas de su confianza, entre las que se hallaba don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, ya mencionado en esta historia, sobre lo que en aquel estado de cosas se habia de hacer con la persona de Escobedo. Dejarle volver á los Paises-Bajos, pareció sumamente peligroso. Entretenerle con frívolos pretextos, seria excitar su desconfianza. Con la medida de su prision y formacion de causa, se alarmaria vivamente don Juan de Austria. Fue, pues, el resultado de la deliberacion, que pues era necesario deshacerse de Escobedo como hombre peligroso, se le diese muerte por ocultos medios (1).

Por mucho que se quieran exagerar las faltas de don Juan, por muy fatal que apareciese el influjo de su secretario, no se ven en todo lo que va indicado bastantes motivos para que el rey con toda su severidad dictase una providencia tan violenta. Pero entre las personas que mas influyeron en su ánimo se contaba la de Antonio Perez, secretario de Estado, hombre de sagacidad, de talento y de instruccion, nada puro en el manejo de intereses y sin ningun escrúpulo en la eleccion de los medios que le llevasen á sus fines. Supone á este secretario la crónica de aquel tiempo en estrechas relaciones con doña Ana de Mendoza, princesa viuda de Eboli, señora de gran celebridad por sus gracias y hermosura, si no por la rigidez de sus costumbres. Se decia que Juan de Escobedo enlazado con la casa por relaciones de familia y amistad reprobaba mucho el trato y familiaridad de la princesa con Antonio Perez, su enemigo personal, y que el resentimiento de esta dama por las expresiones duras y amargas del censor encendió mas y mas el odio que le profesaba Antonio Perez. No tiene éste reparo; al contrario, alega como un servicio al rey que en su correspondencia con el secretario de don Juan, cuando se hallaba en los Paises-Bajos, jugaba con él un juego do-

(1) Memorial de Antonio Perez. (Págs. 314, 315 y 316).

ble, mostrándose descontento del rey, á fin de que Escobedo en sus respuestas depositase sus secretos en el seno de la amistad, manifestando lo descontento y agraviado que sobre varios particulares se hallaba don Juan de Austria. No fué dificil, pues, á Perez hacer ver al rey lo mal querida que era su persona, tanto por don Juan como por su secretario, y sobre todo que el primero no renunciaba á su idea favorita de tener *silla y cortina, que era su apetito contino, pues todo lo demas era impropio, etc.* (1) Que Perez tiraba á deshacerse por este medio de un hombre ya peligroso para él por sus indiscreciones, que de estos deseos participaba la princesa de Eboli irritada tambien contra Escobedo por la misma causa, aparece muy probable: que el secretario de Estado engañó hasta cierto punto al rey, abultándole las faltas tanto de don Juan como del secretario, aparece de los mismos hechos. Se decretó, pues, la muerte de Escobedo. Mandó el rey á Antonio Perez por medio de una carta que le matase ó hiciese matar secretamente, y Perez se apresuró á poner en ejecucion este precepto. Apeló primero al medio del envenenamiento. que se ensayó sin resultado alguno por tres veces. Las dos primeras se le administró en la propia mesa de Antonio Perez á donde le habian convidado á cenar en compañía de algunos amigos escogidos: la tercera en su propia cama donde se hallaba enfermo Escobedo de resultas de la última cena; mas estando ya receloso de Antonio Perez y percibiendo señales de veneno en una bebida que una esclava suya le presentaba, la hizo arrestar, habiendo sido por este delito condenada á muerte sin revelar el nombre de sus cómplices. Tal vez no los conocia ella misma; tal vez habia sido instrumento involuntario de los que habian echado el veneno en la bebida.

En vista de lo vano de estas tentativas, recurrió Pe-

---

(1) Memorial de Antonio Perez (p. 308). Véanse las que anteceden y siguen.

rez al medio del asesinato. Se perpetró el crímen en la plazuela de Santiago, por donde acostumbraba á pasar Escobedo, la noche del lunes de pascua de 1578. Eran seis los asesinos, llamados Inausti, Juan Rubio, Miguel Bosque, Diego Martinez (criado de confianza de Perez) Antonio Enriquez y Juan Mesa, armados de pistolas y puñales. Se echaron los tres primeros sobre la persona de Escobedo: los otros quedaron de acecho guardando á los primeros. Consumado el acto se fugaron á Aragon, habiéndoles proporcionado los medios para ello Antonio Perez. El que habia dado el golpe mortal (fue Inausti) recibió un gran presente en dinero, y todos los demas fueron remunerados en atencion á este servicio. Desde Aragon se dispersaron y se dirigieron á paises extranjeros, unos á Nápoles y otros á los Paises-Bajos, y tuvieron entrada al servicio de las tropas del rey en calidad de alféreces, cuyos despachos ó patentes fueron firmadas por la misma mano del monarca.

Se atribuyó el asesinato de Escobedo al solo Antonio Perez, sin que se mencionase á Felipe II para nada. Le designaban por cómplice y por instigadora á la princesa de Eboli, y la atribuyeron á resentimientos personales sin que entrase en ellos motivo alguno de política. Pidieron al rey justicia los hijos de Escobedo contra los asesinos de su padre, designando como al principal al secretario Antonio Perez y como instigadora ó cómplice á la princesa de Eboli. Perplejo Felipe II entre lo que como rey debia al interés de la justicia y las consideraciones que merecia su cómplice, trató de parar el golpe de la manera que le sugeria su sagacidad dando largas al asunto, esperando que el tiempo enfriase el resentimiento de los huérfanos. Por otra parte Antonio Perez, que conocia demasiado el carácter y duplicidad del rey, le suplicaba vivamente le sacase del conflicto atroz en que se hallaba por haber ejecutado fielmente lo que cumplia á su servicio. Contestaba afable y benigno á sus cartas el rey dándole toda especie de seguridades, mas no se tranquiliza-

ba el secretario con protestaciones que habia visto muchas veces desmentidas. Por una parte no le parecia probable que el rey permitiese un proceso en que se hallaba personalmente tan comprometido; mas como sabia sus artes y su gran poder, apeló al último recurso de pedirle la exoneracion de sus cargos con el permiso de retirarse á paises extranjeros. Esta gracia le fué negada por el rey, ó porque necesitase en realidad de sus servicios, ó porque meditase la pérdida de una persona de quien estaba disgustado.

Cansado al fin el rey de las importunidades de Perez condescendió con sus deseos, que eran de revelar el asunto al presidente de Castilla y obispo de Córdoba don Antonio Pazos, confesando ser el autor del asesinato de Escobedo y haber obrado así por su mandato. A los ojos del presidente, este precepto equivalia á una sentencia legal, como si hubiese sido dictada en tribunales de justicia; tal era la alta, la funesta idea que se tenia entonces de las prerogativas reales. Convencido así el presidente de la inocencia de Perez envió á llamar al hijo de Escobedo, y á fin de intimidarle, le hizo saber que el rey le habia remitido sus memoriales y peticiones en solicitud de justicia sobre el asesinato de su padre. Que deseaba hacérsela completa, mas que tuviese entendido que era tambien su voluntad que si Escobedo no presentaba pruebas auténticas é irrefragables de su acusacion, seria castigado como calumniador de dos personas tan respetables y de tan alta gerarquía como el secretario Antonio Perez y la princesa de Eboli, añadiendo de su parte el presidente, sobre su palabra de sacerdote, que estaba seguro, de que ni uno ni otro eran culpables de aquel asesinato (1).

(1) Copiaremos sus palabras insertas en las relaciones. (Pág. 13, edicion de Ginebra en 1631). «Señor Pedro de Escobedo: el rey me »ha remitido estos memoriales vuestros y de vuestra madre, en que »pedís justicia de la muerte de vuestro padre, contra Antonio Perez »y la señora princesa de Eboli; y me manda que os diga que se os

Intimidado con esto Pedro Escobedo, y sin pruebas para sostener su acusacion, se apartó de la querella.

Mas no eran solo los hijos de Escobedo los que reclamaban contra Perez. Era un tal Mateo Vazquez, oficial de su propia secretaría, el que incitaba á la familia de Escobedo. A la falta de los hijos echó los ojos sobre un pariente mas lejano que repitió la misma acusacion contra los asesinos del difunto. Las mismas insinuaciones que á los hijos de Escobedo hizo á Mateo Vazquez el presidente de Castilla, mas no se intimidó como aquellos, y siguió adelante apoyando las reclamaciones del pariente acusando á la princesa de Eboli, sin hacer caso del resentimiento de esta dama y de sus quejas al rey de la insolencia de Vazquez, que sin miramiento atacaba su reputacion y buen nombre.

Hasta entonces llevaba aquel negocio una marcha natural que se explica fácilmente. Habia mandado el rey hacer una muerte al secretario. Los hijos del asesinado piden justicia contra el último que pasa por el solo perpetrador, sin ningun cómplice. El presidente de Castilla, convencido de que Antonio Perez no ha sido mas que instrumento de la voluntad del rey, hace que el querellante se desista. Todo esto se concibe, mas en seguida vemos otro acusador que obra por instigaciones de quien no tenia derecho de ser parte en el negocio. ¡Cómo se explica la presentacion de este nuevo actor, Mateo Vazquez! ¿No parece natural que si el rey queria favorecer á

»hará justicia cumplidisima sin excepcion de personas, ni de lugar, »ni de sexo, ni de estado. Pero primero os quiero decir, que mireis »bien qué fundamentos y recuerdos teneis para la probanza; y que »sean tales, que esteis disculpado de la ofensa de tales. Porque no »siendo muy bastantes y por ello disculpable vuestra querella, se »convertirá la demostracion contra vos, por ser la princesa la per»sona que es, y su estado y gran calidad mucho de reverenciar; y »Antonio Perez el que es, por hijo de sus padres y abuelos, tan an»tiguos criados de la corona, y por el lugar que tiene. Pero antes »que me respondais, os digo tambien en confianza y afirmo en verbo »de sacerdote, que la princesa y Antonio Perez están tan sin culpa »como yo».

Antonio Perez hiciese callar á un hombre de un rango tan subalterno, oficial de su propia secretaría de Estado en quien no podia menos de ejercer una influencia omnímoda? Bastaba halagarle ó intimidarle, ó alejarle, ó mas bien sacrificarle al resentimiento de su principal que lo era el mismo Antonio Perez. Se puede alegar que se oponia esto á la circunspeccion del rey, y á la de reserva con que trataba de cubrir la parte que tenia en el negocio. Pero la circunstancia de no haberse dejado intimidar Vazquez por las amenazas del presidente como el hijo de Escobedo, da indicio de que contaba con un firme apoyo. Que Mateo Vazquez obraba como instrumento del mismo rey, quien jugaba en esto un juego doble, parece no estar sujeto á duda; que Felipe II aspiraba á perder á su antiguo secretario, lo manifiesta su conducta entonces, y la que observó durante el curso de todo este negocio. Este odio del rey hácia un hombre que por tantos años habia sido su servidor parece extraordinario. Tan solo con una hipótesis se explica. La crónica contemporánea que hablaba de las relaciones de Antonio Perez con la princesa de Eboli no tenia en silencio las de esta princesa con el mismo rey de España. Eran sin duda las últimas de fecha mas antigua: (1) tal vez no fueron

---

(1) Antonio Perez apunta algo de esto mismo en sus relaciones. Hablando de los rumores que se esparcieron sobre las causas de su prision y la de la princesa, dice (pág. 32): «Quién decia que por »vivir el rey ofendido de la antigua y contínua duracion de la ente»reza de la princesa de Eboli haciéndole menosprecio. Ofensa na»tural de las mayores, y mayor de los mayores. Quién que por »disgusto ó enojo contra Antonio Perez, por sospechar imaginada »y inimaginable, no de corona ni de persona. Quizá del deseo de lo »que acabo de decir. Que de estos uno no cumplido turba mas que »ofensas mil; y que se aprovechó del color de amistades para sa»tisfacerse de entrambos; del uno por lo que no le dió, del otro »por lo que no recibió ni comió.»

El señor Bermudez de Castro entra en grandes pormenores sobre el trato amoroso de Felipe II con la princesa, quien al parecer tardó mucho tiempo en mostrarse favorable á los deseos del monarca. Tambien dice que las relaciones de Perez con esta dama, tuvieron principio en haberle escogido el rey para su confidente y medianero cerca de ella.

coetáneas, pero al ser Felipe sabedor por los hijos de Escobedo ó por Mateo Vazquez de la doble intriga, debió de ser muy vivo su resentimiento. Si tal vez llegó á descubrir por las acusaciones de los parientes de Escobedo contra la princesa, como cómplice del asesinato; que al ordenar la muerte de Escobedo, en lugar de obrar por causas de estado no habia sido mas que instrumento de las venganzas de su secretario y la princesa; el que concibiese la mas viva indignacion y decretase la pérdida de estas dos personas, estaba muy en armonía con el carácter del monarca. Nosotros nos atenemos á esta hipótesis; sin ella todo cuanto hemos visto de este asunto complicado y que vamos á narrar sencillamente nos parece envuelto en la mayor confusion y hasta lleno de contradicciones.

Era el rey de España demasiado lento en toda su conducta para dar de repente los golpes que en secreto meditaba su política. Heria sin amagar; rara vez mostraba desagrado á las personas cuya ruina estaba sentenciada. Antes de deshacerse de la persona de su secretario, necesitaba otra de habilidad y talento que le reemplazase. Echó para ello los ojos sobre el famoso cardenal Granvela, que despues de haber desempeñado el vireinato de Nápoles se habia trasladado á Roma, donde residia separado de todos los negocios. Le escribió el rey una carta muy atenta, suplicándole pasase á España donde necesitaba de sus luces; y el prelado siempre ambicioso aunque ya algo anciano, se presentó á recibir las órdenes de su monarca. Inmediatamente fué revestido con el cargo de presidente del Consejo de Italia y encargado del despacho de otros mas negocios importantes (1).

Coincidió casi con la llegada de Granvela la órden del rey de arrestar á Antonio Perez, poniéndole bajo la guardia de un alcalde de córte. A la misma hora, que fué

(1) Perez no habla de la venida de Granvela, ni en las Relaciones ni en el Memorial; es omision muy digna de reparo.

las once de la noche del 28 de julio de 1579, hizo prender y conducir á la fortaleza de Pinto á la princesa de Eboli. Pasó el rey del Escorial á Madrid con objeto de tomar estas medidas. Confesó y comulgó aquel dia. La reserva se observó tan bien, que hasta las diez de la noche estuvo Perez despachando con el rey; es decir, una hora antes de ser preso (1). No se debe tampoco omitir otra circunstancia de gran bulto, á saber, que fué Felipe II, como testigo presencial de la prision de la princesa, hallándose disfrazado junto á los portales de Santa María que daban al frente de su casa, mientras se hallaban dentro los ministros de justicia. Despues que la vió salir en medio de ellos, se retiró con el mismo sigilo á su palacio.

No mandó el rey desde luego hacer proceso alguno á las dos personas arrestadas. Mas de cuatro meses permaneció en su prision Antonio Perez sin habérsele tomado declaracion alguna, sin saber siquiera de oficio el motivo de su confinamiento. Pero á un hombre de su sagacidad, y que tantos motivos tenia para conocer el carácter del rey, no se le podia ocultar que le amenazaba una desgracia; sin embargo, tuvo éste el arte de adormecer su desconfianza, tal vez porque él mismo no estaba fijo en el plan de su ulterior conducta con el preso.

¿Por qué lo estaba Antonio Perez? El asunto de la acusacion se hallaba suspendido y no obraba efecto. El rey no daba otro motivo que la enemistad profesada por Perez á Mateo Vazquez, y su obstinacion en no hacer con él las amistades. ¿Por qué estaba presa la princesa de Eboli? En la comunicacion que hizo el rey á los parientes de esta dama, no alegó mas motivo que la influencia que ejercia en el ánimo de Antonio Perez para que éste

(1) Véanse las Memorias de Fr. Juan de san Gerónimo, monge que fue del Escorial, en el tomo 8.° de los documentos inéditos que, con tanta utilidad de los que se ocupan en estas investigaciones, publican actualmente los señores don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda, individuos de la Academia de la Historia.

no se reconciliase con Mateo Vazquez. ¿Qué tenia que ver la enemistad que mediaba entre Vazquez y Antonio Perez, y la princesa, con el arresto de estos últimos? ¿No era extraño que por consideracion á persona tan subalterna como la de Mateo Vazquez, se mostrase el rey tan rigoroso con una de las primeras damas de la córte, y con su primer secretario de Estado, á quien habia dispensado en todos tiempos su confianza? Aparece claro como la luz del dia que eran otros los designios del rey, aunque la alternativa de indulgencia y de rigor, manifestada en su conducta sucesiva, hizo ver que fluctuaba sobre el modo de llevar adelante sus designios. Una prueba de que no era la enemistad de Perez con Vazquez el verdadero motivo del arresto es, que habiéndosele hecho saber que de la reconciliacion de los dos pendia su libertad, se sometió Antonio Perez; mas la libertad no tuvo efecto aunque aflojó muchísimo el rigor de su confinamiento.

En esta situacion se hallaba el negocio, cuando marchó el rey á Portugal, sin decidir nada sobre la suerte de su antiguo secretario. Para salir de esta inquietud, tomó su mujer, doña Juana Coello, el camino de Lisboa, con resolucion de echarse á sus piés y pedir el perdon de su marido. Informado el monarca de este viaje, mandó arrestarla en Aldea Gallega, ya en el territorio portugués, y que el alcalde de córte Tejada hiciese una sumaria informacion del hecho. No fué poca la extrañeza del alcalde, cuando habiéndose presentado al rey con lo actuado, no le dió Felipe II mas respuesta que coger la sumaria y arrojarla al fuego de su chimenea. En cuanto á doña Juana, la envió órden el rey de restituirse á Madrid, prometiéndola como rey y como caballero poner en libertad á su marido; cosa que no tuvo efecto.

Sin embargo, era por aquel tiempo la prision de Perez tan poco rigorosa, que apenas merecia este nombre. Pasaba el tiempo en festines, en el juego y otras disipaciones dispendiosas á que estaba acostumbrado. Sirvió

esto de pretexto para nuevas acusaciones de sus enemigos. El rey por su parte que no perdia de vista á su antiguo secretario, y trataba al parecer de adormecerle, afectó ceder al torrente de la opinion general, y mandó que se hiciese una informacion judicial sobre el modo con que se habia conducido en los diferentes cargos que le habia confiado. Se daba entonces á dichas averiguaciones el nombre de visita; porque los jueces encargados de la averiguacion, tenian derecho de visitar las secretarías del gobierno con objeto de hallar cargos contra el supuesto reo. Era como una puerta abierta á toda clase de acusaciones y denuncias.

No podia ser este procedimiento favorable para Perez. Todos sabian que ninguna fortuna habia heredado de su padre, y que sus gastos ascendian con mucho á sus emolumentos. Se hizo una averiguacion legal de lo que habia espendido en los muebles de su casa, en carruajes, en sus caballos, en partidas de caza, en el juego, y hasta se hizo mencion de su palco en el teatro colgado con tapices, y que le costaba *treinta reales diarios*. La crónica de aquel tiempo, designa la persona de Perez como una de las que vivian con mas esplendidez y fausto, superiores á los de muchos grandes. Se evaluó en ciento cuarenta y un mil ducados el costo de sus muebles, asegurándose que importaba otro tanto lo que tenia de renta anual; mas otros rebajaron esta á veinte mil, lo que para aquel tiempo era ya una suma enorme. Era evidente que para sufragar tan grandes gastos y adquirir esta fortuna colosal, habia necesitado Antonio Perez abusar de su posicion, vendiendo las gracias de la córte. Se hizo enumeracion de lo que le habian valido varios cargos importantes en España: de diez mil escudos que habia recibido del duque de Florencia, de presentes que le habia hecho don Juan de Austria y la princesa de Eboli, y hasta de lo que le pagaba anualmente Juan Andrés Doria, para conservarse sobre un buen pié con el monarca (1).

(1) Relaciones de Antonio Perez (p. 42).

¿Qué significa en el rey esta órden de averiguar cosas que debia muy bien saber, y que hasta entonces nunca habia evitado? Sin duda no ignoraba lo que Perez habia heredado de su padre y sueldos que devengaba por su cargo. Debia de suponer pues el origen de sus gastos excesivos y renta extraordinaria. ¿Cómo podian ocultarse á un rey, que de todo tenia noticias tan circunstanciadas, el modo con que Perez vivia, los muebles que tenia en su casa, el tren espléndido que era público, sus gastos en el juego, sus festines, á que asistian los principales personajes de su córte? Si Antonio Perez traficaba con su proteccion, si vendia sus favores, no podia ser un misterio para el rey de España. Si no era cierto; si como manifestó Antonio Perez en sus relaciones, el rey que era partícipe de las ganancias, menos motivos tenia de ignorar su procedencia. ¿Qué otro objeto podia tener la averiguacion mas que el deprimir á Perez en el concepto público y darle pretexto para emplear una mano de rigor que se comenzaba á alzar ya sobre su víctima?

Todavía se pasó un año sin que este procedimiento produjese resultado alguno; tan lento era el rey en todas sus medidas.

No estaba mientras tanto completamente parado el asunto de la averiguacion del asesinato de Escobedo. Habia vuelto á entablar su hijo don Pedro la demanda en querella, mas se procedia con suma lentitud y las actuaciones eran todavia secretas. Estaba encargado del asunto Rodrigo Vazquez, hermano de Mateo, circunstancia digna de reparo. Ateniéndose por entonces el rey al negocio de visita, le hizo condenar en 23 de enero de 1585, por el órgano del licenciado don Tomas Salazar encargado de la averiguacion, á un encierro durante dos años ó mas segun la voluntad del rey, en la fortaleza que fuese del agrado de S. M.; á ser desterrado por diez años á treinta leguas de distancia de la córte; á una suspension durante este tiempo de todas sus funciones.

Se le condenó ademas á pagar, volver y restituir doce millones doscientos veinte y cuatro mil setecientos noventa y tres maravedises en la forma y manera siguiente (1): dos millones setenta mil trescientos ochenta y cinco que ha recibido y le han sido entregados en Nápoles por cuenta de la señora doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, salvo el derecho que pudiese tener para percibir de dicha princesa cierto censo que dice pertenecerle y cargar sobre sus bienes: á restituir ocho colchas nuevas bordadas de oro y plata en terciopelo carmesí recibidas de dicha princesa, en tan buen estado como se hallaban cuando le fueron entregadas, á menos que quisiese pagar trescientos ducados por cada una, quedándoles á salvo el recurso contra dicha princesa por la indemnizacion que dice haberla hecho: item, dos diamantes de precio, que parece haber recibido de dicha princesa, á menos que pague en cambio la suma de dos mil ducados: item, cuatro piezas de plata procedentes de la venta de los muebles del conde de Galvez que ha recibido de dicha princesa en el mismo estado que tenian cuando se le dieron, á menos que pagase por ellas cuarenta y cuatro mil trescientos setenta maravedises: item una sortija montada con un granate que ha recibido de la misma princesa, ó pagar por ella ciento noventa y ocho mil setecientos cincuenta maravedises, debiendo todas estas sumas y efectos susodichos ser entregados á los hijos y herederos del príncipe Ruy-Gomez, ó por ellos á quien pertenezcan: item, un brasero de plata que ha recibido del serenísimo señor don Juan de Austria, tal y

(1) Perez en sus Relaciones (p. 49) hace mencion de esta sentencia fijando la multa en treinta y tantos mil ducados, sin mas pormenores que estarán sin duda en el proceso. Añade que esta sentencia no es un documento auténtico y no existe en parte alguna. Tambien afirma que el rey le envió á decir por su confesor Fr. Diego de Chaves que no diese descargo alguno, pues aquel procedimiento no era mas que una farsa, y no le costaria ni el valor de unos corporales para aquel templo pues parece que fué la conferencia en una iglesia.

tan bueno como le fué entregado, a menos que pague en cambio setecientos ducados; y en fin, por otros diversos cargos y trasgresiones que resultan de la averiguacion, siete millones trescientos setenta y un mil noventa y ocho maravedises aplicados á la cámara y fisco de su magestad.

No se difirió mucho la intimacion de esta sentencia. A fin de que no pudiese sustraerse á ella Antonio Perez, se presentaron en su casa dos alcaldes de córte, y mientras uno se dirigió á su despacho con objeto de apoderarse de sus papeles, pasó el otro al cuarto donde á la sazon estaba en compañía de su mujer, doña Juana Coello, y de sus hijos. Como la casa se hallaba cerca de la iglesia de san Justo, ocurrió al secretario la idea de ampararse en la jurisdiccion eclesiástica, y con este objeto habiendo eludido por un momento la vigilancia del alcalde, pasó á una habitacion que daba á la calle, se descolgó por las ventanas y corrió á la iglesia. Mas los alcaldes le siguieron inmediatamente; allanaron el templo y procedieron á la pesquisa de Antonio Perez, que hallaron escondido bajo el mismo techo de la iglesia de donde salió cubierto de telas de araña y de polvo. A pesar de las protestas y resistencia de los eclesiásticos le sacaron del asilo; y habiéndole hecho subir á un coche que los esperaba, lo trasladaron á la fortaleza de Turuégano.

Trató Perez de evadirse de esta fortaleza y recurrir á la jurisdiccion independiente de Aragon; mas habiendo sido descubierto el plan, se agravó el rigor de su confinamiento. Se procedió despues á pedirle la entrega de todos sus papeles, y como se supiese que los habia puesto en salvo, y que su mujer no estaba ignorante de su paradero, se arrestó á esta señora y á sus hijos; haciéndola saber por medio del confesor del rey, que se la condenaria á una prision perpétua, haciéndola ayunar á pan y agua si no revelaba el paradero de aquellos documentos. Se resistió doña Juana á declararlo; se sometió al rigor de su prision resuelta á todo, y fué preciso que su mari-

do la escribiese un billete con su sangre á falta de tinta, en que la mandaba expresamente entregase lo que le pedian. Puso en efecto doña Juana los papeles en manos del mismo confesor, y por este conducto pasaron á las del rey, quien los recibió con muestras de grandísimo contento. Pero Antonio Perez habia tenido la maña de sustraer de la coleccion los que podian serle mas útiles para su defensa.

Despues de la entrega de los papeles, se aligeró la prision de Perez. Se le trasladó á Madrid, y aunque no estaba precisamente en libertad, recibia á todas horas á su mujer, á sus amigos; hasta se le permitió asistir á los oficios de Semana Santa en el convento de Atocha. Esta alternativa de rigor y de indulgencia que hoy no puede menos de admirarnos, eran ya en aquel tiempo objeto para muchos de sorpresa. Se advertian unas contradicciones tan manifiestas en el proceder del rey, que nadie podia explicar ni someter á razonables conjeturas. Segun las palabras mismas del juez que entendia en la causa de la muerte de Escobedo: *unas veces le daba priesa el rey, y le alargaba la mano, otras espacio y se la encogia. No lo entiendo (son sus propias palabras), ni alcanzo, los misterios de las prendas que debe de haber entre rey y vasallo* (1).

El negocio relativo á la averiguacion de la muerte de Escobedo seguia su curso, mas de un modo misterioso que no se daba al público. Habian desaparecido poco á poco la mayor parte de los cómplices ó sabedores del asesinato. Se contaba entre ellos el astrólogo de Antonio Perez, llamado Pedro de la Hera, y un criado de su confianza llamado Rodrigo Morgado que habia llevado muchos recados á la princesa de Eboli, y se suponia instruido de pormenores sobre la intimidad de su señor con la princesa. Los dos hermanos de estas dos personas fueron de opinion de que habian sido ambas

(1) Relaciones (pág. 63).

asesinadas por el mismo Antonio Perez. A igual causa se atribuyó la muerte de Insausti ocurrida en Sicilia y la de Miguel Bosque, otro cómplice del asesinato, en Cataluña. Antonio Enriquez, hermano de este último, tambien cómplice, que habia sido paje de Antonio Perez, temeroso de la misma suerte se apresuró á acusar al ex-secretario como principal agente del asesinato, y con este objeto se dirigió al rey ofreciendo exhibir cuantas pruebas se le exigiesen de su aserto, comprometiéndose á ser colgado por las piernas si resultaba culpable de calumnia.

Rodrigo Vazquez, juez que entendia en esta causa, se hallaba á la sazon con el rey en Aragon donde celebraba córtes. Se aprovechó de esta circunstancia para tomar declaracion á Antonio Enriquez, quien entró detalladamente en la relacion de lo ocurrido en aquel acto. En seguida interrogó á un tal Gerónimo Diaz, que aunque nada dijo de la muerte de Escobedo, dió informes por extenso sobre la inteligencia que mediaba entre Antonio Perez y la princesa de Eboli. Despues se dirigieron á otro testigo llamado Martin Gutierrez, mas éste no habia sido testigo ocular de nada, y solo dió cuenta de lo que habia oido en Aragon á los perpetradores del acto, asegurando todos que el asesino principal habia sido un tal Mesa, el mismo que habia tratado de sacar á Antonio Perez de la fortaleza de Turuégano.

Hasta entonces no habia mas que un testigo ocular y ademas sujeto á recusacion por sus antecedentes. Procedió pues el juez Rodrigo Vazquez á tomar declaracion á Diego Martinez, antiguo mayordomo de Antonio Perez, hombre de toda su confianza y que acababa de llegar á Madrid con objeto de entregar al confesor del rey los papeles del antiguo secretario. Negó Martinez manifestando que nada habia sabido ni entendido nunca del crímen de que se acusaba á su señor, añadiendo que éste habia quedado muy afligido de la muerte de Escobedo, de quien era grande amigo. Antonio Perez, que se halla-

ba todavía en la fortaleza de Turuégano, al saber la prision de Diego Martinez en Madrid y la declaracion que le habian tomado, se alarmó mucho temiendo que recurriesen al medio del tormento, y con este motivo escribió al rey, rogándole encarecidamente que no permitiese se llegase á esta medida por la intervencion que habia tenido Martinez en todos los negocios, no siendo conveniente que se expusiese su fidelidad á tanta prueba. Se ve por esto que en Antonio Perez obraba todavía la ilusion de que el rey no era parte activa en la averiguacion judicial y que solo la permitia por no comprometerse.

Mas Felipe II, que tenia otras miras, no hizo caso de su secretario y dejó á Vazquez pasase adelante en sus indagaciones. Hizo carear á Diego Martinez con Antonio Enriquez, su acusador, de la participacion del asesinato de Escobedo. Mas el primero persistió en la negativa echando en cara á Enriquez su ingratitud, afeándole su perjurio por perder á un señor que le habia hecho tantos beneficios. Así quedó otra vez Vazquez reducido á un solo testigo ocular del hecho y testigo recusable, por lo que resolvió echar mano de un marmiton llamado Rubio, que habia preparado el brevaje destinado á envenenar á Escobedo y al boticario que le habia dado la receta. Como se hallaban los dos en Aragon, de jurisdiccion independiente de la de Castilla, trató de hacerlos venir á Madrid Rodrigo Vazquez. Habiéndolo sabido Perez los recomendó á Gil de Mesa, que se hallaba entonces en aquel pais, para que impidiese su salida, y temiendo siempre que al fin se escapasen y viniesen á Madrid á dar declaracion, volvió á escribir al rey suplicándole que hiciese poner fin al procedimiento y volverle á su favor, haciéndole ver que habian echado los ojos sobre el marmiton Juan Rubio, mas que él habia impedido su venida por medio de Gil Mesa, que era hombre de toda su confianza.

Admira lo fascinado que se hallaba todavía Antonio Perez sobre la parte que el rey tomaba en el proceso, y el arte diabólico con que éste habia sabido adormecerle

Para que se forme idea del calor y hasta sinceridad con que Antonio Perez escribia al rey, ponemos en seguida las últimas palabras de su carta. «Por las llagas de Cristo, »mil veces, suplico á vuestra magestad se duela de nos- »otros, y se apiade de nuestra inocencia y de la fideli- »dad y leales servicios de esta persona, padres y abuelos, »y se duela vuestra magestad de este abatido, y sea juez, »y el que satisfaga al mundo..... Digo, señor, con un »remo siquiera de su servicio; porque no piense el mun- »do que tal privacion de todo lo que poseia con tales »demostraciones fué por infidelidad mia, pues no la tuve »jamás..... Así, por amor de Dios, señor, nos socorra »con alguna señal de la gracia de vuestra magestad, que »esta hé menester y vida (1).»

Cualquiera podria imaginarse que el rey se conmoviese algun tanto con estas cartas angustiosas de quien habia sido su antiguo confidente y secretario. Mas Felipe II las entregó al juez para que obrasen como piezas del proceso. Aunque no habia hasta entonces mas que un testigo contra Antonio Perez, pareció á Rodrigo Vazquez que con esta declaracion y los rumores públicos, habia pruebas suficientes para condenarle. Sacó, pues, el procedimiento de la clase de privado y meramente indagatorio que tenia hasta entonces, á la de una causa pública contra la persona del secretario Antonio Perez. Para darle todo este carácter, pasó el juez á examinar su prision (2), y no hallándola segura, tomó todas las medidas para impedir que se escapase, habiendo aumentado asimismo el número de alguaciles que se hallaban de custodia.

En setiembre de 1589, se procedió al interrogatorio de Perez; y aunque esto se hizo por dos veces, en am-

(1) Proceso manuscrito citado por Mr. Miguet.
(2) Cuando comenzó á tomar el proceso de Antonio Perez un carácter de publicidad, se le trasladó á la fortaleza de Pinto; mas al cabo de dos meses se le volvió á Madrid.

bas respondió el acusado con la negativa, presentando en su descargo seis testigos, y alegando como prueba de su inocencia, que cuando se perpetró el asesinato, se hallaba con el marqués de los Velez en Alcalá de Henares. Lo mismo hizo doña Juana Coello, con quien se practicaron iguales diligencias. Mas á pesar de lo infructuoso de este paso dió su dictámen el juez, declarando á Perez culpable del asesinato, por la declaracion de Antonio Enriquez y los rumores públicos que le designaban como el primer instigador del acto.

Se concedieron á Antonio Perez diez dias para justificarse y dar sus descargos. Se presentaron abogados de una y otra parte; y Antonio Perez y lo mismo Diego Martinez, que eran los dos presuntos reos, obtuvieron ocho dias mas para presentar sus pruebas. Algunos testigos declararon en favor suyo, diciendo que Antonio Perez y Escobedo eran íntimos amigos; que el primero habia quedado muy afligido de la muerte del segundo; que Antonio Enriquez era un testigo sobornado, convicto y castigado en otra ocasion de falsificador; que Antonio Perez era un hombre de bien y buen cristiano. Lo mismo dijeron en favor de Diego Martinez, que era el otro reo.

No se podia condenar en rigor á Antonio Perez con la declaracion sola de un testigo; y el juez Vazquez, á pesar de su malevolencia, se vió obligado á aguardar la llegada de los dos testigos de Aragon. Mientras tanto, Perez, temiendo los resultados de tantas dilaciones, volvió á pedir con instancia que se le pusiese en libertad; á tanto llegaba todavía su ceguedad sobre las verdaderas intenciones del rey y del juez que se mostraba su instrumento. Por aquellos dias se presentó á Perez el confesor del rey y le exhortó por via de consejo amistoso á que se declarase culpable del asesinato de Escobedo, puesto que el mandato del rey le debia absolver de toda culpa. Se negó Perez á seguir el consejo, alegando que era la voluntad del rey que permaneciese el acto en secreto, y que tenia ademas la seguridad de que no le abandonaria

en el conflicto como se lo tenia escrito de su puño. De este mismo parecer habia sido el cardenal arzobispo de Toledo, manifestando á Perez lo delicado y peligroso que seria para él hacer una confesion que podria ser del desagrado del monarca.

Habiendo evitado Antonio Perez, por entonces, el lazo que le tendia el P. Chaves, tomó el partido que le pareció mas saludable y le aconsejaron sus amigos, á saber, de arreglarse con el acusador Pedro Escobedo. No faltaron quienes hicieron ver á éste lo útil y aun lo necesario que le seria entrar en una avenencia con el acusado. Dió oidos Pedro Escobedo á la proposicion; y por veinte mil ducados se apartó de la demanda, diciendo que perdonaba á Antonio Perez; pidiendo, que en virtud de ello le pusiesen en libertad, y lo mismo á Diego Martinez; añadiendo, que en esto cumplia un deber para con Dios y para con los grandes personajes que se lo habian suplicado. Eran estos el almirante de Castilla don Luis Enrique de Cabrera, el duque de Medina de Rioseco y conde de Moncada, don Rodrigo Zapata, comendador de Monte-alegre en la órden de Santiago, é hijo del conde de Barajas, presidente del Consejo de Castilla; don Alonso de Campo y Jácome Masengo, que firmaron todos el acta del desistimiento de Escobedo.

Parecia así el asunto terminado; mas no se satisfacia de este modo ni el odio del juez, ni se realizaban los planes de Felipe. En lugar de poner en libertad á Antonio Perez, escribió Vazquez al rey que aunque el acusado creia terminado el asunto por su transaccion con Escobedo, habian circulado demasiados rumores sobre la parte que habia tenido S. M. en el asunto para quedar comprometido de esta suerte, sin que Antonio Perez pusiese antes de manifiesto las causas que se habian tenido en consideracion para perpetrar la muerte de Escobedo. El fin de esta carta es tan extraño, que no podemos menos de copiarle aquí literalmente. «Vuestra magestad me »escriba un billete que yo se lo pueda mostrar, diciendo:

»decid á Antonio Perez que ya sabe como yo le mandé »hiciese matar á Escobedo por las cosas que él tiene en»tendidas, que á mi servicio conviene que las de»clare (1).»

¿No parece todo esto marcado con el sello de la insensatez? Así lo pareció entonces al cardenal arzobispo de Toledo don Gaspar Quiroga que tuvo noticia de esta carta. Copiaremos las palabras que dijo al confesor del rey. «O yo soy loco, ó este negocio es loco. Si el rey le »mandó á Antonio Perez que hiciese matar á Escobedo, »¿qué cuenta le pide ni qué cosas? Miráralas entonces, »y él lo viera que este otro no era juez en aquel acto, »secretario y relator de los despachos que le venian á las »manos, y ejecutor de lo que le mandó y encargó como »un amigo á otro, etc. (2).» De este modo de pensar del arzobispo, participaron cuantos tuvieron conocimiento del asunto. Mas aquí no habia ni insensatez, ni falta de circunspeccion, ni inconsecuencia. No pretendia el rey que se castigase á Perez por el asesinato de Escobedo, sino por haber dado á su señor un mal consejo. Le pedian las causas que habia tenido para ello, seguros de que privado de sus papeles no podria exhibirlas. Era el plan mas pérfido y hábilmente combinado. Al rey no le paraba perjuicio alguno el declararse autor de la muerte de Escobedo. Perez, sin pruebas justificativas, iba á aparecer como un calumniador, como un falso consejero que habia abusado de la confianza de su rey, induciéndole á cometer un acto horrible de injusticia.

Con arreglo á este proyecto dió el rey en 4 de enero de 1590 al juez Vazquez una órden por escrito concebida en estos términos. «Podreis decir á Antonio Perez »de mi parte, que él sabe muy bien la noticia que yo »tengo de haber él hecho matar á Escobedo y las causas »que me dijo que habia para ello, y porque á mi satis-

(1) Relaciones (pág. 75).
(2) Relaciones (pág. 77).

»faccion y la de mi conciencia conviene saber si estas »causas fueron ó no bastantes, que yo le mando que las »diga y dé particular razon de ellas, y muestre y haga »verdad las que ansí me dijo de que vos teneis noticia, »porque yo os las he dicho particularmente, para que »habiendo yo entendido las que así os dijere, y razon »que os diere de ello, mande ver lo que en todo conven»dria hacer. Madrid 4 de enero de 1590.—Yo el »rey (1).»

Mientras tanto se habia estrechado mas que nunca la prision de Perez: se le habia privado la comunicacion con todos sus amigos y familia, y tenia hasta centinelas de vista, oficio desempeñado entonces por medio de alguaciles. Se habia llegado hasta ponerle grillos; de cuya penalidad se habia rescatado por una gruesa suma de dinero.

Se enseñó á Antonio Perez la carta del rey; mas respondió, que salvo el respeto debido á S. M. nada tenia que declarar en el asunto, y como volviese á recusar Perez al juez Rodrigo Vazquez por su enemigo personal, se le agregó un tal Juan Gomez. Los dos le interrogaron por tres veces en los primeros dias del mes de enero de 1590 instándole y requiriéndole que manifestase los motivos ó causas que pudo haber habido para ordenar la muerte de Escobedo. Persistió Perez en la negativa, exponiendo que nada sabia, que nada habia llegado á su conocimiento de lo que le preguntaban. Recurrieron entonces los jueces á la fuerza. El 21 de febrero mandaron á los alguaciles que le echasen grillos á los piés y le sujetasen á la pared con una cadena atada al cuello. Mas Antonio Perez no por eso alteró el tenor de sus declaraciones. En seguida los jueces le amenazaron con el tormento, y no habiendo podido intimidarlo, *le mandaron poner á cuestion de tormento, y si en él muriese ó lesion de algun miembro le sucediese, fuese por su culpa*

(1) Proceso manuscrito por Mr. Miguet.

y cargo: y dijo lo que dicho tiene que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo; la otra el daño y lesion que resultase en su persona atento á estar tullido de las largas prisiones de once años, no se le podia sujetar á la pena del tormento (1). Mandaron entonces los jueces que le quitasen la cadena y los grillos y le requirieron otra vez que declarase los motivos que habia tenido el rey para ordenar la muerte de Escobedo. Habiéndose negado otra vez Antonio Perez, le despojó de sus vestidos el verdugo dejándole solo en calzoncillos. Los jueces mandaron retirarse á éste y requirieron nuevamente á Perez que declarase lo que se le tenia mandado, intimándole que en caso contrario iba á sufrir el tormento de la cuerda. Como se volviese á negar Antonio Perez, llamaron de nuevo los jueces al verdugo, *y luego estando presente la escalera y aparejos del tormento, por el Diego Ruiz, verdugo, le fueron cruzados los brazos al dicho Antonio Perez uno sobre otro, y le fueron comenzando á dar una vuelta de cordel en ellos, el cual dió grandes voces diciendo, Jesús y que habia de morir en el tormento, y que no tenia que decir*, cuyas palabras repitió varias veces. Ya le habian dado cuatro vueltas á la cuerda cuando los jueces volvieron á hacerle la misma intimacion, mas él se obstinó de nuevo, *y dando grandes voces y gritos dijo, que no tenia que decir y que le mancaban el brazo, vive Dios que estoy manco de un brazo y lo saben los médicos; y diciendo á voces: señor, por amor de Dios que me mancan, que me han mancado la mano, por Dios vivo, y tornó á decir: señor Juan Gomez, cristiano es, hermano, por amor de Dios, que me matas, que no tengo de decir mas. Fuéle tornado á decir por los mismos jueces que responda, y no dijo mas que, hermano, que me matas, señor Juan Gomez por las llagas de Dios acábeme de una vez, déjenme que cuanto quisieren diré; por amor de Dios,*

(1) Palabras del proceso.

hermano, que te apiades de mí. Y luego dijo que le quitasen de como estaba, que le den una ropa, que él dirá (1). Al pronunciar estas últimas palabras ya habia dado el verdugo ocho vueltas á la cuerda, y como Perez se preparaba á declarar le mandaron los jueces que deja-se el aposento. Entonces el secretario hallándose en tan angustiosa situacion se declaró autor de la muerte de Escobedo, dando á esta medida las causas y razones que ya llevamos indicadas. *Despues fuéle dicho á este declarante que haga la verdad y muestre las cosas que así dijo á S. M. para la muerte de Escobedo, dijo: que todos los papeles le fueron tomados las otras veces en diferentes prisiones, y que entre ellos hubiera muchos recaudos de lo que dicho tiene que dijo á S. M. y tuviera muchos testigos muy fidedignos como la persona que se ha nombrado (el marqués de los Velez) que justificaria de todo el caso. Pero como hace doce años que murió Escobedo han faltado las personas dichas. Demas que estas son materias que dá el vasallo á su príncipe, y mas cuando los particulares que le decian en secreto y á solas de Escobedo no podian tener testigos* (2).

Al dia siguiente de la tortura de Perez, sabedor Diego Martinez de lo que habia ocurrido confesó tambien, y confirmó, por medio de una declaracion circunstanciada, la relacion que del asesinato de Escobedo habia dado Antonio Enriquez.

En cuanto al desgraciado secretario, torturado tanto por los dolores padecidos como por la calentura y por su angustia, acabó de conocer el juego del monarca y la suerte horrible á que estaba destinado. Sabia ya que el juez Rodrigo Vazquez trataba de atribuir el asesinato de Escobedo, no á las razones de estado que hemos expuesto en su lugar, sino á intrigas de Antonio Perez en que

(1) Palabras del proceso.
(2) Palabras del proceso.

hacian un gran papel sus conexiones con la princesa de Eboli. Sabia además que estaba concertado este plan con el rey y que ambos se lisonjeaban de llevarlo á efecto, careciendo Antonio Perez de papeles con que justificarse. Tampoco ignoraba que pretendian hacerle culpable de la muerte del astrólogo Pedro de la Hera y de Rodrigo Morgado, de que hemos hablado á su debido tiempo. Abandonado y vendido tan cruelmente por el rey, no habia mas perspectiva para Antonio Perez que la de un suplicio ignominioso. Era ya la fuga su único recurso, desde entonces no pensó mas que en los medios de efectuarla. Hallándose bastante enfermo supo fingir un aumento de mal y alcanzó del rey que le asistiesen en su prision personas de su servidumbre. Por otra parte declararon los médicos que peligraba su vida si no se aliviaba en algo, y esto movió al rey hasta permitir la entrada á su mujer, doña Juana Coello, que se hallaba en los meses mayores de embarazo. Todavía conservaba muchos amigos Antonio Perez, y el cruel trato de que acababa de ser víctima le habia creado simpatías en grandes personajes de la córte. Su secretario y confidente Gil Mesa, que se hallaba todavía en Aragon, puso en juego mil resortes y preparó con grande habilidad la fuga de su amo. Se efectuó por fin ésta á últimos de abril de 1590. Disfrazado Perez con los vestidos de su mujer (1), se salió una noche de su prision por entre los alguaciles que le guardaban sin hallar obstáculo. Tal vez alguno de ellos estaria en la trama, lo que es muy probable. A pocos pasos de su prision encontró Antonio Perez á Gil Mesa

(1) Antonio Perez no habla de esta circunstancia, y evita con todo cuidado entrar en pormenores de su escape. Si su mujer le auxilió verdaderamente como queda dicho, fué un rasgo mas de la adhesion y constancia heróica con que tomaba parte en las desgracias de un esposo reputado por infiel. Algunos se apoyan en esta circunstancia para negar las relaciones de Perez con la princesa, mas no es una prueba concluyente. Pudo muy bien ignorarlas ó no creerlas doña Juana; tambien ser bastante generosa para perdonarlas y sacrificar el resentimiento á sus deberes.

que le aguardaba con caballos preparados, y sin perder momento caminó con ellos sin descansar las treinta leguas que le separaban de Aragon, donde tomó asilo por entonces.

Si lo que acabamos de decir sobre este asunto tan extraño, no estuviese consignado en documentos auténticos que apenas dejan lugar á duda alguna, pasarian tal vez por fabulosos. Tales son las improbabilidades y hasta contradicciones en que se hallan envueltos. Se vé á un rey encargar á su secretario, á su privado, á su favorito, pues tal podia considerarse entonces Antonio Perez, la muerte de un hombre; y que éste, obedeciendo ciegamente, la ejecuta. Se vé que de este acto se sigue un proceso, y que siendo tan fácil al rey hacer que la parte querellante desista, permite su continuacion, en que no puede menos de resultar como principal causante del asesinato. Se vé, que aun en la hipótesis de que el rey tuviese interés en que se condenase á Perez, deja pasar años sin que este proceso se formalice de un modo terminante y perentorio. Se vé á este rey emplear este vacio de tiempo en hacer condenar al secretario por cohecho, por corrupcion, por abusar de su favor y gracia. Cuando se ha dado el golpe terrible de que pague una cantidad enorme, de que tal vez no puede disponer, se renueva el negocio del proceso antiguo del asesinato. Unas veces se confina rigorosamente á Perez; otras se alivia su prision, permitiéndole el trato con sus amigos y familia, y hasta una media libertad de que el preso no abusa; tal es la confianza que le sabe inspirar el que al parecer tiene jurada ya su pérdida. Cuando está ya envuelto en las redes que le tienden sus enemigos, se apela al último extremo del rigor, y se le estrecha á que se confiese reo de un delito mandado por Felipe mismo. Para que no le quede efugio alguno, se declara el mismo rey autor de la muerte, puesto que la habia ordenado; y se manda á Antonio Perez que exponga los motivos que hubo para ello, con la esperanza de que careciendo de sus papeles,

se le pueda condenar por haber dado malos consejos al monarca. Y en este tejido de incertidumbre, de dilaciones, de alternativas de blandura y dureza, de ingratitud, de negrura, de perfidia, de crueldad, pasaron nada menos que doce años. ¿Qué motivos, pues, podia tener el rey para conducirse de este modo, con un hombre que sin duda habia sido depositario de su confianza, y obtenido su amistad hasta el punto que podia dispensarla un rey de su carácter? ¿Qué le iba en declararse él mismo como principal motor de la muerte de Escobedo, cuando le ponia á cubierto su prerogativa, cuando en la persona de Antonio Perez no podia considerar la opinion mas que el instrumento fiel de las voluntades del monarca? ¿Qué interés podia tener en perder con tanta crueldad á su secretario? A tan extraño problema no se ofrece mas que una solucion; á saber, la del deseo de una venganza que se alimentó por espacio de doce años para terminar de un modo tan estrepitoso. Se puede dar á esta venganza el nombre de justicia, suponiendo que Felipe II trataba de castigar á Perez por haberle dado un mal consejo. Mas ¿por qué habia sido tan ligero un hombre de su circunspeccion en admitir los cargos que se hacian á Escobedo? Si en esta conducta del rey no influyó principalmente su resentimiento por las conexiones que se suponian entre su antiguo secretario y la princesa de Eboli, no puede encontrar la sana crítica otra explicacion que darle.

Dejamos para los dos capítulos siguientes el desenlace, funesto á todas luces, de este drama.

CAPITULO LXIX.

Continuacion del anterior.—Enojo del rey con la huida de Antonio Perez.—Motivos de su resentimiento.—Idea sucinta de las instituciones de Aragon.—Córtes.—Diputacion permanente.—Gran Justicia de Aragon.—Manifestaciones.—Llega Perez á Calatayud.—Sale preso para Zaragoza.—Encerrado en la cárcel de los manifestados.—Entabla el rey su acusacion ante el Justicia.—Su desistimiento,—Apela al recurso de la enqüesta.—Inútil tambien.—Se apodera del asunto el Santo Oficio.—Reclama su persona.—La trasladan á sus cárceles en la Aljafería.—Alboroto del pueblo.—Vuelve Antonio Perez á la cárcel de los manifestados.—Nuevas intrigas para pasarle á la del Santo Oficio.—Nuevas órdenes para su extradicion.—Nuevo alboroto del pueblo.—Saca éste á Perez de la cárcel.—Sale Antonio Perez de la ciudad.—Vuelve á ella de oculto.—Vuelve á salir.—Se refugia en el Bearne (1).

1590.—1592.

Grande fué el enojo de Felipe II cuando supo que se le habia escapado de las manos una víctima en quien pensaba apurar todos los rigores de su saña. Fué su primer efecto mandar poner á la mujer del fugitivo y sus siete hijos en la cárcel pública. Aumentó su indignacion la idea de que trasladado Perez á un reino que se podia considerar entonces como extraño, gobernado por diferentes instituciones que Castilla, encontraria simpatías en sus habitantes, que le eran poco afectos, y proteccion en fueros que ofrecian menos campo á su arbitrariedad y malas artes. Iban seguramente á ser divulgados secretos que el rey pensaba ocultar para siempre entre las paredes de un calabozo, y presentarse bajo

(1) Los mismos señor Bermudez de Castro y Mr. Miguet ya citados, Antonio Herrera, Ferreras, Lupercio Leonardo de Argensola, Gerónimo Zurita y Gerónimo Blancas en sus Anales de Aragon. Llorente, historia de la Inquisicion. Esta parte no se halla envuelta en tanta oscuridad como la del capítulo anterior.

el aspecto mas feo su injusticia contra un hombre, que si bien valia poco bajo el aspecto moral, al fin habia sido secretario suyo y considerado como merecedor de sus favores. No pudiendo, sin embargo, retroceder en su carrera, determinó llevar adelante la obra de rigor, y vencer todo género de obstáculos que á ello se oponian, por la diferente posicion en que se hallaba el acusado. Para comprender este grande embarazo y desazon del rey, necesitamos por un momento subir á tiempos mas remotos y dar una breve y sencilla explicacion de los grandes motivos que tenia Perez para elegir el reino de Aragon como su punto de refugio.

No nos detendremos en el orígen y principio de este reino, envuelto como todos en grande obscuridad, y como perdidos en la noche de los tiempos. Se duda hasta de la existencia de los primeros reyes llamados de Sobrarbe, del nombre de un pais montuoso de este reino, confinante con los Pirineos y Navarra. En este territorio comun á las dos fronteras de Navarra y Aragon comenzaron á reinar los reyes llamados de Navarra, hasta don Sancho el Mayor, que con la adquisicion de nuevos dominios llegó á ser un gran potentado para aquellos tiempos, y al fin debilitó este gran poder dividiendo entre sus hijos sus estados. Tocó á don Ramiro uno de ellos, la parte de Aragon, llamada así del rio que la baña; pequeño territorio entonces, por estar ocupado por los sarracenos todo el vasto pais que por conquistas sucesivas formó con el tiempo la corona de este nombre. Se debe, pues, considerar á este don Ramiro como el primer rey histórico de Aragon, casi por la mitad del siglo XI; mas cualquiera otro giro que se dé á esta controversia, no hace para nada á nuestro asunto.

Que las instituciones de este reino tenian mucha semejanza con las de Leon y de Castilla y demas cristianos de España, se debe inferir sabiendo que unos y otros se hallaban casi en iguales circunstancias. El sistema feudal, que era entonces el derecho público de Europa, se

presentaba en todos los estados casi con unos mismos caractéres. Tuvo Aragon como Castilla y los demas estados de España, sus reyes, sus prelados, sus barones, que en un principio dirigian todos los negocios públicos, y con el tiempo sus corporaciones populares, que por concesiones, por gracia, ó mas bien porque necesitaban de ellos los monarcas, concurrieron por medio de sus delegados á las grandes asambleas conocidas con el nombre de Córtes en toda la península cristiana.

Las de Aragon, en los tiempos que ya son históricos, se componian de cuatro brazos ó estamentos; primero, los prelados, en el que entraban tambien los grandes maestres de las órdenes militares: segundo, los nobles ó barones: tercero, los infanzones ó caballeros, ó hidalgos ó nobles de segunda clase: cuarto, los procuradores de las diferentes corporaciones que tenian voz y voto en Córtes, y á quienes daban comunmente el nombre de universidades. Los dos primeros brazos se representaban á sí mismos, y cada individuo podia emitir su voto por medio de un apoderado: los otros dos, como mas numerosos, acudian á las Córtes por medio de delegados ó representantes. Deliberaban comunmente estos brazos por separado lo mismo que en Castilla; y aunque muchas veces no se presentaban todos, rara vez dejaban de concurrir los infanzones y procuradores de las universidades. Lo que proponian las Córtes, y el rey aprobaba, era ley; tambien era ley lo que proponia el monarca y las Córtes aprobaban.

Los publicistas versados en estas materias, que han examinado y comparado las instituciones de Aragon y de Castilla, hallan á pesar de muchos puntos de similitud un carácter mayor de independencia, mas espíritu de democrácia, mas apego al mantenimiento y conservacion de sus derechos en el primer reino que en el último. Eran por otra parte sus leyes mas suaves, sobre todo en asuntos criminales. Se hallaban, en una palabra, los reyes en mayor dependencia de las clases populares, con manos mas atadas para ser mas despóticos que los de Castilla.

No han tenido algunos reparo en dar al gobierno de Aragon el nombre de pura democrácia con un rey á la cabeza. Mas ni el nombre ni la cosa eran conocidos en aquellos tiempos de desigualdad política, en que las clases populares, por celosas que fuesen de su independencia y conservacion de sus derechos, se creian llamados por la naturaleza á doblarse ante el rey, los prelados y la aristocrácia.

Cuando las Córtes de Aragon no estaban congregadas, representaba en cierto modo su poder una diputacion de ocho personas, dos por cada brazo, llamadas diputados. Se renovaban anualmente por el mes de junio, sacados á suerte de entre las personas idóneas designadas de antemano, y cuyos nombres se hallaban dentro de una bolsa segun el brazo á que pertenecian. Se hacia esta extraccion con toda la solemnidad posible. Juraban los diputados el cargo, antes de entrar en sus funciones. Entendian en la administracion de la hacienda del reino, en la conservacion de sus fueros, y se reunian diariamente en el palacio llamado de la *diputacion*, donde tenian *consistorio*, nombre que se daba á sus sesiones.

Otra particularidad tenian las instituciones de Aragon no conocida en las de Castilla, á saber, la existencia de un magistrado, llamado *Justicia* ó *Gran Justicia* de Aragon, juez solo y presidente de un tribunal, de cuyas decisiones era imposible apelacion alguna. Sobre las atribuciones de este Justicia ó Gran Justicia hubo y existe todavía diversidad de pareceres. Segun algunos, ejercia un poder omnímodo independiente del rey, cuyas voluntades y decisiones contrariaba á su placer, ó porque así lo exigiesen las necesidades del Estado. Venia á ser su autoridad, segun estos autores, á la que ejercian los antiguos *éforos* en Lacedemonia, ó los tribunos de la plebe en Roma. Otros mas versados tal vez en la historia de este reino, mas adictos á la voluntad suprema de los reyes, no colocan en tan alto puesto la autoridad del Justicia, dependiente segun ellos del rey, y reducido á po-

ner en ejecucion lo determinado por las Córtes. Es muy inútil deslindar atribuciones basadas en usos y costumbres, mas que en leyes escritas, y que por lo regular se mueven en mayor ó menor círculo, segun el carácter personal de los que las ejercen. Prescindiendo de esta controversia y contrayéndonos simplemente á los hechos, no hay duda de que era muy grande la autoridad y poder de este alto funcionario. El nombre solo, el hecho de personificar de un modo significativo la justicia, envuelve su grandísima importancia. Ejercia el derecho de censura sobre todos los actos emanados del gobierno, y aun de prohibicion si eran contrarios á las leyes. Se le consideraba como el verdadero depósito de las instituciones, como un funcionario siempre en vela acerca de su cumplimiento. Se apelaba á su tribunal de la sentencia de los ordinarios, y de lo que él decidia no podia apelarse. Se le consideraba en todo como órgano vivo de la justicia, cuyo nombre llevaba, como protector de los derechos del pueblo, como el defensor de los pequeños contra la opresion y tiranía de los grandes. Recaia este encargo en la clase de los caballeros: era nombrado por el rey vitalicio, y por lo regular hereditario. La circunstancia de haber pasado por espacio de algunos siglos sucesivamente á personas todas hábiles que le ejercieron con lustre y grande utilidad del reino, contribuia en gran manera á hacer el nombre del Justicia de Aragon singularmente popular, sobre todo por los años á que se refiere nuestra historia. Al tribunal del Justicia de Aragon se daba el nombre de *córte,* y de *lugar-tenientes* á cinco magistrados jurisconsultos que con él le componian. Duraba el cargo de estos lugar-tenientes de unas córtes á otras, y asistian diariamente al tribunal para oir y sentenciar las causas. Ademas, cada uno de ellos tenia audiencia pública, para lo que se acostumbraba tocar una campana. Se reunia el tribunal en el palacio de la diputacion.

Si no habia apelacion de las sentencias del Justicia, mas que ante las Córtes, estaba abierto el camino de las

querellas ó denuncias contra las decisiones de los lugar-tenientes. Para entender en estas apelaciones, se nombraban todos los años, por suerte, cuatro magistrados á quienes se daba el nombre de inquisidores; cada uno perteneciente á uno de los cuatro brazos. Se presentaban á su tribunal el primero de abril los querellantes ó denunciadores, precediendo un pregon á son de trompetas y atabales. Instruian estos inquisidores el proceso, oyendo las quejas, examinando los testigos, recibiendo los descargos del lugar-teniente que daba motivo á la querella; mas la sentencia definitiva estaba encomendada á otro tribunal compuesto de diez y siete jueces legos llamados *judicantes* nombrados del mismo modo que los inquisidores, y que entraban en funciones el veinte de junio, dia señalado para la terminacion de los procesos. Tenian los judicantes dos asesores letrados, mas sin obligacion de atenerse á sus consejos. Despues de prestado juramento, entraban á votar con el mayor secreto por medio de dos habas que le daba el secretario, una blanca y otra negra, para declarar absolucion ó lo contrario. No duraba la autoridad de dichos judicantes mas que el tiempo para dar estas sentencias, y no podia pasar de treinta dias.

Habia ademas otra particularidad en las leyes de Aragon y que va á hacer un gran papel en lo que nos queda que decir de nuestro secretario. Cuando se prendia á una persona que por haber incurrido en el odio del rey ú otro motivo temia en su nueva situacion algun rasgo de su arbitrariedad, manifestaba su caso ante el Justicia de Aragon y pedia ser juzgado por su tribunal particular, ante el cual acudia como parte el fiscal ó el representante del monarca. Se trasladaba inmediatamente á estas personas á una cárcel particular llamada *cárcel de la libertad*, de los *fueros*, de la *manifestacion* ó de los *manifestados*, del nombre que daban á los reos que en este caso se encontraban. Eran juzgados los manifestados por las mismas leyes comunes del pais, mas tenian la facultad de salir en ciertos casos por medio de fianzas, y

ademas no podia aplicárseles la pena de tormento.

Se conservaban los fueros de Aragon en todo su vigor cuando la incorporacion de este reino al de Castilla. Verdaderamente no formaban uno solo aunque estaban regidos por un mismo cetro. Se administraba aparte el reino de Aragon con su secretaría peculiar y consejo de Aragon en la Córte que entendia exclusivamente en sus negocios. Representaba la persona real en Aragon un gobernante con el nombre de virey, presidente aunque sin voto de la real Audiencia. Se dividia ésta en dos consejos ó salas, una para lo civil y otra para lo criminal, componiéndose cada una de cinco consejeros. El mas condecorado de los diez tomaba el título de regente, ejercia jurisdiccion particular fuera de las causas ó procesos, y firmaba las órdenes y provisiones ordinarias. La audiencia celebraba sus sesiones en el palacio de la diputacion.

El virey de Aragon tenia un segundo con el nombre de gobernador general, que se consideraba como el representante de la persona del príncipe heredero. Tenia jurisdiccion en todo el reino donde no concurriese con el virey, y en su ausencia ejercia todas sus atribuciones. Por lo regular recorria el gobernador general los diversos puntos del pais llamando así los procesos y las causas sin residencia fija, mientras el virey la tenia casi siempre en Zaragoza.

Habian llevado muy á mal los aragoneses el pasar bajo el dominio de los príncipes austriacos. Fué poco querida la persona del emperador; lo era menos la de Felipe II, cuyo carácter despótico se hacia mas sentir que el de su padre. Receloso el pueblo aragonés de aquellos monarcas extranjeros que en todos tiempos se habian mostrado enemigos de los fueros populares, temian á cada momento por los suyos propios á que eran tan adictos. Por aquel tiempo estaba pendiente una especie de pleito con el rey, sobre si estaba ó no en sus facultades nombrar de lugar-teniente ó virey una persona

que no fuese natural del reino. Los que se decidian por la afirmativa se apoyaban en antecedentes de varios reyes de Aragon, que al ausentarse de sus estados habian dejado por vireyes ó regentes á personas de Cataluña y de Valencia. Los que llevaban la contraria se atenian á la letra de los fueros que lo prohibia en los mas expresos términos. Se seguia el pleito en el tribunal del Justicia de Aragon, y antes de venir á una sentencia, Felipe II con objeto de que representase su persona ante el Justicia, envió á don Iñigo Mendoza, marqués de Almenara, quien hizo su entrada en Zaragoza con un acompañamiento muy lucido. Se quiso ver en esto un designio del rey de imponer á los de Zaragoza, haciéndoles ver lo seguro que estaba de su triunfo.

Tal era el estado de las cosas en Aragon cuando en la primavera del año 1590 verificó su fuga Antonio Perez de la cárcel. Aunque nacido en Madrid era oriundo de Aragon por su padre y abuelo, naturales de Monreal de Ariza. Le acompañaban su antiguo criado y confidente Gil de Mesa, otro aragonés tambien llamado Gil Gonzalez, y un genovés, su secretario, Francisco Mayorini. Con gran velocidad corrieron los fugitivos el terreno que les quedaba para alcanzar la frontera de Aragon, y sin detenerse en ella llegaron á Bubierca, pueblo distante cinco leguas de Calatayud, donde tomaron algunas horas de descanso. Inmediatamente se pusieron en camino para dicha ciudad, y Antonio Perez, sin atreverse á tomar alojamiento en ninguna de sus casas, se refugió en el convento de san Pedro Mártir, mientras Gil de Mesa sin detenerse en Calatayud siguió á Zaragoza, donde presentó al Justicia una peticion de Antonio Perez solicitando para él y Mayorini el beneficio de los *manifestados.*

Inmediatamente que supo el rey la evasion de Antonio Perez envió personas en su seguimiento con órden de cogerle vivo ó muerto, antes de pasar el Ebro. Cuando llegaron á Calatayud ya estaba Perez refugiado en el con-

vento. A pocas horas de tomar asilo, se presentó un caballero de Calatayud llamado don Manuel Zapata, quien á nombre del rey le declaró preso; mas aunque trató de extraerle del monasterio, tuvo que ceder á la voz popular que se mostró muy contraria á esta violencia (1).

Se habia mejorado mucho la condicion de Perez con el abrigo de las leyes tutelares de Aragon. Mas penetrado del gran poder de un enemigo contra quien con armas tan desiguales combatia, trató de recurrir otra vez á su clemencia. Para esto le escribió desde su asilo de san Pedro Mártir una carta que copiamos en seguida: «Señor: Viendo cuán á la larga á cabo de tantos años iban »mis prisiones y el rigor de algunos ministros, ó sea la »envidia, sin valer mi persona merescer tanto como ha pa»decido, y que sin causa, mi miseria no tenia aun señal »de fin sino solo la vida y lo demas, y que el proceder »de los ministros me tenian reducido á no poder respon»der por mí ni por la honra de mis padres y hijos, y mia, »obligacion natural y cristiana; me resolví á hacer lo que »he hecho y venir á este reino de V. M., naturaleza de »mis padres y abuelos, pues en él es y será V. M. se»ñor de todo, como en medio de los grillos y cadenas mas »fuertes, y yo tan obediente á su real voluntad como el »barro en mano de su ollero, de que tengo dado buen »testimonio y prueba, con el largo sufrimiento fundado »en la esperanza que he tenido siempre en V. M. y en »su gran cristiandad y misericordia y en el depósito que »tengo en su real pecho de mi inocencia, que en solo este »estado, y en nombre de que mis pequeños sacrificios »y fidelidades aunque en otro sugeto y ventura pudieran »llegar á méritos diferentes que en mí han causado. Yo »suplico á V. M. muy humildemente, que pues tiene »tanta prueba de esta verdad y noticia de la pasion de

(1) De este intento de extradicion violenta habla Herrera en su Historia del mundo, lib. VIII, cap. XVII. Perez en sus Relaciones (p. 98) dice solo que le dejó preso en una celda.

»algunos ó algun ministro por sus consultas y trazas, »crea V. M. el entrego y posesion que le doy de esta »persona, y ánimo á su obediencia, y real voluntad en »todo, y que no permita que la pasion de los que digo »pase adelante en ofensa de su gran cristiandad y en ser»vicio y en escarmiento de fieles vasallos. Tambien su»plico á V. M., por su gran piedad, mande mirar por »esta mujer é hijos y nietos de padres, y abuelos fieles »y probados de V. M., y que por quien V. M. es, se »sirva que vivamos en un rincon, en que V. M. fuese »servido, pues será rogando á Dios para cuando mas no »valgamos, por la larga vida y prosperidad de V. M., »á quien él la dé muy cumplida en todo como la cristian»dad lo há menester. De San Pedro de Calatayud á 24 »de abril de 1590 años.»

Ademas de esta escribió Perez otra para Fr. Diego de Chaves, confesor del rey, que tambien copiamos. Decia así: «Por la copia de lo que escribo á S. M. verá »vuestra paternidad lo que yo aquí le puedo decir y las »causas muchas que me han movido á lo que he hecho, »y mejor que por todo lo verá por las verdades que en su »pecho cristiano están depositadas, de las cuales ni de »razon ninguna no pretendo valerme, sino de la concien»cia y mano de vuestra paternidad. Yo le suplico no con»sienta que pasen adelante mas rigores, que con eso y »verme aquí en un rincon con mi mujer y hijos no quie»ro mas satisfaccion ni defensa que alguna muestra de la »gracia de S. M. por el camino que fuere servido, como »carta de bien servido, por irme en esto la honra de »mis padres, y hijos, y mia. Que en lo padescido tan lar»ga y miserablemente no trato, pues hallaré en ello una »satisfaccion todos los dias que amanecieren, que lo he »padescido por fidelidad y servicio de mi rey y señor. »Nuestro Señor, etc. (1).»

Otra carta escribió ademas Antonio Perez al carde-

(1) Memorial de Antonio Perez (p. 163 y siguientes).

nal arzobispo de Toledo, y cuyo contenido omitimos, por ser casi una repeticion de lo ya dicho. Ninguna de ellas movió el ánimo implacable del rey, que ya habia tomado su partido. Por su órden, reclamó el fiscal de la Audiencia de Zaragoza la persona de Antonio Perez, como reo de varios delitos; sobre todo, del de haber abusado de la confianza de su soberano. En virtud de su reclamacion se comisionaron á Calatayud agentes de la Audiencia y empleados del virey, que lo era á la sazon el obispo de Teruel, para apoderarse de la persona del presunto reo. Fué extraido en efecto Antonio Perez, en virtud de este mandato, del convento de San Pedro Mártir, conducido preso á Zaragoza con Mayorini, y depositados ambos en la cárcel de los *manifestados* segun la solicitud que con debida anticipacion habia hecho para ello (1). Por la muerte de Escobedo no podia ser procesado Perez en Aragon, habiéndose ya arreglado con la parte agraviada en Castilla. Así la querella ó *apellido*, como allí lo llamaban, del fiscal, se reducia á acusarle: 1.º, de calumnia contra el rey cuyas órdenes habia alegado para la perpetracion de aquel asesinato: 2.º, de haberle engañado, divulgando secretos de Estado: 3.º, de haberse fugado.

Los procedimientos criminales en Aragon eran entonces públicos, y tratándose de los manifestados, que temian ser oprimidos por jueces que actuaban en nombre del monarca, interesaban demasiado la curiosidad para que fuesen ignorados de ninguno. A Felipe II no podian ocultársele las pocas simpatías que gozaba en el pais, y que un proceso como el de Antonio Perez no

(1) Antonio Herrera en el mismo capítulo citado dice: que antes que llegase el teniente gobernador de Aragon para someter al preso á la jurisdiccion de la Audiencia, se presentó don Juan de Luna con cincuenta arcabuceros quienes llevaron al preso á la cárcel de los *manifestados*. Perez no habla de este conflicto ó competencia en sus relaciones (p. 89), y solo dice que lo sacaron del convento. Habiéndose ya anticipado á manifestarse por el órgano de Gil de Mesa, no podian ponerle en otra cárcel que la de los *manifestados*.

estaba calculado para captarse su benevolencia. Por otra parte, el sagaz y astuto secretario, que sabia muy bien el terreno que pisaba, no era remiso en esparcir voces que le presentaban en el público como víctima inocente de la ingratitud y malas artes del monarca. Fué así desde su llegada á Zaragoza sumamente popular entre los muchísimos que miraban con malos ojos la dominacion de los reyes de Castilla.

Volvió Perez á escribir al rey el 8 de mayo, implorando su clemencia con nuevas instancias y encarecimientos; volvió á hacerlo con el confesor y demas personas influyentes (1), pero sin efecto. Juzgando entonces Antonio Perez que el motivo de la obstinacion del rey era la persuasion en que se hallaba de que no le habian quedado papeles á su antiguo secretario, recurrió al expediente de enseñar bajo el secreto de confesion al prior de Gotor (2), todos los papeles que todavía conservaba. Se hallaban entre ellos billetes escritos de la mano del monarca, en que aparecia su connivencia en el asunto del asesinato de Escobedo, y otros del P. Chaves que la indicaban asimismo claramente. En seguida le dió una copia de estos documentos (3), y le despachó á Madrid, á fin de que informase verbalmente al rey de los medios que tenia para defenderse de las acusaciones de calumnia, de traicion y de evasion que pesaban contra él, ante la córte del Justicia.

Con estos papeles y una instruccion muy por extenso que le dió Antonio Perez, se presentó en Madrid el prior de Gotor y obtuvo una audiencia del monarca. Tan lejos se mostró éste de ablandarse con el mensaje y otra carta muy sumisa del mismo Antonio Perez, que muy pocos

(1) Memorial de Antonio Perez (p. 277 y las siguientes).
(2) Ibid. (p. 281 y siguientes).
(3) Sobre estos papeles que conservaba en su poder Antonio Perez, ocurre una observacion. ¿No examinó ó hizo examinar el rey los que habia entregado doña Juana, su mujer? Parece esto una falta. Si se examinaron ¿cómo no se echaron de menos los que Perez conservaba? ¿No tenia el rey memoria de todos los billetes que habia escrito el secretario?

dias despues hizo publicar la sentencia de la causa que se habia seguido contra él en Madrid, condenándole á pena de horca: á ser arrastrado por las calles en el acto de conducirle al suplicio; á que se pusiese su cabeza en el paraje público que los jueces designasen; á la pérdida de sus bienes que serian aplicados al fisco, y á las costas del proceso. Estaba firmada la sentencia por Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del Consejo de Hacienda y el de Cámara de S. M.

Sin embargo, á pesar de estos rigores, cuando supo el rey que Antonio Perez habia presentado el famoso memorial de su causa, en que hacia relacion de todo, é insertaba los billetes indicados; cuando por buenos informes se enteró de que Perez saldria absuelto de sus cargos, se desistió ó apartó de la querella que es la voz propia, por medio de un escrito público de 18 de agosto del mismo año de 1590, manifestando en la escritura que se reservaba usar de su derecho dónde y cuando mejor le conviniese.

Deseando el rey evitar por todos medios que Antonio Perez fuese puesto en libertad, trató de privarle del privilegio de manifestacion, que era su grande salvaguardia; y como este no alcanzaba á los criados del rey, recurrió al regente de la Audiencia, quejándose de los malos procederes de Antonio Perez durante el ejercicio de su cargo, pidiendo se abriese un juicio de averiguacion llamado *enqüesta* en Aragon, así como en Castilla tenia nombre de *visita*. Acogió el regente la querella, y se procedió pues á esta averiguacion ó *enqüesta*, dándose por supuesto que Antonio Perez habia sido criado del rey, á quien de derecho pertenecia fiscalizarle y castigarle. Mas Antonio Perez hizo ver ante el Justicia, que el cargo que habia ejercido de secretario de Estado, era público y no podia colocarle en la clase de criado ó sirviente del monarca; que aun supuesta esta categoría, no habia sido sirviente del rey de Aragon y sí del de Castilla; pues ninguno de los negocios de Aragon habian sido de su cargo.

Que ademas, habiendo ya pasado por semejante juicio y sufrido su sentencia, no podia ser sujetado á otro por la misma causa. Y tan fundadas parecieron estas razones, que el rey tuvo que apartarse de su nueva querella, sobreseyéndose de este modo al juicio de la *enquesta.*

Despues de haber intentado vanamente Felipe II estos dos medios de continuar el proceso contra Antonio Perez, recurrió á otro mas expedito, de tiro mas certero. Creyéndose ya seguro Antonio Perez despues de estos dos desistimientos de Felipe II, pidió ser puesto en libertad bajo fianzas, ó cautela como entonces se decia, que era uno de los beneficios de los manifestados. Mas habiéndose negado este favor por la influencia de los poderosos agentes del rey, concibió muy bien el preso los peligros que le rodeaban y los muchos que tenia todavía que correr por parte de un adversario tan irritado y formidable. Formó, pues, el proyecto de fugarse de la cárcel, y si bien como dicen algunos no fué idea suya, y sí de su compañero Francisco Mayorini, lo cierto es que hubo traicion por parte de algunos á quienes se habia puesto en el secreto y que fué denunciado á las autoridades. Como el pais de Francia mas próximo á Zaragoza era el Bearne, gobernado entonces por la princesa Catalina, hermana de Enrique de Navarra, asimismo protestante, como Antonio Perez estaba en correspondencia con esta princesa segun cartas que se le cogieron, y el Bearne era entonces un pais de hereges, fácil fué acusar de heregía al hombre que á tierra de hereges se encaminaba, y con hereges se hallaba en relaciones tan estrechas.

Antonio Perez es herege. Hé aquí el gran recurso de que echaron mano los que estaban empeñados en su ruina. De los hereges era juez la Inquisicion; á la Inquisicion debia pues encargarse este negocio. Ofició el regente de la Audiencia al inquisidor Molina diciéndole: que constaba de informaciones, que Antonio Perez y Francisco Mayorini en su proyecto de evadirse de la cárcel procuraban irse á Bearne y á otras partes de Francia donde

hay hereges... y que le parecia conveniente advertírselo y enviarle copia de lo actuado; para que él y los demas señores del santo Oficio tuviesen noticia y lo mandasen *ver y considerar como lo tenian de costumbre.*

Acogieron pues los inquisidores esta acusacion con toda la energía de que eran capaces los inquisidores de aquel tiempo. Enviaron copias al inquisidor general don Gaspar Quiroga, arzobispo de Toledo, quien las pasó á examen del padre Chaves, confesor del rey, como calificador del santo Oficio. Examinó éste las declaraciones de los testigos que podian haber oido á Perez algunas expresiones indiscretas de estas que ocurren en el calor de la conversacion y son hijas de impaciencias del momento. Uno le oyó decir: «*Parece que Dios se duerme mientras se trata de mis negocios. Si Dios no hace milagro en ellos, estoy expuesto á perder la fé que tengo.*» Otros le oyeron renegar de la leche que habia mamado: otros decir con enojo «*que si Dios Padre* se pusiera de por medio »para evitar que diese sus descargos, le quitaria las nari»ces á trueque de hacer ver cuán ruin caballero se habia »mostrado el rey.» Calificó el padre Chaves todos estos dichos y otros semejantes, de escandalosos, de heréticos, de sabor á heregía, y el inquisidor general mandó que siguiesen la causa como privativa y peculiar del santo Oficio. Formulado el proceso de averiguacion, pidió el tribunal la persona del reo como de su sola competencia, amenazando con censura y mas penas eclesiásticas á los que su jurisdiccion desconociesen. Las autoridades no opusieron ninguna resistencia. El Justicia con sus cinco lugar-tenientes reunidos en tribunal, dieron su formal asentimiento. El tribunal de la Inquisicion envió á sus familiares con la órden de sacar las personas de Antonio Perez y Francisco Mayorini de la cárcel de manifestados y trasladarlos á la Aljafería donde se hallaban entonces el tribunal y las cárceles del santo Oficio. La órden se ejecutó en efecto: los dos presuntos reos salieron en un coche acompañados de alguaciles y llega-

ron sin obstáculos por entonces á su nuevo encierro.

Aunque se habia observado el mayor sigilo en esta traslacion y elegido para ella una hora en que debia de haber menos gente por las calles, cundió al momento por toda la ciudad: tan alarmado estaba el pueblo contra medidas y órdenes que se decia haber llegado recientemente de Madrid; tan sobre aviso habia puesto á sus amigos Antonio Perez á quien no se ocultaban los nuevos lazos que se le tendian. Era su persona sumamente popular á la sazon en Zaragoza, á proporcion que odiosa la del monarca que le perseguia. Habian tomado abiertamente su partido muchos nobles y caballeros principales, entre los que se contaban don Martin Lanuza, baron de Biescar, hermano del Justicia, don Diego de Heredia, baron de Bárboles, el de Purroy, y don Juan de Luna.

Imediatamente que se hizo en Zaragoza pública la traslacion de Perez á la Inquisicion, se oyó en las calles y plazas la voz de *contrafuero*, capaz ella sola segun un historiador contemporáneo (1) de levantar hasta las piedras. Con esta voz se oyó la de *viva la libertad, vivan los fueros, mueran los opresores del pueblo,* mientras la muchedumbre armada que las proferia se dirigia á la del marqués de Almenara á cuyas instigaciones se atribuia la órden que habia dado motivo al contrafuero. Estaba la casa llena de personas de distincion que habian previsto el lance, entre los que se contaban el mismo Justicia con sus hijos y lugar-tenientes. Tampoco faltaba gente armada de los mismos criados del marqués, y otros que estaban prevenidos de antemano. No dió muestras el marqués de Almenara de turbarse con el alboroto, confiado en la gente que le protegia. Mas ni la fuerza material de los armados, ni todas las razones y autoridad de las personas de distincion que la del marqués rodeaban pudieron contener la furia de la muchedumbre, que penetró por la casa prorumpiendo en los gritos mencionados, y arrebató

(1) Antonio Herrera en el capítulo ya citado.

al marqués llevándole en seguida con violencia hasta la cárcel donde tuvieron que depositarle por no poder continuar hasta la de los manifestados á donde le llevaban: ¡tantos fueron los golpes, y hasta las heridas que le hicieron los que estaban mas enfurecidos! En seguida, engrosándose cada vez mas el número de los amotinados, corrieron al castillo de la Aljafería que rodearon por todas partes pidiendo las personas de Antonio Perez y de Mayorini. Los inquisidores se negaron al principio validos de lo fuerte de aquel sitio, pero el pueblo á cada momento mas furioso amenazó poner fuego por cuatro costados al castillo y degollar á los inquisidores. Fué preciso que el mismo virey y el arzobispo interpusiesen su mediacion para aplacar la muchedumbre y recabar de los inquisidores que entregasen la persona de los presos, quienes con gritos de satisfaccion y triunfo fueron conducidos por el mismo pueblo y devueltos á la cárcel de los manifestados (24 de mayo de 1591).

El lance pareció muy sério á todos los que no ignoraban el verdadero estado de las cosas. Por la primera vez desde el establecimiento de la Inquisicion, se habia levantado el pueblo contra sus disposiciones. El Consejo supremo se sintió ofendido: Felipe II vió un ultraje á su persona en este desman de los zaragozanos. El marqués de Almenara murió en la cárcel á los catorce dias de prision, de resultas de los malos tratamientos. Los que mas adictos se habian mostrado á su persona se huyeron de Zaragoza y partieron á Madrid á hacer acusaciones. En la ciudad quedaron sumamente gozosas las clases populares con este triunfo de sus fueros; las autoridades sumamente recelosas por sus consecuencias. La diputacion hizo ver que siendo sus funciones meramente legislativas no habia tenido medios de contrarestar los esfuerzos de la muchedumbre. El Justicia con sus lugar-tenientes habia acudido á casa del marqués de Almenara á defender su persona de los ataques de los amotinados. Los amigos de Perez no podia menos de conocer con qué rey se las

habian, y en cuanto al mismo preso, estaba muy lejos de contarse por seguro viéndose detenido, pues aunque habia sido devuelto á la cárcel de los manifestados permanecia siempre bajo la inmediata autoridad del santo Oficio.

Sin embargo, no se atrevieron las autoridades de la parcialidad del rey á tomar medidas de coaccion contra ninguno de los comprometidos en el alboroto. Dieron tiempo á que se calmase la efervescencia popular, mientras se tomaban disposiciones para dejar airosa la conducta de la Inquisicion, y sobre todo al rey, tan encarnizado con la total ruina de su antiguo secretario. Por de pronto, la diputacion trató de poner en claro, si la traslacion de Perez á las cárceles de la Inquisicion habia sido verdaderamente un contrafuero. Se nombró para esto una comision de cinco jurisconsultos, quienes decidieron en mayoría de cuatro que se habia cometido un contrafuero por violarse en ello tres privilegios de los manifestados: 1.°, el de no estar sujetos á la prueba de tormentos sometiéndolos á otra jurisdiccion donde se empleaba: 2.°, el de poder conseguir la libertad con fianza juratoria despues de responder á los cargos que tambien se frustraban con la traslacion: 3.°, el de que se terminase el proceso sin demora, lo que seria imposible, ademas de que quedaria sin saberse la verdad en caso de que los inquisidores condenasen al reo al último suplicio. No quedando satisfechos con esta decision, agregaron á la comision de los cinco, para mas ilustracion de la materia, otros nueve, para que la mayoría decidiese. Fué la resolucion de la nueva junta, que habia sido exceso en los inquisidores la anulacion de la manifestacion por no haber en la tierra potestad para ello, sino en el rey y en el reino juntos en córtes; pero que si los inquisidores volvian á pedir los presos, exhortando al Gran Justicia con cláusula de que se suspendieran los efectos de la manifestacion, mientras el santo Oficio seguia y fenecia la causa de fé, se le deberian entregar, porque no era opuesto

á los fueros: resolucion que llenaba las miras de los perseguidores del preso, que á toda costa querian hacer triunfar las regalías del monarca.

Ya no era dudoso el giro que con esta decision iba á tomar un negocio tan desagradable. Triunfantes los de la parcialidad del rey, no pensaron mas que en realizar lo que la misma resolucion los indicaba. No tardaron los inquisidores en pedir el preso en los términos que al parecer estaban convenidos. El Justicia y sus lugar-tenientes parecian dispuestos á obedecer, y se daba ya por seguro que Antonio Perez iba por fin á ser víctima del santo Oficio. Para asegurar mejor el golpe, se tomaron en la ciudad disposiciones militares. Escribió el rey á varios señores de Aragon en medio de no ignorar que le eran desafectos, para que reuniesen cuantos hombres les fuese posible en desagravio de su real autoridad comprometida. Algunos obedecieron; tales eran sus temores de no llevar lo mejor en este lance. De este modo se fueron reuniendo en Zaragoza hasta tres mil hombres de varias procedencias que se pusieron á las órdenes del gobernador militar don Ramon Cerdan. Por su parte, los inquisidores habian dispuesto que viniesen á la ciudad muchísimos familiares del santo Oficio de los pueblos de las inmediaciones. Mientras tanto andaba la ciudad alborotada; la muchedumbre no daba muestras de arredrarse con este aparato de la fuerza armada. A todas horas aparecian las calles y las plazas cubiertas de pasquines en que se hacian ver los manejos de los inquisidores y demas personas en oficio para cubrir sus tropelías con cierta apariencia de justicia. Decian que la suspension de los privilegios de los manifestados equivalia á su completa anulacion, por cuanto el reo quedaba sujeto á la pena de tormento, y que probablemente una vez metido en las cárceles de la Inquisicion, no volveria á verse en juicio por otra cualquier causa. Antonio Perez ofició á la diputacion haciendo ver que el atropellamiento de su persona equivalia al de todos los aragoneses. Mas demasiado sagaz para contar

con la eficacia de este paso, pensó sustraerse con la fuga á la suerte cruel que le esperaba. Trató con esto de proporcionarse limas y otros instrumentos necesarios; y llevaba ya muy adelante este último recurso de salvacion que le quedaba, cuando denunciado á las autoridades por un tal Basarte, que se le vendia por amigo y confidente, fué puesto con mas seguridad que nunca y abandonado á todo el rigor de su destino.

Fué designado el dia 24 de setiembre para la extradicion de los dos presos. Dos dias antes, es decir el 22, murió don Juan Lanuza, Justicia de Aragon, en cuyo cargo le sucedió su hijo del mismo nombre, mozo de veinte y siete años. Su primer acto en el nuevo empleo, fué una órden ó mandamiento para que restituyesen el preso al santo Oficio.

Aunque se tuvo muy secreta la medida, llamaron al instante la atencion del público las precauciones que tomaron para salir airosos del empeño. Se apostaron tropas en las calles, sobre todo en la plaza del Mercado donde estaba la cárcel de los manifestados; las autoridades civiles y militares se hallaban todas en sus puestos. Salió el virey á pié, acompañado de sus dos Consejos, del duque de Villahermosa, de los condes de Aranda y Sástago, y Morate y otros caballeros. Llegaron á la plaza del Mercado y se subieron á los balcones para presenciar el acto. Cuando se hallaba ya á la puerta de la cárcel el coche que debia llevar á Antonio Perez y á Mayorini, se oyó un grito general de alarma, y la campana de san Pablo, á cuyo sonido se precipitó la muchedumbre guiada por Gil de Mesa, por la plaza del Mercado rompiendo por las filas sin hacer caso de la fuerza armada. En seguida entraron en la cárcel, se apoderaron de la persona de los dos reos y los sacaron paseándolos despues en triunfo por las calles. Despues los depositaron en casa del baron de Bárboles.

Fué el dia 24 de setiembre un dia de mucho alboroto y confusion, y hasta de desgracias. La muchedumbre es-

taba ciega de furor y desahogaba su resentimiento comprimido durante cuatro meses. No bastaron las tropas para refrenar aquella muchedumbre armada. Las autoridades fueron completamente desoidas. Fué necesario sacar por las calles el Santísimo para que se restableciese la tranquilidad, y que los vecinos fuesen poco á poco recogiéndose á sus casas. Hubo algunas muertes durante la refriega, mas no pasaron adelante los excesos. Se respetaron las propiedades, y el pueblo hizo ver que solo le movia un resentimiento de independencia que creia hollada con el desafuero intentado por el rey, pues como tal se reputaba y tal era en efecto la violenta extradicion de los reos de la cárcel de los manifestados.

Permanecieron algunas horas Perez y Mayorini en casa del baron de Bárboles, y despues se salieron de Zaragoza al abrigo de la confusion, dirigiéndose cada uno á donde le pareció mas conveniente. Antonio Perez se fué á Tauste donde estuvo oculto en casa de un amigo. Mas no creyéndose seguro, se volvió á Zaragoza y tomó por segunda vez asilo en casa del baron de Bárboles. Todavía permaneció allí por espacio de dos meses á pesar de las pesquisas que se hacian para la aprehension de su persona, pues era el general rumor de que no habia salido aún de Zaragoza. Con este temor y la noticia de la aproximacion del ejército del rey salió otra vez de Zaragoza el 11 de noviembre del mismo año de 1591, y pasó á la villa de Sallent del señorío del baron de Biescas. De aquí solicitó permiso para refugiarse al Bearne, de la princesa Catalina, y habiéndole obtenido, entró en Francia el 24, cuando llegaba á Sallent el baron de la Conca con trescientos hombres á prenderle. Ya diremos algo mas de este famoso personaje. Por ahora volveremos á Aragon, que iba á pagar muy cara la proteccion que le habia dispensado.

CAPITULO LXX.

Continuacion del anterior.—Envia Felipe II un ejército á Aragon.—Estado del pais.—Revueltas en Zaragoza.—Levantan tropas contra las del rey. —Llegan estas á Calataynd.—Salen las de Zaragoza.—Se desbandan.—Huye el Justicia á Epila.—Entran en Zaragoza las tropas reales sin resistencia.—Vuelve allá el Justicia.—Su prision y de otros personajes.—Suplicio del Justicia.—Otros castigos.—Entran en España tropas del Bearne.—Rechazadas.—Suplicio de don Juan de Luna, de don Diego de Heredia y otros.—Sentencia de la Inquisicion contra Antonio Perez. —Auto de fé.—Perez en Francia y en Inglaterra.—Su muerte.—Rehabilitacion de su familia. (1)

1591.—1592.

Por segunda vez se le habia escapado á Felipe II, y nada menos que de entre las garras de la Inquisicion, la presa que daba ya por tan segura. Si le habia causado tal disgusto la huida de Antonio Perez á Aragon donde iba á ser público lo que él pensaba ocultar para siempre en la noche del misterio, se puede imaginar á qué punto llegaria su indignacion cuando supo que se hallaba salvo y quizá en Francia, entre irreconciliables enemigos que no dejarian de sacar un gran partido de sus revelaciones. Para aumentar su mortificacion, habian intervenido en su segunda huida, disturbios, motines populares, violencias, efusion de sangre, todos en desprecio de su poder, en rebeldía contra la omnipotente autoridad del santo Oficio al que habia encomendado su venganza. Para castigar tantos desmanes, para restituir la tranquilidad al pais, y restablecer de un modo sólido su dominacion,

---

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

no le ocurrió medio mas eficaz que el envio de un ejército.

Segun algunos, las tropas que con este motivo tomaron el camino de Aragon, estaban destinadas de antemano á una expedicion en Francia por el Pirineo. No es esto inverosimil, aunque verdaderamente no hicieron nunca semejante entrada. Lo cierto es que se alistó y organizó el ejército de Aragon tan pronto como se tomaron disposiciones para ello. Se componia de doce mil de á pie, y tres mil caballos á las órdenes de don Alonso de Vargas, oficial experimentado recien llegado de Lisboa á donde se le habia enviado cuando la última expedicion de don Antonio. Se nombró por maestre general á don Francisco de Bobadilla, nombre ya muy conocido en esta historia. Mandaba la caballería don Bernardino Velasco, y la artillería don Esteban de Ibarra. Se designó por punto de reunion de todas estas tropas la villa de Agreda, en la provincia de Soria, fronteriza de Aragon, muy próxima á Calatayud, por donde se pensaba hacer la entrada.

Hervia mientras tanto Zaragoza en la agitacion, desasosiego, y choque de pasiones tan naturales despues de aquellas ocurrencias. Se mostraban gozosas y triunfantes las clases populares; animosas y resueltas mas que nunca á derribar cualquier obstáculo que se opusiese al goce completo de sus fueros. Estaban reducidas al silencio y esperando coyuntura mas favorable las autoridades reales adictas al poder absoluto del monarca; recelosas y divididas las populares que temian las consecuencias de aquellos alborotos. El nuevo Justicia era un mozo brioso y esforzado; mas de demasiado poca experiencia y conocimiento del estado de las cosas, para ser cabeza de un pueblo como el de Zaragoza y de un pais como Aragon en aquellas ocurrencias. Desde luego se manifestó protector del pais y apoyo á todo trance de sus fueros. Los señores que se habian mostrado mas favorables á la causa popular como don Diego Heredia, don Juan de Luna y

otros, permanecian constantes en sus sentimientos. Bien pronto tomó la ciudad un aspecto belicoso como de gentes que contaban defender con las armas sus derechos. Mandaban casi exclusivamente los magistrados populares, y tomaban cuantas precauciones el atender á la seguridad pública exigia. Se prohibió la salida de la ciudad á las gentes sospechosas. Si algunos que trataban huir eludian la vigilancia de las guardias de las puertas, eran detenidos en el campo por los labradores, no menos recelosos que los de adentro por la represion de todo amago de infidencia. El pueblo pidió armas y se le entregaron cuantas habia en los depósitos. Suponiendo que los inquisidores tenian un gran surtido de ellas en su castillo de la Aljafería, marchó allá don Diego de Heredia á recogérselas todas, sin que el santo Oficio, mudo por entonces, hiciese ninguna resistencia.

La noticia de los preparativos del ejército castellano, y su proximidad á la frontera, aumentó la agitacion del pueblo de Zaragoza, y al parecer su resolucion de hacer frente á cuantos tratasen de despojarle de sus fueros. Era una violenta infraccion de ellos, segun opinion pública, la introduccion en el reino de un ejército extranjero, pues como tal consideraban las tropas de Castilla. La ley ó fuero que citaban en comprobacion no era muy antiguo, pues se habia expedido en tiempo de don Juan II en 1461 (1) con motivo de prohibir la entrada en Aragon

---

(1) Hé aquí las palabras del fuero.

«Por cuanto algunos oficiales de algunas ciudades, villas ó lugares del regno de Valencia, principado de Catalunya, indebidamente pretienden que, en virtud de privilegios é con color de procesos de defension é de conmetient, é en otras maneras, pueden en companías de gentes armadas entrar en el dito regno siguiendo malfeitores, é aquellos prender, é otros actos é egecuciones facer, é sacar personas é bienes, é fer danios é tales á personas é bienes del dito regno, é de los habitantes en aquel, é aquesto en gran lesion de los fueros, privilegios, libertades, usos é costumbres del dito regno; por tanto, de voluntat de la cort estatuimos é ordenamos, que cualesquiere oficiales ó personas estrangeras que no

de tropas catalanas, y como á la sazon entraba Cataluña en los dominios de la corona de Aragon, deducian de este antecedente que tan extranjeras debian considerarse en este reino las tropas de Castilla, como en aquella época las catalanas. Sin entrar en este exámen, contrayéndonos á los hechos, se dirigió el pueblo á los diputados, para que con el Justicia decidiesen si en la entrada de estas tropas habia contrafuero ó no, y si asistian derechos para resistirla. Los diputados consultaron el caso con trece jurisconsultos quienes á excepcion de uno decidieron que habia contrafuero, y que estaba en el derecho del pueblo el resistirla. Del mismo parecer fueron los lugar-tenientes á quienes el Justicia hizo igual consulta. Fué recibida con aplauso esta decision en Zaragoza, y con ella se conformaron tanto el Justicia como los demas magistrados populares. Se leyó en público con la mayor solemnidad el fuero de don Juan II, y la ciudad entera le aplaudió con acentos de entusiasmo.

---

son del regno de Aragon, en cualquiere manera entrarán en el dito regno persiguiendo ó encalcando algunos malfeitores, por tomar aquellos ó sacarlos del dito regno. ó por ejercir jurisdicion alguna ó facer alguno de los actos sobreditos, ó facer danio alguno dentro del dito regno; que ipso facto encorran en pena de muerte: de la cual pueden seyer acusados delante nos, nuestros sucesores, lugartenientes generales, en el caso que por fuero se puede facer lugartenient, primogénitos regient el oficio de la gobernacion, Justicia de Aragon y sus lugartenientes, ó delant del yudge de la ciudad, villa ó lugar do entrarán cualquiere dellos á instancia de la part de qui será interés, ó del procurador ó procuradores de los cuatro brazos del dito regno, ó del procurador de la ciudad, villa ó lugar do entran, é de cualquier dellos en la manera é forma contenidas en el fuero de *homicidiis et aliis criminibus* en la present cort estatuido: el cual fuero, é todas é cada unas cosas en aquel contenidas, posado que espire, queremos é ordenamos que perpetuament hayan lugar. E por tal forma pueda ser procedido contra los acusados de las sobreditas, en present fuero contenidas, ó algunas dellas: á los cuales no pueda aprovecitar quidage ni remision; antes les pueda seyer resistido por cualesquiere oficiales é singulares personas del dito regno sin pena alguna. Y las sobreditas cosas hayan lugar, y por tal forma sia procedido contra cualesquiere oficiales ó personas del dito regno, é fuera de aquel en las sobreditas cosas ó algunas dellas.

Se prepararon en consecuencia los zaragozanos á sostener sus derechos con las armas. Escribió el Justicia, y lo mismo la diputacion, á todas las ciudades de Aragon interesándolas en la vindicacion de sus fueros, invitándolas á que enviasen á Zaragoza la mayor fuerza que pudiesen. Tambien se dirigieron á algunas de las ciudades de Valencia. La historia no nos dice que algunasde estas ciudades correspondiesen al llamamiento del Justicia; solo sí se sabe que en Teruel al recibirse sus cartas hubo alborotos y pugnas entre el pueblo, que pedia enviasen auxilios á Zaragoza y los concejales que lo resistian. Costó esto la vida á dos de ellos hermanos llamados los Novellas, víctimas del furor del pueblo. A pesar de estos disturbios, es un hecho que no partieron tropas auxiliares y que quedó triunfante la parcialidad que á los concejales apoyaba.

---

dantes con ello favor é ayuda personalmente. Y que los ditos oficiales é personas privadas por lo sobredito puedan seyer acusados delant el Justicia de Aragon é sus lugartenientes como oficiales delincuentes en sus oficios contra fuero por la jurisdicion, ó via privilegiada de fuero contra los oficiales delincuentes en sus oficios contra fuero. E cuanto á la forma del proceir insta el dito fuero *homicidiis*; é que en su caso la citacion se pueda facer *voce prœconia* por los lugares acostumbrados de la ciudad de Zaragoza; é que nos é nuestros sucesores siamos é sian tenidos facer ejecutar la sentencia que contra los cometientes los ditos delictos, do quiere que dentro nuestros regnos é tierras serán trobados; sino es que por justo impediment fuésemos empachados facer la dita ejecucion. Y declaramos de voluntat de la dita cort cualesquiere privilegios, costumbres, usos, estilos é prácticas que en contrario de las sobreditas cosas se pretiendan ó se pretendrán, seyer nulos é nulas *ipso foro.* Y queremos que las citaciones de los ditos delictos se puedan facer por voz de crida pública, facedera por los lugares acostumbrados de la ciudad, villa ó lugar do ó en sus términos el delicto se cometerá en su caso, ó por los lugares acostumbrados de la ciudad de Zaragoza en el suyo; las cuales citaciones ansi feitas hayan tanta eficacia é valor como si cara á cara fuesen feitas. E no res menos que el Justicia de Aragon con los diputados del dito regno ó la mayor partida de aquellos con que endi haya de cada un brazo, puedan éhayan de convocar á espensas del regno, las gentes del dito regno que les parecerán necesarias para resistir á las sobreditas cosas mano armada: é que puedan compeler á aquellos que les será bien visto, satisfeitoles de su salario condecient.»

A pesar del aislamiento á que la dejaron reducida, desplegó Zaragoza actividad en la organizacion de las fuerzas preparadas para la defensa. Se enarboló el pendon de san Jorje; se formaron compañías de infantería y de caballería; se pidió al duque de Villahermosa algunas piezas de artillería que tenia en su villa de Pedrola, y llegaron en efecto á Zaragoza. Se consideraba el Justicia como general en jefe, y lo era en efecto, así como el personaje de mas categoría de aquel gran pronunciamiento; pues aunque residian á la sazon en Zaragoza el duque de Villahermosa y el conde de Aranda, se mantenian poco menos que pasivos. Trató de organizar el Justicia lo mejor que pudo aquella sombra de ejército, pues otro nombre en verdad no merecia. Debian de resentirse las tropas de la prisa con que se alistaban, de la diferencia de los elementos que las componian. La caballería no era buena, y mas mala aún la infantería. Faltaba nervio y concierto absoluto de voluntades: tal vez la decision y arrojo tan indispensables en estos compromisos. El Justicia carecia de experiencia. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda aprovecharon la primera ocasion que se les proporcionó para salirse de la ciudad y retirarse á Epila. Las autoridades reales y demas personas de su parcialidad, que permanecian aún en Zaragoza, no desperdiciaban medio de infundir temores y sembrar desconfianzas en las filas de los pronunciados.

Mientras tanto se puso en movimiento don Alonso de Vargas al frente del ejército. Le salieron á recibir á la frontera dos comisionados por el Justicia y le notificaron que no pasase adelante pena de la vida; mas don Alonso les respondió sin alterarse, que en Zaragoza arreglarian el asunto, y continuando su marcha, llegó sin obstáculo á Calatayud, de cuyos habitantes fué bien recibid o y obsequiado.

Cuando supieron los de Zaragoza que Vargas pasaba adelante sin hacer caso de los comisionados del Justicia, se alborotaron de nuevo; pidieron á grandes gritos salir

de la ciudad en busca de don Alonso y obligaron al Justicia á que los capitanease.—Salieron en efecto de la ciudad el 9 de noviembre de 1591 despues de anochecido, con el pendon desplegado y el Justicia al frente, haciendo alto en Mozalbarba, sobre el Ebro, á una legua de distancia.

No pasaba de dos mil hombres la fuerza de los zaragozanos. Llevaban consigo las tres piezas de artillería que habian sacado de Pedrola; mas carecian de personas que supiesen manejarlas. El 10 se sublevaron los arcabuceros del barrio de la Magdalena, gritando que los vendian porque no les daban municiones, y pidiendo que los llevasen á defender el paso del rio Jalon, á donde los castellanos se acercaban. La gente se movió en efecto y llegó á Utebo. Entonces el Justicia intimidado por su poca fuerza, por el estado de indisciplina en que se hallaban, y noticioso ademas de que Vargas se venia ya encima, abandonó el ejèrcito, y poniendo espuelas al caballo huyó seguido de don Juan de Luna á Epila, donde se hallaban á la sazon el de Villahermosa y el de Aranda. Imitaron su ejemplo algunos caballeros retirándose á sus casas. Otros, y entre ellos el baron de Biescas don Martin Lanuza, y el de Bárboles, don Diego Heredia, tomaron el camino del Bearne. Abandonado el ejército de sus jefes, se dispersó sin combatir, dejando libre el camino á don Alonso de Vargas, que llegó sin ninguna oposicion á Zaragoza. Salieron á recibirle á las puertas el virey, el regente, el jurado, el presidente del ayuntamiento, todas las demas autoridades de la parcialidad del rey, con las muestras del mas grande regocijo, y las tropas de don Alonso verificaron su entrada como en triunfo.

No haremos reflexiones sobre la conducta del ejército aragonés compuesto la mayor parte de hombres que habian mostrado tanto calor, tanto entusiasmo por sus fueros; que tan dispuestos parecian á defenderlos con las armas en la mano. Probablemente habian perdido el hábito de combatir, ó á la vista del peligro se calmó su entu-

siasmo, ó este entusiasmo no era tan general y sincero como se pensaba. Tal vez, como sucede en estos casos, se introdujeron en sus filas muchos intrigantes, que los enfriaron, los desunieron, los hicieron objetos mútuos de sospecha, los halagaron con la esperanza de perdon, y los intimidaron con la imagen del castigo. ¿Y qué diremos de los jefes que los abandonaron? En cuanto á Lanuza tal vez puede disculparle algo la insubordinacion y desobediencia en que se hallaban, mas al fin bajo sus auspicios se habian organizado, y á sus órdenes salido de la ciudad en busca de los castellanos. A su falta del abandono del ejército, añadió durante su mansion en Epila la de escribir á varias ciudades de Aragon disculpándose del acto, y solicitando sus auxilios, cuando ya Vargas se hallaba en Zaragoza. La mayor parte de estas cartas cogidas por los castellanos, no podian menos de servir de prueba de la parte que habia tenido el Justicia en aquellos alborotos. Cometió despues otra mas grave, á saber, la de volverse á Zaragoza y continuar ejerciendo tranquilamente su cargo de Justicia como si nada hubiese ocurrido, hallándose el ejército castellano dentro y sin saberse todavía cuáles eran las voluntades del monarca.

Se habia contentado en efecto don Alonso de Vargas hasta entonces con ocupar militarmente la ciudad estableciendo cuerpos de guardia en las calles y plazas principales, y colocando la artillería donde podia hacerle mas al caso en el de que hubiese un alboroto. Por lo demas ni ejerció castigos, ni anunció perdones, ni mas deseos que el que se volviesen á Zaragoza las personas que habian huido al acercarse con sus tropas. Muchas regresaron en efecto. Las cosas parecian tranquilas, aunque, para los hombres previsores, no estaba lejana la tormenta.

Tardó poco en efecto el rey en declararse. Habia ya enviado como su comisario averiguador de los sucesos á don Francisco Borja, marqués de Lombay, quien verificó su entrada en Zaragoza cuando Vargas, mas que hasta entonces no habia manifestado ningun carácter público.

Probablemente aguardaba los informes del marqués, para tomar su resolucion definitiva. Pronto se presentó en Zaragoza un tal Gomez Velazquez, con las órdenes del rey para prender entre otros al Justicia, al duque de Villahermosa y al conde de Aranda, pues estos dos personajes se habian vuelto á Zaragoza casi al mismo tiempo que el primero.

Se tomaron precauciones para la captura del Justicia, que para evitar sospechas quisieron fuese pública. Se encargó de la ejecucion un capitan viejo retirado del servicio llamado Juan de Velasco, y éste no perdió desde entonces los pasos del Justicia, con resolucion de prenderle en la calle misma cuando menos pudiese pensar en tal violencia. El 19 de diciembre de 1591 previno Juan de Velasco un cuerpo de guardia que se hallaba muy próximo al palacio de la córte, donde celebraba á la sazon sus sesiones el Justicia con los lugar-tenientes. Mientras tanto se paseaba el capitan por el patio del edificio, en ademan de un hombre distraido, trabando de cuando en cuando conversacion con unos que vendian allí estampas y otros géneros. El Justicia, concluida la sesion, salió con los lugar-tenientes á oir misa á la iglesia de san Juan, como lo tenian de costumbre, siguiéndoles la pista Juan Velasco. A la salida de la iglesia y cuando volvian á su alojamiento, se acercó Velasco al Justicia y le dijo que, por órden del rey, se diese preso. Aunque inmutado Lanuza, respondió: «á mí nadie me puede prender mas que »el rey y la córte juntos;» mas como viese que no le apoyaban los lugar-tenientes, sobrecogidos de temor, se dejó rodear de los soldados prevenidos para el lance, quienes por fuera de la ciudad le llevaron primero á casa de don Alonso de Vargas, y en seguida á la de Bobadilla, donde le pusieron fuertes guardias. Casi al mismo tiempo que la prision del Justicia, se verificaba la del duque de Villahermosa, y el conde de Aranda; el primero en casa de don Alonso de Vargas á donde se le habia hecho ir con pretexto de que interpusiese con él su valimiento para

que pusiese en libertad á un capitan que estaba preso: y el segundo en la de don Francisco de Bobadilla, á donde se le habia atraido de un modo semejante. Inmediatamente sacaron de la ciudad acompañados de una fuerte escolta al duque y al conde, conduciéndolos á Burgos, en cuyo castillo quedó encerrado Villahermosa; el conde de Aranda fué llevado á la Mota de Medina del Campo, y metido en el castillo de Coca.

En cuanto á Lanuza, sin hacerle proceso ni tomarle declaracion, ni confesion, ni hacerle cargo, aquella misma noche, «le intimaron que habia de morir. El Justicia con la turbacion natural dijo: ¿qué, cómo tal? que »quién era el juez de tal sentencia? Le respondieron »que el rey mismo. El replicó que le mostrasen la sen»tencia. Le fueron mostrados unos renglones de la mano »propia del rey para don Alonso que decian así: en re»cibiendo esta, prendereis á don Juan de Lanuza, Justi»cia de Aragon, y tan presto sepa yo de su muerte como »de su prision: haréisle luego cortar la cabeza, y diga »el pregon así: esta es la justicia que manda hacer el »rey nuestro señor á este caballero por traidor y convo»cador del reino, y por haber levantado estandarte contra »su rey, manda que le sea cortada la cabeza y confisca»dos sus bienes y derribados sus castillos y casas. Quien »tal hace que tal pague. El pobre caballero dijo que »cómo? que nadie podia ser su juez, ni condenarle á »muerte, sino córtes enteras, rey y reinos.(1)»

Pasó el Justicia la noche acompañado de sus confesores (jesuitas), manifestando notable entereza y compostura, mas preguntando frecuentemente qué delitos eran les suyos, y por qué moria. Los confesores le respondian que puesto que Dios lo disponia y el rey lo mandaba, no tratase de indagar otras causas, y sí de su arrepentimiento y de mirar la muerte como espiacion de sus pecados.

---

(1) Palabras de las relaciones de Perez. (pág. 159 y siguiente).

Al dia siguiente (20 de diciembre) á las diez de la mañana le sacaron de la cárcel en un coche con grillos en los piés, vestido con el mismo traje de luto que llevaba por muerte de su padre. Habia mandado tomar don Alonso precauciones militares para evitar un alboroto. Estaban tendidas las tropas por las calles y plaza del mercado, sitio del cadalso, apuntados los cañones contra las bocas calles y edificios principales. Apenas se presentó el pueblo á presenciar el espectáculo; tal era el luto y terror que se habia apoderado de aquellos habitantes. Precedian el coche del Justicia pregoneros publicando en alta voz que el rey habia mandado cortar á aquel hombre la cabeza, derribar sus casas y castillos, y confiscar su hacienda por haber alzado banderas contra él. Mas el Justicia no los oia por ir algo lejos, é impedirlo tambien con sus exhortaciones en voz alta los religiosos que le acompañaban. A los dos jesuitas que le habian asistido la noche anterior, se les habian agregado otros dos de la órden de san Agustin para auxiliarle en estos últimos momentos. (1) Don Juan volvió á preguntar en el camino qué delito era el suyo y por qué le daban muerte, á lo que le respondieron que por sus pecados, y que en aquella hora en que iba á dar cuenta á Dios no se ocupase de semejantes cosas. El Justicia replicó: «no lo digo sino por si puedo disculpar á alguien, Así llegó á la plaza del mercado, donde subió al cadalso con toda compostura y resignacion, no sin lágrimas de los militares que rodeaban el patíbulo, pues otra clase de espectadores no se hallaban en la plaza. Se hincó de rodillas junto al tajo: despues que le vendaron los ojos con un pañuelo negro, levantó por última vez su frente al cielo y dijo la oracion siguiente en latin: «María, madre

(1) Era uno de ellos Fr. Leonardo de Argensola, hermano del famoso Lupercio, autor de la historia citada al principio del capítulo.

»de gracia, madre de misericordia, protégenos contra el »enemigo y recíbenos á la hora de la muerte.» Un instante despues, rodaba por el tablado su cabeza, que el verdugo levantó y enseñó al público. Se dice que en seguida trató de despojarle de sus medias de seda y otras ropas, á lo que se opusieron los oficiales diciendo que nadie tocase aquel cadáver.

Concluido el acto, acudió procesionalmente con el guardian á la cabeza la comunidad de san Francisco, en cuyo convento tenian los Lanuzas su sepultura de familia. Comenzó desde aquel momento la ceremonia de sus exequias, que fueron muy magníficas. Se colocaron el tronco y la cabeza en un ataud que fué llevado en hombros por el conde de Oñate, don Agustin Mexia, don Francisco de Bobadilla, don Luis de Toledo, don Antonio Manrique y otros dos caballeros, es decir, los principales oficiales del ejército. El pueblo, que no habia asistido al suplicio, acudió al templo durante el funeral á rogar á Dios por el alma del Justicia.

Era don Juan de Lanuza el quinto Justicia de su familia que hacia como ciento cincuenta años se hallaba en posesion de dicho cargo. Entró á desempeñarle en las mas críticas circunstancias, aquel jóven malogrado. Ninguna resistencia habia hecho su padre á la órden de la entrega de la persona de Perez á los inquisidores. Ninguna habia hecho el mismo, cuando se dió la segunda órden de sacarle de la cárcel de los manifestados: en el alboroto que impidió su ejecucion y produjo la libertad de entrambos presos, no tuvo parte alguna. Las consecuencias de tal disturbio eran inevitables á los ojos de cualquiera que estuviese un poco á la altura de los tiempos. Que el nuevo Justicia se condujo con la rectitud y decision que en tales casos le cumplian, no puede estar sujeto á duda; que no previó los resultados de aquel órden de cosas, ó que no tenia ninguna idea del carácter del rey con quien se las habia, depone su conducta posterior y la confianza con que se volvió á Zaragoza sin ninguna garantía. El

honrado caballero, el leal aragonés, el hombre que á pesar de sus cortos años estaba penetrado de la dignidad de su cargo, marchó al suplicio sin poder comprender cómo se hacia morir á un gran Justicia de Aragon, cómo se *ajusticiaba* y *condenaba á muerte la justicia* (1) sin proceso, en virtud de una simple órden del monarca. Hay en efecto atrocidades tales que se comprenden solo porque son hechos, y que parecerian fábulas si no se supiese hasta qué punto abusa el hombre del derecho de la fuerza.

Se llenó de terror y luto la ciudad con el suplicio del Justicia. Se vió que habia llegado la hora de las venganzas del rey, que con tanta oportunidad sabia escogerla. Se llevó á efecto todo lo prescrito en la sentencia del Justicia, echando á su madre doña Catalina de Urrea de su casa para derribarla. Vino en efecto al suelo este edificio; tambien echaron abajo las que en otros puntos poseia. Mas no pasaron al fisco todos sus bienes, habiendo reclamado una parte de ellos su madre como pertenecientes á su viudedad, y otros un pariente á quien por ley de vínculo pasaban.

Continuaban mientras tanto las prisiones. Se aseguraron las personas del Dr. Cutanda y de don Miguel Turlan, ambos diputados, y de dos lugartenientes. Tambien prendió muchos el brazo de la Inquisicion como complicados en los motines que le habian privado de su preso. Para entender en la causa de los alborotos de Teruel, se mandó venir al Dr. Covarrubias que se hallaba en Valencia. Resultaron de ella varios presos, de que diez fueron ahorcados, otros condenados á galeras y trabajos públicos.

Con el objeto de calmar la ansiedad ó acaso de excitarla, lo que es probable en vista de los hechos, expidió

---

(1) Relaciones (pág. 160.)

el rey un decreto de perdon del que quedaban exceptuados todos los eclesiásticos y frailes que habian tomado parte en los pasados alborotos, y que debian ser juzgados por la Inquisicion; todos los jurisconsultos que habian declarado ser contra derecho y fueros del pais la entrada del ejército; todos los capitanes y alféreces que habian hecho armas y ademas ciento diez y nueve personas de las mas distinguidas del pais, entre las que se hallaban los nombres de Antonio Perez y Gil de Mesa. Se hablaba en él de reos que ya no existian cuando los motines, de otros que no habian tomado parte ninguna conocida en ellos. Que la lista se hizo por lo menos con suma ligereza, es evidente. Entre estos exceptuados figuran los nombres de Diego del Molino y su *camarada*, y de Gurrea, labrador, su hijo y su *camarada*. ¿Quiénes eran estos camaradas? los que querian los jueces ó los que en ellos influian: los que tenian menos favor ó mas poderosos enemigos. Y como por otra parte continuaba el santo Oficio sumamente activo en sus prisiones, el decreto de perdon en vez de calmar, dió pábulo al fuego de los resentimientos.

Para avivar las causas de Zaragoza, se envió al doctor Miguel Lanz, quien se puso de acuerdo con el que estaba ya, Gomez Velazquez. Los jueces por un lado y los inquisidores por otro procedian con la mayor actividad; las cárceles en lugar de desocuparse como efecto natural del edicto del perdon, continuaban llenas con los presuntos reos.

Don Juan de Luna, diputado que se habia fugado de Epila con don Juan de Lanuza, andaba prófugo buscando asilo en las montañas, y no fijándose por mucho tiempo en parte alguna. Un clérigo llamado Pedro Quintana, su comensal y familiar que habia recibido de él mil beneficios, vendió su confianza y descubrió su paradero á los agentes del rey, que le prendieron y condujeron á San Torcaz donde le instruyeron su causa, poniéndole á prueba de tormento. Se dice que don Juan hizo en este apuro

revelaciones importantes que comprometieron muchísimas personas. Entre tanto se enviaban los doctores Cristobal Pellicer y Matías Medrano á Burgos á instruir las causas del duque de Villahermosa y el conde de Aranda; mas murieron ambos antes de pronunciarse la sentencia; el de Aranda, en el castillo de Coca; y el de Villahermosa un año despues, hallándose encerrado en el castillo de Miranda de Ebro.

Las multas que se impusieron á varios reos, la mayor parte prófugos, fueron muy considerables. Se condenó á Antonio Perez á pagar 6000 ducados, á don Juan de Luna 4000; á don Diego de Heredia, 4000; á don Martin de Lanuza, 4000; á don Pedro Bolea, 4000; á don Miguel de Lose, 2000; á don Juan Corcon, 3000; á don Juan Torrellas, 3000; á Gil de Mesa, 3000; á Gaspar Burces, 3000; á Juan Francisco Mayorini, 2000; á Cristobal Frontin, 2000; á Francisco Ayerbe, 2000; á Juan Luis Fontoya, 2000; á Fuertes, pelayre, 2000; á Juan Obieto, pelayre, 2000; á Anton de Añon, 2000.

Mientras pasaban estas cosas, don Martin de Lanuza baron de Biescas, don Diego de Heredia y otros que se habian refugiado á Francia con Antonio Perez, recabaron de la princesa Catalina les diese alguna gente armada del pais para entrar con ella en Aragon, contando con levantar sus muchos partidarios. Otorgóselo la princesa Catalina con tanta mas facilidad, cuanto que se hallaba en guerra abierta, aunque sin declaracion, su hermano con el rey de España. Se verificó en efecto la invasion, y los bearneses, despues de algunas escaramuzas, forzaron el paso de Santa Elena, y llegaron á la villa de Biescas donde entraron á pesar del fuego que les hicieron los vecinos desde las ventanas y la iglesia, y otros edificios. Se dice que estos se vieron precisados á huir por falta de municiones, pues en esto y en buenas armas andaban sumamente escasos. No hubiese sido dificil á los bearneses apoderarse de varios puntos de la frontera á la sazon mal guarnecidos; hallándose sobretodo mejor armados y con

mas municiones que la gente del pais; mas estos extranjeros eran pocos, nuevamente alistados, sin hábitos de disciplina. Á pesar de la poca gente que habia armada, se alzó el pais, se tocaron las campanas á rebato, y llegó muy pronto á Huesca y á Jaca la noticia de la llegada de los bearneses. Salieron inmediatamente de la primera de las dos ciudades trescientos arcabuceros mandados por Juan de Mompaon y Lorenzo Abarca con direccion á Biescas. Lo mismo hizo don Alonso de Vargas de Zaragoza luego que tuvo noticia de la invasion, poniéndose á la cabeza de un cuerpo bastante numeroso de infantería y de caballería. Acudió asimismo la gente del pais cada uno con las armas que pudo. Tuvieron aviso los enemigos ya muy tarde de la gente que caia sobre ellos. No hallándose en la posibilidad de resistirse, evacuaron á Biescas con buen órden el 19 de febrero de 1592 despues de haberle ocupado por diez dias. Trataron de hacerse firmes en el pueblo de Santa Elena para estar mas á la mano para recibir socorros del Bearne; mas fué tanta la gente que cargó sobre ellos y la violencia con que fueron atacados, que tuvieron que abandonar el terreno y retirarse precipitadamente á su pais abrigándose en las montañas. Algunos, aunque pocos, murieron en esta refriega, pues no merece el nombre de batalla. Quedaron en poder de las tropas de don Alonso, don Diego Heredia, Francisco de Ayerbe, y Dionisio Perez, quienes fueron conducidos inmediatamente á Zaragoza, donde hicieron su entrada á vista de todo el vecindario. Fueron encerrados en la misma cárcel donde se hallaban ya don Juan de Luna, y Pedro Fuertes, uno de los que mas se habian distinguido en el pronunciamiento.

Tomó el Dr. Miguel Lanz la confesion á don Diego Heredia, y le puso asimismo á prueba de tormento. Quedó inmediatamente substanciada la causa de estos presos, y habiéndose visto en el consejo de Aragon, recayó sentencia de pena capital contra ellos. Salieron en efecto al suplicio el 19 de octubre del mismo año. Se dice que

don Juan de Luna hallándose en capilla, manifestó á su confesor lo arrepentido que estaba por haber mentido en su declaracion hallándose acosado del tormento, no solo contra sí mismo, sino contra otros, y en particular contra el de Villahermosa y el de Aranda. Respondióle el confesor que pues judicialmente habia faltado á la verdad, judicialmente debia retractarse; á lo que repuso don Juan que de muy buena gana lo haria, mas que despues de la retractacion, le pondrian de nuevo á cuestion de tormento, y que entonces hallándose tan viejo y débil, tal vez no podria resistir y se veria obligado á declarar lo que era falso. Confuso el confesor, consultó el caso con los religiosos que asistian á los otros, conviniéndose todos á que don Juan firmase un papel de retractacion que se enviase al rey para que se tomase en la consideracion que merecia. Este documento acompañado de la disposicion de los confesores, fué despues una de las piezas del proceso del de Villahermosa y del de Aranda.

Levantaron el cadalso para la ejecucion de la sentencia frente á la cárcel de los manifestados, que era la de los que comprendia. Subieron á él uno á uno acompañados de los religiosos que los exhortaban. Cortaron primero la cabeza á don Diego de Heredia: en seguida hicieron lo mismo con don Juan de Luna. Fueron despues degollados segun su calidad de hidalgos, Francisco Ayerbe y Dionisio Perez. A Francisco Fuertes le dieron suplicio de garrote. Se clavó la cabeza de don Diego de Heredia sobre la puerta del puente ó del Angel como se llama hoy dia; sobre la de la diputacion, la de don Juan de Luna, ambas con inscripciones que manifestaban las causas del castigo. Se derribaron las casas donde vivian, y hasta el castillo de Bárboles, propiedad de doña Isabel Embun, mujer de Heredia. Se confiscó el pueblo de Purroy de que era señor don Juan de Luna, y de que Felipe III hizo donacion al duque de Lerma. Tambien sufrieron pena de muerte aunque en distintos dias y parajes don Martin de Lanuza, baron de Biescas, don Miguel

Gurrea, baron de Gurrea, don Martin Bolea, baron del Siétamo, don Antonio Ferriz de Lizana, don Juan de Aragon, cuñado del conde de Sástago, y otros caballeros de menos nombre, y hasta artesanos y labradores acusados de haber sido cabezas en los pasados alborotos. Entre estos se contaba á Juan Miguel, verdugo público, que fué ahorcado por un discípulo y sucesor suyo en el oficio.

Fueron condenados á muerte por implicados en la misma causa otros muchos caballeros; mas se sustrajeron á la pena huyendo á paises extranjeros donde se mantuvieron hasta la muerte de Felipe II. El sucesor les permitió volver libres declarando que nadie habia cometido pena de traicion, sino procedido en concepto de obligados á defender así los derechos de la patria.

Mientras tanto continuaba con grande actividad la causa que en la Inquisicion se seguia contra Antonio Perez, y los demas presos que estaban en sus cárceles. A trescientos sesenta y cinco ascendia el número de los citados; sin embargo no habian sido mas que ciento veinte y tres los aprendidos. Ya algunos de los presos habian sido sentenciados y sufrido en la plaza pública el castigo; otros habian sido entregados al brazo secular que ejecutó con ellos la sentencia de muerte; otros condenados á galeras, otros á destierro, y otros á la vergüenza de oir sus procesos en público. En la causa de Antonio Perez figuraban cargos de la misma clase que los ya indicados en el artículo anterior. No contentos con amontonar dichos vagos, con dar crédito (1) á rumores que en sí llevaban el solo carácter de ligereza y de imprudencia, llegaron hasta á forjarle una falsa genealogía haciéndole descender de judíos relapsos, ya procesados por el santo

(1) Era uno de estos cargos, que Antonio Perez habia dicho que si lograba su fuga enviaria á la vírgen del Pilar de Zaragoza una lámpara de plata mas grande que las actuales, con una inscripcion latina cuya traduccion por Llorente, dice así: «Dió esta lámpara un cautivo, en cumplimiento del voto que hizo por su libertad,

Oficio. De algunos pasajes de una obra que acababa de publicar en Pau, lugar de su destierro, tambien sacaron proposiciones erróneas, heréticas, que sabian á heregía, con todo el lujo de lenguaje que en tales calificaciones desplegaba el santo oficio. En fin despues de los infinitos procedimientos que es muy inútil individualizar, pronunciaron los jueces sentencia definitiva que fué confirmada por el consejo de la Inquisicion, «declarando á Perez por »herege formal, hugonote convicto, impenitente y per»tinaz, y en su consecuencia condenándole á pena de re»lajacion personal (quemado vivo) cuando pudiese ser ha»bido en persona y mientras tanto en estátua que le »represente, sacada en auto público de fé, con sambe»nito completo de llamas y diablos, y coroza de lo mismo »en la cabeza, y entregada á la justicia real, condenán»dole en confiscacion de bienes, é infamia trascendental á »sus hijos y nietos de línea masculina, declarando á estos »por inhábiles é incapaces para tener y poseer dignida»des, beneficios y oficios así eclesiásticos como seculares »que sean públicos ó de honra; para traer sobre sí, ni »sus personas, oro, plata, ni perlas, piedras preciosas, »corales, seda, chamelote, paño fino, ni andar á ca»ballo, ni traer armas, ni ejercer ni usar de las cosas »arbitrarias á los semejantes inhábiles, prohibidas así por »derecho comun, como por leyes y pragmáticas de estos »reinos y instrucciones del santo Oficio.» La sentencia fué ejecutada el 20 del mismo mes, celebrándose auto público de fé en la plaza del mercado. Salieron á él setenta y nueve condenados á diversas penas, y á la cabeza figuraba la efigie de Antonio Perez con esta inscripcion: *Antonio Perez fué secretario del rey nuestro*

---

y dará mayores cosas por ver á su mujer é hijos libres de la ira de un rey inicuo, fuera de un pueblo bárbaro, y sin sujecion al poder de jueces de raza de Cananeos.»

Sobre las singularidades de todo este proceso, nos referiremos á Llorente en su Historia crítica de la Inquisicion.

señor, natural de Monreal de Ariza, y residente en Zaragoza, herege convencido, fugitivo y relapso. (2)

Como no permite la fama de este personaje que dejemos en silencio lo que le ocurrió despues de su fuga de Aragon, concluiremos el capítulo con algunas líneas sobre un asunto que no deja de ser interesante.

Entró Antonio Perez en Francia el 18 de noviembre de 1591, como ya llevamos dicho: el 20 pasó á Pau donde fué recibido por la princesa Catalina de Borbon con todas pruebas de agasajo y de benevolencia. Por dar gusto y satisfacer la curiosidad de esta princesa, escribió una relacion de las aventuras que le habian obligado á buscar su asilo en Francia. Le alcanzaron aquí las persecuciones de sus enemigos, pues Felipe II y los mismos inquisidores de Aragon le armaron varios lazos: estos, invitándole á volver á Zaragoza donde le prometieron tratarle con benignidad y declarar su inocencia si verdaderamente no habia delinquido contra la fé, y el primero maquinando contra su existencia, de lo que existian suficientes pruebas. Mas Antonio Perez vivia sumamente

---

(2) Poco despues de este auto de fé, expidió la Inquisicion un edicto en favor de los culpables no presos, para que se les absolviese de censuras. Inmediatamente despues de su publicacion, recurrieron voluntariamente mas de quinientas personas al Santo Oficio pidiendo ser absueltos de cualquiera falta en que con ocasion de Antonio Perez hubiesen incurrido. Para que se tenga una idea del terror que inspiraba aquel tribunal y el estado de los tiempos, pondremos en seguida algunas confesiones de los espontaneados.

María Ramirez, se acusó de haber dicho viendo llevar á la Inquisicion á Antonio Perez ¡pobrecito! al cabo de tantos años de prision no le han hallado la heregia hasta ahora.

Cristobal de Heredia, de haber deseado saliese bien de su proceso Antonio Perez.

Doña Gerónima de Arteaga, de haber recogido de personas caritativas algunas cantidades para ocurrir á las urgencias y manutencion de Antonio Perez en la cárcel, pues no gozaba de sus bienes.

Don Luis de Gurrea pidió solo absolucion por asegurar su conciencia, pues no le remordia nada.

Don Miguel Sesé, la pidió por quitarse escrúpulos.

precavido contra estas asechanzas, y por otra parte conocia demasiado á los inquisidores de Aragon para entregarse en sus manos sin ninguna garantía. Despues de permanecer un año sobre poco mas ó menos en la córte del Bearne, pasó á la córte de Francia, de cuyo rey Enrique IV fué recibido con muestras de consideracion y aprecio como un hombre que por su mérito personal y sus persecuciones era digno de todas las simpatías de aquel príncipe. Conocia muy bien este rey astuto los servicios que le podia prestar su nombre en las circunstancias del proscripto. Mas sea por desconfianza ú otros motivos, no le dió entrada en su consejo ni tuvo con él aquellas intimidades á que Perez se creia sin duda con derecho. Con su permiso, pasó Perez á la córte de Inglaterra de cuya reina solicitaba entonces Enrique socorros poderosos para conquistar el reino cuya corona le estaba tan disputada

---

Don Juan de Villacampa, presbítero, por haber dicho «¡Vive »Dios que es iniquidad lo que se hace con Antonio Perez! Yo he »visto andar por las calles disfrazados al marqués de Almenara, al »inquisidor Molina, buscando testigos para que declarasen en y In»quisicion contra Perez.»

Un fraile trinitario, por haber dicho; «Si nuestro señor Jesu»cristo fuera castellano, no creia en él.»

Marcos de Plenas por haber dicho cuando los tumultos del 24 de setiembre «¡Yo á la Inquisicion! Mas quiero tener que hacer con »los diablos del infierno que con los inquisidores: ¡me iré al papa!

Antonio de Añon por haber dicho hablando del motin del 24 de mayo: ¡mira si Dios es bueno! ¿quién ha librado al inocente? Pues Anton de la Almunia, testigo falso de la sumaria, es difunto, y me »handicho que murió rabiando y renegando de Dios; ya se ve, como »padre de las p... que cuidaba en el burdel ¿En la Inquisicion que se »llama santa se buscan tales testigos? Pero ya se ve; si el inquisidor »Molina esperaba una mitra en premio. ¿Y el bribon de Torralba »que le ayudaba para buscar testigos falsos? Ya está sin empleo, y »desterrado del reino. ¿Y el infame marqués de Almenara? Ya está »en los infiernos. El coche que prestó para llevar los presos á la In»quisicion, ha servido para llevar su cadáver á Madrid. Dios sale por »su causa.»

Muchos mas casos de estas acusaciones singulares se encuentran en Llorente, Historia crítica de la Inquisicion de España, capítulo XXXVI.

por los liguistas y el mismo rey de España, segun ya hemos visto y haremos ver en adelante.

Fué Perez bien recibido de Isabel: entró en grande intimidad con el conde de Essex, su favorito, y otros personajes de la primera distincion del pais, donde fué muy considerada su persona. Allí escribió bajo el nombre de don Rafael Peregrino (1) sus famosas *el Raciones* que circularon mucho por Europa y fueron traducidas en diversas lenguas. No contribuyó poco esta obra á encender de nuevo la irritacion de Felipe II, ya excitada con la fuga de su antiguo secretario.

Influian entonces en los consejos de la reina de Inglaterra dos partidos de tendencia muy diversa. Queria el uno, capitaneado por el conde Essex, que se hiciesen los mayores esfuerzos sin reparar en sacrificio alguno para auxiliar al rey de Francia. No se oponia el otro á que se socorriese al rey; mas hacia ver la imprudencia de exponerse por favorecerle demasiado á peligros eminentes. Antonio Perez, como muy amigo de Essex, propendia naturalmente á su partido. Mas hallándose sin bastante influjo y acaso en desgracia con la reina que se habia entibiado mucho con Enrique IV, volvió en 1595 á Francia, de cuyo rey fué recibido con la afabilidad y muestras de interés que tenia de costumbre.

Figura el nombre de Perez en algunas cartas diplomáticas y hasta negociaciones tan frecuentes entonces entre las dos córtes. Varias veces fué admitido á la presencia de Enrique IV, con quien entró en conferencias sobre asuntos importantes. Mas influyó verdaderamente muy poco en las resoluciones de estado, pues su persona no fué tan considerada como él pretendia y el rey de España recelaba. Vivia en París bastante oscuramente, reduciéndose sus medios de existencia á una pension de cuatro mil escudos que le eran por lo regular muy mal pa-

(1) De Antonio Perez, como autor, trataremos en su lugar correspondiente.

gados. En esta precaria situacion, no dejaba de ser blanco de las asechanzas que por todas partes le armaban los emisarios de su antiguo soberano. Se sorprendió entre otros á uno de bastante importancia llamado don Rodrigo Mur, baron de la Pinilla, con todos los indicios y señales de premeditar un asesinato. Puesto á prueba de tormento, confesó y espió su delito en un suplicio. Estaba Antonio Perez en muy mala situacion; apenas sin influjo ni consideracion en aquella córte extraña, devorado por lo mismo de mayor ansiedad por volver á su pais, y obtener la gracia de sn soberano. Su mujer, doña Juana Coello, y sus siete hijos continuaban todavía en la misma prision á que los habia reducido su fuga de Madrid sin que Felipe II diese pruebas de ablandarse. Concibió algunas esperanzas de que mejorase su situacion, cuando en 1598 se ajustó la paz entre España y Francia, mas quedaron sus ilusiones defraudadas. A los cuatro meses despues bajó al sepulcro Felipe II sin acordarse de perdonar á su antiguo secretario.

Felipe III á su subida al trono mandó poner en libertad á doña Juana Coello; mas sus hijos quedaron por entonces en la cárcel. Ya hemos dicho cómo este monarca concedió perdon á los aragoneses implicados en los últimos disturbios. Por su órden se quitaron de los parajes donde estaban expuestas las cabezas de D. Juan de Lanuza, D. Juan de Luna, D. Diego Heredia y demas personajes que habian perecido en el suplicio.

Por los años de 1604 volvió Perez á Inglaterra, donde se estaban ajustando tratados de paz entre esta potencia y la de España. Mas el nuevo rey, Jacobo I, temeroso de que su presencia perjudicase las negociaciones, no quiso recibirle en su córte, con lo cual se restituyó Antonio Perez á Francia, ya sin ninguna esperanza de volver al seno de su familia, reducido á nuevas estrecheces, achacoso y cargado de años, pues contaba ya sesenta y cinco.

Desde entonces vivió enParís retirado y casi solo, con pocos medios de subsistencia, tan enfermo y acabado, que no pudiendo ir á pié á la iglesia mas próxima, obtuvo permiso del Papa para tener en su casa un oratorio. Dividia su tiempo entre ejercicios de devocion y escribir cartas, conocidas todavía en el orbe literario. Tambien componia algunos opúsculos, entre los que se distingue uno dirigido al duque de Lerma, conocido con el título de «Norte de Príncipes, Vireyes, »presidentes, consejeros, gobernadores y advertimien»tos políticos sobre lo publico y particular de una mo»narquía, importantísimos á los tales, fundados en ma»teria y razon de estado y gobierno;» obra que ha sido impresa en Madrid á fin del siglo XVII.

Mientras tanto no dejaba Antonio Perez piedra por mover para regresar á su patria, que le llamaba tanto en aquellos dias de vejez amarga y solitaria. Escribió á muchos personajes de la córte: los mismos pasos daba en persona doña Juana Coello, su mujer, pero todo sin efecto. Era el destino de Antonio Perez morir en tierra extraña. Terminó su existencia en 1611, en París, á los setenta y dos años de su edad, dejando la fama de un hombre de imaginacion, de instruccion, de capacidad y hasta de travesura en los negocios; pero ligero, inconsecuente, sin ningun peso ni solidez en su carácter y principios, y no poco desarreglado en sus costumbres. De su poca circunspeccion y prudencia, dá testimonio su conducta con Felipe II, de cuyo verdadero carácter debia de estar suficientemente penetrado. A este rey severo que acostumbraba matar á un cortesano con una frase airada, se atrevió á engañar, sin contar con que seria alguna vez descubierto su artificio; porque no puede haber duda de que en los consejos que dió al rey para deshacerse de Escobedo, mediaron embustes y resentimientos personales. Si el engaño fué culpable, el castigo fué tremendo, de una crueldad y saña tal, que ni aun en Felipe II seria explicable á no

haber mediado otra intriga de Antonio Perez, tan ofensiva para el rey, á saber, la de sus relaciones con la princesa de Eboli.

Con la muerte de Antonio Perez quedaba todavía abrumada su familia bajo el peso de la sentencia de la Inquisicion, que alcanzaba á toda la descendencia del proscripto. Prescindiendo de los perjuicios positivos de fortuna y demas goces de la misma clase, era esta una infamia mas espantosa en aquellos tiempos que la misma muerte. Cuatro años de solicitudes, de súplicas, de pedir, de negociar en mil sentidos se pasaron antes que el tribunal de la Inquisicion revocase tan fatal sentencia; por fin en 17 de abril de 1615, dijeron los inquisidores que atento los nuevos autos del proceso, debian revocar y revocaban la sentencia dada y pronunciada contra Antonio Perez, en todo y por todo como en ello se contiene; y declararon debe ser absuelta su memoria y fama, «que no »obste á los hijos y descendientes de Antonio Perez el »dicho proceso y sentencia de relajacion para ningun oficio »honroso; ni deberles obstar lo dicho y alegado por el »fiscal de la Inquisicion contra su limpieza.» El 10 del mismo mes, consultó el Consejo al rey esta sentencia, y Felipe III puso al márgen de su puño «hágase lo que »parece, pues se dice que es conforme á justicia.»

CAPITULO LXXI.

Siguen los asuntos interiores.—Venida á España de la emperatriz viuda de Alemania.—Jura en Madrid del príncipe don Felipe.—Casamiento de la infanta doña Catalina con el duque de Saboya.—Viaje del rey á Zaragoza y Barcelona.—Muerte de santa Teresa.—Aventuras de tres impostores que se vendieron por el rey don Sebastian.—Muerte de Granvela.—Id. del Doctor Azpilcueta.—Viaje del rey á Burgos y á Pamplona.—Córtes de Tarragona.—Venida á España del cuerpo de Santa Leocadia.—Canonizacion de san Diego de Alcalá.—Consagracion del templo del Escorial por el legado del Papa.—

1582.—1596.

Por encadenar mejor los hechos cuya sucinta relacion ha sido materia de los tres capítulos anteriores, hemos omitido otros de menos consideracion que ocurrian mientras tanto. Ahora los indicaremos para no omitir nada de nuestros asuntos interiores que sea digno de atencion, colocando los hechos en el órden cronológico cuando sea compatible con otras consideraciones.

Viuda del emperador Maximiliano II la princesa doña María, hermana de Felipe II, resolvió terminar sus dias en España donde habia nacido, al lado de su hija. No alteró su resolucion la muerte temprana de esta reina ocurrida en Badajoz en 1580, y habiendo obtenido para este viaje el beneplácito del emperador su hijo y el de su hermano, emprendió su viaje á mediados de 1582 y desembarcó en Barcelona á bordo de las galeras de Andrés Doria. Allí le estaba aguardando el obispo de Cuenca de órden del rey, por cuya cuenta le entregó doce mil ducados para continuar el viaje. Llegó á Madrid donde permaneció hasta el año siguiente que se reunió con su hermano que volvia á la sazon de Portugal. Fué recibida

esta señora del rey y de su córte con todas las muestras de la mayor consideracion, y desde entonces fué casi de todos los viajes que hizo el rey por varias ciudades de la España.

A pocos dias de su llegada á Madrid, se trasladó al Escorial por cuyos monges fué recibido con todas las muestras de regocijo. Se celebró la vuelta del fundador del monasterio con solemne Te-Deum, repique de campanas y fuegos de artificio. Con gran placer del rey estaba ya cerca de su terminacion aquella fábrica suntuosa, objeto de tanto favor en que estaba expendiendo tan inmensas sumas.

No podemos menos de hacer mencion de la muerte acaecida por los años de 1582 de santa Teresa, mujer célebre en mas de un sentido, y de cuyas prendas como escritora hablaremos á su debido tiempo. Ya habian ocurrido algunos años antes las de san Juan de Dios, de san Juan de la Cruz, y de san Pedro de Alcántara, todos de aquel siglo.

En 1584, convocó el rey á córtes para presenciar y asistir á la jura del príncipe don Felipe como heredero de estos reinos. Igual reconocimiento habia tenido lugar en Portugal el año antecedente. Se hizo la ceremonia en Madrid, en el convento de san Gerónimo, donde se celebran todas las de igual especie. La víspera del dia de la jura partió el príncipe para dicho monasterio acompañado de su aya doña Ana de Mendoza. Allí salió á recibirle la emperatriz que con este motivo se habia trasladado al convento de antemano. El dia siguiente hizo su salida el rey acompañado de las dos princesas, de los grandes y demas magnates de su córte. Celebró la misa de pontifical el cardenal Quiroga ayudado por el cardenal Granvela y el nuncio del Papa. Concluida esta, llevaron al príncipe al altar mayor, donde le administró el sacramento de la confirmacion el cardenal Granvela. Despues tuvo lugar el acto de la jura. La emperatriz fué la primera. En seguida juraron las princesas, los prelados, los grandes y

demas oficiales de palacio, los procuradores, etc.—No se insertan los nombres de los grandes personajes que asistieron, por haber visto ya el lector bastantes listas de la misma clase en diversos pasajes de esta historia.

A principios de 1585 salió el rey acompañado de la emperatriz, las dos princesas, y toda su córte para Zaragoza, en cuya capital debia celebrarse el matrimonio concertado entre la infanta doña Catalina y el duque de Saboya. Era doña Catalina la menor de las dos hermanas, hijas ambas de Isabel de Valois. A la mayor, doña Clara Eugenia, mas alto destino le estaba reservado.

Llegó la córte el 24 á Zaragoza. El 18 habia desembarcado el duque de Saboya en Barcelona.—Inmediatamente se puso en marcha para la capital de Aragon, y poco antes de entrar, se halló con el rey y la córte que habian salido á recibirle. Los desposorios se verificaron inmediatamente, habiendo dado la bendicion nupcial el cardenal Granvela. Al dia siguiente, se confirmó la ceremonia con la mayor suntuosidad en la catedral de nuestra señora del Pilar, donde celebró de pontifical el arzobispo.

Acompañó el rey á los recien casados hasta Barcelona donde se embarcaron en las galeras de Doria para Génova. Tomó Felipe II la vuelta de Aragon y celebró córtes en Monzon, donde fué jurado por sucesor á la corona el príncipe su hijo. Allí cayó enfermo de bastante gravedad, y con objeto de restablecerse totalmente, bajó por el Ebro á Tortosa y desde aquí se trasladó á Valencia, donde permaneció todo aquel invierno.

En el mismo año de 1585 ocurrieron en Portugal dos sucesos desagradables, de una misma especie y nacidos de igual causa. Pocas veces muere un rey ú otro gran personaje de un modo que ofrezca algun campo de obscuridad ó duda, sin que se presente á la corta ó á la larga alguna persona con pretensiones de representar la del difunto. De estos hechos están llenas las historias. Lo mismo debia de suceder en Portugal, donde se habia

esparcido entre las clases populares la creencia de que el rey don Sebastian estaba vivo. No era extraño que el desafecto á la dominacion extranjera contribuyese á alimentar una ilusion que, á realizarse, la sustituiria con la propia.

El primer impostor que se presentó en escena, fué un natural de Alcazoba, que siendo muy jóven tomó el hábito de lego en el convento de nuestra señora del Cármen, de donde por su mala conducta fué expelido. Viéndose sin esperanza de que le volviesen á admitir, como lo habia solicitado, se refugió á una ermita cerca de Alburquerque, donde con apariencia de santidad, era socorrido con abundantes limosnas por las devotas de las inmediaciones. Parece que entre estas una viuda bien parecida, de pocos años, acompañaba con frecuencia á nuestro, ermitaño, que no pasaba de los treinta. Entre sus habilidades, tenia la de tocar con gracia la guitarra, á cuyos sones acudia la juventud de ambos sexos acompañándole los aficionados con varios instrumentos. No satisfecho el ermitaño con estos conciertos y otras diversiones del mismo género que hasta entonces no habian tenido mas teatro que la ermita y las peñas de los alrededores, acompañaba muchas veces á sus nuevos amigos á Peña Mayor y tocaba con ellos, ora en fiestas públicas, ora en serenatas bajo las ventanas de alguna belleza distinguida. Esta conducta escandalizó á los fieles, y la justicia se hallaba ya cerca de echar mano á un santo tan alegre, cuando éste se puso en salvo, gracias á la viuda que le hizo con vestidos y un caballo. No tardó sin embargo en volver á su guarida; mas no con carácter de simple ermitaño, sino como un hombre misterioso que se condena á sí mismo á las austeridades mas severas. No parece que fué reconocido por sus antiguos amigos, cuya presencia evitaba con cuidado, retirándose á sitios solitarios, mas no tales que le pusiesen totalmente fuera de alcance del oido y de la vista. Pronto fueron objeto de edificacion sus oraciones, sus suspiros, sus arrobamientos, sobre todo su uso frecuente de la disciplina. No se

sabe si se parecia algo al rey don Sebastian, pero no tardó mucho en suscitarse la sospecha de que era el mismo, á lo que contribuyó el impostor con sus modales artificiosos, y la connivencia de dos cómplices que fingiéndose el uno don Cristóbal de Mora y el otro el obispo de la Guardia, aseguraron que era el rey don Sebastian, el ermitaño. Dió asenso á semejante absurdo la muchedumbre crédula: la especie llegó á Lisboa donde se dió la órden de su arresto. Inmediatamente fué cogido y encerrado en una cárcel. Aunque fué condenado á muerte, no se ejecutó la sentencia y se cambió en pena de galeras, donde todos pudiesen cerciorarse con sus propios ojos de que no era el rey difunto.

Fué el segundo caso, de mas exposicion y acompañado de desgracias. Un tal Mateo Alvarez, natural de la Tercera, picapedrero de oficio, echado igualmente que el primero de un convento de Cintra, imitó asimismo su ejemplo retirándose á la ermita de san Juan en la orilla del mar á dos leguas de Ericeyra. Allí vivió por espacio de dos años de limosna, atrayéndose por su vida ejemplar la atencion de toda la gente de las inmediaciones. Suscitaron sus grandes penitencias la sospecha de si seria el rey don Sebastian que habia escogido aquel lugar oscuro para la expiacion de sus pecados. Llegó el escribano de un lugar y lo mismo su mujer hasta afirmar que era efectivamente el rey, que le conocian muy bien, pues le habian visto muchas veces en Lisboa. Con esto se inflamó mas la curiosidad de aquellas gentes que no tuvieron ya duda de que era el rey mismo. Algunos se atrevieron á llegarse á su ermita y hasta preguntarle si era don Sebastian; á lo que respondió el ermitaño con muchísima humildad: «no, no soy el rey: no soy mas que un miserable picapedrero de la Tercera que estoy aquí haciendo penitencia por mis culpas.» Contribuyó esta negativa, acompañada de un aire misterioso, á que se confirmasen aquellas gentes en su idea. Otro vecino de aquellos contornos llamado Pedro Alonso, afirmó bajo juramento que

era el rey, que no tenia ninguna duda de ello, y esto añadido á lo que habian dicho el escribano y su mujer, bastó para que todos creyesen, como la cosa mas cierta, que tenian al rey don Sebastian encerrado en aquella ermita. Se apresuraron las gentes crédulas á ofrecerle sus homenajes como á su rey, suplicándole al mismo tiempo se declarase al fin y sacase á sus vasallos de tanta incertidumbre.

Sea que el ermitaño hubiese urdido de antemano aquella trama, sea que sin haber pensado en ella, trataba ahora de aprovecharse de tan favorable circunstancia, declaró al fin en tono misterioso que era efectivamente el rey, y que se hallaba allí por inescrutables decretos de la Providencia. No fué preciso mas para que toda aquella gente le saludase como á tal, con grandes aclamaciones y gritos de entusiasmo. Muy pocos momentos despues, se aparecieron mas de trescientos hombres armados, que se le rodearon proclamándolo por rey, diciéndole que allí estaban para hacer buenos sus derechos. Cobró con esto nuevos ánimos el ermitaño; les habló, en efecto, como rey, y se estableció desde luego en la villa de Ericeyra, desde donde escribió cartas á todas las provincias anunciando su persona, invitando á todos á que se armasen para volverle á la posesion de sus estados. Al mismo tiempo envió un expreso al archiduque Alberto, virey de Portugal, con órden de evacuar inmediatamente su palacio, y salir cuanto mas antes de aquel reino.

El asunto parecia muy sério. A la bandera del falso rey de Portugal acudia á cada instante nueva gente. Pronto se vió á la cabeza de mas de mil hombres armados, de quienes nombró general al mismo Pedro Alonso que le habia descubierto. El virey envió á Alonso de Fonseca á la cabeza de las tropas que pudo recoger, prometiéndole mandarle otras de refuerzo. Se puso Fonseca en camino de Ericeyra, pero solo halló en el pueblo las mujeres y los clérigos, habiendo huido el rey

con todos los que le acompañaban. Mas no por eso se dispersaron, y unidos permanecian en los montes esperando mas dichosa coyuntura.

Alonso Fonseca se volvió á Lisboa, habiendo dejado una pequeña guarnicion en Ericeyra, á donde habia hecho venir al juez de Torresvedras con su escribano, para hacer la causa á los presos que habia cogido dentro y eran en número de nueve. Aprovechándose de la ausencia de Fonseca, bajó de los montes el impostor á la cabeza de su gente, y dió sobre Ericeyra, donde entró á viva fuerza, habiendo puesto en libertad á los presos y apoderádose de las personas del juez y del escribano que entendian en la formacion de su proceso.

Salió otra vez Fonseca de Lisboa, acompañándole en esta expedicion el capitan Pedro Venegas con cien caballos. Volvió á salir de Ericeyra Pedro Alvarez; mas no contentándose Fonseca con esta nueva dispersion, siguió sus huellas resuelto á perseguirlos en cuantas guaridas se albergasen. Los amotinados hicieron resistencia aprovechándose de las ventajas del terreno; pero viéndose tan obstinadamente perseguidos, comenzaron á desordenarse. Los mas se dispersaron: muchos quedaron muertos, otros cogidos, entre los cuales se hallaba el mismo Pedro Alvarez. A los dos dias cupo la misma suerte al general Pedro Alonso y al escribano, que habia descubierto el primero que era D. Sebastian, el ermitaño. Los tres fueron conducidos á Lisboa, donde hicieron su entrada á la vista de aquel populoso vecindario. Inmediatamente fueron ahorcados y colocadas sus cabezas en los parajes mas públicos, á fin de que sirviesen de escarmiento.

Aunque la aparicion del tercer falso D. Sebastian ocurrió algunos años despues, la mencionaremos aquí por creer que es su lugar mas oportuno. Tuvo lugar esta aventura, aun mas extraordinaria que las dos primeras, en España. Por los años 1594 se hallaba en la villa de Madrigal de religiosa de un convento doña Ana, hija natu-

ral de D. Juan de Austria. Residia en el mismo lugar en clase de su confesor un fraile portugués llamado fray Miguel de los Santos, antiguo predicador de D. Sebastian y confesor de D. Antonio, á quien el rey habia mandado salir de Portugal por sospechoso. Conservaba este padre mucho afecto al prior, y como era gran intrigante, le ocurrió una invencion á fin de promover sus intereses. Buscó por su instrumento á un hombre bien parecido, llamado Gabriel de Espinosa, de condicion expósito, que despues de haber sido en su juventud soldado y tejedor, ejercia en Madrigal la profesion de pastelero. Recabó el padre Miguel de Espinosa, que se fingiese el rey de Portugal, con quien tenia alguna semejanza. Algunos dicen que fray Miguel llegó á persuadir al mismo pastelero, que en efecto lo era; mas esto no es probable. De todos modos el fraile y el pastelero hicieron creer á la religiosa que el segundo era el rey D. Sebastian, ayudando para este engaño la circunstancia de ser Espinosa de muy buena presencia, y tener, por haber corrido mundo, modales y conversacion mas fina que la gente de su oficio. ¿Y cómo podia dudar por otra parte aquella señora de lo que su confesor con tanta formalidad le aseguraba? Acogió, pues, al rey fingido con benevolencia y muestras de respeto, manifestándole sus deseos de ayudarle en todo cuanto pudiese contribuir á restituirle el trono. A las palabras siguieron las obras. Parece que aquella monja conservaba gran cariño á doña Juana, madre del rey D. Sebastian, ó lo que es mas probable, que fray Miguel le sugirió la idea de casarse con el príncipe, para lo cual le aseguró seria muy fácil obtener del Papa la dispensa de sus votos. Sin duda fray Miguel no trabajaba por servir al pastelero, sino para que declarado rey, renunciase la corona en favor de D. Antonio, siendo por otra parte fácil deshacerse de él por cualquier medio. La religiosa dió á Gabriel dinero y muchas joyas, con las que pasó á Valladolid para arreglar el modo de dar cima á sus proyectos. Mas en aquella ciudad tuvo la im-

prudencia de entrar en relaciones con una mujer pública, quien viendo sus joyas y sospechando ser robadas le denunció al corregidor D. Rodrigo de Santillana. Inmediatamente mandó prender éste á Espinosa, y no habiendo averiguado de su declaracion otra cosa que el ser pastelero, dependiente, y de la servidumbre de doña Ana, escribió á esta señora para averiguar si era así en efecto. Mientras llegaba la contestacion, cayó en manos del corregidor una carta que doña Ana y fray Miguel escribian á Espinosa. Habiéndola abierto, le pareció tan misterioso y extraño el contenido, con la particularidad de que se daba el tratamiento de magestad al pastelero, que envió inmediatamente la carta al rey pidiéndole sus órdenes. Mandó el rey prender á fray Miguel y á la religiosa, y como pertenecian al brazo eclesiástico, se despachó un comisario del santo Oficio para que entendiese en su proceso. La declaracion de doña Ana fué de una mujer sencilla á quien se habia hecho creer una patraña. Lo mismo dijo fray Miguel dándose por engañado. Fué confirmada en cierto modo esta confesion por Gabriel de Espinosa, quien manifestó ser él solo el autor de la impostura. No dió mas luces el careo del pastelero con los otros dos; pero el rey, que conocia mas al fraile, mandó poner á entrambos á prueba de tormento. Confesaron entonces el fraile y Espinosa la verdad del hecho. Fué ahorcado el último y descuartizado en el mismo Madrigal: llevado el fraile á Madrid, donde despues de haber sido públicamente degradado, fué entregado á la justicia ordinaria y condenado á sufrir la misma pena que su cómplice. En cuanto á doña Ana, fué confinada á otro convento de menor categoría, donde se la condenó á la pena de ayunar á pan y agua dos dias á la semana, y otras mas austeridades.

En el año de 1585 vino á España una solemne embajada de dos príncipes del Japon que se acababan de convertir al cristianismo. Habian estado en Roma, en donde habian presentado los homenajes de dichos príncipes al Papa. Los acogió el rey con las mayores mues-

tras de benevolencia, y mandó que se les hiciese el mismo obsequio en Lisboa, á donde iban á embarcarse para tomar la vuelta de su patria.

Ocurrió en el año de 1586 la muerte del famoso cardenal Granvela en Madrid, persona varias veces mencionada en esta historia. En ninguna de las épocas de su larga vida estuvo su nombre oscurecido. Despues de haber dejado el gobierno de los Paises-Bajos, se estableció momentáneamente en el Franco Condado, su pais natal, sin tratar de trasladarse á España, siguiendo en esto el consejo que le habia dado el duque de Alba. Despues pasó á Roma, desde donde llevó con el rey correspondencia muy estrecha. Pasó despues al vireinato de Nápoles y habiendo incurrido allí en el desagrado de Felipe II, volvió á Roma. Cuando el rey pensó en deshacerse sériamente de la persona de su secretario Antonio Perez, ofreció su puesto al cardenal, suplicándole que le viniese á desempeñar cuanto mas antes. Vino en efecto el cardenal por los años de 1579 á España, por primera vez, y se encargó de la secretaría de Estado de los negocios de Italia. Quedó de regente del reino á la salida de Felipe II para Portugal, y continuó en su cargo hasta el regreso del monarca. Conservó el cardenal el favor de Felipe II hasta el fin de su existencia. Del carácter y mérito de este prelado hemos dicho lo bastante en su debido tiempo. Correspondieron los últimos años de vida á sus principios; en ningun tiempo de su vida se desmintió su carácter grave, reservado, firme, poco contemporizador y sobrado orgulloso para los que estaban con él en relaciones. Fué un servidor fiel de Felipe II, con quien tuvo muchos puntos de contacto.

Tambien fué novedad importante en el pais el fallecimiento en Roma del famoso Martin Azpilcueta, de edad de noventa y cinco años, llamado tambien el doctor Navarro, por el pais de que era oriundo. Sonó mucho en su tiempo su nombre en España, y aunque conocido

por sus opiniones algo atrevidas, segun el derecho público de aquellos tiempos, fué muy considerado del rey, quien se valió algunas veces de sus luces y prudencia. En Roma se atraia una gran veneracion por su doctrina y sus virtudes.

En el año siguiente de 1587 se hicieron solemnes exequias en el Escorial por la reina María Estuarda. Concurrieron á la ceremonia el rey, la emperatriz, las princesas y los personajes mas distinguidos de la córte.

Hacia algunos años que habia sido trasladado á Toledo el cuerpo de san Eugenio, el primer arzobispo que tuvo aquella iglesia. Iguales deseos manifestaron en 1584 los habitantes de dicha ciudad de obtener el de santa Leocadia, que se hallaba en el convento de san Guilden de la provincia de Haynault, en los Paises-Bajos. Pidieron esta gracia al rey por medio de su arzobispo el cardenal Quiroga; y el rey accediendo á su solicitud, encargó á Roma una bula del pontífice para que aquellos monges le entregasen. Otorgó dicha bula el Papa gustoso: se encargó el negocio al duque de Parma, quien envió comisionados al convento de san Guilden. No tuvieron los monges reparo en entregar el cuerpo con los testimonios de su autenticidad, en vista de la bula. Se envió inmediatamente el cuerpo á España; y algunas leguas antes de llegar á Toledo, se depositó en una caja de plata, en que hizo su entrada pública y solemne. Salió el rey del Escorial con su córte para asistir personalmente á esta ceremonia, que fué muy solemne y muy vistosa. Aguardaba á la puerta de la ciudad el arzobispo vestido de pontifical con otros prelados y eclesiásticos del alto clero, y desde este punto marchó la procesion con música, repique de campanas y fuegos de artificio. Correspondieron las diversiones públicas de la tarde á la solemnidad de la funcion de iglesia, y el pueblo se mostró muy gozoso y satisfecho.

En el año de 1588 fué de gran gusto para el rey y para España la bula de su Santidad, canonizando á san

Diego de Alcalá, de quien era muy devoto. Era este santo sumamente popular, como que á su intercesion milagrosa se habia atribuido en su tiempo la cura repentina del príncipe D. Cárlos de una grande enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro.

El año 1592 salió el rey de Madrid en compañía del príncipe D. Felipe y los demas grandes de su córte. Permaneció algunos dias en Valladolid, y en seguida pasó á Burgos. Se trasladó despues á Navarra, y en Pamplona se verificó la jura del príncipe como heredero del reino de Navarra. Despues pasó á Tarazona, donde celebró Córtes de Aragon, en las que con motivo de los disturbios del pais se hicieron alteraciones en los fueros de aquel reino (1). El año siguiente se celebró un capítulo del Toison de Oro, cuyo collar distribuyó el rey á algunos grandes. El mismo año puso casa al príncipe, nombrando para los primeros cargos de ella á los principales personajes.

En aquel mismo año se celebró una fiesta magnífica en solemnidad del bautismo recibido por el príncipe Muley, hijo de Muley-Hamed, emperador destronado de Marruecos. Le elevó el rey á la dignidad de grande, y le hizo ademas muchísimas mercedes.

En 1594 murió el arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, cardenal é inquisidor general. Presentó el rey en su lugar al archiduque Alberto, regente de Portugal, y para sustituirle en este cargo, nombró una regencia compuesta del arzobispo de Lisboa, D. Miguel de Castro, presidente, y otros cuatro mas prelados. Ya veremos mas adelante cómo el archiduque Alberto no llegó á tomar posesion de su nuevo destino.

Los negocios interiores de España son como se vé de poquísimo interés, por la tranquilidad y calma en que se hallaba á la sazon España. Los negocios seguian

(1) Hablaremos de estas Córtes y de otras en su lugar correspondiente.

su curso ordinario; la máquina administrativa se descomponia raras veces, y eso sin que se quebrase ninguna de sus ruedas principales. Habia pocos conflictos y menos lucha de partidos en un pais donde la unidad religiosa y el derecho divino del rey eran el principio dominante casi en la opinion, lo mismo que en las leyes. Desde 1578 hasta el fin del siglo, y aun se puede decir en todo el reinado de Felipe II, no hubo mas disturbios en el reino que los de Aragon, y esos promovidos incidentalmente por un asunto muy distinto en su especie de los acontecimientos á que habia dado orígen.

En la córte de Felipe II traspiraban poco aquellas intrigas que tienen lugar en otras, donde los reyes son mas débiles ó mas accesibles. Era esta córte un remedo del monasterio del Escorial, donde todo se movia con solemnidad y pausa. Se puso la última piedra de este magnífico edificio en 1584 con grande regocijo del monarca. No se mostraba menos activo en adornarle y hermosearle que en fomentar su ereccion desde la primera piedra que puso en los cimientos por su propia mano. Se iba convirtiendo poco á poco en un museo á que todas las artes concurrian. En 1595 bendijo solemnemente el templo el nuncio de su Santidad, Camilo Cayetano, patriarca de Alejandría, con anuencia del Pontífice. Se imagina fácilmente la pompa y la magnificencia con que se celebraria aquella bendicion tan deseada.

CAPITULO LXXII.

Asuntos de Francia.—Negociaciones del partido político.—Nuevas agitaciones en París.—Formacion de la junta de los Diez.—Suplicio del presidente Brisson y otros mas del Parlamento.—Negociaciones é intrigas.—Pretensiones del rey de España.—Envia tropas á Paris.—Son recibidas en triunfo.—Apertura de los Estados generales.—Incertidumbre.—Conferencia en San Dionisio.—Piensa sériamente el rey de Francia en volver al gremio de la Iglesia.—Le instruyen doctores.—Ceremonial de su abjuracion en San Dionisio.—Irritacion de los liguistas.—Protesta del legado.—Sigue la guerra.—Progresos del rey.—Se le abren las puertas de París.—Su entrada pública en la capital.

1592—1594. (1)

Mientras se hallaba empeñado el rey de Francia en las operaciones militares de que hemos hablado en los capítulos LXVI y LXVII, continuaban las negociaciones del partido medio que á toda costa queria hacer cesar aquel conflicto por medio de la restitucion del rey al seno de la Iglesia. Era este partido sumamente numeroso en el pais, pues la ley sálica, en virtud de la que era rey de Francia el de Navarra, se hallaba arraigada en el corazon de casi todos los franceses. No se escaseaban

---

(1) Las mismas autoridades ya citadas en todos los capítulos relativos á Francia. Entre ellas merece particular atencion la obra moderna de Mr. Capefigue, intitulada *De la reforma de la liga y del reinado de Enrique IV*. Mucho mas de la mitad del texto se reduce á copias literales de varios documentos casi oficiales de la época. Como Felipe hizo tanto papel en todos aquellos acontecimientos, cita el autor muy frecuentemente su correspondencia particular con los embajadores que tenia en París, y muchos grandes personajes de Francia, á quienes particularmente se dirigia, copiando algunas frases y palabras segun están en castellano. En pocas obras modernas se ve con tanta claridad lo que el rey de España de entonces influia en los negocios del vecino reino.

para apoyar esta opinion folletos en todos los estilos. Pero cuanto mas moderado y conciliador queria mostrarse este partido, mas crecia de punto el fanatismo de los ardientes católicos que rechazaban al monarca herege, pues con este título le designaban. Cada vez adquiria mas ascendiente el partido popular en París, que tales combinaciones repelia. Habia salido de su cautiverio en Tours el jóven Guisa, hijo del difunto mártir, y su presencia en aquella capital mantenia los sentimientos profesados á su padre. A los escritos de los moderados respondian con nuevas manifestaciones de exclusiva intolerancia. Cada vez se ponian mas en contacto los jefes de aquella parcialidad con el embajador de Felipe II, con el legado del papa; y á mantener viva la llama de semejante agitacion sin duda contribuian por su parte los manejos secretos de Alejandro. Llegó el fanatismo del pueblo de París hasta acusar de tibios á los del Consejo de la Union, y desconfiar del celo de su propio ayuntamiento. Para asegurarse mas de la buena y leal decision de los negocios, se convinieron en formar de entre los mas acalorados una junta de diez personas, en cuyas manos quedaron concentrados casi todos los poderes. Adoptó esta junta las medidas mas terribles de represion, decretando la pena de muerte contra los que estuviesen en correspondencia con Enrique, confiscando los bienes de todos los consejeros del Parlamento á la sazon ausentes. Acusaban á esta corporacion de floja, de remisa, de descuidada en promover los intereses de la liga. Acaeció que habiéndose denunciado ante este tribunal un hombre acusado de inteligencia con Enrique, fué absuelto contra la espectacion del pueblo que contaba ya con su castigo. No fué necesario mas para acusar al parlamento de traidor; sobre todo al primer presidente, Brisson, que se tenia por el de mas influencia. Le acusaron los diez ante el duque de Mayena que se hallaba entonces fuera de París, y que por otra parte pasaba por hombre moderado. No aguardaron su decision los hombres mas fogosos de la muche-

dumbre. Les arengó un tal Bussy-le-Clerc, especie de tribuno, diciéndoles que para nada necesitaban de la asistencia ajena pudiendo ellos hacerse justicia por su mano, y que teniendo á su disposicion cuerdas para ahorcar á los traidores, cuanto mas pronto las usasen, tanto mas eficazmente servirian los intereses de Dios y de la Iglesia. Hizo su discurso efecto. Para asegurar mas su conciencia, se consultó el caso con algunos doctores de la Sorbona, quienes le decidieron favorablemente, es decir, en sentido de la muchedumbre. Se ejecutó la sentencia tan prontamente como habia sido fulminada. Fueron ahorcados el primer presidente, Brisson, Juan Tardif y Larcher, magistrados de otro tribunal llamado el Chatelet, con grande aplauso público, haciéndose esparcir la voz que morian por traidores, por implicados en planes con Enrique de Navarra.

Así se sofocó en París la reaccion que trataban crear los hombres del partido medio; así pasó poco á poco á manos del pueblo el poder que ejercian las corporaciones formadas por él mismo, y como no se podia ejercer un mando tan violento sin el auxilio del terror, le infundieron en todas las clases de la sociedad que podian oponérseles. Se expidieron decretos contra culpables y contra sospechosos, se confiscaron los bienes de los que estaban acusados de traicion ó tibieza hácia la causa de la liga. Para castigar sumariamente estos delitos se formó un tribunal con el nombre de Cámara Ardiente, á imitacion del que bajo el dominio de los Tudores en Inglaterra se habia mostrado tantas veces instrumento de las venganzas de estos príncipes.

Mas este reinado del terror fué corto. Pasaron del temor á la irritacion los hombres moderados, los ricos de la capital, y acudieron con sus quejas al duque de Mayena. Ofendido éste asimismo de semejantes procederes, no tardó en dar vuelta á París acompañado de su ejército. En las simpatías de los militares no tenian apoyo los hombres mas ardientes de la liga. Destituidos asimismo

de los auxilios de las clases ricas, no fué dificil al duque de Mayena refrenar sus ímpetus y recobrar el ascendiente. Para asegurar la tranquilidad y ponerse al abrigo de cualquiera contingencia, adoptó medidas militares, entre ellas, la de apoderarse del fuerte de la Bastilla, donde mandaba el mismo Bussy, quien la entregó sin ninguna resistencia. Tambien mandó tomar las armas á los vecinos mas ricos de la capital, que colocó en las principales boca-calles. No le fué dificil echar mano al tribuno y compañeros, quienes terminaron su vida con el mismo suplicio que habian decretado contra Brisson y los otros magistrados. En seguida reorganizó la municipalidad, restituyó el poder al Consejo de la Union, y tomó medidas para neutralizar el ardor de los mas exaltados y fanáticos.

Restituyó el duque de Mayena la tranquilidad á París; se vengó tal vez de muchos de sus enemigos personales; mas cometió una falta como hombre de partido. No podia apoyarse el suyo mas que en principios exagerados, en las pasiones ardientes á que daba pábulo la intolerancia religiosa. Proteger en París una reaccion en favor de los moderados de este partido, era dar un paso hácia los otros moderados; es decir, hácia los políticos que se mostraban tan enemigos de los liguistas mas fogosos. Era despojar la causa de los medios de accion mas eficaces, y despojarse él mismo de la poca consideracion que podia gozar todavía como heredero de su hermano. A esta falta del duque de Mayena añadió la nueva municipalidad de París la de escribir á todas las ciudades principales donde la liga dominaba, haciéndoles ver los cambios que habian ocurrido en la capital, y la necesidad en que se habian visto de refrenar la audacia de los que mas celosos se mostraban. Fué acogida esta manifestacion si no con disgusto, al menos con indiferencia. ¿Cómo se trataba, respondian algunos, de apagar el fuego que convenia tanto mantener vivo aunque produjese algunos males pasajeros? ¿Quién defenderia los intereses de la liga si se tomaban tales medidas de rigor con-

tra sus mas ardientes partidarios? Estas razones eran especiosas, y la política de Mayena muy torcida.

Se debatia en Francia mientras tanto la cuestion inmensa de la sucesion á la corona, vacante, segun unos, despues de la muerte de Cárlos X, ocupada legítimamente desde la de Enrique III segun otros. No podian decidirse estos puntos importantes sino en el seno de los Estados generales. Era de cargo de Mayena, como teniente general del reino, el convocarlos. Mas no manifestaba mucha prisa en ello, ó por aguardar resultados mas definitivos de las operaciones militares, ó por conservarse en el mando por mas tiempo. Instaba Felipe II porque cuanto mas antes se los convocase, pues de ellos aguardaba el fruto definitivo de tantos años de trabajo. Envuelto hasta entonces en las sombras del misterio, comenzó desde la muerte de Cárlos X á manifestar sus verdaderas intenciones. En sus instrucciones al embajador, que lo era entonces D. Joaquin Ibarra, le hizo saber que su hija Clara Eugenia era la heredera de la corona de Francia, por su madre Isabel de Valois, en cuyo favor debia recaer la eleccion de los Estados; que nada queria de los Borbones, declarados incapaces de la sucesion por sus principios y culto religioso; que si bien conocia que la ley sálica era un obstáculo á sus pretensiones, debia desaparecer esta ley delante de intereses de gravísima importancia; que si se les repugnaba violar dicha ley tratándose de una sucesion por via de herencia, podian apelar al recurso de elegirla, lo que evitaria todos los inconvenientes: sobre todo le recomendaba el mayor secreto y reserva en declararse abiertamente lo que se debia dejar para cuando estuviesen los Estados reunidos.

Tenia poco partido á su favor el duque de Mayena. A fuer de moderado habia incurrido en la prevencion y hasta en el odio de los liguistas exaltados. Quien era objeto de todas las simpatías de este partido extremo, era el jóven duque de Guisa, hijo del que llamaban mártir, y en quien consideraban el heredero de su nombre,

de su valor, de sus virtudes y celo ardiente por la religion católica. Tan enterado estaba Felipe II de este gran favor, que manifestó á Ibarra que si para el nombramiento de la infanta exigian por condicion su enlace con el jóven Guisa, no tendria ninguna dificultad en dar su asentimiento.

Declaraba mientras tanto el rey Enrique que jamás reconoceria autoridad de los Estados generales para conferir, ni aun á él mismo, lo que era ya suyo por herencia; que desde la muerte de Enrique III era rey de Francia en virtud de una ley antigua y veneranda que no se habia infringido en ninguna ocasion y por ningun motivo. En favor de esta ley sálica circularon entonces muchos folletos bajo los auspicios de Enrique, haciéndose ver en todos ellos la importancia de la institucion, y lo mal que habia probado en Francia la parte que habian tomado en el gobierno algunas de sus reinas. Citaban con este motivo á Bruniquilda, mujer de Childeberto; á Clotilde, mujer de Clodoveo; á Blanca de Castilla, madre de san Luis, autora de todos los males que habian producido las dos cruzadas de este príncipe; á Isabel de Baviera, mujer de Cárlos VI, por cuyo medio se habian introducido ingleses en el reino, arrancando la corona al legítimo heredero.

Expidió al fin órdenes el duque de Mayena para la convocacion en Reims de los Estados generales. Nombró Felipe II por su embajador plenipotenciario cerca de la asamblea al duque de Feria, cuyos poderes eran una especie de carta del rey á los Estados mismos, haciéndoles saber que interesado como estaba en el bien de aquel pais por quien habia hecho tantos sacrificios, y no pudiendo acudir en persona á darles los consejos que le parecian necesarios en aquellas circunstancias, les enviaba al duque de Feria, representante de sus voluntades; que hallándose sin rey y convocados para atender á una necesidad entonces tan urgente, eligiesen cuanto mas antes un rey católico que se comprometiese á purgar para siempre el suelo francés de la heregía, y á expeler los

príncipes de la casa de Borbon, enemigos de la Iglesia; que habia llegado el momento de que manifestasen los buenos franceses su aprecio por los grandes servicios que en todas ocasiones les habia hecho, y los que estaba resuelto á hacerles en lo sucesivo.

El duque de Mayena, desconfiado ya de que la eleccion de los Estados generales recayese en su persona, trató al menos de ganarse á Felipe II, proponiéndole las condiciones bajo las que apoyaria los intereses de la infanta. Envió con este objeto un embajador á Madrid proponiéndole que urgia mucho entrasen cuanto mas antes en Francia dos ejércitos, mandados el uno por el duque de Parma y el otro por él mismo (el duque de Mayena): que se podia destinar uno de ellos á expulsar del suelo francés á Enrique de Navarra, mientras se aplicase el otro al sitio de varias plazas que se habian declarado en favor suyo: que enviase grandes sumas de dinero para cubrir todos estos gastos; que se necesitaba mucha actividad para impedir la conversion de Enrique, objeto de las esperanzas de todos los políticos; y que, defraudadas estas de una vez, nada seria mas fácil que el promover el nombramiento de la infanta, como el único medio de establecer para siempre la religion católica en el pais, sin mezcla de otra alguna.

Ni el duque de Mayena era sincero con Felipe II, ni este rey se fiaba del duque de Mayena. Verdaderamente no le necesitaba para nada. Era muy poderoso su partido en toda Francia y casi unánime el voto de los ardientes católicos en favor de la infanta, dando por supuesto que por su enlace con el duque de Guisa pasaria el trono de Francia á la casa de Lorena. A la persona de Felipe II se dirigian todos los personajes de la liga, y especialmente el pueblo de París, que le consideraba como su grande apoyo, como el alma de sus movimientos. Muy bien se hallaba enterado de esto el rey de España. Por una combinacion de circunstancias que no habia previsto, se hallaba en vísperas de reembolsar con usura cuanto habia

expendido por fomentar aquellas sangrientas convulsiones. Estando para abrirse los Estados generales, se apresuró á enviar al duque de Feria las instrucciones que debian dirigir su conducta en aquellas conferencias. Era la una oficial y ostensible, la segunda privada y para su gobierno propio. Se le decia en la primera: nada de regencia ó cesacion de los socorros de España; alejamiento de todos los príncipes de la casa de Borbon y reconocimiento de los derechos de la infanta. En la secreta se le indicaba el órden de preferencia que debia observar para cuando se tratase de elegir un rey de Francia: 1.º sostener la eleccion de la infanta: 2.º la suya propia (la del mismo Felipe II); 3.º la de uno de los archiduques; 4.º la del duque de Guisa; 5.º la del cardenal de Lorena; advirtiéndole que en el tercero y cuarto caso, deberia ir envuelta la condicion de matrimonio con la infanta. Poco despues de la salida de estos pliegos, envió el rey una memoria redactada por dos doctores de Salamanca, en favor de los derechos de doña Clara Eugenia, haciendo ver que la ley sálica no era aplicable á la cuestion de entonces, y que erraban grandemente todos los autores tanto antiguos como modernos cuyo dictámen era de que la exclusion de las mujeres al trono tenia su orígen en el derecho público.

Tambien se prevenia, tanto al embajador como á los demas agentes del rey: 1.º que redoblasen su actividad para impedir que el duque de Mayena y los católicos diesen oidos á las proposiciones del príncipe de Bearne; 2.º que vigilasen asimismo la conducta de los plenipotenciarios de Roma y trabajasen porque se evocasen exclusivamente á la córte de Su Santidad los negocios de la Francia. Despues se les recomendaba mejor distribucion de las sumas enormes que la Francia le costaba. Se ve por estos datos que Felipe II no tomaba en ninguna consideracion los derechos del duque de Mayena á la corona, que era para él grande objeto de inquietud el que Enrique llegase un dia á hacer su abjuracion, y que la nacion

la hubiese por sincera. Por esto mostraba tanta impaciencia en que se reuniesen cuanto mas antes los Estados generales; pero no estaba esto en los intereses del duque de Mayena, motivo mas para ser objeto de desconfianza y aversion del rey de España.

Que este monarca tenia un partido inmenso entre los jefes mas influyentes de la liga, era evidente; que todos abrigaban la opinion de que solo con sus auxilios poderosos saldrian con felicidad de aquella crisis, y conseguirian el triunfo de la religion católica en toda su pureza, aparece claro de la correspondencia que entre unos y otros se seguia, y de los mismos hechos. No solamente se inclinaban á declarar á la infanta reina, sino á poner la corona sobre las sienes mismas de Felipe. Se manifestaron pues francamente con el rey, ofreciéndosela bajo las siguientes condiciones: 1.ª exterminio de la heregía en Francia para lo que se levantaria á sus expensas un ejército que no dejaria las armas de la mano hasta haberlo conseguido: 2.ª el castigo ejemplar de los blasfemadores del nombre de Dios y de los santos, y de los que cometian mil maldades á que se habian acostumbrado por la licencia que llevan consigo las guerras civiles: 3.ª la observancia puntual de todos los decretos del concilio de Trento: 4.ª el establecimiento de la Inquisicion con tal que este tribunal no entendiese mas que en casos de heregía: 5.ª que no se proveyesen arzobispados, obispados, abadías, beneficios, rectorías de colegios, administraciones de hospitales y obras pías en extraños; y que tambien se confiriesen exclusivamente á franceses naturales el cargo de condestable, de canciller, de mariscal de Francia (no habia entonces mas que cuatro), de almirante, de caballerizo mayor, de gran maestre de ceremonias; extendiese la misma exclusion á los empleos de gobernadores, cargos de judicatura, etc.: 6.ª que no se venderia ningun empleo: 7.ª que se anularian todos los impuestos y contribuciones introducidas desde Luis XII, á excepcion de la de la sal, incluyendo en igual revocacion

las décimas: 8.ª que todos los caudales públicos tanto ordinarios como extraordinarios del reino, á escepcion de los del patrimonio, se llevarian al tesoro público en París, poniéndose á disposicion del solo tesorero, y de un solo contador (controleur) para aplicarse á diversos alistamientos de tropas de tierra y mar, al entretenimiento de las galeras, de los estados del rey, etc., de cuyas sumas no se daria cuenta mas que ante los Estados generales: 9.ª que su magestad permitiese el tráfico de todos sus paises de Europa, Asia, Africa, América, islas del mar Oceáno, lo mismo que á los españoles: que el rey no se nombrase ya rey de España, ni tampoco rey de Francia, mas que tomase el título de gran rey ó cualquiera otro que no envolviese especialidad: 10.ª que los Estados se celebrarian cada cuatro años, y se trataria en ellos de reformar las cosas pertenecientes al Estado, y de ver si su magestad habia contravenido en alguna cosa á lo que hubiese prometido, y en este caso hacerla enmendar ó restablecer, ó si no quedar libre y absuelto el reino de todo deber de fidelidad, y cualquier otro, y pasar á la nueva eleccion de rey que mejor las observase. La utilidad y bien que resultasen de este establecimiento seria la extincion de la heregía en toda Europa, la ruina del imperio de los turcos, la recuperacion de la Tierra santa, la paz entre los católicos, y el aterramiento de la tiranía.

Se ve por este precioso documento que los católicos ardientes de Francia sabian mezclar, con el espíritu de intolerancia y fanatismo religioso, las ideas de un gobierno donde el bien general fuese el primer objeto de los administradores y legisladores. Era el fenómeno que ofrecian entonces las principales naciones de la Europa. Por supuesto no tenian ni podian tener estas negociaciones el carácter de oficio, no estando todavía reunidos los Estados generales, los solos que podian resolver definitivamente este problema. Se conferenciaba privadamente, se negociaba, se intrigaba como sucede siempre antes de la deliberacion de estas grandes asambleas. Lo que interesa-

ba mucho al rey de España y á su gran partido de la liga, era conservar vivo el entusiasmo mientras llegaba el momento de la reunion que tanto ansiaban.

Se mantenia en efecto vivo el fuego de la liga á pesar de los actos impolíticos del duque de Mayena, tanto en París como en las principales ciudades de la Francia. Se hallaba en Bretaña al frente de esta parcialidad el duque de Mercœur, teniendo á sus órdenes un cuerpo español mandado por Juan de Aguilar, y comunicándose con el rey de España por medio de don Mendo de Ledesma, su enviado y plenipotenciario. Mandaba en Languedoc el duque de Joyeuse, hermano del que habia muerto en los campos de Courtras, tan valiente é impetuoso como él y tambien tan desgraciado. Se hallaba en el Leonés, dándose la mano con los estados de Borgoña, el duque de Nemours, de la casa de Lorena, en la Provenza; mandaba las fuerzas de la liga el duque de Saboya, marido de la princesa de España doña Catalina.

Mientras tanto hacia el rey de Francia su campaña en Normandía. Ya hemos visto cómo puso sitio á Ruan, cuya presa le arrancó como de las manos el duque de Parma á su segunda entrada en Francia. A no verse precisado este general español á regresar á los Paises-Bajos, á tener un ejército considerable para atender exclusivamente á una campaña en Francia, hubiera parado gravísimos perjuicios al rey cuya estrella se habia ya eclipsado dos veces delante de la de Alejandro. Mas la necesidad de atender á la guerra importante de los Paises-Bajos y la política de Felipe II que era de auxiliar, de un modo que á cada instante necesitasen de socorros nuevos, hicieron salir á Enrique de gravísimos cuidados.

La fortuna de la guerra se le mostraba mas favorable que á sus antagonistas. Ni el duque de Mayena, ni los demas jefes de la liga podian ponerse á nivel suyo, ni medirse ventajosamente con sus tropas tan familiarizadas con todos los peligros y trabajos de la guerra y que con tanto entusiasmo le seguian en un dia de batalla. De

caudillo aventurero, se habia convertido Enrique en jefe de nacion, en potencia formidable. Ya se titulaba rey de Francia con toda seguridad de hacer real y positivo su dictado. Se mostraba abiertamente su aliada la reina poderosa de Inglaterra; los holandeses, que ya se consideraban como una potencia, le enviaron buques que auxiliaban sus operaciones militares. Los príncipes del imperio le habian enviado bandas de lansquenetes que figuraban ventajosamente en su ejército. Tambien se hallaban en sus filas cuerpos suizos. Se conservaba el sultan Amurates III en sus buenos sentimientos de amistad, y preparaba buques á su disposicion que debian dirigirse al puertó de Marsella.

Fácil es concebir que teniendo aquella guerra civil tantos teatros á la vez, se trabarian muchas escaramuzas y combates parciales que por las pocas fuerzas que los empeñaban no merecen el nombre de batallas. En sus pormenores es inútil el entrar porque no seria conducente á nuestro objeto. Por lo regular cabia lo mejor de estos choques á las tropas reales. En la Lorena derrotó completamente el duque de Bouillon, de la parcialidad de Enrique, á Damblize, jefe de las fuerzas de la liga. En Languedoc acometió impetuosamente el duque de Joyeuse la plaza de Villemour, donde acababa de entrar Desine jefe de las tropas calvinistas. El ataque fué furioso pero con igual arrojo rechazado. Se retiraron los liguistas con grande confusion y mucha pérdida de muertos y de heridos, quedando ahogado en las aguas del Tarn el mismo duque de Joyeuse.

Mientras tanto continuaban las negociaciones en que representaba el principal papel el rey de España. Tal vez no estaba bien informado del verdadero estado de las cosas, ó pudieron mas que su prudencia sus pasiones políticas y religiosas. En proporcion de la prisa que manifestaba para que los Estados diesen una resolucion definitiva, se mostraban negligentes tanto el duque de Mayena como la municipalidad de París en promover una medida que

les iba á quitar gran parte de su crédito. Obraban en esto de concierto con los parlamentarios, que tenian ciertos puntos de contacto con los políticos, que aspiraban á la conversion de Enrique IV. No fué preciso mas para que Felipe II se alarmase creyéndose burlado, y concibiese sospechas de que todo el favor que en Francia le mostraban no tenia mas objeto que el sacarle tropas y dinero. Los Estados se habian reunido efectivamente en Reims, mas sin resultado alguno y ni mas trabajos que el de aplazarse para París donde debia ser la reunion mas numerosa. Sirvió esto para aumentar el mal humor del rey de España. Inmediatamente escribió nuevas cartas á sus enviados y agentes en París, que lo eran, ademas del duque de Feria, don Diego de Ibarra, don Juan Bautista Taxis y don Bernardino de Mendoza. Se quejaba en ellas de la conducta tortuosa que en París se observaba con respecto á la eleccion de la infanta: que por esta consideracion no se comprometeria nada hasta que desapareciese toda incertidumbre de la negociacion, y se conociesen bien los Estados generales, pues entonces se ganarian mas fácilmente y con menos gastos los diputados eclesiásticos y los diputados de las ciudades que llevaban el título de *buenas*: que se sirviesen de ellos como de un contrapeso para moderar las pretensiones de las clases nobles, pues tenia sospecha de que aspirando el duque de Mayena al primer puesto del Estado, debia de estar de mala fé en sostener los derechos de la infanta con quien no se podia enlazar por ser casado, en lugar que los príncipes solteros como el duque de Guisa ofrecian dobles probabilidades de buen éxito: que tuviesen la mayor atencion en el buen manejo de este negocio, y sobre todo que se le asegurasen de las ciudades del Bearne fronterizas á España, segun el tratado que habia hecho sobre el particular con el cardenal de Borbon y posteriormente con la liga.

Son curiosas las particularidades y hasta pormenores minuciosos de que se ocupaba el rey en esta correspon-

dencia seguida sin descanso. Al considerar el tiempo que gastaba sin duda alguna Felipe II en este asunto, se podria juzgar que no tenia otros mas á qué entregarse. En la mayor parte de los pliegos habia notas marginales de su mano. Se vé por toda esta correspondencia lo receloso que era y lo mucho que desconfiaba de los franceses con quien estaba negociando. La posibilidad de que el rey de Francia volviese al seno de la Iglesia, era su eterna pesadilla. «Esforzáos, decia á Juan Bautista Taxis, en re»chazar al príncipe de Bearne, en recordar su antigua con»ducta, sus edictos contra la Iglesia y sus jefes: decid que »es un punto arreglado entre su Santidad y yo. No con»viene perder de vista, decia en otro pasaje, las negocia»ciones contínuas del príncipe de Bearne por la paz. Notad »bien que sus últimas ventajas han podido facilitarle los »caminos. No dejeis de poner gran cuidado en hacer per»severar á los católicos en esta via de salvacion, y con»seguireis evitar el que caigan en un lazo. Despues de esto, »para animar al duque de Mayena, para no hacerle pensar »que me olvido de las necesidades de nuestra santa causa, »en fin para dar valor á las palabras, haced distribuir la »suma de cien mil escudos á beneficio de dicho duque de »Mayena, preparando la distribucion de modo que toda »aquella gente no aguarde á todas horas dinero de donde »tanto ha salido.» Al mismo tiempo felicitaba al duque de Guisa por su noble conducta, añadiendo que daba las órdenes de que le entregasen quinientos mil escudos en premio de su perseverancia.

No contento Felipe II con tantas promesas y dádivas, propuso á los de su parcialidad que les enviaria tropas para auxiliarlos en todos sus pasos ulteriores. No podia menos de ser muy agradable esta oferta al pueblo de París, fatigado ya de un servicio militar que llevaba en peso desde tantos años. Escribieron al rey la municipalidad y los cuartenarios, dándole gracias por la oferta y aceptándola. Manifestaban en su carta lo decididos que estaban á no consentir nunca un rey que no fuese católico de cora-

zon, y su inclinacion á apoyar las pretensiones de la infanta, que no dudaban seria elegida por los Estados generales; que para dar mas apoyo á sus derechos y aliviar á la pobre capital no habia medio mas eficaz que enviar una guarnicion extranjera compuesta de buenos católicos y que estos fuesen con preferencia españoles, por evitar toda rivalidad en caso de que se compusiesen de mas naciones que una. Al mismo tiempo se le mostraban agradecidos de los importantes servicios que el rey les habia hecho en tantas ocasiones, pues sin sus tropas, sin las dádivas y buenos consejos de sus embajadores no habria ya en París ni religion, ni haciendas, ni aun vidas; en una palabra que París no seria París.

Las obras se siguieron á la oferta. Se apresuró el rey á dar órdenes de que marchasen á París hasta seis mil hombres de españoles y napolitanos formados en dos tercios. Debia correr por cuenta del rey el pago de todas estas tropas, para lo que envió á pedir al embajador una nota de lo que importarian los sueldos de un ejército español en Francia. Desempeñó su comision don Diego Ibarra entrando en pormenores hasta de lo que costaban los soldados rasos y tambores. Al mismo tiempo le envió otra nota de lo que le costaria al rey un regimiento francés dentro del pais, pues era evidentemente su intencion tomar á su sueldo tropas de la misma Francia. Contaba así con dos ejércitos, uno llamado pequeño estacionado en París, y el otro que debia salir de nuevo de los Paises-Bajos mandado por Farnesio. La muerte de este general privó á la liga de un campeon y libertó á Enrique de un rival muy poderoso.

Fueron recibidas las tropas españolas en París con muestras de grandísimo entusiasmo. Acudian los vecinos á festejar su entrada y no se hartaban de admirar y alavar á los valientes veteranos endurecidos con los trabajos de la guerra, familiarizados con la pelea en tantos paises donde tenia guerra el rey de España. Se esmeraban la municipalidad y los habitantes todos en proporcionar

cuantas comodidades les era posible á estos valientes extranjeros á quienes daban el título de salvadores.

Con esto creció mas el crédito de Felipe II y pudo formular de un modo mas esplícito sus pretensiones. Hablaba ya en tono de un hombre que tenia en sus manos los destinos de la Francia. A don Diego de Ibarra le decia: »si creo lo que me asegura el duque de Mayena, van muy »pronto á ser reunidos los Estados. Ponéos al corriente de »cuanto pase en ellos: que nada se haga sin vuestra par»ticipacion, y avisadme de todo. Ya habreis visto cuán di»ferentes son las últimas pretensiones escritas por Ma»yena de su puño, de las que me hizo anteriormente. Ya »he hecho saber mi resolucion sobre el asunto, mas no con»viene que la sepa el duque hasta el dia de la reunion de »los Estados, pues pudiera ser tal vez que descontento de »mi respuesta halle en ella nuevos motivos para diferir la »convocacion de la asamblea.»

«En cuanto á los gobiernos, prosigue el rey, y pro»vincias que el duque de Mayena ha pedido por conducto »de su embajador en España, me es imposible conceder la »Normandia. Es un favor demasiado grande que no hará »ninguno de los reyes en posesion de la corona: seria esta »provincia peligrosa en otras manos que las del soberano. »Consiento en que se le dé al duque doscientos mil fran»cos de renta y el ducado de Borgoña en garantía: ademas »le prometo doscientos mil ducados pagaderos sobre mis »propias rentas en dos años. Me parece justo que pague el »nuevo rey las deudas que el duque de Mayena ha con»traido durante el tiempo que ha estado á la cabeza de »los católicos.»

Decia el rey al duque de Feria: «Preveo la objecion »que se puede hacer en los Estados generales, á saber: que »si se reconociese por reina la infanta pudieran reunirse »las coronas de España y de Francia sobre su cabeza. Es »mi intencion que despues de mi muerte se divida entre »mis hijos estas dos coronas: tal es la ventaja que hago »al reino de Francia, ventaja de bastante mérito, pues

»desecho mi propia eleccion en favor de mi hija primo-»génita».

Tales eran las ilusiones que se hacia Felipe II á la víspera de la reunion de los Estados generales, ilusiones que creia bien fundadas despues de tantos años de negociaciones, de intrigas, de sacrificios y sobre todo de las enormes sumas de dinero que le habia costado asegurarse en aquel reino el partido de mas poder y mas influencia. A pesar de tantos servicios, de tantas ofertas, de las buenas esperanzas que le daban sus embajadores, debia de pensar que era su pretension de aquellas que no pueden menos de encontrar obstáculos insuperables. Se trataba nada menos que de dar á Francia un príncipe extranjero y de violar para ello la ley sálica fundamental en el pais, uno de los grandes principios de su derecho, grabados en el corazon de todos los franceses. No sabia bien Felipe II que la masa nacional repugnaba esta infraccion, y que las excepciones eran pocas por muy poderosos que fuesen verdaderamente los que la deseaban, ó mas bien por necesidad la consentian.

Estaba entonces la Francia dividida en tres grandes partidos ó fracciones sin contar los diversos matices que entraban en la composicion de cada uno: 1.º los liguistas puros y exaltados que no querian á Enrique ni calvinista, ni católico, por suponer que siendo su conversion de mala fé peligrase la católica, en caso de ser reconocido como rey de Francia: 2.º los calvinistas, tambien puros y exaltados que seguian su bandera y se lisonjeaban de que sus grandes sacrificios en favor de su persona tendrian por fin el resultado de sentar en el trono sus dogmas religiosos y hacerlos dominantes ya que no exclusivos. 3.º los moderados, ó sea tercer partido, que si bien desechaban la idea de que un rey de Francia fuese calvinista, no perdian nunca la esperanza de traer las cosas á un punto de que Enrique se viese precisado á una abjuracion considerada por ellos como el desenlace mas natural de aquel drama complicado; y hablamos solo de hombres

que se movian por principios religiosos ó por aquellas fuertes pasiones en política que están ligadas con grandes intereses personales. El número de los tibios ó los tímidos, de ideas moderadas, ó de poco apegados á sus principios religiosos, de calculadores frios, de deseosos de que acabasen de una vez á cualquier precio las revueltas y trastornos que despedazaban la Francia desde tantos años, debia de ser diez veces mas considerable. ¡Cuántos elementos contra las pretensiones del poderoso rey de España!

Si en el primero de estos tres partidos podia contar con simpatías, era para los demas objeto de odio ó por lo menos de suma desconfianza. Si los liguistas acogian bien la candidatura de la infanta era solo porque estaban convencidos de que sin los auxilios de su padre no podian llevar adelante sus designios, y ademas porque se lisonjeaban de que con su matrimonio con el jóven duque de Guisa, pasaria la corona á la casa de Lorena. Ademas, en este mismo partido habia divisiones que por precision paralizaban sus esfuerzos. Estaba el duque de Mayena descontento con Felipe II por el ningun apoyo que habian hallado en este rey sus pretensiones, pues tambien se habia querido colocar en el número de los candidatos. Se hallaba ademas celoso del jóven duque de Guisa, que gozaba mas favor, sin poder alegar otros servicios que los de su padre. Por otra parte el paso imprudente que habia dado hacia poco tiempo de castigar lo que llamaba demasías del partido popular de París le habia enajenado sus voluntades, introducido la division entre los liguistas mismos y engrosado las filas de los que deseaban composicion y se mostraban enemigos de la infraccion de la ley sálica.

En estas disposiciones de los ánimos, se reunieron los Estados generales en París (junio de 1593), compuestos de modo que se podian contar en grande mayoría los que deseaban composicion, y el fin de aquella guerra á cualquier precio. El mismo Mayena en su decreto y ór-

den de convocacion hablaba de la persona de Enrique en términos que no la excluian totalmente de cualquiera combinacion política en que entrasen los Estados. Se reconocia por todos como ley lo que estos decidiesen menos por el mismo Enrique, aunque tenia secretamente entabladas negociaciones con los miembros mas influyentes y deseosos de entrar con él en avenencia.

Se abrieron con la mayor solemnidad y pompas religiosas los Estados generales. Tomó en ellos asiento el duque de Feria, embajador extraordinario de Felipe II cerca de la asamblea. Mas á pesar de esta muestra de respetuosa deferencia, cada dia se iba estrechando el campo de las probabilidades de buen éxito para aquel monarca. La infanta no era popular y mucho menos su persona propia. Por mucho que se lisonjease de su ascendiente y que sus corresponsales, sobretodo sus embajadores, le presentasen con colores agradables el semblante de las cosas, se tocaba el momento de su completo desengaño.

El negocio principal en que iban á ocuparse los Estados generales era declarar quién era el rey de Francia. Sobre este punto rodaron pues las primeras discusiones. Pronunció de los primeros el duque de Feria un gran discurso en que hizo ver los grandes derechos que asistian al rey de España para obtener la preferencia en la persona de su hija, heredera legítima por su madre de la casa de Valois á falta de varones. Enumeró los grandes servicios, los inmensos sacrificios de hombres y dinero en promover los intereses de la Francia, sobretodo los de la religion católica en todos tiempos tan amenazada; las veces que habian entrado en el pais sus tropas abandonando su propio servicio en Flandes por combatir con los calvinistas, declarados enemigos del altar y el trono; el levantamiento de los sitios de París y de Ruan, tan próximos á caer en manos de Enrique de Navarra. Hizo ver que no habia ya ninguna garantía para la religion católica, mientras no se acabase para siempre con un príncipe calvinista que tanto la amenazaba con sus armas, y que el

golpe mas funesto que podrian dar á la Iglesia de Dios seria fiarse en la falsa conversion de un relapso tal vez decidido á traficar con su tercera apostasía: que necesitaban por lo mismo mas que nunca los auxilios de un rey poderoso dispuesto siempre á servirlos con dinero y gente con tal que se asegurase para siempre el triunfo de la religion; y en fin, que cuando se trataba de tan grandes intereses era inútil invocar una ley antigua, inaplicable en aquellas circunstancias.

En el mismo sentido y términos mucho mas esplícitos habló el legado del Papa á favor de la infanta y especialmente de la religion católica á cuya conservacion exhortó muy fervorosamente. Los Estados no acogieron mal los dos discursos aunque de tendencia contraria á lo que en general todos deseaban; pues en aquella asamblea dominaba el espíritu de terminar todos aquellos disturbios y revueltas por via de avenencias ó de transacciones.

El primer punto sometido á la deliberacion de la asamblea fué el del reconocimiento de la infanta que se debia casar con el archiduque Ernesto, primo suyo y de su misma casa. Dió la discusion de este punto orígen á muchísimos disgustos y acriminaciones, llegándose hasta decir por algunos si no habia en Francia príncipes de mérito y de sangre real entre quienes se pudiese elegir uno digno de subir al trono. Mas la proposicion no fué desechada terminantemente. Se cruzaban demasiadas intrigas y demasiados intereses exclusivos en aquella grande asamblea para que se pudiese venir pronto á un definitivo resultado. Se sucedian las sesiones á las sesiones, los dias á los dias, sin que se decidiese nada con gran despecho de los embajadores españoles, y hasta con cólera del legado del Papa, muy unido entonces en intereses y miras con el rey de España. Llegó éste á quejarse en una carta muy dura de la irresolucion de los Estados. Mas la asamblea no caminaba por esto mas aprisa.

Dos combinaciones se ofrecian para los miembros mas influyentes de la liga: primera, la eleccion de la infanta con

tal que se casase con un príncipe francés; segunda, la eleccion directa de un príncipe francés, en cuyo caso recaeria esta sobre el duque de Guisa.

Para los que abrigaban ideas mas moderadas habia otra, á saber: el designar un príncipe francés por via de sucesion, en cuyo caso lo seria Enrique siempre que se convirtiese al catolicismo, y en caso de que esto no se realizase su hermano el cardenal, que habia tomado el título de cardenal de Borbon, como sobrino del que con el nombre de Cárlos X habia sido un fantasma de monarca. Mientras tanto los que confiaban en la próxima conversion del rey, se esforzaban por su parte en presentar su reconocimiento como el solo medio de dar fin á tantas revueltas y trastornos.

Fáciles son de concebir embarazos á que darian lugar tantas pretensiones personales, tantos pensamientos encontrados en aquella numerosa asamblea, compuesta de elementos tan heterogéneos. Comenzaban á perder la paciencia los embajadores españoles, y Felipe II no participaba poco del mal humor con que le escribian dándole parte de lo que pasaba. Intrigaba el duque de Mayena mas que todos movido por los disgustos que le daba el rey de España, buscando por lo mismo otros apoyos que el suyo para lograr su objeto apetecido de subir al trono. No querian sin embargo los Estados disgustar al rey, cuya cooperacion creian indispensable para el triunfo de sus principios religiosos y políticos. Se hablaba tambien del duque de Saboya como uno de los candidatos, en lo que juzgaron que le complacerian asimismo puesto que el duque estaba casado con una de sus hijas. Sin embargo, Felipe II se atenia á su primer pensamiento en favor de doña Clara Eugenia.

En realidad, todas estas desavenencias redundaban en favor de Enrique que tambien intrigaba por su parte, bien convencido de que las negociaciones le abririan mas camino que la fuerza de las armas. El partido medio que propendia tanto á su favor, contando siempre con la con-

version, se hallaba en París con el nombre de parlamentario en los Estados generales, con el de partido medio, y aun en su propio campo, pues muchos señores católicos de la primera distincion convencidos de que eran los suyos los derechos mas legítimos, y de que no habia otro rey posible para Francia, habian juntado con las de este monarca sus banderas. Fué una dicha para Enrique el que el arzobispo de Bourges, seguido de una gran porcion de eclesiásticos del alto clero, le hubiese desde luego reconocido sin querer jamás ni hacer parte ni acatar el dominio de la liga.

Propusieron pues los católicos del campo del rey á los de París una conferencia para debatir y arreglar los puntos en que estaban desunidos, y venir á un definitivo resultado. Hicieron esta proposicion hasta al duque de Mayena y á los mismos Estados generales. Accedió el primero desconfiado ya sin duda de sacar ninguna ventaja personal de la asamblea. Tampoco pusieron repugnancia los Estados generales en cuyos miembros obraba el cansancio y el mismo deseo de acabar cuanto mas antes.

Se designó por sitio de las conferencias el pueblo de San Dionisio; desde aqui se trasladaron á Surena. Nombró la Santa Union, con consentimiento de la asamblea, los comisionados que debian representarla. Lo mismo hicieron los católicos del campo de Enrique. El primer paso que dieron unos y otros, despues de reunidos, fué ajustar una tregua por diez dias.

Fué una singularidad que cada una de estas dos comisiones que iban á conferenciar estuviese presidida por un arzobispo: por el de Lyon los de París, y por el de Bourges los que militaban por Enrique. Fueron estos dos prelados los que llevaron la voz en las sesiones que llegaron al número de diez, y como era de esperarse sacaron ambos sus argumentos de textos de la Biblia, de los padres de la Iglesia, y de las decisiones de la córte pontificia.

Alegaba el de Bourges la obediencia que se debia á

un rey por derecho de sucesion, que no podian alterar los hombres. Respondia el de Lyon que era imposible reconocer á un rey herege, pues tenia éste que faltar á la obligacion de todo rey, que es la de perseguir á los hereges. Replicaba el de Bourges que los primeros cristianos reconocian como una obligacion obedecer las potestades temporales aunque ejercidas por gentiles, y hasta por perseguidores de la Iglesia, á lo que alegaba el de Lyon que el caso era muy diverso hallándose Enrique excomulgado por el mismo Papa, vicario de Cristo y sucesor de los apóstoles. — Y ¿qué diríais, preguntó el primero, si el rey se convirtiese? Entonces, respondió el arzobispo de Lyon, aguardaríamos que el Papa le absolviese. —Ayudadnos, pues, á inclinar el ánimo del rey para que vuelva al seno de la Iglesia.—Nada es mas deseable, repuso el otro: hay mucho que dudar de la sinceridad de la conversion de un hereje relapso; de todos modos es un negocio en que no puede menos de intervenir la Santa Sede como supremo tribunal árbitro de conceder ó negar gracia.—

El asunto no pasó mas adelante. Se rompieron ó mas bien se suspendieron las conferencias sin resolver, sin ajustar nada. Sin embargo, la misma reunion era ya un paso hácia la buena inteligencia, y daba esperanzas de que poco á poco se irian allanando las dificultades. Era el voto de la mayoría, tanto de los Estados como de la nacion entera.

En cuanto á los partidos extremos, se alarmaron, se pusieron furiosos cuando tuvieron noticia de estas conferencias. Comenzaron los embajadores españoles á ponerse de muy mal humor con el giro que tomaban los negocios, y Felipe II á perder las ilusiones que tanto le habian halagado hasta entonces. No desmayó sin embargo; escribió cartas sobre cartas á sus agentes y demás personas de influencia de su parcialidad para que deshiciesen las intrigas de los moderados, defendiendo con nueva energía la religion católica, tan amenazada con el reconocimiento de un monarca herege. Tampoco estaba

osioso el legado del Papa, amenazando con los rayos de la Iglesia á los que trataban de avenencia con sus mayores enemigos. Los liguistas mas ardientes, la municipalidad, los cuartenarios, los sacerdotes en el púlpito se mostraban constantes á sus principios, siempre enemigos de Enrique de Navarra, herege relapso: mas no era ya el mismo el semblante de aquella capital tan fogosa, tan formidable en otro tiempo. Las pasiones tempestuosas no son duraderas: el reinado de los partidos extremos es violento y terrible, pero corto. Mayena y los suyos, temerosos de perder el fruto de tantas agitaciones, de tantas intrigas, quisieron recobrar la popularidad que habian perdido; mas era ya tarde para reparar su imprudencia de haber refrenado y hasta severamente castigado los excesos de la muchedumbre.

Por mucha que fuese sin embargo la irritacion de los católicos ardientes con estos preliminares de concordia, no llegó á la que manifestaron los mismos calvinistas. Cuando vieron la posibilidad de que el rey abandonase las banderas de su religion, cuando no tuvieron duda de los pasos que daban unos y otros para obtener una conversion que iba á cortar el nudo de las dificultades, se llenaron de furor, y se exhalaron en quejas contra la inconsecuencia, contra la próxima apostasía del monarca. Despues de tantos años de sacrificios y combates, despues de tan firme adhesion, de tan constante lealtad en seguir las banderas de un príncipe arruinado, iban á ser abandonados y vendidos por su jefe, á verse otra vez en miseria, á ser solo *tolerados* cuando no violentamente *perseguidos*. Recibió Enrique sérias representaciones de las personas mas influyentes de su parcialidad, en que se le hacian los cargos mas severos sobre su supuesta conversion, poniéndole delante las consecuencias lamentables, sobre todo para él, de un paso tan aventurado. No permanecieron mudos los predicantes de Ginebra, ni la reina inglesa se mostró indiferente á los rumores de un cambio de tanta transcendencia. Las reconvencio-

nes de todas partes fueron agrias y hasta mezcladas de amenazas de que no faltaria un caudillo que combatiese por los intereses de su religion si llegaba á abandonarlos el rey por los mundanos.

Mas Enrique habia ya tomado su partido. Era demasiado sagaz; conocia demasiado las cosas y los hombres para no estar convencido de que solo volviendo al seno de la Iglesia católica podria ser verdaderamente rey de Francia. Tan diestro negociador como valiente soldado tenia entabladas relaciones con los personajes mas influyentes de las parcialidades que no estaban en contradiccion abierta con la suya, llegando sus emisarios hasta Roma, donde trataban de sondar el terreno, de preparar el ánimo del Pontífice, y allanar el camino de una absolucion que no podia menos de ser indispensable. Lo que le daba mas cuidado eran los disgustos, las quejas de los mismos calvinistas; mas trató de aplacarlos, de halagarlos con promesas, con seguridades no solo de proteccion, sino de igualdad de derechos y de privilegios. En este sentido escribia á todas las parcialidades, corporaciones, tribunales y universidades. Resuelto ya á realizar la conversion, expidió circulares, manifestando que no estando endurecido en ningun error y no deseando mas que abrir los ojos á la luz de la verdad, necesitaba conferenciar con personas instruidas que le pusiesen en la buena senda. Lo mismo escribió á varios obispos, y entre ellos al de Chartres. No tardaron mucho en reunirse teólogos y mas personas de doctrina para instruir competentemente al nuevo catecúmeno. Las conferencias que se celebraron al principio en Nantes, se trasladaron á Chartres, cuyo obispo era uno de los instructores. El negocio ofreció poquísimas dificultades; el rey de Francia no fué indócil. Luego que estuvo suficientemente ilustrado y convencido, no se pensó mas que en celebrar el acto de la abjuracion de un modo público, con la mayor solemnidad posible.

En ninguna de estas conferencias y reuniones de doc-

tores para la instruccion del rey, habia mediado el legado del Pontífice. Sabia muy bien el arzobispo de Bourges, alma y resorte de todo este negocio, que la córte de Roma, tan unida entonces con el rey de España, pondr a mil obstáculos y dificultades á fin de ganar tiempo. Determinó pues obrar por sí solo en el acto de la abjuracion contando con que despues de consumado no habia ya mas remedio para Su Santidad que el de aprobarlo.

Tuvo lugar esta gran ceremonia el 22 de julio de 1593, en san Dionisio, anunciada de antemano con toda pompa y ostentacion para que ninguno la ignorase. Salió el rey entre las ocho y nueve de la mañana, rodeado de los príncipes y oficiales de la corona, precediéndole los suizos de la guardia con tambor batiente y banderas desplegadas. Estaban colgadas de tapicería las casas y cubiertas de flores las calles por donde pasó el rey vestido con la mayor magnificencia. Cuando llegó al vestíbulo de la abadía ya estaba el arzobispo de Bourges sentado en su silla, vestido con sus hábitos pontificales.—¿Quién sois? preguntó á Enrique. —Soy el rey, respondió éste.—¿Qué pedís?—Pido ser admitido en el seno de la religion católica y romana.— ¿Es vuestra voluntad?—Sí, lo quiero y lo deseo.—Entonces el arzobispo le presentó un libro; y el rey, puesto de rodillas, y descubierto con demostraciones de grande contricion, hizo su profesion de fé católica. En toda esta ceremonia mostró el rey mucha devocion, y se observó que cuando la elevacion de la hostia y del cáliz adoró la Eucaristía con sus manos juntas, despues de haberse dado tres golpes en el pecho en las dos veces. Terminada la misa hizo dar Enrique cuatrocientos escudos al pueblo en monedas de cobre, y habiendo vuelto al palacio con la misma ceremonia, mandó distribuir en la poblacion tres mil panes y otros tantos sueldos.

Tal es el extracto de la relacion que por mandado del rey y la influencia del arzobispo de Bourges se hizo de la ceremonia de la abjuracion, y se mandó circular á miles de ejemplares. Tanto como interesaba al rey el que nadie

la ignorase, convenia al arzobispo justificarse á los ojos de la Santa Sede, de cualquiera precipitacion que se le pudiese echar en cara. Hizo que se extendiese un acta de la abjuracion en todos sus pormenores, firmada por todas las personas de consideracion que habian sido testigos presenciales. Tambien dispuso que se extendiese otra de las conferencias del rey con los doctores que le instruian, entrando en pormenores de las pregnntas, de las respuestas, de las objeciones y de las réplicas. Nada se omitió en fin para hacer ver la sinceridad del rey en este acto solemne de reconciliarse con la Iglesia. Sobre este punto, hubo mucha duda entonces, y los historiadores de los siglos sucesivos no se mostraron mas crédulos que los contemporáneos. Que en la conversion del rey intervino principalmente la política, es un hecho histórico. «Estos doctores me fatigan y revientan: mañana daré el salto peligroso: París vale bien una misa;» tales son algunos pasajes de sus cartas escritas en aquellos mismos dias á su dama favorita.

Verificado el acto de la conversion se apresuró el rey de Francia á recoger sus frutos. Puesto que el principal obstáculo para no reconocerle habia sido su cualidad de calvinista, habiendo desaparecido esta, ya no habia ningun motivo para negarle la obediencia. Así escribia Enrique IV á todas las autoridades, á los ayuntamientos, á las universidades, á muchos curas, sobretodo los de París, que ejercian mucha influencia. Tambien se apresuró á envíar un embajador á Roma, reconociéndose hijo de la Iglesia y solicitando en esta cualidad la benevolencia del Pontífice.

Mas Enrique IV no contaba con que la mayor parte de sus encarnizados enemigos no solamente no deseaban su conversion, sino que sacaban de su cualidad de protestante las principales armas en la guerra que le hacian; no contaba con que entre los mismos que podian ser sinceros en sus manifestaciones religiosas, unos no creian en la buena fé de la conversion y la tenian por

ilusoria, otros no la daban por eficaz y obligatoria para obediencia de los súbditos, mientras no obtuviese la sancion del Papa y éste no diese la absolucion al rey que habia sido excomulgado.

Así, pues, era el Papa á quien tenia necesidad de acudir mas que á ningun otro.

Mas el Pontífice estaba en íntimas relaciones con Felipe II y con la liga, y rechazaba con todas sus fuerzas el reconocimiento de Enrique de Navarra. Al saber su legado en Paris el acto de la abjuracion, se penetró al instante de que era la muerte de la liga y de los intereses de Felipe II, sino se apresuraba á declararle ilegítimo y de ningun efecto. Se pronunció pues este prelado por medio de un monitorio solemne que mandó fijar en todas las ciudades que obedecian al Consejo de la Union. Hé aquí un estracto de este famoso documento: «Nos, »Felipe, legado, etc., hemos oido que Enrique de Borbon »llamado rey de Francia y de Navarra, ha hecho juntar »algunos prelados y otros eclesiásticos en san Dionisio »con el pretexto de ser absuelto por ellos de la excomu»nion con que está ligado por la Santa Sede Apostólica; »y para que algunos de escaso entendimiento no den cré»dito á este embuste y sean inducidos en error, creemos »de nuestro deber amonestar á todos, á fin de que nadie »alegue ignorancia, que habiendo sido dicho Enrique de »Borbon declarado herege relapso é incurso en todas las »penas eclesiásticas que estan asignadas á este delito por »los Cánones, solo pertenece exclusivamente al Papa en»tender de este negocio, y que por consiguiente cualquiera »absolucion que le den otras personas por alta que sea su »dignidad, son de ningun efecto, quedando Enrique, »despues de haberla recibido, sujeto á las mismas pe»nas á que se le ha declarado antes acreedor como he»rege, y factor de los hereges. Exhortamos, pues, á todos, »que hasta el dia han permanecido católicos, que no se »dejen engañar en un punto que es de tanta importancia »para los intereses de la cristiandad entera, así como á los

»que hasta ahora han seguido el partido de dicho Enrique »se separen de su obediencia, so pena de incurrir en la pena »de excomunion con privacion de beneficios y dignidades »eclesiásticas que pudiesen obtener.»

Se podia tomar esta declaracion como la trompeta de una nueva guerra. Con entusiasmo fué, pues, acogida por los fanáticos ardientes, por los de la parcialidad del rey de España, por todos los que por cualquier motivo se estremecian á la idea de tener que obedecer al nuevo rey de Francia. Volvió á agitarse la muchedumbre de París; volvieron los predicadores á lanzar en los púlpitos anatemas de proscripcion contra el rey herege: volvieron á hacerse llamamientos á los deseosos de la palma del martirio; mas ya habia pasado el tiempo de la fiebre. Ya no era París el París de las matanzas de san Bartolomé, el Paris de 1582 y de 1590. Se habian introducido demasiadas divisiones y rivalidades para que nadie contase con un gran partido, y la generalidad no desease acabar cuanto mas antes.—Los embajadores españoles comenzaban á desconfiar completamente de la causa de su señor, irritado ya como puede suponerse del giro que contra sus intereses habian tomado los negocios. Sin embargo, no desmayó del todo, y tomó al contrario la resolucion de alentar á los miembros de la liga, enviando mas auxilios; entrando en nuevas negociaciones con Mayena, quien viéndose tambien defraudado de todas sus esperanzas, y reducido á recibir la ley de su vencedor, á quien habia hecho una guerra tan encarnizada, se resolvió á probar de nuevo la suerte de las armas, y arriesgar el todo por el todo.

Mientras tanto producia los frutos que se habia propuesto el rey, una conversion tan oportuna y hábilmente preparada. Parecia para la generalidad de los franceses que se habia cortado con ella el gran nudo de las dificultades y obstáculos que se oponian á la grande obra de una reconciliacion tan deseada. ¿Qué motivos, qué pretextos se podian alegar para hacer la guerra al rey, lla-

mado al trono por derecho de sucesion, incorporado ya en el gremio de la Iglesia? Contra razones tan plausibles hacian poca mella las que se alegaban de la poca sinceridad de la conversion, y la falta de la absolucion del Papa. Los liguistas exaltados quedaron desde entonces en completa minoría. Se pasó casi toda la Francia á las banderas de su rey, y como tal le aclamaron en casi todas las ciudades de la Francia á excepcion de algunas, bastante considerables, donde ejercia la liga una influencia omnipotente. París, el mismo París donde resonaban todavía los gritos frenéticos de la muchedumbre contra un rey herege, donde la liga habia erigido su trono formidable, donde tantos juramentos se habian pronunciado de sepultarse entre sus ruinas, antes que recibir la ley del Bearné, en junio de 1594 le abrió las puertas sin ninguna compulsion, pues Enrique no la tenia asediada en los mismos términos que anteriormente.

Fué la entrada del rey en la capital magnífica y triunfante. Rodeaban su caballo los principales personajes de su córte, sin distincion de católicos y calvinistas.—Se apresuró el pueblo á recibirle con demostraciones de alegría y de entusiasmo; acataron su autoridad con homenajes de respeto y sumision todas las corporaciones de París, la municipalidad, el parlamento y la Sorbona. Se cambió en los púlpitos completamente de lenguaje, y todo manifestó la apariencia de la vuelta de un padre ardientemente deseado por sus hijos. Así es el pueblo, ó por mejor decir la especie humana. En cuanto al duque de Feria y demas agentes de España habian salido ya de antemano, llevandose consigo la guarnicion de su pais, bajo un salvo conducto del monarca. Dió éste la órden para que se les tratase con la mayor consideracion, y él mismo pasó con ellos para entrar en términos de avenencia y amistad con su señor; mas no fueron de ningun efecto.—Estaba escrito que todavía se derramaria mas sangre en una contienda tan reñida; que Felipe II gastaria todavia mas tesoros, y recibiria en cambio nuevos desengaños.

CAPITULO LXXIII.

Sucede el conde de Mansfeld al duque de Parma en el mando de los Paises-Bajos.—Envia tropas á Francia.—Sucesos varios.—Toma de Gertruidemberg por el príncipe Mauricio.—Nombrado el archiduque Ernesto gobernador general de los Paises-Bajos.—Va el conde de Mansfeld á Francia.—Toma á Capelle.—Toma á Laon Enrique IV.—Siguen los progresos de este rey.—Toma de Groninga por Mauricio.—Alborotos en el Bravante.—Muere Ernesto-—Le sucede el conde de Fuentes.—Declaracion de guerra entre Francia y España.—Invasion infructuosa de Mauricio en el Luxemburgo.—Entra el conde de Fuentes en Francia.—Toma á Chatelet, Ham, Doulens y Cambray.—Absuelve el Papa á Enrique.

1592.—1595.

Con la intervencion armada de Felipe II en los negocios de Francia, habia tomado la guerra en Flandes diferente aspecto y descendido del rango principal al secundario. Hasta entonces se habian dedicado las tropas que militaban en aquel pais al solo objeto de volverle al yugo de su dominacion, y si algunos trozos hacian escursiones fuera, duraban poco sin que se emplease nunca en ellas el grueso del ejército. Con el nuevo semblante de los asuntos en Francia, tenian estas tropas que hacer la guerra al mismo tiempo aquí y en los Paises-Bajos, medio muy eficaz de que no la hiciesen bien en parte alguna. Para estas dobles operaciones militares, se necesitaban mas fuerzas que las que Felipe II tenia en pié, debiéndose observar de paso que jamás fueron las suyas en los Paises-Bajos bastantes para aquella guerra sola. Se puede colocar esta doble campaña obligada en el número de sus grandes desaciertos. Puesto que entonces eran dos las guerras, se necesitaban dos ejércitos para operar cada uno en su teatro respectivo, en lugar de hacer ir las

tropas de uno á otro segun las necesidades del momento. Ya hemos visto cómo de estas faltas ó imprudencias sabia aprovecharse el príncipe Mauricio.—Mientras Alejandro conseguia en Francia triunfos que iban á ser inutiles para Felipe II, redoblaba la actividad de aquel jóven habil y sagaz erigiendo á su pais en una potencia respetable. Así al cabo de veinte y cuatro años de contienda, ofrecia la guerra de Flandes mas dificultades por esta circunstancia sola, que cuando catorce de las diez y siete provincias se hallaban de hecho fuera de la dominacion de España.

Fué nombrado sucesor del duque de Parma en clase de interino el conde de Mansfeld, veterano capitan, que servia en Flandes desde el principio de la guerra. Muy poco despues del nombramiento, recibió órden del rey de enviar á Francia una parte considerable de sus tropas. Obedeció Mansfeld: á principios de 1593 tomó el camino de Francia su hijo el conde Cárlos Mansfeld, á la cabeza de seis mil infantes y mil caballos, que reunidos á los que mandaba el duque de Mayena componian un cuerpo de quince mil hombres con corta diferencia. Se vé con qué fuerzas tan escasas debatian los liguistas cuestiones tan interesantes. Aun eran menos numerosas las que mandaba el rey de Francia.

Puso Mayena sitió á la plaza de Noyon, en Picardía, y como era poco fuerte la tomó sin ninguna resistencia. Se apoderó de otras de menos consideracion aún en la provincia. Concluida esta corta campaña volvió Mansfeld á Flandes sin que por entonces adelantasen en Francia las operaciones militares. Se pensaba mas en negociar que en combatir, y los Estados generales que estaban en vísperas de reunirse absorbian casi la atencion de todos los partidos.

En Flandes tomaban los negocios mal giro para el rey de España. Como los de Francia le absorbian tan inmensas sumas de dinero, faltaban las pagas á las tropas. Se echaba mas que nunca de ver la falta de Ale-

jandro. Cansados los soldados ya de guerra, se abandonaban á la indisciplina, y no pocas veces se permitian desórdenes y saqueos para reembolsarse de lo que les debian. Si la persona de Mansfeld era á veces objeto de temor, no excitaba la sumision y deferencia con que el inferior cede al ascendiente de su jefe.

Restaba la plaza de Gertruidemberg para que los vínculos de la confederacion se extendiesen á todas las provincias que mandaba el príncipe. Hacia muy poco que como hemos visto habia caido por traicion en manos de Alejandro. Ardia Mauricio en deseo de reconquistarla tanto por esta circunstancia, como por asegurar mejor la posesion de Breda que estaba en las inmediaciones. Resolvió, pues, el sitio de Gertruidemberg, y para ocultar mejor este designio hizo amagos de caer sobre Dunquerque, Bois-le duc y Grave. Engañado Mansfeld dividió su ejército para acudir al socorro de estas plazas, mientras Mauricio con marchas apresuradas cayó sobre Gertruidemberg asediándola en seguida formalmente. Desplegó la mayor actividad en la formacion de las trincheras y de las líneas de circunvalacion y contravalacion, pues queria asegurar su campo contra los ataques del conde de Mansfeld que suponia ya en camino para el socorro de la plaza. Mas de tres mil trabajadores se empleaban en estas obras mientras otros abrian diques, formando inundaciones. Así se vió el príncipe en estado de acometer la plaza por tierra y por agua, pues el Mosa corre tan ancho por aquella parte que permite el paso á todo género de embarcaciones.

A pesar de la actividad del príncipe, dió la plaza muestras de querer hacer una séria resistencia. Respondió á las intimaciones de rendirse con el fuego de las baterías, y Mauricio se vió en la necesidad de seguir el sitio paso á paso sin poder dar ningun asalto, no estando ninguna brecha abierta todavía. Con esto tuvo tiempo el conde de Mansfeld de moverse en su socorro. Así lo hizo en efecto decidido á hacer levantar el sitio á toda costa; mas era

tan fangoso aquel terreno, y tanta la habilidad con que el príncipe habia combinado la construccion de las trincheras, reductos y mas obras de defensa, que Mansfeld no pudo llegar al campo enemigo, por cuyas razones tuvo que retroceder, dejando al príncipe en libertad de continuar el sitio.

No fué este de larga duracion, pues los de adentro destituidos de la esperanza de ser socorridos por los españoles, no quisieron prolongar una resistencia que al fin les seria inutil. Capitularon pues los de Gertruidemberg bajo condiciones bastante favorables para ellos. La guarnicion no salió tan bien librada, pues el príncipe estaba resentido contra ella por ser la misma que antes habia entregado la plaza por traicion al príncipe Alejandro.

En seguida marchó Mansfeld á poner sitio á Crevecœur: mas habiéndosele adelantado Mauricio y entrado en ella con anticipacion, tuvo que desistir de su proyecto.

Así se pasó el resto del año de 1593 sin mas operaciones militares de importancia. Ninguna de las partes contendientes se hallaba con bastante superioridad de fuerzas para adquirir ventajas considerables sobre la contraria. Las principales atenciones de Mauricio se consagraban á la organizacion del pais, que se iba haciendo una nacion y potencia ya considerable; mientras los ojos de Felipe estaban fijos con predileccion sobre los negocios de la Francia.

Al principio del año 1594 fué nombrado por el rey gobernador general de los Paises-Bajos el archiduque Ernesto, su sobrino, príncipe bien intencionado, dotado de excelentes prendas, mas de poca experiencia en los negocios y sin ninguna de la guerra. Se manifestó desde un principio abierto, popular, deseoso de administrar con equidad y con justicia. Pero enterado del estado del pais se figuró tal vez de que mostrándose bondadoso atraeria á la obediencia del rey á las provincias separadas, y de que obtendria una pacificacion general con arreglos amis-

tosos. Invitó á este efecto á los Estados á que enviasen plenipotenciarios para las conferencias que con este motivo pensaba que se celebrasen en Bruselas. Mas la ruptura era una cosa resuelta, un hecho cumplido y positivo que no podia producir otro resultado que una absoluta independencia reconocida por Felipe II, ó la sujecion por la fuerza de las armas. Los Estados contestaron, pues, que era inútil toda conferencia, á no tratarse en ella del primero de los dos puntos, para lo que no estaba sin duda el archiduque autorizado.

Ocurria mientras tanto la entrada pública de Enrique IV en París; mas á pesar de este feliz acontecimiento para él y de que le habian reconocido como tal las principales ciudades de la Francia, aun se hallaba en la necesidad de continuar la guerra contra los restos de la liga. Felipe II, á quien habia hecho proposiciones de pacificacion, no estaba inclinado á abandonar aquel campo de batalla. Recibió el archiduque Ernesto órden de enviar á Francia tropas, y en virtud de esta disposicion se puso en camino el conde de Mansfeld con doce mil hombres, para obrar en combinacion y bajo las órdenes del duque de Mayena.

Sitió el conde de Mansfeld la plaza de Capelle, en Normandía, y la tomó, habiendo experimentado muy poca resistencia. Al saber Enrique el movimiento de los flamencos, acudió á la plaza seguido de los duques de Bouillon y de Nevers; mas á pesar de sus marchas forzadas llegó ya cuando habian entrado en ella los flamencos.

Volvió en seguida Enrique sobre la de Laon, defendida por Dubourg, uno de los jefes mas valientes y entendidos de la liga. Tambien se hallaba dentro de los muros uno de los príncipes de la casa de Lorena, de voz muy influyente en las operaciones de defensa. Fué esta desde un principio muy firme y tenaz á pesar de los vigorosos ataques de los sitiadores. Desconfiado ya de entrar en Laon á viva fuerza, tuvo que convertir el sitio en bloqueo, despues de haber experimentado grandes pérdidas.

Alimentaba la obstinacion de los sitiados la noticia de que se acercaba Mayena en su socorro con un cuerpo muy considerable. Así era en efecto: llegó el jefe de la liga cerca de Laon cuando estaba ya formado el bloqueo, y sin atacar el campo del rey pasó á ocupar un bosque que estaba á un costado de la plaza, desde cuyo punto podria fácilmente introducir algun socorro. Sabedor el rey de la intencion, pasó á ocupar él mismo dicho bosque, antes de la llegada de Mayena. Sin desistir éste de su propósito, siguió su marcha y trabó con las tropas del rey en el mismo bosque una refriega en que estas tuvieron al principio que abandonar el terreno; mas habiendo sobrevenido con la caballería el mariscal de Biron, se renovó el combate, aunque de un modo irregular, en aquel terreno tan cubierto de árboles. Cedió por fin el campo el duque de Mayena, siendo perseguido por las tropas del rey hasta sus reales.

Desconfiado ya de socorrer á Laon, se puso el jefe de la liga en retirada, en cuyo movimiento se vió constantemente perseguido por los duques de Biron y Longueville. Los historiadores convienen en alabar la serenidad é inteligencia desplegadas en esta ocasion por Mayena, hábil general sin duda, aunque frecuentemente poco afortunado. Inquietado á cada momento por la caballería de sus perseguidores que con furia le acosaba, les presentaba las picas y arcabuces de su infantería, que los obligaban á hacer alto. Así marchó lentamente hasta llegar á un desfiladero, en cuya boca hizo colocar su artillería. Con esto cesaron la persecucion las tropas del rey, mientras el duque de Mayena llegó sin otra novedad hasta la plaza de La Fère.

Volvió el rey al sitio de Laon, ya desmayada con la retirada del duque de Mayena. No fué difícil hacerles entrar en una capitulacion, cuyos términos les fueron bastante favorables. Ademas de estar en el carácter del rey esta conducta, le importaba mucho en la ocasion mostrarse indulgente y generoso. Muchas mas puertas le abria esta débil conducta que su espada. A Laon siguie-

ron Chateau-Thierry y Amiens que se le entregaron sin ninguna resistencia.

Desanimados los jefes principales de la liga, convencidos de lo imposible de llevar á fin sus planes, trataban de sacar el mejor partido posible de su posicion, entrando en arreglos con Enrique. El duque de Lorena abandonó el partido de la liga, é hizo su paz particular con el monarca. El mismo duque de Guisa, tan ídolo antes del partido católico exaltado, tambien entró en convenios, entregando al rey las plazas de Renty, Rheims y Rocroy, recibiendo en recompensa el gobierno de Provenza. Solo permanecia fiel á la liga ó mas bien á los intereses del rey de España el duque de Mayena, ó por un sentimiento de pudor ó por creer que habia ofendido demasiado á Enrique para obtener una reconciliacion que le fuese ventajosa.

Mientras tanto invadia en los Paises-Bajos el príncipe Mauricio la provincia de Groninga, única de las septentrionales que se mantenia fiel al rey de España. La mandaba ya desde mucho tiempo Francisco Verdugo, capitan español, arraigado en el pais, de cuyos habitantes era bien mirado por su buen comportamiento. Poco á poco se fué circunscribiendo el terreno de su mando hasta quedar reducido á la plaza de Groninga, defendida por tres mil hombres del pais, pues el vecindario de la ciudad no habia querido admitir tropas extranjeras.

Comenzó el sitio de Groninga el 3 de junio de 1594 por el príncipe Mauricio, acompañado de Guillermo de Nassau, pariente suyo. Para asegurar mejor la operacion é impedir socorros de afuera, construyó una línea de contravalacion, al mismo tiempo que abria sus trincheras para los aproches de la plaza. Se llevó el sitio de un modo metódico y regular, pues el príncipe por motivos políticos no pensaba en tomarla á viva fuerza. La apuró, sin embargo, lo bastante para que los defensores considerándose con pocas fuerzas llamasen á las extranjeras que se hallaban situadas en los arrabales. Varias ve-

ces pidieron socorro al gobernador general; mas el archiduque á pesar de recibir tambien órdenes para ello del mismo rey, no tenia tropas que enviarle, habiendo mandado á Francia todas las que habia disponibles. Crecieron en esto los apuros en Groninga, y con ellos el descontento de su vecindario. No fué muy difícil á los principales magistrados, poco adictos á la parcialidad del rey, hacer ver á aquellos habitantes el abismo á que corrian obstinándose en una defensa que no podia tener mas resultado que un asalto y el saqueo. Al mismo tiempo les manifestaban que habian andado muy descaminados en conservar su fidelidad al rey, sobre todo, teniendo á la vista el ejemplo de las provincias confederadas que tantas ventajas habian sacado de su independencia. Se allanó con esto el camino de las negociaciones. Dió oidos la ciudad á las proposiciones de entrega que les hizo el príncipe. No fueron las condiciones duras para los sitiados; quedó la provincia de Groninga incorporada con las otras que habian formado la confederacion de Utrecht, entrando en el goce de los mismos derechos, y comprometiéndose á las mismas obligaciones. Se estipuló la libertad de conciencia, aunque la religion reformada debia tener la sola culto público. La guarnicion salió con armas y equipajes y libertad de trasladarse á los puntos que mejor les pareciese.

Mientras tanto era la provincia de Bravante teatro de desórdenes, producto de la indisciplina de las tropas atrasadas de pagas, y que todo se lo creian permitido por esta circunstancia. Llegó la insolencia de algunas de estas tropas hasta apoderarse de la plaza de Sichen, que juraron conservarian en su poder mientras no les pagasen lo que les debian. No eran por desgracia muy raros los desmanes de esta clase, segun hemos visto en diferentes pasajes de esta guerra. No solamente se cometian excesos en Sichen sino en los pueblos de las inmediaciones, llegando muchas veces sus correrías hasta las mismas puertas de Bruselas.

Para marchar contra los sublevados de Sichen se vió el archiduque Ernesto obligado á capitular con otras tropas, que sin propasarse á tanto como los sublevados de Sichen, se hallaban en sedicion tambien por el atraso de sus pagas. Satisfechas estas, volvieron á la obediencia y se pusieron bajo las órdenes de Luis de Velasco, que por la del archiduque marchaba á Sichen á poner sitio á los rebeldes. No dejaron éstos de hacer una viva resistencia; mas viéndose al fin sobrado estrechados, evacuaron la plaza y pasaron á ponerse bajo la proteccion de los Estados, abrigándose en las fortificaciones de Gertruidemberg y Breda. No llevó mas adelante este favor el príncipe Mauricio, y se conservó en el terreno de la neutralidad, permitiendo que los sublevados entrasen en arreglos con el archiduque. Segun los términos de esta especie de tratado, se convinieron los revoltosos en trasladarse á Tirlemont, donde se les debian dar las pagas atrasadas. Allí permanecieron un año en inaccion por falta del cumplimiento de esta cláusula.

A pocos meses de su gobierno en Flandes falleció el archiduque Ernesto, á los cuarenta y dos años de su edad, dejando buena memoria por su comportamiento. Le sucedió en el mando el conde de Fuentes, español, jefe, hábil militar que llevaba muchos años de servicio. Habia sido enviado por el rey á los Paises-Bajos cuando la muerte del duque de Parma, con órden de que se le diese parte importante en el gobierno. No era muy querida su persona de aquellos habitantes por su carácter, que tachaban de severo y duro. Le acusaban de que cuando mandaba el conde de Mansfeld, habia expedido por órden de Fuentes un decreto condenando á pena de muerte á todos los prisioneros de guerra que en adelante cayesen en sus manos, y que por las reclamaciones que produjo de los Estados, amenazando con usar de represalias, tuvo que revocar el de Mansfeld á muy poco tiempo de expedido. Llenó su nombramiento de disgusto al pais por esta circunstancia, y los nobles de Bravante se

alejaron de la capital por no estar en contacto con un hombre tan violento. Dejó el servicio del rey el conde de Arescot, y se retiró á Venecia. El mismo conde viejo de Mansfeld que militaba en Flandes desde principio de la guerra, dejó sus banderas antiguas y se trasladó á Hungría, donde sirvió al emperador en sus guerras contra el turco.

A pesar de su poca popularidad, se acreditó el conde de Fuentes de hábil y entendido gobernante, aplicado á dirigir los negocios con acierto. Su mismo carácter duro fué de mucha utilidad en un pais que hervia en desórdenes por la indisciplina y licencia de la soldadesca. Con mano firme restableció la tranquilidad, haciendo entrar con castigos duros en la obediencia á los que todo se lo creian permitido, porque no estaban sus pagas satisfechas. Quedó restablecida la buena disciplina, y las tropas recibieron una nueva organizacion que les era sumamente necesaria. Con nuevos alistamientos y refuerzos recibidos de Italia y Alemania, puso al ejército del rey en estado de tomar de nuevo la ofensiva, y con ventajas, segun lo hizo ver por experiencia.

Hasta entonces se hacian la guerra el rey de España y el de Francia sin declaracion de hostilidades. Segun las manifestaciones de Felipe II, no tenian sus operaciones hostiles en Francia mas objeto que restablecer la religion católica, obrando en auxilio de la liga, á fin tan piadoso consagrada. Varias veces habia Enrique IV tratado por medios indirectos de entrar en avenencia con el rey católico; mas Felipe II, sin arredrarse del mal semblante que ofrecian sus negocios en aquel pais, estaba resuelto á continuar las hostilidades contra el rey de Francia, valiéndose del pretexto de que no estaba todavía absuelto por el Papa. Irritado Enrique IV de esta persistencia declaró públicamente en 1595 la guerra al rey de España. Algunos graduaron esta conducta de impolítica, pues con esto daba á Felipe II nuevo pretexto para continúar la guerra. Mas la guerra existia de hecho: era una cuestion que se iba á decidir por el derecho de la

fuerza. Tal vez Enrique IV con este paso de declaracion hizo valer mejor la justicia de su causa, y se vió comprometido á escojitar nuevos medios de defensa, y á lo que no se hubiese atrevido no estando empeñado en una guerra de corona á corona, de igual á igual, pues que se hallaban los dos monarcas en una línea.

Destruidas así todas las esperanzas de convenio, hicieron nuevos preparativos de guerra los dos reyes. Estaba dipuesto en los Paises-Bajos el conde de Fuentes para entrar en Francia. Habia hecho marchar Felipe II á Borgoña un cuerpo de diez mil hombres, mandados por Luis de Velasco para unirlas á las que capitaneaba el duque de Mayena, retirado á aquel pais despues de la entrada en París del rey de Francia. Se apresuraba éste mientras tanto á aumentar el número de sus partidarios, de los personajes principales de la liga que le iban prestando poco á poco su obediencia. Renovó su alianza antigua con la reina de Inglaterra: ajustó una de esta clase con las provincias confederadas de los Paises-Bajos, á quienes ofreció proteccion, auxilios y consejos.

Por insinuaciones de Enrique invadió el príncipe Mauricio el Luxemburgo, provincia fronteriza á Francia. Hizo progresos al principio; mas envió el conde de Fuentes contra él á Francisco Verdugo con suficientes tropas que le hicieron evacuar el pais y volverse á sus provincias. Se dirigió despues Mauricio con sus tropas á la frontera del Bravante, con objeto de distraer las fuerzas del gobernador general é impedir su expedicion en Francia. Mas el conde de Fuentes habia aumentado las suyas lo bastante para mover una parte y dejar otra en estado de hacer frente al príncipe Mauricio. Quedó encargado de este mando el mismo Verdugo, mientras el conde de Fuentes partia á Francia, segun las órdenes terminantes que acababa de recibir del rey de España.

Entró Fuentes por la Picardía, y habiendo puesto sitio á la plaza de Chatelet, de que se apoderó con poca resistencia, pasó en seguida á la de Ham, con un fuerte

castillo, que es el punto principal de su defensa. Mandaba en la plaza un tal Ganneron, poco afecto á la parcialidad del rey; y en el castillo un hermano suyo llamado Dorvilliers, en quien suponia los mismos senti mientos. Entró Ganneron en inteligencia secreta con el general español y le ofreció entregar la plaza por la cantidad de veinte mil ducados, ofreciéndole que su hermano imitaria su ejemplo. Aceptó su oferta el conde de Fuentes; entregó los veinte mil ducados ofrecidos por la entrada en la plaza; mas retuvo en rehenes á Ganneron mientras Dorvilliers no hacia la entrega del castillo. Se mostró este gobernador sordo á las insinuaciones y ruegos de su hermano, sea porque no participase de sus opiniones ó porque temiese las consecuencias de su traicion á Enrique IV. Hizo sabedor de sus apuros al mariscal de Bouillon que estaba cerca, y éste acudió inmediatamente con sus tropas, haciéndose dueño del castillo. Con este acontecimiento inesperado el conde de Fuentes, se vió precisado á evacuar la plaza, no teniendo en ella reparo contra los fuegos del castillo. Continuaba preso en poder suyo el gobernador Ganneron, que trató de hacerle ver que no habia tenido culpa alguna en la falta de su hermano, ni éste habia podido tampoco cumplir con lo que habia ofrecido, por haberse introducido repentinamente el duque de Bouillon en el castillo. En vano se presentó la madre de los dos en el cuartel del general español, confirmando lo mismo que habia dicho Ganneron en su descargo. Irritado el conde de Fuentes por lo que creia una traicion de su cautivo, le mandó ahorcar sin contemplacion ninguna.

Desde Ham pasó el conde de Fuentes á poner sitio á la plaza de Doulens, fronteriza entre la Flandes y Picardía. Estaba esta con poca guarnicion aunque muy animada á la defensa bajo la influencia del gobernador Dinan, hombre de guerra distinguido. Comenzaron las operaciones con vigor y los de adentro repelieron animosos todos los ataques. Se hallaban á pocas leguas de la

plaza el mariscal duque de Bouillon, y el almirante Villars con mil y quinientos hombres de infantería, y mil caballos, y sabedores del sitio, se pusieron en marcha, resueltos á hacer todo lo posible por penetrar en la plaza. Levantó el campo el de Fuentes cuando supo su determinacion, y marchó á su encuentro. Queria retirarse el de Bouillon, mas se obstinó en pasar adelante el compañero. No fué dudoso el éxito de la refriega. Pereció toda la infantería francesa rodeada por la española; se salvó á duras penas la caballería á todo escape. Hicieron mientras tanto una salida los de la plaza, pero mal dirigida y en desórden, habiéndose visto precisados á retroceder cuando el conde se restituyó á sus líneas.

Continuó el sitio con vigor, y los defensores haciendo una fuerte resistencia. Se hallaban en la guarnicion trescientos nobles franceses que animaban con su ejemplo corriendo los primeros á los sitios de mas riesgo. Mas hallándose exhaustos de víveres y municiones, sin esperanza de socorro, abrieron las puertas el 25 de julio de 1595, con la pérdida de mil hombres muertos, entre los que se contaban el gobernador Dinan que habia perecido en la salida.

Tomada la plaza de Doulens pasó el conde de Fuentes á sitiar la de Cambray, de grandísima importancia entonces por su situacion y por su fuerza. Desde la entrada en ella del duque de Anjou, habia quedado bajo su inmediato mando considerada como propiedad personal suya. La habia legado el príncipe al morir á su madre Catalina. De esta pasó como donativo al conde de Balagny que la poseia con absoluta independencia. Despues de la declaracion de guerra entre Francia y España, obligado á pronunciarse por uno de los dos monarcas, se declaró por el primero. Así, como plaza francesa era considerada cuando se presentó el general español delante de sus muros.

Algunos disuadieron al general español de poner el sitio á una plaza fuerte que podia hacer fácilmente re-

sistencia y le aconsejaban dejase la empresa para la entrada del invierno; mas el conde de Fuentes, animado sin duda con las ventajas que acababa de obtener, no hizo caso de sus reconvenciones y comenzó cuanto mas antes las operaciones de un sitio que le brindaba con mas gloria. Fueron sus primeros ataques dirigidos con inteligencia; mas el gobernador Vic enviado á Cambray con este cargo por el rey de Francia, manifestó que sabia corresponder á la confianza del monarca. Se condujo el conde de Fuentes como un hombre á quien iba el honor en salir airoso en una empresa considerada por muchos como temeraria; aumentaba con la misma autoridad sus medios de defensa. Hasta entonces estaban las ventajas todas por los sitiadores. Para asegurar mejor su triunfo, vino en su auxilio la traicion ó disgusto de sus moradores.

Sujetos éstos desde muy antiguo á la jurisdiccion de un obispo que los molestaba poco, sufrian con impaciencia la dominacion de un señor extraño. Era muy poco querido el conde de Balaguy por las demasiadas contribuciones que exigia, por su carácter poco conciliante y duro. Atribuian la mayor parte de sus faltas á influencias de su mujer, sumamente codiciosa, que dispensaba por dinero los favores del marido. Varias veces habian acudido los de Cambray al rey de Francia, ofreciéndole declararle soberano suyo con tal que los librase de la tiranía de Balagny; mas Enrique habia dado muestras de hacer poco caso de sus insinuaciones. En esta situacion y amenazados de todas las consecuencias de un sitio en que los españoles llevaban hasta entonces lo mejor, entraron en inteligencia secreta con el conde de Fuentes los principales habitantes de la ciudad, ofreciéndole abrirle una de sus puertas con tal que les librase de un saqueo. Se lo ofreció así el general español y se mostró fiel á su promesa. A la entrada de sus tropas en Cambray se recogió la guarnicion al castillo con ánimo de defenderlo á toda costa. Mas al parecer debieron de encontrarle des-

provisto de víveres y municiones cuando sin hacer resistencia le entregaron, con la condicion de retirarse á donde mejor les pareciese con sus armas y equipajes.

No habia podido ser mas brillante la campaña del conde de Fuentes. Antes de pasar á las operaciones militares que tuvieron poco despues lugar en la Borgoña, pasaremos rápidamente la vista sobre las ocurrencias del interior de Francia al mismo tiempo.

Comenzaban á ir desapareciendo poco á poco de todas las provincias los restos que habian permanecido armados pertenecientes á la santa liga. Se tranquilizaron poco á poco la Bretaña, el Languedoc, el Delfinado y la Provenza, donde dicha asociacion habia tenido mas arraigo. Solo el duque de Mayena con unos pocos personajes de su familia ó de sus mismos compromisos, permanecian fieles á la liga ó mas bien á la causa del rey de España, que como su jefe principal reconocian. Trabajaba el rey de Francia por obtener cuanto mas antes una absolucion del Papa que exigian muchos como una condicion precisa para entrar en su obediencia. En proporcion de la impaciencia del rey se resistian sus enemigos á que se otorgase.—Era esta absolucion el último atrincheramiento que los restos de la liga, y sobretodo Felipe II, habian escogido para prolongar la guerra ó encenderla tal vez con nueva furia. Es verdad que Enrique IV habia hecho públicamente abjuracion del calvinismo; mas ¿qué crédito se habia de dar, decian, á una vana ceremonia marcada con el sello de la hipocresía? ¿qué legitimidad tenia esta conversion mientras le faltase el *fiat* del pontífice? ¿cómo se podia considerar al rey incorporado en el seno de la Iglesia mientras le faltase la absolucion de su cabeza? Y ¿cómo el pontífice podia conceder la absolucion sin garantías, sin condiciones que diesen testimonio de la sinceridad del convertido? A que se exigiesen estas tendian las negociaciones de los que deseaban prolongar la contienda, suponiendo que Enrique se negaria á otorgarlas.—El pontífice, que lo era

entonces Clemente VIII, unido en intereses con todos estos personajes, se mostró en efecto severo, hasta inflexible.—Los cardenales Du Perrson y D'Ossat que negociaban á favor de Enrique, sufrieron á los principios durezas y desaires. Se exigia del rey de Francia que persiguiese á los calvinistas, y los declarase incapaces de obtener cargo alguno público; que se reconociese él mismo inhábil para la sucesion de la corona en virtud de su heregía, y solo con derechos á obtenerla por la absolucion del Papa, es decir, por un favor especial del jefe de la Iglesia. Eran estas sobradas exigencias: cedia demasiado el Papa á los dictámenes de sus pasiones propias, ó á las de los que le querian emplear como instrumento de sus planes. Rechazó Enrique tan duras condiciones. Las repelia asimismo la Francia entera que se iba reconciliando sinceramente con su rey, cuya popularidad crecia, á proporcion que el reino se pacificaba. Con general indignacion se habia oido la noticia de un atentado de asesinato en la persona del rey por un tal Chatel, jóven fanatico impulsado por jesuitas. Pereció el asesino en un cadalso: la misma suerte tuvo el padre Guinard su confesor, y fué tan vasta la ramificacion de toda aquella trama que el rey hizo salir de Francia á todos los jesuitas. Impusieron al pontífice todos estos actos de energía: temió, y con razon, estrechar las cosas hasta el punto de provocar en Francia un cisma, ó la renovacion de las guerras religiosas de que se veia libre por entonces.—Aunque todavía se obstinaban los de la parcialidad contraria en que se mantuviese inflexible, abandonó las pretensiones que le parecian al rey tan irritantes, y se convino en fin en dar la absolucion con las siguientes condiciones: que reconociese solemnemente la Iglesia católica; que abjurase de nuevo el calvinismo; que restableciese la religion católica; que sacase de las manos de los hugonotes al príncipe de Condé, niño entonces de seis años; que no confiriese á hereges beneficios eclesiásticos; que se observase el concilio de Trento con las restricciones que pareciesen con-

venientes; que se revocase la infeudacion de los bienes eclesiásticos en favor de hereges; que acreditase con pruebas públicas que no era ya adicto á sus doctrinas; que rezase el rosario y las letanías diariamente; que confesase al año lo menos cuatro veces; que se mostrase en público altamente satisfecho de haber sido absuelto por el Papa; que escribiese en el mismo sentido á las córtes extranjeras.

Admitió el rey sin poner dificultad todas estas condiciones, y no restaba mas que proceder á la solemne ceremonia.—Querian los enemigos de Enrique que pasase un legado á París á echarle la absolucion en nombre del pontífice; mas se opusieron á ello los cardenales sus comisionados, y obtuvieron el recibirla ellos mismos en representacion de su persona. Se celebró el acto con la mayor solemnidad en julio de 1595 en la iglesia de san Pedro. Recibieron la absolucion los prelados puestos de rodillas, despues de haber hecho las promesas envueltas en las condiciones. Y para que nada faltase á dicha ceremonia, se hizo la demostracion de darles los azotes, pena ordinaria impuesta antiguamente y de hecho por los papas á los que volvian al seno de la Iglesia.

Así terminó por entonces esta gran contienda. Adelantó mucho los negocios del rey esta absolucion del Papa removiendo los verdaderos escrúpulos de unos, y el pretexto de los falsos que alegaban otros. Habia espirado de hecho la liga, y quedaba reducida á una guerra ordinaria la que hacian á Enrique IV el rey de España y el duque de Mayena.

CAPITULO LXXIV.

Continuacion del anterior.—Campaña en Borgoña.—Sumision del duque de Mayena.—Nombrado el archiduque Alberto gobernador de los Paises-Bajos.—Entra en Francia.—Toma las plazas de Calais y de Ardres.—Toma el rey de Francia la de Fere.—Vuelve Alberto á los Paises-Bajos.—Sitia á Ulst.—La toma.—Se apodera Mauricio del campo atrincherado de Turnhout.—Entran los españoles en Amiens.—Sitia la plaza Enrique IV.—Acude á socorrerla Alberto.—Retrocede.—Entra el rey de Francia en Amiens.—Nuevas ventajas del príncipe Mauricio.

1595—1597.

Mientras negociaba Enrique IV con tanta actividad su absolucion en Roma, no descuidaba los asuntos de la guerra encendida á la sazon en dos partes distintas de Francia, á saber: la Borgoña y las fronteras de los Paises-Bajos. Con gran dolor supo la entrada en Picardía del conde de Fuentes, y el progreso de sus armas; mas no pudiendo acudir á todas las partes á la vez, creyó mas oportuno salir al encuentro de don Luis de Velasco, gobernador de Milan, condestable de Castilla, que se hallaba en Borgoña al frente de diez mil hombres en compañía del duque de Mayena que mandaba mil quinientos. El mariscal de Biron que tenia fuerzas mas escasas, se vió obligado á replegar cuando Velasco y Mayena verificaron el paso del Saona.

Sabedor del movimiento el rey salió en socorro de Biron á la cabeza de mil ochocientos hombres escasos de infantería y de caballería. Resuelto á probar fortuna á cualquier precio, marchó en busca del enemigo, y cerca de Fontaine Francaise cayó inopinadamente sobre su vanguardia que marchaba algo separada del cuerpo de bata-

lla. Fué el ataque repentino y los enemigos cogidos como de sorpresa. Arrolló el rey á la cabeza de su caballería las tropas de la liga y se condujo en la refriega con el arrojo personal que le era tan característico. Acudió en medio del lance á su socorro el mariscal de Biron, y los dos juntos pusieron á los enemigos en la derrota mas completa. Cometió la grave falta don Luis de Velasco de no avanzar con su cuerpo de ejército en socorro de los de vanguardia. A pesar de las exhortaciones de Mayena se puso en retirada, volvió á pasar el Saona y se fué á situar en Gray, pueblo fronterizo entre el Franco Condado y la Borgoña. Con tan insignificantes operaciones terminó por entonces aquella campaña, que apenas mereceria un puesto en la historia sino figurasen en ella tan importantes personajes.

Se hallaba el duque de Mayena á la sazon reducido ya á la extremidad, sin saber qué partido tomar en el punto á que habian llegado sus negocios. Se veia sin fuerzas, abandonado de la mayor parte de los jefes liguistas que se habian acomodado bajo los mejores términos posibles con el rey de Francia. En el campo de los españoles ejercía poca influencia y era objeto tal vez de desconfianza. Se habia retirado don Luis de Velasco de lante del rey de Francia contra sus consejos: no habia podido recabar con él el que le diese siquiera tres mil hombres para acudir en defensa de la plaza de Dijon sitiada por Enrique. Sospechando que le habian puesto mal con el rey de España ya su único auxilio y el solo protector que le quedaba, pensó sériamente en dirigirse á Madrid á darle cuenta de su conducta y disipar cualquiera recelo que contra su persona hubiera concebido. Sacó al duque de Mayena de esta confusion é incertidumbre el mismo Enrique. Deseando el rey atraerse el solo jefe que restaba de la liga, le hizo proposiciones de volver á su gracia sin que esto pudiese en nada deprimir la dignidad de su carácter. Dió Mayena agradables oidos á una exproposicion que le sacaba de un conflicto.

Mas como se habia comprometido con Felipe II en no reconocer jamás al rey mientras éste no fuese absuelto por el Papa, atajó Enrique este inconveniente proponiéndole se retirase á Chalon-sur-Marne, donde por ninguno seria molestado mientras no se removiese dicho obstáculo. Con la ceremonia de la absolucion, se disiparon del todo los escrúpulos del duque, y entrando en la gracia del rey reconoció su autoridad con muy favorables condiciones.

Así quedaron sometidos á Enrique IV uno á uno todos los jefes de la liga. Desde entonces pudo llamarse rey de toda Francia de hecho como de derecho, y jefe de todos los partidos.

Volviendo á los Paises-Bajos, fueron muy insignificantes las operaciones militares mientras el conde de Fuentes hacia conquistas en la Picardía. Parece que aquella guerra á fuer de dilatada, habia caido en cansancio y en fatiga. Todo se movia muy lentamente y como si cada uno tuviese el presentimiento de que se iba á ganar y á perder muy poco en la prolongacion de la contienda. Sitió Mauricio la plaza de Groll; mas cuando se creia próximo á tomarla, acudieron las tropas de Mondragon que le hicieron levantar el sitio. Con esto y algunas escaramuzas que apenas merecen descripcion, se pasó todo el año de 1595. Volvió por este tiempo á los Paises-Bajos el conde de Fuentes, y aunque debia de estar muy satisfecho de haber servido bien al rey, tuvo la mortificacion de saber que se le daba un sucesor en la persona del archiduque Alberto, hermano del difunto y el último de todos los del emperador Rodulfo, y presentado por el rey para el arzobispado de Toledo á la muerte de don Gaspar Quiroga.

Llegó Alberto de Lisboa á Madrid, y sin tomar posesion de su arzobispado, recibió órden del rey para trasladarse en clase de gobernador general á los Paises-Bajos. Se presentó el archiduque en Flandes á principios del año 1596, y desde luego se hizo bien quisto de los

habitantes por su bondad y otras prendas que recordaban la memoria de su difunto hermano. En cuanto al conde de Fuentes, disgustado de aquella eleccion y no queriendo servir de segundo donde habia ejercido la primera autoridad, pidió y obtuvo del rey el permiso de volver á España.

Se preparó el archiduque para entrar en Francia con sus mejores tropas y lo ejecutó en efecto dejando en Flandes por gobernador interino al veterano Cristóbal Mondragon que ya se acercaba á noventa años.

Sitiaba á la sazon Enrique IV la plaza de La Fere, reducida ya á grandes apuros por falta de socorros. Pensó Alberto en ir á levantar el sitio; mas como el campo de Enrique estaba muy fortificado, tuvo que desistir de este proyecto no queriendo arriesgarse demasiado contra el rey de Francia. Vaciló algunos dias sobre el punto donde caeria mas oportuna y ventajosamente, y al fin, por consejos de un tal Le Rosne aventurero que se hallaba entonces en su campo, decidió marchar sobre Calais que aquel le pintaba como en un estado de abandono. Se hallaba en efecto descuidada esta plaza fuerte marítima, muy felizmente situada para su defensa por ser pantanoso el terreno de sus inmediaciones. Quizá por esta misma circunstancia se atendia tan poco á los medios de conservarla, no creyéndola en peligro ni aun de ser acometida. Se movió en efecto Alberto tomando el camino de Calais: á Le Rosne, consejero de la expedicion, confió el cuerpo de vanguardia. Avanzó este jefe hasta cerca de los muros de la plaza cuyas obras exteriores en aquella época eran dos fuertes castillos, uno por la parte de tierra junto la puerta y puente de Niculay, y otro llamado Risban construido para defender el puerto. Fué fácil para Le Rosne la toma del primero. Una fuerte resistencia opuso el último; mas los defensores pidieron capitulacion luego que las piezas del sitiador abrieron brecha.

Se apresuró Le Rosne á comunicar esta feliz noticia

al archiduque que seguia sus huellas. Inmediatamente hizo Alberto acelerar el paso y sus tropas se apoderaron sin resistencia de los arrabales de la plaza. Intimidada la guarnicion se retiró á la ciudadela. Le intimó la rendicion el archiduque, y el gobernador Bidosan respondió que estaba resuelto á entregarse en caso de que no fuese socorrido dentro de seis dias, condicion que fué adoptada por Alberto.

Supo la noticia del sitio de Calais el rey de Francia, cuando ya muy estrechada La Fere se hallaba próxima á rendirse. Se irritó sobremanera por el peligro que corria una plaza marítima tan interesante. Dudó si volaria en persona á su socorro aunque le costase levantar el sitio de la que ya consideraba como suya. Marchó en efecto con un grueso destacamento dejando la otra parte de su ejército en las líneas de La Fere. Llegó con celeridad á Boloña é informado allí del estado de las cosas, echó mano de trescientos hombres escogidos que al abrigo de la noche penetraron sin ser sentidos en Calais y entraron en la ciudadela donde comunicaron las órdenes del rey de que se mantuviese firme estando el socorro ya muy próximo. Así lo prometieron los sitiados. Habiendo ya espirado los seis dias, les volvió á intimar la rendicion Alberto segun las condiciones concedidas. Respondió el gobernador que habian recibido socorro con la introduccion de los trescientos hombres en la ciudadela. La réplica de Alberto fué volver contra la fortaleza sus cañones. Muy pronto se hizo brecha; los sitiadores, sin querer entrar en mas convenio, emprendieron el asalto marchando los italianos y walones los primeros. Fué este primer asalto repelido: mas á efecto del segundo quedó la ciudadela en poder del archiduque. Fueron pasados á cuchillo los vencidos: solo salvó su vida Champagnol, jefe de los trescientos hombres que el rey habia enviado de refuerzo.

El descuido en que se hallaba esta plaza de Calais hace poco honor al gobierno de la época, mas el desór-

den de los negocios no permitia atender á todo, absorbida como estaba la espectacion pública en cuestiones de existencia ó muerte. Por espacio de doscientos y cincuenta años habia permanecido en posesion de los reyes de Inglaterra, quienes la consideraban como una joya inestimable. No contribuyó poco á la gran reputacion que adquirió como capitan, Francisco duque de Guisa, la toma de esta plaza, aunque tambien en aquella ocasion se hallaba asimismo sumamente descuidada.

Permaneció el archiduque Alberto diez dias en Calais atendiendo al acopio de víveres y reparo de las fortificaciones. Se trasladó despues á poner el sitio de la plaza de Ardres, nombre famoso por el campo del paño de oro en que tuvieron sus conferencias Francisco I de Francia, y Enrique VIII de Inglaterra. El punto no era fuerte, ni la guarnicion muy numerosa, pues no pasaba de quinientos hombres. Se hallaba dentro de sus muros ademas del gobernador, el marqués de Verin, comandante general de la provincia.

Al esfuerzo de las baterías dirigidas por Le Rosne, vinieron al suelo parte de los muros. Como les habia prometido el rey de Francia enviar socorros prontamente, no se arredraron ni el vecindario ni la guarnicion con esta circunstancia. En el consejo de guerra celebrado con motivo de la intimacion del archiduque, opinó el gobernador por que pasase adelante la resistencia; el marqués de Verin, por que Ardres se entregase. Como era el segundo jefe de mas categoría, prevaleció su dictámen y el archiduque tomó posesion de la plaza despues de ajustadas las capitulaciones de la entrega.

Entraron los españoles en Ardres el mismo dia que en La Fere Enrique IV. Aguó mucho á este monarca el placer de la conquista, la noticia de la toma de otra plaza por Alberto. Irresoluto sobre el plan de sus operaciones ulteriores, convencido de lo largo que seria la reconquista de las dos perdidas, determinó marchar directamente sobre Alberto, y obligarle donde quiera que

le encontrase á una batalla. Alberto por su parte bastante advertido para no exponerse á un conflicto semejante, evitó este encuentro con el rey de Francia, y contento con la toma de dos plazas importantes que le indemnizaban de la pérdida de La Fere, pasó al Artois, y en seguida tomó la vuelta de Bruselas.

Entonces el rey de Francia sin bastantes tropas para hacer la guerra mas en grande, sin recursos aun para continuar pagando las pocas que tenia sobre las armas; licenció la mayor parte de ellas, y confió el resto al mariscal de Biron, para que hiciese correrías por los puntos que mejor le pareciese. En seguida se volvió á París, donde la organizacion de su gobierno y el restablecimiento del órden público durante tantos años alterado reclamaban imperiosamente su presencia. Estaba agotado su tesoro; en pugna, aunque no abierta, las parcialidades; los calvinistas disgustados; los católicos no del todo satisfechos. Se necesitaba una mano firme y hábil, ministros capaces y de buenas intenciones para curar tantas llagas como habian dejado en la nacion convulsiones de treinta años. Hábil se mostró en efecto el rey de Francia; ministros capaces, sobre todo el principal de ellos Sully, le habia deparado la fortuna; el pais salia poco á poco del caos; mas estos pormenores no pertenecen por ningun estilo á nuestra historia.

Durante la ausencia del archiduque de los Paises-Bajos, poco habia ocurrido en ellos digno de relato. Estaban las operaciones militares como entorpecidas, y Mauricio con pocas fuerzas de que disponer, se contentaba con excursiones de poca dura en las provincias del Bravante y otras confinantes con las de los Estados. Afectos estos al fomento de la navegacion y del comercio, á llevar adelante los establecimientos que comenzaban á plantear en las Indias Orientales, no tenian sobre las armas mas gente que la precisa para no volver jamás á la dominacion del rey de España. Parecia que contentos en el territorio que habian sabido hacer independiente, no

aspiraban por entonces á llevar adelante sus conquistas.

Encontró Alberto á su regreso el pais tranquilo, mas descontento con las correrías del príncipe Mauricio, que habia exigido contribuciones por donde quiera que caia con sus armas. Pareció al archiduque necesario para conservar la buena opinion y popularidad que ya alcanzaba, emprender alguna operacion militar que realzase el brillo de sus armas. Las provincias que estaban bajo su autoridad lo deseaban igualmente, aunque no fuese mas que para desquitarse de los daños que acababa de hacerles el príncipe Mauricio. Las fuerzas de Alberto eran muy pocas; pero mas escasas todavía las de los Estados. Despues de echar los ojos sobre diversas plazas que se podrian sitiar con esperanzas de buen éxito y utilidad, mereció la preferencia la de Ulst, que hacia cinco años habia caido en poder de los Estados. Le Rosne, que en los consejos del príncipe ejercia una gran autoridad, fué de los que mas ahinco propusieron al asedio de esta plaza.

La habia fortificado mucho Mauricio, y ademas abierto dos canales que por los dos lados le abrazaban, siendo además muy fácil inundar el pais que tenia al frente, con lo cual quedaba enteramente inaccesible. Así lo hicieron ver á Alberto los oficiales que habia enviado de reconocimiento, en cuya opinion ofrecia la empresa grandísimas dificultades. Mas Alberto, por consejo de Le Rosne, se atuvo á su primera resolucion, y mandó pasar adelante con la empresa.

Para ocultar mejor sus intenciones al príncipe Mauricio, amagó caer sobre otras plazas, y en particular sobre Gertruidemberg y Breda. Las apariencias fueron tales, que Mauricio hizo sacar tropas de Ulst para guarnecer mejor estos dos puntos. Entonces el archiduque se dirigió con rapidez hácia la que era principal blanco de sus miras.

Se halla la plaza de Ulst muy cerca de la costa y sobre un rio que se echa en el Escalda. Con este y los canales que la circuyen se puede considerar como plaza

marítima, ó por mejor decir una isla, siendo de muy poca extension el terreno firme por donde un enemigo puede aproximarse. Al llevar las tropas á esta tierra firme, se debieron de reducir y se redujeron en efecto las primeras operaciones de los sitiadores. Habiéndose provisto de suficientes barcos, envió el archiduque delante y como de vanguardia á dos oficiales llamados Vich y Barlotte, quienes se embarcaron con su gente cubiertos con la noche. Fué el paso sumamente expuesto y trabajoso. No habiendo aún crecido bastante la marea, carecian de agua los barcos que navegaban por aquella inmediacion, al punto de tener que saltar fuera los soldados, y empujarlos ellos mismos sobre el fango. Poco á poco creció el agua y pudieron con mas facilidad navegar hasta la márgen del canal, mas no sin ser descubiertos por los soldados de algunos reductos que le guarnecian. A pesar del fuego que en seguida les hicieron, continuaron su camino, llegaron al borde del canal, á donde botaron las barcas, y habiendo llegado á la otra orilla se apoderaron de la tierra firme, que era el único paraje por donde Ulst era accesible.

Informado el conde de Solms, gobernador de la plaza, de la llegada de los españoles, salió á su encuentro antes de darles tiempo de fortificar su campo y proceder á las demas operaciones del sitio. Se trabó de este modo una refriega sangrienta, en que para los sitiadores no habia mas alternativa que la victoria ó perecer, pues ya la retirada era imposible. Tuvieron un regimiento derrotado y su coronel muerto al principio del combate. Mas rehechos de esta pérdida, siguieron la pelea con tanto arrojo, que el conde de Solms se retiró á la plaza con sus tropas. Dueños ya del campo los sitiadores, se apresuraron á construir las obras del asedio. Sabedor Mauricio al fin de que era la plaza de Ulst el objeto de las operaciones del archiduque y que la vanguardia se hallaba ya establecida en la isla, se apresuró á ocuparla antes que llegase el cuerpo de su ejército. Mas Alberto

le ganó en esto por la mano, pues se trasladó á dicha tierra firme inmediatamente que llegaron á ella los que habia mandado por delante. Defraudado Mauricio de su esperanza, todavía le quedó el recurso de enviar socorros á la plaza por el canal que estaba aún á su disposicion, por medio de los fuertes que guarnecian sus dos márgenes. Para vigilar mejor esta operacion se sitió en Crumingen, plaza de Zelanda.

Mientras tanto se hacia el sitio de Ulst con la mayor actividad, no siendo menor la energía de la guarnicion en rechazar todos los ataques de los sitiadores. Apenas pasaba dia sin que el gobernador dispusiese salidas que producian choques abiertos entre los dos campos. Pereció en una de estas refriegas el famoso Le Rosne, alma y director de todas las operaciones del sitio. Fué su muerte muy sentida; mas aunque en un principio produjo abatimiento, no dejó el archiduque de continuar activamente las operaciones del asedio. Se hallaban las baterías bien situadas, y jugaron con acierto. Luego que hicieron una brecha bastante practicable, se prepararon los sitiadores al asalto.

Detrás de esta brecha se habia levantado un atrincheramiento muy susceptible de defensa. No carecia de víveres la plaza ni faltaba gente, hallándose en comunicacion con el príncipe de Orange, de quien recibia socorros y refuerzos. A pesar de estas ventajas, no quiso la guarnicion exponerse á los azares de un asalto, y obligó al gobernador á que capitulase con los españoles. Así se llevó á efecto. Entró el archiduque victorioso en Ulst en 1596, y despues de dar órdenes para el reparo de las fortificaciones, se restituyó á Bruselas, de cuyos habitantes fué recibido como en triunfo.

Causó en efecto gran satisfaccion en el pais esta victoria del archiduque, persona bien querida, hábil en captarse la benevolencia de los habitantes. No habia verdaderamente desplegado poca actividad en los cortos meses que llevaba de gobierno. La toma de Calais y de Ardres

ambas plazas importantes y ahora la de Ulst, de no menor categoría, comenzaban á formarle un nombre militar que le fué muy útil andando mas el tiempo.

Mientras tanto el mariscal de Biron maniobraba en Picardía con el cuerpo de tropas que le habia dejado el rey de Francia, haciendo escursiones en diversos sentidos, segun lo juzgaba conveniente. Con la salida de las tropas de Bruselas para sitiar la plaza de Ulst, penetró por el Artois, moviéndose siempre con gran circunspeccion, pues era un general metódico que hacia la guerra segun arte. Para atajarle en su marcha, envió el archiduque al marqués de Barambon á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas. Al saber su marcha el mariscal de Biron, le salió al encuentro, habiendo dejado emboscada á su retaguardia una gran parte de sus tropas. Luego que se encontraron los del archiduque y los del mariscal, retrocedió éste como no atreviéndose á medirse con los que tanto le excedian en número. Los de Barambon siguieron el alcance, cuando á lo mejor se vieron sorprendidos por las tropas emboscadas, á cuya reunion con las otras del mariscal volvieron estas frente. Allí se empeñó una batalla con grande desventaja para los flamencos, que perdieron mucha gente entre muertos, heridos y prisioneros, siendo el marqués de Barambon uno de estos últimos. Los demás apelaron á la fuga.

Reemplazó el archiduque la persona del marqués de Barambon con la del marqués de Chimay, pero no fué mas dichoso. Conservó el mariscal de Biron su superioridad en varios encuentros y escaramuzas; mas no produjeron estas tomas de puntos importantes ni resultado definitivo de otra clase.

Terminó el año de 1596 sin mas acontecimientos importantes. El de 1597 no iba tampoco á ser mucho mas fecundo. Se acercaba la guerra de los Paises-Bajos á su fin mas por cansancio y fatiga que por ningun otro motivo. A pesar de las ventajas que habia conseguido el archiduque en Francia, conservaba la superioridad en el pais

el príncipe Mauricio. Tal era el respeto que infundia su nombre en el Bravante y demás provincias españolas que pagaban por via de contribuciones el favor que les hacia de no molestarlos con sus incursiones. Indignado Alberto de esta especie de vasallaje, hizo establecer un campo fortificado de cinco mil hombres en Turnhout, en las fronteras del Bravante. Confirió su mando á Varas, hermano del marqués de Barambon, mas en atencion á su familia distinguida que á sus méritos y conocimientos militares. Vivia este jefe en efecto muy descuidado en un punto que exigia la mas grande vigilancia. Al saber esto el príncipe Mauricio, marchó en busca suya, saliendo de Gertruidemberg con cinco mil infantes y ochocientos caballos. Llevaba consigo al conde de Solms, al conde Hoenloe, y á los ingleses Sir Francisco Vere y Sidney, gobernador de Flesinga.

No tuvo noticia Varas de la marcha de Mauricio hasta que se hallaba ya muy cerca de sus líneas. No atreviéndose á aguardarle en ellas, hizo salir todos sus equipajes por la noche, y al amanecer del dia siguiente se puso en retirada él mismo, no sin grande enojo de sus tropas que se indignaban de huir delante de los que habian vencido tantas veces. Sabedor Mauricio de la retirada de Varas, envió á Sir Francisco Vere á observar sus movimientos, y al mismo tiempo dió órden al conde de Hoenloe para que adelantándose con cuatrocientos caballos entretuviese al enemigo mientras él llegaba con la infantería. Cayó en efecto Hoenloe sobre el enemigo que marchaba con pocas precauciones. Derrotada la caballería, se echó sobre la infantería, introduciendo en sus filas el mayor desórden. En los momentos de esta confusion llegó Mauricio con su infantería. No le fué difícil consumar una derrota que estaba ya empezada. Perdieron los nuestros entre muertos y heridos cerca de dos mil quinientos hombres, y los que quedaron vivos cayeron en poder del enemigo. Se contó en el número de los muertos el mismo Varas, que aunque desacertado

en aquel movimiento, habia combatido con un valor digno de mejor fortuna.

Atribuyen algunos la victoria de Mauricio á las carabinas largas, acabadas de inventar entonces, de que estaba armada su caballería. Es posible; mas bastante vencidas estaban aquellas tropas tan desordenadas cuando acudió el príncipe en persona. Como quiera que esto sea, se condujo con humanidad y hasta generosidad despues de su victoria. Tomó disposiciones para la curacion de los enfermos y buen acomodo de los prisioneros, distinguiéndose en el particular como cumplia á un hombre que deseaba mostrarse generoso.

Mientras tanto cayó Amiens en poder de los españoles por una de aquellas ocurrencias que no son muy raras en la guerra. Eran antes dueños de esta plaza los liguistas, á cuyos principios se presentaba sumamente adicta. Despues de la entrada de Enrique en París, fué una de las primeras en prestarle la obediencia. Estipuló sin embargo con el rey, que no se le pondria guarnicion, comprometiéndose los vecinos á formarla ellos mismos, y á atender á todas las necesidades de una defensa si llegase el caso. En virtud de este convenio se organizaron hasta trece ó catorce mil de sus vecinos; mas siendo estos hombres de oficio y dedicados á sus negocios particulares, descuidaban el servicio militar sin adquirir la instruccion necesaria para hacer buen uso de sus armas en caso de un conflicto. Los jefes valian tan poco como los soldados, y ademas no tenian un gobernador entendido capaz de darles ejemplo, y dirigirlos bien cuando hubiese que echar mano de ellos.

Sucedió entonces que un habitante de esta ciudad se presentó en Doulens donde mandaba Eduardo Tellez Portocarrero, capitan español, ofreciendo entregarle la plaza de Amiens por sorpresa; pues conocia perfectamente las entradas y salidas, y estaba en inteligencia con personas principales que deseaban pasarse á la parcialidad del rey de España. Aceptó la oferta Portocarrero, é in-

mediatamente lo hizo saber al archiduque, advirtiéndole al mismo tiempo que iba á moverse para aprovecharse de aquella favorable coyuntura.

La distancia entre Doulens y Amiens es solo cuatro leguas. Se movió Portocarrero de noche á la cabeza de dos mil hombres de infantería y novecientos caballos, caminando con el mayor silencio, de modo que pudo llegar antes de amanecer junto á una ermita muy cerca de la plaza, rodeada de árboles, donde emboscó su gente. Destacó delante diez ó doce de sus hombres mas escogidos, distinguiéndose entre ellos el español Francisco del Arco, el milanés Baptista Dognano y el borgoñon Lacroy. Todos estos iban disfrazados de paisanos con sus armas debajo de los sayos. Llevaban tres de ellos sacos en la cabeza llenos de nueces y manzanas, y otro conducia un gran carro cargado de vigas y maderos. Caminaban los otros detrás á pocos pasos de distancia. Cuando amanecia llegaban todos ellos á las puertas de la plaza que acababa de abrirse. En el mismo puente levadizo afectaron entrar en riña los que llevaban los sacos de nueces y manzanas, y habiéndose dado un empujon vinieron al suelo, por donde quedó esparramada toda aquella fruta: acudió al ruido la gente de los alrededores, y con la confusion originada por la prisa de los que se avanzaban á coger las manzanas y las nueces, se acercó el carro cargado con las vigas atravesándose en la misma puerta. Entonces disparó uno de ellos un pistoletazo, que era la seña convenida, tanto con los que estaban dentro como con los de Portocarrero que quedaban emboscados. A la detonacion entró un centinela en sospecha de que se tramaba alguna cosa, y se apresuró á bajar el rastrillo, mas lo impidieron las tablas y vigas del carro que estaba parado y no podia moverse, pues de antemano se habian quitado las clavijas que sujetaban los caballos á la lanza. Mientras tanto avanzaba á paso de carga Portocarrero con los suyos, y se metieron en la plaza sin que nadie lo estorbase. Los de adentro que

estaban en la trama, acudieron por su parte á darle auxilio, sin que los vecinos armados en aquella confusion y desórden, sobrecogidos por otra parte del terror, hubiesen podido obrar nada en su defensa.

Quedó sorprendido al mismo tiempo que indignado Enrique IV con la pérdida de una plaza tan considerable que dejaba expedito para los españoles todo aquel pais de las fronteras. A esta pérdida material se añadia lo injurioso que podria ser á su reputacion, que habiendo sido tantas veces vencedor de los mismos franceses, hubiese salido perdiendo en sus luchas con los españoles. Era, pues, para él de grandísima importancia recobrar la presa que habia caido en manos de sus enemigos; mas para ello se veia con grande escasez de tropas, y sobretodo falto de dinero con que mantenerlas. Estaba exhausto su tesoro, apurados sus recursos. Despues de tantos años de guerra civil y tantas convulsiones, todo estaba perdido y agotado. Mas á pesar de tantos inconvenientes, se resolvió á arrostrarlos todos á trueque de volver á la plaza de Amiens que le hacia tan al caso. Con esta resolucion salió de París y se trasladó á Corbie, á tres leguas de distancia, llamó á su lado al mariscal de Biron que todavía se hallaba en Artois, y con sus tropas y las que pudo recoger á duras penas debilitando varias guarniciones, resolvió poner el sitio de Amiens y llevarlo adelante con todo el vigor imaginable.

Ya entonces habia renovado sus tratados de alianza con los Estados generales, y ajustado uno nuevo con la reina inglesa, quien se comprometió á enviarle dinero y hasta ocho mil hombres. Con cuatro mil de ellos engrosó las tropas destinadas al sitio de Amiens, y sus operaciones fueron encomendadas al cuidado del mariscal de Biron, muy celoso por corresponder en todo á la confianza del monarca.

Se empezó la expugnacion de Amiens, y se dió al sitio ademas el carácter de bloqueo, habiéndose construido fuertes líneas contra cualesquiera tropa que se

quisiese enviar en su socorro. Se llevaron adelante las operaciones del sitio con vigor: no fueron los de adentro menos activos en la defensa. Las salidas eran frecuentes y mortíferas. El gobernador de la plaza, Portocarrero, estaba resuelto á defender hasta la última gota de sangre su conquista. Por lo regular era él quien dirigia las salidas. Habiendo muerto en una de ellas, fué sucedido en el mando por el marqués de Montenegro, que no se le manifestó inferior, ni en inteligencia, ni en constancia. No desmayaban las tropas de la guarnicion contando siempre con los socorros que habia ofrecido conducir en persona el archiduque.

Se hallaba éste, en efecto, tan interesado en la conservacion de Amiens, como en ganarla Enrique IV. Sea que la guerra entre ambas coronas continuase, ó que estuviese próximo un arreglo, como era la opinion comun, á los dos partidos convenia muchísimo la posesion de una plaza semejante. Mas luchaba Alberto con muchísimas dificultades. Tambien comenzaba á verse en grandes apuros pecuniarios el poderoso rey de España. Exigian demasiado crecidos intereses los que adelantaban dinero tomando por hipoteca las rentas del Estado. Ya costaba gran trabajo al rey el que los grandes capitalistas acudiesen al socorro de sus necesidades. Para concebir una idea de estos apuros bastará indicar que el archiduque Alberto no pudo ponerse en marcha en socorro de Amiens hasta por agosto cuando llevaba tres meses ya de sitio.

Ascendia á veinte y cinco mil el número de sus tropas de infantería y de caballería, suficiente fuerza si el enemigo no estuviese apoyado en sus dos líneas. Consistia toda la confianza de Alberto en que saliese Enrique IV á ofrecer ó aceptar una batalla. Tal fué la primer intencion del rey de Francia; mas le disuadieron de ello el mariscal Biron, el mismo duque de Mayena que estaba ya en su campo, haciéndole ver la enorme diferencia entre la infantería francesa recientemente alis-

tada, y la veterana y disciplinada que mandaba el archiduque. Permaneció, pues, Enrique dentro de sus líneas demasiado bien construidas para que pudiesen ser forzadas por Alberto. Viendo éste ya malograda la ocasion, se puso en retirada y tomó la vuelta de los Paises Bajos.

Destituida la plaza de Amiens de socorros, con sus recursos agotados, cada vez mas estrechada por los sitiadores y muy próxima á un asalto, entraron en capitulaciones con el rey y le abrieron sus puertas con favorables condiciones.

Durante la ausencia de Alberto, no habia estado ocioso el príncipe Mauricio, siempre atento á aprovecharse de estos momentos de respiro. Habia quedado muy desguarnecido el Brabante por la necesidad de sacar tantas fuerzas para la expedicion de Francia. Cayó Mauricio con trece mil hombres sobre la plaza de Rimberg, guarnecida por mil, y se hizo dueño de ella con muy poca resistencia. Pasó despues á la de Meurs que cayó en sus manos.

Tambien se apoderó de las de Groll y Brevort, aunque experimentó mas dificultades en su expugnacion por estar situadas en un terreno pantanoso. Cayó despues sobre la de Linjen, única que al norte del Rhin se hallaba todavía en manos de los españoles. Igual suerte tuvo que las otras. Y los Estados quedaron tan contentos de su comportamiento, que le hicieron cesion á él y sus descendientes del señorío de esta última ciudad con todo su territorio y dependencias.

Sucedia esto el año 1597. Con estas operaciones militares terminaron las que durante el reinado de Felipe II tuvieron lugar en los Paises-Bajos.

CAPITULO LXXV.

Expediciones marítimas de los ingleses contra posesiones españolas.—Sir Ricardo Havvkins.—Sir Walter Raleigh.—Sir Francisco Drake.—Muerte de éste.—Sale D. Bernardo de Avellaneda de Sevilla en busca de los ingleses.—Dispersa los restos de Drake.—Espedicion de Lord Hovvard y el conde de Essex.—Toman á Cádiz.—Evacuan la plaza.—Expedicion de Felipe II sobre Irlanda.—Dispersada por los vientos.

1594.—1597.

Mientras la Francia y los Paises-Bajos eran teatro de tantas hostilidades entre Felipe II y las potencias rivales, no estaban ociosos los ingleses en los mares. Si tantas expediciones contra nuestros dominios de ultramar se habian hecho por aventureros antes de una declaracion abierta de guerra, debieron de ser mas frecuentes y en mayor escala despues de haber sido rotas las hostilidades de un modo tan solemne. Eran nuestras posesiones demasiado ricas, para que no llamase á cada paso la codicia de los que intentaban entrar á la parte del despojo. En 1594 salió una expedicion al mando de Ricardo Hawkins con direccion á la América meridional, y habiendo pasado el estrecho de Magallanes, navegó por los mares de Chile en busca de los galeones españoles; pero fué desgraciado en su expedicion, habiendo sido prisionero en aquellas mismas costas. Con mejor fortuna salió al mar Jacobo Lancaster en aquel mismo año con tres navíos y pinazas que le habia proporcionado el comercio de Lóndres. Con ellos apresó diez y nueve buques españoles ricamente cargados, y en seguida se dirigió á las costas del Brasil para atacar á Fernambuco, donde sabia que se hallaban muchas riquezas encerradas. A pe-

sar de que le estaba aguardando en la costa gente armada sabedora de su arribo, no titubeó el capitan inglés en embarcar su gente en lanchas, y emprender un desembarco á viva fuerza poniéndose en la arternativa de vencer ó morir en la intentona. Impuso tanta audacia á la gente portuguesa; el desembarco tuvo efecto, aunque los ingleses perdieron mucha gente en el acto de saltar en tierra. Los naturales se internaron en el pais mientras los ingleses, aprovechándose de su fortuna, hicieron en el pueblo un botin considerable.

En 1595 se embarcó tambien con buques suministrados por el comercio Sir Walter Raleigh, uno de los ingleses que se hicieron mas célebres por su valor, instruccion y diversas aventuras. Se dirigió éste á la Guayana, pais recientemente descubierto y conquistado, que segun la opinion comun era mas abundante en oro y plata que el Perú y que Méjico. Desembarcó en la isla de Trinidad donde no dejó de hacer presas de importancia. Pasó despues á la boca del rio Orinoco, que subió por el espacio de muchas leguas, creyendo encontrar algun botin mas rico. Pero el rio estaba desierto, y en las orillas no existia pueblo alguno. El aventurero inglés volvió á su pais sin otros resultados; mas escribió una relacion de sus viajes, anunciando maravillas de los paises que habia descubierto.

En 1596 salió el famoso Drake y Sir Juan Hawkins con siete navíos que le habia dado la reina, y veinte mas que le proporcionó el comercio. Se dirigieron al istmo de Panamá con objeto de atravesarle por tierra y apoderarse del pueblo de este nombre. Desembarcaron primero en Nombre de Dios, cuyas autoridades huyeron, dejando á los ingleses saquear la poblacion impunemente. Lo mismo hicieron en Portobelo, á donde pasaron en seguida. En su expedicion tierra á dentro no fueron tan felices. Subieron al Chagre muchas leguas, mas fueron tantos los obstáculos que encontraron en los habitantes abrigados con varios fuertes construidos en las dos ori-

llas, que desistieron de la empresa. Se apoderó de los buques ingleses una enfermedad contagiosa, de que fué víctima el mismo Sir Francisco Drake, marino sin duda muy aventajado y que dejó un nombre casi mas célebre entre nosotros que entre sus mismos compatriotas (1).

Sabedor Felipe II de esta expedicion de Drake, mandó que se aprestase en Sevilla una escuadra compuesta de veinte y un navíos mandada por don Bernardino Avellaneda. Se hizo éste pronto al mar en busca de la inglesa. Navegó hácia Cuba, y cerca de la isla de Pinos, que está muy próxima, se encontró con los restos de la expedicion de Drake, mandados por Sir Tomás Vakerville. Se trabó desde luego entre ambas escuadras un combate en que la victoria quedó por nuestra parte, habiendo sido dispersados los buques enemigos. Los ingleses dicen que se retiraron los de su nacion, habiendo quedado indecisa la victoria.

Otra expedicion se armó al año siguiente de 1597 en mayor escala. Concurrieron á ella holandeses, ingleses y franceses. Se componia la escuadra de nada menos que de noventa buques con veinte y tres mil hombres de desembarco.

Entraba en una gran parte de los gastos la reina inglesa: en otra tambien considerable el comercio de Lóndres, y en el resto varios de los jefes de la expedicion, segun era la práctica de aquellos tiempos. Mandaba la armada el mismo lord Howard de Effingham que habia tenido el mando de las fuerzas navales cuando la expedicion de la Invencible. Estaban las tropas del desembarco á cargo del conde de Essex, gran privado y favorito de la reina inglesa. Con estos dos personajes se embarcaron muchos jefes de distincion, y entre ellos el famoso

---

(1) Los historiadores españoles de la época le llaman el *Draque*, nombre objeto de terror para los niños desde entonces. Nada prueba tanto el daño que por mucho tiempo nos estuvo haciendo este hombre de mar, tan audaz como entendido.

Sir Walter Beleigh, que habia hecho la expedicion del Orinoco. Salió la expedicion el 13 de julio de aquel mismo año, y aunque eran varios sus objetos, apareció por los resultados ser el principal el atacar á Cádiz. Caminó la expedicion con viento próspero, y al llegar á la altura de Lisboa manifestó intencion de hacer un desembarco, mas estaban las autoridades del pais ya prevenidas. El almirante don Diego Brochero aguardaba á la boca del Tajo, protegido por los castillos de san Juan y de Cabeza Seca. Cruzaban arrimados á la costa una porcion de galeones portugueses, y del interior se aproximaban al litoral un gran número de tropas. Impuso esta actitud al almirante y general inglés, y pasaron de largo sin hacer amago alguno tomando el rumbo hácia el punto á que estaban destinados. Cuando doblaron el cabo de san Vicente llegaba á Sevilla la noticia de que una escuadra inglesa de noventa velas se acercaba á Cádiz.

Mandaba la provincia el duque de Medina-Sidonia, é inmediatamente encaminó hacia Cádiz todas las fuerzas disponibles. Salió para este punto del puerto de Santa María don Pedro Portocarrero, comandante de las fuerzas navales surtas en bahía, y la dispuso en actitud de aguardar al enemigo. Se componia su escuadra de diez y ocho galeras, ocho galeones y tres navios, fuerza muy poco adecuada á la de los contrarios que se aproximaban. Mientras tanto acudian á Cádiz desde Jerez trescientos hombres de á pié y trescientos de á caballo, con cuatro compañías mas, que se quedaron en el puerto de Santa María, donde se creyó que podrian hacer mas falta. Envió Sevilla seiscientos arcabuceros con el mismo duque de Medina-Sidonia á la cabeza.

Eran estas fuerzas, tanto de tierra como de mar, insuficientes para el objeto á que se destinaban. Mientras tanto llegaba la expedicion inglesa á su destino. Se aproximaron á la punta del castillo é isleta de San Sebastian, en cuyo paraje pensaba hacer el duque de Essex su desembarco. Mas ocurrieron obstáculos insuperables, y la escuadra

inglesa se internó por la bahía completamente victoriosa; pues don Pedro Portocarrero conociendo que la lucha era sumamente desigual arrimó cuanto pudo los navíos á la costa, y en seguida les pegó fuego para que no cayesen en manos de los enemigos. Procedieron éstos inmediatamente al desembarco que verificaron cerca de Puntales. Acudieron los nuestros á impedirlo, mas los ingleses demasiado superiores en número vencieron este obstáculo, y continuando su marcha forzaron con muy poco esfuerzo las líneas de los españoles. Penetraron sin resistencia en Cádiz, cuyos habitantes se retiraron, unos al castillo de San Felipe, y otros á la iglesia principal del pueblo. La ciudad fué puesta á saco por los ingleses; mas se perdonaron las vidas á los que estaban prisioneros, habiéndose ofrecido ciento veinte mil ducados por su rescate.

Mientras esto sucedia en Cádiz, acudian muchas tropas del interior á la reconquista de la plaza. Se creyeron los ingleses en la necesidad de evacuar un punto donde no podian de ningun modo sostenerse. Fué de distinta opinion el conde de Essex, ofreciendo que él solo le conservaria con quinientos hombres disponibles. Como no participaban de sus ilusiones los jefes de la armada, y en especialidad el almirante en jefe, se vió precisado el conde á ceder á su opinion, muy indignado contra los suyos, porque contentándose solo con un botin muy rico renunciaban á la gloria de conservar una conquista tan considerable.

Fué inmensa en efecto la pérdida de los españoles. En la cantidad de ciento treinta mil ducados se computó la de los buques incendiados. No se pagaron por la premura del tiempo los ciento veinte mil que se habian estipulado por el rescate de los prisioneros; mas los ingleses se llevaron en rehenes á los que les parecieron de mayor fortuna, á fin de que respondiesen por los otros.

Muy doloroso fué para Felipe II el desembarco en Cádiz, recordando sin duda los funestos resultados de la

expedicion de la *Invencible*. Sin embargo, en vez de desmayar mandó que se dispusiese á toda prisa una armada en los puertos del Ferrol y la Coruña. Fueron cumplidas sus órdenes con puntualidad, y el rey de España se vió acaso en vísperas de vengarse de sus enemigos. Estaba la expedicion destinada á Irlanda, donde tenia Felipe II muchas inteligencias con los católicos, entonces como ahora en mayoría en aquel reino. Ya hemos visto que en el Consejo de Felipe hubo quien opinase cuando la expedicion de la otra armada, porque se dirigiese á Irlanda en vez de Inglaterra, como operacion menos expuesta y mas seguros resultados. Felipe II trataba ahora de reparar aquel error, destinando á la Irlanda y no á la Inglaterra la segunda armada. La ocasion era crítica; la Irlanda estaba á la sazon en abierta insurreccion con Isabel, á quien no daba poco cuidado esta actitud de un pueblo tan feroz entonces. Mas era la estrella de Felipe II el ser desgraciado en todas sus empresas marítimas. Fué su segunda armada muy poco despues de la salida del puerto acometida por violentas tempestades que la destruyeron, habiendo perecido muchos buques, y vuelto otros al puerto enteramente destrozados.

Por una coincidencia singular, al mismo tiempo que ocurria esto sobre las costas de Galicia, se aprestaba en Plymouth otra escuadra inglesa, mandada por el mismo conde de Essex, á cuyo cargo iba tambien el gobierno de la escuadra. Sabedora la reina de Inglaterra del proyecto de la expedicion de la armada española sobre Irlanda, preparaba esta para caer sobre los puertos del Ferrol y de la Coruña. Las tempestades que dispersaron la española, produjeron en la inglesa el mismo efecto. La mayor parte de los buques se volvieron á Inglaterra. Mas el conde de Essex, muy deseoso en todas ocasiones de gloria, trató de probar fortuna con los que no habian sido averiados por la tempestad, y se dirigió acompañandole siempre Sir Walter Raleigh, con objeto de coger los galeones españoles que debian llegar por entonces de

las Indias. Como el viaje de estas embarcaciones era siempre periódico y por unos mismos parajes, se calculaban fácilmente los dias de su arribo ó su presentacion en ciertos mares. Tomó pues la escuadra inglesa el rumbo que indicamos, siendo su intencion apoderarse á viva fuerza de la isla de Fayal, para aguardar con mas comodidad que llegasen los galeones. Se separaron durante el camino Sir Walter Raleigh y el conde de Essex por uno de esos accidentes que son tan comunes en las expediciones marítimas. Llegó el último á la vista de Fayal mucho antes que el primero, y despues de haberle aguardado algunos dias, ó bien por no perder una coyuntura favorable, ó por llevarse solo la gloria de la empresa, desembarcó en la isla y se apoderó de ella despues de haberla dado á saco. Llegó poco despues el conde, y tal fué su irritacion al saber que Raleigh habia acometido la empresa sin aguardarle, que le puso preso, y trató hasta de despojarle de su empleo y pasar á mas rigores en castigo de su indisciplina; mas al fin se templó por ser de un natural propenso á la bondad aunque fogoso, ó porque se convenció de que no habia sido falta voluntaria en Raleigh aprovecharse de una coyuntura que se le ofrecia para hacer el desembarco.

Era de poca consideracion el haberse apoderado de una isla tan insignificante de las Terceras. El objeto principal á que se dirigia aquella ocupacion, es decir el de aguardar á su abrigo los galeones, cuya llegada estaba ya muy próxima, quedó frustrado. Como se supo la presencia de la escuadra inglesa, hubo medio de avisarlo á los galeones que tuvieron tiempo para abrigarse en el puerto de Angra. Cuando llegaron los ingleses ya era tarde; solo pudieron apresar tres buques, cuyo rico cargamento los indemnizó cumplidamente de los gastos de la empresa.

CAPITULO LXXVI.

Negociaciones entre Francia y España, por la mediacion del Papa.—Disgustos de la reina de Inglaterra y de la república de Holanda por los rumores de paz.—Embajada infructuosa.—Paz de Vervins.—Renuncia Felipe II la soberanía de los Paises-Bajos en favor de su hija Clara Eugenia, casada con el archiduque Alberto.

1598.

HABIA llegado la guerra en Francia y los Paises-Bajos al estado de todas las contiendas prolongadas en que al encarnecimiento sobreviene la fatiga, y á la impaciencia de conquista el desmayo del poco fruto que en ellas se consigue. Llevaba la ventaja en Francia el rey de España; mas las plazas de Calais, de Cambray, de Amiens y otras ganadas por el conde de Fuentes y el archiduque Alberto, eran de muy poco valor en comparacion de los inmensos sacrificios que costaban. El grande objeto de la hostilidad de Felipe II con Enrique IV estaba completamente ya frustrado. Era rey de hecho y de derecho: católico reconciliado con la Iglesia, absuelto por el Papa. ¿A qué fin prolongaria, pues, esta contienda? Estaba por otra parte el rey de España muy entrado en años. Se sentia achacoso y muy enfermo. No es extraño que en aquella situacion, cuando se disipan tantas ilusiones, viese las cosas con ojos distintos que durante el fuego de la edad, y quizá se arrepintiese de haber sacrificado tantos afanes y tesoros á la realizacion de una quimera. Debia desear la paz aunque no fuese mas que por lograr algun descanso en los últimos momentos de su vida. Su único hijo y sucesor era entonces muy jóven todavía, y probablemente no daban sus disposiciones

grandes esperanzas á Felipe II de que pudiese sostener el peso de tan vasta monarquía. Todo, pues, debia inclinarle á la paz, y las mismas disposiciones debian de ser las del rey de Francia, pues le era absolutamente indispensable en el estado de confusion en que se hallaban sus negocios, y sobre todo por lo exhausto de su hacienda. Repugnando, sin embargo, á cada uno de los dos monarcas dar los primeros pasos para venir á una negociacion, tomó á su cargo el Papa el ser el mediador; y por su influencia se juntaron en Vervins, en la provincia de Haynault, confinante con la Picardía, los plenipotenciarios de los dos monarcas á establecer los preliminares de una paz definitiva. Concurrieron por Francia los presidentes de Bellievre y de Sillerí; y Ricardo y Juan Bautista Tasis por España. Asistió el cardenal Alejandro de Médicis en calidad de legado del Pontífice.

Comenzaron las conferencias en febrero de 1598, mientras las hostilidades se hallaban como suspendidas. Al saber estos pasos la reina de Inglaterra y el príncipe Mauricio se llenaron de inquietudes y hasta de indignacion contra el rey de Francia, que estaba dispuesto á romper los vínculos de una alianza tan solemnemente contraida. Temia Isabel que el rey de España desembarazado de la guerra con Enrique, intentase nuevas hostilidades contra ella. Temian con mas razon los Estados generales que siguiendo la reina de Inglaterra el ejemplo que le daba Enrique IV, cayesen sobre ellos solos todas las fuerzas de tierra y mar que podria alistar contra ellos el rey de España ya desembarazado de otras guerras. Se movia la reina de Inglaterra mas por espíritu de rivalidad hácia Felipe II, que por otro cualquier sentimiento. Pero los peligros que temian los Estados generales, eran efectivos hasta el punto de comprometer realmente su existencia. Como habia comunicado Enrique IV á sus aliados su resolucion de hacer las paces con España, le envió Isabel por sus embajadores á Sir Roberto Cecil y Enrique Herbert, y los Estados generales á Justino de

Nassau y á Juan Barnevelt, encargados unos y otros de disuadirle de sus resoluciones. Le hicieron ver en efecto la feliz perspectiva que le presentaba la continuacion de la guerra con tan poderosos auxiliares, contra una potencia ya extenuada y en tantos puntos ya vencida; que si cuando Enrique tenia por conquistar la corona de Francia habia podido guerrear de igual á igual con Felipe II, muchas mas probabilidades tendria ahora de ventajas, dueño en su totalidad de un reino poderoso, donde encontraria miles y miles de soldados que volarian con placer á sus banderas; que la reina de Inglaterra y los Estados generales le auxiliarian gustosos con su dinero y sus navíos, y le reconquistarian sobre todo la plaza de Calais, que habia sido para él una gran pérdida; por último, que aunque le restituyesen á Felipe II las plazas que le habia tomado, mayores ventajas le resultarian si apelaba con mas vigor que nunca á la fuerza de las armas; que eran demasiados los agravios que habia recibido de este rey para cederle ahora, por la sola causa de que estaba tan debilitado.

Tenia el rey de Francia grandes miramientos que guardar con estos dos Estados que tan generosamente le habian auxiliado en sus conflictos; pero como la paz le era indispensable, no desistió de su propósito. Respondió, pues, con blandura á los embajadores: que estaba muy agradecido á la amistad é interés que sus aliados le manifestaban, y siempre reconoceria gustoso los favores insignes que le habian dispensado; que de muy buena gana continuaria la guerra; mas que sus circunstancias eran tales, que le obligaban á adoptar el plan contrario; que poco adelantaria el haber conquistado su reino con la espada, si no aplicaba con ardor los infinitos males y desórdenes que se habian introducido en la administracion con tan largas guerras intestinas: que su hacienda estaba exhausta, sin otros medios de repararla que los de una grande economía producida por la paz: que cuanto mas antes la hiciese con el rey católico, me-

nos gravoso seria á sus aliados: y por último, que cuando se habia unido á ellos para guerrear de concierto con el rey de España, nunca habia sido su intencion continuar la alianza cuando fuese contraria á sus propios intereses, sobretodo no utilizándose en ella los de sus amigos, y que cualesquiera que fuesen los tratados que ajustase con el rey de España, nunca se romperian sus lazos de amistad con los que consideraba como amigos verdaderos.

Tuvieron los embajadores que satisfacerse con esta respuesta, pues la resolucion del rey era invariable. En los mismos términos se espresó Enrique IV, en una embajada que envió á la reina de Inglaterra y á los Estados generales. Consintieron estos al fin en lo que no podian impedir, y no dieron muestra alguna pública de su desagrado.

Al fin, despues de muchos tropiezos y dificultades, en cuyo allanamiento trabajó con mucho celo el Papa, se firmó en abril de 1598, en el mismo pueblo de Vervins entre Felipe II y Enrique IV, el tratado de paz con el nombre de este pueblo conocido. Por él restituia Felipe á la Francia las plazas de Calais, Ardres, Doulens y todos los demas pueblos que habia tomado en Francia. Devolvia la Francia á España la plaza de Cambray; mas en su posesion estaban ya despues que la ganó el conde de Fuentes; ademas la plaza de Cambray y su territorio habia sido parte integrante de los Paises-Bajos. Así por tres ó cuatro plazas que restituia el rey de España se le daba una que ya estaba en su poder y que le pertenecia por herencia.

De este modo terminó el sueño que Felipe II, habia entretenido por tantos años de ser señor directa ó indirectamente de Francia, y purgar para siempre aquel pais del calvinismo.

Otro sueño del rey de España estaba próximo á su fin, á saber: el relativo á los Paises-Bajos. Llegó á cansarse de aquella contienda tan reñida, á convencerse acaso de que la separacion de las provincias del Norte era un he-

cho consumado, y que en las que se conservaban fieles jamás dejaria de ser su dominacion objeto de disgustos. Habiendo sido defraudada su esperanza de colocar en el trono de Francia á su hija Clara Eugenia, pensó en establecerla de un modo que la indemnizase de esta pérdida. El archiduque Alberto era objeto de su predileccion, y como aun no habia entrado en órdenes, aunque habia sido nombrado arzobispo de Toledo, resolvió casarle con su hija, dándola en dote la soberanía de las provincias españolas en los Paises-Bajos, transmisible á sus descendientes.

Así se desprendia el rey de España de una region que le habia costado tantos afanes, tantos tesoros, tanta sangre; un pais que era el principal floron de su corona, una mina abundante de recursos en tiempos de prosperidad, la que ofrecia mas ventajas pecuniarias á su padre Cárlos V. Mas las circunstancias eran otras. Estaba el rey cansado, se sentia muy viejo, muy quebrantado, muy próximo á la tumba.

Causó esta determinacion del rey divergencia en su Consejo. Algunos la desaprobaron como una desmembracion muy importante de los Estados de la monarquía; y sobre todo que no seria de utilidad, pues en la guerra del archiduque Alberto contra las provincias del Norte, tendria el rey que socorrerle lo mismo que cuando era gobernador general á nombre suyo. Decian otros en contrario, que con esta cesion se veria libre el monarca de un cuidado grave; que los Estados, enemigos de su dominacion, quedarian por su parte mas tranquilos: que era mas fácil el arreglo entre las provincias del Norte y el archiduque Alberto, que si el rey sonase como soberano: que en cualquier convenio que se hiciese entre ambos Estados no sufriria nada la dignidad del rey de España; por último, no debia dejar á su sucesor el legado de una guerra, al parecer interminable.

Prevaleció esta última opinion, y en mayo del mismo año de 1598 se firmó el acto, en que manifestando

el rey su resolucion de unir al archiduque Alberto con su hija mayor la infanta doña Isabel Clara Eugenia, cedia y otorgaba á favor de ella la soberanía de los Paises-Bajos, y el condado de Borgoña, para que le disfrutase en compañía de su futuro esposo, y le trasmitiese á sus hijos ó hijas, segun las reglas de sucesion establecidas.

Se estipulaba ademas que si la sucesion recaia en hembra, se deberia ésta casar con el rey de España ó su heredero, y que ningun príncipe ó princesa hija de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, se podria casar sin el beneplácito del rey de España. Era tambien uno de los términos de este tratado que el archiduque y sus sucesores se comprometerian á impedir á sus súbditos el tráfico ó comercio de las Indias, y sobre todo que no permitirian en sus Estados el ejercicio de otra religion que la católica. En caso de que la infanta muriese sin sucesion, volverian los Estados á la corona de España, debiendo verificarse lo mismo en caso de que los nuevos soberanos infringiesen cualquiera de los artículos estipulados.

Con la otorgacion de este acto quedó Felipe II voluntariamente desposeido del señorío de los Paises-Bajos. En esta region se recibió con mucho agrado la noticia de que ya no estaban sujetos á la dominacion del rey de España; tan impopular habia sido este monarca, hasta objeto de odio en casi todas sus provincias. El archiduque Alberto habia sabido conciliarse su aficion, y en su gobierno concebian todos grandes esperanzas. Las provincias confederadas por su parte, aunque miraron con suspicacia este acto de cesion, como todo cuanto emanaba del gobierno de su antiguo dueño, consideraron al fin el asunto bajo el agradable aspecto que este cambio de cosas presentaba.

CAPITULO LXXVII.

Dolorosa y última enfermedad de Felipe II.—Muerte del monarca.—Su carácter.—Consideraciones sobre su reinado.—Estado de las principales naciones de Europa á su fallecimiento (1).

1598.

Se acercaba ya el término del largo reinado que escribimos. Habia entrado el rey en los setenta y dos años de su edad, ya muy quebrantado de salud y en vísperas de la dolorosa enfermedad que le llevó al sepulcro. A pesar de su templanza en comida y en bebida, vivió los últimos años muy atormentado, sobre todo de la gota, que se podia llamar enfermedad hereditaria. No podia andar sino apoyado á una especie de muleta: todavía se vé en su gabinete del Escorial una silla baja, especie de banquillo, en que acostumbraba colocar su pierna. Andando el tiempo, comenzaron á hinchársele los piés y hasta el estómago, de modo que no podia andar mas que en silla. Por el mes de junio de 1598, hizo su último viaje al Escorial, y á pocos dias despues fué atacado de la enfermedad que le postró definitivamente en cama. Padecia una calentura ardiente que le iba consumiendo poco á poco hasta dejarle en puros huesos. Llegó la acritud de sus humores á ser tal, que se le formaron llagas en los dedos de la mano derecha, y en el dedo grande del pié izquierdo: ademas se le declaró un tumor, como una especie de apostema en el muslo dere-

(1) Los pormenores de la última enfermedad de Felipe II están tomados de la historia de la órden de San Gerónimo del P. Sigüenza en la parte 3.ª relativa á la fundacion del Escorial. Los que consignan Leti y otros se reducen á lo mismo con corta diferencia.

cho, cuyos dolores eran tan intensos que le hacian permanecer inmóvil en la cama. Fué admirable su paciencia; y él que habia desplegado durante toda su vida una constante igualdad de ánimo, tanto en la adversa como en la próspera fortuna, no se desmintió ni un instante durante aquellos dias tan de prueba. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de esta situacion tan dolorosa; considerada por algunos como un gran favor divino para acrisolar las virtudes de este príncipe; tal vez por otros como castigo de sus iniquidades. No llevamos nosotros tan lejos nuestra vista. Eran frecuentes los actos de devocion á que se consagró durante toda aquella larga enfermedad, sin que se le oyesen mas quejas que repetir algunas veces las palabras: «*Pater, si possibile est, etc., non mea sed tua voluntas fiat.*» El tumor del muslo se siguió de tal modo que los facultativos no pudieron resolverle. Fué preciso apelar al auxilio del hierro y proceder á una operacion que el mismo Juan Vergara, su ejecutor, graduó de sumamente peligrosa. Se preparó el rey con los sacramentos antes que tuviese efecto. En el acto de verificarla hizo que su confesor Fray Diego de Yepes le leyese la pasion de san Mateo, y al llegar á la oracion del *Huerto* le mandó detenerse, repitiendo él las mismas palabras que se hallan en el texto. Se hizo con toda felicidad la operacion, y concluida, mandó el rey á los circunstantes se arrodillasen en accion de gracias. Se le aliviaron los grandes dolores por aquel momento; mas volvieron tan vivos, tanto en dicha parte como en los brazos y en las piernas, que apenas podia sufrir que le curasen. Permanecia de espaldas sin poder moverse, sin dar medio de que le pudiesen mudar las ropas de su cama. La calentura no le dejaba ni un momento, algunas veces le tenia sin sueño por dos y tres dias; otras veces le producia un letargo que algunos creian precursor de muerte. Mientras tanto continuaba casi inmóvil, sin quejarse, indicando que solo sentia algun alivio en el ejercicio de los actos piadosos á que se

entregaba. Hizo su confesion general por escrito, operacion que duró cerca de tres dias. Como daba su cama al mismo altar mayor de la iglesia, asistia á misa con muchísima frecuencia. Dos dias antes de la operacion del muslo hizo que el confesor fray Diego de Yepes le trajese en procesion las reliquias de que era mas devoto, y que le echase cada uno una plática en el momento de pasar por delante de su cama. Así lo hicieron, dando á la ceremonia la mayor solemnidad posible. Adoró el rey las reliquias, y mandó que le aplicasen algunas á la parte dolorida. Y tal era la devocion y fé que manifestaba tener en ellas, que el P. fray Martin de Villanueva encargado de su custodia hizo formar delante de su cama una especie de altar de las que eran objeto de mas predileccion, y se las daba á besar al rey muy á menudo. En una ocasion solemne en que se practicó esta ceremonia, cuando el P. Villanueva creia que se las habia dado á besar todas: Padre, dijo el rey, se os ha olvidado una, que designó con su propio nombre, descuido que remedió el religioso presentándosela. Para despertarle de las modorras que parecian peligrosas apelaba la infanta, que estaba muchas veces á su lado, al remedio eficaz de decir en alta voz: »no me toqueis á estas reliquias; con lo que despertaba el rey en sobresalto. Para que en cualquiera postura que le hacian tomar en la cama pudiese ver alguna cosa devota, mandó colocar en todas las paredes crucifijos é imágenes. A cada momento se hacia rociar la cama con agua bendita, y tocar las partes doloridas con un pedacito de *Lignum-Crucis*, reliquia que tenia en grande estima.

Mandó distribuir por aquellos dias muchísimas limosnas, y envió presentes cuantiosos á muchos monasterios. Cuando conoció que se le agravaba el mal, mandó llamar al nuncio, y llegado á su presencia, le pidió que le echase una exhortacion y le absolviese de sus culpas en nombre del Pontífice. Así lo hizo el enviado de Su Santidad, enviando en seguida un correo á Italia, su-

plicando al Papa tuviese á bien confirmar la absolucion que acababa de dar en nombre suyo.

Despues de haber recibido el rey el Viático en dos distintas ocasiones, se preparó para la Extrema-uncion el primero de setiembre, habiendo deseado que asistiesen al acto el arzobispo de Toledo, su confesor, el del príncipe y el de la infanta, y el prior del monasterio. Para que no se omitiese ninguna ceremonia, hizo que se le llevase el manual para que sirviese de guia en la materia. Antes de pasar á la administracion del Sacramento, le leyeron al rey una larga exhortacion dirigida á los pacientes, y como se le hiciese la observacion, que habiéndola oido ya, no era necesario que la repitiesen, respondió el rey: bien será que la digan por segunda vez, porque la exhortacion es excelente. Concluida la ceremonia, mandó el rey despejar la sala, y quedándose á solas con el príncipe, permaneció con él dos horas, dándole sus últimos consejos.

Entre la administracion de la Extrema-uncion y la muerte del monarca, mediaron trece dias, circunstancia un poco extraordinaria. Volvió á comulgar el rey otras dos veces, y no cesó un punto en el ejercicio de sus devociones. Entró en pormenores sobre sus exéquias; mandó que abriesen el nicho donde se hallaba el cadáver del emperador para que viesen de qué modo estaba amortajado. Añadió algunas disposiciones á su testamento, manifestando un juicio tan cabal como en sus mejores dias.

Habia algunos años que habia el rey entregado á uno de los gentiles-hombres de su cámara un cajoncito cerrado, diciéndole; «tendrás cuidado de dármele cuando te le pida. «Cuatro dias antes de morir, le dijo, «dame aquella caja que te hé entregado en otro tiempo.» Abierta la caja se encontraron en ella un Crucifijo de metal, dos disciplinas, una de ellas muy gastada, y unas velas benditas en el monasterio de Monserrate. «Con este Crucifijo en sus manos, dijo el rey, murió mi padre; que me le coloquen en frente, en la parte interior de las

cortinas de la cama. Con estas disciplinas, se azotó en el coro del monasterio de San Yuste en compañía de aquellos religiosos: guárdese como reliquia.» Y llamando en seguida a don Fernando de Toledo, le entregó las velas encargándole que le diese una encendida cuando la pidiese.

El dia anterior de su muerte se despidió de sus dos hijos, echándoles su bendicion, y dijo á don Felipe. «Aquel Crucifijo que teneis en frente le tuvo en sus manos mi padre al espirar: espero en Dios que tambien esté en las mias en mis últimos momentos. Conservadle y adoradle como la reliquia mas preciosa.»

Cuando conoció que se acercaba la hora de su muerte, mandó á llamar al arzobispo, á su confesor, á los de los dos príncipes y al prior del monasterio. El prelado le echó una plática, y el rey hizo una nueva profesion de fé, pidiendo perdon de sus pecados. Despues le leyeron la pasion de san Juan, y en seguida los Salmos penitenciales. Preparado don Fernando de Toledo con la vela encendida aguardaba que el rey se la pidiese, mas él que lo observó, le dijo: «aún no es tiempo.» Sucedia esto á media noche. Despues de algunos momentos de letargo pidió el rey á las tres de la mañana la vela y el Crucifijo que se hallaba en frente. Ocupadas con ambos objetos las dos manos, repitió las exhortaciones que le hacian los que le auxiliaban en aquellos últimos momentos, y sin perder el sentido ni la razon, espiró tranquilamente á las cinco de la mañana del domingo 13 de setiembre de 1598, en el momento que los niños de coro del monasterio entonaban los cantos de la misa de alba.

Inmediatamente comenzaron á decirse misas de *Requiem* en la iglesia. El cadáver, despues de trasladado á su ataud, fué llevado en procesion á la sacristía, donde permaneció de cuerpo presente durante dos dias que precedieron á los funerales. Se celebraron las exequias con toda la pompa y magnificencia que puede concebirse. El nuevo rey Felipe III permaneció durante la ceremonia detras del túmulo, colocado en medio de la iglesia. Con-

cluidas las exequias se trasladó al cadáver al mismo sitio donde se hallaban los restos de su padre, pues el magnífico panteon actual es de fecha mucho mas moderna.

Así terminó casi con el siglo XVI la existencia del personaje que hizo el principal papel en su última mitad, habiendo cabido á su padre en la primera igual fortuna. Si lo que hemos dicho en la sucinta relacion de su reinado no es bastante para formar una idea del carácter y demás cualidades de hombre público que distinguieron á este príncipe, seria en vano aspirar ahora á completar un retrato tan importante entonces, y tan interesante hoy para los que se dedican á conocer la historia de los hombres. Pocos fueron mas mal juzgados en su tiempo; pocos son en el dia por la generalidad mas imperfectamente conocidos. En ninguno se marcó mas el sello de parcialidad, ora nacional, ora política, ora de secta religiosa. Es una observacion particular que estas pinturas tan diversas, que estas alabanzas por un lado y acriminaciones por el otro, proceden de los mismos hechos en que convienen todos. Sobre los grandes acontecimientos que entran en el cuadro de este gran reinado, hay muy poca variacion; en las consecuencias consiste la grande divergencia. Cuando Felipe II, por ejemplo, á su vuelta de los Paises-Bajos, pidió en Valladolid la celebracion de un auto de fé, en que se hicieron los terribles castigos que caracterizaban estas ceremonias llamadas religiosas; cuando dijo á don Cárlos Sesé que si su hijo fuese herege llevaria él mismo la leña de su hoguera, ningun historiador trató de ocultar ni disfrazar siquiera una accion que tanto servia á su propósito. ¿Cómo habian de omitir los nacionales y los que no siéndolo se preciaban de católicos celosos, la relacion de un hecho en que resaltaba la religiosidad del rey y su celo ardiente por la pureza de la fé? ¿Cómo perderian los protestantes enemigos de Felipe II esta ocasion de hacer ver hasta dónde

llegaba su fanatismo, su crueldad é intolerancia religiosa? Igual observacion podremos hacer sobre otros rasgos de su vida y acontecimientos importantes de su reinado, en que hay la misma conformidad en la relacion, y la misma diferencia en las observaciones á que dan orígen. En sus guerras de Flandes, en sus alianzas con la santa Liga de Francia, en sus disensiones con la reina inglesa, en la expedicion de la *Invencible*, en su proscripcion del príncipe de Orange, en su terrible empeño de privar á Enrique IV del trono de la Francia, todos dicen sobre poco mas ó menos unas mismas cosas, con el distinto colorido de la parcialidad, de la pasion, de los diferentes principios religiosos y políticos. Solo en el asunto del príncipe don Cárlos, del asesinato de Escobedo, guardan los historiadores de aquel tiempo, y aun los sucesivos, una reserva y una especie de obscuridad que manifiestan bien, ó que no pudieron decir la verdad, ó que tuvieron por peligroso exponerla con franqueza. En el dia, que deben estar muy apagadas estas pasiones y estos odios, en que los hombres imparciales buscan la verdad prescindiendo de preocupaciones, entonces dominantes, no se puede menos de pronunciar que en el retrato de Felipe II hay partes que le engrandecen y dan lustre, y otras que le afean muy notablemente. Fueron muchos de sus errores, de sus faltas, fruto sin duda de la época en que reinaba; mas hay otros que tenian raiz en su carácter personal ó en su temperamento. Como casi todos los personajes distinguidos de su siglo, fué tenaz en sus creencias, intolerante con las contrarias, perseguidor de los enemigos de su Iglesia, celoso por la estirpacion de lo que se llamaban heregías; mas se debió á su carácter sombrío, á su poca indulgencia natural, á la severidad que distinguia sus acciones, aquella tenacidad, aquella energía, aquel encono en promover las medidas favoritas que creia indispensables para dar cumplimiento á sus proyectos. Dominante se hallaba cuando subió al trono el principio de la supremacía de los reyes, mas ninguno llevó tan ade-

lante estas altas pretensiones, ni redujo á un sistema tan completo la servidumbre política del pueblo. Unidad de rey, unidad de dogma, fueron sus dos principios favoritos, á cuyo desarrollo consagró toda su existencia. Comenzó á mandar á los españoles cuando estaban ya muy amoldados al despotismo de sus reyes. Durante su dominacion, se fueron acostumbrando poco á poco á considerar las magestades divina y humana casi de una misma especie, con la sola diferencia de ser la una delegada y emanada de la otra. Fué extrema la dureza con que Felipe II sostuvo estos principios, y terribles los medios con que los hizo triunfar en momentos de conflicto. No tenia este monarca prendas para ser amado; de casi todos fué odiado ó temido; de algunos estimado y sinceramente respetado. Que fué severo, cruel y vengativo, lo dicen hechos autorizados por todos los historiadores; es inútil que sus panegiristas se esfuercen en borrar las atrocidades que se hallan en algunas páginas de su reinado. Prescindiendo de estas consideraciones y de todo cuanto se rozaba con sus ideas políticas, con su intolerancia religiosa, la justicia obliga á decir que Felipe II desplegó durante su administracion grandes prendas de monarca. Fué amante del órden, favorecedor de la justicia, recompensador del mérito y propenso á estimular á los que podian ser de utilidad á su servicio. Fomentó con celo y con grandes rasgos de munificencia cuanto podia en su opinion promover los intereses públicos. Naturalmente desconfiado y suspicaz, miró siempre con inquietud y con recelo á todos los altos funcionarios que por delegacion ejercian su autoridad en sus dominios fuera de España; mas sabia por otra parte premiarlos con magnificencia, y templar con expresiones de amistad lo que podian tener de duro en otras circunstancias sus advertencias ó amonestaciones. Es un hecho que en su largo reinado no echó mano para ningun alto cargo de hombres sin prendas, poco mas ó menos relevantes. Ninguno de sus gobernadores en Flandes ó en Italia, ninguno de sus generales

de tierra y mar, de sus secretarios de Estado, de sus embajadores, hasta de los arzobispos y obispos y otras personas de su nombramiento para el alto clero, dejó de ser persona de algun mérito. Conocia los hombres y las cosas por la sagacidad y penetracion que le eran tan geniales, por la gran experiencia que habia adquirido de gobernar desde sus primeros años. Era rey de hecho como en el nombre. Era jefe de su vasta monarquía en toda la extension de la palabra, y bajo esta consideracion, el último que tuvimos en España. Dirigia en persona todos los negocios de tantos Estados, la correspondencia con todos sus altos funcionarios y embajadores; sobre todo, cuando estaban encargados de asuntos importantes. En pocas de las cartas que escribian sus secretarios á su nombre, dejaba de poner alguna cosa de su puño, y algunas veces eran estas posdatas de mayor extension y de diverso sentido que las mismas cartas. Con esto se dá una idea bastante exacta de su laboriosidad, de su facilidad en el despacho de negocios, de su atencion suma á todos los ramos que componian la administracion de sus Estados. Era de poco brillo aparente su persona, de poca elocuencia su palabra; mas sabia con su oportunidad, con su misma brevedad, con el aire autorizado que daba á su expresion con el carácter de severidad, en ningunas circunstancias desmentido, infundir un respeto, una veneracion, una ciega deferencia á sus voluntades, que muy pocos monarcas alcanzaron. Es opinion recibida que si excedió á su padre en laboriosidad y aplicacion á los negocios, no le igualó en capacidad, en penetracion, en el conocimiento de los hombres, en el tacto y sagacidad con que sabia podia poner en juego lo que favorecia su política. Le era sin duda muy inferior en todos aquellos dotes exteriores que concilian la benevolencia y atraen la popularidad en medio de las formas severas con que los monarcas se revisten. En la parte militar, no se puede establecer, no cabe siquiera un paralelo entre el padre que se deleitaba en aparecer con arreo y pompa militar al

frente de las tropas que llevaba al enemigo, y el hijo, cuya espada vírgen contribuyó tanto á deslustrarle en aquella época marcial en que todos se preciaban de brillar en la carrera de las armas. Es singularidad que un monarca empeñado casi toda su vida en guerras importantes, no se hubiese presentado mas que dos veces á las tropas; la primera, despues de la batalla de San Quintin, de cuyo teatro estaba distante cuatro leguas durante la refriega; la segunda en Badajoz, donde se contentó con ver desfilar al ejército que bajo las órdenes del duque de Alba iba á conquistarle un reino. Por lo demas se debe creer que esta misma repugnancia en salir de España y su persuasion de que desde el Escorial podia ver y dirigir muy bien los asuntos de la Europa, contribuyó á sus desaciertos en política, porque desaciertos grandes cometió este rey por mucho que se alabe su prudencia. Si hubiese ido á Flandes cuando tantas veces se lo aconsejaban, tal vez hubiese visto por sus propios ojos que necesitaba adoptar otra conducta mas en consonancia con sus propios intereses, sin que fuese necesario que sus panegiristas le atribuyesen el dicho poco discreto á la verdad: mas quiero no tener vasallos que tenerlos hereges. Se puede creer que no estaba bastante bien enterado de la situacion política de Francia, donde empleó tantas intrigas, tanta diplomácia, y sobre todo tan inmensas sumas, todo sin provecho. Tambien estaba sin duda ofuscado sobre el verdadero estado de los negocios en Inglaterra, cuya conquista le pareció tan fácil. En la expedicion de la *Invencible* reinó muy poco tino, tanto por el punto donde se aprestó este armamento formidable como por la clase de los buques que se construyeron. En no pocas ocasiones hizo ver, sobre todo en Flandes, que era irresoluto; que por sobra de desconfianza variaba de planes á menudo, y que por falta de oportunidad malograba ocasiones importantes. ¿Qué resultados produjeron tantas guerras, tanta sangre derramada, tantos tesoros prodigados, para llevar á fin las concepciones políticas del rey de España? Quedaron los Paises-Bajos

independientes de su cetro. Quedó la Francia bajo la dominacion de un rey amigo y protector celoso de los protestantes: quedó la Inglaterra mas próspera que nunca, y con todos los títulos de llamarse victoriosa: quedó sobre todo la España exhausta de recursos y dinero, obligada la Hacienda pública á echar mano de expedientes que contribuian á su total ruina. Se dice que comenzó la decadencia de España en el reinado de los sucesores de Felipe II. Mas es un hecho que ya era esta potencia un gigante medio postrado en los últimos suspiros del monarca. Lo que dejó en España de mas real y positivo fué el sello de su carácter dominante; fué la consolidacion del sistema despótico, ensayado por sus predecesores; fué el principio divino de los reyes y el dogma político de que eran dueños de haciendas y vidas, como se vió en tantos casos lamentables; fué la postracion parcial del pensamiento; fué la preponderancia del brazo eclesiástico, la autoridad dictatorial del santo Oficio. Y si con estos gigantes de poder se hallaba todavía en el caso de hombrear y hasta ser el amo un hombre de su temple, no quedaba á sus imbéciles sucesores mas recurso que el de acogerse á su tutela.

A la muerte de Felipe II gozaba España de profunda paz, pues aunque continuaba su contienda con Inglaterra, habia terminado el rigor de las hostilidades. Seguia Mauricio en guerra con las otras provincias de los Paises-Bajos de la dominacion de España; mas como estas estaban ya en posesion del Archiduque Alberto, era para nosotros una guerra extraña. Trabajaba en Francia Enrique IV por curar las llagas que una guerra civil de mas de treinta años no podia menos de haber hecho en el cuerpo de Estado, por mantener las relaciones de buena amistad entre los católicos y los calvinistas, á quienes por un edicto expedido en Nantes se les habia concedido

completa tolerancia é igualdad en el goce de todos los derechos políticos de los del culto dominante.

En Inglaterra se acercaba ya al fin de sus dias la famosa reina que habia sabido dar tanto lustre á su reinado. Gozaba el pais de la mas profunda paz, y veia desarrollarse los elementos de grandeza y prosperidad de que era Isabel la fundadora. Gozaba esta princesa el fruto de su acertada administracion, y del buen sentido y tacto con que habia sabido escoger sus consejeros y ministros. Escocia estaba tranquila; su rey Jacobo VI, hijo de María Estuarda, heredero de Isabel, guardaba la mejor armonía con esta reina, aguardando el momento de sentarse en el trono de la Gran Bretaña, como lo hizo en efecto con el nombre de Jacobo I en 1603, que fué el fallecimiento de la reina.

La Alemania permanecia tranquila durante la segunda mitad del XVI, sin mas movimientos que los causados por las guerras con los turcos. Desde el tratado de Passau, ajustado por Cárlos V, vivian en paz las dos religiones y no trataban de inquietarse mútuamente los príncipes que pertenecian á las dos Iglesias. El emperador Fernando I, hermano y sucesor de Cárlos V, testigo de las turbulencias acaecidas durante el imperio de su antecesor, se aplicó á calmar los ánimos, á disipar cualquiera inquietud que se pudiese concebir sobre la observancia fiel del tratado referido, y murió en 1564 dejando tranquilo el pais, que hizo justicia á sus rectos procederes é intenciones. La misma conducta observó Maximiliano II, primo hermano de Felipe. Ya hemos visto que deseoso este príncipe de poner término á las revueltas de los Paises-Bajos y á las calamidades que hacia sufrir el destemplado rigor del duque de Alba, envió una solemne embajada á Madrid, á cuya cabeza figuraba su mismo hermano el archiduque Cárlos, con objeto de hacer entrar al rey en mas moderados sentimientos. Fué en 1578 su sucesor su hijo Rodulfo II, que se habia como educado en España al lado de su tio, príncipe pacífico, muy dado á las ciencias ma-

temáticas, protector de los sábios, como lo acreditan las tablas Rudolfinas que compuso Kepler en honra de su nombre. Como monarca, fué indolente, enemigo de los negocios, el menos á propósito para jefe del imperio en aquellas circunstancias. Su hermano Matías, á quien hemos visto gobernante en los Paises Bajos, le arrancó en vida los reinos de Bohemia y de Hungría, y tampoco se mostró de mucha mas capacidad, cuando ocupó el trono imperial á principios del siglo XVII. La Alemania estaba en guerra con los turcos al terminarse el anterior, y tocaba la época en que una intestina, conocida con el nombre de Treinta Años iba á convertirla en un teatro de devastaciones y de ruinas.

Continuaba Italia con sus intrigas políticas entre los diferentes príncipes que se la dividian entonces, sin presentar ninguno de los grandes acontecimientos con que la historia se alimenta. Lo mejor de esta region lo poseia el rey de España. Los duques de Florencia mejorados de títulos con el de grandes duques de Toscana, continuaban consolidando su poder agrandando su territorio sobre Pisa y Sena. En Parma reinaban los Farnesios tan unidos con el rey de España; pues Alejandro, por haber heredado á su padre Octavio, y colocádose en un rango soberano, no dejó de ser general del rey Felipe. Continuaba Venecia en la decadencia, que habia comenzado para ella desde principios de aquel siglo. En Génova seguian inalterables siempre los vínculos de adhesion y de obsequio al rey de España.

En cuanto á los papas de la mitad de aquel siglo vivieron en los términos de la mejor inteligencia con el rey Felipe II, si prescindimos la corta contienda que se encendió entre éste y Paulo IV, el último pontífice guerrero de aquel siglo, exceptuando á Pio V, que entró en liga con Venecia y España contra el turco. Fué éste último pontífice un hombre distinguido: igual consideracion mereció su sucesor Gregorio XIII, quien tuvo ademas la gloria de dar su nombre á una famosa correccion

que se hizo de su órden en el calendario, y de que hablaremos á su tiempo. Un puesto mas elevado en la historia se hizo su sucesor Sixto V, por su capacidad, por el rigor inflexible con que purgó los Estados romanos de bandidos, por su celo en descubrir y reparar monumentos de la antigüedad, y por el rico tesoro que dejó en las arcas de san Pedro.—Fueron sus sucesores Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX, que entre los tres ocuparon el pontificado desde 1590 hasta 1593.—Al espirar el siglo reinaba Clemente VIII, sucesor del último. Fué quien dió la absolucion á Enrique IV, y mediador en la paz ajustada por este monarca con la España. Casi todos estos Papas fueron hechura de Felipe II y auxiliadores de sus planes cuando las guerras civiles de la Francia.

Reinaba en Suecia Cárlos IX, hijo de Gustavo Vasa, que merece el título de fundador por ser el primero de su familia que ocupó aquel trono, y por las reformas que hizo en su constitucion civil y religiosa. Tuvo Gustavo la gloria de que otro hijo suyo se sentase en el trono de Polonia cuando quedó vacante por la muerte de Juan Bator, que habia sucedido á Enrique III, rey de Francia. A la sazon se criaba en la córte de Suecia un niño, hijo de Cárlos IX, que con el nombre de Gustavo Adolfo, debia adquirir con el tiempo mas gloria personal, y hacer un papel en la Europa muy superior al de su abuelo.

El imperio de la Rusia no era conocido entonces. Los grandes duques de Rusia ó Moscovia hacian poquísimo papel, sobre todo en el occidente de la Europa.

En Turquía reinaba Mahoma III, hijo de Amurates III, sucesor de Selim II, varias veces citado en esta historia. No fué corto el reinado de Amurates, pues duró desde 1574 á 1595. Con los príncipes de Europa tuvo este sultan muy pocas relaciones. En una guerra de corta duracion con Hungría, tomó la plaza de Raab, y sufrió en la segunda una derrota por las tropas de Rodulfo. La que hizo Mahoma III á esta última potencia fué mucho mas sangrienta. Entró en persona á la cabeza de doscientos

mil hombres en Hungría, y habiendo tomado á Agran por capitulacion, hizo pasar á cuchillo la guarnicion cuando salia de la plaza. Despues fué derrotado por Maximiliano, hermano de Rodulfo. Todavia duraba esta guerra cuando dejó de existir el rey de España. El imperio Otomano tocaba ya á su decadencia. Con la muerte de Soliman I y de Selim II, se habia comenzado á oscurecer aquel astro fatal que amenazaba destruir la Europa entera.

El Portugal habia dejado de ser reino; y los diez y ocho años que llevaba de obediencia al rey de España, no le habian acostumbrado, ni hecho resignarse aún á la suerte de ser una especie de provincia de la corona de Castilla. Cada vez sufria con mas impaciencia el yugo extraño, y si la conducta de Felipe II contribuyó poco á que se les hiciese llevadero, peor fué el efecto de la observada por sus sucesores.

CAPITULOS SUPLEMENTARIOS

ó

APENDICES A LA HISTORIA

DE FELIPE II.

ADVERTENCIA.

El cuadro que acabamos de trazar de un reinado tan célebre bajo mil aspectos, no es de grandes dimensiones; mas hemos tenido gran cuidado de no dejar fuera de él ninguna de las figuras que pudiesen hacerle interesante. En él se hallan todos los asuntos políticos y religiosos, todas las negociaciones, todas las guerras, todos los hechos de armas dignos de alguna nombradía, todos los hombres grandes que hicieron un papel distinguido en este drama. Como habrá visto el lector, no ha sido nuestro solo objeto circunscribirnos á la historia de un rey solo. Tal vez hemos preferido este monarca, por la razon de que habiendo tenido relaciones mas ó menos inmediatas con los principales acontecimientos de la Europa de su tiempo nos veiamos en la necesidad, y hasta en el deber, de trazar un bosquejo de lo que fué esta parte del mundo en el siglo XVI, que merece de todo publicista un estudio tan profundo. Para referir los grandes acontecimientos de tan larga época no nos ha sido necesario fatigarnos mucho en revolver archivos, desenterrar documentos que yacen en el seno del olvido, ni apelar á otros medios de investigacion con que se hacen salir á luz verdades escondidas. Los historiadores de la época y los que sucesivamente se ocuparon en el mismo asunto, nos dejaron suficientes materiales para llevar á cabo nuestra empresa. Los historiadores no inventan, compilan, dis-

ponen y ordenan á su modo los hechos que hallan consignados en otras historias ó documentos de igual clase, consistiendo la diferencia entre las varias producciones de este género, en el modo de presentarlos en la mayor ó menor exactitud con que se exponen, en la mayor claridad con que se relatan, en el método con que se encadenan, en el mas ó menos tino con que se les dá una relativa preferencia, en las formas con que se revisten, y sobre todo en las diversas consecuencias que de ellos se deducen. Es una observacion muy fácil para cualesquiera que hagan de la historia un asunto de estudio ó pasatiempo, que cuantos sucesos excitan principalmente la curiosidad ó pueden considerarse como una gran leccion, son iguales con poca diferencia en la pluma de todos los historiadores. Aplíquese esta observacion á los antiguos como á los modernos, á los de cualquiera nacion, es decir, de aquellas cuya historia es conocida, y se verá que es muy exacta con muy pocas excepciones. Contrayéndonos á nuestro caso, podemos decir que todos cuantos contribuyen á formar una idea de la época cuya historia referimos, se hallan consignados con mas ó menos extension en todos los autores contemporáneos que hemos consultado. El fondo es el mismo, la diferencia no puede consistir mas que en los accidentes ó accesorios que tienen por precision que ser distintos segun las ideas, el talento, el gusto, la manera del historiador, y tambien su partido, de principios, de nacion ó de secta. El lector imparcial que conoce un poco el corazon humano, sabe combinar estos diferentes coloridos para formar un juicio exacto de las cosas y los hombres, colocándolos en el sitio que les corresponde. Poco importa que en la enumeracion de los ejércitos que combaten de una y otra parte se noten diferencias sensibles en el relato de unos y otros. Tampoco es muy esencial que varien en la descripcion de las batallas, que se desfiguren mas ó menos las victorias y las pérdidas; si el resultado definitivo, si la adquisicion

ó pérdida de puntos importantes, si los progresos definitivos de los unos y las retiradas de los otros ponen en claro de qué parte estuvo el vencimiento. Y si de la descripcion de una batalla, se pasa al todo de una campaña ó de una guerra, su fin nos dirá con claridad cuál fué la que peleó mejor, la que desplegó mas arte ó alcanzó acaso mas fortuna en las combinaciones de este juego peligroso. Las que hizo Felipe II tuvieron siempre algun definitivo resultado; vencieron ó fueron derrotados sus diferentes capitanes; tomaron ó perdieron plazas; adquirieron pais ó le dejaron en manos de sus enemigos; la guerra produjo paz; la paz se ajustó por medio de tratados, de capitulaciones explícitas y terminantes. ¿Quién puede formar la menor duda acerca de todos estos hechos sustanciales tan evidentemente ciertos, como que están consignados en la pluma de todos los historiadores? Si de Flandes pasamos á Italia, de Italia á las costas de Africa, de aquí á Francia, en seguida á Portugal, á Inglaterra y á otros puntos, cuya historia está enlazada con la del reinado que escribimos, hallaremos la misma conformidad en los hechos principales, siempre con la misma variedad en las circunstancias que los acompañan. Lo mismo veremos en las personas que en las cosas. Recorramos uno á uno los hombres de mas bulto en aquella larga época, y veremos rasgos que ninguno de aquellos grandes que los han dado á conocer, han sido omitidos por los historiadores. ¿Qué importa que Guillermo de Orange, por ejemplo, haya sido acusado por unos de rebelde, de ingrato, de enemigo de la fé católica, y llevado por otros hasta las nubes, como un hombre grande, patriota, celoso por la verdadera religion de todos sus contemporáneos, si nos quedan hechos suyos, de ninguno disputados, si estos hechos dan testimonio de su saber y habilidad, si en el reino actual de los Paises-Bajos, existe el monumento vivo del estado que supo crear á fuerza de genio y de perseverancia?

La historia seria inútil, y muchas veces hasta perni-

ciosa si no se leyese con este fondo de imparcialidad y crítica. Mas la historia no se reduce solamente á guerras, á negociaciones políticas, á adquisicion ó pérdida de paises, á ajustes de tratados, á revueltas y convulsiones, ora políticas, ora religiosas. Verdad es que son estos sus alimentos principales; mas no deben serlo solos los que entran en este gran cuadro de la vida humana. No todos guerrean y entran en negociaciones, no todos toman parte en choques, en guerras civiles, en convulsiones de cualquiera especie. Se puede decir que la gran masa del género humano asiste solo como espectadora á todos estos dramas. El hombre observador, que se interesa en la suerte de sus semejantes, tiene derecho de exigir que el historiador agrande mas su cuadro y le haga extensivo á todas las condiciones de la vida humana. Verdad es que de los grandes acontecimientos que acabamos de indicar, se desprenden hechos que nos hacen venir en algun conocimiento de la legislacion, del estado de las luces, de la industria, de la civilizacion, de los adelantos y costumbres de los pueblos; mas todo esto se conocerá imperfectamente si el historiador no traza cuadros dedicados exclusivamente á estos objetos, que solo la frivolidad puede considerar como meramente secundarios.

Hé aquí las razones que nos asisten para no dar por concluida la tarea histórica que hemos emprendido, sin ocuparnos algo en los puntos ya indicados, dando á nuestro trabajo el mismo carácter de concision que hemos observado en el curso de la obra. No creemos por lo mismo que el lector tenga por un trabajo inútil que consagremos algunas páginas á ciertos rasgos de la vida privada del monarca, objeto de este escrito; á la organizacion civil, administrativa y rentística de España, al estado de su industria, de sus luces, de sus ciencias, de las artes y literatura; de las reuniones de las córtes, de las rentas del Estado, de las costumbres públicas, y de cuanto contribuye en fin á completar el cuadro de to-

da una nacion en una época cualquiera. Y como el objeto de nuestro trabajo no ha sido precisamente hablar de España, natural será que sobre algunos de los puntos referidos hagamos incursion en naciones extranjeras, aunque con mas sobriedad en sus diversos pormenores. Al desempeño de este objeto dedicamos, pues, los siguientes apéndices ó capítulos suplementarios que darán fin á nuestra obra.

APENDICE I.

Algunas particularidades sobre la persona de Felipe II.—Su circunspeccion.—Su seriedad.—Influencia de estas cualidades en las personas que se le acercaban.—Sus ocupaciones.—Su instruccion.—Algunos pormenores sobre sus viajes á San Lorenzo.—Sus amores.—La princesa de Eboli.—Algunos mas pormenores sobre la muerte del príncipe don Cárlos.—Sobre la del baron de Montigny, enviado por la princesa Margarita, gobernadora de los Paises-Bajos, á Felipe II.—Catálogo de los libros de la librería particular de este monarca.

Las anécdotas y rasgos de la vida privada de los príncipes y grandes personajes, no son la parte histórica que menos llama la atencion, sobre todo si abren campo á la malignidad, que es uno de los flacos de la especie humana. Se comprende lo mucho que en este género se habrá escrito en paises extranjeros de un rey, objeto en lo general de tanta antipatía. Su historia, por Leti, abunda en rasgos de esta especie. Los historiadores españoles no dijeron, no podian decir mas que lo que era objeto de elogios y de encomio. Un libro antiguo que corre entre nosotros con el título de *Dichos y hechos del rey Felipe II*, no es mas que un continuado panegírico, aunque algunas cosas que marca como dignas de alabanza, no pueden parecer tales á los ojos de cualquier lector sensato. Nosotros nos extenderemos poco en estos pormenores, que por lo mucho que en ellos influye la

parcialidad ó la pasion, y sobre todo por lo fáciles que son de suponer ó inventar, se deben admitir con suma desconfianza.

Por lo que nos dicen los historiadores contemporáneos, y la inspeccion de los retratos que dejó el Ticiano de Felipe II en sus mejores años, se puede asegurar que fué un hombre de algo menos que mediana talla, de cuerpo no grueso y bien proporcionado, de facciones varoniles y bastante agraciadas, si el aire de seriedad y hasta de severidad que respira su rostro, no neutralizasen todo cuanto tiene de juvenil y pudiera parecer hasta agradable. Fué esta gravedad ya desde su niñez el distintivo de todas sus palabras, de sus acciones y hasta de los movimientos mas insignificantes de su vida. Se puede decir que este rey jamás fué niño. Desde sus primeros años llamaron la atencion de sus ayos y maestros lo breve de sus dichos, lo agudo y grave de sus réplicas. Observó desde sus primeros años un *decorum* severo en sus acciones mas indiferentes, y exigió que los otros guardasen la misma etiqueta en cuanto decia relacion á su persona. Dicen de él que no cantó nunca. Añaden que apenas se reia; y aunque esto se puede traducir por un rasgo de adulacion á la severa magestad que en él resplandecia, se puede creer que sus momentos de alegría y rasgos de jocosidad fueron muy raros, si los hubo en algunos momentos de su vida. Como empezó á gobernar cuando no salia de sus primeros años, y todavía se hallaba como en la niñez, no es extraño que la seriedad que infunden generalmente los negocios, unida á su carácter natural y á la alta idea que tenia de su condicion social, le hubiesen hecho el personaje mas sério, mas grave, mas circunspecto de su siglo. Contribuyó esta circunstancia á la desagradable impresion que hizo cuando su llegada á los Paises-Bajos en aquellos habitantes de carácter comunicativo, desenvuelto y franco; por otra parte acostumbrados al trato llano, á las maneras populares que tanto distinguian á su padre. Quizá por este motivo se disgus-

tó tanto Felipe II de un pais con quien no congeniaba, y le hizo mirar con tanta predileccion el suyo propio, donde la seriedad y formalidad eran proverbiales en aquella época. Se puede decir con algun fundamento que le enajenó mas personas esta cualidad de sério en sus maneras y palabras, que el mismo carácter de severidad, de dureza y hasta de crueldad de que se resintieron muchos de sus actos. Ninguno se acercaba á su presencia sin algun sentimiento de temor; los principales personajes de su córte miraban ansiosos si en su rostro se descubria alguna señal de desagrado y se sentian como colgados de palabras, cuya aspereza ó crítica punzante podia llevar la muerte al fondo de sus corazones. Ninguno le hablaba sin pesar con cuidado sus palabras. Cuantos se le presentaban por primera vez, ó bien por negocios propios, ó bien en nombre de alguna corporacion, se cortaban en sus discursos, y muchas veces la vista penetrante que fijaba Felipe II en el orador, recorriendo toda su persona echó á perder las arengas mas bien elaboradas y aprendidas de memoria. Mas sérios resultados produjeron á veces algunos dichos agrios del monarca. El libro ya citado (1), menciona un presidente de órdenes, á quien llevó al sepulcro una mirada suya, mezclada con alguna reprension por haber revelado á la reina Ana ciertas cláusulas de su testamento, y un virey del Perú á quien sucedió lo mismo, por haberle dicho Felipe II que le habia enviado á Indias «no para que matase reyes, sino para que sirviese á reyes.» Atribuyeron algunos la muerte del marqués de Santa Cruz á una de estas efusiones desgraciadas. Se dice que impaciente Felipe II por la salida de la *Invencible* del puerto de Lisboa, ponia prisa para ello al marqués de Santa Cruz, y como este general no diese á los preparativos toda la velocidad que le pedia, respondió Felipe II á uno de sus despachos: «que habia pensado que el marqués lo hubiese hecho mejor y mostrádose

(1) Dichos y hechos.

mas diligente.» Ya hemos visto la dureza desplegada con el famoso duque de Alba, confinado en su castillo de Uceda, á quien al mismo tiempo que le confiaba el monarca el mando de un ejército, se le prohibia presentarse en la córte y asistir á la jura del príncipe D. Diego. Por esto dijo aquel famoso general que le enviaba á conquistar un reino, arrastrando sus grillos y cadenas.

En medio de esta seriedad de que nunca se apartaba, oia el rey muchas veces con paciencia á los que venian á solicitarle, y suspendia los ímpetus de su severidad al oir ciertas respuestas, cuya justicia le hacia fuerza. Se cita entre otros el caso de un guardian de san Francisco, en cuya celda se habia ocultado un tal D. Gonzalo Chacon á quien el rey buscaba. Averiguado el lance, hizo el rey venir á su presencia al religioso, y le dijo con acento airado: «Fraile, ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro rey, y á encubrir un delincuente tal? ¿Qué os movió?» Arrodillado el guardian, levantó los ojos y humildemente respondió: «la caridad.» Al oirle el rey dió dos pasos atrás, y repitió dos veces: ¡la caridad! ¡la caridad! «Volvedle luego bien acomodado á su convento, dijo al alcalde de córte que le acompañaba. Si la caridad le ha movido ¿qué le hemos de hacer?» Como este rasgo se citan otros muchos. Que era hombre de un gran sentido, de mucha perspicacia y no comun sagacidad deponen muchos de sus actos y hasta dichos, todos breves, sentenciosos, llenos de agudeza. Se conservan de él algunos satíricos y muy malignos. Recomendándoselo mucho la prudencia de un sugeto que se le proponia para un empleo de importancia, puso al márgen: «propóngase otro que ya tengo noticia de su *Prudencia*. (Era el nombre de una dama con quien estaba amancebado.) Al márgen de otro memorial de la misma clase, puso. «Cuando no juegue.» Instándosele á que proveyese un obispado en favor de una persona consultada para ello, respondió: «Si le hacemos obispo ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado? Avisadme qué se ha hecho

de un hijo que tuvo siendo colegial en Salamanca, dijo, proponiéndosele otro para otro obispado (1). »

Felipe II era amigo de la justicia. Tal vez con su severidad evitó abusos de poder por parte de sus cortesanos. Si era avaro de palabras, no solia serlo en recompensas. De todos los hechos distinguidos de sus diferentes servidores en los diversos ramos, llevaba estricta cuenta. Los soldados que se lucian en la guerra, estaban seguros de no servir á un rey desconocido. A muchos de ellos escribia cartas de su puño dándoles las gracias por su buen comportamiento y haciéndoles ú ofreciéndoles mercedes. Se puede decir que era mejor servir á Felipe II de lejos que de cerca; que sus hechos valian mas que sus palabras.

Podia ser muy bien la seriedad y circunspeccion de Felipe II hijas del arte y del estudio; mas en este caso se puede decir que llegaron á ser en él una segunda naturaleza, pues no se desmintieron ni alteraron en ninguna de las circunstancias de su vida. Un hombre tan circunspecto en sus palabras, en todas sus acciones y ademanes, debia serlo igualmente en la demostracion de aquellos grandes afectos que arrebatan á los hombres. Así se mostró Felipe II en aquellas grandes situaciones que hacen crísis. Se puede creer que no era muy sensible, quien sabia á tal grado dominarse. Perdió cuatro mujeres sin hacer demostraciones de gran duelo. Le fué arrebatada la primera en la flor de su edad, y cuando el mismo Felipe II habia salido apenas de la adolescencia. Con la segunda, María de Inglaterra, se mostró sobrado indiferente, despegado y duro, haciéndola sentir que solo habian influido en su enlace consideraciones de política. Apenas bajada al sepulcro, se le vió solicitar la mano de su hermana, y en seguida ponerse en lugar de su hijo, destinado por el tratado de Catau Cam-

(1) Dichos y hechos.

bresis á Isabel de Valois, quien pasó en virtud del cambio á ser la tercera mujer de D. Felipe. Los que acusaron á este rey de ser autor de la muerte del príncipe don Cárlos, extendieron sus sospechas al fallecimiento de su madrastra, con la que le supusieron en secretas relaciones. Cualquiera que sea la verdad del hecho, se puede suponer que fué este el matrimonio mas desgraciado de Felipe. La cuarta mujer, doña Ana de Austria, murió tambien en sus mejores años, pues no llegaba á treinta y dos. Debia de ser sin duda Felipe II un marido poco amable y cariñoso. Sin grande conmocion fué casi testigo de la muerte del príncipe don Cárlos, acarreada sin duda por sus disposiciones. Y si se dice que esta circunspeccion y compostura podian tener orígen en su poco amor á las personas que perdia, se puede responder que la misma moderacion, que el mismo imperio de sí mismo mostró al oir noticias que no podian menos de serle muy satisfactorias, ó causarle la mas grande pesadumbre. Con la mayor calma recibió al mensajero que le trajo la noticia de la victoria de Lepanto, que al portador del destino desgraciado que habia cabido á la *Invencible*. En muy pocas ocasiones abandonó este carácter de ecuanimidad que era verdaderamente su divisa. Solo sí se observó una excepcion de esta regla cuando habiendo recibido por la noche estando ya acostado la noticia de la toma de Amberes, se levantó de la cama, cogió una luz, se dirigió al cuarto de su hija, y habiendo dado algunos golpes a la puerta para llamar su atencion, dijo estas palabras: « hija mia, Amberes es ya nuestro: » volviéndose en seguida á su cama sin decir mas ni aguardar respuesta. De la constancia de su sufrimiento durante el curso de su larga y cruel enfermedad, ya hemos dado suficientes pormenores.

De su aplicacion á los negocios hemos hablado en diferentes ocasiones. Pocos monarcas despacharon tantos por sí mismos. Se ocupaba de lo grande como de lo pequeño: la misma atencion daba al órden, á la buena

colocacion de sus papeles que á su contenido.—Pasaba mucho tiempo escribiendo cartas y hasta de su puño á diferentes personajes de Europa, y á sus propios servidores fuera. De cuanto ocurria en todas partes tenia avisos; del modo cómo se practicaba la enseñanza en las universidades; de la conducta de los prelados y eclesiásticos; de la administracion de la justicia; de la direccion de los ramos administrativos. Todos los hombres de algun viso en cualquier carrera eran objeto de su atencion, y estaban escritos en sus libros. Así en todas las consultas que se le hacian para provisiones de cargos ó empleos, echaba mano á sus registros. Si el favor tuvo influencia en su ánimo, mas la tenia el mérito. Pocos hombres sin él obtuvieron cargos importantes. A muchos sacó de la obscuridad para altos puestos y sin consulta alguna, aquel rey previsor que de todo llevaba tan estrecha cuenta.

Un príncipe tan acostumbrado desde sus primeros años á gobernar por sí mismo y que constantemente dirigió todos los grandes negocios; un hombre que consagraba por otra parte mucho tiempo á la asistencia diaria, á todas las ceremonias religiosas, no debia tener mucho tiempo de sobra para emplearle en pasatiempos. Se dice que en su primera edad fué muy adicto al ejercicio de la caza, mas nunca llegó á ser en él una pasion, pues pocas cosas tenian en él este carácter. Con el tiempo absorbieron todo su tiempo y atencion el despacho de los negocios, la inspeccion ó superintendencia de las obras del Escorial y sus particulares devociones. Aunque de hábitos retirados, era puntual á todas las solemnidades de aparato, á todas las fiestas de la córte, en muchas de las que predominaba un carácter religioso. Tambien sobresalió en su juventud en todos los ejercicios corporales que entraban en la educacion de los principales caballeros de aquel tiempo; disposicion que debió de disminuir ó ser del todo inútil en un príncipe grave y sério, poco dado á juveniles pasatiempos.

La instruccion de Felipe II no era vasta. Debió de ser poco aprovechado en humanidades, y sobretodo en las lenguas vivas el que cuando la ceremonia de la renuncia de los Estados de Flandes en su favor por Cárlos V, encargó al que despues fué cardenal Granvela, respondiese á los Estados á su nombre en lengua francesa, escusándose de no hacerlo él mismo por no haberla *deprendido*. No mostró en el curso de su vida tener grandes conocimientos en literatura, y se puede añadir que de la amena y florida, no gustaba. Ninguno dice de él que asistiese al teatro, diversion que estaba en su tiempo muy en boga, ni que hubiese acogido con favor á ninguno de los poetas sus contemporáneos. Los libros de su biblioteca particular de que hablaremos luego dan una idea de sus inclinaciones sobre la materia. No debia sin duda de leer mucho un rey, á quien tantos negocios ocupaban.

A las ciencias exactas se dice que era mas aficionado; que tenia grandes conocimientos en geometría, y que no era extraño á las ciencias naturales. De su gusto por la arquitectura y otras nobles artes, dá testimonio el monumento magnífico del Escorial, donde todas desplegaron tan vistosas galas.

Como hemos dicho en varias partes, fué Felipe II el principal director, y hasta el primer sobrestante de esta obra, cuya primer piedra habia puesto él mismo, y que crecia y se desenrollaba delante de sus propios ojos. En todo intervenia con la minuciosidad de un hombre encargado de una obra. Examinaba los planos, indicaba los asuntos de los cuadros y de las estátuas y demas monumentos del arte: cambiaba, aumentaba, corregia, hacia borrar ó destruir lo que no era digno de su aprobacion, y de sus dictámenes no podia apelarse. Así, todo lo que tiene de bueno, de bello y de grande aquel soberbio monumento, redunda en honor y alabanza del gusto del rey, asi como debe ser responsable ante el tribunal de la posteridad, de todo lo que se ob-

serva en él de mezquino, de irregular ó defectuoso. Que no acertó en todas ocasiones se puede concebir muy fácilmente; que influyó su tono dictatorial en algunas faltas considerables que se advierten, es histórico. Cuando lleguemos al capítulo de las nobles artes desenvolveremos mas aquesta idea.

Algunos creen que era el Escorial la residencia fija de Felipe II; mas la córte estaba en Madrid, que se podia considerar como el centro del gobierno. El Escorial era la casa de recreo y de solaz donde por lo regular celebraba el rey las principales fiestas de la iglesia. Allá le acompañaban la reina y los principales señores de la córte que se entretenian en la caza, para quienes servian asimismo de agradable pasatiempo aquellas solemnidades á que el rey se mostraba tan aficionado. Por la cosa mas pequeña se trasladaba el rey á su querido monasterio; en cualquiera cuestion que se suscitaba por pequeña que fuese, relativa á la construccion de la obra, terciaba con su voto decisivo. Cuando llegaba á su oido en Madrid, que ocurria algun disgusto ó alguna dificultad de llevar adelante lo que habia dispuesto, tomaba al momento el camino, para poner la gente en paz, y allanar el obstáculo, como si no tuviese mas en qué ocuparse. Citaremos como un ejemplo lo que refiere el P. Fr. Juan de san Gerónimo en las Memorias preciosas que dejó escritas (1) sobre cuanto concierne á la historia de la construccion de este famoso monasterio. Cuenta este padre que habiéndose suscitado en la celda del prior una disputa sobre si convenia mas labrar las piedras al pié del monasterio, ó que se hiciese esto en la cantera misma, se decidió el rey por lo último en atencion al ahorro de

---

(1) Véanse esas memorias en el tomo VII de la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, que con tanta utilidad de los que se dedican á este ramo comenzaron á publicar los señores don Martin Fernandez de Navarrete, don Miguel Salvá, y don Pedro Sainz de Baranda, miembros de la cademia de la Historia, obra que por muerte del primero continúan los dos últimos.

tiempo y de dinero; mas que habiéndose renovado la disputa durante su residencia en Madrid, insistiendo algunos oficiales en que tendria mas cuenta á S. M. el que se labrasen las piezas al pié del edificio, como era práctica en España, marchó el rey al Escorial á examinarlo todo por sus ojos, y que despues de haber visitado la cantera, é inspeccionado el modo con que las piedras se cargaban, renovó la órden dada anteriormente de que se labrasen allí mismo, con lo que puso fin á toda controversia. Sucedió esto en 7 de marzo de 1576. Despues de haber arreglado este asunto se marchó al Pardo.

Se da en dichas memorias una noticia muy circunstanciada de los progresos año por año, y hasta mes por mes, de la obra, de los viajes que hacia el rey, de las personas que le acompañaban, de las fiestas y solemnidades que tenian lugar, de los entretenimientos de la córte durante su residencia en dicho sitio. No faltaban momentos de recreo y diversion, y aun hubo corridas de toros en una ocasion que hizo parte del acompañamiento don Juan de Austria. Como debe suponerse, reinaba la mejor armonía entre la córte y la comunidad, agradecida á tantos dones del monarca. A veces la obsequiaban los religiosos con almuerzos y meriendas en que lucian sus abundantes provisiones. (1).

---

(1) No podemos menos de hacer mencion de una merienda sustanciosa que en la tarde del 17 de setiembre de 1576 dio la comunidad á la córte con motivo de las fiestas donde estuvo presente don Juan de Austria. Copiamos las palabras del mismo Fr. Juan de san Gerónimo, uno de los que la sirvieron. «Lo que se dió fué »lo siguiente: una ensalada de diversas cosas hechas, y seis melo- «nes, cuatro capones asados, dos tortillas de huevos con torreznos »y higadillo, ocho aves salpimentadas, cuatro gansos empanados, »dos piernas de carnero acecinadas, dos platos grandes de mem- »brillo, otros dos platos grandes de peras, y otros dos de camue- »sas, dos platos de confitura, y media docena de salseras de jalea, »y sus buñuelos; y dos grandes y buenos quesos con sus rábanos, »con mas tres perniles de tocino y dos lenguas de vaca: todo lo »cual se dió tan aderezado y á su punto, que fué bien solemni- »zado.»

Felipe II fué jóven, fué mozo y era hombre. Se puede bien suponer que ni su seriedad, ni su devocion le eximieron de devaneos amorosos. El historiador Leti da el nombre de doña Catalina Lenez á la dama con quien estaba en relaciones cuando su padre le propuso el matrimonio con la reina María de Inglaterra. Parece que no debia ser pequeño sacrificio para él desprenderse de este amor para acceder á las miras de su padre, tanto mas cuanto que la reina inglesa carecia de gracias y hermosura y habia pasado ya lo mejor de su edad, pues llevaba al príncipe doce años.

El de Orange en la apología que publicó en respuesta al decreto de proscripcion lanzado contra él por el rey de España, le echa en cara otros varios amores, y aun asegura que estaba casado de secreto con Isabel de Osorio, cuando contrajo matrimonio con la princesa portuguesa. Tambien habla de otra dama llamada doña Eufrasia, con quien obligó á casarse al príncipe Asculi hallándose en cinta del monarca. Convienen algunos historiadores, y entre ellos Leti, que era el rey demasiado dado al bello sexo, y aun atribuyen á sus excesos en el particular la gota obstinada que le aquejó por tantos años, y su última enfermedad tan dolorosa. ¿Son ciertos estos hechos? ¿Se apoyan solo en rumores, en suposiciones infundadas? Los historiadores españoles se desentienden de estos puntos que no eran de su competencia, y que por otra parte no hubiesen podido tocar sin graves compromisos. Nosotros imitaremos su circunspeccion aunque no corramos igual riesgo. ¿De qué príncipe, de qué personaje no se ha escrito mil aventuras de esta clase? Se puede decir que en aquel tiempo de reserva y de misterio, en aquella córte séria y formal donde se daba la misma y aun mas importancia á la apariencia que al fondo de las cosas, salian poco al público intrigas y galanterías de esta clase. Que existian, no puede estar sujeto á duda, pues aquel siglo no fué marcado por la austeridad en materia de costumbres. De las privadas del rey nos quedan

muy pocos documentos. Sus relaciones secretas con doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer de Rui Gomez de Silva, uno de sus ministros mas en favor, pasan casi por históricas, hasta el punto de atribuirse á Felipe II la paternidad del duque de Pastrana, heredero de Rui Gomez. El señor Bermúdez de Castro (1) entra en bastantes pormenores acerca de esta intriga, y lo mismo Leti, quien no tiene reparo en asegurar que fué consentidor el mismo marido, por asegurarse mas en la gracia del rey ó por temores de perderla. Parece que las relaciones empezaron en 1569, cuando el rey, ya viudo de doña Isabel de Valois, trataba de su cuarto matrimonio con doña Ana de Austria. Solo con la existencia de estos amores y descubrimientos de que tenia un rival, se puede explicar la inconcebible conducta, la constancia del rigor y crueldad con que persiguió Felipe II á su secretario Antonio Perez, depositario de su confianza, que de medianero suyo con la princesa habia pasado á ser partícipe de sus favores. Se alega para desvirtuar esta opinion tan general que la princesa de Eboli era tuerta. Mas pudo no ser este un gran defecto para Felipe II, ó desaparecia ante la hermosura de esta dama que fué celebrada en aquel tiempo. Y de esto nos dan testimonio los cuatro versos latinos siguientes, que se la compusieron á ella y á uno de los favoritos de Enrique III, llamado Maugiron, jóven muy hermoso y asimismo tuerto.

Lúmine Acon dextro: capta est Leonide sinístro:
Et poterat uterque forma vincere deos;
Parve puer, lumen quod habes, concede puellæ:
Sit tu cœcus amor, sic erit illa Venus.

Entre todas las prendas y cualidades que entraban en el carácter de Felipe II se puede asegurar que el espíritu religioso, la devocion, el respeto y deferencia á los ministros de la Iglesia y su obediencia ciega al pastor uni-

---

(3) Véase su obra ya citada.

versal, fueron las preponderantes. Estas cualidades no se desmintieron en ninguno de los actos de su vida, tanto en los mas públicos y solemnes, como en los mas particulares y privados. No tenia límites el espíritu de su intolerancia religiosa, y con pocas cosas negras se puede comparar el carácter sombrío de su fanatismo. Era la Inquisicion ambulante: se puede decir, que la Inquisicion se hallaba como encarnada en el monarca. Cuando decia que queria mas no tener vasallos que tenerlos hereges, era el arranque de un alma, para la que el simple sabor de heregía era el mas atroz de todos los delitos. Se mezclaron verdaderamente en este espíritu de intolerancia, miras ambiciosas de un órden político y mundano: así sucedia en la mayor parte de las contiendas de su siglo. No se puede saber si era mayor su deseo de mandar en Francia, ó arrojar á los calvinistas de su suelo; si aspiraba á lo primero por llevar á efecto lo segundo, ó si consideraba esto último como un escalon para subir á un trono que directa ó indirectamente contaba ya por suyo. Sin querer resolver estos problemas nos contentaremos con decir, que los que atribuyen todos estos actos, este celo religioso por los intereses de la Iglesia católica á pura hipocresía, no conocen, ni aquella época, ni el corazon del hombre, donde se albergan tan frecuentemente pasiones que son heterogéneas. Felipe II no fué en esta parte hipócrita; lo fueron muy pocos grandes personajes de su siglo; no lo fué su padre, con quien tuvo en esta parte muchos puntos de contacto. Y si contra esta asercion se nos alegan algunos actos de estos príncipes, donde no brilla la mejor moral, responderemos que los vicios y la devocion no siempre van reñidos, y que nunca faltaron casuistas hábiles que tuvieron el arte de facilitar esta amalgama. No estará demas que para ilustrar este punto oigamos á Antonio Perez en sus Relaciones. Hablando de los pasos que daban su mujer é hija en su favor cuando en la cárcel de Madrid se hallaba en tanto apuro, dice así (p. 91 y siguientes): «El uno es que

»sobre millones de veces que habia acudido aquella se-»ñora (su mujer) al confesor del rey á pedir justicia, como »justicia que no tenia ya en la tierra otro tribunal, sino »el del alma, y sobre mill términos pasados, y pro-»messas hechas y faltadas y palabras dadas y no cumpli-»das, acudió un dia (el postrero pienso por lo que suce-»dió) á hablar al confesor, y en Sancto Domingo el Real, »monasterio de monjas dominicas, donde tiene hermanas »y sobrinas doña Juana, el mismo confesor delante del »altar mayor, le apretó tanto, en su demanda de justicia, »que pareciéndole que hablaba con sordo, pues tantas »veces no habia oido, se volvió á Dios, que estaba en »el altar presente y que oye siempre, y llamóle por tes-»tigo y juez, y pidióle justicias de tal agravio, y del mis-»mo confesor. El fraile quedó atónito, y arrebatado por »un rato y sin color de vivo. Levantóse, y llamó á vo-»ces á los criados de doña Juana, diciendo: *Señores, »señores! vengan acá; llámenme á la señora priora y »aquellas señoras hermanas de la señora doña Juana »y á mis sobrinas*: y diciendo y partiendo para allá, »llegaron todos á la reja del coro. Acudieron luego las di-»chas y mas religiosas al ruido y alteracion. Sentáronse, »y dijo el confessor muy propósito assy: *Señora priora, »la señora doña Juana me ha apretado vehementemen-»te el alma y la consciencia, y llamado á Dios por »juez y pedido la justicia de su agravio, y de muy, »no me espanto de cuanto dijere y hiciere, sino de lo »que no dice y hace; pero ¿qué puedo hacer yo mas? »Al Rey le he dicho que está obligado en último pun-»to de consciencia á despachar el negocio del señor »Antonio Perez sin una hora de dilacion, y á darle »á esta señora su marido; y en esta última confesion, »yo le haré resolver, señora, ¿qué puedo hacer yo mas?* »Acudió doña Juana (que no hay maestro como el dolor), »y díjole: *Sy señor, mas podeys hacer, no absolverle sino »ejecuta al punto, yros á vuestra celda, que mas cer-»ca estareis del cielo en ella, que donde estays; juez,*

»supremo soys en el lugar de confessor, y el Rey reo, »y yo la agraviada, y la vibda del Evangelio de san »Lúcas, y aunque él tenga la corona en la cabeza puesta, »mayor soys vos ally: assy lo vereis allá! Quedó mudo »y sin sentido. Que la verdad es herida mortal, etc.»

El buen P. Chaves dirigió como pudo la filípica, y *no se fué á su celda.* El negocio tomó el giro que hemos visto.

Los lunares que mas afean la vida de Felipe II, prescindiendo de todo lo que ya llevamos dicho, son la proscripcion del príncipe de Orange, la persecucion atroz de que fué blanco Antonio Perez, y el asunto de su hijo el príncipe don Cárlos. De los dos primeros hemos hablado con bastante extension; en el tercero nos hemos detenido menos por que es el que está mas cubierto con los velos del misterio. El lance fué en el fondo muy comun: era un hijo condenado al encierro por su mala conducta y extravios muy trascendentales. Felipe II no hizo misterio de su encierro; á todas las córtes extranjeras dió aviso oficial de la medida que le habia precisado á tomar la conducta de su hijo. Que este príncipe murió en la prision es un hecho positivo: que estaba condenado á no salir nunca de ella, parece muy probable; que su irritacion de verse en semejante estado alteró su salud y le arrastró á cosas que parecian de demente, se explica con facilidad considerando que don Cárlos era violento en su carácter, de poca capacidad y precipitado en todas sus acciones: que estos excesos alteraron su salud y acarrearon su temprana muerte, dado caso que esta muerte fuese natural, parece del todo verosímil: que el verdadero autor de la muerte del príncipe don Cárlos fué el padre que le tenia encerrado, se desprende, pues, como una inevitable consecuencia. No se le formó proceso, ó á lo menos, no fué su muerte efecto de la sentencia de un tribunal privado ó público. No intervino en el asunto la Inquisicion, como algunos historiadores lo escribieron, como tal vez para la generalidad se admite hoy dia. Segun Llorente, que estaba en el caso de conocer

en estas materias muy á fondo, se reduce todo el proceso que se hizo al príncipe don Cárlos, á que el rey, despues de su prision, encargó este asunto á una junta ó comision formada *ad hoc* entre cuyas personas figuraba don Diego Espinosa, presidente del Consejo y Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien estaba encomendada la custodia de don Cárlos. No se tomó declaracion ni confesion al presunto reo, y solo se atuvieron los jueces en las actuaciones al exámen de las cartas y papeles que le habian cogido. Les pareció tan grave la materia, tan fulminantes los cargos que de sí arrojaban, que tuvieron aquella causa como de muerte, y merecedor por lo mismo de la última pena el jóven príncipe. No atreviéndose, pues, á pasar mas adelante se lo comunicaron á su padre, haciéndole ver al mismo tiempo que lo elevado de la persona del reo y otras circunstancias particulares podrian influir en la mitigacion de aquella pena, dado el caso que fuese su voluntad de que el proceso pasase por sus trámites legales. Respondió el rey: que aunque con extrema repugnancia, y reprimiendo los sentimientos de su corazon, no le permitia su conciencia mostrarse indulgente con un hijo, de cuya incapacidad, falta de instruccion, mala conducta é inclinaciones tan perversas, no podian menos de seguirse grandes perjuicios para el reino. Añadió, sin embargo, que en el estado á que la enfermedad le habia reducido, podrian conducirse las cosas de manera que sin escándalo ni detrimento del honor del príncipe, se llegase á obtener el efecto deseado.

Mientras tanto se agravaron los males de don Cárlos. La comision no pasó adelante en sus trabajos, y no vino á conclusion alguna. Segun Cabrera, escritor contemporáneo, y hasta criado entonces de la casa, se administró al enfermo por su médico el doctor Olivares una purga que produjo malísimos efectos. Se anunció al príncipe la proximidad de su fin, y don Cárlos manifestó oirla con bastante compostura. Recibió resignado los Sacra-

mentos, como queda dicho en el texto, y en los momentos de su agonía manifestó deseos de ver y reconciliarse con su padre. Acudió éste en efecto á la cabecera de su cama la misma noche de su fallecimiento, mas no atreviéndose á dejarse ver del enfermo, temiendo causarle una impresion demasiado viva, le echó su bendicion por encima de los hombros del príncipe Rui Gomez de Silva que tenia delante, con lo cual se retiró lloroso á su aposento. A muy poco rato despues, terminó la existencia del desventurado príncipe.

Segun el mismo Llorente, hay motivos para creer que habiendo manifestado el rey deseos de que terminasen los dias de don Cárlos, se hicieron insinuaciones al doctor, quien en la administracion de la indicada medicina se prestó á ser instrumento de las voluntades del monarca. De algunas frases y reticencias del historiador Cabrera se puede sospechar hubo algun misterio en la purga; mas todo esto no puede pasar de conjeturas á que se dá mas ó menos fuerza segun el modo de pensar, las opiniones ó partido á que pertenecen los lectores. Es posible que hubiese mediado una intencion torcida en la administracion del remedio; tambien lo es que el médico lo hubiese errado, aun con los mejores deseos de salvar al príncipe, como sucede por desgracia en tantos casos; tambien es muy probable que con purga ó sin ella hubiese muerto un enfermo que se hallaba en tal estado de irritacion, que habia echado á perder el estómago con varios excesos, y á quien aquejaba tan ardiente calentura en lo mas recio del estío. De todos modos aparece claro bajo cualquiera hipótesis que don Cárlos estaba condenado á no salir de su prision, y que acelerada ó no, fué autor de su muerte el mismo que lo habia sido de sus dias. De causa ó proceso, no hubo mas que el incohado, sin producir resultado ó conclusion alguna. La Inquisicion no tuvo parte ninguna en el negocio, si hemos de creer al mismo Llorente, quien por el cargo que habia ejercido debia saberlo muy á fondo. Por lo

demas no es extraño que este suceso lamentable, envuelto en sombras, hubiese hecho en Europa tanto ruido, y sido objeto de acusaciones é invectivas contra un rey poco querido de los príncipes católicos, objeto del odio de los protestantes. Así le acusaron muchos á boca llena de ser el asesino de su hijo; y el príncipe de Orange en su famosa apología le fulminó este cargo, como una cosa casi generalmente recibida entre sus correligionarios. Desde entonces fué don Cárlos una especie de personaje poético en la Europa por las diversas composiciones, tanto en verso como en prosa, no siendo pocos los dramas que á su triste y trágico fin se consagraron. No es extraño que en todas estas producciones se desfigurase el carácter de don Cárlos, y pasase por mártir de sentimientos nobles, de proyectos generosos y hasta de tolerancia religiosa á los ojos de los que tanto aborrecian á su padre. De estos ejemplos hemos visto muchos. Nada es mas comun que erigirse los hombres en ídolos de la muchedumbre sin mas motivo que haber sido objetos de persecucion para los que eran blanco de sus odios. Para concluir con este triste asunto, añadiremos solo, que de la muerte de don Cárlos no se hizo ningun misterio en la córte de Felipe, que pasó como efecto simple de una enfermedad natural, que se comunicó la ocurrencia á todas las córtes extranjeras sin ningun rebozo: por último, que las exequias fueron públicas, con todos los honores, solemnidad y pompa correspondientes al heredero de la monarquía.

Otro suceso igualmente lamentable y con carácter mayor de atrocidad ocurrió por aquellos mismos tiempos. Hablamos en el capítulo XXVII de esta historia de un mensaje que la princesa Margarita, gobernadora de los Paises-Bajos, hizo al rey por el conducto del conde de Bergen y el marqués de Montigni en el año de 1565. (1)

(1) Consúltense sobre el particular los documentos inéditos ya citados, que publican los señores Salvá y Sainz de Baranda, tomo VIII.

Arrastrados por la narracion de aquellos acontecimientos omitimos entonces sin querer, el decir algo sobre la suerte de dichos mensajeros. Pertenecian ambos á la clase mas distinguida del pais: ambos poseian bienes considerables y desempeñaban cargos del gobierno. Los dos fueron retenidos en Madrid bajo frívolos pretextos con resolucion sin duda del rey de que no volviesen mas á los Paises-Bajos. Por aquel tiempo tuvo lugar la llegada allá del duque de Alba, y el sistema de rigor que adoptó este personaje sin duda por instrucciones del monarca. Las medidas fuertes tomadas contra los grandes del pais, alcanzaron á los dos señores flamencos que se hallaban en España. Se los asignó por prision la torre de Segovia. El conde de Bergen murió poco despues con sospechas de veneno, aunque esta opinion no se apoya en documento alguno. El proceso contra el de Montigni, se instruia en Bruselas ante el mismo tribunal de sangre instalado por el duque de Alba. Mas se habia decidido por el rey que los efectos de su sentencia le alcanzasen en España.

El baron de Montigni, de la familia de Montmorency, era hermano del famoso conde de Horn, decapitado en Bruselas en 1568. Pertenecia al partido de los señores flamencos, que mostrándose fieles al rey no aprobaban en todo su política, de los que sin perder su adhesion al culto católico se mostraban enemigos encarnizados del establecimiento de la Inquisicion, y no se conducian con los hereges tan rigorosamente como Felipe II deseaba; de los que habian declarado la guerra al cardenal Granvela, y sin pertenecer á los antiguos confederados, los miraban con cierta simpatía. Habiendo sido consideradas todas estas faltas como crímenes de traicion y lesa magestad por aquel sangriento tribunal, no debia de ser tratado con mas consideracion el señor flamenco, preso entonces en España. Iguales cargos presentó el fiscal que los que habian llevado ya al suplicio á su hermano y á otros personajes: iguales descargos dió Montigni por

medio del alcalde de córte, que le tomó su declaracion segun el exhorto que habia tenido de los Paises-Bajos: igualmente fueron desatendidas sus representaciones de que siendo caballero del Toison de Oro no podia ser juzgado sino por un tribunal compuesto de sus pares.

Fulminó el duque de Alba su sentencia de muerte contra Montigni; y procedió en esto de un modo tan secreto, que solo tuvieron noticia de ella el escribano que la refrendó con su firma, y dos jueces que merecian toda su confianza. Para proceder con tanto sigilo mediaron órdenes del rey, deseoso de que la ejecucion de la sentencia no fuese pública; tan impopular era este acto de rigor hasta en España. Permanecia mientras tanto Montigni estrechamente confinado en la torre de Segovia. Varios pasos habia dado para mover á compasion al rey, mas sin efecto. Se lisonjeó de que con motivo del cuarto matrimonio de Felipe II, obtendria un perdon ú á lo menos alivio en su situacion tan desgraciada. Mas Felipe II no olvidaba en medio de los mayores regocijos las medidas de rigor que le sugerian la justicia ó la venganza. Estaba resuelta en aquel inexorable tribunal la ruina del señor flamenco. Como era la intencion del rey que se le hiciese morir secretamente, le propusieron algunos el que se recurriese al medio del veneno; mas Felipe II rechazó este expediente, que ponia en peligro el alma del reo, determinando que del modo mas secreto, se le notificase su sentencia, y despues de preparado á la muerte, se le estrangulase. Para envolver este acto en mas oscuridad, se trasladó al presunto reo al castillo de Simancas. Como se queria que se atribuyese su muerte violenta á efecto de una enfermedad, se aisló de todos sus criados con quien estaba en comunicacion bajo el pretexto de que existia un plan para su fuga. Disgustado Montigni de esta providencia cayó enfermo, cuya circunstancia favoreció grandemente los planes de Felipe. Para completarlos se dió parte del secreto al médico que se

presentó á asistirle, y éste no tuvo reparo en dar á entender que su enfermedad era de muerte.

Para realizar la ejecucion se envió á Valladolid al alcalde de córte don Alonso de Arellano, revestido de poder para que le auxiliase aquella chancillería en cuanto le pidiese. En el camino tuvo una entrevista con el alcaide de Simancas para arreglar juntos los pormenores de aquella ejecucion tan misteriosa. Eran las instrucciones del rey que saliese Arellano de Valladolid la víspera de un dia de fiesta un poco antes de ponerse el sol, de modo que llegase á Simancas despues de anochecido. Así lo hizo efectivamente la tarde del sábado del 14 de octubre del año 1570, llevándose consigo un escribano que diese fé de la ejecucion, al verdugo de Valladolid, y aun religioso llamado fray Hernando del Castillo, cuyo nombre mencionamos por haberlo indicado el rey mismo en sus instrucciones al alcalde. Entró la comitiva en el castillo del modo mas secreto y misterioso, estando preparado todo por el alcaide para ello, sin que en el pueblo ni en el fuerte mismo presumiese nadie la llegada de tan misteriosos personajes. A las diez de la misma noche se le leyó á Montigni la sentencía de muerte á que no estaba preparado. Dió al oirla todas las señales de extrañeza, y aun prorumpió en expresiones de ira contra el rey que con tanta dureza le trataba; mas se calmó pronto á las insinuaciones del fraile con quien al instante le dejaron solo. Pasó en su compañía lo que restaba del sábado y todo el domingo siguiente, sin que nadie percibiese el objeto de aquella tan larga conferencia. Manifestó Montigni entereza y resignarse completamente con su suerte; oyó la misa de fray Hernando con devocion y mucha compostura. Recibió los Sacramentos, haciendo profesion de que moria en los principios y dogmas de la fé católica, sin haberse adherido nunca á los que los heresiarcas profesaban. No hizo testamento por envolver confiscacion de sus bienes la sentencia; encargó á su confesor la entrega á ciertas personas de algunos efectos

que le pertenecian, y de tan poco valor que segun las expresiones del mismo religioso, apenas serian buenos para un pobre escudero de Campos. A las dos de la mañana del lunes entraron en el cuarto del preso el alcalde de córte, el alcaide de la fortaleza, el escribano y el verdugo. Media hora despues habia dejado de existir el infeliz flamenco, sin haber cometido mas delito que el de no ser en todo de las opiniones del monarca. Para cumplir en un todo con sus instrucciones se esparció en el castillo la noticia de la muerte de Montigñi por efecto de su enfermedad, y como se le amortajó con hábito de san Francisco, se dió á la especie la mayor de apariencia de verdad, con la precaucion de meter bien la cabeza, y sobretodo el cuello en la capucha. Los que habian entrado tan misteriosamente en el castillo despues del anochecer del sabado, salieron antes del amanecer del lunes con las mismas precauciones. A ninguno, ni en el pueblo ni en el castillo, le ocurrió la idea de que se acababa de perpetrar tan terribleasesinato. Así la muerte de Montigni estuvo envuelta mucho tiempo en gran misterio.

Sobre este acontecimiento no haremos comentarios. Los hechos lo hablan todo; las reflexiones son inútiles.

Para concluir lo que nos parece mas digno de atencion acerca de las particularidades del monarca, ponemos á continuacion la lista de los libros que tenia en su biblioteca particular, y que se conservan y guardan todavía en el cuarto del Escorial donde fué su fallecimiento. Como los mas están en latin, pondremos sus títulos en castellano (1).

* El Oficio Diurno. Antuerpia ó Amberes, en octavo.

Historia de la Santa Casa de Loreto, por D. Francisco Padilla, Chantre de Málaga. Madrid, 1588.

El Desprecio del Mundo, nuevamente romanceado

(1) Los que están en este caso se designan con una (*).

y corregido por el reverendísimo padre fray Luis de Granada, en octavo. Amberes, 1572.

* Oficio de la bienaventurada Vírgen María, dado á luz por mandato de Pio V, en cuarto. Amberes, 1573.

Otro ejemplar de dicha obra.

* Vida de Cristo por Landulfo, cartujo, en c -to, 1530.

* El Breviario Romano de Pio V, en octavo. Amberes, 1573.

* Los Actos de la Iglesia de Milan, en fólio, 1582.

Obras de Santa Teresa de Jesús, dos tomos en cuarto mayor. Salamanca, 1578.

* El Misal Romano, restituido por decreto del Concilio. Paris, 1571.

* Tres libros de las ceremonias sagradas ó ritos eclesiásticos. Venecia, 1582.

Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, por fray Gavino Talavera, en cuarto. Toledo, 1597.

* Regla de los Cartujos, un tomo en octavo.

* Nueva coleccion de los estatutos de la órden de los Cartujos, en cuarto. París 1582.

Tratado de agricultura, por Herrera. Medina del Campo, 1584.

Descripcion del Sacro Monte de Varale de Valdesilla, (en rimas italianas) en octavo. Varale, 1595.

Ejercicios espirituales de fray García de Cisneros. Barcelona, 1580.

La institucion de la órden de la Cartuja, por Juan de Padilla, prior de las Cuevas, en cuarto. Sevilla, 1580.

Particularidades de la santísima órden de san Gerónimo, fólio mayor. Salamanca, 1590.

El Pontifical, en fólio mayor. Lion, 1542.

Misal Romano. Amberes, 1573.

Calendario perpetuo de Pedro Risicio, presbítero toledano. Toledo, 1577.

Obras del padre maestro Juan de Avila, en cuarto. Madrid, 1588.

Misal Romano de Pio V, en cuarto. Salamanca, 1586.

* Ceremonial de la Dedicacion y Consagracion de la iglesia (del Escorial). Madrid, 1595.

Prado espiritual de Basilio de Sandoro, en fólio. Búrgos, 1588.

Milagros de Nuestra Señora de Monserrate, en octavo. Barcelona, 1594.

Obras de fray Luis de Granada, doce tomos en octavo mayor. Amberes, 1572.

* Calendario perpetuo segun las instituciones de los padres predicadores, por fray Diego Jimenez, en octavo. Salamanca, 1563.

* Oficio de Semana Santa, en dozavo. Alcalá, 1573.

Martirologio Romano traducido por Vazquez, en cuarto. Valladolid, 1586.

Arte de servir á Dios por fray Rodrigo de Solís, en octavo. Valencia, 1574.

* Oficio de san Diego, en octavo. Alcalá, 1549.

Flos Sanctorum de Villegas, cinco tomos en fólio. Madrid, 1594.

El Cartujano, en romance, cuatro tomos en fólio. Sevilla, 1551.

APENDICE II.

Organizacion interior de España en el reinado de Felipe II.—Córtes.—Rentas de la Corona.—Gastos del Estado.—Valor de la moneda.—Apuros del rey en sus últimos años.—Estado de la industria.—Poblacion.—Division de la España en provincias.—Consejos.—Administracion del Estado.—Ramo judicial.—Instruccion pública.

Para dar una sucinta idea del estado interior administrativo económico del pais en el reinado de Felipe II, comenzaremos por las Córtes. Por lo que se ha dicho de estas famosas corporaciones en tiempo del padre, se podrá fácilmente colegir lo que fueron verdaderamente en el del hijo. Las Córtes de Castilla habian espirado en cierto modo en los mismos campos de Villalar donde tuvo fin el alzamiento de las Comunidades. Si antes habian sido un poder en el pais, no fueron desde entonces mas que sombras, y aun nombre sin significado. A excepcion de las celebradas en Madrid en 1538 y 1539, en que causó tantos alborotos y disturbios el empeño del emperador en establecer la sisa, todas las demas celebradas en el resto de aquel siglo fueron asambleas pacíficas, dispuestas siempre á cumplir con la voluntad del rey en todo lo que podia ser conducente á su servicio. Su convocacion no era periódica, ni sus sesiones por lo regular de larga dura. El objeto mas grande é importante de su convocacion, era por lo regular la jura del príncipe he-

redero, y como este cambió cuatro veces durante el reinado de Felipe II, las mismas menos una se reunieron con igual objeto.

Para indicar con toda claridad lo que fueron las Córtes de Castilla, y aun de Aragon durante aquel reinado, las mencionaremos como las del de Cárlos V por órden cronológico.

En el año 1552 celebró Felipe II, siendo príncipe, Córtes en Monzon, con el solo objeto de proporcionar recursos pecuniarios al emperador pues los reclamaba así de Flandes. Las Córtes otorgaron algunos, mas no en la cantidad que los pedia. No dejó de haber disgustos y disturbios en aquellas reuniones. Duraron hasta el año de 1564, aunque no estuvieron todo aquel tiempo constantemente congregadas.

Se hicieron en estas Córtes algunos reglamentos de órden administrativo y económico, sobre reformas en vestidos y muebles: sobre la prorogacion de los fueros del Consejo de la Audiencia Real, y de la córte del Justicia de Aragon; sobre la prorogacion de fueros criminales; sobre los derechos de saca é introduccion de moneda blanca en Aragon por el valle de Aran; sobre el oficio de los diputados; sobre sus salarios, los del canciller de las comptencias, los de los porteros y vegueros de la córte del justicia de Aragon; sobre dotacion y limosnas del hospital general de Zaragoza, y otros objetos de menos importancia.

En 1560 se celebraron en Toledo para jurar por heredero de los reinos al príncipe don Cárlos. Mas no se les hizo ninguna peticion, ni ellas tomaron otras medidas de ninguna especie.

En el año de 1570 se celebraron en Córdoba para dar al rey alguna ayuda de costas que necesitaba para sufragar los gastos de su cuarto matrimonio. Tambien en Sevilla se le hicieron donativos, mas no hubo en esta ciudad convocacion de Córtes.

En 1572 se reunieron en Madrid para la jura del

príncipe don Fernando como heredero de estos reinos.

No se reunieron para la jura del príncipe don Diego, que tuvo lugar cuatro años despues por haber fallecido don Fernando.

En 1585 volvieron á reunirse en Monzon donde quedaron muchos asuntos pendientes de las anteriores. Se juró en ellas por heredero al príncipe don Felipe que lo habia sido en Madrid un año antes.

Se trató ademas en estas Córtes de la prórroga de fueros criminales: de la habilitacion del príncipe para tener Córtes, en atencion á las ocupaciones, corta salud, larga edad y conveniencia de que la magestad resida personalmente fuera de Aragon: de la habilitacion del canciller, por ser valenciano y no aragonés como debiera, el que lo era entonces Micer Simon Frigola; de la habilitacion del doctor Francisco Sesé para ser juez en las audiencias y tribunales; de la habilitacion del pueblo de Binefar, para que dentro de su iglesia parroquial se pueda hacer, tener y celebrar el acto del sólio de aquellas Córtes por la razon de la poca salud que hay en la villa de Monzon y la indisposicion de S. M.: y otros asuntos menos importantes.

Ademas se hicieron arreglos (concordias) entre el rey y el tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion comprendidos en cuarenta y nueve artículos. Todos ellos son de un órden restrictivo respecto á las facultades y prerogativas de los inquisidores. Sobre el nombramiento de familiares; sobre los fueros é inmunidades de estos; sobre la substanciacion de las causas civiles y criminales en el tribunal del Santo Oficio; sobre las competencias que se suscitasen en adelante entre este y los civiles; sobre la esfera de su jurisdiccion, etc. Sin alterarse nada esencial en las atribuciones de la Inquisicion, se ve por la lectura de la concordia que se habian introducido abusos que parecian mal hasta á las personas mas timoratas y celosas porque se castigasen los hereges, y los demas enemigos de la fé. Tambien se hizo en estas Córtes una concordia sobre las fiestas

de córte de la ciudad de Zaragoza que ascendian á sesenta y tres. (1)

Ya hemos hablado en su debido tiempo de la jura del mismo príncipe en Pamplona casi por el mismo tiempo, sin que las Córtes convocadas para ello hubiesen entendido en mas negocios.

En 1586 se juntaron Córtes en Madrid y estuvieron reunidas hasta el año de 1590. Se hicieron en ellas muchos arreglos y el rey accedió á casi todas las peticione de los procuradores. Citaremos algunas de sus pragmátic as que nos parecen mas dignas de atencion, y características de aquella época:

Se prohibió labrar moneda de vellon á los particulares; lo que prueba que era entonces una industria comun, y que la real hacienda tomaba esta moneda de los fabricantes.

Se dió permiso de armar navíos contra infieles. Se prohibió aumentar el número de alcaldes y regidores de los pueblos. Se prohibió que se vendiesen en adelante oficios de escribanos y regidores, y que adquirian por lo regular gentes forasteras con grave detrimento del vecindario. permitiéndose al mismo tiempo que los ya vendidos fuesen comprados y rescatados por los mismos pueblos.

Se mandó que los alguaciles de los proveedores llevasen testimonio de escribano de los víveres y demas artículos de provision que se hubiese de sacar á cada pueblo.

Se prohibió que se salase el pescado con agua del mar.

Se mandó que los alcaldes de los pueblos informasen de los parages donde conviniese formar puentes. Se mandó que en las puertas de los tribunales se pusiesen tablas de pleitos para que segun su antigüedad se fuesen viendo.

---

(1) Las actas de las Córtes de Monzon en sus dos épocas están recopiladas de un libro que lleva este título, publicado en Zarago-ca 1608.

Se prohibió que fuesen tapadas las mujeres bajo la pena de tres mil maravedises.

Se dieron providencias para refrenar la insolencia de los lacayos.

Se mandó que los gitanos no vendiesen nada, sin testimonio de escribano, debiendo considerarse como hurto todo lo que no llevase este resguardo.

Se tomaron providencias para refrenar el lujo de los trajes.

Se mandó que en dos años no se matasen corderos, machos ó hembras; lo que denota la gran escasez que habia entonces de esta especie de ganado. Tambien se prohibió que se matasen las terneras.

Se mandó que no se tejiesen en adelante mas trajes de telas de seda que las usadas antes, terciopelos, raso, damasco, tafetan, sin labor ninguna: prohibiendo la introduccion de semejantes géneros.

Se prohibió comprar carnes vivas para venderlas así mismo en pie en el mismo mercado ó feria.

Se prohibió que los cereros echasen en la cera pez, resina, trementina ó sebo, bajo la multa de dos mil maravedises por primera vez y seis mil por la segunda.

Se mandó, ó por mejor decir serenovó la prágmatica dada ya algunos años antes en que se mandaba que las hojas de las espadas, estoques, cuchillas y demas armas de esta clase no pasasen de cuatro quintas partes de vara.

Entre las cosas que se pidieron y no se otorgaron por entonces aunque prometió el rey que se verian con detencion en su Consejo, merece particular mencion una en que se prevenia que ningun coche de calle á escepcion de los del rey pudiesen llevar mas que dos mulas ó caballos: que los coches (con la misma excepcion) no fuesen aforrados mas que de paño, cuero, bayeta, frisa, baqueta, fieltro encerado, sin flecos de oro, ni de plata, de seda, ni pasamanos, ni mas que una trencilla de seda, donde clavasen las tachuelas, sin ninguna otra guarnicion ni po

dentro ni por fuera; sin clavos dorados ni plateados, obsservándose lo mismo con las guarniciones de las mulas ó caballos.

Tambien se propuso una prágmatica para que ninguna mujer cortesana pudiese andar en ningun género de coche ó carroza suya, prestada ó alquilada. (1)

En 1592 se celebraron Córtes en la ciudad de Tarazona en Aragon, y que merecen mencion particular, porque se convocaron muy poco despues de los disturbios que habian ocurrido en aquel reino. Como algunos autores extranjeros dan á entender que fueron seguidas de la pérdida de sus fueros, entraremos en algunos pormenores de estas Córtes para establecer mejor los hechos. Como se verá los fueros no fueron abolidos, mas quedaron tan mermados, que podian considerarse como semidestruidos.

Temiéndose que acudirian tanto entonces como en lo sucesivo pocos individuos de los que tenian derecho á ello, se estableció que por pocos que fuesen los individuos de un brazo, formasen brazo; y en caso de faltar un brazo ó brazos tuviese la misma fuerza lo que hiciesen los demás, que si estuviesen presentes todos cuatro.

Se exceptuó sin embargo de esta disposicion todo lo relativo á la aplicacion de pena de tormento, la pena de galeras aplicada á otros que á ladrones, confiscacion de bienes, imposicion de mas tributos que los anteriores; pues para todos estos casos se declaró ser necesaria la asistencia de los cuatro brazos.

Se mandó que los que tuviesen que exponer á las Córtes greuges (agravios), lo hiciesen ante el Justicia dentro de los veinte dias feriados ó no feriados, despues de la convocacion y ante las Córtes á los treinta, asignán-

---

(1) Están sacadas estas noticias de una coleccion en tres grandes volúmenes de varios documentos, unos impresos é inéditos otros, que se hallan en la biblioteca de la Academia de la Historia.

dose el mismo plazo á los greuges que ocurriesen durante la celebracion dé las sesiones.

Se abolió el recurso de la via privilegiada en materia de enjuiciamientos para los casos de crímen de lesa magestad, falsificacion de monéda, falsificacion de documentos ó mas escrituras, pecado nefando, homicidio ó mutilacion á traicion, resistencia abierta á la justicia, introduccion de caballos ó municiones en Francia, sediciones, pasquines y libelos.

Se decretó pena de muerte contra el que obtuviese el beneficio de la manifestacion por medio de alegatos falsos.

Se dispuso que fuese permitida la extradicion de los criminales de otro reino, y que siempre que el rey pidiese las personas de sus criados ó ministros ó secretario, ó cualquiera otros empleados suyos refugiados en Aragon, se las entregasen fuesen ó no naturales de este reino.

Se mandó que la gente armada del reino de Aragon no estuviese mandada en adelante sino por el presidente de la Audiencia.

Se estableció que el cargo de Justicia que hasta entonces habia sido vitalicio y comunmente hereditario, fuese amovible á voluntad del rey.

Se mandó que la diputacion no pudiese hacer convocaciones de ninguna especie,

Se mandó que los votos de los jueces que hasta entonces habian sido públicos fuesen secretos en adelante, sin que ninguno tuviese derecho de que se le manifestasen.

Para el nombramiento de los lugar-tenientes, se dispuso que designase el rey nueve personas de las que se debian insacular (poner sus nombres en un saco ó bolsa) ocho, dirigiéndose dos por cada brazo, con cuya operacion quedaba exceptuado uno de los nueve. De los ocho insaculados, tenia el derecho el rey de elegir los cinco que debian ser lugar-tenientes, quedando los otros tres insaculados hasta que saliesen á suerte para reemplazar las vacantes que ocurriesen.

Se mandó ademas que se hiciese una manifestacion mútua de procesos entre el Justicia y la Audiencia cuando alguna de ambas partes lo pidiese. Antes tenia exclusivamente este derecho el primero de los dos tribunales, considerándose el segundo como de inferior categoría.

Se decretó que se compeliese á hacer paces á las personas que se sabian andar enemistadas, estableciéndose la pena de prision á cualquiera de las partes que se negase á ello, y aun no seria puesto en libertad hasta haber dado la aquiesciencia.

Se decretaron penas rigurosas contra cualquiera que publicase escritos por via de la imprenta sin el permiso prévio de las autoridades competentes.

Se estableció que los vireyes de Aragon pudiesen ser extranjeros, es decir, no naturales del reino, si tal era el beneplácito del monarca.

Así quedaron decididos á favor de éste los puntos de litigio que aún estaban pendientes hasta entonces: reducidos á una mera sombra los fueros de Aragon, y el rey tan soberano de este reino como de Castilla.

No se pudieron evacuar durante la celebracion de las Córtes de Tarazona todos los asuntos que se debian tratar en asamblea. Para no prolongarla demasiado se determinó formar una concordia, es decir, una comision mixta compuesta de delegados por el rey, y otro número igual por los cuatro brazos; comprometiéndose todos á reconocer por ley dada en Córtes lo que la concordia estableciese y determinase. Hasta enero de 1594 no concluyó ésta sus trabajos, en cuyos pormenores no entramos por ser relativos á disposiciones de un órden secundario. (1)

Como uno de los grandes fundamentos de la importancia de las Córtes, consistia en el servicio que decretaban

(1) Véanse los documentos ya citados de la Biblioteca de la Accademia de la Historia.

para el rey, es decir, en las contribuciones que de Córtes á Córtes imponian sobre el pueblo para sufragar los gastos de la Corona ó del Estado, debió de cesar esta importancia cuando establecidas las rentas de un modo permanente por pragmática ó decretos reales, y tambien por usos y costumbres llegó el rey á ser independiente de la buena ó mala voluntad de estas asambleas populares. Establecido el despotismo de hecho, fué el derecho divino de los reyes el dogma principal de la fé política de los españoles. El monarca era todo; fuente de poder, fuente de justicia, señor de haciendas, señor de vidas. En las Córtes se veia mas bien la expresion de homenaje y vasallaje de los pueblos hácia el rey, que una participacion de sus poderes.

Las rentas de la Corona en tiempo de Felipe II se componian casi de los mismos ramos y arbitrios que en el de su padre. Una gran parte de las antiguas contribuciones que fechaban desde los primeros reyes de Castilla estaban en desuso: se habian establecido otras nuevas de mas sólidos productos. Como la Corona, es decir el Estado se componia entonces de partes tan heterogéneas, eran las contribuciones unas generales, otras locales que se resentian de su primitiva procedencia. El medio mejor de conocer el número y diversa calidad de todas estas rentas, será presentar un cuadro de todo lo que ingresaba en las arcas reales por los años de 1577.

RAMOS.	MARAVEDISES.
Salinas.	93.000.000
Diezmos de mar de los géneros que vienen á Castilla de Vizcaya, Guipúzcoa y de las Cuatro Villas.	70.000.000
Idem de lo que viene por el Puerto de Leon y pasa por el puerto de Sanabria y Villafranca.	1.000.000
Suma.	164.000,000

RAMOS.	MARAVEDISES.
Suma de la anterior. . .	164.000,000
Idem de Asturias que pasan por Oviedo.	375,000
Rentas del Prevostazgo de la ciudad de Bilbao.	590,500
Alcabalas y tercias reales de todo el reino.	183.742,880
Servicio y montazgo.	19.530,000
Idem del Señorío de Sevilla.	2.000,000
Almadraba de la ciudad de Cádiz y pesca de los atunes.	3.350,000
Sedas del reino de Granada.	22.000,000
La renta de la Abuela y Avices. . . .	2.750,000
El señorío ordinario de los reyes de Castilla.	106.350,000
Los derechos de los puertos secos de los reinos de Aragon y Navarra. . .	69.350,000
Las rentas de las lanas extraidas. . . .	53.586,000
Las de los naipes introducidos pagándose por cada baraja medio real. . . .	20.000,000
Almojarifazgo mayor de Sevilla arrendado por la ciudad.	156.339,000
El de Indias.	67.000,000
Los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara.	98.000,000
El arrendamiento de las yerbas de los mismos.	37.500,000
El pozo del azogue del Almaden. . . .	75.000,000
La Santa Cruzada.	200.000,000
El subsidio eclesiástico.	65.000,000
El Excusado.	110.000,000
Por el servicio de esclavos y galeotes. .	7.750,000
La moneda forera.	6.656,000
De Indias un año con otro.	300.000,000
Suma.	1,770.869,380

RAMOS.	MARAVEDISES.
Suma de la anterior . . .	1,770,869,380
Derechos de los puertos secos de Portugal con estos de Castilla.	36.155,000
El reino de Navarra.	35.500,000
Los de Valencia, Aragon y Cataluña. .	75.000.000
Nápoles, Pulla y Calabria.	750.000.000
Sicilia.	338.000.000
Milan.	300.000.000
Las rentas de las rajas que entran fuera de estos reinos.	10.000.000
Total (1).	3,305.524,380

No se incluyen en estas rentas las islas de Cerdeña y Mallorca, cuyos gastos absorbian todos sus productos. Tampoco los Paises Bajos y Borgoña, cuyas rentas eran anteriormente de setecientos millones un año con otro, y que entonces por el estado de las guerras consumian mas que producian.

Tampoco se incluyen los productos de la mina de Guadalcanal que eran anteriormente de ciento ochenta y siete millones que por entonces se ignoraban.

En los años sucesivos crecieron las rentas en algunos ramos, sobre todo, lo que venia de las Indias, debiéndose tener en cuenta de que entonces pertenecian á la corona de Castilla, el Portugal y sus posesiones allende de los mares. Portugal producia setecientos cuarenta y ocho millones. Las Indias, setecientos cuarenta y ocho millones. Nápoles, Sicilia y Milan, rendian casi la misma renta que la ya indicada. Las alcabalas se mantenian sobre poco mas ó menos en el mismo estado. Las estancadas y otros servicios producian mil cuatrocientos noven-

(1) Véase la obra sobre Hacienda de don Juan Lopez Juana Pinilla. Este documento está sacado de la Academia de la Historia.

ta y seis mi lones, de manera, que las rentas totales del estado ascendian á fines de aquel siglo ó principios del siguiente á siete mil setecientos nueve millones quinientos ochenta mil ochocientos ochenta, es decir, poco menos que el doble de las rentas del año de 1577.

Las rentas del Estado fueron decayendo en tales términos que en el reinado de Cárlos II solo entraron líquidos en las arcas reales treinta millones quinientos veinte y siete mil ciento cincuenta y nueve reales, que no es ni aun la octava parte de los productos del principio de aquel siglo.

Algunas de las rentas del Estado estaban arrendadas. Las del Almojarifazgo de Sevilla y el de Indias, por la ciudad de Sevilla. La de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, por los Fúcares (Fugger), casa alemana de comercio muy rica de aquel tiempo que hacia adelantos y sacaba de apuros muchas veces á los reyes (1).

No entraremos en los pormenores de la inversion de todas estas rentas. Los gastos del Estado eran entonces mucho menores que en el dia. Como las alcabalas estaban por la mayor parte encabezadas, y otras rentas pasaban por manos de arrendadores, no necesitaba la Corona pagar mucha gente para recaudarlas. Los ejércitos no eran permanentes, es decir, por instituto, aunque por las continuas guerras que sostuvieron durante este reinado hubo constantemente sobre las armas un número de tropas muy considerable. Cada hombre costaba mas que en el dia, es decir, teniendo presente la diferencia del valor de la moneda; mas se pagaban menos hombres, y

---

(1) El nombre de la calle del Fúcar en Madrid es un testimonio de la importancia de esta casa de comercio. Cuando en la cueva de Montesinos se presentó á don Quijote una doncella de Dulcinea á pedirle de parte de su ama le prestase seis reales sobre un faldellin de cotonía; respondió el enamorado caballero; «decid, amiga, á vuestra señora que á mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un *Fúcar* para remediarlos.» (D. Quijote, part. 2.ª, cap. XXIII.)

sobre todo la contabilidad militar no necesitaba el enjambre de empleados que á este objeto se dedican en el dia. Lo mismo sucedia con la marina, de que nos ocuparemos á su debido tiempo, y lo mismo del número de los empleados de otros ramos. Para saber á punto fijo lo que se podia hacer con los ciento treinta y un millones de reales á que ascendian las rentas en 1577, y los doscientos y veinte y seis que importaban á fines de aquel siglo, se necesitaria saber la justa razon del valor de la moneda de aquel tiempo al del presente, y sobre todo si se observa la misma razon entre el precio de todos los artículos. De todo esto nos quedan noticias poco exactas. Sandoval, contrayéndose al primer tercio del siglo XVI, dice que en Valladolid ascendia á diez maravedís el precio de la libra de carne. De los archivos de la antigua villa del Escorial, consta que por los años de 1589 valia la libra de tocino á diez y nueve maravedises, término medio; la de vaca, catorce; las dos libras y media de pan, nueve; una libra de pescado fresco, treinta; una panilla de aceite, seis; un novillo gordo, 600; un buey, quince ducados, etc. Segun el padre Sigüenza, que en su historia de la órden de san Gerónimo da sobre la construccion de la obra del Escorial pormenores tan interesantes, á cada cuarenta oficiales se distribuian mensualmente doscientos ducados, de lo que se infiere que el jornal era sobre poco mas ó menos de dos reales, contando solo los dias de trabajo.

Los precios variarian sin duda segun las provincias y la escasez y abundancia de los años; mas teniendo presentes todos estos datos se puede calcular que el precio de los géneros ó artículos de primera necesidad era en aquellos tiempos la tercera parte que en los nuestros, es decir, triple el valor de la moneda. Tal vez no se puede hacer el mismo cómputo en los géneros de lujo por las razones que expondremos luego. Contrayéndonos por ahora á los gastos del Estado, se debe suponer, que con los quinientos millones de reales, término medio de renta, contando siempre con el valor triple del dinero, y el mu-

cho menor número de empleados, debia de haber lo bastante para cubrir los gastos del Estado. Sin embargo, habia escasez con frecuencia, y ocurrian apuros, sobre todo tratándose de pagas atrasadas que daban márgen á tan frecuentes sediciones.

Felipe II se empeñó en gastos enormes que le hubiese sido imposible sufragar sin la observancia del órden mas exacto, de la mas severa economía. Le costó grandes sumas la construccion de la armada que equipó en Lisboa; las empleó en sus guerras de Flandes, donde el sueldo de las tropas, por la mayor parte mercenarias, era muy crecido. Por espacio de treinta años estuvo enviando á Francia crecidas cantidades á los que apoyaban su parcialidad y servian su política; sin contar los gastos de las tropas que en diversas épocas militaron con las de la liga. Todos los personajes que empleaba afuera, todos los que mandaban sus ejércitos y los capitanes que mas se distinguian, recibian de él de cuando en cuando gratificaciones muy crecidas. Algunos le acusaron de avaricia: no fué en verdad muy pródigo, mas sin este rigor severo en la distribucion, no hubiese habido tesoros suficientes para tantas atenciones.

Felipe II fué sin duda el monarca mas rico de la Europa de su tiempo. Por el estado de las rentas en 1577, se vé que no recibia de las Indias mas que unos trescientos millones de maravedises, es decir, nueve escasos de reales, cantidad que no responde á la idea que se tuvo entonces, y se propagó despues de los rios de oro y plata que corrian á sus arcas de aquellas inmensas posesiones. Los Estados de Nápoles y Sicilia le producian el doble. Aún no estaban bien regularizados los tributos de ultramar ni tampoco la esplotacion de las minas que con el tiempo rindieron tan pingües beneficios.

Sobre los gastos del suntuoso monumento del Escorial hay diversidad de pareceres y de autoridades. El padre Villacastin, que desde el principio al fin fué sobrestante de la obra, dice que se gastaron en todo el edi-

ficio tres millones quinientos mil ducados. Es probable que en este conjunto no entrase mas que el costo de la simple arquitectura, es decir, de las paredes. El ramo de adornos en pinturas, esculturas, entalladuras de maderas, sin contar con los vasos sagrados, ornamentos y demas útiles del culto debió de costar inmensas sumas. El rey recompensó con liberalidad á todos los artistas tanto extranjeros como nacionales empleados en aquellas obras; los Trezzos, los Cambiazos, los Peregrinis, los Monegros, los Zúcaros, los Carduchos y otros mas artistas. De esto hablaremos mas despacio cuando tratemos de las nobles artes.

A fuer de tantos gastos, y bajo el peso de tan porfiadas guerras, murió el rey pobre y con las rentas empeñadas. El saqueo de Cádiz fué un golpe terrible para su tesoro y los intereses del comercio. Heredó Felipe III sus apuros y estrecheces que eran grandes en aquella época. Mas en los asuntos de este nuevo reinado no tenemos que ocuparnos.

La idea sucinta que acabamos de presentar acerca de las rentas, recursos y gastos en aquella época suscita naturalmente una cuestion: ¿estaban las artes de la industria, la agricultura, el comercio y demas fuentes de riqueza pública mas adelantadas que en el dia? ¿Hemos progresado ó retrocedido desde entonces?

El espíritu nacional suele ser una guia mal segura cuando se trata de materias de hecho, que exigen solo imparcial indagacion, buena crítica y análisis exacta de los hechos. El amor propio abulta los objetos, y cuanto mas se dista de ellos, tanto mas crecen las ilusiones y se establecen sólidamente los errores. Estamos muy acostumbrados en España á juzgar de su riqueza, de sus recursos, del estado de su industria por la grandeza y el poder de los monarcas que entonces la mandaban. Grandes y poderosos fueron el emperador Cárlos V y su hijo don Felipe II, pero España ni era mas rica, ni mas industriosa, ni mas manufacturera que en el dia; si hay des-

proporcion está completamente la ventaja por los tiempos que alcanzamos. Algun dia participamos nosotros de este error, mas los hechos son superiores á todas las ilusiones de amor propio. Ha contribuido mucho á destruir esta ilusion uno de los hombres mas conocidos, y hasta célebre por su españolismo; á saber, don Antonio Capmany, cuyo voto no puede ser sospechoso tratándose de una materia que como español tocaba tan al vivo á su amor propio. Entre los escritos debidos á la pluma de este insigne literato, merecen un lugar muy distinguido sus *Cuestiones críticas* sobre varios puntos de historia económica, política y militar, consagrándose una de ellas á la averiguacion de si la *industria, la agricultura y la poblacion de España de los siglos pasados ha llevado ventaja á las del tiempo presente.* Aconsejamos al lector que tenga alguna curiosidad de enterarse de una materia tan interesante, la lectura de este escrito que solo ocupa 73 páginas en la edicion en cuarto que en 1807 se hizo de esta obra. Ignoramos si hay otra ú otras. En él verá pormenores muy curiosos de lo que era la poblacion, la industria, la agricultura, el comercio activo y pasivo de España, durante los siglos XIV, XV, XVI y hasta muy entrado el XVII. Allí se convencerá por las mismas autoridades que en él cita de que no son mas que sueños é ilusiones cuanto nos ponderan de la riqueza, de las manufacturas, de la poblacion, de la agricultura en aquellos tiempos apartados; de que solo están en el papel los miles de telares de seda de Sevilla, de Toledo, de Valencia y otros puntos, los objetos preciosos que exportábamos, las magníficas férias á donde acudian todas las mercancías del mundo traficante. La pintura que hace nuestro autor de la situacion de España en dichas épocas, no es sin duda placentera; mas es un cuadro fiel apoyado en datos evidentes, en raciocinios que son irresistibles. Todo cuanto entonces elaborábamos se reducia á efectos de pura necesidad y de consumo para las clases ínfimas, y si se quiere de una decente medianía. En todos los obje-

tos de lujo, tanto relativos á trajes como á muebles y demas comodidades de la vida, éramos tributarios de los extranjeros. De allí nos venian hasta armas, hasta pertrechos de guerra, hasta galeras, sin decir por esto que semejantes artículos no se fabricasen en España, mas no satisfacian todas las necesidades. Todo cuanto esportábamos se reducia á producciones brutas que allá se elaboraban para devolvérnoslas en un nuevo estado que aumentaba la riqueza de los extranjeros. Hay relaciones fidedignas sobre el estado deplorable de nuestra agricultura, y una porcion de órdenes económicas y administrativas en que se hacian hasta reformas en los trajes, prohibiendo á clases determinadas usar ciertos géneros de costosa importacion, demuestran lo persuadido que estaba el gobierno de la necesidad de curar males y atajar desórdenes. Y no se crea que empezó este atraso y esta decadencia con el descubrimiento y ocupacion del Nuevo Mundo, pues los males fueron anteriores á la época en que el oro y plata traidos de Indias pudieron haber paralizado nuestra industria. Es probable, y hasta se puede sentar como hecho positivo, que el estado de algunas provincias interiores del reino, el de Castilla por ejemplo, era algo mas próspero en aquellos tiempos anteriores; y que aunque con alguna exageracion, fueron de grande importancia las ferias de Medina del Campo, de Villalon y otros puntos, donde habia circulacion de caudales y gran movimiento de comercio. Todo en efecto en Castilla ofrece el aspecto de la decadencia y hasta decreptitud en muchos puntos; mas es un hecho demostrable que en todas las provincias litorales de España han crecido la poblacion, la industria, la agricultura y todas las demas artes que contribuyen al aumento de la riqueza pública; y que no hay comparacion entre su estado actual y el que tenian á últimos del siglo XVII. A las épocas en que estaban dichas provincias bajo la dominacion mahometana no nos referimos. No desconocemos los cuadros lisonjeros de la industria y riqueza que alcanzaron en tiempo de los ára-

bes. Tal vez son algo inexactas estas descripciones, mas no importan para nuestro asunto, contrayéndonos solo á indicar que la España de Cárlos V y de Felipe II, bajo el aspecto económico é industrial, valia menos que en el dia. Y no olvide el lector que á todo cuanto llevamos dicho nos ha servido de guia el citado escritor, que á sus conocimientos y á su tacto crítico, unia un españolismo de estos que se pueden llamar rancios: un hombre que en momentos de buen humor solia decir á sus amigos: «estoy vestido de paño español, cosido por manos »españolas y con agujas españolas, cortado con tijeras »españolas, todo trabajado en una tienda donde no hay »mas que muebles españoles.» La fuerza de la verdad pudo sin embargo mas en él que todos sus sentimientos é ilusiones de amor propio.

No estará demas que demos una sucinta idea de la poblacion de España, segun el censo de 1591. Resulta, que el número de vecinos era un millon, seiscientos cuarenta y un mil seiscientos cincuenta y ocho, y el de almas ocho millones, doscientos seis mil setecientos noventa y uno. El clero secular, contando por cada casa tres personas, ascendia á doscientos sesenta y cinco mil seiscientos treinta y ocho; el de los monjes y frailes con sus dependientes, á sesenta y dos mil doscientos cuarenta y nueve, y el de monjas á treinta y dos mil y quinientas: total de individuos pertenecientes al clero, trescientos sesenta mil trescientos ochenta y siete.

Por el censo presentado por los obispos en varias épocas, resulta, que en trescientos sesenta y siete diversos distritos eclesiásticos existian catorce mil novecientas sesenta y cuatro pilas, siendo en su totalidad el número de vecinos un millon, doscientos noventa y seis mil doscientos cincuenta y siete.

Consta asimismo de estados presentados por los obispos que el número de los moriscos de 1581 á 1589, no contando los del reino de Granada, ascendia á doscientos treinta y un mil trescientos sesenta y siete. De otro cen-

so hecho en 1594, consta, que el número de vecinos pecheros ascendia á un millon trescientos cincuenta y ocho mil trescientos diez y siete, y el de hidalgos á ciento ocho mil trescientos cincuenta y ocho.

Se contaba entonces por provincias como ahora. A excepcion de Galicia, Asturias, las Vascongadas, y la corona de Aragon, las otras componian el mismo número casi con los mismos nombres que en el dia. Eran provincias Burgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen, Zamora, Toro, Avila, Soria, Salamanca, Segovia, Cuenca, Guadalajara, Madrid, Valladolid, Toledo. Como se vé hay entre estas una que no existe ya en el dia, á saber: la de Toro. Tampoco están inclusas en esta lista las de nueva formacion, como Cádiz, Málaga, Almería, Huelva y otras.

En los demas ramos de la administracion veremos la misma semejanza con lo que existia antes del gran acontecimiento ya citado. Tambien observaremos menos complicacion, mas sencillez en las formas, y un número mucho menos considerable de empleados. Entonces se escribia mucho menos que en el dia. No se habia inventado el arte de complicar los negocios, de introducir en la máquina administrativa ruedas inútiles y que muchas veces embarazan el movimiento de otras que no lo son todo al parecer, con el solo objeto de aumentar el número de los empleados, y por consiguiente el de las cargas públicas. A la cabeza de los principales ramos de la administracion existian los mismos cuerpos colegiados con el nombre de Consejos, que ora despachaban negocios de puro régimen y administracion, ora funcionaban como supremos tribunales de justicia. Ocupaban entre ellos un lugar preferente el denominado Consejo Real ó de Castilla, cuya institucion remonta hasta el siglo XIII, asimismo con su seccion llamada Cámara de Castilla, ya instituida por los reyes católicos con las mismas atribuciones de que estaba revestida en tiempos mas modernos. Habia Consejo de Hacienda para la administracion de este

ramo; Consejo de Aragon, Consejo de Italia encargados de los negocios de ambos reinos. Tambien habia Consejo para los de Flandes; mas el de Indias no habia recibido la organizacion que se le dió en tiempos posteriores. Para tratar los graves negocios de Estado y deliberar sobre ellos con el rey, no habia realmente un Consejo de este nombre; mas el rey acostumbraba siempre á rodearse en estos lances de ciertas personas determinadas que habitualmente tenian plaza en el Consejo. Desde los principios del reinado de Felipe II se manifestaron en esta corporacion dos parcialidades, capitaneadas la una por el famoso duque de Alba, y la segunda por Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli. Propendia siempre la primera al rigor, á medidas prontas, ejecutivas y severas, en lugar de que la segunda trataba de obtener el mismo fin por medios mas suaves y si se quiere mas artificiosos. Se vió esto claramente cuando se discutió sobre la conveniencia de presentarse el rey ó no en los Paises Bajos, y en el primer caso si iria solo ó con ejército. Prevaleció, como hemos visto, la opinion del duque de Alba, quien se opuso á la partida del rey, é insistió con teson en que se mandase allá un ejército el mas numeroso que posible fuese. Igual divergencia se observaba en otros negocios del mismo interés; y aunque venció á las veces la parcialidad del duque de Alba, no dejaba el rey de seguir muchas veces los consejos de Rui Gomez. Con la muerte de este personaje se fué rebajando poco á poco la indulgencia, y á la entrada del cardenal Granvela en el Consejo de Italia, todo volvió á tomar aquella forma dura y carácter expeditivo que se avenia mejor con el del monarca, y estaba mas en sus inclinaciones.

No se conocian entonces los altos funcionarios que tomaron con el tiempo y de data muy reciente el nombre de ministros. Muchos negocios se despachaban por los mismos Consejos, siendo el órgano oficial de sus determinaciones el secretario respectivo. Los que el rey resolvia por sí mismo pasaban por la mano de sus secreta-

rios, que eran unos meros dependientes y auxiliares suyos. Se llamaban estos por la naturaleza de sus atribuciones secretarios de Estado, y por lo regular intervenian y eran el órgano de las voluntades del rey en los negocios extranjeros. A veces habia un secretario solo, á veces se dividia el trabajo entre dos ó tres, despachando uno los negocios de Italia, otro los de España, etc., segun el rey acordaba la distribucion ó repartimiento del trabajo. Fué secretario de Estado antes de Antonio Perez, su padre Gonzalo, literato distinguido y secretario único. A su muerte se dividió su secretaría en dos, dando una parte á su hijo Antonio Perez, y la otra á Gerónimo Zayas; mas con el tiempo fué aquel ganando terreno en el ánimo del rey, de modo, que cuando su caida, desempeñaba generalmente todos los negocios del Estado. Cuando el cardenal Granvela fué investido del cargo de presidente del Consejo de Italia quedó desempeñando todos los negocios extranjeros. Se le agregaron dos secretarios de Estado, llamado uno Juan de Idiaquez y el otro Cristóbal Moura ó Mora, dos personas no de gran ingenio y saber, mas laboriosos y aplicados á los negocios, que permanecieron en sus cargos hasta la muerte del monarca.

El sistema judicial era tambien el mismo sobre poco mas ó menos. Estaba la justicia criminal de la córte encomendada á la sala de Alcaldes de este nombre, cuya jurisdiccion, ademas de Madrid, se extendia á los pueblos de los alrededores; es decir, al territorio, que entonces como despues fué conocido con la denominacion de *Rastro*. La Chancillería de Valladolid con un juez mayor para entender en los negocios de Vizcaya estaba establecida desde muy antiguo: la de Granada lo habia sido por los Reyes Católicos despues de su conquista. Ademas de estos dos tribunales superiores habia las Audiencias, revestidas casi con las mismas atribuciones que en el dia. Los jueces inferiores se llamaban alcaldes ó corregidores ó merinos, variando la jurisdiccion,

dignidad y atribuciones segun la heterogeneidad que se observaba en los varios elementos de la monarquía, donde cada pueblo se hallaba en una situacion particular por la diversidad de las cartas, de las concesiones, de los privilegios que los reyes en varias épocas les habian otorgado. Aunque el sistema feudal estaba poco menos que destruido, aparecian todavía sus vestigios en los privilegios que conservaban los señores de administrar justicia y gobernar á su modo los pueblos que de ellos directamente dependian. Lo mismo se puede decir de los ayuntamientos, de estas corporaciones populares, cuyos cargos eran en algunas partes electivos, en otras hereditarios, variando asimismo el número de los llamados á dar su voto cuando se trataba de estos nombramientos. En 1569 expidió Felipe II la órden de recopilar las leyes que regian entonces, cuyo trabajo se conoce con el título de Nueva Recopilacion en nuestros dias.

En cuanto á las universidades, prescindiendo de lo que en ellas se enseñaba, ya estaba organizado como ahora. Habia ya fuero de universidad y una proteccion marcada por la ley á los jóvenes que abrazaban la carrera del estudio. La de Alcalá conservaba el esplendor que le habia dado su fundador el famoso cardenal Cisneros. La de Salamanca no habia perdido la reputacion de ser el primer cuerpo sábio de la España. Ya estaban á la sazon fundadas las universidades de Sevilla, de Granada, de Toledo, de Osuna, de Valladolid, de Santiago, de Oviedo, y casi todas las que existen en el dia.

APENDICE III.

Estado militar.—Táctica.—Organizacion.—Fuerzas militares.—Capitanes famosos.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Ramo de fortificaciones.—Fuerzas navales.—Organizacion.—Conquistas.—Expediciones.—Descubrimientos de la otra parte de los mares.—Clasificacion de los buques de aquel tiempo.

Por lo que hemos dicho en el capítulo VI de esta obra, se vé que el siglo XVI no fué época de menos reformas y adelantos en la ciencia y arte de la guerra que en los demas ramos del saber humano. Formó el servicio militar una profesion aparte, en tal manera, que los que se dedicaban á la carrera de las armas, sobre todo en las clases subalternas, no se consagraban á otra ocupacion, ni sabian otro oficio. Salió la infantería de la especie de abyeccion á que se la tenia condenada en los siglos de la edad media, hasta el punto de componer la parte principal de los ejércitos. Desde que se adoptó el arcabuz ó mosquete, como arma del combatiente á pié, se reconoció la ineficacia de todas las demas arrojadizas. Desapareció por lo mismo el uso del arco y la ballesta, quedando reducidos á la pica y al arcabuz el armamento de la infantería. Comenzaron los arcabuces á ser de preferencia; mas por su mucho coste ó por su manejo entonces poco fácil, no formaron los arcabuceros mas que una parte insignificante de la infantería. En el puñado de guer-

reros con que emprendió Hernan Cortés la conquista de la Nueva-España, no llegaban á la décima parte los que iban armados de arcabuces. Conforme adelantaba el siglo iba aumentando el número de las armas de fuego, mas todavía no formaban los arcabuceros cuerpo separado. Se les destinaba por lo regular al servicio de vanguardia: en línea ocupaban el centro y los costados de los escuadrones. Al llegar á la mitad de dicho siglo ya vemos cuerpos de arcabuceros bastante numerosos, donde entraban por cientos y hasta miles; mas á pesar de esta innovacion y de lo reconocidas que estaban las ventajas de esta arma arrojadiza, todavía era la pica la primera de la infantería. Indicaremos como prueba de la verdad de este hecho que en cuantas innovaciones y mejoras se trataron de hacer en la infantería por los que de tácticos ó escuadronistas se preciaban, se tomó por tipo la legion romana cuyas armas eran parecidas á las de nuestra infantería de entonces y cuya táctica seria inaplicable si ésta fuese solo armada de mosquetes ó fusiles. Como piqueros se distinguieron nuestros españoles en la guerra de Italia donde se hizo tan célebre nuestra infantería. En la pica eran sobresalientes los suizos y los alemanes que se alistaban como mercenarios en todos los ejércitos de Europa. La misma formacion de los cuadros llenos que en el mismo capítulo dejamos mencionada, seria inútil á no ser la pica el arma principal de las batallas. La táctica, pues, de aquellos tiempos, sobre todo de la infantería, debia de ser diversa de la nuestra por esta misma diferencia de las armas. El uso de las arrojadizas permite pelear de lejos: no puede suceder lo mismo con las que se llaman de mano donde los combatientes tienen que tocarse. En este caso pelean todos, soldados, oficiales, jefes y hasta los mismos que dirigen los ejércitos. La fuerza personal, la destreza en el manejo de las armas eran para todos de una necesidad indispensable. Empeñado ya un lance quedaba siempre la victoria por el mas fuerte ó el mas valiente. Debia de ser muy difícil maniobrar durante la refriega no pu-

diendo suceder lo que en el dia que por el uso de las armas de fuego y combatirse por lo mismo desde lejos quedan las tropas mas desembarazadas y libres en sus movimientos. En tiempos modernos se dan batallas sin que los principales jefes materialmente peleen: no podia suceder lo mismo en el tiempo á que aludimos. Con armaduras tan fuertes como las de sus mismos hombres de armas, y con igual destreza manejaban la lanza y la espada; siéndoles su brazo poderoso de tanta utilidad en muchas ocasiones como al último de los soldados de su ejército. Tenian que ser por precision ágiles, fuertes y robustos, pues de lo contrario no podian presentarse sin grandes inconvenientes para ellos en un dia de batalla. Así cuantas relaciones se nos han trasmitido de los primeros caudillos de aquel tiempo, cuantos testimonios nos quedan de ellos por retratos, estátuas, ó en cualquiera otro modo de representacion, nos hacen ver que lo gallardo y apuesto de sus personas, correspondia perfectamente al brillo de su rango. Tales fueron los Gonzalos de Córdoba, los García Paredes, los Pescaras, los Leibas, los duques de Alba, los Colonnas, los Farnesios, los Guisas y cuantos personajes estaban revestidos con el cargo de caudillos. Si en el dia se necesita mas genio para dirigir máquinas tan complicadas que deben muchas veces la victoria á maniobras hábiles, era entonces de gran utilidad la fuerza de brazo tratándose de combates en que los hombres precisamente se chocaban.

En la segunda mitad del siglo XVI que corresponden al reinado que escribimos, no debió de decaer y sí al contrario recibir nuevas mejoras la ciencia militar por la simple razon de que fué tan fecunda en guerras como la primera. Felipe II no fué guerrero, mas su largo reinado de cuarenta y cuatro años presentó una série no interrumpida de contiendas sin que se pudiese decir de un solo dia que estaba en paz con todo el mundo. En los Paises Bajos como en Francia, en Italia, como en las costas de Africa, en los mares como en tierra lidiaron sus

ejércitos. A perfeccionar, pues, la parte militar debieron de consagrarse una gran parte de sus atenciones. Sus ejércitos nunca fueron numerosos y lo mismo se puede decir de los demas príncipes de Europa. En ninguna guerra, en ninguna época, en ninguna ocasion tuvo este rey á un tiempo sobre las armas un ejército de cien mil hombres. No pasó nunca de cincuenta mil, el que operaba en los Paises-Bajos. A esta escasez de tropas se debe sin duda que esta guerra durase treinta años, sin mas resultados que los que hemos visto, y no se hiciese señor de Francia donde por su lentitud en operar vió perdido el fruto de tantos sacrificios. Se aumentaban ó disminuian las fuerzas segun las circunstancias. Reclutaban sus ejércitos con mercenarios de Suiza, Alemania y de Italia, con alistamientos voluntarios en España, y muchas veces con levas de infantería y caballería que se hacian en diversas provincias segun se consideraba necesario. A esta especie pertenecian la mayor parte de las tropas que guerrearon contra los moriscos de Granada, y las que entraron en Portugal para la conquista de aquel reino. Cuando no eran necesarios sus servicios volvian estas tropas á su hogar, asi como se licenciaban los mercenarios extranjeros que iban á ofrecer sus servicios á otra parte. Así despojadas estas tropas de todo carácter de nacionalidad y no considerando en las guerras mas que un ramo de industria, especulaban con su sangre y corrian á las banderas del que mejor se las pagaba; así eran tan frecuentes las sediciones por falta de sueldos segun hemos hecho ver en las guerras de los Paises-Bajos. Las tropas costaban mucho, la industria se pagaba demasiado cara, lo que se echará de ver comparando las pagas de entonces con las actuales, teniendo en consideracion la diferencia del valor de la moneda. Esta observacion que hacemos con respecto á los ejércitos de España puede ser extensiva á todos los de Europa.

En confirmacion de esta verdad presentaremos el estado y presupuesto de lo que se calculaba costaria un

tercio ó regimiento de los que el rey trataba de enviar á París y envió en efecto. Se debia componer de tres mil hombres, divididos en quince compañías, con su maestre de campo, sargento mayor, catorce capitanes, quince alféreces, quince sargentos, ciento veinte cabos de escuadra, un capellan mayor, un cirujano mayor, un tambor mayor, treinta y seis tambores, y quince pífanos (dos tambores y un pífano por compañía). Entraban en este regimiento trescientos setenta y un mosqueteros, seiscientos arcabuceros y dos mil piqueros. Tenia de sueldo mensual el maestre de campo, ochenta escudos ó nuevecientos sesenta reales con corta diferencia: el sargeto mayor, cuarenta (cuatrocientos ochenta reales); cada capitan, veinte y seis (trescientos doce); cada alferez, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada sargento, cinco (sesenta); cada cabo de escuadra, cuatro (cuarenta y ocho); el capellan mayor, veinte y cinco (trescientos); el cirujano mayor, quince (ciento ochenta); el tambor, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada arcabucero y mosquetero, cuatro (cuarenta y ocho); cada piquero, tres (treinta y seis) etc. Se vé aquí que considerando el valor de la moneda mas que triple, si el sueldo de los jefés y oficiales llevaba poca ventaja á los actuales, no sucedia lo mismo con la tropa. Los cuarenta y ocho reales que se daban á un arcabucero, y los treinta y seis al piquero, que era el sueldo ínfimo, equivaldrian hoy á mas de ciento cincuenta para aquel, y ciento veinte para éste, cantidad muy superior á la que reciben en el dia. Ademas de estas cantidades destinadas al sueldo, se asignaban otras muy considerables por via de gratificaciones.

Continuaba la infantería con la misma organizacion que en el referido capítulo dejamos indicado. Los que se llamaban tercios en España, en Italia y aun en Flandes, se designaban en Alemania y otras partes con el nombre de regimientos ó coronelías del nombre de coronel que daban á sus jefes. Habia mucha variacion en la fuerza de estos cuerpos, pues era de mil quinientos, de dos

mil y hasta tres mil hombres ; igual diferencia se notaba en el número de compañías ó banderas, pues cada compañía tenia la suya que llevaba el alferez. Habia ademas otra especie de bandera llamada *guion* que servia para todo el tercio. Con los jefes, oficiales, sargentos y cabos de que hemos ya hablado, llevaban á veces los tercios capellan, cirujano y ministros de justicia.

Los arcabuceros hacian el servicio de vanguardia, de descubridores y de flanqueadores. Los piqueros eran el cuerpo de batalla. Combatia la infantería en órden muy compacto, las marchas eran lentas y metódicas.

En la caballería se conservaba igualmente la division de línea y de ligera. Se daba á la primera el nombre de *hombres ó gentes de armas*: á la segunda, de caballería á la *gineta*, del nombre de una lanza corta con que iban armados los soldados. Desde entonces se ha ido adoptando el uso de dar el nombre de ginetes á todos los que andan á caballo. Con el tiempo hubo arcabuceros montados, y se fué introduciendo el uso de armar á los caballeros de pistola, cuyo cañon se fué agrandando hasta convertirlas en verdaderas carabinas.

Los cuerpos de caballería no se llamaban tercios en España. Verdaderamente no tenian nombre propio, aunque comunmente se los designaba con el nombre de *Coronelías* y con el de *Coroneles* á sus jefes. Se daba á las compañías sobretodo el nombre de cornetas por el de la bandera que llevaba cada una. Se designaba con el simple de corazas á los que llevaban esta arma defensiva. En los historiadores españoles de aquel tiempo se vé muchas veces el nombre de *herreruelos* sin duda por los capotes que usaban ciertas tropas armadas aun mas á la ligera que los de la gineta, y de orígen extranjero, que hacian el oficio de flanqueadores, y marchaban de vanguardia.

En cuanto a la guardia real, no se conocian tropas con este nombre en el reinado á que aludimos. Se dió el de Guardia de Castilla á todos los cuerpos permanentes que se crearon en tiempo de los Reyes Cató-

licos, y bajo la regencia del cardenal Cisneros. Rodeaban la persona de los antiguos reyes de Castilla en sus expediciones, ballesteros y maceros de á caballo. Fernando el Católico, fué el primero que tuvo guardia de infantería, á la que dió por uniforme su librea. En los reinados sucesivos continuó este uso. Mas la fuerza de esta tropa fué siempre muy escasa. A veces se daba el nombre de *continuos*, *ó continos* á los de esta clase que por su instituto estaban siempre sobre las armas todo el tiempo que duraba su servicio. Felipe II iba acompañado de muy pocos hombres armados y sobretodo en sus viajes al Escorial y á otros sitios de recreo.

La artillería comenzaba á adquirir gran desarrollo, y sobre todo un órden mas metódico. Iban ya desapareciendo las enormes piezas y quedaban los nombres de *bombardas* ó *lombardas*, á pesar de que todavía en aquel siglo y aun en el siguiente se conservaban en algunas plazas del reino cañones que calzaban balas de ochenta y de cien libras. Igualmente estaban ya en desuso la caprichosa variedad de las designadas con los nombres extraños de *falconetes*, *esmeriles*, *basiliscos*, *vivadoquines*, *etc.* Se habian reducido por ordenanzas el número de los diversos calibres de estas piezas, y su construccion mas uniforme, era al mismo tiempo mas económica por la reforma de adornos costosos de ninguna utilidad que se habian prodigado en estas armas, donde se desplegaba el lujo de los príncipes. Se hacian en este ramo adelantamientos y progresos que figuran con distincion en la historia de la artillería; se aplicaban á la direccion de los proyectiles y á su alcance las teorías de las ciencias matemáticas. Hubo autores que dedicaron con fruto á este ramo su saber y su experiencia. De estos como de los demas que escribieron sobre el arte de la guerra, haremos mencion particular cuando hablemos de la literatura de aquel siglo.

Ya hemos visto que la invencion de las bombas tuvo lugar en Flandes durante el mando de Farnesio, y que fueron usadas por primera vez en el sitio de Wachten-

donck, debiéndose al terror producido por esta novedad la rendicion pronta de la plaza. Sin embargo, el uso de las bombas no se hizo muy extensivo en todo lo que resta de aquel siglo. En pocos sitios célebres que ocurrieron despues, las vemos mencionadas. Las piezas llamadas *obuses* no se usaban todavía.

A pesar del gran desarrollo de la artillería en aquel tiempo, no adquirió la eficacia y carácter formidable que ha desplegado en tiempos mas modernos. Era sin duda mucho menor el número de piezas destinadas á los sitios de plaza, y muchísimo inferior el que se empleaba en los campos de batalla. Confirma esta verdad ademas de las relaciones que han quedado escritas, el gran tiempo que costaba entonces la toma de una plaza. Estarian tal vez defendidas por tropas mas bizarras, cuyo valor suple muchas veces la falta de fortificaciones y defensas, mas tambien debemos suponer que fuese el mismo el arrojo de los sitiadores. Estuvo mas de cuatro meses Alejandro Farnesio delante de los muros de Mestrich: tardó muchísimo tiempo en rendirse la plaza de Gante, como ya hemos visto; cerca de año y medio se resistio Amberes. Tambien fué dificil la toma de la Esclusa. Mas de seis meses se defendió la de Ruan, sin hablar de la de Paris, que se puede mirar como una excepcion, por el inmenso número de sus defensores. En todos estos sitios se empleó cuanta artillería tenian los generales á su disposicion, y hasta la mina, invencion del español Pedro Navarro, que se iba desarrollando y perfeccionando como todos los demás ramos del arte de la guerra.

Y no hay que perder de vista que la mayor parte de estas plazas conservaban las fortificaciones antiguas construidas cuando no se empleaba como el arma mas eficaz de sitio la artillería, en cuya comparacion las máquinas antiguas de batir son tan poca cosa. El arte de la fortificacion hacia sus progresos naturales, mas era imposible alterar tan de repente la construccion de todas las murallas, hasta el punto de poner su solidez y elevacion en

consonancia con los nuevos proyectiles. Se conservaban los altos muros, los antiguos torreones, cuya misma elevacion, servia de blanco fácil á los tiros de la artillería. La estrechez de los fosos hacia las plazas mas accesibles al asalto. Se adelantaba mientras tanto en el sistema de las fortificaciones. La primera que se construyó en el gusto moderno fué la ciudadela de Amberes, mandada por el duque de Alba, cuyos trabajos fueron dirigidos por el ingeniero italiano Pacioto, que pasaba por el primero de su tiempo. Pocos progresos se hicieron tanto en este ramo como en la artillería, de que no hubiese algun modelo ó tipo en el sistema de la guerra de aquel tiempo. El famoso puente construido por Farnesio para interceptar la comunicacion de Amberes por el rio, es un monumento grande con que se honraria nuestra época. Los brulotes que contra este puente lanzaron los sitiados, hacen sin duda mucho honor al genio de sus inventores.

El ramo de fortificaciones y el de la artillería, no constituian entonces dos cuerpos distintos como ahora. Dudamos si esta separacion ha sido acertada, contentándonos con indicar que para construir las fortificaciones se necesita conocer bien la eficacia del arma destinada á destruirlas, así como no puede usar de esta arma con acierto si no conoce la resistencia de que son capaces las fortificaciones contra las cuales se dispara. La ciencia del ingeniero y artillero tienen una conexion tan íntima, que no es posible dividirlas.

El siglo XVI fué uno de los mas guerreros y marciales de los de la edad moderna. Tambien lo fué el siguiente, mas no tan distinguido como el anterior, por un estado de guerra continuada; pues apenas se conoce un año solo de paz general entre todos los príncipes de Europa. Son muchos los que adquirieron el nombre de ilustres capitanes; muchísimos los que en escala inferior lucieron su capacidad y valentía, observacion que se puede hacer en la segunda mitad del siglo como en la primera. Nosotros contamos en nuestros Anales militares con los nom-

bres del duque de Alba, de D. Juan de Austria, el duque de Parma, el conde de Fuentes. Como jefes, como capitanes subalternos lucen singularmente los nombres de Sancho de Avila, de Cristóbal de Mondragon, de Francisco Verdugo, de Francisco Valdés, de Alonso de Avilés, de Alonso de Vargas, de Lopez Figueroa, de Francisco Bobadilla, de Juan Manrique, de Agustin Iñiguez, de Sancho de Leyba y otros de menos nombradia. Si el rey no era guerrero, á guerreros ilustres mandaba, y de su capacidad y bravura se servia.

La guerra era una profesion muy lucrativa en aquel tiempo. Las pagas eran mas altas; los emolumentos de una campaña mucho mas crecidos. Era un gran ramo de ganancias el rescate de los prisioneros que se hacian en la guerra. Las plazas que por efecto de ser tomadas por asalto no eran entradas á saqueo, pagaban fuertes contribuciones á los sitiadores. Existia entonces un derecho en los artilleros de hacerse dueños de la artillería y hasta de las campanas de toda la plaza, en cuyo sitio se habia empleado su arma. Pocos dejaban de enriquecerse con la guerra. Los generales desplegaban un lujo de magnificencia que son muy raros en el dia. El duque de Parma vivia con el fausto y esplendor verdaderamente de un monarca. Mas de doscientos gentiles-hombres ó caballeros rodeaban su persona y componian su casa militar, viviendo á expensas de este príncipe. Lo mismo sucedia en Francia, Alemania y otras partes.

En España no habia entonces lo que se llama ministro de la guerra; todos los asuntos tanto militares como civiles en que entendia directamente el rey, eran despachados por su secretario de Estado que intervenia al mismo tiempo en muchos ramos. Entonces se escribia mucho menos que ahora, y en los ejércitos poquísimo. En el ramo de sueldos y de víveres intervenian contadores, veedores y pagadores conocidos con el nombre de oficiales de sueldo. La contabilidad de este ramo era mucho menos complicada que en el dia.

Tampoco se conocian entonces los inspectores de diversas armas. Pero al frente de la artillería habia un director en España, otro en Italia, y el tercero en Flandes que entendia exclusivamente en este ramo. En las provincias marítimas habia por lo regular jefes militares, conocidos con los nombres de capitanes generales. El de *adelantado* para significar mandos de igual clase, iba estando en desuso, reservado solo para los de Indias. El título de condestable de Castilla, era un mero honor por lo regular hereditario. Los que mandaban ejércitos fuera de España, recibian patentes de capitanes generales. Bajo sus inmediatas órdenes y como sus segundos se conocian los maestres generales de campo, que eran en cierto modo los jefes de estado mayor de los ejércitos. Tambien se conocian los cuartel-maestres que entendian en las marchas, en los alojamientos y en los campamentos. En las primeras guerras de Flandes se creó un comisario general de caballería que era una especie de inspector del arma. Con los ejércitos marchaban los contadores, veedores, pagadores que eran por la mayor parte contratistas y asentistas. Tambien habia un prevoste con varios oficiales de justicia.

El servicio de la policía de los caminos estaba á cargo de la santa hermandad, compuesta entonces de infantería y de caballería, aunque esta última era mas numerosa. Cuando habia necesidad, se hacian, como hemos dicho, nuevas levas, y como los hombres estaban tan familiarizados con las armas, no era dificil poner tropas en campaña. Los soldados de los pueblos iban mandados por los vecinos mas ricos ó de mas influencia: muchas veces se ponian á su cabeza los alcaldes ú otros individuos del ayuntamiento. La carrera de las armas no estaba tan separada como ahora de las demas profesiones civiles; á veces se encargaban comisiones militares á personas que no habian militado nunca.

Cuando el Perú ardia en guerras promovidas por sus conquistadores, envió el emperador para sosegar los

alborotos y sujetar á los rebeldes á Pedro Gasca, magistrado civil y hombre ya muy entrado en años, y que ademas tenia el carácter de eclesiástico. De estos casos se vieron muchos en aquellos tiempos.

Las fuerzas de mar no estaban á la altura de los ejércitos de tierra; queremos decir que se hallaban mucho mas distantes del desarrollo que han recibido en nuestros tiempos, ora se atienda al número de los buques, ora á su porte, ora á sus maniobras y modo de combate. Lo que se llama táctica naval era aún muy imperfecta. Así como las tropas de tierra se tocaban mas veces por la naturaleza de las armas, se juntaban igualmente en los combates de mar buques, trabándose con garfios de hierro para venir á batirse con arcabuces y pistolas, ó mas frecuentemente al arma blanca. Prueba este hecho que los navíos de guerra no iban entonces tan pertrechados de cañones. No habia entonces marinas reales ó del Estado, es decir ejércitos permanentes de mar dispuestos á hacer su servicio en todo tiempo. Se construian precipitadamente los buques cuando se trataba de una guerra, y en muchos casos se alquilaban al comercio. De este expediente se valió en gran parte la reina de Inglaterra para hacer frente á la Invencible; y el mismo puso en práctica cuando la famosa expedicion sobre Cádiz, á los últimos del reinado de Felipe. Eran demasiado costosos aquellos establecimientos marítimos, para que por mucho tiempo pudiesen sufragar sus gastos. Las principales potencias marítimas de la primera mitad de aquel siglo, fueron sin duda Venecia, Génova, los caballeros de San Juan, España y el Gran Señor, con quien se estaba perpétuamente en guerra. Tambien debian distinguirse en la navegacion las potencias berberiscas, aunque no fuese mas que por las inmensas ventajas que les resultaban de la piratería. Que España y Portugal debieron de hacer grandes progresos en la navegacion, se deduce del simple hecho de tener inmensas posesiones allende de los mares. Inglaterra comenzaba á adquirir preponderancia suma como

potencia marítima, y la reina Isabel no se aplicaba con menos cuidado á los negocios de mar que á los de tierra. En el último tercio de aquel siglo comenzó á florecer la Holanda, como potencia marítima, y echaba los cimientos de la gran prosperidad y riqueza como pueblo comerciante. Con sus naves auxiliaron al rey de Francia é impidieron que las tropas del príncipe de Parma se uniesen con las que llevaba á su bordo la Invencible. Es singular que Felipe II hallándose en tan cruda guerra con las provincias unidas, no hubiese tratado nunca de proporcionarse en las costas de Flandes una marina construida bajo el mismo sistema que la suya, y que cuando se trató de la invasion en Inglaterra no hubiese ocurrido á su consejo que la falta de navios propios para navegar en dichas costas y tomar abrigo en cualquiera puerto tendria que producir fatales consecuencias. Lo cierto es que mientras que sus ejércitos de tierra hacian inútiles esfuerzos para la conquista del pais, les dejó formarse poco á poco una marina que llegó á ser tan formidable. Estaba muy próximo el dia que los holandeses buscasen teatros mas grandes en que lucir su habilidad, y poder acrecentar al mismo tiempo su riqueza. Muy pronto pasaron el Cabo de Buena Esperanza, para arrancar á los portugueses muchas de sus ricas posesiones.

El siglo XVI fué todo de adelantos, mejoras y progresos. Se le puede designar sobre todo como la época de los descubrimientos. Con el del nuevo mundo, recibieron grandes estímulos el espíritu de industria y el deseo natural de entrar á la parte de tantos tesoros como entonces ofrecia. Sucedian empresas á empresas, reducidas todas á hacer descubrimientos y conquistas. Todo esto explica la prodigiosa rapidez con que en menos de cincuenta años quedó sujeto á la corona de Castilla el inmenso hemisferio que desde los cuarenta grados de latitud meridional se extiende hasta el paralelo de la misma clase en el hemisferio opuesto. Nosotros no hemos entrado en la historia de estos magníficos descubrimientos, pues ade-

mas de ocupar demasiado espacio no corresponden al reinado de Felipe II, habiendo sido hechos casi todos en el de sus antepasados. El grande imperio que los portugueses habian fundado en el golfo Pérsico, y varias regiones de la India llegó á ser suyo con la ocupacion de Portugal, pudiendo contarse desde entonces por el señor de todos los inmensos paises descubiertos y conquistados en América y Asia desde últimos del siglo XV. Por los años de 1550 se extendieron españoles por el lado de Chile, y casi por el mismo tiempo tuvieron lugar sus famosas contiendas con los araucanos, pueblo belicoso, y el que de todos los de América hizo mas obstinada resistencia á la dominacion de Europa. En tres ocasiones diferentes se renovó esta guerra inmortalizada por Ercilla, y solo terminó cuando fueron pereciendo poco á poco unos en batalla y otros por traicion todos los caudillos de aquella nacion independiente. Por los años de 1572 se hizo el descubrimiento y la conquista del nuevo Méjico al norte de la Nueva España y de la California. Por los mismos tiempos comenzaron á poblarse y hacerse establecimientos permanentes en las Islas Filipinas ya descubiertas por Fernando Magallanes, á su vuelta por el mar Pacífico y que terminó sus dias en uno de sus puertos. Tambien se hizo entonces el descubrimiento de las Islas Marianas ó Ladrones, y de las Molucas. Sebastian del Cano que mandaba uno de los navíos de Magallanes llamado la Victoria, fué el primero que dió vuelta al mundo. Esta gloria tuvieron en seguida los ingleses Drake y Raleigh, pues este viaje pasaba como era natural por una hazaña extraordinaria. Sebastian Cabot, de esta última nacion, hizo tambien descubrimientos en las costas de la América septentrional al norte del seno Mejicano. En aquel siglo comenzaron los ingleses á establecerse en aquel pais conocido hoy con el nombre de Estados-Unidos. Se cruzaban expediciones por aquellos mares desconocidos hasta entonces: no podia ofrecerse ocasion mas favorable para el desarrollo de la capacidad de tan

atrevidos navegantes. Españoles, portugueses, franceses, ingleses y holandeses, á todos devoraba el espíritu de la codicia y la ambicion de hacerse un nombre en tan difíciles empresas. España no se descuidaba por su parte en enviar expediciones en busca de descubrimientos. En su tiempo se distinguieron Mendaña, Mendoza y Quirós que descubrieron las islas de la Sociedad, las de los Amigos, las de Sandwich, y nueva Zelanda, todas en el mar Pacífico. Ya se hacian entonces esfuerzos para dar un paso por el Norte de América entre éste y el Atlántico. Se echan de ver los progresos que tenia que hacer precisamente el arte de la navegacion, y los tesoros que la historia natural adquiria con tantos descubrimientos de tierras tan poco parecidas por sus producciones de todo género á las nuestras.

España como potencia marítima no desmerecia de lo que era en tierra. Tocaba al señor de la península española, de Cerdeña, de Sicilia y Nápoles, de las inmensas posesiones de ultramar, mostrarse grande en este ramo como en cuantos daban testimonio de su poderío. Sin duda era la potencia de Europa que poseia y pagaba mas marina. En la construccion y preparativos que se hicieron en Lisboa para echar al agua la Invencible armada, tal vez se tuvo por principal objeto desplegar una magnificencia hasta entonces nunca vista creyendo que bastaria solo ella para inspirar terror á los enemigos de la España. La experiencia hizo ver que es la utilidad lo primero á que se debe atender en todos estos armamentos. No hay duda de que se construyeron entonces unos buques de un porte desmesurado con proporcion á lo que estaba en uso, pero hoy dia harian los mayores muy triste papel colocados junto á los navíos de alto bordo que figuran en primer término entre las escuadras de estos tiempos.

A pesar de hallarse Felipe II muy frecuentemente en guerras marítimas, no tenia escuadra ni marina fija. Se desarmaban la mayor parte de los buques y se licenciaban la gente de servicio inmediatamente que lo per-

mitian las circunstancias de la paz por no ser ya tan necesarios. Tambien alquilaba el rey buques al comercio. Por lo regular era Génova la que acudia con sus galeras en los grandes armamentos. Tambien de Malta recibia el rey en este ramo auxilios poderosos. Siendo tan frecuentes las guerras debió de tener Felipe II marineros muy experimentados de valor probado, de gran pericia en este ramo de servicio público. Se distinguió entre todos el marqués de Santa Cruz, á quien se le confiaron siempre las expediciones de mas bulto. A su lado figuraban, aunque en inferior escala, los Recaldes, los Oquendos, los Mejías, los Velascos. De las provincias Vascongadas salian marinos de gran mérito. Una prueba de lo adelantada que estaba la nacion en este ramo es, que así como las provincias enviaban al rey tercios ya organizados para acudir al ejército real, asimismo presentaban galeras armadas y pertrechadas.

En España no habia ministro de marina. Las órdenes para este servicio se extendian por los mismos secretarios que entendian en todos, ora civiles, ora militares. Habia títulos de capitanes generales de galeras para guarnecer los buques, de soldados que tomaban indistintamente de los ejércitos de tierra. Se pasaba con menos inconvenientes que en el dia de un servicio á otro aun para los mismos jefes, por lo sencillo de la táctica naval que no necesitaba mucho tiempo de enseñanza.

Tampoco se conocian en servicio militar marítimo lo que se llama uniforme, ni tampoco las divisas militares.

Acerca de los nombres diversos que se daban á los buques, y las diferencias que los dividian en distintas clases, no nos quedan hoy datos muy seguros. Se leen en los historiadores de aquel tiempo los nombres de galeras, galeones, galeazas, galeotas, urcas, fragatas, bergantines, pataches, sin darnos sobre esta diversidad aclaracion de ningun género. Haremos, sin embargo, para la mejor inteligencia del texto una ligera descripcion ateniéndonos

á lo que dice el Diccionario marítimo-español, impreso en Madrid en 1831.

Los buques de mas porte eran los galeones que se manejaban solamente con velas. Se les dió este nombre por la semejanza que tenian con las galeras de que hablaremos luego. Los habia de guerra y de carga, dedicándose por la mayor parte á este último uso. Así con el nombre de galeones se conocian las embarcaciones que traian el oro y la plata de las Indias.

El nombre de *galera* es casi genérico de todas las embarcaciones que se usaban en la edad media. Se les daba este nombre por una especie de morrion ó yelmo llamado en latin *galea*, con que sus proas se adornaban. Eran embarcaciones de vela y de remo. Las usaban los antiguos, y las distinguian con los nombres de *biremes*, *triremes*, *quatriremes*, etc., sobre cuya verdadera significacion no están los críticos de acuerdo. Algunos entienden por estas denominaciones que los remeros estaban colocados en diversos órdenes; es decir, unos mas altos y otros mas bajos, lo que en las *quatriremes* ó *quinqueremes* supondria cinco pisos, verdadera monstruosidad en una embarcacion, y que exigiria una largura inmensa en los remos de los que estaban en alto. Otros entienden que estas denominaciones se aplican al número de los remeros que manejaban cada buque segun su porte. De todos modos, las galeras que se usaban en la edad media y en el siglo á que aludimos no tenian mas que un piso ó una cubierta, y aunque llevaban tres palos con vela latina, se manejaban ordinariamente al remo. Por lo comun tenian treinta por banda, y cada uno se hallaba manejado por uno ó dos hombres segun el porte de la embarcacion, cuyo servicio estaba desempeñado por *forzados* ú hombres condenados á este castigo por los tribunales. Regularmente llevaban las galeras dos cañones en la popa y otros tantos en la proa. Las galeras eran de diversas dimensiones: las de mas porte no pasaban de doscientas toneladas.

La galeota venia á ser una galera de menores dimen-

siones que la ordinaria, por lo regular llevaba veinte remos por banda, cada uno por un hombre solo.

De mayor porte que las galeras eran las galeazas, embarcacion tambien de vela y remo, movida principalmente por los últimos. Las habia hasta de veinte cañones. Segun Capmany era embarcacion introducida por los venecianos.

La fragata era un buque de cruz de tres palos; mas no hay que confundir, las que llevaban este nombre en lo antiguo con las que se usan en el dia. Las primeras eran algo inferiores á las galeras, así como las de hoy lo son á los navíos. Las fragatas no llevaban remos y se las armaba de artillería como los navíos.

Tambien se conocian los bergantines de porte inferior á las fragatas. Igualmente otras embarcaciones inferiores con el nombre de *palaches*.

Las urcas eran embarcaciones grandes destinadas propiamente á carga, como las que hace poco se usaban tambien con este mismo objeto. En la armada destinada á la expedicion de Inglaterra, tambien se cuentan urcas.

Las caravelas, que hacen tanto papel en la historia por ser el género de embarcaciones en que emprendió Colon su viaje al Nuevo-Mundo, se usaban ya poco en el reinado que escribimos. Eran buques de porte inferior á las galeras, de tres palos, con vela latina y sin remos. Se les armaba de mas ó menos piezas de artillería segun las ocurrencias. Las habia de guerra y de comercio. Probablemente pertenecian al primer género las tres que destinaron á la expedicion del Nuevo-Mundo. Así, prescindiendo de la galera y sus derivados que ya no se conocen en la navegacion moderna, subsisten todavía los nombres de las que el siglo XVI usaba. La diferencia está en sus portes, en las tripulaciones, en el número de cañones, sin contar las diferencias producidas por los grandes adelantamientos que por precision se han hecho en este ramo. El poco tiempo en que se ponia en pié una escuadra supone lo imperfecto y poco acabado de las construcciones.

APENDICE IV.

Asuntos religiosos.—Lutero y Calvino.—Diversas circunstancias en que aparecieron sus doctrinas.—Diversos resultados.—Paz religiosa en Alemania.—Guerra encarnizada en Francia.—Intolerancia.—Persecuciones.—Sangre derramada por la pugna de creencias.—Austeridad de costumbres real ó afectada de los innovadores.—Unidad de creencia y culto en España.—Inquisicion.—Su excesiva vigilancia.—Sus rigores.—Reseña de las víctimas que hizo desde su establecimiento en 1480 hasta el fin del siglo XVI.

En la primera mitad del siglo XVI fué Lutero el apóstol principal de lo que entonces se denominó reforma evangélica por sus sectarios: en la segunda mitad prevaleció el nombre de Calvino. Se puede asignar como causa principal la diferente época en que ambos comenzaron á hacer ruido; pues el primero nació veinte y seis años antes que el segundo. Sin embargo, no es esta la sola, pues se deben tomar en cuenta las diversas circunstancias que acompañaron la difusion de sus doctrinas. Nació el luteranismo, como quien dice, sobre el trono: fueron sus primeros sectarios y los mas influyentes, príncipes soberanos que acaso mas por política que por convicciones adoptaron unas doctrinas que acrecentaban sus riquezas y les daban mas importancia, como miembros del imperio. Produjo esta excision choques, hasta abiertas guerras; mas como los sectarios militaban bajo las banderas de

sus príncipes, no sufrieron aquellas penalidades á que estaban sujetos los que se atrevian á pensar en materias religiosas de diverso modo que las potestades, bajo cuyas leyes ú órdenes servian. En la Alemania no hubo lo que se llama propiamente mártires: la guerra de los *paisanos* fué mas política que religiosa; la tempestad suscitada por los anabaptistas fué espantosa, pero pasajera. Con el tratado de Passaw se puso fin á estas guerras medio políticas, medio religiosas. Durante la segunda mitad del siglo XVI se vió Alemania libre de estas pugnas que la habian tanto atormentado en la primera. No era, en efecto, difícil que viviesen en paz dos religiones acogidas cada una bajo las banderas de sus príncipes. Los luteranos y católicos debian de tener muy poco roce, colocados así en Estados casi del todo independientes.

Con Calvino mediaron circunstancias del todo diferentes. Cuando comenzó á presentarse en el mundo, ya Zuinglo y sus discípulos propagaban las doctrinas que con el tiempo adquirieron el nombre general de calvinismo. Era el asiento principal de estas doctrinas una especie de república, pues tal comenzaba á ser Ginebra en aquel tiempo. Cuando llegó Calvino, adquirió la preponderancia, y hasta la supremacía con que se alzan muchas veces hasta sin querer las personas de genio tan privilegiado. No hubo desde entonces mas que Calvino y sus discípulos. Se le llamaba el papa de Ginebra, y llegó esta ciudad á ponerse en paralelo con la misma Roma. Comenzó á difundirse la doctrina de Calvino por las clases bajas, merced al celo de los misioneros, que arrostraban para ello toda clase de peligros y fatigas. De las clases bajas penetró á las altas, llegando hasta ser adoptada por grandes personajes del pais, que acaso se afiliaron en las nuevas sectas por darse mas importancia popular, y tener mas medios de sostener contiendas con sus antagonistas. Mas habia gran distancia de estos señores franceses á los electores de Alemania. Desde que la córte se pronunció fiel sostenedora de las doctrinas de la Iglesia católica, de-

bieron de ser tenidos tanto los grandes como los pequeños por rebeldes en política y en dogma. En un principio el número de los sectarios no apareció bastante crecido para inspirar inquietudes á la córte. Se les puso en juicio, se tradujeron ante los tribunales, y fueron castigados como se entendia entonces debian serlo los que pasaban por enemigos de Dios y de la Iglesia. En París y á presencia del voluptuoso Francisco I y de su córte, no fueron pocos los que espiaron en el suplicio del fuego el delito de ser luteranos ó calvinistas, aunque estos eran entonces aún muy poco numerosos. En el capítulo IX de esta historia hemos hecho mencion de la célebre *estrapada*, suplicio particular, que fuera de Francia, no sabemos haya tenido lugar en parte alguna. Bajo su sucesor Enrique II, continuaron los mismos enjuiciamientos y suplicios, contándose entre las personas de alguna distincion que fueron víctimas, la del presidente del Parlamento, Dubourg, acontecimiento que hizo mucho ruido en dicha época. Mas estos castigos en lugar de sofocar la nueva doctrina produjeron el resultado de hacerla crecer, como ha sucedido siempre en casos semejantes. Es propio de toda religion propagarse y crecer en medio de persecuciones y castigos; fecundar en cierto modo su terreno con la sangre de sus mártires. Los castigos no bastaban. El calvinismo se iba haciendo poco á poco hombre, se sintió con bastante fuerza para luchar brazo á brazo con la antigua religion; y lo que en un principio no fué mas que ejercicio ó abuso de la autoridad, llegó á ser pugna y guerra abierta entre dos poderes rivales que se disputaban la preponderancia. Así fué guerra civil en Francia lo que en Alemania no pasó de ser una contienda ordinaria entre Estados diferentes. Así se nutrió mas animosidad, mas rivalidad, mas deseo mútuo de daño y hasta de estermínio, donde los hombres de las dos religiones mútuamente se rozaban, que donde tenian que vivir separados bajo las banderas de príncipes diversos. Si pasamos de Francia á Inglaterra veremos esta rivalidad y estas pugnas con igual

fuerza pronunciadas. Enrique VIII, tan despótico en religion como en política, hizo una reforma á su modo que se conservó bien ó mal, mas que no degeneró en otra cosa durante su existencia. Por una parte negaba la obediencia al Papa y despojaba las iglesias, sobre todo á los conventos, de sus bienes: por la otra sostenia con teson los dogmas de la Iglesia católica. Aquí levantaba cadalsos y encendia hogueras á quienes no le reconocian por nuevo Papa de la Iglesia anglicana: allí se veian caminar al suplicio á los que sostenian los dogmas de Calvino y de Lutero. Mas esta situacion tan violenta no podia tener mas dura que la de la existencia del monarca que le imprimia su carácter. En el corto reinado de su sucesor se rompió por precision el equilibrio: siguieron al cisma otras reformas, y poco á poco se fueron introduciendo en el pais las nuevas sectas, que llegaron á ser en cierto modo las preponderantes. No se hizo esto sin pugnas, sin choques, sin castigos. A la subida al trono de la reina María, sucesora de Eduardo VI, no estaba la reforma tan arraigada que no se pudiese estirpar, sobre todo empleando la violencia. La reconciliacion del pais con la Iglesia católica, el perdon que otorgó el Papa á los ingleses, costó sangre. Se evalúa en mas de ochenta el número de las personas distinguidas que expiaron sus opiniones anti-católicas en el suplicio de la hoguera, contándose entre ellas el famoso Tomás Crammer, arzobispo de Cantorbery; Latimer, obispo de Woicester; Ridley de Lóndres, con otros mas prelados de igual mérito. Por lo que hemos dicho de Escocia en su lugar correspondiente, no necesitamos hacer mencion de acontecimientos de la misma clase, por ser iguales las circunstancias que los producian, hallándose empeñada la lucha entre individuos de una misma nacion que se excluian y no podian menos de excluirse.

Exclusivos eran en efecto y en alto grado los principios religiosos que profesaban los católicos y los adictos á las nuevas sectas. Entre los principios de obedien-

cia ciega á la autoridad del Papa, á las decisiones de los concilios, á lo expuesto por los señores padres que profesaban los primeros, y el del libre exámen que alzaban por bandera los segundos, habia una distancia inmensa, una incompatibilidad que impedia su amalgama. Veneraban unos como padre de la Iglesia al que otros bautizaban con el nombre de ídolo papal: con desprecio y horror denunciaban éstos como supersticion é idolatría lo que para aquellos eran prácticas y acciones de la fé mas pura. ¿Cómo podian tolerarse y vivir en paz naciones tan opuestas? ¿Cómo en aquel siglo, donde la religion se comprendia tan mal, dejarian de aborrecerse de muerte los que mútuamente se consideraban como enemigos de Dios y de los hombres? En el Panteon de Roma, y de esto le viene el nombre, eran admitidos todos los dioses de la tierra conocida. Ningun culto era exclusivo. Mas cuando se apareció una nueva religion que trataba á todas las otras de impiedad, por precision debieron de conservar las prevenciones y castigos. Y si á estos resortes puramente religiosos añadimos los de la política mundana, con ellos enlazados, no extrañaremos que las pugnas hayan sido tan feroces, las guerras tan encarnizadas, y que el puñal del asesino se haya considerado como un legítimo argumento por los que estaban animados de tan exclusiva intolerancia. Así corria la sangre en suplicios, en campos de batalla, en cuantos lugares parecian oportunos á los que estaban armados con el puñal del fanatismo.

No es fácil designar el número de las víctimas que hizo, en la época á que nos referimos, esta intolerancia y fanatismo religiosos. Corrió la sangre en Alemania, en los Paises-Bajos, en Francia, en Inglaterra, en Escocia. En diez mil se computa el número de los calvinistas que perecieron en París, cuando las matanzas de *San Bartolomé*, y casi en igual número los que sufrieron la misma suerte pocos dias despues en varias de las ciudades principales de Francia. ¡Y no olvidemos que estas matanzas fueron objeto de elogios en las plumas

de los historiadores que se preciaban de católicos; que merecieron la aprobacion de Felipe II y otros príncipes de su creencia; que produjeron fiestas magníficas en Roma, donde el Papa Gregorio XIII hizo colocar en la capilla Sixtina un gran cuadro de las matanzas de *San Bartolomé* con todos sus horrores (1). Cuéntense las batallas, los sitios, los motines populares, los suplicios, y se tendrá una idea aproximada de lo caro que costó entonces á la humanidad que sus individuos pensasen sobre una misma cosa de diverso modo. Se propagó esta epidemia al siglo XVII. Estaban los hombres todavía muy lejos en aquella época de los tiempos en que se verian vivir pacíficos en un mismo pueblo, quizá bajo un mismo techo, hombres que adoran á un mismo Dios bajo un culto diferente. Aun sobre esta tolerancia religiosa, de que blasona la presente edad, hay mucho que decir, pero que no es del caso para nuestra historia. Si la tolerancia es la regla, va seguramente acompañada de muchas excepciones. Y aunque sea tal vez cansado el repetirlo, no dejaremos pasar la ocasion de decir que esta exclusion, que esta intolerancia entre los católicos y los partidarios de las nuevas sectas no era menos viva entre los sectarios mismos que militaban bajo banderas de diverso apóstol. Los luteranos no querian á los calvinistas: tachaban los calvinistas de sobrado supersticiosos á los luteranos. De unos y otros eran enemigos encarnizados los anabaptistas. Diez y ocho de estos últimos fueron condenados al suplicio á instigacion de los zuinglistas. Espió en una hoguera el español Serveto, el crímen de haber afligido con la impiedad de sus doctrinas la Iglesia de Calvino.

Fueron sin duda este último y Lutero los principales heresiarcas de aquel siglo, pero no los solos. No hablaremos de Zuinglo, cuyas doctrinas se absorbieron en las

(1) En una especie de tarjeton colocado encima de este cuadro, se leian estas palabras: «Pontifex Colignii necem probat.»

de la Iglesia de Ginebra. No quedó la de los anabaptistas destruida con la toma y suplicios ejercidos en Munster sobre los sectarios, pues se esparció en Europa, sin que los discípulos se preparasen en parte alguna á las violencias que habian desplegado sus maestros. Por aquellos tiempos fundó Lelio Socin ó Socino, la secta de los unitarios ó antitrinitarios, llamados socinianos del nombre del maestro. Otros dos heresiarcas llamados Gomar y Arminio, esparcieron sus doctrinas en los Paises-Bajos, donde fueron conocidos con los nombres de arminianos y gomaristas sus sectarios. Algunos mas heresiarcas hubo en aquel siglo, pero de mucha menos importancia y nombradía.

No dejaremos esta materia sin aplicarle la observacion de un hecho, á saber, que cuantos hombres se han erigido en reformadores en materias políticas, morales y religiosas, se han hecho notar por la pureza y hasta por la austeridad de sus costumbres. Si en ellos no fué siempre esto una virtud, manifestó bien su hipocresía que habian estudiado y conocian mucho el corazon del hombre. Nada en efecto impone tanto y arrastra á la muchedumbre aun la mas corrompida y depravada, que el aspecto de la virtud, sobre todo cuando bajo formas austéras se presenta. Por lo mismo que esto favorece tanto á los predicadores de reformas, los hace por lo regular blanco de persecucion por parte de aquellos cuyos vicios censuran, aunque sea por medios indirectos. En todos tiempos el que vive á la sombra del abuso se irrita contra los que le denuncian, y pugna obstinadamente por su perpetuidad invocando usos venerandos. Sin citar el ejemplo del autor del Evangelio, por ser esta materia de un órden superior y no sujeta á consideraciones puramente humanas, veremos objetos de adoracion por una parte, y por otra blanco de saña y de persecuciones á cuantos se han erigido en apóstoles y misioneros de reformas. Se preciaban en efecto de una moral mas pura, mas arreglada á las máximas del cristianismo los albigenses y valbenses,

y aun existen algunas composiciones poéticas en que se manifiestan dichas pretensiones. Igualmente austéros y celosos por la pureza evangélica se mostraron Viclef, Juan Hus, Jerónimo de Praga, y el famoso Jerónimo Savonarola, que con tanto fervor tronaba contra los vicios de Alejandro VI. Volviendo á los reformadores del siglo XVI, veremos en ellos las mismas tendencias á la austeridad de costumbres, ó igual designio de cubrirse con sus apariencias. A pesar de haberse casado Lutero con una religiosa, no pasó nunca por hombre vicioso en sus costumbres. De formas muy austéras supieron revestir las suyas Melanton, Zuinglo, Calvino, Teodoro Beza, Juan Knox y otros misioneros de los que llamaban reforma religiosa y evangélica. Bien sabian estos entusiastas que con formas viciosas y predicando la disolucion, no se hacen prosélitos, ni se arrastran los ánimos de la muchedumbre. Bien sabian que para tronar útilmente contra los vicios y los desórdenes que se habian introducido entre los príncipes de la Iglesia, necesitaban predicar con el ejemplo. La mies era abundante y no se olvidaban de recogerla los que en esta corrupcion, en estos vicios y desórdenes apoyaban sus principales argumentos. No hay duda de que si se permitian algunas exageraciones, el fondo del cuadro era demasiado verdadero, mucho mas de lo que convenia á los intereses del catolicismo. Se puede decir que Alejandro VI, Julio II y Leon X, hicieron tantos hereges como los mismos heresiarcas. Estas costumbres fechaban de mas lejos, y fueron casi peculiares de los siglos que se llaman edad media. Bocacio, que escribia a mediados del XIV, dejó en uno de sus cuentos (1) una censura harto viva de lo que sobre el particular pasaba en aquel tiempo. Refiere este pintor satírico de las costumbres que habia en Paris un judío á quien un amigo suyo habia tratado varias veces de convertir á la religion cristiana, sin que el otro se mos-

(1) Es el segundo del Decameron.

trase nunca convencido con ninguno de sus argumentos. Le llamaron los negocios del judío á hacer un viaje á Roma, y á su vuelta á París dijo á su amigo: «estoy convencido de que tu religion es preferible á la mia, y resuelto desde este mismo instante á convertirme al cristianismo. «Y ¿qué motivos te mueven á tomar esta resolucion tan súbita, respondió el otro?» «Acabo de llegar de Roma, replicó el judío, y es tanta la corrupcion de aquella córte, tales los excesos, los vicios y desórdenes en que están encenagados los príncipes y cardenales de la Iglesia, que estoy convencido de que no puede menos de ser divina y proceder del mismo cielo una religion que se sostiene á pesar de tan malos sacerdotes.»

No dejaremos de observar que mientras se presentaban en la arena del combate tantas diversas sectas religiosas, se desenrollaba, crecia y se elevaba casi al rango de poder la Compañía de Jesus que contaba tan pocos años de existencia. Los vemos estenderse en los Estados de todos los príncipes católicos, pasar á los dominios de Ultramar, fundar en todas partes sus colegios, aumentar el número de sus prosélitos, propagar sus doctrinas con perseverancia, y hacerse un nombre que eclipsaba el de las otras órdenes religiosas de mas fama. Todavia no se habian introducido en los consejos de los reyes, ni dirigian sus conciencias; mas echaban los cimientos de su dominacion que se hizo ya visible y manifiesta en el siglo XVII. Que comenzaban ya á ser objeto de desconfianza y de temor aparece de su expulsion de Francia donde se atribuyó el atentado de Chatel contra Enrique IV á sugestiones del P. Guinard que dirigia la conciencia del jóven asesino.—Se revocó algunos años despues el decreto de expulsion por el mismo Enrique IV, y los jesuitas volvieron con igual ó acaso superior grado de importancia. En la córte, es decir, en el palacio de los reyes de España no se habian presentado todavia. Ni en el consejo, ni entre los predicadores y confesores de Felipe II, aparece el nombre de ningun jesuita.

En España no se conocia, á lo menos no se pronunciaba en alta voz el nombre de Lutero, de Calvino y de los otros heresiarcas: habia unidad, á lo menos aparentemente, de creencias. La habia de culto público sin la mas pequeña mezcla de otro alguno. No se sabia lo que eran contiendas, abiertas pugnas, guerras religiosas. La pugna, la contienda, la guerra, estaba toda a favor del poder, y encomendada al brazo fuerte de la Inquisicion que esgrimia infatigable á diestra y á siniestra el alfange aterrador contra el que no habia resistencia. No eran muchos los hereges que incurrian en su cólera, pues en aquella época, así como en las sucesivas, eran pocos los de esta clase que contaba España. Mas en recompensa se ensañaba en los judíos ó judaizantes, en los moriscos acusados de su adhesion al culto que se lés habia obligado abandonar, y de estos era el número muy considerable. Tambien entraban en el dominio de la Inquisicion los brujos, los hechiceros, los indicados de tener pacto con el diablo, los acusados de mágia, sortilegio ú otras artes, por medio de los que aspiraban los adeptos lo que al parecer no estaba muy conforme con las leyes ordinarias de la naturaleza.

De la Inquisicion diremos poco, pues casi todo está ya dicho y publicado. El que quiera enterarse bien de esta institucion tan singular y tan tremenda, recurra á la historia que de ella escribió D. Juan Llorente, sin duda la mas rica en datos y documentos de cuantas se han publicado sobre el mismo asunto. Por ella se verá lo que hemos indicado en el capítulo I de esta obra, á saber: que sus primeras hogueras no se encendieron en España, habiendo ya mas de medio siglo que ejercian su furor en Francia y en Italia. No fueron, sin duda, los españoles los mas blandos en castigar á los hereges, á los judíos, á los hechiceros, pues se trataba de vengar delitos contra el cielo. Tuvieron los reyes católicos el triste privilegio de distinguirse entre todos los príncipes de la cristiandad, dando á la Inquisicion una forma estable, creando un tribunal

exclusivo, sin mas atribuciones que la de entender en delitos de fé, y revestido de unas facultades tan omnímodas que lo constituyeron en la institucion mas formidable del Estado. Segun el mismo autor, entró la reina católica con repugnancia y no los adoptó al fin sino por complacer á su marido, cuya avaricia se excitó con el cebo de las confiscaciones. A los ojos de la humanidad fué esta medida una mancha de aquel reinado tan ilustre; mas en su tiempo se recibió con encomio y entusiasmo, y sin duda no contribuyó poco para dar á dichos soberanos el renombre de católicos.

El tribunal de la Inquisicion, por la índole misma de su cargo, por las grandes facultades de que estaba revestido, no podia menos de ser duro, tenaz, inflexible, sin misericordia en el desempeño de todas sus funciones. Estaba en cierta analogía con el carácter nada indulgente de Fernando, quien sacaba ademas tanto provecho de las cuantiosas confiscaciones que entraban en el número de los castigos. Cárlos V en medio de las grandes ocupaciones que le daban su política y sus guerras, no desatendió nunca el Santo Oficio. Si en muchas ocasiones se cubrió con el manto de la tolerancia, acreditó en todas las acciones de su vida que miraba con odio y hasta con horror lo que se designaba con el título de reforma religiosa. Cometen grande error los que dan la máscara de hipocresía á un príncipe tan intolerante, tan fanático como su hijo, aunque sabia cubrir estas cualidades con formas menos duras. Desde su retiro de San Yuste escribia con frecuencia cartas á los inquisidores, exhortándoles á continuar con constancia y con teson en la grande obra de purgar la España de heregía y demas doctrinas falsas. Fué para la Inquisicion una edad de oro el reinado de Felipe. Era la Inquisicion en carne humana contra todo lo que se oponia á sus dos principios favoritos; unidad en el mando político, unidad en creencias religiosas. Debió, pues, el rey de mirar al Santo Oficio como una de las máquinas mas eficaces de su gobierno, como una

de las joyas mas preciosas que adornaban su corona. No se escasearon los rigores, las persecuciones, los actos de fé y cuantas medidas podian fortalecer y edificar á los fieles, sirviendo al mismo tiempo de terror y de escarmiento. Imposible era cerrar herméticamente el pais á las nuevas doctrinas que por todas partes se estaban difundiendo; mas se hizo todo lo posible para que no traspirasen, para que se redujesen al silencio y viviesen con la mayor cautela los que temian ser traducidos á un tribunal tan formidable. No ponian al abrigo de sus persecuciones, ni la virtud, ni la piedad, ni el saber, ni aun servicios hechos á la misma causa de la intolerancia. Fué enjuiciado por el Santo Oficio. Constantino Ponce, confesor de Cárlos V, antes de retirarse al monasterio de San Yuste. Lo fué asimismo, como ya hemos visto, el arzobispo Carranza, tan famoso en su tiempo por su doctrina y por sus escritos; lo fueron otros prelados y eclesiásticos de nota que pasaban por hombres impecables. Se puede sentar por principio general con muy pocas excepciones que casi todos los hombres eminentes por su saber, tanto en aquel siglo como en los siguientes tuvieron que ver con el tribunal del Santo Oficio, ó como acusados ó como encausados ú objeto de alguna indagacion por sospechosos. Hasta el mismo Cárlos V y el mismo Felipe II fueron blanco de pesquisas y averiguaciones secretas por el Santo Oficio. Era este verdaderamente una potencia formidable; la institucion que inspiraba mas veneracion, mas respeto mezclado de terror, y cuyas iras causaban mas consternacion en los ánimos de todos. De ejercer el cargo de ser inquisidor general se preciaban los hombres eminentes del Estado. Lo fueron los cardenales Adriano y Jimenez de Cisneros: lo fueron presidentes del Consejo de Castilla. Lo fué el cardenal don Enrique en Portugal, y todavía ejercia dicho cargo cuando por la muerte del rey don Sebastian fué llamado al trono. Ningun hombres por elevada que fuese su condicion se desdeñaba de ser alguacil ó familiar del Santo Oficio. El haber sido enjui-

ciado ó castigado por el Santo Tribunal imprimia en las familias una de aquellas manchas indelebles que equivalen á una privacion del trato con sus semejantes. Así la frase vulgar de hacer gala del *sambenito*, usada entonces y que pasó á la posteridad, se empleaba como ahora para mostrar el mayor exceso de impudor y desvergüenza á que podia llegar un hombre endurecido con el crímen. Mas de veinte y ocho años de súplicas, de memoriales al rey y á la misma Inquisicion costó al secretario Antonio Perez y á su familia el rehabilitarse y echar de sus hombros el peso de la sentencia que habia fulminado contra él el tribunal de la Inquisicion de Zaragoza.

Concluiremos estas indicaciones con una reseña del número de los castigados por el Santo Oficio desde su instalacion en 1480 hasta fin del siglo XVI, ó del reinado de Felipe II, que viene casi á ser lo mismo.

Bajo el primer inquisidor general Fr. Tomás de Torquemada, hasta el año 1498:

Fueron quemados por la Inquisicion	8,800
Idem en estátua.	6,500
Castigados en varias penas.	90,004
Suma.	105,304

Bajo el segundo inquisidor general, Fr. Diego Deza hasta el año 1507:

Fueron quemados.	1,664
Idem en estátua.	832
Castigados con diversas penas.	32,456
Suma.	34,952

Bajo el tercer inquisidor general, el famoso cardenal Jimenez de Cisneros, hasta el año 1517 que fué el de su fallecimiento:

Fueron quemados.	2,536
Idem en efigie.	1,368
Castigados con diversas penas.	47,263
Suma.	51.167

Bajo el cuarto, el cardenal Adriano, hasta fin de 1522:

Fueron quemados.	1,344
Idem en efigie	672
Castigados con otras penas.	26,224
Suma	28,240

Bajo el quinto, don Alfonso Manrique cardenal, obispo sucesivamente de Badajoz y Córdoba, y despues arzobispo de Sevilla, hasta 1538:

Fueron quemados.	2,250
Idem en efigie.	1,125
Castigados con diversas penas.	11,250
Suma	14,625

Fué sexto inquisidor general el cardenal, arzobispo de Toledo, don Juan Pardo de Tavera, hasta el año 1545. Durante estos seis años:

Fueron quemados.	840
Idem en estátua.	420
Castigados con diversas penas.	4,200
Suma.	5,460

Bajo el sétimo, el cardenal D. Fr. Juan García de Loaisa, confesor de Cárlos V, y arzobispo de Sevilla, hasta 1546:

Fueron quemados.	120
Idem en estátua.	60
Castigados con diversas penas.	600
Suma	780

Fué el octavo inquisidor general don Fernando Valdés, sucesivamente obispo de Elna (en el Rosellon), de Orense, de Oviedo, de Leon, de Sigüenza, arzobispo de Sevilla, consejero de Estado y presidente de la Chancillería de Valladolid. Hasta el año 1568, que fué su fallecimiento:

Fueron quemados.	2,400
Idem en efigie.	1,200
Castigados con diversas penas.	12,000
Suma.	15,600

Bajo el noveno, el cardenal don Diego Espinosa, ya citado en esta historia, hasta el año 1572 que fué el de su muerte:

Fueron quemados.	720
Idem en estátua. . . , ...	360
Castigados con diversas penas.	3,600
Suma.	4,680

El décimo, nombrado don Pedro de Córdoba, obispo de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, murió antes de tomar posesion de su nuevo cargo:

Bajo el onceno, don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, hasta el año 1594:

Murieron quemados.	2,816
Idem en estátua. . . . . , ...	1,408
Castigados con diversas penas.	14,080
Suma.	18,304

Bajo el duodécimo, don Gerónimo Manrique de Lara, hasta fines de 1596:

Fueron quemados.	128
Idem en efigie.	64
Castigados con diversas penas.	640
Suma.	832

Bajo el décimotercio, don Pedro de Portocarrero, hasta 1599:

Fueron quemados.	184
Idem en efigie.	92
Castigados con diversas penas.	1,920
Suma	2,196

Sumando las partidas de arriba, hallaremos que desde el año de 1480 hasta el de 1599

Murieron quemados.	23,872
Idem en estátua.	14,101
Castigados con varias penas.	242,237
Total.	280,210

APENDICE V.

Ciencias y literatura en el reinado de Felipe II.—Ciencias exactas.—Astronomia.—Copérnico.—Ticho , Brahe.—Kepler.—Galileo.—Filosofía esperimental.—Medicina.—Ciencia militar. —Reforma del Calendario. (1).

Las ciencias, las artes, la literatura, y demas ramos del saber é ingenio humano en la segunda mitad del siglo XVI, no podian menos de seguir el impulso recibido en la primera. Comenzando por las ciencias exactas y matemáticas, ya hemos visto el grande vuelo que tomaron entonces en todas las partes de Europa, sobre todo en Italia, que merece la palma de haber sido su maestra en casi todas las cosas. Los españoles no nos mostramos muy eminentes bajo este aspecto, ni en la segunda, ni en la primera mitad de dicho siglo, mas no faltaron, como haremos ver escritores que con aprovechamiento se aplicaron á este ramo. Florecian las ciencias exactas en Italia y Alemania: no tanto en Francia, algo mas en Inglaterra. Comenzaba el álgebra, descubierta dos siglos antes, á ser en general aplicada á las indagaciones matemá-

(1) Repetimos que nuestro objeto en este y los apéndices sucesivos, es solo hacer indicaciones de las cosas de mas bulto. La historia de las ciencias, literatura y artes durante casi todo un siglo, seria tan agena de nuestra obra como superior á nuestras fuerzas.

ticas, y si la esfera de este ramo no era vasta entonces, consistió en lo inmenso de su dominio, cuyos límites no están aún descubiertos en el dia. Era la astronomía la ciencia de cálculo, cuyos vuelos se elevaban mas en dicha época. Habia difundido el sistema de Copérnico un raudal de luz, á que los astrónomos de su tiempo no podian resistirse. Si este sistema no habia hecho mucho ruido en el momento de su aparicion; si los papas de aquel tiempo, ocupados en graves negocios, le dejaron pasar como cosa desapercibida, ó como un sueño que se desvaneceria muy pronto, no pasó mucho tiempo sin que se examinase, se estudiase con detencion, y se viese en él un completo trastorno de muchas opiniones y principios considerados como inconcusos hasta entonces. Se llegó á comprender el alcance de semejante revolucion en la astronomía, y las grandes consecuencias á que iba á dar orígen. Algunos de los mismos astrónomos concibieron inquietudes, tal vez por envidia de profesion, acaso porque se asustaron de tanto atrevimiento. Entre ellos Ticho-Brahe, con tantos derechos de ser célebre por sus trabajos y adelantamientos en la ciencia, trató de hallar un término medio, en que desechando algunos absurdos de Ptolomeo, no se chocase de frente con opiniones tan generalmente recibidas. No pudiendo este sábio resistirse á la evidencia de que los planetas giraban en rededor del sol, adoptó sin titubear esta parte del sistema de Copérnico. Mas nuestro globo de la tierra, que segun este astrónomo es solo un planeta como los demas, moviéndose asimismo en rededor del sol, quedó segun el sistema de Ticho-Brahé en el mismo sitio eminente y central del universo que le habia asignado Ptolomeo. Por la teoría de Ticho-Brahé, los planetas se mueven en derredor del sol, y el sol con estos satélites y demas estrellas fijas en derredor de la tierra en su curso diurno, quedando nosotros siempre al centro de todas las órbitas celestes. Murió casi en el mismo momento de nacer este sistema, tan lleno de absurdos apareció á los ojos de todos los astró

nomos! Tuvo que contentarse el inventor con dar su nombre á una doctrina que vive todavía en la historia de la astronomía aunque en la clase de un insigne error, y continuó pacíficamente dedicándose á sus comunes trabajos astronómicos, en que hizo descubrimientos y adquirió un nombre verdaderamente distinguido. Quedo, pues, el sistema de Copérnico triunfante en el campo de la astronomía; pues los sábios reconocieron al fin todos que era imposible otro método de explicar sin confusion los fenómenos del cielo y los hechos positivos de la magnitud y distancia de los astros á la tierra que comenzaban á ser ya conocidos. Sobre el sistema de Copérnico trabajó en Alemania Kepler ó Keplero, el mejor astrónomo del siglo XVI despues de Copérnico, que se puede considerar como el maestro. Aunque murió este sábio ya muy entrado el siglo XVII y publicó en este período algunas de sus obras; como del XVI le consideramos, por haber nacido en él, formádose en su escuela, y adquirido una gran reputacion antes de entrar en el siguiente. El mismo método observaremos con muchos hombres célebres, que en rigor pertenecen á dos siglos, con tal que ya se hubiesen distinguido en el que exclusivamente nos ocupa. Adquirió en efecto Keplero desde sus primeros años gran fama como astrónomo. Fué maestro en este ramo del emperador Rodulfo II, hombre muy dedicado á las ciencias, y compuso unas tablas que tomaron el título de Rudolfinas. Descubrió éste las distancias de los astros al sol: examinó la naturaleza de la curva de las órbitas que describia, inclusa la de nuestra tierra; halló la proporcion entre estas órbitas y el tiempo que el astro tardaba en describirlas; y sin entrar en mas pormenores sobre todos sus trabajos astronómicos nos contentaremos con indicar que el nombre de Keplero, fué tan grande en los dos siglos sucesivos, como en nuestra edad, que le considera como uno de los grandes creadores de la ciencia. Despues de Keplero viene naturalmente el nombre de Galileo, que tambien pertenece á los dos siglos. Siguió como

astrónomo las huellas de los grandes hombres ya citados. Se puede considerar como uno de los primeros promotores, quizá como el creador de la filosofía experimental del que dió el precepto y el ejemplo. Fué ademas de astrónomo gran matemático, médico y músico. Hizo grandes descubrimientos en mecánica. Á él se debe el conocimiento del peso del aire. Por él se desterró la doctrina de error del vacío, enseñada como principio inconcuso en todas las escuelas. La fama que como astrónomo adquirió este sábio italiano, fué muy grande, mas comprada á precio muy subido. Propalador del sistema de Copérnico en Italia, casi á vista de los Papas, debió de ser objeto de mas ruido, y causar mas sérias inquietudes. Sobre la persona de Galileo estalló la cólera del Vaticano reconcentrada y alimentada desde tantos años contra el sistema solar que asignaba á nuestra tierra un lugar tan subalterno. Entendió la Inquisicion en este asunto que fué tan ruidoso entonces, tan célebre en el dia. Se abrió uno de sus calabozos para Galileo, que ya rayaba en setenta años: se le hizo su proceso por sostener y enseñar el movimiento de la tierra; se le amenazó con graves penas si se obstinaba en sostener una proposicion tan escandalosa, tan contraria á lo que enseñaba la Escritura. Cedió el sábio florentino á los rigores que contra él se ejercian, á la idea de los mas crueles aún con que le amenazaban. Se sometió á lo que de él exigian sus acusadores, resignándose á pasar por cuanto le exigian para dejar la religion desagraviada. Vestido con saco de penitente, con un cirio en la mano y de rodillas, abjuró en público, delante de eclesiásticos nombrados para ello, su error de haber enseñado de palabra y por escrito el movimiento de la tierra (1), error que hoy se ha convertido en una verdad á que no pudieron resistirse mas ni el Papa ni sus cardenales.

---

(1) *E pur si muove*, aseguran que pronunció entre dientes en el acto de la abjuracion.

Los cuatro nombres ya citados, á saber: Copérnico, Ticho-Brahé, Keplero y Galileo son los mas famosos en el mundo astronómico del siglo XVI: mas no dejaban de florecer otros, aunque en menor escala, que trabajaban por los adelantamientos de la ciencia. Tales son Apiano, aleman, Basantino, escocés, Calvino, Cardano y Clávio, italianos; Goselin, francés, Ruggieri, italiano, en cuyas obras se vé el sello de su aplicacion y genio. En España no se cultivaba este ramo con esmero. Ni la primera ni la segunda mitad del siglo XVI produjeron un escritor que se pueda llamar famoso como astrónomo. En lo general la mayor parte de los que se dedicaban al conocimiento de los astros, se ocupaban mas en hacer predicciones y tiras, horóscopos sobre su influencia en los acontecimientos del mundo sublunar, que en averiguar las causas de sus movimientos. Habia muchos mas astrólogos que astrónomos. A la ciencia de los primeros todos daban crédito, tanto los grandes como los pequeños; tanto los que se sentaban en tronos, como los habitantes de cabañas. Pocos personajes principales dejaban de consultar al suyo, y casi ningun príncipe nacia sobre el que el astrólogo de la córte no tirase el horóscopo.

La filosofía experimental se hallaba entonces en su cuna. Carecia la ciencia de instrumentos materiales que son tan necesarios para fijar y extender la esfera de las observaciones. Examinaban el cielo los astrónomos sin los telescopios que descubrieron en él tantas regiones desconocidas hasta entonces. Prevalecian todavía en las escuelas y en las universidades los sistemas antiguos, frutos mas bien de la fecundidad de imaginacion y sutileza del ingenio, que de la verdadera observacion, principio de todos los conocimientos de los hombres.

Era Aristóteles el rey de las escuelas. A su autoridad dictatorial en todas las materias ninguna frente dejaba de inclinarse.

Lo mismo puede decirse de la química, ciencia de las descomposiciones de los cuerpos que solo pueden tener

lugar por medio de instrumentos y aparatos. La mayor parte de los químicos de entonces eran verdaderamente alquimistas ocupados en trabajos sobre la materia oculta, en descubrir la *piedra filosofal* que trasformase en oro los demas metales y otras materias del reino mineral. En los alquimistas casi se tenia igual fé que en los astrónomos; tan propensos son los hombres á correr tras todo lo que es maravilloso, á dejarse arrastrar por la imaginacion sin pararse en la experiencia.

La medicina marchaba por la misma senda. Eran Hipócrates y Galeno y los médicos árabes los que florecieron en los siglos medios, los grandes y solos maestros para los que se dedicaban á la cura de las enfermedades. La mayor parte de las obras relativas á esta ciencia que se publicaron en el siglo XVI, se redujeron á exposiciones y comentarios sobre aquellos hombres célebres. España tuvo en esta parte autores distinguidos que hicieron grandes servicios á la humanidad en este género. Ya hemos citado con elogio entre los escritores del siglo XVI al famoso Andrés Laguna, traductor y expositor de Dioscórides, y otras varias obras que le hicieron célebre.

No concluiremos este asunto de los médicos españoles sin hacer mencion de uno muy famoso en aquel siglo, llamado Juan Huarte, autor de una obra muy conocida de todos los curiosos bajo el título de *Exámen de Ingenios*, donde se ven desarrollados muchos principios del sistema moderno frenológico. El principal objeto del autor es hacer ver la diferencia de dotes intelectuales con que ya venimos al mundo, dimanada de la diferente organizacion del sistema cerebral, y la importancia de este descubrimiento para dedicar á los niños al ramo ó profesion á que mas los llama la naturaleza. Esta obra es acaso menos conocida de nosotros que de los estraños.

En cuanto á las matemáticas denominadas *puras* ó *especulativas*, como que son ciencias en que por medio del cálculo rigoroso y analítico se llega á la verdad, se

hicieron útiles é importantes trabajos en aquella época. Entre los grandes matemáticos se deben contar los astrónomos citados. El álgebra se cultivaba con esmero: el famoso inglés Briggs descubrió los logaritmos, cuyo sistema perfeccionó Neper de la misma nacion; el italiano Ferrari, discípulo de Cardano, inventó un método para resolver las ecuaciones de cuarto grado. Entre los españoles dedicados á estos ramos citaremos á don Juan Martinez Siliceo, autor de la *Aritmética teórica y práctica*; á Francisco de Orleans, de la *Invencion de cuentas*; á Alfonso de Molina Cano, de los *Descubrimientos geométricos*; á Luis, infante de Portugal, de *Modos, proporciones y medidas*; á Andrés Dávila y Heredia, del *Arte de medir tierras*, de la *Demostracion del espejo de Arquímedes*. Algunos autores militares se ocuparon tambien de ramos matemáticos; tambien entendieron en ellos otros escritores que fueron eminentes en varias materias, como haremos ver muy luego.

A pesar de todos estos adelantos, es preciso confesar que los grandes desarrollos de estas ciencias de cálculo no tuvieron lugar hasta el siglo XVII. Todavía no habian nacido ni Descartes destinado á destronar á Aristóteles, ni Newton que debia á su vez destruir algunos errores del primero. Sin embargo, ya habia escrito contra la filosofía escolástica en el siglo XVI Pedro Ramo ó Ramus, insigne matemático y humanista, que pereció en las famosas matanzas de san Bartolomé.

Tuvo lugar en el último tercio del siglo XVI una reforma que se puede llamar astronómica, porque al curso del sol se referia. El tiempo justo que tarda este astro en hacer su revolucion anual, no ha podido ser nunca calculado tan exactamente que no se padezcan equivocaciones, ligeras en verdad, y de poca importancia á los principios, mas que degeneran con el tiempo en errores muy considerables. De esto se origina la necesidad de hacer en ciertas épocas reformas en el calendario. Se hallaba el de Roma en tiempo de Julio César en la mayor confusion

por estas inexactitudes en los cálculos. Se computaba entonces el curso anual del sol en trescientos sesenta y cinco dias justos, y como realmente es de algunas horas mas, resultaba un grande adelanto de las estaciones con respecto al tiempo en que debian ocurrir, segun el calendario. Quiso añadir aquel famoso capitan á su gloria de guerrero y de conquistador, el de hombre entendido en la literatura y en las ciencias, haciendo una reforma que ya era indispensable. Se valió para eso de los primeros astrónomos de su tiempo, entre ellos del famoso Sosígenes, quienes calcularon que la duracion del año era de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas. Para corregir, pues, el error cometido hasta entonces, se dispuso que al año en que se hizo la reforma se le añadiesen los dias en que el sol se habia adelantado, segun el cómputo anterior, y para evitarle en adelante que en cada cuatro años se contase uno de trescientos sesenta y seis dias, al que se dió el nombre de *bisexto ó bisiesto*, por repetirse el dia sexto de los idus de febrero. Se creyó con esto enmendado el error y remediado para en adelante; mas la experiencia hizo ver que no era tan exacta la correccion como sus autores se habian imaginado. Se halló por nuevos cálculos que en lugar de ser el curso anual del sol de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas justas, no era mas que de trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cuarenta y nueve minutos, por lo cual si los años habian sido mas cortos que lo justo antes de Julio César, fueron desde su correccion algo mas largos. Este exceso de once minutos anuales produjo una diferencia de diez dias en el siglo á que nos referimos; de manera que cayendo el equinoccio de primavera el diez de marzo en lugar del veinte y uno en que le colocaba la Iglesia para arreglar á él la celebracion de la Pascua, segun los dias de la luna, ocurrian confusiones para la designacion de esta fiesta tan solemne (1). Trató Gregorio XIII de corre-

(1) El domingo de Pascua, á cuyo dia se arreglan todas las fiestas movibles, es siempre el que sigue al plenilunio de marzo, cuando

gir un error que habia llamado la atencion de algunos de sus antecesores, y se valió para ello de las luces de los astrónomos mas aventajados de Italia, entre los que se contaban Lillo y Clavio. Fueron estos de dictámen que para la enmienda del error pasado se suprimiesen en un año los diez dias que se habian introducido de mas, y que para corregirle en adelante, no fuesen bisiestos los tres primeros años centenarios en cada série de cuatro siglos, computando que el equinoccio se adelantaba tres dias en este período de tiempo. Aprobó el Papa este dictámen en todas sus partes, y en 1582 expidió una bula mandando que se suprimiesen diez dias de octubre de aquel año, contándose el quince en lugar del cinco, y que no fuesen bisiestos los años 1600 y 1700, pues dichas séries de cuatro siglos se comenzaban á contar desde el año de 1100. Así se remedió un error que pareció insensible al principio, mas que al cabo de muchos años produjo efectos conocidos. No hay duda de que en el curso de los siglos futuros será necesario recurrir á nuevas correcciones, pues el cálculo del adelanto de tres dias en los equinoccios en una série de cuatrocientos años, no es tampoco rigorosamente exacto, como no lo es ninguno en materias astronómicas.

Esta correccion del calendario conocida con el nombre de *Gregoriana* por el del pontífice que la promovia fué aceptada y acatada por todos los Estados católicos; mas la rechazaron los protestantes por espíritu de oposicion, pues aunque las ciencias nada tenian que ver con principios religiosos, les bastaba que la correccion procediese del Papa para desecharla. Poco á poco fueron deponiendo su preocupacion, y admitieron al fin los que no podian rechazar á menos de acreditarse de ignorantes; mas procedieron en esto con una lentitud que demostra·

---

no ocurre antes del 21. En este caso se deja para el que sigue al plenilunio de la luna inmediata. Habiéndose adelantado el sol los diez dias que hemos indicado, sucedia lo mismo con la luna.

ba bien su repugnancia. No se adoptó en Inglaterra la correccion Gregoriana hasta entrado el siglo XVIII, es decir, ciento cincuenta años despues de su promulgacion por el Pontífice. En Rusia y otros paises donde se profesaba el culto griego, se observa todavía el método antiguo; así en todas sus fechas se cuentan siempre diez dias menos que en las nuestras.

APENDICE VI.

Continuacion del anterior.—Literatura española del siglo XVI.—Historiadores.—Mariana.—Herrera.—Sandoval.—Cabrera.—Marmol Carvajal.—Hurtado de Mendoza.—Morales.—Zurita-Blancas.—Lupercio Leonardo de Argensola.—Garcilaso.—Otros mas historiadores de menos nombradía.—Historiadores extranjeros.

Si de las ciencias físicas y naturales que habian llegado á tan poca altura en la época de que nos ocupamos, pasamos á otros ramos del saber y del ingenio humano, encontraremos un campo mas fecundo. Historiadores, cronistas, biógrafos, críticos, moralistas, teólogos, jurisconsultos, humanistas, pòetas, etc., todo abundaba en la última mitad de dicho siglo. No iba España detrás de nacion ninguna en todos estos ramos. Sobre algunas descollaba con muchísimas ventajas. Teníamos poco que envidiar, ni aun á Italia, maestra en todo de la Europa; pues la segunda mitad del siglo XVI no fué para ella tan edad de oro como la primera, segun haremos ver mas adelante. Clasificaremos, pues, todas estas composiciones literarias, para evitar la confusion, y contrayéndonos tan solo á las de primer órden. Tampoco ejerceremos sobre ellas una gran crítica, contentándonos con indicar el mérito que hombres mas versados en estas materias les asignan.

Historia. En todas las épocas de alguna ilustracion

tanto antiguas como modernas, abundó este género de escritos. Pocos en efecto llaman tan poderosamente la atencion, ni son objetos de mas curiosidad aun para los que consideran los libros como un mero pasatiempo. Fué siempre muy rica España en estas producciones. Tanto en los siglos de la edad gótica ó visogoda, como de la media, sobresalieron muchos hombres que en lengua latina, como en la vulgar, escribieron historias de gran mérito, sobre todo considerando los tiempos que alcanzaron. Apenas desde el siglo VII pasó uno solo que no cuente algun historiador de alguna nota. Los huvo eminentes en el XII, en el XIII, en el XIV y en el XV. De los de la primera mitad ya hemos hecho alguna mencion en el capítulo VII de esta historia. No podian menos de corresponder á ellos los de la segunda.

Se distinguen los historiadores de esta última mitad, lo mismo que los de la primera, por el tono sério y grave que reina en sus composiciones, por su estilo copioso, puro, aunque en algunos con cierta tintura de afectado. Como era entonces el gusto y hasta moda rigorosa imitar á los autores clásicos de la antigüedad, no se descuidaron nuestros historiadores en explotar tan rica mina. Por lo regular fueron sus grandes modelos Tito Livio y Tácito, que habian bebido asimismo en las fuentes de Herodoto, Tucídides y Jenofonte. Como ellos, abundan nuestros historiadores en arengas de todas clases; con la diferencia de que las modernas son casi todas de imaginacion, en lugar de que las primeras son históricas con pocas excepciones. Los antiguos hablaban mas en público que los modernos del siglo XVI. Los magistrados, los principales personajes arengaban en la plaza pública; los generales á sus tropas. Si los historiadores hermosearon sin duda la diccion y añadieron ó suprimieron lo que les pareció mas conveniente, no hay duda que el fondo del cuadro es real y positivo.

Se acusa á nuestros historiadores de aquel tiempo de atenerse tanto en sus relatos al órden cronológico, que

á veces mezclan en un mismo capítulo ó página sucesos de diferente especie que tenian lugar en puntos muy separados unos de otros. Bajo este concepto merecen mas el nombre de analistas que de historiadores. Pero este lunar, si contribuye á crear alguna confusion en el lector, no es de aquellos que pueden deprimir el mérito de sus composiciones.

En cuanto á los pensamientos, al tono, al carácter y colorido de estos escritos, no podian ser otros que los de su siglo, los del siglo á que pertenecian los historiadores. No se les puede exijir la imparcialidad, la tolerancia política y religiosa que no se usaban en su tiempo. Debian de ser los nuestros de los mismos principios, de las mismas opiniones dominantes, en España: debian de mostrar la misma animosidad contra los enemigos de su rey, tanto en la parte política como en la religiosa que distinguia á los mismos combatientes. Debieron los heresiarcas de ser objeto de su saña, y celebrados como actos de heroismo cuantos actos podian concurrir á su persecucion ó á su esterminio. Otra cosa no puede esperarse de los escritores de esta nacion y de aquel siglo. Y si por casualidad los historiadores hubiesen abrigado otros sentimientos ú adoptado otros principios, se hubieran guardado bien de publicarlos. El pensamiento no era libre bajo el aspecto político, y mucho menos bajo el religioso. Es probable que algunos tascasen con impaciencia el freno; mas se puede suponer que la generalidad, amoldados á su educacion é ideas de su siglo, ni necesitaban semejante libertad, ni quizá la concebian.

Pasaremos en revista á los historiadores de mas celebridad, cuyo nombre se pronuncia aún con veneracion en nuestros dias.

Pondremos á la cabeza á Juan de Mariana, no por que le consideremos como el principal, sino por lo mas vasto del campo de su historia. Si atendemos al tiempo en que se publicó la suya de España, no debiéramos considerarle como del siglo XVI, habiendo tenido esto lugar

en los primeros años del siguiente. Mas habiendo nacido por los de 1536, y habiendo llegado ya viejo al fin del siglo, á él pertenecen verdaderamente sus producciones literarias, pues en el siglo XVI fueron probablemente trabajadas. Ya hemos hecho ver por otra parte la regla que en esta parte nos llevamos. La historia de Juan de Mariana abraza la general de España hasta la muerte de Fernando el Católico. Su principio se pierde en la noche de los tiempos, pues aunque el autor manifiesta en su prólogo ó introduccion que descarta de su historia la parte fabulosa, la comienza desde nada menos que en el siglo XV antes de la era vulgar, tiempos que ya no pertenecen á la historia. Así tenemos la de los Geriones, de los Alcides, de los Tagos etc., con el deslinde de sus familias y genealogías. Cuando pasa á la parte verdaderamente histórica, comienza ya el lector á comprenderle, pues los primeros capítulos son un laberinto sin salida.

Compuso Mariana su Historia de España en latin, y así fué primeramente publicada. La tradujo despues él mismo al castellano por órden del rey Felipe III, y esta version es la que generalmente corre y ha sido reproducida por la prensa varias veces. Es su estilo de lo mas grave y formal que puede imaginarse. Le acusan algunos de poco claro, de afectar voces y frases anticuadas que no se usaban ya en su tiempo. Tal vez nacerá esta falta de que era una traduccion del latin, en que debe suponerse empleó el autor el tono mas grandioso. La narracion marcha con bastante órden en la España cartaginesa y la romana, y aun en la visogoda ó gótica. De la invasion de los árabes habló como hombre de su religion, y que no estaba á bastante altura de la historia y carácter de aquel pueblo fanático y guerrero. Así la España árabe no ocupa muchas de sus páginas atendiendo á lo voluminoso de la obra, pudiendo hacerse la misma observacion algunos otros historiadores de España que al parecer no tuvieron siempre presente que habia mas reinos en su suelo durante los siglos medios, que los de Leon, Castilla,

Aragon, Navarra y Portugal. Por todos estos Estados corre su pluma con desembarazo, consagrándose con particularidad á los reinos de Castilla. La Historia de Mariana es, ó parece demasiado larga, sobre todo, á los que han amoldado su gusto á otro estilo, á otro modo de escribir, y á otra clase de principios.

El padre Mariana fué uno de los mayores humanistas, eruditos y sabios de su siglo. Ademas de la historia publicó otros escritos de varios géneros que todavía se citan en el dia. Su obra de *rege et de regis institutione,* le atrajo grandes persecuciones por lo peligrosas que parecieron sus doctrinas, en cuyo exámen no entraremos. En 1610 fué quemado este libro por sentencia del parlamento de Paris.

Pondremos despues de Mariana á Antonio de Herrera, observando la misma regla; es decir, lo vasto de sus cuadros. Muchos fueron los que ocuparon la pluma de este historiador que por su publicacion pertenece asimismo al siglo XVII. Escribió la historia del *Nuevo-Mundo* desde su descubrimiento por Colon hasta el año de 1544, cuando se hallaba casi todo el continente americano, á excepcion del Brasil, sometido á la corona de Castilla. Escribió asimismo la historia del mundo durante el reinado de Felipe II; es decir, la de todas las naciones en aquel tiempo conocidas. Se ocupó tambien de la historia particular de Portugal, relativa á la traslacion de su corona á la de Castilla. Igualmente se dedicó á trazar los sucesos de Aragon cuando sus disturbios de resultas de la huida á aquel pais, de Antonio Perez. Las obras de Herrera son muy voluminosas, llegando hasta doce ó trece tomos en folio; su estilo es bastante seco y descuidado, quedándose en todo muy detrás del de Mariana.

Vendrá en seguida fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, autor de la vida y hechos del emperador Cárlos V, la historia mas copiosa sin duda de cuantas se han hecho de este príncipe. Su estilo es fácil y sencillo sin

grandes pretensiones de elegante. Refiere los hechos con candor, con aquella minuciosidad que es necesaria cuando se hacen historias abultadas. No omite ninguno de cuantos tienen relacion con dicho emperador y los principales Estados de su tiempo. Comienza la narracion desde el principio del siglo XVI, y da principio á la composicion una genealogía del emperador desde el mismo Adan, á pesar de manifestar en el prólogo de que no hace gran caso de prosapias. Esta obra es muy preciosa por los muchos documentos auténticos que encierra y muy digna de ser consultada por los que se ocupan de la historia de aquel siglo. El P. Sandoval escribió ademas una historia de los reyes de Leon y Castilla.

Escribió la historia, ó mas bien la vida de Felipe II, Luis Cabrera, criado de su propia casa. No sabemos que haya otra historia en español de dicho monarca, publicada en aquel siglo. No concluyó Cabrera su historia dejándola en el año de 1583, cuando Felipe II volvió de Portugal. Los motivos de esta suspension los ignoramos, pues Cabrera sobrevivió al rey, como que dedicó á Felipe III esta vida, no concluida, de su padre.

La locucion de Cabrera es grave y sentenciosa, y no escasa de máximas y reflexiones. Reina en ella aquella confusion que procede de agrupar sucesos de diversa especie por la razon de que ocurren al mismo tiempo, aunque en parajes muy distintos. Abundan las arengas y discursos y al mismo tiempo documentos históricos de grandísima importancia. La narracion es copiosa, y proporciona todo género de datos de importancia. Escribió Cabrera la vida del rey como cumplia á un criado de su casa. Con los rebeldes de los Paises-Bajos y calvinistas de Francia se expresa sin misericordia. Por la muerte del príncipe don Cárlos pasa de ligero, y al asesinato del secretario Juan de Escobedo apenas da dos páginas.

Luis Carvajal y Mármol escribió la historia de la *Rebelion y castigo de los moriscos del reino de Grana-*

da, con copia de datos, con estilo sencillo, natural y hasta candoroso. No omite muchos hechos principales que pudieron servir de apología á la sublevacion de aquel pueblo desgraciado y digno de mejor suerte. Tampoco pasa por alto las atrocidades cometidas por los españoles cuando les favorecia la suerte de la guerra. Escribió asimismo Luis Mármol Carvajal la historia de nuestras guerras y descubrimientos en Africa, sobre cuya descripcion entra en curiosos pormenores.

Antes de la publicacion de Mármol Carvajal de la *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, salió á luz sobre el mismo asunto la *Guerra de Granada*, debida á la pluma de don Diego Hurtado de Mendoza. Fué muy elevado el rango de este personaje, ora se atienda á lo ilustre de su nacimiento, ora á la importancia de los cargos que ejerció tanto en tiempo de Cárlos V como de su hijo, ora á su gran habilidad en los negocios, á su tacto diplomático, á su profundo saber, y sobre todo, á las obras que compuso. En la que acabamos de mencionar, reina un estilo grave, sentencioso y elegante. No es muy fecundo en datos, mas los expone con método, acompañados de ciertas reflexiones que naturalmente se desprenden de un asunto tan altamente interesante. Los dos autores de la historia de esta guerra tienen tantos mas títulos á ser creidos, cuanto fueron testigos presenciales. Si Mármol no encuentra mucho que alabar en la conducta de las autoridades españolas, aun son mucho mas escasos los elogios en la pluma de Mendoza. Se conoce que no aprobaba aquella guerra, ó se lamentaba al menos de que la obstinacion del rey en dictar pragmáticas que no eran de sazon, hubiesen dado principio á un levantamiento que habia ido acompañado de tantas desgracias y calamidades.

Los trabajos que dejó Florian de Ocampo interrumpidos por su muerte, fueron continuados por Ambrosio de Morales, sábio, distinguido en varios géneros, que en estilo claro y elegante ofrece al lector gran copia de doc-

trina en varios géneros. Seguirán despues en clase de analistas Gerónimo Zurita y Gerónimo Blancas, aragoneses ambos, cuyas tareas se consagraron exclusivamente á escribir los anales de su patria. Floreció, el primero un poco antes que el segundo. La mayor parte de sus obras salieron en latin, y no están traducidas todavía. En ellas se halla cuanto se desea saber sobre las antiguas constituciones del reino de Aragon, sobre la historia de sus córtes, sobre el poder y derechos de las autoridades y clases del Estado. Llevó Blancas sus investigaciones hasta trazar la historia de los reyes antiguos de Sobrarbe, en cuyo asunto se ocupó asimismo el P. Abaca. Mas en esto reina mucha oscuridad, y el lector que tenga alguna crítica, no puede menos de quedar con dudas hasta sobre la existencia de aquellos personajes.

Otro aragonés (Lupercio Leonardo de Argensola), mas conocido por otras varias producciones en verso y prosa, nos dejó una histórica, aunque en cortas dimensiones, sobre los acontecimientos de Aragon, á resultas de haberse refugiado en aquel pais Antonio Perez, terminando su relato con el suplicio y demas personajes que tomaron parteprincipal en lo que se llamó traicion por los que fueron vencedores. Está escrito este opúsculo con claridad y frases muy castizas. Aunque manifiesta un grande interés por el partido que sucumbió porque era débil y carecia de organizacion, se muestra celoso por la causa del rey, que destruyó los fueros y privilegios de aquel reino. Y la prueba es que se publicó en Madrid, y en la imprenta real, á principio de 1808, cuando nada se pudiera imprimir en sentido diferente.

Uno de los descendientes de los Incas del Perú, llamado por esto mismo el Inca Garcilaso, escribió una larga historia de aquel pais y su conquista, con las guerras civiles que se suscitaron en seguida entre los mismos vencedores. Pasa esta produccion por difusa y pesada, sin que un buen estilo y animada narracion vengan á compensar estos defectos.

A los historiadores referidos podemos añadir los nombres de Garibay, autor de la crónica é historia universal de todos los reinos de España; de Argote de Molina, autor de la historia del Gran Tamerlan: de Avila y Zúñiga, comandante general de la caballería en el sitio de Metz, que escribió los comentarios de la guerra de Alemania: del P. Rivadeneira, jesuita, escritor del Flos Sanctorum; de Jeréz, que publicó la conquista del Perú; de Bernardino de Mendoza, autor de los comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos hasta el año de 1575; de Agustin de Zárate, autor de la historia del descubrimiento y conquista del Perú; de Mejía, que publicó una historia general; de Salazar y Mardones, autor de una crónica del emperador Cárlos V. De los cronistas de Indias, Oviedo, Ojeda y Gamarra, y del historiador testigo de vista de la conquista de Méjico, Bernal Diaz del Castillo, hemos hablado como pertenecientes á la época de Cárlos V; tambien hicimos mencion de Alvaro Gomez de Castro, que escribió en latin la vida del cardenal Jimenez de Cisneros.

Si pasamos á los historiadores franceses hallaremos alguna diferencia en el estilo por el gusto de aquella nacion ó tal vez índole de su lengua que no se presta fácilmente á lo largo de los períodos y rotundidad de frases tan comunes en nuestros autores de aquel tiempo. Distaba tambien mucho la lengua francesa de la perfeccion á que la nuestra habia llegado, como se puede ver fácilmente comparando el estilo de sus escritores con los nuestros de la misma época. Tambien se debe notar que perteneciendo algunos de aquellos á la religion llamada reformada, por precision se habia de manifestar en sus obras mas espíritu de controversia y de disputa, mas libertad de pensamientos. Algunos escribieron en latin elegante, en cuya clase colocaremos en primer lugar, como escritor y como historiador, á Augusto Thou, protestante, conocido entre los españoles con el nombre de *Tuano*. Por las razones anteriormente alegadas le colocaremos en el

siglo XVI, aunque no publicó hasta principios del siguiente su obra bajo el epígrafe, *Historia sui-temporis*. Como la de nuestro Antonio Herrera, comprende la relacion de todos los sucesos notables de Europa de aquel siglo y principios del siguiente, aunque no hace tantas escursiones como el español por Asia y Africa. Pasa su historia por una de las obras mas acabadas de esta clase, y los críticos celebran su estilo como puro, castizo y elegante. Se han hecho traducciones de esta obra al francés mas no tenemos ninguna en castellano.

Hablaremos en seguida de Teodoro de Beza, biógrafo de Calvino, de quien fué discípulo, y uno de los propagadores mas celosos de su secta. Fué escritor, predicador, profesor de griego, negociador; y se mostró infatigable en el desempeño de su apostolado que tenia tanto de azaroso. Tan pronto se presentaba en Alemania á tratar con los electores luteranos como en el campo de los calvinistas franceses cuando éstos se hallaban en hostilidad abierta contra los católicos. A la muerte de Calvino le sucedió en sus cargos, y quedó de jefe de su iglesia. Asistió al célebre coloquió de Poissy, y fué el alma principal de la defensa que hizo la Rochela contra las armas de la córte. Ademas de la biografía de Calvino, publicó Beza la historia de las iglesias reformadas de Francia, una traduccion suya en latin del Nuevo Testamento; varios opúsculos de controversia, una traduccion en verso de los salmos de David, y otros poemas originales que compuso en sus primeros años.

Otra obra histórica francesa contemporánea tenemos que citar muy particularmente como una de las que mas al vivo nos representan la índole, el carácter y las costumbres de los franceses de aquel tiempo. Hablamos de las memorias de Brantome, autor asimismo de otras obras históricas, mas cuya gran reputacion se funda solo en la citada. Se ven en ella como en un espejo los franceses de aquel siglo. En ninguna parte se adquiere una idea mas exacta de lo que eran aquella córte, el pueblo, los

guerreros, los magistrados, los católicos, los calvinistas, las opiniones políticas y religiosas, y la mezcla de la superstición y el fanatismo con todo el desenfreno de los vicios. Hay vivas pinturas sobre todo de los personajes de la córte, que, si no son exageradas, nos hacen ver que era la mas licenciosa y disoluta de aquel siglo. No eran sin duda modelo de fuerza de costumbres las demas, pero en esto tenia la gloria París de dar el tono.

Ademas de las memorias de Brantome, citaremos las del cardenal Belloy, sobre las cosas de su tiempo; las del famoso Montluc, llamado el verdugo de los realistas, y con mas particularidad, las de Du Plessis Mornay, considerado, por su grande influencia en los negocios de su secta, el papa de los hugonotes, hombre de estado, teólogo, escritor, uno de los que hicieron mas servicios al buen éxito de la causa de Enrique IV, de quien fué amigo y confidente. Son sus memorias y cartas la mejor fuente de instruccion para los que deseen enterarse á fondo de aquellas controversias y contiendas tan famosas.

Entre los ingleses citaremos á Camden, que escribió en latin los *Anales de Inglaterra* en el reinado de Isabel; la descripcion de Bretaña y sus antigüedades: entre los escoceses, á Buchanan, autor tambien en latin de la *Historia de Escocia* y *de la conspiracion de la reina María*, obra dirigida contra esta princesa. Tanto este autor, como el primero, se ensayaron en otros varios géneros.

Sir Walter Ralegh, de cuyas expediciones hemos hablado ya en el texto, publicó á principios del siglo XVII su *Historia del Mundo*, que entonces fué recibida con mucha aceptacion, aunque poco leida en estos tiempos.

Holingshed, de la misma nacion, escribió las crónicas de la Historia de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Tambien citaremos á Melville, escocés, favorito y secretario de la reina María Estuarda, que escribió memorias sobre los sucesos de su tiempo.

Los italianos se distinguieron en este género de escritos, como en otras producciones del saber y del inge-

nio. Sin embargo, fueron mas ricos en la primera mitad del siglo XVI que en la segunda. Cuando Felipe II subió al trono ya habian muerto los dos famosos historiadores Guichiardino y Paulo Jovio ó Giovio que se pueden considerar por lo extenso y acabado de sus obras como los primeros de su siglo. Tambien habia dejado de existir Ramusio que publicó una coleccion de sus navegaciones y viajes muy estimada por las noticias curiosas é instructivas de los acontecimientos de su siglo. En la segunda mitad del que nos ocupa se puede citar á Dávila, que escribió las guerras civiles de Francia: á Polidoro Virgilio, autor de una historia en latin de Inglaterra, á Sunmonte, historiador del reino de Nápoles; á Morosini, historiador de la conquista de Constantinopla por los venecianos; á Mocenigo, que escribió en latin la guerra de Cambray; á Pigna, historiador de los príncipes de Esste, á Sanuto, de la historia de Africa, á Spontoni, autor de los hechos de los reyes de Hungría; á Vasari, que escribió la vida de los artistas italianos; al famoso Fra Paolo Sarpi, de la órden de los Servitas, quien bajo el seudónimo de Soave Polanio, publicó la historia del Concilio de Trento, que hizo en su tiempo mucho ruido, y que aun en el dia se menciona como una produccion de cierto mérito. Ya hemos visto en el capítulo VIII, que en refutacion de esta obra escribió la suya sobre el mismo Concilio el cardenal Palavicini.

Los alemanes y aun los polacos no carecieron de historiadores en la mencionada época. Casi todos escribieron en latin, pues la lengua alemana era poco conocida en aquel siglo. Los sabios no la usaban en sus producciones. Hasta Lutero que la empleó al mismo tiempo que el latin en sus obras polémicas, no fué popular, como lengua escrita en aquella nacion que en los tiempos sucesivos se distinguió en todos los ramos de literatura.

Los Paises-Bajos produjeron á Meterem, holandés, que escribió la historia de los Paises-Bajos, á Dousa, autor de los anales de la Holanda; á Rosweybe; autor

de los fastos de los Santos; á Zenócaro, que escribió en latin la vida de Cárlos V.

Entre los portugueses, Osorio escribió en latin los hechos del rey D. Manuel; Texeira, la relacion de sus viajes en Persia; Carneiro, una guerra de los Paises-Bajos; Castanheda, la historia de la conquista de las Indias por los portugueses; Couto, la historia de las Indias.

APENDICE VII.

Continuacion del anterior.—Escritores prosistas españoles en diversos géneros.—Antonio de Lebrija.—Luis Vives.—Fray Luis de Granada Fray Luis de Leon.—Ambrosio de Morales,—Benito Arias Montano.—Francisco Sanchez (El Brocense).—Alfonso de Salmeron.—Diego Gracian de Alderete.—Juan Jines de Sepúlbeda.—Antonio Perez.—Santa Teresa de Jesus.—Escritores militares.—Escritores extranjeros.

Despues de los historiadores vendrán los que escribieron obras misceláneas en que á par de lo religioso, lo moral y lo político, entra lo puramente erudito y literario. En este género misto fué en el siglo XVI muy rica nuestra España. Sobresalieron en él hombres que á la copia de la ciencia y de la erudicion reunen un estilo grave, sentencioso y lleno de armonía, que los constituye en modelos para cuantos se ocupan en escribir latin y castellano, pues en ambas lenguas florecieron. Como la mayor parte de estos escritos son de carácter religioso y dogmático, tenian los autores libertad omnímoda para elevar el vuelo del pensamiento, y desplegar las galas de su imaginacion del modo que les convenia. Entre tantos autores de éste género, escogeremos los mas eminentes, los que alcanzaron y conservan su gran reputacion

en todo el orbe literario. Como es tan difícil el deslinde entre la primera y segunda mitad del siglo XVI, nos referiremos al todo de esta época (1).

De lo vasto de conocimientos, de la prodigiosa variedad de géneros á que se dedicó la pluma de Antonio de Lebrija, hemos hablado en el capítulo séptimo de nuestra historia. Pertenece mas al siglo XV que al XVI, habiendo fallecido el año 1522 á la edad de 78 años. Fué el primer humanista de su nacion y acaso de su siglo. Contribuyó con sus luces á la publicacion de la famosa Biblia Complutense. Escribió historias, exposiciones sagradas, obras de medicina, tratados filosóficos de varios géneros, y entre otras la famosa grámatica latina que con el nombre de *Arte de Nebrija* (2) reinó en todas las escuelas de España por espacio de tres siglos.

Dejando por ahora varios autores eminentes en estos ramos, y contemporáneos de Lebrija, pasaremos á los que prolongaron su existencia hasta el reinado que escribimos. Comenzaremos por el famoso Juan Luis Vives, nacido en Valencia á últimos del siglo XV, muerto en los Paises-Bajos á mediados del siguiente. Fué este sábio uno de los primeros ayos de Felipe II; mas permaneció muy poco tiempo al lado de éste príncipe. Pasó por varias vicisitudes y persecuciones. Estuvo en Inglaterra, en Roma, y terminó, como hemos dicho, sus dias en una especie de destierro. Todas sus obras estan escritas en latin y se reducen á tratados ó disertaciones sueltas, en forma de diálogo, epístola, ó simplemente didáctica sobre varios puntos de literatura, historia, filosofía, moral política y cristiana. Algunos son de carácter puramente religioso y expositivo sobre ciertos

(1) Véase la *Bibliotheca nova* de don Nicolás Antonio, de la que están tomadas todas estas notas.

(2) La patria de este autor es Lebrija (la antigua Nebrissa), por lo que fué conocido en su tiempo con el nombre del Nebrisense. De aquí se introdujo la corrupcion de ser llamado por algunos, Antonio de *Nebrija*.

puntos de la Sagrada Escritura. A cerca de cuarenta ascienden estos tratados de materias varias entre las que llamarán la atencion las relativas á puntos puramente literarios y de erudicion histórica. Hay disertaciones sobre la *Huida de Pompeyo*, sobre *las Oraciones de Isócrates*, sobre *las Bucólicas de Virgilio*, sobre *sus Geórgicas*, sobre *Suetonio*, sobre *el modo de escribir cartas*, sobre *el modo de hablar*, sobre *la declamacion, etc.* Tambien deben ser objetos de curiosidad su *Alma del Viejo*, su tratado del *Sueño y la Vigilia*, la *Introduccion á la Sabiduría*, sobre la *Educacion de la Infancia*, sobre *Oficio del marido*. Entre los tratados religiosos puede tambien llamar mucho la atencion su *diario ó diurno del Sudor de Jesucristo*. Entre los políticos son muy dignos de citarse su diálogo sobre la *guerra* de los turcos y la *desidia de los Príncipes cristianos* en no acabar con ellos, pintando al mismo tiempo la vida miserable que llevan los cristianos bajo su dominio.

Fray Luis de Granada fué uno de los hombres eminentes de su tiempo por sus virtudes, por las vicisitudes de su vida pública, sobretodo por sus numerosos escritos á los que debe la gran reputacion que goza hoy dia. Sus obras son todas de un carácter moral y religioso, á excepcion de la vida de *Doña Elvira de Mendoza*, señora portuguesa que celebra por su piedad y sus virtudes. Escribió en latin y en castellano tratados sueltos como el anterior. En el mérito de su estilo en latin no nos atrevemos á entrar aunque le creemos eminente, tanto por ser esta la opinion de los inteligentes, cuanto porque lo colegimos del mérito que tiene el castellano. Se le dió el título de Ciceron por la abundancia de estilo, por lo acabado de la frase, por la armonía, sostenida que en ninguna circunstancia se desmiente. No creemos que en autor alguno de aquel siglo, ó de los que le siguieron, luzcan mas la elegancia, las galas del decir, la pureza, la altisonancia de la lengua castellana, ni aparezcan con mas

evidencia, su orígen y similitud con la latina. Reina en sus períodos cortos la misma armonía, la misma flexibilidad que en los mas largos. Cualquiera que sean las opiniones, los hábitos de los que se dedican á escribir en castellano, no podrán prescindir nunca de consultar á fray Luis de Granada, y hasta de estudiarle. La Guia de Pecadores pasa por la obra mas acabada, y popular de este escritor tan eminente. En ninguno de los tratados de retórica dejan de citarse algunos de sus trozos para muestra de todos los géneros de estilo. Sus imitaciones de Ciceron, aunque contraidas á objetos tan diversos, son perfectas en su línea.

Nació fray Luis de Granada en la ciudad de este nombre, á principios del siglo XVI. Entró jóven en la órden de Predicadores. Despues de haber pasado algunos años en su patria dándose á conocer con distincion por su saber y sus escritos, viajó por algunas provincias de España; se trasladó á Roma donde recibió muestras de favor del papa Pio V. Regresado á la Península pasó á Portugal, donde se estableció por el resto de sus dias. Fué muy estimado y reverenciado en Lisboa, habiendo sido nombrado confesor de la reina doña Catalina. Renunció el arzobispado de Evora que le confirieron, y se resistió á que pidiesen para él en Roma el capelo de cardenal, como lo deseaba aquella córte, donde permaneció fray Luis, consagrando á sus escritos el tiempo que le dejaban libre las varias funciones de su ministerio. Fué visitado en su celda por Felipe II. Auxilió en su enfermedad al famoso duque de Alba, y por los años de 90 terminó sus dias en Lisboa.

Compuso fray Luis de Granada varias obras en latin y muchas mas en castellano. Es el autor de su clase que escribió mas al alcance de toda suerte de lectores. Cualquiera que sean las ideas y los principios de los que cojan sus libros en la mano, estamos seguros de que los leerán con gusto. Ademas de la *Guia de Pecadores* que creemos ser la obra mas popular de este sábio, y

elocuente religioso, escribió el libro de la *Oracion y Meditacion*, el *Memorial de la Vida Cristiana*, la *Introduccion al Símbolo de la Fé*, donde prescindiendo de su elevacion en la parte puramente teológica, se ven pensamientos y observaciones eminentemente filosóficas que harian honor á los sábios mas distinguidos antiguos y modernos; la *Institucion y regla de buen-vivir para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos; un compendio de la doctrina cristiana*, donde un hombre tan eminente desciende á los rudimentos mas sencillos hasta el acto de persignarse: la *Doctrina espiritual*; la *vida del P. M. Avila*: la de *Milicia Fernandez, portuguesa*: la de *Doña Elvira de Mendoza*, viuda de *Fernando Martinez Mascareñas*: *una carta al patriarca de Antioquia*: un libro llamado *Contemptus Mundi* (Desprecio del mundo), de Tomás Kempis. El lector amante de su nacion y de la literatura de su siglo, no llevará á mal que hayamos entrado en tantos pormenores sobre las producciones de este varon verdaderamente incomparable.

Fray Luís de Leon fué tambien una de las grandes lumbreras de aquel siglo. Nació en 1527; es decir, cuando Felipe II; entró de pocos años en la órden de San Agustin, y pronto se distinguió en ella por sus prendas eminentes. Sufrió una persecucion por el *Santo Oficio*, quien le tuvo preso en una cárcel, de donde le sacaron al cabo de cinco años declarándole inocente. Se dice de este personaje, que habiendo continuado despues de puesto en libertad sus lecciones de teología, interrumpidas por su encarcelamiento, comenzó su tarea por esta memorable frase; «dijimos en la última leccion, etc.,» sin aludir ni remotamente á sus cinco años de confinamiento. Sin embargo, ha sido el gérmen de la enfermedad que le llevó al sepulcro á la edad de 64 años.

Como poeta tendrá fray Luis de Leon su lugar cuando lleguemos á este ramo de literatura. La mayor parte de sus escritos en prosa son casi todos en latin y de

órden puramente religioso. Se reducen á exposiciones sobre varios libros de la *Escritura*, en que los teólogos de aquellos tiempos fueron tan fecundos. Las hay sobre el *Cantar de los Cantares*, sobre el *Salmo* 26, sobre el *profeta Abdías*, sobre la *Epístola de San Pablo á los Gálatas*, sobre el *Apocalipsis*. Las dos obras que compuso en español se intitulan *De los nombres de Cristo y de la perfecta casada.*

Ambrosio de Morales fué tambien bajo el aspecto literario uno de los grandes hombres de su época. No sabemos si era eclesiástico; mas no perteneció á ninguna órden religiosa. Nació en el año 1513, y murió en 1590. Fué notado este sábio por su gran laboriosidad, y avaro que era de su tiempo, á que aludia sin duda éste estribillo que se vé escrito en casi todos sus libros de «tiempo fué que tiempo no fué;» frase que aunque verdaderamente encierra un sentido profundo, no es muy clara.

Las obras de Ambrosio Morales pertenecen casi todas al órden histórico. Fué nombrado historiógrafo real por Felipe II, y maestro de D. Juan de Austria. Continuó la *Crónica general de España*, que empezó el M. Florian de Ocampo, cronista del emperador Cárlos V. Escribió de las *antigüedades de las ciudades de España, con un discurso general donde se enseña cómo se deben hacer las averiguaciones para entender bien las antigüedades*; *un discurso sobre el linaje y descendencia del glorioso doctor Santo Domingo*; otro sobre los *privilegios, y lo que en ellos se debe considerar para aprovecharse quien escribe nuestra historia*; *una apología de los anales de Gerónimo de Zurita*; *la vida, el martirio, la invencion, las grandezas y traslaciones de los gloriosos niños mártires san Justo y Pastor*; *un discurso sobre la lengua castellana*; otros quince sobre varios puntos de literatura; una traduccion del griego del *filósofo Cebes, etc.*

El estilo de Ambrosio de Morales es claro y grave, como el de todos los autores de aquel siglo. No alcanza

la tersura y elegancia, y el gusto en el decir de algunos de nuestros grandes prosistas ya citados. Sus obras son todas excelentes por la copia de instruccion y de doctrina que suministra á los que se ocupan de la historia.

Escribió ademas Morales algunas obras en latin, casi del mismo carácter que las castellanas. Se encuentra en ellas un *himno al rey mártir san Hermenegildo.*

Vendrá despues Benito Arias Montano, célebre por su vasta erudicion, por sus muchas obras consideradas como maestras por los inteligentes, por sus servicios en la publicacion de otras ajenas, por su gran laboriosidad de que fué un tipo y un modelo. Nació por los años 1530, y murió á fines de aquel siglo. Ya hemos visto que Felipe II echó mano de este sábio para la publicacion de la *Biblia régia*, por las prensas de Plantino en Flandes. Le distinguió muchísimo este monarca y le dió otras varias comisiones de la misma clase. Fueron muy útiles sus consejos en la disposicion y arreglo de los adornos del Escorial, en la designacion de rótulos é inscripciones que figuran en muchas partes principales. Se le atribuye la idea de la colocacion de las seis estátuas colosales de reyes que figuran en el átrio de este nombre, aunque no son suyas las inscripciones de sus pedestales. Fué el primer bibliotecario, y se puede decir el creador de aquel gran depósito de libros, que atendiendo al siglo en que se reunieron, se puede considerar como uno de los rasgos mas magníficos de la real munificencia.

Las obras de Arias Montano son todas en latin, de carácter religioso y expositivo, de varios libros de la Biblia, segun era el gusto de aquel siglo. No los citamos pues, por esta causa, y por no estar escritos en lengua castellana. Se encuentran en ellos cuatro tomos de himnos ó poemas sagrados, varios aforismos sacados de las historias de Cornelio Tácito, y el itinerario de Benjamin de Tudela, célebre judío del siglo XIII.

El maestro Francisco Sanchez, llamado el *Brocense*, por ser natural de Brozas, pertenece casi exclusivamente

á la clase de humanistas. Adquirió en su tiempo el nombre de *Divino* por la excelencia de sus obras. Nació en el año de 1523, y murió ya entrado el siglo XVII. Profesó humanidades en Salamanca, donde se hizo el oráculo en todos los ramos del bien decir y de amena literatura. Hácia el fin de sus dias fué perseguido por la *Inquisicion*, y hasta preso, aunque dentro de su propia casa. En esta disposicion le cogió la muerte en la avanzada edad de noventa años. Mas sus hijos consiguieron la declaracion de su inocencia, y que por la universidad de Salamanca le hiciesen los honores fúnebres, que como á profesor en ejercicio le correspondian.

La mayor parte de las obras del *Brocense* están escritas en latin: no sabemos si algunas se han vertido al castellano. Son todas de un órden didáctico, relativas á las humanidades que el maestro profesaba. Unas son puramente doctrinarias, como las *Instituciones de la gramática latina*, el compendio *de la gramática griega, el tratado de las partes de la oracion y la sintáxis, el del arte de decir, el de la interpretacion de los autores, el órden dialéctico y retórico*, relativo á toda clase de materias. Las otras son exposiciones ó comentarios sobre algunos autores antiguos y modernos. Los hay relativos á *Porfirio*, á los *emblemas* de *Andrés Alciato*, célebre juris-consulto de los primeros años del siglo XVI, á las *Bucólicas de Virgilio*, á las *obras de Persio*, al *arte poética de Horacio*, á *Pomponio Mela*, al famoso literato y poéta italiano del siglo XV, *Angel Policiano*.

Escribió el *Brocense* en castellano *las anotaciones á las obras de Juan de Mena*; *notas á las obras de Garcilaso de la Vega*; *la doctrina de Epitecto*; *las declaraciones y uso del reloj español entretejido con las armas de la muy ilustre y esclarecida casa de Rojas.*

Pedro Simon Abril fué otro de los grandes literatos de aquel siglo y contemporáneo del *Brocense*. Se ensayó casi en los mismos géneros de literatura, dedicándose

especialmente á la traduccion de algunos clásicos antiguos. No sabemos si fué profesor en alguna universidad como el primero. Escribió en latin y en castellano, aunque en esta lengua debió de publicar mas obras que en aquella. Las principales son: *gramática grieja, en lengua castellana: una cartilla griega: la comparacion de la lengua latina con la griega: una gramática castellana: sentencias de diversos autores griegos, en español: tablas de leer y escribir bien y fácilmente: introducciones á la lógica de Aristóteles: primera parte de la filosofía llamada lógica ó parte racional: apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas, y la manera de enseñarlas para reducirlas á su antigua entereza y perfeccion: la traduccion de los ocho libros de Aristóteles sobre la* REPÚBLICA *: de los diez libros de la ética ó moral del mismo: las oraciones de Demóstenes contra Esquines, y de Esquines contra Demóstenes: dos sermones de san Basilio en favor del ayuno, y contra la embriaguez: dos de san Juan Crisóstomo, de los frutos de la oracion: los diez y seis libros de M. T. Ciceron* AD FAMILIARES*: las cuatro oraciones suyas contra* CATILINA: las pronunciadas á favor de la ley MANILIA, en favor de Q. LIGARIO MARCELO y el poeta ARQUIAS: las *seis comedias de* TERENCIO con el texto latino: el Cratilo y *gorgias de* PLATON: el *Pluto* de ARISTOFANES, la *Medea* de EURIPIDES, y para terminar esta lista, *un libro sobre la tasa del pan, y de la utilidad della y del modo que se debe tener en hacella.*

Escribió en latin *cuatro libros de gramática de la lengua latina*: el *libro de la adivinacion de* CICERON con interpretacion castellana y *Escolias hispano-latinas: tres libros de las epístolas selectas de* CICERON *con interpretaciones y escolias*, en castellano: *las fábulas de* ESOPO *con la version al castellano.*

Alfonso de Salmeron nació en Toledo el año 1516, y murió en Nápoles en 1585. Fué eclesiástico, famosí-

simo predicador y escritor infatigable. Escribió todas sus obras en latin y versan sobre asuntos religiosos, unos puramente dogmáticos, otras, que son las mas, expositivas de algunos libros de la Sagrada Escritura, entre las que se distinguen los *Comentarios sobre los hechos de los apóstoles y las Epístolas de San Pablo.* Tambien publicó en la misma lengua, *Sermones sobre las parábolas evangélicas de todo el año.*

Diego Gracian de Alderete fué discípulo de Juan Luis Vives y vivió cerca de noventa años. Se distinguió por sus traducciones de los clásicos antiguos. Publicó la de las obras de Jenofonte en tres partes, comprendiendo la primera la *historia de* CIRO; la segunda la *historia de la expedicion del jóven Ciro en Asia, y su derrota seguida de la famosa retirada de los diez mil, conocida con el nombre de* ANABASIS, y la tercera el *oficio y cargo de capitan general de caballería, de la táctica de esta arma, y el tratado de la caza y montería.* Tradujo de Plutarco *la vida de Agesilao, las obras morales y los apotecmas*: de Isócrates, la *gobernacion del reino dirigida al rey Nicocles*: de Dion, *la enseñanza del príncipe: la historia de Tucídides: los libros de San Ambrosio y espejo de conciencia: cinco tratados de arte militar*, intitulado el primero *de las calidades que ha de tener un capitan general*; el segundo, *César renovado*; el tercero, *disciplina militar*, el cuarto, *instruccion de los hechos y cosas de la guerra de Langsy*; el quinto, *arrestos de amor.*

Juan Gines de Sepúlveda nació en Córdoba hácia fines del siglo XV, y murió en 1571, de mas de ochenta años. Escribió de filosofía, de antigüedades, de ética moral, del arte militar, de política de su tiempo, del arte de bien decir, tambien de historia. Todas sus producciones están en latin y presentadas en diversas formas, unas en diálogo, otras en epístolas, otras en oraciones y discursos. No citamos los títulos de todas estas obras por no ser difusos.

Merece tambien que se le mencione como autor el famoso Antonio Perez, aunque no sea mas que por la conexion estrecha de sus escritos con sus aventuras. Todos convienen en que el secretario de Felipe II recibió una educacion muy esmerada, que era muy versado en letras humanas y sagradas, y que en medio de sus ocupaciones y devaneos de la córte, dedicaba algunos ratos al estudio. No conocemos de él mas obras que sus famosas relaciones, su memorial y sus cartas ya citadas. En su tiempo tuvieron mucha boga por lo curioso y extraño de su contenido, y en los actuales no pueden menos de llamar la atencion de los aficionados á la historia. Prescindiendo del asunto en que nos hemos ocupado ya bastante, nos parece su estilo seco, á veces oscuro, en ocasiones sobrado sentencioso y en no pocas afectado. Si se debe consultar á Perez por el fondo de las cosas, están muy lejos en nuestra opinion de ser un buen modelo las formas con que se revisten.

Dejamos para el último lugar á santa Teresa de Jesús, no por ser este el que le corresponde como autora, sino por considerarla en cierto modo aparte por el carácter particular que la distingue. Fué esta mujer verdaderamente extraordinaria, y uno de los personajes mas distinguidos de su nacion y de su siglo bajo cualquier aspecto que se la considere, cualesquiera que sean las opiniones, las ideas y los hábitos de cuantos la examinen. Reunió á una imaginacion ardiente, á un corazon tierno, á una piedad, que no puede admitir duda, una energía, una actividad, una perseverancia de designios que la hubiese dado aptitud extraordinaria para cualesquiera otros negocios á que se hubiese dedicado. No puede importar mucho á la presente edad que hubiese acometido y llevado á cabo la empresa en aquellos tiempos tan difícil de reformar una órden religiosa, reduciéndola en lo posible á las reglas de su instituto primitivo: mas debe causar admiracion que una mujer hubiese ejercido y conservado hasta su muerte una autoridad dictatorial sobre

tantas personas de ambos sexos que abrazaron con entusiasmo sus reformas. Entre los religiosos sobre todo habia hombres eminentes por su saber, por las dignidades de que estaban revestidos en su religion, y hasta por la santidad de sus costumbres, entre los que se contaba· san Juan de la Cruz, que fué canonizado en el siguiente siglo. Todos estos grandes personajes miraron siempre a la reformadora como oráculo, recibiendo de ella con toda sumision los consejos, las amonestaciones, los preceptos que tenia á bien el imponerles. Se vé á esta mujer extraordinaria en medio de mil achaques y enfermedades, llevando adelante su obra con la mayor perseverancia, sin arredrarse por ningun obstáculo, pasando su vida en peregrinacion contínua, de convento en convento, de provincia en provincia, siendo recibida en todas partes como ángel tutelar, la que venia á establecer sistemas de austeridad, mortificacion y penitencia. Era preciso que fuese muy ardiente su entusiasmo y singular su habilidad de comunicarle á la vasta grey que dirigia. De las virtudes cristianas, de las mortificaciones y penitencias de esta singular mujer que le valieron el título de Santa, otras plumas mas dignas que la nuestra se han ocupado con acierto. Como autora, pues, bajo este título la colocamos en nuestro catálogo, y merece un lugar muy distinguido. Escribió sus obras en castellano, y, como puede suponerse, son todas de un órden místico y ascético, segun correspondia á quien á tal profesion se dedicaba. Su estilo es de una imaginacion ardiente, de un corazon espansivo, de este fuego de devocion, á quien se dá propiamente el nombre de *amor divino*, cuyos afectos y lenguaje participan tanto del humano. Escribió el *camino de la perfeccion; el castillo interior ó las moradas: del modo de visitar los conventos de religiosas: los avisos para sus monjas: las exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios: conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los* CANTARES *de Salomon: siete meditaciones sobre el* PADRE NUESTRO:

acomodados á los dias de la semana. Dejó ademas escrita su propia vida por órden de su confesor, y dos tomos de cartas que son un modelo de naturalidad, gracia y hasta aquel amable abandono de una correspondencia epistolar que no se destina á la luz pública.

Nos queda de santa Teresa de Jesús el famoso soneto citado tantas veces, que corre en todos los devocionarios, y que empieza con «No me mueve, mi Dios, para quererte» Es inútil escribir los demas versos pues de todos son sabidos.

Muy probable es que la pluma á que se debe esta composicion, haya escrito otras mas del mismo género que no han llegado á nuestros dias.

Sobre materias militares, tuvimos escritores de no poco mérito. Sobresale entre todos D. Bernardino de Mendoza, hombre de guerra y de Estado, que desempeñó muchos cargos diplomáticos, y hemos visto embajador de Felipe II en París, cuando se hallaban en su mayor actividad las negociaciones de este monarca para hacer reina de aquel pais á su hija doña Clara Eugenia. Sirvió don Bernardino con distincion en varias guerras, sobre todo en Flandes, aunque aquí no obtuvo mando en jefe en ninguna de sus épocas. Escribió ademas de los *comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos desde* 1567 *hasta* 1577, *la teórica y práctica de la guerra,* obra importante para conocer la organizacion de los ejércitos de aquella época, su modo de combatir, y adelantos que se habian hecho en el arte de la guerra. Corrió esta produccion con gran éxito en Europa, y fué estudiada por los militares de aquel siglo y el siguiente. Publicó don Bernardino una traduccion de los seis libros de la política de Justo Lipsio.

Antonio Flores de Benavides tradujo del italiano al castellano la obra de Grison, intitulada *reglas de la caballería de la brida, para conocer la complexion y naturaleza de los caballos, y doctrinarlos para la guerra y servicios de los hombres.*

Bernardino Barroso publicó una obra, titulada *teórica práctica y ejemplos del arte militar.*

Bernardino de Escalante escribió *diálogos del arte militar*; un tratado sobre la *navegacion de Oriente*, y *noticias de la China.*

Bernardo de Vargas Machuca escribió sobre la milicia indiana; publicó una *descripcion hidragráfica y geográfica de las Indias, un compendio y doctrina nueva de la Gineta: secretos y advertencias de ella; señales y enfrenamientos de caballos; su curacion y beneficios, y la defensa de las conquistas de las Indias.*

Francisco Arias de Bobadilla escribió *del oficio de maestre de campo general.*

Francisco Valdés, maestre de campo, *el espejo* y *disciplina militar*, en el cual se trata *del oficio de sargento mayor.*

Cristóbal Mosquera de Figueroa, un *comentario de la disciplina militar, en que se describe la jornada de las islas de los Azores; un elogio del marqués de Santa Cruz.*

Luis Dávalos, *el cartapacio de las patentes y títulos de maestres de campo, generales, lugar-tenientes y otras órdenes militares, asi de reyes como de gobernadores de los ejércitos.*

Cristóbal Lechuga, maestre de campo general, compuso *un discurso sobre la artillería, y sobre todo lo necesario á ella*, con un tratado de *fortificacion* que se publicó muy á principios del siglo XVII.

Sirvió Lechuga con gran distincion como jefe de artillería en la guerra de los Paises Bajos á las órdenes de don Juan de Austria, del duque de Parma, del conde de Mansfeld y del de Fuentes. Se halló en los sitios de Ham, Chatelet, Doulens, Ardres, Calais, Cambray y Hulst. En la defensa de Amiens contra Enrique IV, era asimismo comandante de la artillería. Alcanzó gran fama como soldado; y en su ramo de artillería se considera como inteligente y promovedor de mejoras importantes.

Don Diego de Alava escribió tambien de artillería, y fué el autor mas antiguo que se tiene de este ramo. Publicó *el perfecto capitan de guerra*, en seis libros; los cuatro últimos tratan exclusivamente de la artillería.

Andrés García de Céspedes escribió tambien de artillería, y publicó el *libro de instrumentos nuevos de geometría, con un tratado de artillería, y un reglamento de navegacion*. Todas estas obras se imprimieron muy á los principios del siglo XVII.

Luis Collado, ingeniero en el ejército de Italia en tiempo de Felipe II, publicó en Milan en lengua italiana su *práctica de artillería*, obra muy estimada de los inteligentes, que ha sido despues traducida al castellano.

Diego Ufano, otro artillero de gran mérito, publicó á principios del siglo XVII su tratado de la *artillería militar*, obra muy curiosa, donde en su primera parte se describen con el auxilio de láminas, todas las bocas de fuego por órden cronológico, desde la invencion de la artillería hasta su tiempo.

Lázaro de la Isla publicó á últimos del siglo XVI su *breve tratado de artillería, geometría y fuegos de artificio*.

No habrá necesidad de referir que estos artilleros hacian al mismo tiempo el servicio de ingenieros, y entendian como tales en el ramo de fortificaciones.

César Firrufino, por el mismo tiempo, superfecto artillero (1).

Pedro de Medina, escribió el *arte de navegar*, obra que corrió con mucho aprecio en aquel sitio, y sirvió como texto de enseñanza en algunas naciones extranjeras.

En el catálogo de estos autores españoles, solo hemos

---

(1) Véase sobre todos estos autores de artillería *el Memorial histórico de la artillería española* de D. Ramon de Salas, obra en nuestro entender muy apreciable en que con hechos se demuestra que se les debe á ellos una gran parte de los descubrimientos y mejoras que se atribuyen á extranjeros y pasan por de fecha mas moderna.

hecho mencion de lo mas sobresaliente y escogido de nuestra literatura de aquel siglo. Se pueden computar en cerca de dos mil los que dieron á luz sus producciones, ya en español, ya por medio de prensas españolas. Son innumerables los que se dedicaron exclusivamente á materias religiosas. Teólogos dogmáticos, teólogos expositores del todo ó parte de la sagrada escritura, de los Santos Padres, de los concilios, de la disciplina de las leyes de gobierno de la iglesia; de todo hubo con grande abundancia en aquel siglo. A ninguna órden monástica faltó su historiador: los mas célebres y conocidos cuentan muchos. Entre los escritores de este último género, merece singular mencion el padre fray José de Sigüenza, autor de la *Historia de la órden de san Gerónimo* á que pertenecia. Forma un episodio muy interesante de esta produccion, la parte consagrada á la construccion del Escorial, de cuyo monasterio fué prior dos veces. Escribió la historia de la obra con claridad y método como hombre inteligente que era en nobles artes. De esta descripcion tomaron las noticias principales los que se ocuparon despues de tan grande monumento.

Si de España hacemos una escursion por otros paises de Europa, hallaremos igual abundancia y profusion con la misma variedad de géneros. Como puede presumirse de aquel siglo disputador en materias religiosas, fué prodigioso el número de obras polémicas, verdaderos campos de batalla, donde las diversas Iglesias combatian á muerte. Debió de ser muy enérjico, apasionado y hasta virulento el tono de la mayor parte de estas producciones, y altos los vuelos del espíritu de libertad con que se daba expresion al pensamiento. Sobresalieron efectivamente como escritores la mayor parte de los jefes de secta tan aplicados á esgrimir su pluma como las armas de la elocuencia desde el púlpito. En su debido tiempo hemos hablado de los numerosos escritos que se debieron á la cabeza fogosa de Lutero, y á la mas sombria y meditadora de Calvino. Fué vasta la erudicion de ambos en

letras humanas y sagradas, é igualmente activo aunque con diversos caractéres, el celo con que trabajaban por dejar triunfantes sus doctrinas. El Alemania apoyó la de su apóstol el famoso Melancton, aun con mas saber, con mas copia de doctrina, con mas moderacion, con mas gusto y elegancia académica en sus formas. No estuvieron ociosas las plumas de Ecolampado, de Carlostad, de Zuinglo. De la de Teodoro Beza hemos hecho mencion en otra parte. Tambien se ejercia en Escocia la de Juan Knok, quien no desatendia por esto la tarea tan ardiente en sus producciones por escrito, de inflamar los ánimos de la muchedumbre desde el púlpito. La coleccion de todos estos escritos en pró y en contra, pues los católicos tambien tenian sus campeones, formarian una vasta biblioteca. Se concibe muy bien que en una época tan controversista, en que todo el mundo tomaba parte en la contienda, precisamente se habian de ocupar mas ó menos en el exámen de las cuestiones hasta los mas indiferentes, y que este espíritu de indagacion, ocupado entonces acaso en vanas sutilezas, debió de preparar á los hombres á investigaciones de utilidad mas positiva. Ninguna nacion fué mas fecunda en este género de escritos que la Francia, donde por el carácter de sus habitantes, lo largo de las guerras civiles, por la parte que en ellas tomaban todas las clases del Estado estaban á cada momento vivas las pasiones con los nuevos objetos que á cada momento se presentaban en la escena.

La mayor parte de estas producciones yacen en la noche del olvido; mas todavía se citan, se leen y hasta se estudian obras de aquel siglo, donde sobresalen el gusto, la copia de erudicion y las buenas doctrinas de los escritores. Pertenecen algunos al género didáctico y moral; son comentarios otras de los escritos mas célebres de la antigüedad, y no pocas bajo el velo de la ficcion contienen verdades importantes. Se cultivaba el ramo de humanidades con esmero en todas las naciones de Europa: los autores clásicos de la antigüedad eran la lectura

ordinaria de los hombres que se preciaban de buen gusto. Sin el conocimiento del latin y el griego, ninguno pasaba por hombre instruido, ni se podia decir que habia recibido una crianza literaria. Pocos autores clásicos dejaron de ser traducidos en aquel siglo; los griegos en latin, los latinos en la lengua de la nacion á que el traductor pertenecia. Fueron numerosas las versiones que se hicieron de la Biblia, y lo mismo sus ediciones en varios paises de la Europa.

Del mérito literario y del aprecio que merecen todavía las obras de Erasmo, hemos hablado á su debido tiempo. Todavía vive como autor en su *Utopia* el famoso Tomás Moro. El literato Ascham, maestro de la reina Isabel, adquirió gran fama en su tiempo por su gusto, saber y erudicion. Se conservan sus obras en el dia. Camden, Bucanan, citados ya como historiadores, lucieron asimismo en otros géneros de escritos.

No concluiremos con los autores ingleses de aquel tiempo sin citar un nombre mas eminente de aquella nacion y de aquel siglo; á saber, del canciller Bacon, que abrió una nueva senda á la filosofía, haciendo constituir su sér y su importancia en la experiencia. Su grande obra en latin que llenó de admiracion á los sábios de aquel tiempo, no se publicó hasta principios del siglo XVII.

Adquirió gran fama Rabelais en Francia por haber hecho burla bajo el manto de alegorías estravagantes de casi todas las cosas de su tiempo. En los ensayos de Montaigne, autor contemporáneo de Cárlos IX y Enrique III, se encuentra gracia, amenidad, filosofía, crítica, moral pura, aunque de no muy severas formas revestida, y una variedad de asuntos que constituyen esta produccion en una leyenda de entretenimiento y de instruccion para toda clase de personas. Es muy digno de observacion que en una especie de carta introducida en ellos, dirigida á la condesa de Fois, se encuentran todos los principios y elementos que desarrolló despues en su *Emilio*, el famoso ciudadano de Ginebra.

Siguió los pasos de Montaigne como autor moralista, Charron, en su *tratado de la sabiduría* (1) y *tratado de las tres verdades* (existencia de Dios, verdad del cristianismo, verdad del catolicismo); mas se quedó muy atras de la gracia y estilo original de su modelo.

Una composicion de género satírico, producto de las guerras civiles, se conserva todavía y vive en la literatura con el nombre de *sátira Menipea*, atribuida á los parlamentarios, dirigida contra el rey de España y los príncipes Lorenos. En opinion de los inteligentes, es una pieza, ó por mejor decir una coleccion de piezas muy curiosas é instructivas, con el sello característico de aquella época.

No dejaremos á los autores franceses, sin citar el nombre de Nostradamo ó Nostradamus, célebre médico y astrólogo que se vendió por profeta y publicó predicciones con el nombre de *Centurias*, de mucha boga en su tiempo y no ignoradas en el dia. Un hermano suyo fué poeta é historiador; la misma carrera siguieron sus dos hijos, de los que el último le imitó en sus pretensiones de profeta.

En los Paises-Bajos hizo Justo Lipsio célebre su nombre, como filólogo, anticuario comentador y crítico. Son muy estimadas sus obras, escritas en latin, y cuya principal versa sobre Tácito.

La misma carrera siguieron Julio César Scalígero, y su hijo José, italiano el primero, y nacido en Francia el segundo; ambos poetas, filólogos, comentadores y anticuarios, cuyas obras se leen y citan todavía. Se atribuye al segundo la invencion del Período Juliano.

Pasando á los autores militares, citaremos á Boillot, francés, autor de los *modelos, artificios de fuego* y di-

---

(1) *Sagesse* dice el original. Esta voz francesa no se puede traducir siempre con toda propiedad. Equivale algunas veces á *sabiduría*, otras á *discrecion*, otras á *prudencia*. En general se puede entender por sabiduria; mas en el género moral, no en el científico.

versos instrumentos de guerra; á Errard, de la misma nacion, autor de la *fortificacion, demostrada y reducida á arte*; obra que se cita todavía, pues que su sistema ha sido el elemento que sirvió para el desarrollo de la ciencia; á Marchs, italiano, autor de la *arquitectura militar*; á Meynier, francés, autor de las *nuevas invenciones de fortificar las plazas*; á Rameli, italiano, autor de las *diversas y artificiosas máquinas*; á Stevino, ingeniero al servicio de Mauricio de Nasau, y director de la construccion de los diques de la Holanda, escritor de ciencias matemáticas y mecánicas, autor asimismo de varios tratados de fortificacion, muy estimados en el dia; á Tartaglia, italiano, que fué uno de los primeros que aplicaron las matemáticas á la ciencia de la guerra. Volvemos á indicar que entre los grandes escritores sobre este ramo, merece ser leido y estudiado Maquiavelo, que trató de este arte, no como un militar, pues no lo era, sino como un sábio familiarizado con las obras de la antigüedad, de las que supo sacar tantas ventajas.

APENDICE VIII.

Poetas castellanos del siglo XVI.—Garcilaso.—Herrera.—Fray Luis de Leon.—Gongora.—Los Argensolas.—Poetas épicos.—Juan de la Cueba.—Juan Rufo.—Cristóval de Virues.—Balbuena —Ercilla.—Traductores.—Hernandez de Velasco.—Gonzalo Perez.—Don Juan de Jauregui—Poetas dramáticos.—Juan de la Encina.—Bartolomé Torres Naharro.—Juan Malara.—Lope de Rueda.—Rodrigo Alonso.—Francisco Avendaño.—Luis Miranda.—Juan de Timoneda.—Juan de la Cueba.—Andrés, rey de Artieda.—Lupercio Leonardo de Argensola.—Cervantes. Novelistas.—Fernando de Rojas.—Hurtado de Mendoza.—Mateo Aleman.—Timoneda.—Gil Polo.—Cervantes.—Poetas estrangeros.

Abrió la marcha de la España poética del siglo XVI un hombre de gran mérito y distinguida fama, Garcilaso. Es corto el número de las composiciones suyas que le colocan en el de los grandes poétas, mas son de un mérito tal, que no han sido superadas por ninguno de los poetas de su siglo, ni de los dos sucesivos, ni aun en lo que vá del XIX. No es fácil en efecto escribir con mas gracia, con mas viveza de sentimiento, con mas rica imaginacion, con mas elegancia, con imitaciones mas felices de Virgilio que nuestro autor, en las dos solas églogas que constituyen sus grandes títulos poéticos. Dudamos de que se pueda presentar un trozo de mas belleza, que la parte de Nemoroso en la primera. Ninguna de sus locuciones ha envejecido; ninguna de sus palabras puede pasar en

el dia por un arcaismo. Poesías que tienen de fecha tres siglos y medio parecen escritas de ayer; tal es la frescura y lozanía que conservan.

Garcilaso se quedó como autor lírico sin émulos ni rivales en la primera mitad del siglo XVI. De los otros ya hemos hecho mencion aunque sucinta en el capítulo VII. En la segunda mitad, en el reinado de Felipe II, se hicieron hombres eminentes en este género de escritos. Fué en efecto dicha época rica en poétas líricos, épicos, dramáticos y hasta didácticos y satíricos. Se imitaron casi todos los géneros que nos habian quedado de la antigüedad, aunque mas ó menos felizmente. Pasaremos una rápida ojeada sobre los que figuran en el primer cuádro.

Fernando de Herrera, fué llamado el *Divino* por sus contemporáneos; no sabemos si se le hubiese dado este título en el dia. Que escribió muchos versos fáciles, correctos, elegantes, armoniosos y hasta elevados y sublimes, no admite duda alguna. En sus numerosos sonetos y canciones, se mostró imitador de Petrarca, con la diferencia de que éste expresaba una pasion real y verdadera, sentida por él mismo, en lugar que la de Herrera era puramente imaginaria. Basta esta sola indicacion para conocer cuán diversos debieron de ser en el estilo, tono y colorido las efusiones de los dos poetas. Dudamos que nadié pueda sostener la lectura seguida de las canciones y sonetos del andalúz, donde reinan el mismo asunto, los mismos lamentos, la misma quinta esencia de los sentimientos del amor, expresados de un modo que hace ver que el poeta no estaba enamorado. Dejó Herrera dos composiciones líricas que le dan título al renombre de poeta y gran poeta; tales son las relativas á la muerte del rey don Sebastian y la batalla de Lepanto. Se mostró el cantor sublime y armonioso, abrazando con su ardiente imaginacion algunas figuras de aquellos grandes cuadros; mas se le olvidaron otras importantes, y por mucho que sea el mérito de las dos composiciones no nos parece que voló tan alto como el asunto requeria. Tal vez es mas

exacto decir que hay realidades, á cuya grandeza y altura no llega la imaginacion de los poetas.

Ateniéndonos á la parte lírica, podemos decir que tenemos en Fray Luis de Leon un segundo Horacio, aunque el poeta castellano marcha á bastante distancia del latino. Es su facilidad, su gracia natural, la elegancia de sus giros, el acabalgamiento de sus versos, llegando la imitacion de nuestro autor hasta repartir una misma palabra en dos distintas, colocando tres sílabas en el primero, y dos en el segundo (1). Se puede sin embargo decir en honor del poeta castellano, que hay en sus composiciones una pureza, una elevacion de sentimientos, una nobleza de alma, si nos podemos expresar así, que se buscarian en vano en su modelo. Pasan por producciones acabadas, la *profecía del Tajo*, la oda á *Santiago*, la de la *noche serena*, la de la *Ascension*, la de la *vida retirada*. Ademas del género lírico, se ensayó Fray Luis de Leon en la traduccion de algunas églogas y otras mas composiciones de Virgilio, donde quedó como es de suponer muy inferior, á un modelo tan perfecto. Tambien parafraseó el *Cantar de los Cantares*. Se distinguen estas traducciones por la facilidad y elegancia que reinan en todas las obras del autor, aunque los críticos las tachan de sobrado redundantes.

Se cultivó en España en aquel siglo como en el siguiente, un género peculiar á nuestra poesía, á saber, el conocido con el nombre de *romances*, composicion sencilla en sus formas, de fácil y agradable armonía, muy popular en todas las clases de la sociedad, y sobre todo aplicables á todo género de asuntos. Así los tenemos heróicos, satíricos, pastoriles, amorosos y hasta epistolares. Las aventuras del Cid, excitaron la vena de varios poetas de este género. No son pocos los romances moriscos consagrados á lances amorosos y hazañas militares

---

(1) Véase la oda sobre la vida descansada del campo.

de este pueblo, creador segun opinion comun, de dicha clase de composiciones.

Se acusa á D. Luis Góngora de haber corrompido el buen gusto, desfigurado las palabras, invertido su órden en las frases solo por la afectacion y prurito de marchar por senda diversa de la de sus contemporáneos. Fué singular en efecto este poeta por los defectos que llevamos dichos, por la voluntaria oscuridad en que envolvió sus conceptos, por las metáforas estrañas y traidas de lejos de que fué tan pródigo, por lo sutil y alambicado de sus pensamientos. Tomó verdaderamente una escuela que se llamó de su nombre *Gongorina*, y tuvo mucha influencia en la decadencia del buen gusto que se advierte en una gran parte de los poetas del siglo XVII. Todos estos defectos y caprichos no quitan sin embargo á Góngora de aparecer como gran poeta en casi todas sus composiciones. Han llegado hasta nosotros y se leen todavía con placer sus romances, algunas de sus canciones y otras composiciones cortas de este género.

Se pueden contar entre los grandes poetas de aquel siglo á Lupercio Leonardo de Argensola, y su hermano Bartolomé, aunque el primero fué superior al segundo, no solo en el número, sino en el mérito de sus producciones. Cultivaron ambos el género grave y moral con sus asomos de satírico. Nos quedan sobre todo del primero varias epístolas y sonetos notables por su gusto severo, por la elegancia y correccion de estilo, y las sanas máximas que encierran. Son buenos modelos que imitar para los que cultivan este género. Fueron llamados en su tiempo los *Horacios españoles*, título que se merecieron en parte, aunque se quedaron mas lejos de la gracia, de la facilidad, de la amable elegancia que distinguen al latino. Fué ademas Lupercio autor dramático, segun haremos ver cuando tratemos de este género.

En la poesía épica se ensayaron algunas plumas de aquel siglo, aunque no se puede decir en general que con buen éxito. Escribió un poema de esta clase con el

nombre de la *Bética*, Juan de la Cueva, conocido ya por otras composiciones, en que alcanzó mas fama. Se publicó asimismo otro con el nombre de *Austriada*, debida á la pluma de Juan Rufo. El capitan Cristóbal Virués, consagró otro poema del mismo género á Nuestra Señora de Monserrate, bajo este nombre conocido. Ninguno de estos tres vive ya en el orbe literario, siendo su destino yacer, como otros, en el polvo de las bibliotecas. Alguna mas fortuna cupo al poema titulado el *Bernardo*, debido á la pluma del obispo Balbuena; mas á pesar de la riqueza de imaginacion y galas de lenguaje de este poema, á pesar de lo numeroso de sus cantos y de estar consagrado á un asunto nacional, no le citan los críticos en la primera línea de las composiciones de esta especie.

No se puede sin duda decir lo mismo de la *Araucana* de don Alonso Ercilla, poema tan singular por el teatro de la accion, por los héroes que en él figuran, como por la circunstancia de haber sido el autor personaje activo en los mismos hechos que refiere. Es el poema, la historia de una guerra puesta en verso; es el autor un oficial que escribe de noche el diario de las operaciones de aquel dia. El poema ó historia se divide en tres partes relativas á las tres diferentes épocas de la contienda. Es la conquista de un pais agreste en la parte meridional de América, perteneciente la region que hoy con el nombre de Chile se conoce: es una lucha á muerte entre españoles é indios valientes, que superan en audacia y ferocidad á cuanto se habia conocido hasta entonces en el nuevo continente. Son estos *araucanos* los principales autores en los cantos de Ercilla: los españoles solo ocupan un puesto secundario. Se reduce el poema á batallas, sitios, luchas de hombre á hombre. Para guardar armonía con el asunto principal, introduce el autor, apelando á la máquina, dos episodios; relativo el uno á la batalla de san Quintin y á la de Lepanto el otro. Así todo es guerrero en la *Araucana*. Se dijo de este poema que era tan agreste en sí, como la escena de la accion y

los personajes que la causan. Mas ni este defecto, suponiendo que exista, ni la infraccion de todas las reglas que se conocian como indispensables en este género de producciones, pueden defraudar á la *Araucana* de D. Alonso de Ercilla de ser un gran poema, de ser la gran gala de aquel siglo y la única de este género que poseemos. ¡Qué cuadros tan nuevos! ¡Qué fuerza de pincel! ¡Qué vuelos de imaginacion! ¡Qué valentía de lenguaje! ¡Qué facilidad de expresion! ¡Qué variedad de géneros desde el mas comun al mas sublime! No pocas veces ocurre en la lectura la memoria del Ariosto, á quien sin duda en esta parte imitó Ercilla. Admira sobre todo la variedad de personajes que se introducen en la accion, y la maestría de los rasgos que individualmente los caracterizan. Tucapel, Rengo, Lautaro, Capoulican, Colocolo, son modelos de guerreros salvajes, de hombres esforzados, de jefes intrépidos é inteligentes. Nos atreveremos á indicar que los héroes de Ercilla no se quedan muchas veces detrás de los de Homero.

No fué aquella parte del siglo menos escasa en traducciones de poetas antiguos y aun modernos, que de clásicos prosistas. Publicó Hernandez de Velasco una traduccion de la Eneida, adoptando el uso de las octavas con el verso endecasílabo asonantado de poca felicidad en su estructura, y casi insoportable en largas relaciones. La mezcla de los dos géneros de composicion no nos parece feliz ni motivada; la traduccion es floja, llena de palabras ociosas, y de aquel ripio de que pocas veces se ven exentos poemas escritos en octavas.

Mas desgraciado nos parece todavía en la traduccion que publicó en la Odisea de Homero Gonzalo Perez, padre, como hemos dicho, del famoso Antonio, que le heredó en su cargo de secretario. No sabemos si la traduccion es fiel; lo que sí nos parece un hecho incontestable es que el poema castellano es flojo y lánguido, sin ninguna armonía ni elevacion en el estilo. Adoptó el género endecasílabo libre, imposible de sostener con felicidad

en poemas de la extension de la Odisea. No creemos que sea fácil prescribir reglas para la traduccion de los poetas griegos y latinos á ninguna lengua de las vivas. Adoptando el uso de la rima, es inevitable el empleo de palabras ociosas que no están en el original y debilitan el sentido. Para el empleo del verso libre nos faltan recursos rímicos y de armonía, que aquellas dos lenguas verdaderamente musicales suministraban con tanta abundancia á sus poetas. Se puede decir que pocos clásicos de la antigüedad, están traducidos verdaderamente en lengua alguna de las vivas.

El dulce fray Luis de Leon se ocupó en la traduccion, en las églogas del mismo autor latino. Ninguno estaba sin duda mas en estado de penetrarse de la gracia, de la belleza de las imágenes, de la riqueza de conceptos y armonía esparcidos en estas composiciones pastorales; mas luchaba fray Luis de Leon con un poeta mas grande, con una lengua mas rica que la suya. Copió la gracia, mas no la correccion en la poesía de Virgilio. Escribió por lo menos un tercio mas de palabra que el original, falta ó sobra que nada puede disculpar, á menos que se trate de hacer una paráfrasis. Sin embargo, estas traducciones hacen honor á la memoria de nuestro poeta religioso, y se pueden presentar como un floron de su corona de poeta.

Mas felices fueron los españoles en la traduccion de poetas modernos y aun contemporáneos. A la cabeza de ellos podemos colocar á D. Juan de Jáuregui, que tradujo el Aminta del Taso de un modo tan exacto, tan feliz, tan apropiado á la índole de la lengua española, que no se sabe cuál de los dos es el poema original, y cuál el traducido. Este trabajo de D. Juan de Jáuregui es un modelo en su género; mas como confirmacion de lo que ya llevamos dicho, en proporcion que fué dichoso traduciendo el Aminta, se mostró infeliz en la version que nos dió de la Farsalia de Lucano.

De mas traductores ó imitadores de poetas antiguos,

hablaremos en la parte que sigue, consagrada exclusivamente á los dramáticos.

(1) La poesía dramática del siglo XVI, aunque al principio y mas con el tiempo, tomó un aspecto y el aire de la nacionalidad que nos es característico, no dejó de ser entre nosotros, como los demas ramos de la literatura, una imitacion de los antiguos. Casi se puede decir que los dramas comenzaron entre nosotros con el siglo. Los primeros ensayos fueron muy sencillos, reduciéndose á diálogos entre dos ó tres interlocutores. Poco á poco se fué agrandando la accion y complicándose la fábula. Con mas ó menos perfeccion se ensayaron ya en las dos terceras partes del siglo, antes de Lope de Vega, todos los géneros de dramas que despues se conocieron y se conocen en el dia; el caballeresco, el de costumbres, el maravilloso, el pastoral, la comedia, la tragedia, siendo de notar que algunos de ellos están acompañados de coros; y por consiguiente llamaban la música en su auxilio. Fueron muchas las imitaciones que hicieron sus autores de la antigüedad, hasta presentar en escena traducciones literarias, ó con poquísimas alteraciones de piezas griegas y latinas.

Se considera á Juan de la Encina como el primer autor dramático del siglo XVI, aunque sus composiciones se reducen á simples diálogos, sin accion, enredo ni artificio alguno (2). A Encina sucedió Bartolomé Torres Naharro, inventor del género novelesco, que merece el

---

(1) Véase á Moratin en sus *Origenes del teatro español*, y las lecciones sobre la poesía dramática de aquel siglo, explicadas en el Atenéo español por D. Alberto Lista. Ambos son buenos guias, aunque preferible en nuestra opinion el último por ser menos sistemático. Era el primero demasiado adicto y hasta apasionado de lo que en su tiempo se llamaba *clasicismo*, para no juzgar con demasiado rigor á lo que estaba fuera de esta línea.

(2) Moratin y el señor Lista copian y citan como un modelo de gracia y riqueza de lenguaje una composicion dramática del siglo anterior, reducida á un diálogo entre el amor y un viejo. Se le asigna por autor á un tal Rodrigo Cota, á quien se atribuye tambien el primer acto de la Celestina, de que hablaremos luego.

título de padre y fundador de nuestra escena. Compuso ocho piezas que se representaron con aplauso en Nápoles y Roma. Pertenecen cuatro de ellas al género novelesco; tres al satírico ó de costumbres; la otra es heróica, consagrada á celebrar las conquistas del rey D. Manuel de Portugal en Africa y la India. Los autores citados mencionan con elogio algunos de sus diálogos, y alaban la pureza de su estilo. Si estos dramas se resienten de la infancia del arte, merecen alabanzas como ensayos.

Hácia la mitad del siglo florecieron, siendo casi contemporáneos, Lope de Rueda, Juan Malara, Juan Rodrigo Alonso, Francisco Avendaño, Luis Miranda, Juan Timonada, Juan de la Cueva, Andrés Rey de Artieda, Lupercio Leonardo de Argensola y Miguel de Cervantes, que cerrára la lista para llegar al que los eclipsó á todos. al que se erigió en monarca de la escena española, Lope de Vega.

Lope de Rueda alcanzó gran fama en su tiempo como autor y actor; cultivó el género novelesco y tambien el de costumbres. Compuso comedias de mágia, coloquios por el estilo de Juan de la Encina y Pasos, nombre que dió él mismo á diálogos en escena, entre tres ó cuatro personajes de muy corta duracion; es decir, de un entretenimiento sumamente pasajero. Casi todas las comedias de este autor están en prosa, aunque dejó composiciones que le acreditan de muy buen poeta, para su tiempo por lo menos. Pasan por sus principales piezas *la Eufenia* y *los Engaños*; y aun se cita como una cosa muy festiva el paso de las *Aceitunas*. Las tres piezas están insertas en los orígenes del teatro español. El señor Lista cita algunos diálogos de la primera como modelos de buen estilo y sal cómica, no indignos de Cervantes. El paso de las *Aceitunas* es un juguete notable por su misma sencillez y naturalidad.

Juan de Malara dejó la fama de haber escrito mil tragedias, sin saber si se debe tomar este número en sentido literal ó en el figurado, queriéndose dar á enten-

der con él que escribió muchas. Mas ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros.

Rodrigo Alonso escribió la *Casta Susana*, cuyo nombre indica bien su procedencia de viejo Testamento.

De Francisco Avendaño tampoco nos queda mas que una pieza con el nombre de la *Fortuna*; y de Luis de Miranda otra con el título de *Comedia Pródiga*, que alaba Moratin, y de la que cita y copia el señor Lista algunos trozos.

Juan de Timoneda fué contemporáneo y amigo de Rueda, de quien siguió las huellas cultivando su género, aunque segun los autores ya citados no con tanta fuerza cómica como su modelo. Fué buen escritor en prosa; duro y desaliñado en verso. Moratin insertó en sus Orígenes su comedia principal casi traducida de Plauto, y que Timoneda intitula los *Menemnos*. El señor Lista cita con elogio y copia alguno de sus diálogos. Tiene esta pieza una introduccion llamada *Introito*, escrita en prosa como el resto de la obra. Tambien se inserta en los orígenes un paso de Timoneda en verso, intitulado *Los dos ciegos*.

Juan de la Cueva, autor como hemos visto de un poema épico intitulado *Bética*, y otros varios de género didáctico, se ensayó como autor dramático en todos los géneros, y fué el primero que empleó máquinas, ora de mágia, ora diabólicas, ora de la mitología antigua. Escribió entre otras piezas el *Cerco de Zamora*, la *Libertad de España*, la *Constancia de Argelina*, el *Infamador*, que sirvió de tipo al *Burlador de Sevilla*, del maestro Tirso de Molina.

Juan de la Cueva pasa por el primer dramático español que tomó de la historia asuntos para sus composiciones. Empleó en ellas todo género de metros, sonetos, octavas, redondillas, cuyo gusto se propagó á los autores sucesivos. Los citados críticos censuran el desarreglo de su imaginacion, la falta de verosimilitud y de fidelidad con que trazó caractéres históricos, la incorrec-

cion y desaliño de sus versos, aunque citan con elogio algunos trozos de sus composiciones.

El capitan Cristóbal Virués, autor del poema del *Monserrate*, tambien lo fué dramático. Se ensayó en tragedias, que ateniéndonos á la sangre que en ellas se derrama, bien merecen este título. En la de *Atila furioso*, mueren cincuenta y seis personas, y la tripulacion de una galera presa de un incendio. Tambien abundan estos horrores en la que intituló la *Gran Semíramis*. Compuso Virués otra tragedia con el nombre de *Elisa Dido*, produccion de gran regularidad en la distribucion del plan, mas sin otro mérito. Virués era mal poeta, y fué tan desgraciado en el drama como en la epopeya.

Ya hemos visto que lo que se llama tragedia tambien era cultivado, aunque, segun los inteligentes, con mal éxito. Compuso fray Gerónimo Bermudez otras dos tituladas *Nise Lastimosa* y *Nise Laureada*, cuyos asuntos están tomados de la historia de la famosa Inés de Castro. Lupercio Leonardo de Argensola hizo representar tres con los nombres de la *Isabela*, la *Alejandra*, y la *Filis*, muy celebradas por Cervantes, mas que, segun los críticos, fueron muy poco dignas de mencion tan honorífica.

Nada diremos de las comedias y demas piezas dramáticas de este último que cultivó tantos géneros de literatura. No fueron sus dramas aplaudidos en su tiempo, ni hoy merecen otra mencion que la de ser obras de Cervantes. Compuso hasta diez y ocho de diversos géneros. Pasan por las mejores ó las menos malas los *Tratos de Argel*, la *Numancia*, ambas tragedias y la *Comedia confusa*. Se sabe que este autor, tan gigante en prosa, era un escritor menos que mediano en verso. Natural era que hubiese elegido la prosa para sus dramas, siguiendo el ejemplo que le habian dado muchos de sus predecesores; mas sin duda no conocia Cervantes la fuerza de su grande ingenio, en vista de su empeño en versificar á despecho de la naturaleza. No se puede por esto pensar que sus versos fueron todos malos. Uno de los motivos de dárseles

tan poco mérito, es la comparacion que se hace de ellos con su prosa.

Ademas de las imitaciones que segun hemos visto hicieron de los antiguos nuestros poetas dramáticos de aquel siglo, se escribieron, aunque no se representaron, traducciones literales de algunas de sus piezas. Se puede contar entre ellas el *Anfitrion de Plauto*, por Villalobos; las *seis comedias de Terencio*, traducidas en prosa por Pedro Simon de Abril, literato distinguido de su tiempo: la *Venganza de Agamenon*, tragedia de Sófocles, y la *Hécuba Triste* de Eurípides, traducidas en prosa por Fernan Perez de Oliva, con algunas variaciones. El señor Lista alaba el estilo de estas dos versiones, por su número, elegancia y armonía, considerada sobre todo la época en que se expidieron.

Se vé por este rapidísimo exámen que los poetas dramáticos del siglo XVI, anteriores á Lope de Vega, trataron este género en todas sus clases y ramificaciones conocidas y cultivadas desde entonces; que fueron prosistas y poetas, imitadores de lo antiguo, y otros traductores; que unas veces se atuvieron á las reglas de Aristóteles, y otras cedieron á los vuelos de su fantasía. Que todas estas producciones se resintieron de la infancia en que se hallaba, si se quiere, el arte, no puede parecer dudoso; mas tampoco lo es que ofrecen un estudio digno al filólogo, y ejemplos y hasta bellezas, á los autores que cultivan su arte. Fueron irregulares; manejaron un lenguaje que todavía no se hallaba bastante pulido y refinado; chocaron con los gustos y maneras del dia; tuvieron sobre todo la desgracia que se ejerciesen en ellos críticas dictadas por el gusto, y hasta la manía del clasicismo que en la última mitad del siglo pasado inficionó á tantos de nuestros distinguidos literatos y escritores.

El teatro fué una diversion muy popular en aquel siglo; mas acudian poco á él las altas clases de la sociedad ni los magnates de la córte. Los cómicos, denominados entonces comediantes ó farsantes, vagaban de un punto

á otro, y establecian sus teatros en cualquier sitio capaz para recibir á los espectadores. No se conocia entonces el arte de cambiar las decoraciones, ni otros medios inventados despues para conservar la ilusion teatral que da tanto realce al mérito de un drama. Probablemente carecerian de toda propiedad y verdad histórica los trajes de los representantes. El teatro era para el pueblo, que por lo regular asistia á la exposicion de su retrato. Así estas composiciones, objetos de estudio para el humanista, no lo son menos para el moralista y el filósofo, deseosos de conocer las costumbres humanas, segun los paises y las épocas.

Lope de Vega pertenece á los siglos XVI y XVII, entre los que se dividieron casi por partes iguales los años de su vida. Como ninguno por esta razon puede reclamarle como exclusivamente suyo, le haremos por ahora del XVI, cerrando con él la lista de sus dramatistas. ¿Qué diremos de este hombre extraordinario, de este asombro de fecundidad en todos los géneros de la literatura? Que como dramatista cultivó y desarrolló todos los géneros que se conocian en su tiempo, lo saben cuantos se ocupan de la literatura; que tuvo el cetro de la escena, fué durante mas de treinta años el regocijo, el deleite y hasta el asombro de cuantos asistian al teatro, es un hecho histórico; que no fué clásico, que escribió contra las reglas del arte, lo confiesa él mismo; que sus bellezas oscurecen las que pueden reunir todos los dramas de los que se han erigido en sus críticos, dificilmente lo confesarán ellos mismos. Por lo demás, si compuso mil ochocientas, mil quinientas ó las que se quiera, poco puede importar á la presente edad, de cuyos teatros han desaparecido todas sus comedias. Trabajó para su siglo; no para el nuestro, segun lo que observamos en el dia. Si la falta está en Lope de Vega ó en nosotros, lo decidirán quizá las generaciones sucesivas.

Designan algunos á Lope de Vega con el nombre de *Monstruo de la naturaleza*, por su fecundidad prodi-

giosa, de que no hay egemplo. En ningun género de poesía conocido en su tiempo y aun en posteriores. dejó de ensayarse este ingenio español, que gozó en vida la palma de celebridad europea, que conserva hoy sin mengua de su lustre. Dejamos á los críticos el decidir cuál en este occéano de producciones debe colocarse al frente de las otras en caso de que sea posible resolver este problema. Tambien les toca examinar si entre todas ellas hay alguna que se pueda considerar como un gran monumento literario de aquellos que, por las grandes bellezas que solo crea el genio, estan destinados á desafiar la mano de los tiempos.

Despues de los poetas vienen naturalmente los que sin escribir en verso cultivaron el campo de la ficcion en sus diversos géneros. La novela, pues, con tal nombre designaremos satíricas producciones, es tan antigua en España como en Italia; pues se cultiva desde el siglo XIII. Fué el XVI fecundo en estas obras. Las hay del género picaresco, satírico ó de crítica; las hay sérias y amorosas; otras puramente morales; algunas del género pastoril, que estaba entonces muy en boga. No pocas pertenecen al género caballeresco, muy en consonancia con el gusto de entonces, con las ideas é inclinaciones de hombres que acababan de salir de la edad media. En este género eminentemente europeo, propio de aquellos tiempos, no pudieron ser imitadores de los clásicos antiguos: para los tres primeros hallaron muchos recursos en sus composiciones.

Estas producciones, sobre todo la del género satírico, aunque parezcan tal vez frívolas, no están llamadas á ocupar mas la atencion del filólogo que del moralista; del crítico que examina su mérito literario, que del historiador y del filósofo, tan curiosos de observar las costumbres de los hombres. En estas obras, y lo mismo se puede decir de las dramáticas y de igual clase, se reflejan las clases de la sociedad, sobre todo las ínfimas, donde está impreso el verdadero tipo de naciona-

lidad con que se distingue cada época. Por ellas se ve lo que eran los españoles de aquel siglo, cuáles sus gustos, sus trajes, su lenguaje, la clase de su educacion, lo mas ó menos grosero de sus hábitos, el espíritu aventurero y caballeresco de la época, el carácter pendenciero de quienes contaban la espada en el número de las prendas indispensables de su equipo. Esta arma, que solo se usa hoy por las clases mas altas de la sociedad en ciertas ceremonias, jamás se apartaba entonces del lado hasta de las ínfimas (1). Hacemos esta observacion, y citamos esta sola diferencia para hacer ver hasta qué punto la de los usos que parecen mas indiferentes puede ofrecer diversos cuadros de costumbres relativos á sus épocas.

Comenzando por las primeras, pues así les corresponde, ateniéndonos al órden cronológico, pondremos al frente la produccion singular que con el título de *Celestina ó amores de Cálisto y Melibéa* vió la luz pública casi al mismo comenzar del siglo. Aunque lleva el título de tragi-comedia y está dividida en partes llamadas *actos* (2), es claro que por su textura y por la imposibilidad de ser representada pertenece menos al género de

---

(1) Recordamos haber visto un arte ó reglamento de cocina para las de Felipe II, donde hay un capítulo para prescribir dónde y de qué modo deben colgar sus capas y *espadas* los *oficiales* ó sirvientes de cocina. Si nos atenemos al diálogo entre D. Quijote y su escudero despues de la aventura de los Yangüeses (parte 1, capítulo XVI), parece que la llevaba Sancho Panza. Mas éste en su conversacion con el del caballero del bosque, (part. II, cap. XIV), dice en términos expresos: «me imposibilitará el reñir el no tener espada, *pues en mi vida me la puse.*»

(2) Estos actos son veinte y uno. Pasa por autor del primero, que es el mas largo de todos, Rodrigo de Cota, el viejo, ya citado, que le debió de escribir algunos años antes del fin del siglo XV. Los otros lo fueron por el bachiller Fernando de Rojas, segun lo declaró él mismo en unos versos acrósticos, cuyas primeras letras dicen: *El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calisto y Melibea, é fué nascido en la Puebla de Montalban.* Es tan grande la semejanza de estilo entre el primer acto y los siguientes, que á no saberse que son de dos ingenios pasarian por de una misma mano.

drama que al de una novela dialogada. Cualquiera nombre que se le asigne, no repetiremos los elogios que en todo tiempo, y sobre todo nuestros literatos modernos hacen de esta composicion, tesoro de buen lenguaje, de gracias, de sales, de sentencias, de moralidades, donde brilla tan profundo conocimiento del corazon humano, y se halla tan fielmente retratado el estado de la sociedad, aplicado á las clases mas bajas y hasta infames de la época. Con la mayor exactitud están bosquejados los retratos de cuantos personajes figuran en aquellas escenas: el de *Celestina* es el modelo mas acabado de las mujeres de su oficio. Hay de todo en la novela ó drama; historia sagrada y profana, mitología, filosofía, rasgos de erudicion en boca de todos los actores, y prescindiendo del pasatiempo que ofrece su lectura, hay mucho que aprender y que meditar en ella aun para hombres instruidos. Todo interesa en esta produccion; el asunto, las maneras, el estilo. La lubricidad de algunos cuadros, y lo obsceno de muchas de las expresiones, probablemente no eran tan ofensivos en aquel tiempo como en los nuestros, donde nos preciamos de mas delicadeza y castidad en las palabras, aunque no valgan mucho mas las obras. Al menos esta composicion nos dá á entender que las de entonces no eran tan puras é inocentes, como tal vez algunos se pueden figurar de tiempos tan remotos, y que en materia de vicios y de corrupcion pocas épocas se pueden echar nada en cara unas á otras.

El fin moral que se propuso el autor de la *Celestina*, es visible en cada página, aunque no lo hubiese manifestado en la introduccion y en los versos ya citados que puso al frente de su obra. Pintó el vicio con colores feos para hacerle odioso, hizo perecer trágicamente á los principales personajes de su tragi-comedia, para que las culpas fuesen seguidas de un castigo proporcionado á los excesos. Que su fin fué el de escarmentar y no inducir á extravíos, es evidente; y de esto no puede caber duda al que lea con la mas pequeña atencion, sin pararse en

lo lúbrico de la pintura. Hacemos esta reflexion, porque es aplicable á cuantos autores de aquel siglo se ejercitaron á composiciones del órden picaresco, en que el veneno vá siempre seguido de algun antídoto que inutilice sus efectos. Si han acertado, es otra cuestion en que no entramos.

Despues de la *Celestina* colocaremos al *Lazarillo de Tormes*, publicada en el primer tercio del siglo XVI, produccion juvenil de uno de sus hombres mas esclarecidos, á saber: don Diego Hurtado de Mendoza. Tambien es un tesoro de buen gusto, de sales y de un lenguaje puro y castizo que no ha envejecido, á pesar de que nos separa de aquella produccion mas de tres siglos. Todos los cuadros del *Lazarillo* están pintados de mano muy maestra. El protagonista interesa por la relacion de unas aventuras de miseria y travesura, en que nunca faltan sentencias y moralidades mezcladas con la narrativa. El *Lazarillo de Tormes* es una de las joyas literarias de aquel siglo. Las dos continuaciones, pues tiene dos segundas partes hechas por diversas plumas, están lejos del mérito de su modelo. En la primera se nos presenta á *Lazarillo* convertido en un atun y habitante del mar, donde le suceden aventuras que interesan poquísimo. La segunda le vuelve á su estado natural, y continua la narrativa por el tono de Mendoza, al que se acerca mucho mas que el autor de los lances submarinos.

Siguió esta senda Mateo Aleman en su vida y aventuras de Guzman de Alfarache, nombre clásico tambien en nuestros fastos literarios. El fin moral del autor en las aventuras de su *pícaro*, se manifiesta aún con mas evidencia que en las dos producciones anteriores. Es un pícaro que refiere sus aventuras unas veces con harto desenfado y alabanza propia, y otras con el mismo tono de contricion con que un penitente confiesa sus pecados. A cada aventura precede ó sigue su moralidad correspondiente; tal es el temor de Mateo Aleman de pervertir á los lectores con un mal ejemplo. Ademas de la narrativa,

y sin apenas conexion con ella, hay en la obra párrafos larguísimos de moralidades sacadas de la historia, y otras mas fuentes de erudicion, que hacen verdaderamente cansada y fastidiosa su lectura. Por otra parte, en muchas de las aventuras hay poco chiste y originalidad, bastantes cuadros feos que no pueden ser interesantes. El carácter mismo del *pícaro* no está delineado con tanta claridad como los de los personajes de los otros anteriores. Por todas estas razones no tenemos el *Guzman de Alfarache* por obra de gran mérito.

Despues de publicada la primera parte de Guzman de Alfarache, de Mateo Aleman, dió á luz una segunda Mateo Lujan de Saavedra, imitando el tono, estilo y carácter de composicion de la primera.—Quiza fué este el motivo que tuvo Aleman de publicar otra segunda, en que no trata de un modo mas caritativo á Lujan de Saavedra que Cervantes al que tuvo la osadía de dar á luz una segunda parte de su D. Quijote. La misma suerte cupo á los dos, segundas partes intercaladas, á pesar de que no se tienen por destituidas de mérito literario, en la invencion y en el estilo.— Si los nombres de Lujan de Saavedra y de Avellaneda no estan completamente en el olvido, lo deben á los dos ingenios que de su atrevimientos se ofendieron.

Entre las novelas de Cervantes que publicó sin duda á últimos del siglo XVI, hay algunas que pertenecen á la clase picaresca; tales son, el *Rinconete* y *Cortadillo*, el *Matrimonio engañoso*, los *Diálogos de los perros de Mahudes*, la *Gitanilla*, la *Tia fingida*, parte de la *Ilustre fregona* y del *Licenciado Vidriera*. En estas, sobre todo en la primera, se vé la mano maestra del autor, su profundo conocimiento de las costumbres del siglo en que vivia, y sobre todo, su habilidad en trazar cuadros de costumbres. En las demas novelas de género sério luce su buen estilo, mas poca gracia y originalidad que haga interesante su lectura. El mismo juicio merece su *Pérsiles* y *Sigismunda*, produccion á que el autor daba mas impor-

tancia que al mismo *Don Quijote*; prueba de lo mucho que estravia al hombre su amor propio, de que no va siempre unido el genio con la sana crítica. El *Pérsiles* es un modelo de buen lenguaje, no inferior á ninguno de los escritos de Cervantes; mas es un afinamiento de acontecimientos peregrinos, pero enlazados con poco arte, sin ningun órden y con tanta confusion, que al cabo de cierto tiempo engendra cansancio, y hace que se deje el libro sin valor para llegar hasta el fin de la leyenda.

Al género de esta novela, que se puede denominar moral, sério; y hasta sentimental pertenece *Auvelio é Isabela, hija del rey de Hungría*, por Juan Flores; la *historia de la reyna Seuilla*, de autor desconocido; *los amores de Clares y Florisea*, de Nuñez de Reinoso; el *Proceso de las córtes de amores*, de Alonso de Ulloa; *la Selva de aventuras* de Gerónimo Contreras, y otras varias por el estilo.

Se puede colocar en el género misto, pues de todos participan, el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda coleccion de aventuras á quienes dá el nombre de *Patrañas*; la *Sobremesa* y *alivio* de *Caminantes*, del mismo autor que es una recopilacion de cuentos sumamente cortos, los *cuentos de* Juan Aragonés, y la *Selva Curiosa* de Julian Medrano.

En el género de novela histórica, se publicó entre otras por Alonso de Villegas, la *historia del Abencerrage y la hermosa Jarifa*, y por Ginés de Flira, la *historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrages, caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la vega entre moros y cristianos hasta que Fernando V la ganó; agora nuevamente sacado de un libro arábigo cuyo autor de vista fué un moro llamado Amin-Ausin, natural de Granada, desde su fundacion.* (1)

---

(1) Sobre el mérito de todas estas compositores, véase el *Discurso preliminar sobre la novela española* que va al frente del

En el género pastoral teniamos toda especie de recursos de imitacion en los antiguos. Los suministraban á manos llenas Teócrito y Virgilio en sus composiciones cortas, ó sea églogas é idilios. Para las largas estaban las Pastorales de Longo ó Longus, traducidas por Amyot á principios de aquel siglo. Solo Garcilaso imitó á los dos primeros, aplicando el verso con la facilidad que ya hemos visto. Los que vinieron despues prefirieron escribir composiciones mas largas y en prosa, en imitacion del género novelesco del tercero. Las nuestras fueron muy gustadas y admiradas en su tiempo. Hoy dia no se leen: los filólogos las citan; se ven todavia en librerías, mas no sobre la mesa de ningun aficionado á la lectura. El portugués Jorge de Montemayor compuso una novela titulada *Diana*, que continuó despues el español Gil Polo, dando á su obra el titulo de *Diana enamorada*. Se puede añadir á estas la Galatéa de Cervantes. Se distinguen estas obras, sobre todo la última, por lo puro, sencillo y á veces elegante de su estilo, por lo afectado de sus conceptos, por lo alambicado de sentimientos, por un tono impropio á todas luces de los pastores á que se atribuye. Probablemente Virgilio, Teócrito y Longo, tuvieron algunos modelos para sus composiciones: no los habia en el siglo XVI en que se escribieron tantas pastorales. Eran tan rústicos, tan záfios los pastores de aquella edad, como los que vemos en el dia. Ya no usaban ni caramillos ni zampoñas, ni cantaban endechas, ni iban coronadas de flores sus pastoras.

En cuanto á las novelas del género caballeresco, remitimos al lector al famoso escrutinio que hicieron de estas obras el cura y el barbero en la librería del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que vino al mundo para acabar con todas ellas.

---

tomo III, de la *Biblioteca de autores españoles* publicada por el Señor Aribau, donde á escepcion de la *selva curiosa* de Julian Medrano, se insertan todas ellas.

¿Y en qué lugar colocaremos, cuál es el género á que pertenece esta produccion tan singular? Se publico en los primeros años del siglo XVII, mas al XVI perteneció su autor; como del XVI le reclamamos. ¿Qué diremos de este libro que no esté dicho, redicho, repetido en tantas lenguas? Pasarle en silencio, seria hasta irreverencia á la memoria y nombre de su autor; repetir sus elogios, es completamente inútil; para ofrecerle nuevos homenajes, son muy pocas nuestras fuerzas. Nos contentaremos pues con la simple y sentida admiracion de un libro único en su especie, libro de los viejos, libro de los mozos, libro de los sábios, libro de los ignorantes, libro el mas conocido en toda España, en toda Europa, libro que hace reir y pensar, libro que instruye y deleita al mismo tiempo. No está todavía decidido si en él vale mas lo festivo que lo grave, si es el personaje principal el caballero andante ó el escudero; si los discursos de don Quijote cuerdo son mas ó menos interesantes que las locuras en que le hacen incurrir sus antiguas leyendas malhadadas. En este libro hay de todo; lo cómico y lo trágico; lo bufon y lo sublime; lo satírico y lo afectuoso; la vida de los campos como la picaresca de las clases de la sociedad mas corrompida. Nunca se instruyó mas proporcionando mas dulce pasatiempo. En las locuras se aprende tanto como en las sentencias, el gobierno ridículo de la ínsula Barataria suministra excelentes preceptos á los mas altos gobernantes. Y sobre todo, ¡qué estilo, qué copia, qué correccion, qué tesoro de armonía! Cuantos han querido imitar esta produccion, han escollado como en una empresa temeraria. Los que han tratado de adoptar su estilo, no han pasado nunca de la clase de copiantes.

La Francia del siglo XVI no produjo poetas comparables con los nuestros. Aquella nacion festiva, satírica y mordaz, la mas cancionera del mundo, dividida por otra parte en partidos, debió de ser muy fecunda en la poesía ligera y satírica, donde se marcaban las opi-

niones diversas, ora políticas, ora religiosas de los que entraban en la liza. Mas todas estas composiciones de interés local ó del momento, desaparecen naturalmente cuando termina el interés de la situacion que les dá orígen. Así son muy pocos los monumentos poéticos que nos quedan de aquella época, dignos de pasar á la posteridad por su mérito intrínseco y literario. Se conservan todavía con aprecio algunas de las poesías ligeras de Marot, poeta de la córte de Francisco I, y que en su cualidad de traductor de los Salmos de David en verso, gozó de gran reputacion entre los calvinistas, sus correligionarios, que los cantaban en sus congregaciones. Tuvo en el reinado de Cárlos IX reputacion de gran poeta Ronsard, escritor grave y magestuoso, que quiso hacer innovaciones en la lengua poética, y no tuvo por fruto de todos sus esfuerzos mas que el quedar sepultado en el olvido. De todos los poetas franceses, el solo que ha pasado á la posteridad con justos títulos de fama, es Malherbe, que floreció muy á últimos del siglo. Cultivó entre otros el género lírico con mucho aplauso, y fué en cierto modo el creador de la lengua poética, que con poca diferencia prevaleció en el siglo siguiente y sucesivos. Nos quedan de Malherbe composiciones de gran mérito. Hay entre ellas una dirigida á un padre sobre la muerte de su hija, que todos los literatos de aquel pais citan con elogio.

Otros poemas de varios géneros produjo en Francia aquella época, que aunque no muy estimados, se mencionan en el dia. Los hubo sérios y hasta épicos. Entre sus autores citaremos á Saint Gelais, muy favorito de Francisco I, que pasa por ser el primero que escribió sonetos en su lengua.

El teatro francés estaba aún mas en mantillas, en un estado de mayor rudeza que el español en la misma época. Todavía eran diversiones favoritas los misterios ó dramas mixtos, cuya introduccion en Europa fechaba de tres á cuatro siglos. Ningun autor dramático de aquel

tiempo dejó composiciones de este género que puedan citarse con algun elogio. Dieron un gran alimento á la poesía dramática de aquella época los mismos sucesos de la contienda civil y religiosa de que fué teatro aquel pais durante tantos años. En dramas alegóricos y hasta con los nombres propios de los mismos personajes se ridiculizaban mútuamente los partidos rivales, llevando en esta parte lo mejor de la contienda los católicos, pues por los principios que profesaban ó afectaban los reformadores, no gustaban de fiestas de teatros. Era la comedia antigua de los atenienses con su rudeza en las formas y sus personalidades.

Como hemos dicho, la poesía francesa de aquel tiempo, es decir, la que excita hoy recuerdos de sus literatos, fué toda ligera, amoldada al gusto de aquel pueblo. No faltaron grandes poemas sérios como el del autor citado, mas no se leen, y si se mencionan es solo en diccionarios. Tampoco faltaron novelas en prosa, como entre nosotros, mas no en tan grande número. Entre las composiciones de esta clase se distinguen los cuentos de Margarita, hermana de Francisco I, conocidos con el nombre de los Cuentos de la reina de Navarra. Tambien Margarita de Valois, hija de Enrique II, y primera mujer de Enrique IV, fué autora y dejó composiciones asimismo en el género festivo. Igualmente se dice que hacia versos Cárlos IX, á quien se le supone cierta instruccion y aficion á la literatura; mas sus composiciones apenas merecen un recuerdo. Entre los poetas franceses citaremos tambien á María Estuarda, que compuso bien algunos versos en esta lengua, que cultivaba con preferencia á la suya propia; mas los críticos no dan á sus composiciones un gran mérito. La lengua francesa tanto en verso como en prosa estaba muy lejos todavía de las gracias y formas elegantes que llegó á adquirir en el siglo XVII. No sucedia lo mismo á la nuestra, que en poesía se conserva hoy con muy corta diferencia tal cual nos la dejaron nuestros grandes escritores de aquel siglo.

No llevaba grandes ventajas la poesía de Inglaterra á la francesa de aquel tiempo. Pocos monumentos nos quedan, sobre todo de la primera mitad, en que la lengua permanecia aún en un grande estado de rudeza. Enrique VIII no tenia grande aficion á la poesía; era mas teólogo que literato. Los dos reinados sucesivos fueron época de trastornos y revueltas, no de saber y de proteccion á los productos del ingenio. Se dice que la reina María era muy amiga de las letras. Algunos escritos nos quedan de su mano, mas ninguno los menciona con aprecio. Su sucesora, la reina Isabel, fué literata y escritora. Se conserva de ella una traduccion del libro de las *Consolaciones* de Boecio, cuyo trabajo emprendió y llevó á cabo durante su confinamiento. Se dice que ademas del latin, sabia el griego, el francés y el italiano Cualquiera que fuese su grado de instruccion, es un hecho que favoreció á los literatos, á los poetas, sobre todo á los que la hacian objeto de sus composiciones. No produjo sin embargo aquella época hombres muy insignes en este género de escritos. Se menciona como un gran poema del tiempo el intitulado la *Hermosa reina* (the fairy Queen) de Spencer, dedicado como indica su título á celebrar bajo las ficciones de la fabula á la que reinaba entonces. Fué este poema el encanto de los contemporáneos; hoy es leido de muy pocos; no porque carezca de poesía y elevacion de sentimientos, sino por pertenecer al género caballeresco, que pasó de moda y no es gustado en estos tiempos. Lord Byron en su famoso Childe-Harold adoptó las estancias ó estrofas de nueve versos usadas por Spencer.

Tambien se citan como producciones de algun mérito, la traduccion del Tasso por Fairfaix, en que está vertido verso por verso con exactitud; la del Ariosto, por Harrington, y las sátiras de Donne.

Igual proteccion dispensó al teatro aquella reina: no porque los dramaticos obtuviesen de ella grandes rasgos de munificencia, sino porque gustaba de esta diver-

sion y la fomentaba con su ejemplo. En Inglaterra, como en otras partes, habia costumbre de dar representaciones en los palacios y casas de campo, con cuya diversion obsequiaban los primeros personajes á un sin número de convidados que regalaban con la mayor magnificencia.

El reinado de Isabel produjo algunos autores dramáticos de algun mérito, sobre todo, atendiendo al tiempo en que escribian. Los hubo del género clásico y caballeresco, del grave y satírico.

Floreció entre otros, aunque tambien pertenece á dos siglos, Benjamin Jonson, conocido con el nombre de Ben-Jouson, muy célebre en su tiempo, mas sin genio, sepultado hoy en el olvido.

A todos los eclipsó Shakspeare, que fué un genio de aquellos que pertenecen realmente á todos los siglos y á todas las naciones. Nacido en 1564, pertenece á dos siglos, aunque mas al XVI que al XVII. Fué protegido de la reina Isabel, y muy gustado de su sucesor el rey Jacobo. Cuanto pretendamos decir de este poeta extraordinario, ya está dicho. Están agotados en favor suyo todos los elogios: por otra parte, ya son extemporáneas las acusaciones amargas que se han hecho de sus faltas, de su ignorancia, de sus monstruosidades y del carácter grosero de su estilo. Las críticas murieron; las bellezas han absorbido los defectos. Shakspeare está considerado como el primer dramático del mundo. Es sublime, patético, sério, festivo, bufon y chocarrero. Todas las clases de la vida humana desde el emperador hasta el sepulturero viven en sus dramas, porque en sus dramas todo vive. Escribió de inspiracion, sin estudios prévios, sin sujecion á regla alguna, como un hombre guiado solamente por la naturaleza. No podia ser clásico, pues ignoraba que hubiese modelos de este género de composiciones; fué autor dramático, sin pretension de hacer innovaciones ni formar escuela. Escribia y no borraba, sea por la urgencia del tiempo, sea por carecer de verdadero gusto un hombre que poseia tanto genio. Fué cómico y trágico, sin que en ninguna de sus composicio-

nes se sostenga desde el principio al fin ninguno de los dos estilos. Si imita alguna fábula, es una verdadera creacion: si toma algun asunto de la historia, es la mayor fidelidad en el pincel: si describe pasiones, se muestra profundo conocedor de nuestro corazon; si produce bellezas, son del primer órden: si comete faltas, son intolerables y monstruosas. Los ingleses se muestran muy constantes en su entusiasmo por este gran poeta: mas el entusiasmo no está solo en sus labios, se traduce tambien por actos positivos. Shakspeare vive en la imprenta, que no se cansa de reproducirle bajo mil diversas formas: vive en las artes, que se consagran á su genio muy frecuentemente: vive sobre todo en el teatro, donde el público no se cansa de aplaudirlo.

En la segunda mitad del siglo XVI fué Italia inferior á la primera; en artes como en ciencias, en verso como en prosa. A no haber producido un poeta como el Taso, hubiera quedado muy deslucida en esta parte. Mas un poema como el de la *Jerusalen* basta para resarcir mil faltas, para compensar y cubrir muchísimos vacíos. Se puede considerar esta composicion como la mayor gala literaria no solo de Italia, sino de la Europa literaria de aquel tiempo. Es inútil hablar con elogio de un poema que conoce todo el mundo, que se halla en todas las librerías y bibliotecas, en las manos de todos los hombres de buen gusto, y traducida en la mayor parte de las lenguas de Europa. Es de un tono sério, grave y melancólico, segun el asunto requeria. Aun bajo de esta consideracion pudieran ser objetos de censura algunos episodios, algunos adornos que no dicen bien con el sepulcro de Cristo, rescatado por los ejércitos cristianos; mas no hay severidad posible para desechar lo que, prescindiendo de esta consideracion, está de tantos encantos impregnado. Tachan generalmente los críticos á este poema de carecer del colorido exacto de la época á que se refiere, mas esto solamente puede ser defecto para los muy conocedores de la historia. Disputas hubo y grandes

controversias sobre cuál era el poema mas excelente entre el Orlando furioso y la Jerusalen; mas es casi imposible, y sobre todo muy ocioso, hacer entrar en paralelo dos obras que pertenecen á especie tan diversa. Del Ariosto hemos hablado en su debido tiempo. No tomó el Tasso tan gran vuelo: se contentó con un cuadro de menos dimensiones. Se limitó á una accion grande, principal, en lugar de que el otro se consagró á una infinidad de acciones sin saberse ni indicarlo él mismo, cual es la primera, pues verdaderamente no hay ninguna que ese título merezca. Habiéndose contraido el Tasso á un solo objeto, no pudo mostrar la fecunda y hasta asombrosa fantasía en que tal sobresale el Ariosto: no pudo ejercitarse en todos los géneros de composicion desde el bajo hasta el sublime: no pudo hacer pasear al lector por una série de palacios y jardines todos encantados. En recompensa le interesa y llama poderosamente su atencion hácia un objeto grande y noble: pinta objetos con las proporciones que les asigna la naturaleza, presenta guerreros valientes y esforzados, sin que en sus hazañas ofrezcan nada de increible. La variedad de sus caractéres puede entrar en comparacion con los descritos por Homero. En nada se parece Godofredo á Reynaldo, Reynaldo á Argante, Argante á Tancredo, Tancredo á Soliman, ni éste al venerable conde de Tolosa. Si pasamos de los guerreros á las tres heroinas del poema, veremos mas variedad en el carácter, así como mas mágia en el pincel que las describe. El estilo es magnífico, como el resto; si no es todo oro puro, queda bastante de este metal para darle un peso sólido. Sin duda ha escrito Virgilio con mas correccion, con mas exactitud, con mas regularidad de estilo; mas está muy lejos su poema de exceder en interés al italiano, así como le es inferior en la variedad de caratéres. No merecia el Tasso que Boileau le hubiese colocado en un mismo verso al lado del latino, de un modo tan depresivo como poco honorífico, al gusto y tacto de su crítico (1).

(1) Boileau en su sátira IX dice así:

El *Aminta*, del mismo autor, fué el primer drama pastoral de aquel siglo, y aún se mantiene en la literatura á la cabeza de todas las composiciones de este género. Ya hemos visto que nuestro don Juan de Jáuregui le vertió con tanta perfeccion al castellano, que no se sabria cuál era el original y cuál la traduccion, si no se tuviese noticia de ambos nombres.

Con la misma aceptacion del público salió á luz algunos años despues el *Pastor Fido* de Guarini, de accion mas complicada, y segun muchos, mas interesante que la anterior. Ambas han sido traducidas á distintas lenguas.

A las demas obras dramáticas de Italia en aquella época, consagraremos pocas líneas. Tambien fué en la segunda mitad del siglo XVI inferior en esto á la primera. Florecieron entonces, como hemos visto en el capítulo VII, los cardenales Trissino y Bibiena, el famoso Maquiavelo y otros de inferior nota, que publicaron é hicieron representar con mucho aplauso dramas, cuya mayor parte eran imitaciones y hasta traducciones de lo antiguo. A estos nombres añadiremos el del famoso Aretino, uno de los poetas mas licenciosos del siglo, que por sus sátiras punzantes y atrevidas contra los grandes y los mas elevados personajes de su tiempo, mereció el título de *azote de los príncipes*. En el periodo siguiente aparecen nombres de dramatistas, como Zoppio, Pazzi, Dolce, Gelli, Giustiniani, Loredano, Salviani, Becari y otros; mas ni estos ni aun los primeros permanecen en la escena. Debemos añadir que en la corte de Felipe II solo se representaban dramas italianos.

No podia dejar de tener sus poetas, y poetas de valía, el vecino reino de Portugal, que por tantos años hizo una parte de nuestra monarquía. Entre todos sobresale el famoso Luis Camoens, de gran reputacion en Europa, que hoy se cita y está considerado entre los grandes ingenios que produjo nuestra edad moderna. Su

---

Malherbe, á Racan, preferer Theophile
Et le dinqu ant du Thasse á tout l' or de Virgile.

poema, *Las Lusiadas*, se halla colocado en el número de las grandes epopeyas que se conocen en el dia. Es un cuadro de no muy largas dimensiones, mas lleno de figuras muy interesantes. Cantó el poeta los descubrimientos de los portugueses en la India. y no quedó su musa inferior á un objeto tan grandioso. Se cita como un modelo de poesía su relacion del paso del Cabo de Buena Esperanza, ó de las *Tormentas*, como entonces se llamaba, donde se aparece á los atrevidos navegantes el dios del Océano, quien los amenaza con los mayores castigos si se atreven á pasar adelante y penetrar en sus dominios. Por lo demás, el poema pertenece al órden histórico, pues mas de la mitad se reduce á la historia de los reyes de Portugal, anteriores á don Juan II, en cuyo tiempo se hizo el descubrimiento que dió á los portugueses un imperio en Asia. Están trazadas de mano maestra, y con la mas poética expresion las aventuras de la famosa Inés de Castro. Los dos últimos cantos, pues el poema no tiene mas que diez, abundan en buena y agradable poesía, mas no corresponde la licencia y aun la lubricidad de sus cuadros, á la seriedad y grave tono que exigia una empresa tan gloriosa. Su estilo es elegante, armonioso y dulce; mas consideradas sus bellezas, le tenemos, á pesar de lo que dicen los literatos extranjeros, inferior á nuestro Ercilla, que presentó un cuadro mas vasto, mas nuevo, mas original, con una variedad superior de caractéres. No será fuera de propósito indicar que Camoens fué soldado como Ercilla, y que militó en los paises que dieron el asunto á su poema. Se dice que regresando á Europa y asaltado su navío por una tempestad, se salvó á nado con su poema en una mano; lo mismo se cuenta de César, aunque ninguno de estos dos rasgos nos parece muy probable. Mas es un hecho que el autor de regreso á Lisboa no encontró favor y proteccion, ni para el soldado que habia combatido, ni para el poeta en que celebraba las grandezas de su patria, y que murió en un hospital sumergido en la miseria.

De los poetas alemanes, suizos, flamencos, polacos y otras naciones de Europa, seria inútil ocuparnos, y hasta imposible para nosotros, que ni aun sus nombres conocemos. Basta tener una idea de la rudeza de sus lenguas y lo poco que en amena literatura entonces alcanzaban, para inferir lo escaso de las producciones de esta clase. Sin duda no carecian de poemas ligeros, de carácter meramente nacional ó popular, pues de estos se encuentran hasta en la infancia de los pueblos; mas no son de los que pasan bien ó mal á la posteridad, ó dentro de la misma época ocupan la atencion de los estraños.

APENDICE IX.

Nobles artes.—Pintores españoles.—Juan Navarrete (el mudo).—Cambiasso.—Peregrini ó Tibaldi.—Zúcaro.—Vicente Joanes.—Juan Pantoja de la Cruz.—El Carducho ó Carducci.—Escultores.—Berruguete.—Vergara.—Arquitectos.—Egas.—Machuca.—Los Vegas.—Juan de Toledo.—Juan de Herrera.—Constructores de obras pùblicas en el ramo civil.—Juanelo Turriano y otros.—Artistas extranjeros.

El siglo XVI fué la época grande de las nobles artes. Ya hemos hablado en el capítulo VII, de su admirable desarrollo que tuvieron en su primer período; es decir, en el reinado del emperador Cárlos V. Creció todo como era natural, en el de su hijo, menos en Italia, donde fué tanta la altura á qae habian llegado en el primero, que no podian menos de quedar estacionarias.

Despues de Leonardo Davinci, de Rafael, del Correggio y del Ticiano, debia de hacer pocas conquistas el pincel; de un estado de tan exquisita perfeccion, no se podia pasar mas adelante. Era imposible que el arquitecto de *san Pedro* se ensayase en otro monumento superior, ni igual; á Benvenuto Cellini era igualmente difícil que ninguno le excediese. Las tres nobles artes de la pintura, arquitectura y escultura, que habian llegado á su apogeo en la primera mitad, tuvieron que ocupar un lugar algo inferior en la siguiente. Mas todavía hubo genios superiores que sostuvieron su esplendor,

y la gloria para Italia de ser la patria privilegiada de las nobles artes.

Mientras Italia permanecia estacionaria ó descendia, subia España y llegaba al alto puesto de donde no la despojó ninguno de los siglos posteriores. Comenzando por la pintura, si no teniamos todavía ni los Murillos, ni los Velazquez, ni los Canos, que tanto brillaron en el XVII, produjo artistas el reinado de Felipe II, que pueden acercárseles con honra. Como entonces se estaba construyendo el célebre monumento del Escorial, concurrieron á hermosearle los principales artistas de aquel tiempo. Algunos extranjeros le consagraron la parte principal de sus producciones á tal punto, que pueden ya considerarse como nuestros. Tales fueron, entre otros, Lucas Cambiaso, llamado por otro nombre *el Luqueto*, que pintó al fresco el coro de la iglesia, y la bóveda de su capilla mayor y alguno de los cuadros del claustro bajo principal; Peregrino Peregrini, que pintó de nuevo y trazó los dibujos de una gran parte de estos cuadros, de cuya mano son el del *martirio de san Lorenzo*, que ocupa el principal puesto del retablo del altar mayor y las bóvedas al fresco de la biblioteca principal: Vicente Carducci ó *Carducho*, que pintó tambien al fresco la base ó la cornisa de esta misma bóveda; Federico Zúcaro, que dejó varios cuadros en el monasterio de bastante mérito, aunque no tuvieron la aplicacion que se les quiso dar desde un principio. Se dice de este pintor que no acertó á dar gusto á Felipe II, que le hizo venir de Italia con no pequeños gastos. Es un hecho que el rey se equivocaba algunas veces, y tambien que si deprimió algo el mérito de Zúcaro ó Zuchier, que era su verdadero nombre, tenia el autor de sí mismo una opinion exagerada (1).

Al lado de estos extranjeros brillaban pintores españoles, quizá de mayor mérito. Pondremos al frente de

(1) Véase el diccionorio de los pintores y escultores españoles, de D. Juan Zean Bermudez.

ellos á Juan Fernandez Navarrete, conocido con el nombre de *Mudo*, por serlo de nacimiento, y á quien esta enfermedad no privó de ser un grande artista. Se formó en Italia en la escuela del Ticiano y otros grandes pintores, y regresó á España con la habilidad de uno de los primeros de su siglo. Trabajó muchos cuadros para el Escorial, que tampoco obtuvieron de Felipe II toda la aceptacion que merecian. Todavía existen entre otros suyos, cuatro grandes en el claustro alto que excitan la admiracion de los inteligentes, á pesar del lamentable deterioro en que se encuentran.

Vicente Joanes, que pasa por autor de la escuela valenciana, fué tambien uno de los grandes pintores españoles de aquel siglo. Sobresalió en el dibujo, en la admirable expresion que supo dar á los semblantes, y sobre todo en el colorido de una viveza y consistencia tal, que no ha perdido nada de su brillo y frescura al cabo de tres siglos. Se conservan en el real museo de Madrid cuatro cuadros suyos relativos al martirio é historia de San Esteban, y ademas un cuadro de la *Cena*, todos de un mérito admirable, que se pueden colocar al lado de lo mejor que produjo España y aun Italia.

Juan Pantoja de la Cruz fué asimismo otro de los hombres eminentes que produjo la pintura. De su mano son los dos cuadros que se hallan en la biblioteca del Escorial, de Cárlos V y de su hijo. La pintura de este último, hecha ya en el último año de su vida, es admirable por la expresion de su fisonomía, donde se lee cuanto se nos ha dicho de la seriedad, circunspeccion y austéra gravedad, cautela y penetracion de este monarca.

A los nombres ya referidos sin descender á pormenores de sus producciones, añadiremos los de Arroyo, Céspedes (tambien poeta), Corona, Gallegos, Gomez, Las Roelas, Vergara, Velasco, Vargas, Rizzo, Castillo, Diana, Espinosa, Carvajal, Barroso, Castillo, Cárdenas, Nosto, Palma, Jáuregui (tambien poeta), Córdoba, Becerra, Cabrera y otros varios. De todos nos quedan

cuadros en varias iglesias de España. pues pertenecen al género devoto ó religioso casi la mayor parte de sus producciones.

Del mérito singular de algunos de nuestros escultores ó estatuarios, hemos hablado en su lugar correspondiente. A la cabeza de todos se puede colocar al famoso Alonso *Berruguete*, que ademas de escultor, sobresalió en la arquitectura y la pintura. Se dice que fué el primero que introdujo en España el uso de pintar al óleo. Nacido á últimos del siglo XV, pasó jóven á Italia, donde se formó al lado de los primeros artistas de aquel tiempo. Regresado á España en el primer tercio del siglo XVI, comenzó á adquirir reputacion y ganarse una celebridad justamente adquirida por el gran número de sus producciones. Trabajó para varias catedrales, sobre todo la de Toledo, donde permaneció mas tiempo y se conservan mayor número de sus trabajos. Sobresalió en el dibujo, en la bella aptitud, expresion y acabado de todas sus figuras. Al mismo tiempo que hacia estátuas, dedicaba su cincel á otras esculturas, como sepulcros, retablos, custodias, sillerías de coro, toda especie de relieves y demas adornos de arquitectura. De todos estos trabajos se conservan monumentos en España. A la pintura se consagró poco, y mucho menos á la arquitectura.

Juan Monegro fué escultor sobresaliente. De su mano nos quedan la estatua colosal de San Lorenzo, que figura en la fachada principal del Escorial, y los seis reyes tambien colosales que son los primeros objetos que llaman la atencion al entrar en el atrio de este nombre. Los inteligentes dan mucha importancia al mérito de estas producciones, por su buen dibujo, por su buena actitud, por la disposicion de sus partes generales. Nosotros creemos que vale mas el San Lorenzo, que ninguna de las seis estatuas de los reyes.

Nicolás Vergara fué un escultor de gran mérito en aquellos tiempos. Tambien fué pintor y de gran fama. Dejó muchas obras en la catedral de Toledo, que le nom-

bró su pintor y escultor á mediados de aquel siglo. Trabajó mucho en el retablo del altar mayor, é hizo varias estátuas, y ademas la reja ó balaustre que rodea el sepulcro del cardenal Cisneros, colocado en el medio del presbiterio del colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares. Dejó dos hijos, llamados Nicolás y Juan, que heredaron su talento y trabajaron asimismo en la catedral de Toledo, donde obtuvieron el nombramiento de pintores y escultores, que tenia su padre. Tambien los empleó el rey, sobre todo á Nicolás, en el monasterio del Escorial, donde trabajó en el grande atril del coro y remates de sus libros.

A los nombrados añadiremos otros varios de mas fama, como Becerra, Guerra, Haya. Es imposible marcar y entrar en pormenores sobre tantos artistas que en este ramo se distinguieron por obras de gran mérito. Baste decir que los españoles fueron tan sobresalientes entonces en la escultura como en la pintura.

Hay que hacer en cuanto á la arquitectura una observacion que la distingue infinito de las dos primeras artes. Renacieron estas, ó mas bien recibieron en el siglo XVI un desarrollo y esplendor de que distaron muchísimo en los siglos anteriores: la arquitectura ya era grande y magnífica mucho antes de los principios de aquella época. Se cambió con el renacimiento la forma de edificar; mas quizá no está aún suficientemente decidido si el género llamado gótigo ú oriental que dominó desde últimos del siglo XII, lleva ó no ventajas al conocido despues con el nombre de greco-romano, imitando al que usaban estas dos naciones. Prescindiendo de esta controversia, no era posible superar en el siglo XVI la pompa, la grandeza, la suntuosidad y atrevimiento de tantas catedrales, monumentos del vuelo que habia tomado la arquitectura de la edad media. No fueron nuestros templos en nada inferiores á los que se erigian por los mismos tiempos en todas las naciones de Europa; siendo muy de notar que la catedral de Leon,

que es la mas antigua (1), pues fué construida en el año de 1181, pasa al mismo tiempo por la mas hermosa. La siguieron la de Burgos en 1221; la de Toledo en 1226, la de Palma en 1230; la de Barcelona en 1239: la de Palencia en 1231; la de Murcia en 1373; la de Oviedo en 1388; la de Pamplona en 1397; la de Sevilla en 1403; la de Plasencia en 1442; la de Astorga en 1471, que fué la última del siglo XV. Una gran prueba del gusto grande que habia por este género de arquitectura, es que en el primer tercio del XVI, cuando se estaba edificando el templo de San Pedro, por el estilo mas grandioso del género greco-romano, se concluyeron en España catedrales por el estilo gótico; tales fueron la de Sigüenza en 1507; Salamanca en 1513; Jaen en 1519; Segovia en 1525.

Fueron estos cuatro los grandes últimos monumentos de la arquitectura oriental en nuestra España. Ya desde el principio se comenzaba á hacer ensayos, siguiendo el impulso que nos daba Italia en la restauracion de las artes de la antigua Roma. En 1504 comenzó á labrarse en Granada por el gusto moderno el palacio de Cárlos V, que no llegó á verse nunca concluido. Enrique Egas, Pedro Machuca, Bartolomé Bustamante, Luis de Vega, Gaspar de Vega, Francisco de Villalpando desplegaban su genio arquitectónico en varios puntos de España, en Sevilla, en Toledo, en Valladolid, en Madrid mismo. En 1543 se renovó el alcazar de Madrid, destinado a ser tantas veces presa de incendios; en 1556 se construyó la armería; poco despues la fachada del convento de Descalzas reales, fundado por la princesa doña Juana. Madrid se iba agrandando poco á poco y llegando casi á la extension que tiene hoy dia; mas se erigian en él pocos monumentos grandiosos del arte: quizá es la capital de

(1) Exceptúese la de Avila, que es del fin del siglo XI. Este templo, verdaderamente grandioso, pasa á los ojos de los inteligentes, por de diverso gusto y muy inferior en mérito al de los que se citan en el texto.

Europa mas destituida de edificios que lleven en sí el sello del gran génio.

Con los nombres de Juan de Toledo y Juan de Herrera se halla casi identificada la buena arquitectura de aquel siglo: el edificio del Escorial es la principal como la última grande creacion del arte restaurado. Cupo al primero de los dos artistas la gloria de dirigir todos los trabajos preparatorios para la eleccion y desmonte de su asiento; de colocar la primera piedra y darle toda la planta de lo que debia ser despues de su completo desarrollo. Felipe II supo apreciar el mérito del arquitecto, y se adhirió en todo á sus consejos. De las tres nobles artes era sin duda la arquitectura, en la que mostró mas inteligencia el rey de España. Honró cuanto pudo al maestro Juan de Toledo, aunque el salario no era proporcionado á su gran mérito. Cuatrocientos ducados se daban al arquitecto principal de la fábrica de San Lorenzo, y aunque se quiera suponer que el dinero valiese entonces cuatro veces mas, resulta todavía un salario mezquino para un hombre que estaba á la cabeza de semejante obra. Algunas gratificaciones se le dieron por via de extraordinario, mas fueron pocas en atencion á sus servicios.

Murió Juan de Toledo cuatro años despues de puesta la primer piedra de San Lorenzo, cuando estaba aún el edificio muy en los principios. Dejó un discípulo y ayudante suyo llamado Juan de Herrera, destinado á sucederle en su cargo y á superarle como artista. A pesar de las recomendaciones del maestro, dudó mucho Felipe II el encomendar aquel cargo al discípulo, todavía muy mozo; mas tuvo que rendirse á las pruebas de capacidad que dió desde un principio. Sucedió, pues, Juan de Herrera á su maestro en la direccion de aquella fábrica; y el rey cada dia tuvo mas motivos de estar contento del reemplazo. Cupo á Juan de Herrera la gloria de ver colocar la última piedra del edificio, cuyas bellezas son muchísimas en comparacion de sus defectos. Si la cúpula ó cimborrio no tiene la debida elevacion, consistió en el

miedo que tuvo Felipe II de que se dañase á su solidez, á pesar de las seguridades que le daba Herrera.

Construyó este arquitecto otras muchas obras de importancia mientras continuaba la del Escorial. Edificó la famosa *Lonja* ó casa de *Contratacion* de Sevilla: fué el creador del puente de *Segovia* en Madrid, y dirijió algunas iglesias tanto esta córte como en sus alrededores. El rey le honraba infinito, aunque sus salarios eran poco superiores á los de su maestro. Celoso por el buen gusto en arquitectura, expidió una órden para que ninguno construyese grandes edificios sin que sus planos fuesen aprobados por Herrera y á su misma presencia. Despachaba con este arquitecto dos veces por semana. Así en todo lo que hacia relacion á construcciones de edificios en todas las dependencias de la casa real, se consideraba á Juan de Herrera como su ministro.

Acompañaba al rey en su viage á Portugal cuando pasando por Mérida y asombrados ambos de la riqueza de monumentos preciosos de la antigüedad, que allí se conservaban, determinó Felipe II detenerse quince dias para que su arquitecto los examinase. De todos ellos, sin la mas pequeña escepcion, trazó diseños é hizo descripciones artísticas é históricas Herrera. Se enviaron estos trabajos á Madrid para que sirviesen de estudio en la Academia que se estableció despues allí, y de que fué director el mismo Herrera. Mas todos perecieron en el incendio del palacio de Madrid en 1734 (1).

Juan de Herrera murió el año de 1585, todavía de muy buena edad, pues no llegaba á los sesenta. Imprimió su buen gusto en todo cuanto hizo, ó se hizo por sus inspiraciones ó por sus consejos. Fijó sinduda la época del buen gusto de la arquitectura en España, y su nombre se cita todavía entre nosotros con respeto. Se dice con énfasis que es de Herrera una obra que se quiere elogiar sin descender á pormenores.

---

(1) Véase el *Sumario de las antigüedades romanas que hay*

Quizá creen algunos que Felipe II, absorbido todo en la construccion de su querido monumento del Escorial, se ocupaba poco en otras obras; mas por lo que ya hemos visto es un hecho que nunca ha habido hombre mas amigo de edificar, y que en ningun reinado se cultivó mas la arquitectura. En solo Madrid, de que se puede casi llamar el fundador, se construyeron en su tiempo, ademas del alcázar ó palacio, la Armería y las caballerizas reales, la Casa de campo, la de Misericordia, el convento de las monjas de Santo Domingo, el de la Soledad, el de la Trinidad calzada, el de San Bernardino, el de las Descalzas reales, el puente de Segovia y otras obras de menor cuantía.

Sería muy dificil y ajeno de este escrito entrarnos en los pormenores de todos los edificios consagrados al culto, como catedrales, iglesias, conventos, capillas, y lo mismo de los hospitales que se erigieron en España durante aquella época. Nos contraeremos pues á dar una sucinta idea de las construcciones de un órden público y civil, para hacer ver que este ramo no estaba descuidado, como tal vez pudiera presumirse (1).

Ademas de la construccion de la Armería, y la reedificacion del palacio de Madrid, encargó Felipe II á Gaspar Vega, ya desde mediados del siglo, la obra del palacio de Valsain, situado á dos leguas de Segovia y poco mas de media del actual palacio de la Granja. Se hacian al mismo tiempo grandes reparos en el alcázar de esta ciudad, y se edificaba la casa de moneda, donde en aquel tiempo se acuñaban de toda especie, oro, plata y cobre. Al mismo tiempo se daba nueva forma al palacio del Pardo, y se creaba el sitio de Aranjuez, que era una cosa insignificante antes del reinado de este príncipe.

---

en España, por D. Juan Cean Bermudez, en la parte relativa á Mérida.

(1) Véase la historia de los arquitectos españoles, por D. Eugenio Llaguno y Amirola, con notas y adiciones de D. Juan Cean Bermudez.

Son muy curiosas las cartas que con este motivo escribia Felipe II desde los Paises-Bajos á Gaspar Vega, arquitecto principal encargado de las obras, por los detalles minuciosos en que entra acerca de los materiales, del modo de proporcionarlos y de conducirlos, pues parece que le daban partes muy frecuentes del estado de los trabajos y de sus progresos. Se cubrieron estas obras con pizarras por disposicion expresa del rey, quien introdujo el primero esta innovacion entre nosotros.

Bustamante de Herrera dió principio al canal de Castilla por los años 1550, cuya obra no se suspendió por muchos años, aunque no continuó durante todo el reinado de este príncipe.

Por el mismo tiempo construyó Valdelvira el castillo de Saviote, cerca de Jaen, que subsiste todavía.

Edificó Martin Murcio un puente sobre el Jerete, cerca de Galisteo, en Extremadura.

Fernan-Ruiz, el puente de Benamejí sobre el Guadalquivir, y ademas el remate de la torre de la Giralda de Sevilla.

Rafael de Archioli trabajó en la reparacion casi total del castillo de Simancas, que se destinó diez años despues para el depósito del archivo de este nombre.

Agustin Morlano comenzó la acéquia imperial de Aragon, casi por los mismos años.

Trabajó Juan Baptista Calvi, italiano, en la reparacion de las murallas de Gibraltar, en obras importantes de fortificacion de la plaza de Perpiñan, capital del antiguo Rosellon, que entonces nos pertenecia; en las de la plaza de Rosas, en las del castillo de Mahon, en las de Ibiza. Construyó este arquitecto las Atarazanas de Tortosa, y dió principio á las de Barcelona.

Construyó Pedro de Uria el puente de Almaráz sobre el Tajo.

Pedro Villalpando fué el arquitecto de obras importantes que se hicieron en el alcázar de Toledo.

Para poner la ciudad de Daroca, en Aragon, al abrigo

de las inundaciones de que en tiempo de grandes lluvias estaba siempre amenazada, construyó Pedro Vedel una mina de 780 varas de largo, 8 de alto y otras tantas de ancho, por medio de la cual se verifica el desagüe en el Jiloca.

Tambien construyó este arquitecto los arcos de Teruel que conducen á la ciudad las aguas del Guadalaviar.

Rafael Coll concluyó las obras del puerto de Mahon y las Atarazanas de Barcelona.

Domingo de Estala y Juan de Alzolaraz, el castillo de San Sebastian en Guipúzcoa.

Todas estas obras tuvieron principio por los años de 1552 á 1554, y se continuaron sin interrupcion en los años sucesivos.

Nicolás de Urrutia fué arquitecto por los años 1565, del Cay y Contra-Cay, de la villa de Jijon (1), en Asturias, que eran dos especies de murallones para formar el muelle de este puerto. Continuaron estas obras Juanes de Coincia, Julian de Urrutia y Pedro de Huergo, y se remataron por Sancho de Llanos en 1579.

Esteban de Guillisastegui construyó el puente de Suazo, sobre el rio Santi Petri, ó brazo angosto de mar que forma la isla Gaditana. Tambien dirigió las obras del muelle de Tetuan para cegar la boca de este rio, de que hemos hablado en el capítulo XXIX de esta historia.

Merece una particular mencion entre estos constructores de obras, Janelo, Joanelo ó Juanelo Turriano, famoso artífice cremonés, conocido entre nosotros con el simple nombre de *Juanelo*. Fué este hombre uno de los

---

(1) Probablemente se deriva la voz Cay de la francesa *quai*, que significa muelle ó pretil: tal vez la tomaron ellos de nosotros. En dicha villa, pueblo de nuestro nacimiento, se daba antes el nombre de Contra-Cay á una calle donde probablemente se hallaba el Contra-Cay, antes de construirse el muelle nuevo. Una prueba de lo que se pierde en los pueblos con el tiempo la etimología de las voces es, que por haberse trasladado á otra parte una especie de mercado que se celebraba en ella, perdió el nombre de Contra-Cay, que fué dado al sitio nuevo.

mas célebres en toda Europa de su siglo, y muy estimado de Cárlos V, para quien compuso un reloj que tenia en su monasterio de Yuste, donde estaba representado el movimiento de los planetas del sol y las estrellas fijas, con los dias del sol y de la luna. Se dice que empleó veinte años en la traza de esta máquina, y tres en su material elaboracion. Construyó otro igual para Felipe II con cristales para que se viese mejor el juego de la máquina. Elogia mucho estas dos obras, como testigo de vista, Ambrosio de Morales.

Construyó Juanelo una máquina artificiosa para subir el agua del Tajo á Toledo, por medio de la cual se surtia diariamente la ciudad de mil y seiscientos cántaros de cuatro azumbres cada uno. Tambien describió esta máquina Ambrosio de Morales. Una prueba de su artificio es, que le dieron por ella ocho mil ducados, cantidad muy respetable en aquel tiempo. Pereció la máquina por una inundacion del rio hácia fines de aquel siglo.

El mismo Morales habla de un molino trabajado por Juanelo, que se podia llevar facilmente en un bolsillo, y molia mas de dos celemines de trigo diarios, con la particularidad de hacer en el acto la separacion de la harina y del salvado, que se podian recoger al mismo tiempo cada uno por su parte. Tambien habla de un autómata de una tercia de alto en forma de mujer que bailaba al son de un tamboril que ella misma tocaba.

Por estas obras y otras ingeniosas de la misma clase, adquirió Juanelo una gran fama en aquel tiempo, hasta atribuirse á magia, sobre todo por el vulgo, algunas de sus producciones. Dan testimonio de esta nombradía la calle de Juanelo en Madrid, otra en Toledo con el nombre de *Estátua ú hombre de palo*, en alusion á su autómata, y un retrato suyo sobre la puerta de una celda en el Escorial, muy cerca de la biblioteca, llamada por esta circunstancia la *celda de Juanelo.*

Juan Bautista Antonelli dirigió los primeros trabajos que se hicieron para la navegacion del Tajo. Fué este in-

geniero muy hábil en toda clase de obras. Servia al mismo tiempo en los ejércitos, como hemos visto en el de Portugal, cuando en la revista que le pasó el rey, puso en manos de este príncipe un papel, donde se hallaba la disposicion y órden con que las tropas desfilaban.

Otro Antonelli, hermano del anterior, dirigió las obras del castillo del Morro de la Habana.

Baltasar de San Juan fué el primer arquitecto de las obras del riego del valle de Aranjuez, desangrando para ello el mar de Ontígola.

Juan de Muñatones construyó el puente sobre el Palancia, entre Jérica y Segorve.

Juan Fratino, italiano, construyó la fortificacion nueva de la Goleta, reparó los muros de Gibraltar, y la fortificacion de Palma.

Pedro Mazuecos continuó la obra del castillo de Simancas.

Pedro Blay construyó la casa de la diputacion de Barcelona.

Juan de Mora remató las obras del alcázar de Segovia.

Gonzalo de las Bárcenas construyó el acueducto de los Pilares que llevan el agua á la ciudad de Oviedo, á cuyo trabajo se dió término en 1599.

A estas obras pudiéramos añadir otras; mas son bastantes para hacer ver hasta qué punto la arquitectura de todas clases habia hecho progresos en España. Y no hay que perder de vista que era en los objetos dedicados al culto, donde el arte desplegaba sus mejores galas.

Sin embargo de estos adelantos, el ramo de caminos se hallaba descuidado. Probablemente sucedia lo mismo en los demás paises de Europa. Cuando se trató de conducir desde Santander á Valladolid, donde se hallaba el emperador, un gran tren de artillería, fué preciso abrir un camino expreso para ello. Un hombre montado en un caballo blanco iba delante para servir de guia (1).

---

(1) Véase el capítulo VI.

Concluiremos este asunto con algunas líneas mas sobre la Academia fundada en Madrid, á cuyo frente se puso á Juan de Herrera. Enseñaba en ella el doctor Juan Firrufino, los cuatro libros de Euclides y la esfera; Juan Cedillo, la materia de *senos* (trigonometria); Juan Angel, el tratado de Arquimedes de *his quæ vehuntur aquis* (hidráulica); el alferez Pedro Rodriguez Muñoz, la materia de *escuadrones, modo de ordenarlos con los principios de aritmética de raiz cuadrada, para el uso de los sargentos mayores* (1); don Ginés de Rocamora y Torrano, tambien la esfera, y el capitan Cristóbal Rojas la teoría de las fortificaciones. Asistian á esta enseñanza los principales personajes, entre ellos don Bernardino de Mendoza, don Francisco de Bobadilla, tantas veces mencionados, y el mismo Juan de Herrera. Se conservó con lustre esta Academia en el reinado de Felipe III; mas decayó en el de Felipe IV, hasta el punto de desaparecer antes del principio del siguiente.

Poco tendremos que decir de las nobles artes en los paises extranjeros. Despues del ejemplo dado en Italia por los pintores que hemos mencionado, no podia menos de excitarse una gran emulacion y deseo de acercarse á ellos, aunque no fuese posible la ambicion de superarlos. Cada uno de los grandes maestros dejó discípulos, y formó una escuela segun los principales rasgos característicos impresos en sus cuadros. Es difícil enumerar todos los grandes pintores que produjo en la Italia este siglo XVI, el primero, el mas célebre de todos los que figuran en su historia. ¿Qién no ha oido los nombres de Julio Romano, del Caravaggio, del Carache, del Greco, de Pablo Veronés, del Primaticio, de los Dominiquinos, del Torrigiano, de Sebastian del Piombo, del Tintoreto, de Guido Reni, del Albano (2), para contraernos á los nombres de mas nota? Y no citaremos entre los de esta na-

(1) Se aplicaba esto á la formacion de los cuadros llenos. Véase el capítulo VI y el apéndice III.

(2) Estos dos últimos florecieron mas en el siglo XVII.

cion los que consideramos como nuestros, por haber trabajado tantas obras en España.

Lo mismo que de los pintores puede decirse de los escultores y arquitectos. Si iban en escala algo descendente, se conservaba el fuego sagrado de ambas artes. Con razon dijo un célebre publicista de este siglo, que la Italia se debia considerar como el museo de Europa (1).

En Francia estaban las nobles artes muy atrasadas con respecto á España. El siglo XVI no produjo un pintor célebre, sobre todo, cuyas obras hayan pasado á nuestra edad como producciones de un gran génio. Lo mismo se puede decir de la escultura. Se deben exceptuar sin embargo á Juan Cousin, pintor y escultor, llamado el *Miguel Angel francés*, y considerado como el fundador de la escuela francesa de pintura, y á Juan Goujon, muerto en las matanzas de San Bartolomé, escultor y arquitecto al mismo tiempo. Bajo el primer concepto dejó obras que se aprecian mucho y le colocan en la primera línea de los escultores. Otros nombres podríamos citar, pero como productores de obras grandes seria inútil.

En arquitectura adelantaban mas; bajo la dominacion de Catalina de Médicis, se dió principio al palacio de las Tullerías, y se construyó la galería de este nombre que le une con el Louvre, mansion antigua de los reyes, que casi se volvió á construir de nuevo, por el mismo tiempo.

Todavía escaseaba mas Inglaterra en artistas, es decir, en los artistas de algun genio. Era aquel pais tributario en esta parte de las naciones extranjeras, de Italia sobretodo. Ni un pintor, ni un escultor célebre puede presentar durante aquella época. En arquitectura adelantaban poco. Ningun monumento grande se creó en este género, si exceptuamos la capilla magnífica de Enrique VII, que en el reinado de este príncipe se construyó á principios

(1) El abate Pradt, en su *Congreso de Viena.*

del siglo, aneja y pegada á la abadía de Westminster; edificio verdaderamente suntuoso, y de órden gótico. Hay que hacer una observacion de importancia en esta parte, á saber, que con la reforma religiosa precisamente debieron de faltar grandes alimentos al pincel y al buril, consagrados casi exclusivamente á objetos del culto católico. Por igual razon debian de construirse pocos edificios religiosos en el pais, donde el gran número de los que subsistian eran objeto de odio y blanco de furor para los que abrazaban nuevas opiniones.

En Alemania no produjo el resto de aquel siglo pintores que excediesen á Holbein, á Dures ó Durero. Tampoco Lucas de Leyden ó de Holanda tuvo superiores en los Paises Bajos. Mas ya habian nacido y pintaban Rubens y Van-Dick, que con otros iban en el siglo siguiente á formar un escuela que de su nombre se llamó Flamenca.

A pesar de los progresos de la imprenta, todavía predominaba en Europa la aficion á poseer hermosos manuscritos, con todo el lujo de iluminaciones y viñetas caprichosas, en que algunos artistas eran tan sobresalientes. Produjo el siglo XVI muchas de estas obras raras, que hoy excitan la admiracion de los inteligentes. Y ya que hemos mencionado el arte de la imprenta, debemos añadir que llegó en aquel á un alto grado de esplendor, como lo atestiguan las producciones de las principales prensas de Italia, Alemania y Paises-Bajos.

Resulta de lo dicho que éramos en nobles artes, si inferiores á Italia, superiores á la mayor parte de los demas pueblos. Lo mismo se puede decir en literatura y demas ramos del saber y del ingenio, exceptuando las ciencias matemáticas. En aquel siglo, combatiamos, escribíamos, cultivábamos las artes, descubríamos y navegábamos á la par de los primeros, muy avanzados á los de un órden secundario. El nombre de Español era de gran significado en todo el orbe culto: nuestros grandes per-

sonajes aparecian como tales á los ojos de las demas naciones. En nuestros libros aprendian los extraños: entraba en los ramos de una fina educacion estudiar nuestra lengua, la mas cultivada, y por nuestra importancia política, la primera de la Europa.

CONCLUSION.

Hemos dado fin á nuestra obra. Tal vez al acometer la empresa no nos penetramos bien de sus dificultades é importancia. Una enfermedad nos obligó á suspenderla por mas de un año; despues la hemos continuado con muchísimo trabajo; y no se tome esto por una excusa de sus faltas. Aunque no lo hubiésemos dicho en la introduccion ó prólogo, aparece de varios pasajes de la obra, que nuestro principal objeto ha sido presentar un bosquejo de lo que fué el siglo XVI, tomando por base nuestra propia historia, por la simple razon de que ocuparon el trono, durante aquel período, dos personajes que por su posicion tuvieron que mezclarse mas ó menos en todos los grande negocios de la Europa. Comparando lo vasto del asunto con la extension del escrito, mas merecia el título de compendio que de historia; pero el título no es de ninguna consecuencia. Para los que tenian escasas nociones de aquella época, y tal vez ideas equivocadas del rey, que es su personaje principal, quizá será de alguna utilidad nuestro trabajo: á los hombres instruidos en la historia de este gran período, no ha sido nuestra intencion el dirigirnos. Pusimos todo nuestro cuidado en la claridad, en el método, en el órden y la colocacion de las materias para causar la menos molestia posible al lector, que tiene que fijar su atencion en cosas tan di-

versas. Nos lisonjeamos de que nuestro escrito no sea el último de esta clase que se publique entre nosotros, y que alguna mano vigorosa dará mayores dimensiones y un colorido mas interesante al cuadro. Mientras tanto, si el que presentamos inspira á algunos la curiosidad y el deseo de empeñarse en estudios mas sérios y extensos del siglo XVI, seguramente les hemos hecho un buen servicio.

INDICE GENERAL

POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE LAS PERSONAS Y COSAS MAS NOTABLES DE ESTA OBRA.

El numero romano indica el tomo, el arábigo la página.

ABEN ABOO.—Llamado Diego Lopez, II, 133.—Su traicion contra Aben Hnmeya, II, 134.—Declarado rey de los andaluces, II, 134.—Sus encuentros con las tropas del duque de Sesa, II, 143, 144.—Entra en composicion con D. Juan de Austria, II, 147.—Rompe el pacto, II, 148.—Hace asesinar al Habaquí, II, 149.—Es asesinado por el Senix, II, 150.—Conducen á Granada su cadáver, II, 150.

ABEN FARAX.—Principal instigador de la rebelion de Granada, II, 101.—No puede levantar el Albaicin, II, 102.—No concurrió al acto, y es nombrado primer alguacil, II, 105.—No tuvo mando alguno, II, 124.

ABEN HUMEYA.—Llamado antes D. Fernando Valor, II, 104.—Se fuga de la cárcel de Granada y es alzado rey por los moriscos sublevados, II, 105.—Sale de Ujijar, II, 112.—Huye de Paterna, II, 113.—Trata de entrar en avenencia con el marqués de Mondejar, II, 119 y siguientes.—Renueva la guerra. II, 124.—Ataca el campo del marqués de los Velez, II, 128.—Junta su campo en Andarax, II, 131.—Es derrotado por el marqués de los Velez. II, 132.—Sus crueldades, II, 133.—Es sorprendido en su casa y asesinado por los parciales de Aben Aboo, II, 134.—Su carácter, II, 135.

ADRIANO (cardenal). Nombrado regente de España con el cardenal Cisneros, I, 12.—Asciende al sólio pontificio, I, 17.—Queda de gobernador de España, I, 51.—Se fuga de Valladolid, I, 52.—Envia un legado á Nuremberg, I, 144.—Su impopularidad con los romanos, I, 145.

ALBA (duque de).—Es uno de los capitanes del ejército que entran en Francia, I, 30.—Manda las tropas en el sitio de Metz, I, 40.—Se le confiere el título de consejero de Estado, I, 223.—Se envia al rey á Nápoles, I, 226.—Rompe las hostilidades, I, 227.—Llena á Roma de terror, I, 228.—Toma á Frascati, Ripa, Albano, y Ostia, I, 229.—Ajusta una tregua de 40 dias, I, ibid.—Renueva las

hostilidades, I, 230.— Socorre á Civitella, I, 233.—Avanza hácia Roma, I, ibid.—Llega á sus muros, I, 234.—Concede una conferencia á los enviados del Papa, I, 235.—Entra en Roma, I, ibid.—Se presenta el último á la jura del príncipe D. Cárlos, I, 274.—Acompaña á la reina Isabel de Valois á la entrevista con su madre en Bayona, I, 311.—Su conducta con el infante D. Cárlos, I, 316.—Recibe órden de marchar á los Paises-Bajos, II, 47.—Llega á Italia, II, 197.—Marcha por los Alpes, II, 199.—Entra en los Paises-Bajos, II, 200.—Comienza sus medidas de rigor, II, 201.—Manda prender á los condes de Egmont y de Horn, II, 202.—Instala el Tribunal de los Doce, II, 205.—Ordena la construccion de la ciudadela de Amberes, II, 207.—Sale en busca de Nassau, II, 213.—Le ataca y derrota en Gemingen, II, 215.—Toma la vuelta de Bruselas, de donde sale en busca del príncipe de Orange, II, 216.—Le sigue en observacion, II, 218.—Entra en triunfo en Bruselas, II, 222.—Exige contribuciones, II, 223.—Publica el edicto de perdon, II, 225.—Prosigue en el rigor, II, 228.—Cerca la plaza de Mons, II, 235.—Entra en Mons, II, 236.—Se restituye á Bruselas, II, ibid.—Termina su gobierno en este Pais, II, 239.—Es nombrado jefe del ejército de Portugal, III, 117.—Es admitido á la presencia del rey, III, 120.—Entra en Portugal, III, 121.—Ocupa á Elvas, Olivenza y Montemayor y otros varios puntos, III, 128 y sig.—Entra en Setubal sin resistencia y se apodera del castillo, III, 129.—Pasa á Cascaes, III, 132.—Se apodera del fuerte de San Juan, III, 133.—Y del de Belen, III, 134.—Derrota á D. Antonio junto á Lisboa, III, 135.—Entra en Lisboa, III, 136.—Visita al rey en Almeida, III, 142.—Su muerte, III, 155.—Su carácter, III, 156.

ALBERTO (archiduque).—Fué padrino del príncipe Diego Felix, II, 386.—Acompaña al rey en su entrada en Portugal, III, 139.—Es nombrado gobernador de Portugal, III, 158.—Nombrado arzobispo de Toledo, IV, 143.—Id. gobernador de los Paises-Bajos, ib. ib.—Entra en Francia, IV, 144.—Toma á Calais, IV, 145.—Toma á Ardres, IV, 146.—Vuelve á los Paises-Bajos, IV, 147.—Toma la plaza de Ulot, IV, 150.—Se casa con la infanta doña Isabel Clara Eugenia, IV, 169.—Recibe en dote la soberanía de los Paises-Bajos, IV, 170.

ALCAUDETE (marqués de).—Gobernador de Oran, II.—Es sitiado por Asan, dey de Argel, II, 51 y sig.—Sus apuros, ib., ib.—Queda interceptada su comunicacion con la plaza de Mazalquivir, II, 53.—Socorrido por la armada española á cargo de D. Francisco de Mendoza, II, 59.—Persigue á los sitiadores, ib., ib.

ALGUACIL (Diego).—Trama la muerte de Aben-Humeya, II, 133 y siguientes.

ALMENARA (D. Iñigo de Mendoza, marqués de).—Entra en Zaragoza en representacion de Felipe, IV, 42.—Atacado en su casa por los alborotados, con motivo de la traslacion de Antonio Perez á las cárceles de la Inquisicion, IV, 50.—Llevado á la cárcel, donde muere al cabo de 14 dias, IV.

AMBERES.—Principal plaza de comercio, I, 258.—Fué tomada y saqueada por los españoles, II, 327.—Sitiada por Alejandro Farnesio, III, 166.—Queda incomunicada, III, 114.—Envia tres botes

para destruir el puente sobre el Escalda, III, 176.—Abre sus puertas á los sitiadores, III. 185.

ANA BOLENA.—Doncella de honor de la reina de Inglaterra, I, 170.—Su casamiento con Enrique VIII, I, 172.—Su muerte, I, 204.

ANA (de Austria).—Se decide su matrimonio con Felipe II, II, 379.—Sus estipulaciones, II, 381.—Se dirige á España, II, ib.—Se embarca, II, 383.—Entra en Madrid, II. 385.—Da á luz a Felipe III, II, 393.—Su muerte, III, 139.

ANDELOT (hermano del almirante Coligni).—Se introduce en san Quintin, I, 237.—Queda prisionero, I, 239.—Abraza el calvinismo, I, 287.—Es uno de los jefes mas influyentes del partido, I, 338.—Se prepara á nuevas luchas, I, 342.

ANTONIO, D. (Prior de Crato).—Acompaña al rey de Portugal en su segunda expedicion á Africa, III, 106.—Preséntase como aspirante al trono de Portugal, III, 113.—Sus derechos, III, 114.—Es proclamado rey, III, 122.—Entra en batalla junto á los muros de Lisboa con el duque de Alba y se pone en fuga, III, 135.—Se retira hácia Oporto, III, 137.—Evacua á Oporto, III, 138.—Es reconocido en la Tercera, III, 139.—Sus disposiciones en Francia, III, 146.—Fuerzas que reune, III, 149.—Se embarca y llega á la isla de san Miguel donde se entregan al pillaje, III, 150.—Intima la rendicion al castillo y se vuelve á embarcar, III, ib.—Toma disposiciones en la Tercera, III, 155.—La fortifica, III, 158.—Su ejército y operaciones, III, 162.—Es auxiliado y protegido en Inglaterra, III, 254.—Sus tratados con la reina de Inglaterra, III, 273.—Su desembarco en Portugal, III, 275.—Evacua el pais, III, 276.

AREMBERG (conde de). Sale al encuentro de Luis de Nassau y es derrotado y muerto, II, 208.

ARIAS MONTANO (Benito).—Encargado por Felipe II para cuidar de la reimpresion de la Biblia complutense en Flandes, II, 390.—Pasa á los Paises-Bajos, ib., ib.—Sus trabajos para la publicacion de dicha obra, II, 391.

AVILA (Sancho de).—Capitan en el ejército del duque de Alba, II, 198.—Prende al conde Egmont, II, 202.—Desbarata á los que entraron por el lado de Francia, II, 108.—Manda la izquierda en Mildeburgo, II, 301.—Derrota á Luis de Nassau, II, 304.—Abandona su campo, II, 305.—Manda el castillo de Amberes, II, 322.—Se hace dueño de Amberes, II, 327.—Salta en tierra en Cascaes de los primeros, III, 131.—Va al socorro de Cintra, III, 133.—Sale en persecucion de D. Antonio, III, 137.—Toma á Oporto, III, 138.—Muere en Lisboa, III, 157.—Sus circunstancias, ib., ib.

AUSTRIA (D. Juan de).—Su nacimiento, educacion y reconocimiento, I, 309.—Es enviado á Granada, II, 121.—Su llegada, II, 122.—Sus disposiciones, II, 125.—Su pregon, II, 130.—Sus deseos de salir á campaña, II, 137.—Se dirige al fuerte de la Galera, II, 140.—Lo toma, II, 141.—Se apodera del Seron y Tijola, II, 142.—Concede un perdon, II, 146.—Recibe la sumision de los moriscos, II, 148.—Regresa á la corte, II, 150.—Es nombrado generalísimo de la liga, II, 159.—Llega á la vista de Mesina, II, 162.—Celebra un consejo, II, 163.—Ocupa con su galera el centro de la linea en Le-

panto, II,167.—Toma la de Alí, II, 169.—Le felicitan los cabos de la armada, II, 171.—Se presenta en Corfú, II, 177.—Sus preparativos en Nápoles, II, 179.—Sale de Nápoles y llega á Túnez, II, 180.—Su conducta, II, 181.—Sus disposiciones respecto á Túnez, II, 182.—Regresa á España, II, 185.—Pasa á Génova, II, 192.—Arregla la paz, II, 194.—Le encarga el rey el gobierno de Flandes, II, 323.—Su llegada, II, 329.—Admite el edicto perpétuo, II, 332.—Sale de Bruselas, II, 338.—Se apodera del castillo de Namur, II, 339.—Intenta apoderarse del de Amberes, II, 340.—Fuerzas de D. Juan, II, 345.—Ordena la salida de los españoles de Flandes, II, 135.—Entra en Bruselas, II, 135.—Recibe socorros de Italia, II, 346.—Nueva guerra, II, 349.—Se mueve en busca del enemigo, II, 350.—Los derrota en Gemblours, II, 355.—Progresos de su causa, II, 356.—Envia á Farnesio á apoderarse de varias plazas, ib., ib.—Sale de nuevo en busca de los enemigos, II, 364.—No puede forzar sus líneas de Rimenamt y se retira, ib., ib.—Construye un fuerte cerca de Namur, II, 369.—Cae enfermo, ib., ib.—Muere, II, 370.—Su conducta y carácter, II, 371.—Sus peticiones al rey antes de morir, II, 378.

BARBARIGO. Proveedor (Proveditore) de la armada veneciana coligada con la de Felipe II y la del Papa, II, 168.—Manda el ala izquierda en la batalla de Lepanto, ib., ib.—Sostiene fuertes ataques, II, 169.—Su recibimiento en Venecia, II, 174.

BITONTO (obispo de).—Pronuncia el discurso de apertura del Concilio de Trento, I, 159.

BRAHE (Ticho). Famoso astrónomo, IV, 266.—Inventa un sistema en oposicion á Copérnico, ib., ib.

BREDEROD (Conde de Utrecht) concurre á la confederacion en contra del edicto para el establecimiento de la Inquisicion, II, 24.—Se presentaron con una peticion á la gobernadora, II, 26.—Se retira á Amberes, II, 27.—Pide á la gobernadora seguridad personal, II, 31.

BONA. Sitio y toma de esta plaza, III, 93.

CATALINA DE MEDICIS. Viuda de Enrique II de Francia; nombrada regenta, I, 289.—Sus planes, I, 294.—Conducida á París por Condé, I, 331.—Renueva el edicto de tolerancia, I, 334.—Contemporiza con los dos partidos, I, 341.—Sus conferencias en Bayona con su hija la reina de España, I, 243.—Se apresura á ajustar la paz de san German, I, 247 y 248.—Halaga á los calvinistas despues de este tratado, I, 349.—Su actividad en el matrimonio de su hija, I, 353.—Su superchería para llevarlo á cabo, II, 257.—Asiste á la ceremonia nupcial, ib., ib.—Visita á Coligni, II, 264.—Sus palabras memorables, II, 265.—Se decide contra los calvinistas, II, ib.—Se muestra principal instigadora de las matanzas de san Bartolomé, II, ib.—Negocia el nombramiento del Duque de Anjou para rey de Polonia, II, 375.—Queda regenta del reino á la muerte de Cárlos IX, II, 379.—Insta al nuevo rey que vaya cuanto antes á Paris, III, 7.—No puede evitar la nueva guerra entre los católicos y calvinistas, III, 16.—Instiga al rey á que se haga jefe de la liga, III, 214.—Se frustran sus designios de evitar una nueva guerra, III, 215.—Firma el tratado de Namur, III, 216.—

Vuelve á París de donde habia salido con el rey despues de la jornada de las barricadas, III, 292.—Negocia su reconciliacion con la municipalidad, ib., ib.—Desaprueba el asesinato de los Guisas, III, 305.—Su muerte, III, 312 y siguientes.

CARLOS V. Desembarca en España, I, 12.—Es nombrado emperador de Alemania, I, 17.—Pasa á tomar posesion de la corona, ib., ib.—Sus guerras con Francia, I, 18 y siguientes.—Recibe en España al rey de Francia prisionero en Pavia, I, 20.—Nueva guerra con Francia y con el Papa, I, 21.—Pasa á Italia, I, 25.—Se pone al frente del ejército imperial en busca de Soliman que amenazaba á Viena, I, 26.— Se embarca para Túnez, I, 27.—Toma de esta plaza y del fuerte de la Goleta, ib., ib.—Se corona en Roma, I, 29.—Nueva guerra con Francia, I, 30 y siguientes.—Ajusta treguas con Francisco I, I, 32.—Pasa á Gante, I, 33.—Desastrosa expedicion sobre Argel, I, 34.—Nueva guerra y nueva paz con Francia, I, 36.—Guerra con los electores del Imperio, I, 38 y siguientes.—Nueva guerra con Francia, I, 39.—Sitia á Metz, I, 40.—Llama á Bruselas á su hijo D. Felipe, I, 193.—Ajusta su matrimonio con María de Inglaterra, I, 201.—Renuncia en su favor el señorio de los Paises-Bajos y las coronas de España con los demas Estados, I, 215 y siguientes.—Se embarca para España, I, 217.—Se retira al monasterio de Yuste, I, 218.—Muere en este retiro, I, 244 y siguientes.

CARLOS (El príncipe Don), su carácter y circunstancias, I, 313.—Sus ideas respecto á los Paises-Bajos, I, 314.—Su odio hácia su padre, I, 315.—Sus arrebatos, I, 316.—Su prision, I, 317.—Su conducta en la prision, I, 318.—Su desesperacion, I, 319.—Su fin, I, 320.

CARLOS IX DE FRANCIA. Sucede de menor edad en el trono á Francisco II, I, 287.—Acompaña á su madre á Bayona, I, 311.—Halaga al partido protestante, II, 249.—Recibe á Coligni con afabilidad y respeto, II, 252.—Negocia el matrimonio de su hermana con Enrique de Bearné, ib., ib.—Llama á Blois á Juana de Albret, madre de este príncipe, II, 254.—Ajusta los tratados matrimoniales de su hermano, II, 256.—Asiste á su matrimonio, II, 258.—Va á visitar á Coligni, II, 264.—Consiente en las matanzas de san Bartolomé, II, 265.—Su conducta durante aquella noche, II, 269.—Se presenta en público, despues de dichas ocurrencias, ib., ib.—Sanciona la matanza como verificada de su órden en pleno parlamento, II, 270.—Envia con un ejército al duque de Anjou su hermano contra la Rochela, II, 274.—Su muerte, II, 278.—Su carácter, II, 279.

CARLOS VIII DE FRANCIA. Su expedicion en Nápoles, I, 5.

CALVINO. Su nacimiento y carrera, I, 277.—Es espulsado de Ginebra, I, 178.—Comentó y explicó varios pasajes de la Biblia, I, 179.—Grande escritor en latin y en el francés su lengua propia, ib., ib.—Comparacion de su persona y sus doctrinas con las de Lutero, ib., ib.

CAMBRAY. Plaza fuerte de los Paises-Bajos, ocupada por el duque de Anjou, III, 68.—Sitiada y tomada por el conde de Fuentes, III, 137.

CATALINA DE ARAGON. Hija de los Reyes Católicos y esposa de Enrique VIII, I, 170.—Repudiada por su marido, I, 172.
CATAN CAMBRESIS. Tratado de paz celebrado en este punto, I, 241 y siguientes.
CAUDEBEC. Plaza de Normandia, III, 377.—La sitia Farnesio, III, 375.—Capitula, III, 376.
CISMA. El de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII, I, 172.
CLEMENTE VII. Sucede en el pontificado á Adriano VI, I, 21. —Se liga con Francisco I contra Cárlos V, ib., ib.—Prisionero en el castillo de Santo Angelo, I, 22.--Ajusta una paz con Cárlos V, ib., ib.
COLONIA. Conferencias en esta ciudad, III, 40 y siguientes.—Guerra civil en el electorado de este nombre, III, 92 y siguientes.
COMUNIDADES. (Guerra de las) Orígen de este nombre, I, 52.—Motivos del alzamiento, ib., ib.—Su reunion en Avila, I, 53.—Sus pretensiones, ib., ib.—Se apoderan de la reina doña Juana, I, 54.—Junta en Tordesillas, ib., ib.—Entran en Valladolid, prenden á los del consejo, I, 55.—Se vuelven á Tordesillas, ib., ib.—Sus apuros, ib., ib.—Envian comisionados al emperador, ib., ib.—Ordenan nuevos alistamientos, I, 56.—Nombran general, ib., ib.—Preparativos de una guerra abierta, I, 57.—Pormenores de la guerra, I, 59.—Pierden á Tordesillas, I, ib.—Nombran por nuevo general á Juan de Padilla, I, 60.—Se apoderan de Torrelobaton, I, 61.—Salen de esta plaza en retirada, I, 62.—Atacados en los campos de Villalar, donde quedan destruidos, I, 64.—Fin de la guerra, I, ib.
CONDE (príncipe de). Se declara cabeza del partido calvinista, I, 287.—Es preso y se evade, I, 289.—Entabla correspondencia secreta con Catalina de Médicis, I, 331.—Se dirige á la nobleza del mediodia, I, 333.—Se acerca á Paris, I, 337.—Queda prisionero en la batalla de Dreux, ib., ib.—Se le pone en libertad, I, 339.—Se vuelve á poner al frente de las tropas, I, 342.—Pierde la batalla de S. Dionisio, I, 344.—Se dirige á la Rochela, ib., ib.—Pierde la batalla de Jarnac en cuyo campo muere, II, 245.—Su carácter, ib., ib.
COLIGNI. (Gaspar de, Almirante.) Prisionero en S. Quintin, II, 239.—Se hace calvinista, I, 287.—Su correspondencia con 2150 iglesias protestantes, I, 332.—Cargos que se le hacen por la muerte del duque de Guisa, I, 338.—Se le titula papa de los calvinistas, I, 342.—Acompaña á Condé á la Rochela, II, 244.—Se pone á la cabeza del partido en el campo calvinista, II, 246.—Va á Paris despues de la paz de S. German, II, 250.—Pretende emancipar al rey de la reina madre, ib., ib.—Herido de un tiro de arcabuz, II, 263.—Visitado por el rey y la reina, II, 264.—Sus palabras al ser asesinado por Behey, II, 267.
CONSTANZA. (Concilio de). Su objeto, I, 128.—Deposicion de Juan XXIII, ib., ib.—Sus ocupaciones, I, 129.
COPERNICO. (Nicolás). Inventor del sistema solar de su nombre, I, 111.—IV, 276.—Queda dominante en astronomía, I, 277.—
CORTES. Su significado, I, 42.—Su orígen y organizacion, I, 43. —Su influencia, I, 44.—Reuniones que tuvieron en el reinado de Cárlos V, I, 47 y siguientes.—Id. en el de Felipe II, IV, 218 y sig.

CORUÑA. Se celebran en este punto córtes en 1519, I, 50.—Se embarca Felipe II para Inglaterra, I, 209.—Llega allí de arribada la escuadra destinada á Inglaterra, II, 264.—Desembarca allí Juan Martinez Recalde, III, 271.—Sitiada por las fuerzas de Drak, III, 274.—Su heróica resistencia, ib., ib.

JUAN CRAMMER, arzobispo de Cantorbery: su retractacion y suplicio, I, 212.

ECK Ó ECKIUS. Disputa con Lutero en la Dieta de Worms. I, 141.

EDUARDO (IV de Inglaterra). Sucede á su padre Enrique VIII, I, 201.—Su muerte y carácter, I, 202.

ENRIQUE (rey de Portugal). Pasa á sus manos la regencia á la muerte de D. Juan III, III, 102.—Sube al trono, III, 112.—Recibe una embajada del rey de España para que no se case, III, 115.—Convoca las córtes del reino en Alemerin, III, 115.—Su muerte, III, 116.

ENRIQUE II DE FRANCIA. Sucede á su padre Francisco, I, 3.—Renueva la tregua ajustada en Cambray, I, 223.—La rompe, I, 226.—Envia un ejército á Italia, I, 229.—Trata de reparar el desastre de S. Quintin, I, 240.—Su muerte I, 253.

ENRIQUE III (de Francia, antes duque de Anjou): vence á los calvinistas en Jarnac, I, 245.—Recibe felicitaciones del rey de España, I, 247.—Entra en la trama de los asesinatos de S. Bartolomé, I, 265.—Se prepara para el sitio de la Rochela, I, 275.—Acepta el trono de Polonia, II, 277.—Su recibimiento en Polonia, III, 5.—Piensa en volver á Francia, III, 6.—Se fuga, III, 7.—Su llegada á Paris, III, 8.—Su posicion, III, 9.—Ajusta un tratado con los calvinistas, III, 10.—Su situacion respecto á la liga, III, 13.—Convoca los Estados en Blois, III, 14.—Sus promesas, III, 15.—Se echa en brazos de la liga, III, 214.—Firma el tratado de Nemours, III, 216.—Expide decretos contra los protestantes, ib., ib.—Admite el concilio de Trento, III, 225.—Prohibe al duque de Guisa volver á Paris, III, 226.—Envia tropas para sujetar la capital, III, 227.—Sale de Paris de resulta de la jornada de las barricadas, III, 228.—Apuro en que se encuentra, III, 291.—Entra en negociaciones con la liga, III, 293.—Sus nuevos compromisos con ella, III, 295.—Abre los Estados generales en Blois, III, 297.—Intenta deshacerse de los Guisas, III, 300.—Planes para ello, III, 301.—Es destronado por los de la liga en Paris, III, 310.—Reune un ejército, III, 315.—Se liga con Enrique de Navarra, III, 316.—Recurre á la guerra, III, 317.—Se aproxima á Paris, III, 318.—Es asesinado en S. Cloud por Jacobo Clemente, III, 320.—Su carácter, III, 321.

ENRIQUE IV (de Francia, antes príncipe de Bearne y rey de Navarra). Su nacimiento, II, 246.—Jefe del partido calvinista á la muerte de Condé, ib., ib.—Su matrimonio con Margarita de Valois, II, 257.—No es comprendido en la escena de S. Bartolomé, II, 271.—Le obligan á abjurar el calvinismo, ib., ib.—Se evade de la córte, III, 9.—Se declara otra vez calvinista, ib., ib.—Tratan de excluirle de la sucesion á la corona, III, 212.—Sus apuros, III, 217.—Se niega á convertirse, III, 218.—Contesta á la bula de excomunion lanzada contra él por Sixto V, III, 219.—Se dirige á los Estados, III, 220.—Sale á campaña y derrota á Joyeuse en Cour-

tray, III, 222.—Entabla negociaciones con Enrique III, III, 315.—Ajusta con él un tratado de paz, III, 316.—Entrevista de ambos reyes, III, 317.—Une sus tropas con las de Enrique y se acerca á la capital, III, 318.—Sus derechos á la corona de Francia, III, 324.—Su conducta á la muerte de Enrique III, III, 325.—Se decide por sostener sus derechos con las armas, ib., ib.—Busca aliados y entabla negociaciones con varios príncipes de Europa, III, 329.—Vence al duque de Mayena en Arques, III, 330.—Cae sobre París, III, 331.—Se aleja de la capital, III, 332.—Derrota á Mayena en Ivry, III, 334.—Vuelve á caer sobre Paris, III, 338.—Sitia y bloquea esta capital, ib., ib.—Su conflicto al saber la aproximacion del de Parma, III, 349.—Deja los muros de París, III, 350.—Envia un cartel de desafío á Farnesio, III, 351.—Le presenta la batalla, III, 352.—Toma el camino de Normandía despues de levantar el sitio de París, III, 355.—Persigue inútilmente al de Parma, III, 357 y siguientes.—Sitia la plaza de Ruan, III, 364.—Deja el sitio para salir en busca del de Parma, III, 367.—Es herido en una escaramuza de vanguardia, III, 368.—Vuelve al sitio de Ruan, III, 373.—Le levanta á la aproximacion del enemigo, III, 374.—Encierra al duque de Parma en el pais de Caux, III, 377.—Vuelve á París de frustrado el plan de derrotarle, III, 379.—Declara incompetentes los estados para conferir la corona, IV, 99.—Consigue ventajas en varios puntos de Francia, IV, 105.—Se resuelve á convertirse al catolicismo, IV, 118.—Se verifica la ceremonia de su abjuracion en S. Dionisio, IV, 119.—Hace su entrada en París, IV, 123.—Sitia y toma la plaza de Laon, IV, 128 y siguientes.—Entra en Chatau-Tierry y Amiens, IV, 130.—Declara la guerra al rey de España, IV, 133.—Recibe la absolucion del Papa, en la persona de los cardenales Duperront y Dossat, IV, 139.—Marcha á Lorena en busca del ejército español, unido con las tropas del duque de Mayena, IV, 142.—Recibe á éste en su gracia, IV, 143.—Sitia la plaza de La-Fere, IV, 144.—Marcha al socorro de la de Calais, IV, 145.—Toma á La-Fere, IV, 146.—Vuelve á París, IV, 147.—Sitia la plaza de Amiens, IV, 155.—La toma, IV, 157.—Se decide á hacer la paz con Felipe II, IV, 166.—Ajusta su tratado en Wervins, IV, 168.

ENRIQUE IV (de Castilla). Aprueba el establecimiento de las hermandades, I, 77.

ERNESTO (archiduque de Austria). Su venida á España, I, 310.—Sale á recibir á Doña Ana y la acompaña á Segovia, II, 383.—Vuelve á Alemania en 1571, II, 392.—Pasa de gobernador á los Paises-Bajos, IV, 127.—Muere en Bruselas, IV, 132.

ERASMUS. Eminente por sus obras en el siglo XVI, I, 120.

ESCLUSA (plaza fuerte de los Paises Bajos). Su situacion, III, 203.—Expugnada por el príncipe de Parma, III, 204 y siguientes.

ESTUARDA (María). Reina de Escocia y esposa de Francisco I, rey de Francia, II, 292.—Se restituye á Escocia despues de viuda, I, 299.—Pasa á segundas nupcias con Enrique Darley, I, 347.—Sus desavenencias con el príncipe, ib., ib.—No puede evitar el asesinato de David Rizzio, I, 350.—Continúa en sus disensiones con el príncipe, 352.—Su favor hácia Bothvell, I, 353.—Nacimiento de un

príncipe, I, 355.—Sospechada de complicidad en el asesinato de su esposo, I, 357.—Se deja robar de Bothvell, I, 358.—Se casa con Bothvell, I, 359.—Insurreccion en Escocia, I, 360.—Entra como presa en Edimburgo, I, 361.—Es confinada al castillo de Doche-Leven, ib., ib.—Se vé obligada á renunciar á la corona, I, 362.—Se evade del castillo, ib., ib.—Es vencida de nuevo y se refugia á Inglaterra, ib., ib.—Escribe á la reina Isabel, II, 281.—Cae en el lazo que ésta le arma, II, 282.—Responde á los cargos que le hacen en Wetminster, II, 286.—Encerrada en una fortaleza, II, 292.—Es acusada de entrar en planes de conspiracion contra la vida de la reina, III, 293.—Se le cogen sus cartas, III, 242.—Se niega á dar declaracion ante los jueces que envian para formar su causa, III, 244.—No responde á los cargos, ib., ib.—Recibe con tranquilidad la notificacion de su sentencia de muerte, III, 248.—Se prepara para ella, ib., ib.—Se ejecuta su sentencia, III, 249.—Carácter de María Estuarda, III, 251.

FARNESIO (Alejandro), duque de Parma. Se educa en la córte de Felipe II, I, 310.—Se halla en la batalla de Lepanto, II, 160.—Recibe órden de pasar á los Paises-Bajos, II, 343.—Tiene una parte principal en la batalla de Gemblours, I, 351.—Sitia á Diest, II, 353.—Toma á Sichen y á Diest, II, 354.—Toma á Limburg, II, 357.—Se opone á que se salga al encuentro del ejército aliado, II, 362.—Pide, entra en la batalla en primera fila, II, 364.—Socorre la vanguardia del ejército, II, 366.—Toma parte activa en la retirada, ib., ib.—Toma el mando del ejército de D. Juan, II, 369.—Ordena el funeral de D. Juan de Austria, II, 372.—Toma la ofensiva, III, 24, —Se dirige á Mastrich, III, 25.—Ataca el campo enemigo situado en Burgerhout, III, 28.—Quema los arrabales de Amberes, III, 30.—Toma á Mastrich, III, 30 y siguientes.—Se niega á suspender las hostilidades durante las conferencias de Colonia, III, 44.—Ajusta un tratado de pacificacion con las provincias Walonas, III, 49.—Sus observaciones al rey sobre el nombramiento de Margarita de gobernadora de los Paises Bajos, III, 57.—Levanta el sitio de Cambray, III, 68.—Sitia y toma la plaza de Tournay, III, 74.—Id. la de Oudenarda, III, 78.—Sosiega una sedicion en su ejército, III, ib.—Se apodera de Menin, Popeninge, Werwick, Lira, Catan-Cambresis, Clusa, Ninobec y Gasbec, III, 81.—Igualmente de Endoven, Dalem, Sichen y Vesterloo, III, 89.—Derrota á los franceses junto á los muros de Estemberg, y se apodera de esta plaza, ib., ib.—Se apodera de otras muchas plazas, III, 91.—Envia tropas á Colonia en auxilio del elector depuesto, III, 93.—Toma las plazas fuertes de Ipres y Brujas, III, 95.—Sitia la de Gante, ib., ib.—Pone sitio á Amberes, III, 167.—Dificultades de la empresa, III, 168.—Varios ataques en sus inmediaciones, III, 169.—Corta por medio de un puente la comunicacion con el mar, III, 170 y siguientes.—Toma la plaza de Torremunda, III, 171.—Se le rinden Gante y Bruselas, III, 172.—Su presencia de ánimo despues de los desastres del puente, III, 178.—Le repara, III, 179.—Su victoria contra los de Amberes en el ataque de Cobeltens, III, 181 y siguientes.—Entra victorioso en Amberes, III, 185.—Toma á Grave y á Velhloo, III, 191.—Toma por asalto á Nuis, III, 195.—

Sitia á Rimberg, III, 196.—Levanta el sitio y se encamina á Suften, III 197.—Hace levantar el sitio de esta plaza, III, 200.—Se dirige contra la plaza de Esclusa, III, 204.—La toma, III, 205.—Su dictámen sobre la expedicion á Inglaterra, III, 256.—Toma disposiciones para la exp dicion, III, 260.—Pone sitio á Berg-op-zoom, III, 280.—Se retira, III, 281.—Recibe órden de pasar á Francia, III, 289.—Sus razones oponiéndose, III, 342.—Sale de Bruselas para Francia, III, 346.—Marcha hácia París, III, 349.—Su contestacion al desafio del rey de Francia, III, 351.—Sitia y toma á Lagni, III, 354.—Toma á Corveil, III, 356.—Levanta el bloqueo de París, ib. ib.—Vuelve á los Paises-Bajos, III, 357.—Sus disgustos, III, 359.—Recibe órden para volver á Francia, III, 363.—Su marcha, III, 366.—Escaramuzas con las tropas del rey de Francia, III, 368.—Toma á Chatenau, III, 369.—Elude la batalla, III, ib.—Llega á las inmediaciones de Ruan, III, 370.—Retrocede, III, 373.—Vuelve á Ruan, III, 374.—Levanta el sitio, III, 375.—Parte á poner sitio á Caudebec, III, 377.—Apuros en que se halla, ib., ib.—Medios de que se vale para salvar el ejército, III, 378.—Pasa el Sena, ib., ib.—Vuelve á los Paises Bajos, III, 380.—Recibe otra vez órden de volver á Francia, ib., ib.—Se agrava su enfermedad y muere, III, 381.—Su carácter, III, 382.

FARNESIO (Octavio, duque de Parma). Su matrimonio con Margarita de Austria, II, 7.

FELIPE (el Hermoso, rey de España). Su advenimiento al trono y su recibimiento en Madrid, I, 10.—Su muerte, I, 11.

FELIPE II (rey de España). Su nacimiento, I, 188.—Su reunion con el emperador, I, 191.—Se casa con Doña María, princesa de Portugal, I, 192.—Entrega el gobierno de España al príncipe Maximiliano, I, 195.—Su viaje á los Paises-Bajos, ib., ib.—Su vuelta á España, I, 199.—Parte á Inglaterra á desposarse con la reina María, I, 209, 210, 211.—Pasa á los Paises-Bajos llamado por su padre, I, 215.—Renuncia Cárlos V en su favor el señorío de aquel pais y la corona de España, I, 216, 217.—Declara la guerra á Paulo IV, I, 225, 226.—Se prepara contra el rey de Francia, I, 229 y siguientes.—Ajusta las paces con el Pontífice, I, 235.—Id. con el rey de Francia, I, 252.—Arregla los asuntos de los Paises-Bajos, I, 265 y siguientes.—Se embarca para España, I, 268.—Asiste á un auto de fé en Valladolid, I, 272, 273.—Celebra su tercer matrimonio con Isabel de Valois, I, 273.—Traslada su córte á Madrid, I, 327.—Reconoce por hermano á D. Juan de Austria, I, 309.—Envia al duque de Alba, como su representante en las conferencias de Bayona, I, 311.—Manda prender al príncipe D. Cárlos, I, 313—Funda el monasterio del Escorial, I, 320 y siguientes.—Envia al duque de Alba á los Paises Bajos, II, 47.—Ordena una expedicion sobre el peñon de Velez de la Gomera, II, 60 y siguientes.—Manda cegar la boca del rio Tetuan, II, 68.—Da órdenes de socorrer á Malta, II, 82.—Expide una pragmática relativa á los moriscos de Granada, II, 96.—Envia al marqués de Mondejar á Granada para que se ejecutase lo mandado, II, 99.—Escribe sobre la guerra al marqués de los Velez, II, 114.—Nombra por general á D. Juan de Austria, II, 121.—Confirma la eleccion hecha en la persona de don

Juan de Austria, de generalísimo de la liga ajustada con el Papa y los venecianos, II, 162.—Manda á D. Juan de Austria que desmantele á Tunez y el fuerte de la Goleta, II, 179.—Envia á don Luis de Requesens á los Paises-Bajos, á reemplazar en el mando al duque de Alba, II, 239.—Destierra al duque de Alba á su castillo de Uceda, II, 240.—Toma parte en los disturbios de Francia, II, 241 y siguientes.—Aprueba las matanzas de S. Bartolomé, II, 272.—Encarga el mando de los Paises-Bajos al Consejo de Estado á la muerte de Requesens, II, 320.—Nombra por gobernador general de los mismos á D. Juan de Austria, II, 323.—Confiere el mismo al príncipe de Parma á la muerte del primero, II, 374.—Queda viudo de la reina Doña Isabel de Valois, II, 377.—Ajusta su cuarto matrimonio con Doña Ana de Austria, II, 380 y siguientes.—Va á Córdoba, II, 382.—Id. á Sevilla, ib., ib.—Se celebran sus bodas con Doña Ana, II, 383 y siguientes.—Funda el archivo de Simancas, II, 389.—Manda imprimir en los Paises-Bajos la Biblia poliglota denominada Régia, II, 390.—Pasa á Guadalupe á verse con el rey D. Sebastian, II, 393.—Fomenta la formacion de la santa liga en Francia, III, 12 y siguientes.—Nombra de nuevo de gobernadora de los Paises-Bajos á Margarita de Austria, III, 56.—Revoca la órden, III, 58.—Lanza un decreto de proscripcion contra el príncipe de Orange, III, 65.—Disuade al rey D. Sebastian de su expedicion al Africa, III, 105.—Se declara pretendiente á la corona de Portugal, III, 113.—Va á Guadalupe, III, 117.—Nombra general del ejército expedicionario de Portugal, ib., ib.—Consulta á los teólogos de Alcalá sobre sus derechos, III, 118.—Pasa á Badajoz, III, 120.—Revista sus tropas, III, 124.—Entra en Portugal, III, 139.—Celebra córtes en Tomar, III, 140.—Entra en Lisboa, III, 143.—Ordena la expedicion en las Terceras, III, 147 y siguientes.—Vuelve á España, III, 158.—Ajusta un tratado con los príncipes de Guisa, III, 212.—Envia socorros á la Santa Liga, III, 217.—Rompe abiertamente con la reina de Inglaterra, III, 253 y siguientes.—Designa á Lisboa como punto de reunion de las fuerzas navales, III, 258.—Su respuesta al mensajero que le trajo la noticia del desastre de la armada, III, 272.—Manda al duque de Parma que entre en Francia con sus tropas, III, 341.—Manda al mismo que vaya á levantar el sitio de Ruan, III, 364.—Manda matar á Juan de Escobedo, IV, 10.—Manda prender á Antonio Perez, IV, 15.—Toma la misma disposicion con la princesa de Evoli, IV, 16.—Manda hacer una informacion judicial sobre la conducta de Antonio Perez, durante el ejercicio de su cargo, IV, 18.—Idem al mismo que declare las causas que hubo para el asesinato de Escobedo, IV, 29.—Su cólera al saber la evasion de Antonio Perez, IV, 35.—Le acusa ante el Justicia de Aragon, IV, 45.—Se desiste, IV, 47.—Le vuelve acusar ante la audiencia, ib., ib.—Se aparta de su nueva querella, IV, 48.—Envia un ejército á Aragon, IV, 57.—Manda degollar al Justicia, IV, 65.—Va á Zaragoza y á Barcelona, IV, 83.—Vuelve á Aragon y de aquí á Valencia, ib., ib.—Manda prender á Fr. Miguel de los Santos, y á la religiosa Doña Ana de Austria, IV, 89.—Asiste á la bendicion del templo del Escorial, IV, 93.—Siguen sus influencias en los negocios de

Francia, IV, 98 y siguientes.—Sus relaciones con los jefes ardientes de la liga, IV, 102 y siguientes.—Envia tropas á Paris, IV, 108. Sus relaciones con los Estados generales, IV, 112 y siguientes.—Sus esfuerzos para que no se tenga por válida la abjuracion de Enrique IV, IV, 121.—Nombra por sucesor interino del duque de Parma en Flandes al conde de Mansfel, IV, 125.—Confia el mando en propiedad al archiduque Ernesto, IV, 127.—Nombra por sucesor suyo al conde de Fuentes, IV, 132.—Nombra al archiduque Alberto para el mismo mando, IV, 143.—Ajusta con Enrique IV la paz en Vervins, IV, 168.—Renuncia el dominio de los Paises-Bajos en favor de su hija Clara Eugenia, y del archiduque Alberto, IV, 169.—Su última enfermedad, IV, 171 y siguientes.—Su muerte, IV, 175.

FERNANDO (el Católico.). Sus dotes de gobierno, I, 2.—Conquista á Nápoles, I, 3.—Su regencia, I, 11.—Su muerte, I, 12.

FERNANDO (emperador de Alemania). Sus padres, I, 110.—Preside la Dieta en Nuremberg, I, 144.—Es nombrado rey de los romanos, I, 128.—Se niega á renunciar á la sucesion al imperio, ib., ib.—Persiste en la negativa, I, 215.—Nombrado emperador I, 221.

FRANCISCO I (rey de Francia). Rival de Cárlos V, I, 16.—Sus guerras con el emperador, I, 18.—Prisionero en Pavía, I, 20.—Consigue su libertad, I, 21.—Se liga con el Papa, ib., ib.—Su mala suerte en Nápoles, I, 23.—Declara otra guerra al emperador, I, 29.—Le cita á comparecer como vasallo, I, 31.—Su campaña á los Paises-Bajos, ib., ib.—Recibe en París al emperador, I, 34.—Se liga con Barba-roja, I, 36.—Su última guerra con Cárlos V, ib., ib. Su muerte, I, 37.

FRANCISCO II (de Francia). Sucede en el trono á su padre Enrique II, I, 287.—Su muerte, I, 289.

FUENTERRABIA. Tomada por Francisco I, y perdida por Francisco II, I, 19.

FUENTES (conde de). Nombrado gobernador general de los Paises Bajos, IV, 132.—Su brillante campaña en Francia, IV, 135. —Toma la plaza de Doulens, IV, 136.—Id. la de Cambray, IV, 137.—Sale de los Paises-Bajos disgustado por el nombramiento del archiduque Alberto, IV, 144.

GALILEO, famoso sábio de su tiempo, IV, 277 y 278.—Procesado por la Inquisicion por sostener los principios de Copérnico, ib., ib.—Abjura públicamente esta doctrina, ib., ib.

GALIPE (El). Hermano de Aben-Aboo, II, 147.—Va á conferenciar con D. Juan de Austria, ib., ib.

GANTE, insurreccion en tiempo de Carlos V, I, 33.—Se ajusta en ella una confederacion, II, 324.—Es sitiada por Farnesio, III, 95.—Se rinde á sus armas, III, 172.

GEMBLOURS. Célebre batalla de este nombre, II, 351.

GEMINGEN. Batalla de este nombre, II, 214.

GELVES (isla de los). Los españoles emprenden una expedicion contra ellos, I, 283.—La toman, I, 284.—Sitiada por los turcos, I, 285.—Abandonada, I, 286.

GERTRUIDEMBERG. Plaza fuerte de los Paises-Bajos, tomada por Alejandro Farnesio, III, 284.—Recobrada por el principe Mauricio, IV, 126.

GINEBRA. Ciudad imperial, I, 176.—Se declara en república, I, 177.—Asiento principal de los sacramentarios, I, 179.—Da nombre á su secta, ib., ib.—Residencia de Calvino, ib., ib.—Importancia de esta ciudad, ib., ib.

GRANVELA (cardenal de). Obispo de Arras y nombrado consejero privado de la princesa Margarita, I, 266.—Sus dotes de gobierno, II, 7.—Es nombrado cardenal, II, 8.—Su impopularidad, II, 9.—Disidencia con los grandes, II, 13.—Recibe órden de ausentarse de los Paises Bajos, II, 19.—Se va á Roma, ib., ib.—Virey de Nápoles, II, 182.—Pasa á España llamado por Felipe II, IV, 15.—Queda de regente de España durante la expedicion en Portugal, IV, 90.

GRAVE. Plaza sitiada y tomada por Farnesio, III, 190.

GRAVELINAS. Célebre batalla de este nombre, I, 242.

GREGORIO XIII. Sucede en el pontificado á Pio VII, 176.—Celebra con grandes regocijos en Roma las matanzas de San Bartolomé, II, 273.—Corrige el calendario, IV, 283.—Gregoriana (correccion) ib., ib.

GRONINGA. Plaza sitiada por Luis, conde de Nassau, II, 213.—Socorrida por Farnesio, III, 59.—Sitiada y tomada por el príncipe Mauricio, IV, 130 y 131.

GUISA (Francisco, duque de). Defiende á Metz, I, 40.—Manda la expedicion á Italia, I, 229.—Pasa á Roma, I, 230.—Pone sitio á Civitella, I, 233.—Sale de Italia, I, 234.—Toma á Calais, I, 241. Obtiene la direccion de los negocios de Francia, I, 288.—Quiere establecer la Inquisicion, I, 289.—Estrecha sus lazos con el partido católico, I, 290.—Forma parte de la reunion conocida con el nombre de Triumvirato, I, 329.—Acampa con su ejército en las inmediaciones de Paris, I, 331.—Marcha á Normandía, I, 336.—Torna á Ruan, ib., ib.—Vence á los Hugonotes en Dreux, I, 337.—Recibido en triunfo, en Paris, I, 338.—Asesinado en el sitio de Orleans, ib., ib.—Su carácter, I, 339.

GUISA. (Enrique duque de). Idolo de la muchedumbre, II, 160.—Jefe de los católicos, ib., ib.—Instigador del asesinato de Coligni, II, 263.—Dirige las tramas contra los calvinistas, II, 265.—Acomete la casa de Coligni, II, 266.—Vence á los Reitres, III, 9.—Es uno de los jefes de la liga, III, 11.—Su correspondencia con el rey de España bajo seudónimo de Mucio, III, 212.—Ajusta un tratado secreto con Joinville, ib., ib.—Firma otro en Nemours, III, 216.—Derrota á los Reitres, III, 223.—Entra en Paris contra las órdenes del rey, III, 227.—Promotor de la jornada de las barricadas, III, 228.—Es nombrado teniente general del reino, III, 295. Se presenta en los Estados generales de Blois, III, 296.—Omnipotente en la asamblea, III, 299.—Peligros de su situacion, III, 300.—Es asesinado por órden del rey, III, 302.—Su carácter, III, 303.

HEREDIA (D. Diego de). Señor de Bárboles, partidario de Antonio Perez, IV, 50.—Le da asilo en su casa despues de haber sido estraido de la cárcel por el pueblo, IV, 55.—Se refugia al Bearne, IV, 62.—Prisionero por las tropas de D. Alonso de Vargas y puesto á prueba de tormento, IV, 71.—Decapitado en frente de la cárcel de los manifestados, IV, 72.

IPRES. Plaza tomada por Farnesio, III, 91.

ISABEL DE VALOIS (reina de España). Se ajusta su matrimonio con el rey de España, I, 251.—Viene á España, I, 273.—Su entrevista con su madre en Bayona, I, 311.—Su muerte, II, 377.

ISABEL (reina de Inglaterra). Sube al trono, I, 250.—Cambia la religion de su pais, I, 251.—Su odio hácia la reina de Escocia, I, 153.—Manda que se la reciba con obsequio en Inglaterra, I, 363.—Decide en su consejo la conducta que debe observar con ella, II, 251.—Se niega á verla, II, 282.—Manda reunir sus comisionados y los de sus acusadores, ib., ib.—Traslada las conferencias á Westminster, II, 285.—Su habilidad y astucia, II, 287.—Rompe abiertamente con María, II, 296.—Se hace con los documentos de acusacion contra María, II, 287.—Su política, II, 288 y siguientes.—Su administracion, II, 290.—Su influencia en los negocios de Escocia, II, 294 y siguientes.—Recibe al duque de Anjou y le dá auxilios para hacer la guerra en los Paises-Bajos, III, 69 y 70.—Se niega á recibir el título de soberana de los Paises-Bajos, III, 189.—Les envia al conde de Leincestre, ib., ib.—Hace juzgar á María Estuarda, III, 244.—Firma la órden de la ejecucion de su sentencia de muerte, III, 247.—Afecta gran pesadumbre al saber que ha sido obedecida, III, 252.—Manda prender y formar causa al secretario de Estado que comunicó su órden, ib., ib. —Sus preparativos de defensa contra la expedicion española, III, 261 y 262.—Pasa revista á sus tropas en Tilbury, III, 262.—Manda celebrar el triunfo de sus armas, III, 273.—Auxilia una expedicion contra Portugal, ib., ib.—Envia auxilios á Enrique IV, III, 329.—Recibe favorablemente á Antonio Perez, IV, 77.—Trata de disuadir á Enrique IV de que ajuste un tratado de paz con el rey de España, IV, 166.

ISABEL (reina católica de España). Sus dotes de gobierno, I, 2. —Acoge á Colon favorablemente, I, 3.—Le dá medios para el descubrimiento del nuevo continente, ib., ib.

IVRY. Batalla de este nombre, III, 352.—Sus resultados, III, 334.

JARNAC. Batalla de este nombre, II, 245.

JUAN XXIII. Pontífice depuesto en el concilio de Constanza. I, 128.

JUANA (la princesa doña) hermana de Felipe II, y madre del rey D. Sebastian. Se le encarga la Regencia de España, I, 207.—Su muerte, II, 387.—Fundadora de las Descalzas reales, ib., ib.

JUANA (Gray). Proclamada reina de Inglaterra á la muerte de Eduardo VI, I, 203.—Muere en un suplicio I, 204.

JOYEUSE (Duque), general del ejército de la liga, III, 222.—Pierde la batalla de Courtray, ib., ib.

JUANA (Reina de España) hija y heredera de los Reyes Católicos, I, 10.—Queda viuda de Felipe el Hermoso, I, 11.—Conocida por su debilidad mental con el nombre de Loca, I, 15.—Pasa á manos de los comuneros, I, 54.—Vuelve á quedar entre los caballeros, I, 59.

JUANA (de Albret). Reina titular de Navarra casada con Antonio de Borbon, I, 329.—Presenta á su hijo (Enrique IV) en el campo de los calvinistas, II, 246.—Se presenta á la córte en

Blois, II, 254.—Muere en Paris con sospechas de veneno, II, 255.

KEPLERO, famoso astronomo de los siglos XVI y XVII, IV, 277.—Maestro del emperador Rodulfo, ib., ib.—Sus grandes descubrimientos en la ciencia, ib., ib.

LANCASTER (casa de). Nombre de uno de los partidos en la guerra de las Rosas, I, 6.

LAGNI. Plaza sobre el mar, III, 252.—Sitiada, tomada y saqueada por el duque de Parma, III, 353 y 354.

LANUZA. (D. Juan de) Justicia de Aragon.—Acude con sus lugartenientes á casa del marqués de Almenara á defenderle contra los amotinados, IV, 51.—Muere dos dias antes del alboroto de setiembre, IV, 54.

LANUZA (D. Juan de, hijo del anterior).—Nombrado Justicia á la muerte de su padre, IV, 54.—Su conducta en Zaragoza con motivo de la aproximacion del ejército castellano, IV, 57 y siguientes.—Sale de Zaragoza con el ejército, IV, 62.—Le abandona y huye á Epila, ib., ib.—Vuelve á Zaragoza, IV, 63.—Es arrestado por Juan de Velasco, IV, 64.—Es degollado en la plaza del mercado, IV, 66.

LANUZA (D. Martin, baron de Biescas).—Hermano del primero de los anteriores. Se declara partidario de Antonio Perez, IV, 50.—Se refugia en el Bearne á la llegada del ejército castellano, IV, 62.—Penetra en Aragon con las tropas bearnesas, IV, 70.—Cogido despues y ajusticiado, IV, 73.

LAUNTRECH.—General de Francisco I, I, 19.—Su muerte en el sitio de Nápoles, I, 23.

LEON (X) Pontífice, I, 129.—Desprecia al principio á Lutero, I, 134.—Da orden para que comparezca en Roma, ib., ib.—Envia un legado para que le oiga en Ausburgo, I, 135.—Le condena en Roma, I, 136.—No comprende toda la importancia de las doctrinas del innóvador, I, 138.

LEICESTER. Favorito de la reina de Inglaterra, III, 189.—Recibe el cargo de gobernador del pais, ib., ib.—Su desembarco en los Paises-Bajos, III, 190.—Pasa á sitiar á Zuphen, III, 191.—Levanta el sitio, III, 200.—Vuelve á Inglaterra por órden de la reina, III, 201.—Desembarca en Flesinga para socorrer la Esclusa, III, 204.—Pasa á Ostende, III, 205.—Es objeto de disgusto y sospecha para los Paises-Bajos, III, 111.—Vuelve á Inglaterra, III, 207.—Recibe el mando de la fuerza destinada á la defensa de Lóndres, III, 262.

LINCESTRE. Uno de los predicadores mas famosos de París en tiempo de la liga, III, 307.—Su sermon con motivo de la muerte de Catalina de Médicis, III, 313.—Otro en el miércoles de Geniza, III, 318.

LUTERO (Martin).—Su nacimiento, I, 131.—Su educacion, I, 132.—Toma el hábito de San Agustin, ib., ib.—Su viaje á Italia, ib., ib.—Se declara enemigo de las indulgencias, I, 133.—Publica 28 proposiciones, ib., ib.—Sus protestas de sumision al Pontifice, I, 134.—Se presenta en Augsburgo, I, 135.—Se niega á retractarse, ib., ib.—Continúa sus hostilidades contra Roma, I, 136.—Su popularidad y cualidades eminentes, I, 137.—Espíritu de sus doctrinas, I, 139.—Traduce la Biblia en aleman, ib., ib.—Se presenta á la Dieta de Wors, I, 141.—Se confiesa autor de sus

obras, ib., ib.—Se niega á retractarse, I, 142.—Sale de Wors, ib., ib.—Su encierro en la fortaleza de Wasburgo, ib., ib.—Sale del encierro, I, 143.—No asiste á la Dieta de Augsburgo, I, 146.—Su muerte, I, 147.

LUNA (D. Juan de), partidario de Antonio Perez, IV, 50.—Acompaña al Justicia en su huida á Epila, IV, 62.—Es preso por la traicion de un clérigo y puesto á prueba de tormento, IV, 69.—Revelaciones que hace estando en capilla, IV, 72.—Degollado en frente de la cárcel de los manifestados, ib., ib.

MALTA, su situacion é historia, II, 70.—Se establece en ella la Orden de san Juan, II, 72.—Amenazada por los turcos, II, 73.—Preparativos de defensa, II, 74.—Estado de su guarnicion, ib., ib.—Su defensa gloriosa contra las armas de los sitiadores, II, 77 y sig.

MAQUIAVELO (Nicolás). Su gran reputacion, II, 114.—Sus obras, II, 115.—Su carácter, ib., ib.

MARGARITA (de Valois). Su matrimonio con Enrique de Bearne, II, 251.

MARGARITA DE PARMA (hija natural de Cárlos V) nombrada gobernadora de los Paises-Bajos, I, 266.—Viuda de Alejandro de Médicis y casada con Octavio de Parma, I, 267.—Trata de organizar las fuerzas del pais, II, 11.—Instruye al rey del estado de los Paises-Bajos, II, 13.—Su vigilancia, II, 25.—Recibe á los confederados, II, 26.—Expide el decreto de moderacion, II, 28.—Envia á Amberes al príncipe de Orange, II, 30.—Retira el acta de indulgencia, II, 40.—Intenta huir de Bruselas, II, 33.—Hace preparativos para una guerra, II, 40.—Cambia de lenguaje, II, 41.—Despliega una conducta fuerte, II, 44.—Queda victoriosa, II, 46.—Ruega al rey que no envie un ejército á los Paises-Bajos, II, 196.—Desoida, II, 197.—Nuevas súplicas, ib., ib.—Recibe en su palacio al duque de Alba, II, 200.—Se llena de indignacion al saber la prision de Egmont y de Horn, II, 203.—Entrega el mando al de Alba y sale de los Paises-Bajos, ib., ib.—Vuelve á los Paises-Bajos con el cargo de gobernadora, III, 56.—Revoca el rey su nombramiento, III, 58.

MARIA (Reina de Hungría) Hermana de Cárlos V.—Asiste á la renuncia del emperador del señorío de los Paises-Bajos, I, 215.—Renuncia á este gobierno, I, 217.—Acompaña al emperador en su viaje á España, I, 218.

MARIA (Reina de España), Mujer de Felipe II.—Sus desposorios en Salamanca, I, 172.—Su muerte, ib., ib.

MARIA (Reina de Inglaterra), hija de Enrique VIII, I, 202.—Su educacion, I, 203.—Entra en Lóndres y es proclamada Reina, I, 204.—Se casa con Felipe II, I, 206.—Negocia la reconciliacion de la Inglaterra con la iglesia católica, I, 210.—Asiste á la ceremonia de la absolucion, II, 211.—Da órdenes severas contra los adictos de las nuevas doctrinas, II, 212.—Víctimas de esta resolucion, ib., ib.—Su poca popularidad, I, 231.—Su muerte, I, 249.

MASTRICH. Plaza fuerte de los Paises-Bajos, III, 30.—Sitio, toma y saqueo de esta plaza por las tropas del príncipe de Parma, III, 31 y sig.

MAURICIO (Príncipe de Orange). Sucede á su padre Guillermo el príncipe de Orange, III, 99.—Su capacidad, ib., ib.—Comienza su carrera militar poniéndose á la cabeza de 3000 hombres, III, 196.—Hace una incursion en el Brabante, III, 205.—Recobra el ascendiente, III, 207.—Retrocede en su movimiento sobre Gertruidemberg, III, 284.—Toma á Breda, III, 288.—Toma á Duisburgo y Zutphen, III, 361.—Sitia y toma á Deventer, III, 362.—Toma á Ults, III, 365.—Se aprovecha de la ausencia de las tropas españolas de los Paises-Bajos, IV, 125.—Sitia y toma á Gertruidemberg, IV, 127.—Sitia y toma la plaza de Groninga, IV, 131.—Invade el Luxemburgo y se retira, IV, 134.—Sitia la plaza de Groll y no la toma, IV, 143.—No puede salvar la plaza de Ults, IV, 149 y 50.—Ataca y destruye el campo de los españoles de Tourghout, IV, 152.—Toma á Rimberg, á Groll, á Brevort y á Lingem, IV, 157.

MAYENA (duque de). Hermano del duque de Guisa, III, 311.—Se le reviste del supremo poder y se le nombra general de los ejércitos de la liga, ib., ib.—Preside la asamblea de los católicos para elegir el consejo, ib., ib.—Su correspondencia con Felipe II, III, 327.—Sale de Paris al frente del ejército, III, 330.—Vencido en Arques se retira á Picardia, ib., ib.—Vuelve á Paris, III, 332.—Es derrotado en Ybry por Enrique IV, III, 333.—Pasa á verse con Farnesio, III, 341.—Va con él á las inmediaciones de Paris, III, 349.—Manda el cuerpo del ejército en el combinado, III, 352.—Asiste al sitio de Corbeil, III, 356.—Se vuelve á reunir con las tropas de Farnesio, III, 366.—Va con él hácia Ruan, ib., ib.—Aconseja la retirada cerca de los muros de la plaza, II, 372.—Refrena en Paris al partido popular, IV, 97.—Expide órdenes para la convocacion de los Estados generales, IV, 99.—Sus intrigas, IV, 100 y sig.—Nueva orden para la convocacion de los Estados en Paris, IV, 111.—Sus pocas probabilidades de ser nombrado rey de Francia, ib., ib.—Accede á la conferencia entre Enrique IV y los del consejo de la Union, IV, 115.—Va á levantar el sitio de Laon, IV, 129.—Se retira despues de una refriega, ib., ib.—Queda solo él jefe de la liga fiel á los intereses de España, IV, 130.—Su campaña en Borgoña, IV, 141.—Se retira á Chalons-sur-Marne, IV, 143.—Se reconcilia con Enrique IV y reconoce su autoridad, ib., ib.

MAZALQUIVIR. Situacion de esta plaza, II, 59.—Sitio célebre y defensa contra Asan, Dey de Argel, II, 51 y siguientes.—Socorrida por la escuadra española, II, 59.

MIGUEL ANGEL. Célebre pintor, escultor y arquitecto de aquel tiempo, I, 111.

MONCONTOURT. Célebre batalla de este nombre, II, 247.

MONDEJAR (Marqués de). Desaprueba la pragmática contra los moriscos, II, 99.—Sale de Granada, II, 102.—Alista gente, II, 107.—Sale á campaña, ib., ib.—Llega á Durcal, II, 109.—Ocupa varios pueblos y llega á Ujijar, II, 111.—Su carácter conciliador, II, 113.—Publica un bando prometiendo perdon, II, 118.—Continúa sus operaciones, ib, ib.—Inutilidad de sus esfuerzos para reducir á los moriscos, II, 120.—Acierto de sus operaciones, II, 123.—Vuelve á Granada donde entra con grande aparato, ib., ib.

—Y nota en el consejo sobre la necesidad de terminar la guerra por medios de conciliacion, II, 125.—Recibe una carta del Rey para trasladarse á Madrid, II, 157.—Va de virey á Valencia y en seguida á Nápoles, ib., ib.

MONTMORENCI (condestable). Pierde la batalla de S. Quintin y queda prisionero, I, 257.—Hace gran papel en el partido católico, I, 332.—Forma parte del Triumvirato con los Guisas y el mariscal de San Andres, I, 329.—Queda prisionero en la batalla de Dreus, I, 337.—Muere en la de S. Dionisio, I, 344.

MORTON (conde de). Echado de Inglaterra, I, 353.—Perdonado, I, 255.—Se contaba su nombre entre los que se comprometian. Uno de los partidarios del matrimonio de Bothvell, I, 358—Corre á las armas, I, 360.—Derrota el ejército de la reina, I, 363.—Es nombrado regente del reino, III, 250.—Su carácter, III, 231.—Preso y encausado, III, 252.—Su suplicio, III, 233.

NASSAU (Luis de). Invade los Paises-Bajos, II, 208.—Derrota al conde de Aremberg, ib., ib.—Sitia á Groninga, II, 213.—Se retira á Gemingen, II, 214.—Es derrotado junto á este pueblo por el duque de Alba, II, 215.—Pasa á Francia y se estrecha con los calvinistas, II, 231.—Vuelve á los Paises-Bajos y entra en Mons, II, 232.—Es sitiado en Mons por el hijo del duque de Alba, II, 233.—Entrega la plaza, II, 236.—Se halla en la batalla de Moncontour, II, 247.—Invade por tercera vez los Paises-Bajos, II, 303.—Atacado por Sancho de Avila, II, ib.—Vencido y muerto, II, 304.

ORANGE (Guillermo de Nassau, príncipe de). Asiste á la ceremonia de la renuncia del señorío de los Paises-Bajos, I, 216.—Nombrado gobernador de las provincias de Zelanda, Holanda y Utrech, I, 263.—Aborrece á Granvela, II, 8.—Arenga en su casa á varios personajes, II, 14.—Su familia y cualídades, II, 15.—Restablece en Amberes la tranquilidad, II, 30.—Se mantiene en buenos términos con la gobernadora, II, 33.—Sus consejos al rey, II, 35.—Recibe el mando de algunas tropas, II, 40.—Hace embarcar en el Escalda á los extranjeros que residen en Amberes, II, 42.—Niega la entrada en la plaza á los fugitivos confederados, II, 43.—Su entrevista con Egmont al dejar los Paises-Bajos, II, 45.—Se retira á Alemania, ib., ib.—Se niega á presentarse en Bruselas ante el tribunal de Sangre, II, 205.—Se declara luterano, ib., ib.—Publica manifiestos contra Felipe II, ib., ib.—Presenta batalla al duque de Alba, II, 219.—Es derrotada su retaguardia, ib., ib.—Se reune con el refuerzo de Francia, II, 220.—Se retira á Alemania, II, 221.—Vuelve á entrar en los Paises-Bajos, II, 233. Toma varias plazas, ib., ib.—Intenta en vano levantar el sitio de Mons, II, 235.—Se retira con gran pérdida, ib., ib.—Reconocido jefe de todo el pais sublevado, II, 236.—Toma á Mildelburgo, II, 302.—Atiza el fuego de la discordia en el Consejo de Estado, II, 320.—Induce á los gobernadores de las provincias á que se declaren contra el rey, II, 322.—Recibe el cargo de Rubarte, II, 340.—Manda demoler la ciudadela de Amberes, II, 342.—Se le nombra teniente vicario del príncipe Matias, II, 344.—Sale para Amberes con el príncipe, II, 352.—Toma á Amsterdam, II, 358.—No

quiere entrar en convenios con el rey, II, 359.—No puede socorrer á Mastrich, III, 36.—Pide á la asamblea de Colonia que mande suspender el sitio, ib., ib.—Su conducta durante las negociaciones de Colonia, III, 49.—Promueve la confederacion de Utrech, III, 54.—Envia socorros á Groninga, III, 59.—Promueve la medida de la absoluta independencia de los Paises Bajos, III, 63.—Echa los ojos sobre el duque de Anjou para gobernante, ib., ib.—Es proscripto por el rey de España, III, 65.—Publica su apologia, ib., ib.—Recibe un pistoletazo en el rostro, III, 71.—Aconseja á los Estados que vuelvan á llamar al duque de Anjou, III, 88.—Muere asesinado en Delf, III, 96.—Su carácter, III, 97.

ORCADAS (islas) de Escocia. Pasa por ellas la invencible, III, 270.

OUDENARDE. Plaza sitiada y ganada por Farnesio, III, 79 y 80.

PADILLA (Juan de). Véanse sus hechos en la guerra de las Comunidades, I, 61 y siguientes.

PACIOTO, ingeniero. Dirige la construccion de la ciudadela de Amberes, II, 207.

PIALI (almirante turco). Sale de Constantinopla con ochenta y cinco galeras, I, 284.—Su opinion en el consejo por tomar á San Telmo, II, 77.—Ataca el fuerte de S. Miguel, II, 85.—Invade los Gelves, I, 285.—Derrota la armada cristiana, ib., ib.—Toma á Gelves, ib., 286.—Manda la escuadra turca en la expedicion de Malta, 76.

PAULO III. Convoca un concilio en Trento, I, 158.—Su muerte, I, 166.—Aprueba la institucion de la Compañia de Jesús, I, 184.

PAULO (IV). Exaltado al trono pontificio, I, 221.—Fogosidad de su caracter, I, 224.—Priva á España del subsidio de Cruzada, I, 225.—Se liga con Francia, I, 226.—Su respuesta evasiva al duque de Alba, I, 227.—Ajusta con él una tregua, I, 229.—Recibe al duque de Guisa, I, 230.—Se llena de terror á la aproximacion á Roma del duque de Alba, I, 235.—Ajusta paces con España, ib., ib.—Recibe con magnificencia al duque de Alba, ib., ib.—Su muerte, II, 153.

PIO IV. Su exaltacion al trono pontificio, II, 154.

PIO V (Miguel Guisleri).—Su celo en armar á los príncipes cristianos contra los turcos, II, 155.—Envia socorros á Malta, ib., ib.—Envia un legado á los principes cristianos, II, 160.—Promueve la liga contra los turcos, II, 157.—Celebra un consistorio con este objeto, ib., ib.—Recibe con grandes honores á Marco Antonio Colonna, 174., Id. á D. Juan de Austria, 175.—Envia un estoque y un sombrero al duque de Alba, II, 225.

RAYNUCI. (Príncipe de Parma, hijo de Farnesio.) Pretende la corona de Portugal, III, 113.

RECALDE (Juan de) Manda la cuarta division de la invencible, III, 264.—Toma á su cargo la retaguardia, III, 265.—Desembarca en la Coruña, III, 271.

REQUESENS (D. Luis.) Comendador mayor de Castilla. Desembarca tropas para la expugnacion del peñon de Frigiliana, II, 141.—Nombrado sustituto de D. Juan de Austria, II, 161.—Se distingue en la batalla de Lepanto, II, 170.—Es nombrado gobernador de los Paises-Bajos, II, 239.—Toma el mando, II, 307.—Manda quitar la estatua del duque de Alba, ib., ib.—Dispone una expedicion sobre Mildeburgo, II, 301.—Envia á Sancho de Avila contra Luis de Nas-

sau II, 305.—Permanece en Amberes á pesar del tumulto, II, 306.—Dirige una expedicion sobre Zelanda, II, 309.—Pormenores de ella, II, 310.—Sus apuros, II, 315.—Su muerte 316.—Su carácter, II, 316.
RIARIO (Cardenal). Enviado por el papa á Felipe II, para impedir su entrada en Portugal, II, 130.
RIMBERG. Plaza fuerte, bloqueada por Farnesio, III, 197.—Tomada por las tropas españolas, III, 282 y sig.—Tomada por el P. Mauricio, IV, 157.
ROCHELA (La). Defendida por los calvinistas contra las tropas de la córte, II, 274, y sig.
RODAS. (Sitio de) I, 93 y sig.
RUAN. Sitiada por Enrique IV, III, 368.—Socorrida por Farnesio quien hace en ella su entrada, III, 375.
SAUCERRE. Plaza defendida por los Hugonotes contra los católicos, II, 276.
SAN MIGUEL. Isla de las Terceras tomada, y saqueada por los franceses, III, 147.—Id. por el marqués de Santa Cruz, III, 154.—Deja en ella los enfermos de la armada, III, 160.
SAN MIGUEL (Castillo de) Uno de los de la plaza de Mazalquivir, II, 53.—Sufre tres asaltos, II, ib.—Sus apuros, ib., ib.—Abandonado por sus defensores, II, 54.
SAN MIGUEL. Castillo de la isla de Malta, II, 73.—Resiste un asalto de los turcos mandados por Asan, Dey de Argel, II, 84.
SANTA CRUZ. (D. Alvaro Bazan, marqués de) Hace parte de la expedicion enviada en socorro de Oran, II, 56.—Desembarca con 70 hombres á reconocer el Peñon de la Gomera, II, 61.—Ciega la boca del rio Tetuan, II, 65.—Manda la reserva en Lepanto, II, 165.—Nombrado general de las fuerzas navales en la guerra de Portugal, III, 162.—Acude á la toma del castillo de Setúbal, III, 129.—Id. de la del de Cascaes, III, 131.—Se apodera de las galeras de don Antonio, ib., ib.—Es nombrado jefe de la expedicion sobre las Terceras, III, 149.—Sus disposiciones frente á San Miguel, III, 151.—Su habilidad, III, 152.—Victorioso en la batalla naval que le presentan los franceses, III, 153.—Su severidad con los prisioneros, III, 154.—Vuelve á Lisboa y es recibido por el Rey, III, 155.—Vuelve á las Terceras con otra expedicion, III, 159.—Desembarca en la Tercera, III, 161.—Escaramuzas, III, 16.—Se apodera de la Tercera y demas islas, III, 164.—Vuelve á Lisboa, III, 165.—Aconseja al Rey la invasion en Inglaterra, III, 254.—Nombrado general de la Invencible, III, 258.—Su muerte, III, 259.
SANTAREM: Ciudad de Portugal donde es proclamado rey don Antonio, III, 122.
SAN TELMO. Castillo de la isla de Malta, II, 74.—Sitiado por los turcos, II, 77.—Resiste varios asaltos, II, 78.—Sus apuros, II, 79.—Tomado y saqueado por los turcos con la muerte de todos los defensores, II, 81.
SEBASTIAN (D). Rey de Portugal: Sucede siendo niño al rey don Juan, III, 102.—Su carácter y educacion, ib., ib.—Pasa al Africa y vuelve á Portugal, III, 103.—Acoge al emperador destronado de Marruecos, III, 104.—Su entrevista con Felipe II, III, 105.—Se

embarca con su expedicion, II, 106.—Llega á Cádiz y Tánger, ib., ib.—Toma por tierra el camino de la plaza de Larache, III, 107.—Dificultades de la marcha, III, 108.—Se encuentra con los turcos, ib., ib.—Acepta la batalla, ib., ib.—Pelea con gran valentía, III, 109.—Su muerte, III, 110.

SELIM (I). Sus conquistas, I, 9.—Conquista el Egipto, 9.

SELIM (II). Sucede en el imperio á Soliman el Magnífico, II, 156.—Ordena una expedicion sobre Chipre, II, 162.—Su terror al saber la derrota de sus armas en Lepanto, II, 172.—Manda guarnecer de tropas la Morea, II, 177.—Ajusta paces con los venecianos, II, 178.—Envia una expedicion contra Túnez y la Goleta, II, 182.

SETUBAL. Plaza de Portugal tomada por el duque de Alba, III, 129.

SIXTO (V). Sucede á Gregorio XIII, III, 218.—Excomulga á Enrique de Navarra, ib., ib.—Exhorta á Felipe II á que haga la expedicion de Inglaterra, III, 255.—Su carácter, IV, 184.—Particularidades de su reinado, ib., ib.

SOLIMAN (I). Sucesor de Selim, II, 9.—Invade la Hungría y llega á Viena, I, 25.—Retrocede ante las armas de Cárlos V, ib., ib.—Intima la rendicion á la isla de Rodas, I, 95.—Envia una expedicion contra la isla, I, 97.—Se presenta en el campo de los sitiadores., ib, ib.—Sus medidas de severidad, ib., ib.—Su furor por lo obstinado del asedio, I, 98.—Ordena un asalto general, ib., ib. —Ordena mas ataques, I, 99.—Entra en capitulaciones con la plaza, I, 100.—Medita una expedicion contra la isla de Malta, I, 76.—Arenga á las tropas de que se compone, ib., ib.—Muere en Hungría sitiando la plaza de Szichitgd, II, 156.

TALAVERA. (Fr. Hernando de). Primer arzobispo de Granada, II, 94.—Su carácter indulgente, ib., ib.—Sosiega los amotinados, II, 94.

TICIANO. Famoso pintor del siglo XVI, I, 107.

TIJOLA. Expugnado por don Juan de Austria, II, 142.

TOMAR. Recibe Felipe II en este pueblo el homenaje de rey de Portugal, III, 140.—Celebra Córtes, III, 141.

TOURNAY. Plaza de los Paises-Bajos sitiada y tomada por Alejandro Farnesio, III, 75 y sig.

TRENTO. (Primer concilio celebrado en). I, 159 y sig.—Segundo, ib., I, 390.

TRUSCHEM. Arzobispo de Colonia, III, 92.—Se casa con Inés de Mansfeld, ib., ib.—Se separa de la comunion romana, ib., ib.—Es expelido del Electorado, III, 93.—Se retira á Delf, III, 94.—Implora la proteccion del príncipe de Orange, ib., ib.

TRUSCHEM. (Cárlos). Hermano del anterior. Preso por la guarnicion de Bona de que es gobernador, III, 34.

TUNEZ. Sitiada y tomada por Cárlos V, I, 27.—Id. por don Juan de Austria, II, 180.—Id. por los turcos, II, 183.

UJIJAR. Pueblo de las Alpujarras. Se pronuncia, II, 103.—Tomado por Mondejar, II, 111.—Id. por Velez despues de derrotar los moriscos, II, 132.—Id. por don Juan de Austria, I, 142.—

UTRECH. Conferencias (de), III, 54.

VALDES (D. Fernando), cardenal, arzobispo de Sevilla, inquisidor general, I, 270.—Complace á Felipe II, disponiendo en Valladolid un auto de fé, I, 272.—Víctimas que se hicieron durante el ejercicio de su cargo, IV, 274.

VALDES (Francisco). Capitan del ejército de Flandes, II, 306. —Sitia á Leiden, ib., ib.—Apuros á que la reduce, III, 307.—La amenaza con un asalto, ib. ib.—Se retira con grandes desastres por la inundacion del terreno, III, 308.—Es preso por sus tropas, ib., ib.

VENLOO. Plaza fuerte tomada por Farnesio, III, 192.

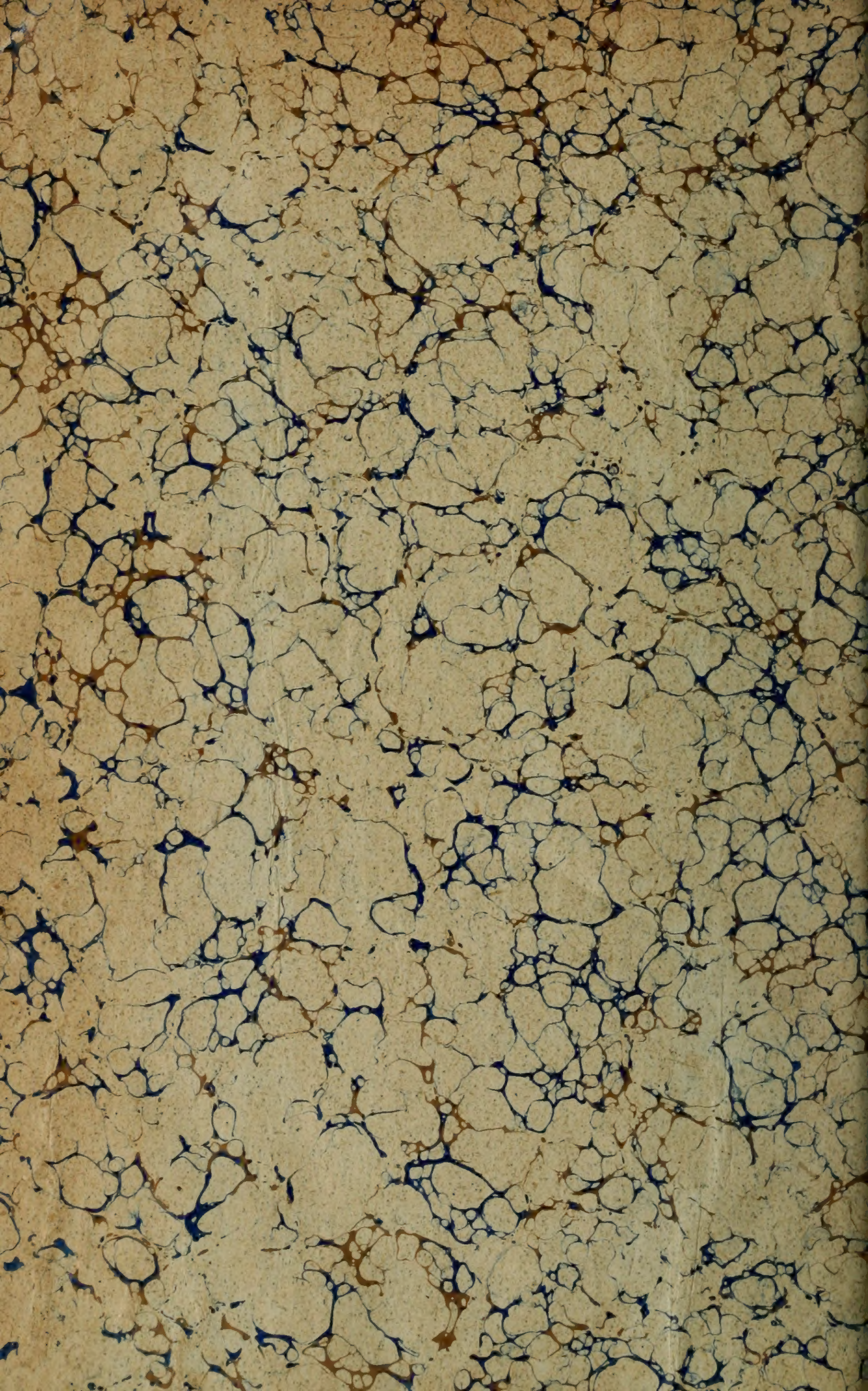
VELEZ (marqués de los). Reune tropas contra los moriscos de Granada, II, 115.—Recibe órden del rey para trasladarse al reino de Granada, ib., ib.—Sus operaciones, II, 116 y 117.—No conviene con las miras y plan de Mondejar, II, 121.—Evita ponerse en relaciones con D. Juan de Austria, II, 127.—Se retira á Verja, II, 128.—Es atacado por Haben Humeya, ib., ib.—Envia socorros al Seron, II, 129.—Entra en la Alpujarra, II, 132.—Derrota á Haben Humeya, ib., ib.—Su disgusto por verse á las órdenes de don Juan, II, 139.—Se despide de él y se retira, ib., ib.—Es uno de los que aconsejan al rey el deshacerse de la persona de Escobedo, IV, 9.

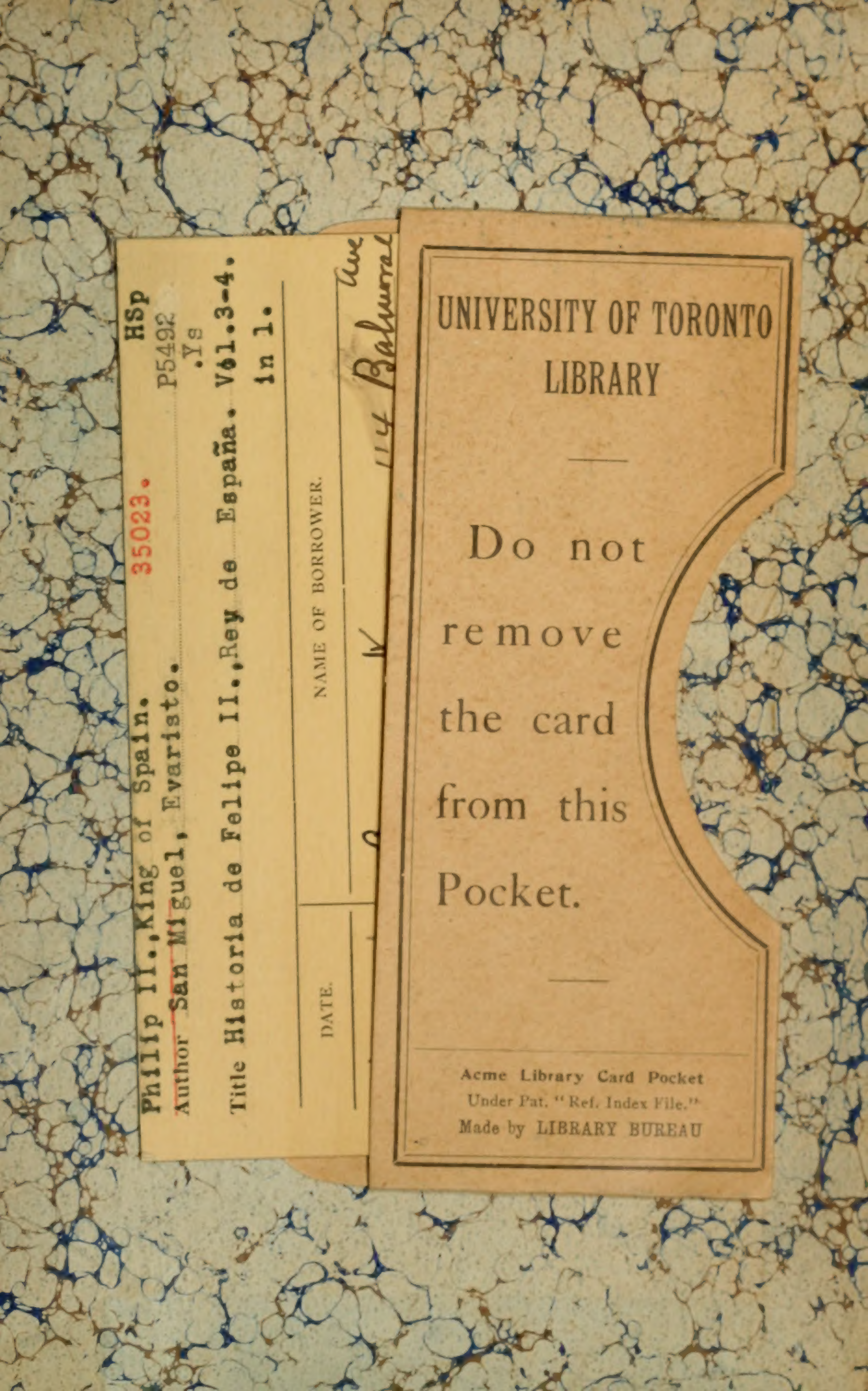
VITELLI (Chapino de). Maestre de campo general en el ejército destinado contra el Peñon de la Gomera, II, 66.—No quiere tomar parte en la destinada á Malta, II, 87.—Maestre de campo general en el de el D. de Alba, II, 198.—Defiende á Groninga contra Luis de Nassau, II, 213.—Ataca y derrota las tropas de Loverval, II, 219.—Dirige las operaciones de la expedicion en Zelanda, II, 109.—Su muerte y su carácter, II, 315.

WACHTENDON. Plaza fuerte de los Paises-Bajos, tomada por el conde de Mansfeld, III, 283.—Célebre por el primer uso que se hizo de las bombas, ib., ib.

XIMENEZ DE CISNEROS. Su munificencia, I, 11.—Promueve la expedicion en Oran, ib., ib.—Nombrado regente de España, I, 12. —Protector de las ciencias, ib., ib.—Su carácter, ib., ib.—Va á Granada en ayuda del arzobispo en la conversion de los moriscos, II, 94.—Sus esfuerzos para organizar un ejército permanente, III, 21.—Tercer inquisidor general en España, IV, 221.

FIN DEL INDICE.




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
Philip II., King of Spain. 35023. HSp
Author San Miguel, Evaristo. P5492 .Ys
Title Historia de Felipe II., Rey de España. Vol.3-4. in 1.
NAME OF BORROWER.
DATE.

